



EL LADRÓN DEL VIENTO

Frédéric H. Fajardie

Lectulandia

Un plan para acabar con la vida de Enrique IV difícilmente puede llevarse en secreto en una Francia que a principios del siglo xvii está plagada de espías y confidentes. Aun así, la identidad de los conspiradores es un auténtico enigma. Para arrojar luz sobre el asunto y encargarse de la investigación, la Corona francesa cuenta con Thomas de Pommone, conde de Nissac y el más excelso marino a su leal servicio. Pero no por ello se le eximirá de sus otras misiones: limpiar el Levante de piratas y hostigar a los españoles allí donde los encuentre.

Duelos, abordajes, encuentros secretos, atentados con explosivos, curas crucificados a la puerta de sus iglesias, crímenes infames y brutales, amores apasionados, celos, envidias, traiciones...

Como en *Los fulares rojos*, la pericia de Fajardie en la construcción de tramas subyugantes y repletas de acción vuelve a brillar aquí con todo su esplendor.

Lectulandia

Frédéric H. Fajardie

El ladrón del viento

ePub r1.0

libra 06.05.15

Título original: *Le voleur de vent*
Frédéric H. Fajardie, 2003
Traducción: Manuel Serrat Crespo

Editor digital: libra
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Francine, mi amor
A Thomas y Stephan Fajardie
A la memoria de mis padres

Primera época

El Dragón Verde

1

Diciembre de 1609...

En lo más profundo de una gélida noche, el viento soplaba a violentas ráfagas, cual aullidos de lobo desesperado.

Aunque fuera montado, bien sujeta la brida de su caballo, el hombre se estremeció.

Era uno de aquellos instantes de gran turbación en los que la propia vida parece depender de un sueño incierto, cercano a la pesadilla, cuando uno despierta incorporándose de pronto, empapado en un sudor helado y con el alma presa del más extremado terror sin que sea preciso hallar de ello una causa concreta.

El jinete vestido de negro de los pies a la cabeza, a la española, y hasta las largas, hermosas y sedosas plumas de su sombrero, hundió las espuelas de oro en los flancos de su montura cuyo corazón, puesto a prueba por semejante esfuerzo, corría el riesgo de estallar en cualquier momento.

Se trataba de uno de los hombres más influyentes del reino de los lises, uno de los más temidos, y de los más ambiciosos también. Se disponía a tramar una conjura y un gran crimen al que no se concede perdón, ni en el reino de Francia ni en el de los cielos.

Redujo el paso de su montura.

El hombre, que era duque, nada menos, y de los más poderosos, levantó al cielo su rostro altivo y contempló, por unos instantes, con mirada orgullosa las estrellas minerales y gélidas por encima de las arruinadas murallas. La zona, barrida por el viento, no inspiraba en absoluto confianza, pero el jinete se dirigió sin temblar hacia el gran olmo muerto que le habían indicado como lugar del encuentro.

Sorprendido y enojado al no ver alma viviente alguna, se volvió hacia su compañero.

—Caramba, barón, ¿acaso no nos esperaban?

El otro respondió con un marcado acento:

—Soy el primer sorprendido, señor duque.

El barón bávaro Dietrich von Hoflingen, llegado de Alemania para servir a la ambición del duque y colaborar en la conspiración, era un hombre de alta talla cuyo rostro lucía una cicatriz macilenta e hinchada desde el ojo hasta el mentón.

Aunque fuera de notable valor, probado en veinte batallas, el alemán no se sentía muy seguro. No ignoraba que su señor había traicionado muchas veces en su vida, siempre que le convino. Además, las ruinas de la vieja fortaleza cuyas almenas parecían fino encaje de piedra al destacar contra la claridad lunar, le recordaban que con el transcurso del tiempo todo concluye algún día, de los más poderosos castillos a los más valerosos soldados.

El bávaro oyó un leve ruido que pocos hombres habrían percibido, tanto cubrían todas las cosas los aullidos del viento, ya fueran los gritos de la solitaria lechuza o la

llamada del pequeño ratón campestre en las garras de algún ave de presa.

Von Hoflingen puso pie a tierra y desenvainó la espada, imitado en ello por el duque felón.

Apareció una silueta.

—Todo va bien, monseñores, soy el que aguardabais y no llevo espada, ni siquiera puñal, pues soy hombre de Iglesia y no soldado o salteador.

—¡Muéstrate...! —soltó con rudeza el duque.

El hombre avanzó. Rostro grueso y sin finura, cuerpo gordo bajo el hábito de monje.

—Está bien, habla, ¿adónde debo ir? —preguntó el poderoso señor con voz en la que apuntaba una creciente irritación.

El monje sonrió.

—¡De modo que sois vos, mi señor duque!

—¿Cómo, me conoces?

En vez de responder de inmediato, el monje inclinó la cabeza sin dejar de sonreír, impertinencia que aumentó más aún la cólera del duque. Luego, frotándose las manos untuosamente, respondió en un tono que pretendía ser humilde pero en el que se adivinaba la falsía y el cálculo:

—Os vi antaño, monseñor, cuando erais uno de los muy temidos archifavoritos del difunto rey Enrique III y luego, más tarde, aunque de muy lejos, en la época en que fuisteis gobernador de Angulema.

Conteniendo la amenaza que le abrasaba los labios, el duque insistió:

—¡Muy bien...! ¿Y al parecer no has olvidado mi rostro...?

—Monseñor, lo divisé contra un fondo de púrpura y oro y hoy lo veo en esta noche gélida de gran desolación, pero, en efecto, es el mismo. ¿Y cómo olvidarlo...?

El duque le lanzó una bolsa llena de oro diciendo:

—¿Olvidarás con esto este rostro?

—Cuanto más os miro, monseñor, más os olvido.

El duque, que consideraba pérfido al monje, fingió estar convencido y preguntó:

—¿Adónde debo ir?

El monje se volvió y señaló un bosquecillo de acebo que florecía en rojas bolas ante la alta muralla:

—Se excavó aquí una profunda salida y, girando dos veces a la izquierda por el subterráneo, veréis la antorcha que no puede distinguirse desde fuera. Unas flechas rojas os llevarán a donde debáis ir. Deteneos ante la verja, y no entréis pues seríais muerto al instante. Encontraréis allí a vuestro nuevo dueño.

Al duque no le gustó en absoluto que le designaran un dueño, pues, salvo el rey Enrique IV, eran pocos y se contaban con los dedos de la mano aquéllos a quienes debía ceder el paso. Supuso que el monje había intentado humillarlo, pero, sintiendo que éste no había acabado aún, aguardó.

En efecto, el otro proseguía:

—Que monseñor el duque no se entretenga con lo que vea por el camino, pues la cosa está hecha para que no olvidéis, monseñor, que, en un suspiro, se pasa de la vida a la muerte.

—¡Me guardaré de no olvidarlo! —respondió el duque, hundiendo luego en el corazón del monje una larga y fina hoja de daga que ocultaba en un pliegue de su jubón de satén negro.

Fue un buen golpe, y de los más precisos, pues el monje se derrumbó al instante, muerto, sin soltar un grito.

Pero el duque no se preocupó por él, y se dirigió hacia el bosquecillo de acebo sin ver al barón Dietrich von Hoflingen inclinándose hacia el cadáver y tomando la bolsa de oro.

La violencia del viento aumentó mientras ambos hombres se metían en el oscuro subterráneo.



Aunque nunca hubiera sentido un gran respeto por la vida, mostrándose cruel a menudo, en ocasiones el duque no había dudado en poner en peligro la suya, de ahí su reputación de no ser en absoluto cobarde.

Sin embargo, sintió cierta dificultad en fingir que ignoraba las decenas de esqueletos que jalonaban su oscura ruta. Había uno cada dos toesas^[1] pero, más que su número, lo inquietaba la razón de semejante procesión de muertos. ¿Qué columna de hombres extrañamente pequeños había sido así diezmada, y por qué otra, infernal y misteriosa, que parecía agazapada en los recodos de aquel subterráneo cuyos muros chorreaban humedad...?

A ello, que constituía un irritante enigma, se añadían aquellas flechas rojas sobre cada esqueleto. Inscripciones recientes, sin duda alguna. Sin aguantar más, el duque se volvió hacia el barón alemán.

—¿Pero qué significa, a fin de cuentas, el rojo de estas flechas...?

El barón Von Hoflingen se acercó a una de ellas y la observó a la luz danzante de la antorcha, luego, quitándose el guantelete de hierro, acercó el dedo y se lo puso en la boca.

No vaciló:

—Sangre, señor duque. Sangre fresca. Y, por lo que de ella sé, es sangre de criatura humana.

Reflexionó unos instantes y añadió:

—Ha sido necesario sangrar a varias para trazar todas esas flechas... ¿Pero qué poder, en el mundo, puede matar así criaturas de Dios simplemente para indicar un camino...?

Se oyó entonces el aullido de un lobo procedente de los subterráneos norte, cuando otro, lúgubre, le respondió desde los subterráneos sur.

El duque y el barón pusieron la mano en la empuñadura de sus espadas.

La pregunta del barón parecía permanecer suspendida. Pero el duque pretendía ser de los que hacen las preguntas y esperan explicaciones rápidas, y sería indigno de su rango responder a las de aquel reitre.

Se encogió de hombros y prosiguió la marcha, profundamente contrariado.

No sabía ya qué pensar. La noche parecía deletérea, como si todo aquel asunto, en sus primeros balbuceos, se hallara colocado ya bajo los más funestos signos.

¿Renunciar...? No cabía pensar siquiera en ello, pues su estrella palidecía ante el rey. Muy al contrario. Si triunfaba, se convertiría en un hombre de primera importancia y gozaría de un poder casi sin límites.

El terror y la ambición.

Se enojó consigo mismo. No era hora ya de dar paso a la duda, ni tampoco de hacerse preguntas.

Con el barón alemán en los talones, siguió avanzando más aún por las entrañas de la tierra.

Ignoraba que el mayor terror estaba por venir, al cabo de unos minutos, y que entonces una trampa sutil pero implacable se cerraría sobre él, de modo que nunca más podría ya retroceder, obligado a avanzar cada vez más en la sangre y el deshonor.

Ni se imaginaba que, si debía doblegarse ante un poder superior que dirigiría el reino, no dejaría de tener por ello el más alto cargo que pueda esperarse, salvo si se es rey.

Versátil, se empapó de aquella futura importancia y murmuró:

—¡Ningún hombre, nunca, me cerrará el paso...!

Y en eso, tal vez, se equivocara.

Pero, de momento, aquel hombre que lo ignoraba todo sobre su fabuloso destino navegaba por aquel mar, muy hermoso y azul, al que llaman «Mediterráneo» y que separa el reino de Francia de las tierras dichas de Berbería^[2].

—¡Navíos a babor! —gritó el vigía, encaramado en lo alto del palo mayor. El segundo vigía, que vigilaba en la punta del trinquete, fue el eco del primero.

Aquel día de diciembre del año de gracia 1609, *El dragón verde*, hermoso galeón de la Marina Real, escoltaba desde Malta tres pesados bajeles llenos de mercancías.

—¡Banderas negras! —aulló el vigía, y su voz, alterada por la angustia, dejó helada a la tripulación, a los marinos e, igualmente, a los oficiales. Todos observaban, no sin una extraña fascinación con saborcillo de muerte, las banderas negras donde se veían las tibias cruzadas y coronadas por un cráneo de expresión sarcástica.

Luego, el nerviosismo se contagió como una epidemia, como la peste negra asola una región.

Con una sola excepción, que no era de poca importancia puesto que se trataba del comandante del navío. El hombre, con ágiles pasos, abandonó el castillo de proa para dirigirse a la toldilla. No parecía afectado por todas aquellas miradas que lo seguían con ansiedad.

El vigía, con voz casi ahogada por su gran aprensión y que no era en absoluto fácil de entender, gritó de nuevo:

—¡Banderas rojas!

Los marinos se miraron.

La bandera roja no dejaba duda alguna sobre las intenciones de los piratas pues significaba que, si la tripulación de *El dragón verde* combatía, los supervivientes, en cuanto fueran hechos prisioneros, serían pasados todos por el filo de la espada.

El comandante del navío subió el último peldaño de la escalera que llevaba a la toldilla y encontró la mirada de su segundo, capitán de pabellón de *El dragón verde*, Charles Paray des Ormeaux. Le dirigió una sonrisa irónica diciendo:

—Esa gente es muy pretenciosa, desea impresionarnos sin que hayamos combatido. Tal vez antes de que el sol se ponga podamos verlos algo más modestos, señor Paray des Ormeaux, ¿no lo creéis?

Charles Paray des Ormeaux, veterano oficial de la Marina Real, miró atentamente a su comandante y lo dominó por entero la admiración mientras inclinaba la cabeza.

El comandante del bajel, Thomas de Pomonne, conde de Nissac, era un hombre apuesto de treinta y un años. Marino de gran habilidad, se le respetaba, a partes iguales, por su bravura y su inteligencia en el combate. Aunque fuera vicealmirante de los mares del Levante, no tenía muy en cuenta esa calidad de oficial superior. Era su modo singular, y que rozaba la insolencia, de mostrar qué desdén sentía por las autoridades marítimas, pues de todos era conocido que el gran almirante de Francia, que nunca abandonaba la corte, no había puesto jamás los pies en un navío.

Observó los tres barcos mercantes. De acuerdo con las órdenes recibidas del conde de Nissac, los capitanes habían puesto de inmediato rumbo a la costa y al puerto de Toulon, que se fortificaba desde hacía algunos años. Ahora, como un perro

pastor enfrentándose a los lobos, *El dragón verde* se interponía entre los piratas y las fáciles presas que estos ambicionaban.

El conde de Nissac contempló con mirada fría los dos poderosos navíos piratas con los que iba a medirse en un combate en que, lo sabía ya, no tendría piedad.

Sus ojos grises se detuvieron primero en una carraca, bajel de gran tonelaje, de una alta obra muerta que, sin embargo, no tenía la finura de *El dragón verde*. La carraca precedía a una pesada galera equipada con un espolón colocado en la proa, un espolón afilado capaz de reventar todos los cascos existentes en el mundo.

Nissac veía perfectamente a los piratas en cubierta, en su mayoría berberiscos, pero también renegados europeos, que dirigían señas obscenas a la tripulación del navío real.

—No tengo intención de morir por los bajeles de los mercaderes y ni siquiera por el rey de Francia —soltó un marino con el pelo de un rubio estropajoso.

De inmediato, tres hombres se agruparon alrededor del amotinado.

El conde de Nissac los barrió con una rápida mirada y, luego, sin dignarse responder, dirigió una media sonrisa a un capitán de infantería con casco de acero, el barón Jean-Sébastien de Sousseyrac.

El capitán Sousseyrac era un hombre de una toesa de altura, con el rostro cruzado por cinco cicatrices. Sousseyrac, subiendo en primer lugar, con Nissac, a una galera berberisca, había matado un día a once adversarios, arrojando ocho más al mar y zambulléndose para ahogar al último, que le había herido por detrás. Se decía que la propia muerte vacilaba en agarrarlo, temiendo complicaciones. Él dirigía la infantería de asalto.

Nissac le habló con una voz que no revelaba la menor emoción:

—Que los aten aquí, a los mástiles. Así verán de cerca esta batalla ante la que retroceden con una cobardía que no honra en absoluto a nuestra tripulación.

Así se hizo, aunque Nissac no prestó a ello la menor atención. Con el mentón en la palma de una mano, reflexionaba tranquilamente, como si los berberiscos, cuyos navíos volaban hacia el galeón, no existieran en absoluto cuando se oía ya el clamor de los gritos de los asaltantes.

—¡Ah!, ¿está medio loco nuestro almirante que sueña y no da orden alguna cuando llegan los piratas? —preguntó a media voz un joven marinero.

Un hombre de la tripulación, de más edad y que había navegado ya muchas veces con Nissac, le respondió en un tono seco:

—No te preocupes por eso. Sigue sus órdenes, haz como yo en todo y tal vez sobrevivas... ¡Si Dios quiere...!

La voz del conde de Nissac, pausada por lo común, se hizo de pronto metálica. Chasqueaban las órdenes. Los hombres corrían en todas direcciones, sabiendo cada cual lo que debía hacer.

Muy pronto, con gran sorpresa de los berberiscos, que creían que *El dragón verde* estaba paralizado por el miedo, el galeón viró de bordo.

La maniobra, de sorprendente audacia, dejó estupefactos a los piratas, que perdieron un valioso tiempo al no reaccionar y sólo lo hicieron tardíamente, cuando no había ya mucho que intentar.

Utilizando con gran maestría las corrientes y su velamen, el vicealmirante Nissac tomó lo que en los mares se denomina «la ventaja del viento», la posición más favorable que le permitía atacar del lado expuesto al viento. Habiendo abierto ya las portas, los setenta artilleros de la cubierta principal y los de la cubierta superior habían llenado los cañones por la boca y sólo aguardaban ya la orden de atacar, los maestros artilleros tenían la mirada clavada en los navíos enemigos, los segundos llevaban en una mano que no temblaba sus botafuegos de madera esculpida.

Nissac había entrenado mucho a sus hombres y algunos lo habían detestado por haberse obstinado tanto en aquella actitud, sin tener en cuenta la fatiga de repetir tan a menudo las mismas cosas. Pero en aquel instante pocos comprendieron que la gran precisión de cada uno de sus gestos, resultado del hábito adquirido, les daba en todo ventaja sobre las tripulaciones berberiscas. Resonó la primera salva, que sólo buscó la carraca más rápida que la galera. Con diabólica precisión, las balas de los cañones de bronce cumplieron con su tarea donde Nissac había ordenado: abatidos los palos, cubiertas y entrepuentes donde se acumulaban los piratas barridos por las balas. Aunque la galera se acercara mucho, Nissac aseguró la primera salva con una segunda que concluyó su trabajo. Desmantelada la carraca, llenas sus cubiertas de cadáveres, no estaba ya en condiciones de perseguir al galeón.

Sin perder un solo instante, Nissac ordenó una maniobra de desenfilada y se presentó ante la galera. Los dos navíos parecían toros enfurecidos lanzándose el uno hacia el otro para empujarse. Con su cañón de proa, la galera abrió fuego, matando a un arquero y dos mosqueteros. De inmediato, como asustado, *El dragón verde* se zafó pero, exponiendo su flanco, hizo fuego con todas sus piezas. La cosa era arriesgada, y no muy alta la esperanza de alcanzar la escasa superficie ofrecida por un navío que se presenta de frente. Sin embargo, los artilleros de *El dragón verde* desmantelaron la galera, que, de inmediato, avanzó ya sólo a fuerza de remos sin obtener ventaja alguna del viento, que no se debilitaba en absoluto.

Nissac regresó entonces hacia la carraca que iba a la deriva. Implacablemente, los artilleros terminaron con el barco pirata sin que éste, en su imposibilidad de maniobrar, pudiera responder nunca con cierta eficacia. Muy pronto, el navío se inclinó sobre un flanco y el agua entró a chorros por las portas que permanecían abiertas. Luego, la carraca, como un animal herido, se encabritó con la proa al aire y se hundió en el mar, donde desapareció con un desgarrador crujido de madera que pareció un largo lamento humano.

Prietas las mandíbulas, con sus ojos grises inexpresivos de pronto, el conde de Nissac hizo que los artilleros y los arqueros remataran a los supervivientes.

—¡Es muy cruel! —susurró un grumete a un carpintero.

Éste se encogió de hombros y respondió a media voz:

—Guarda silencio, mocoso: el almirante pertenece a la marina de guerra y sabe cosas. Devueltos a tierra, los piratas, por orden del gobernador, serían colgados hasta el último, y sin piedad. El señor conde prefiere ofrecerles una muerte de marino, con el sable en la mano, y no ese final infamante. ¡Dios lo sabe, sin duda! Y toda la tripulación también. Pero el almirante debe preocuparse por la salvación de su alma y nosotros podemos rogar por él.

El conde de Nissac observó unos instantes los cuerpos de los piratas que flotaban, sin vida, en la superficie del agua. Luego se sacudió y dio orden de dirigirse a la galera, que estaba en muy malas condiciones.

Ordenó un tiro rasante que barrió de nuevo la cubierta y se acercó para el abordaje. Entre sus hombres, aunque todos guardaran silencio, algunos, los más belicosos, le hacían a su jefe reproches por su modo de dirigir la guerra. Con un gran espíritu metódico, Nissac utilizaba las armas sin ambages, para no poner en juego la vida de sus hombres salvo cuando los riesgos se hacían casi inexistentes. Esta suerte de economía, en la que los hombres se convertían en un valor sagrado, contrastaba notablemente con la de los demás capitanes de aquel tiempo, y la mayoría de los marinos, que no lo ignoraban y apreciaban su vida, veneraban a su jefe precisamente por esta razón.

El conde de Nissac nunca exigía a sus marinos nada que él no estuviera en condiciones de ejecutar personalmente. Sin embargo, sus maneras desconcertaban siempre a la tripulación. Nadie ignoraba su frialdad ni su muy alta y antigua nobleza, pero todos se maravillaban cuando se lanzaba, siempre el primero, al abordaje.

Con una pistola en cada mano y el sable entre los dientes, saltó a la cubierta de la galera, vació sus armas contra dos berberiscos y la emprendió con su sable contra otros tres. Entusiasmados por la situación, todos le siguieron: los cincuenta soldados, los artilleros, los hombres de la cala de la pólvora, los carpinteros mantenidos en reserva para reparar los daños y calafatear todos los lugares donde fuera necesario, y hasta el grumete, el cocinero y el cirujano... Así, casi ciento ochenta hombres, desenfrenados y aullando, se las vieron con unos cincuenta piratas. Estos, escuchando cómo gritaban que no les darían cuartel, prefirieron lanzarse al mar con la esperanza de agarrarse a algunos restos.

Nissac fingió no verlos...

Luego se hizo el silencio y todos se inmovilizaron mientras Nissac, con un hacha en la mano, se acercaba a los remeros encadenados. Disimulando su gran compasión, observó aquellas espaldas curvadas y flacas donde las enquistadas cicatrices de los latigazos formaban feas hinchazones. Finalmente, levantó el hacha y rompió la primera cadena diciendo en un tono cansado:

—Sois libres. Nunca hubierais debido dejar de serlo.

Luego, a su segundo:

—Señor Paray des Ormeaux, procurad que esos hombres se vean libres rápidamente de las cadenas que les traban y organizad una tripulación de presa

mientras nuestros carpinteros levantan un mástil improvisado.

Y, mientras contenían la respiración, regresó al castillo de popa del galeón, donde estaba su camarote. Encerrado en sí mismo, ya no veía ni oía a nadie.

Permaneció largo rato de pie junto a la mesa, mirando sin ver el reloj de arena, el compás, las cartas y la ballestina. Luego llegaron a él los ruidos exteriores. Algunos marinos jugaban a los dados, otros al dominó.

El conde de Nissac tenía ganas de vomitar, como después de cada batalla. Por lo demás, aunque lo disimulara bien, la visión de la sangre le aterrorizaba, el ruido del cañón hacía palpar su corazón como un tambor, la violencia chocaba en él con algo sagrado que no conseguía definir y nunca mostraba el estado de su pobre alma atormentada.

Llamaron, y el segundo de a bordo, Charles Paray des Ormeaux, se presentó.

Turbado en sus ensoñaciones, Nissac habló fríamente:

—Señor Paray des Ormeaux, espero que, cuando lleguemos a Toulon, presentéis las listas de la tripulación en la escribanía del Almirantazgo y les indiquéis, debidamente, nuestras pérdidas.

—Bien, almirante. ¿Debo entregar los cuatro amotinados a las autoridades portuarias?

Nissac sabía que, en virtud del artículo 68 del edicto de 1584 referente a las «Ordenanzas y reglamentos de jurisdicción del Almirantazgo de Francia», aquellos hombres serían ejecutados inmediatamente.

El segundo carraspeó. De inmediato, encontró los ojos grises de su almirante en cuyo rostro flotaba, ahora, aquella extraña sonrisa en la que no se podía descubrir cuánto había de ironía y cuánto de tristeza. Luego, con una voz más cálida:

—¡Ah caramba, señor Des Ormeaux! ¿Habéis visto amotinados...? ¿Pero dónde...? ¿En la sentina...? ¿Encaramados al cabrestante de popa...? ¿Ocultos bajo el horno de ladrillos del cocinero...? Yo no he visto nada semejante, aunque he descubierto algunos marineros dominados por unas fiebres que les hacían un tanto insolentes. Que los azoten... razonablemente, y que nadie me hable, sobre todo, de horcas. Nos veremos en Toulon, señor Paray des Ormeaux.

El segundo se retiró. Sabía que el maestro velero había cosido los seis cadáveres de los hombres de *El dragón verde* en sus hamacas lastradas con plomo. Añadirían también algunos puñados de tierra, símbolo de una inhumación en tierra firme. Muy pronto, antes de que se arrojaran los cuerpos por la borda, el almirante leería el oficio de difuntos pero, en aquellos instantes, no le gustaba en absoluto que lo rodearan.

«Qué hombre tan extraño...», pensó el segundo, dirigiéndose a la cubierta superior.

3

Ni el duque ni, menos aún, el barón Von Hoflingen tuvieron tiempo de ver gran cosa, salvo una vasta sala dividida en el centro por una verja y, tras ella, dos personajes inmóviles como estatuas que se divisaban bastante mal. A la izquierda, una forma menuda, femenina sin duda, que ocultaba su rostro tras una máscara con mueca de comedia. A la derecha, la fuerte silueta de un monje cuyo rostro estaba oculto por el amplio capuchón de su sayal.

Luego, la visión se vio turbada por una bandada de numerosos murciélagos como una sombría nube viva. Finalmente, una fuerte corriente de aire que nada parecía deber al azar apagó de pronto la antorcha que el barón alemán sujetaba firmemente en su mano enguantada con acero.

Ambos hombres no vieron nada durante unos momentos, antes de divisar a la débil luz de una vela a la mujer y al monje, inmóviles aún.

El duque se acercó hasta la verja cuya solidez puso a prueba fingiendo golpearse contra ella.

—¡Oxidada, pero sólida...!

¡Qué horrible voz...!

—Aguda, muy aguda, y las palabras dichas presurosas, febrilmente, como si se tuviera el designio de hacerlas tropezar unas con otras. El conjunto tenía un efecto de lo más pavoroso, pues parecían emanar de una criatura de ultratumba o de un monstruo desconocido hasta entonces.

—¡Aquí no eres nada, duque D'Épernon...! ¡Excremento...! Cadáver pútrido muy pronto si así lo deseamos, en esta mansión de tinieblas donde nadie, nunca, hallaría tu carroña.

El duque D'Épernon, puesto que de él se trataba, palideció. Von Hoflingen, por su parte, posó la mano en la empuñadura de su espada.

Como si instruyera un proceso, enunciando con rápida cadencia los cargos, la aguda y maligna vocecilla recuperó su rápido estilo:

—Ciertamente, no seremos nosotros quienes te lo reprochemos, pero el hecho está ahí: tu rey, el herético Enrique IV, confía en ti, pero tú vives sólo para traicionarlo. Recuerda que la traición es tu fiel compañera...

D'Épernon, a quien aquella vocecilla aguda aterrorizaba más que el rugido del trueno, recordó cómo, en 1596, se disponía a entregar Toulon a España cuando fue derrotado por Guisa y Montmorency. El rey, como siempre, perdonó.

—No nos traicionarás, basura, pues lamentarías entonces el día en que tu madre, aquella perra, te parió.

El duque ni siquiera pensó en que nadie, nunca, se había atrevido a hablarle así. El miedo se había apoderado por completo de él, y ya sólo deseaba vivir, aunque fuera tumbado boca abajo en sus excrementos, pero vivir lo más lejos posible de aquella horrible vocecilla que había tomado, por algún maleficio, posesión de su

voluntad, había entrado por un sortilegio dentro de él para convertirlo en su abnegada cosa.

Respondió débilmente:

—¡No os traicionaré nunca!

—Le estás hablando a tu amo. Quiero oírlo.

—¡No os traicionaré nunca, amo!

—Está mejor como acabas de decirlo, pero no es en absoluto suficiente. Eres experto en intrigas, excelente, y puedes mostrar en ellas gran agudeza, pero eres arrogante, avaricioso, te enojas siempre por naderías dignas de un niño estúpido. Es casi imposible, según dicen, mantener contigo un buen trato.

El duque advirtió la perfecta inmovilidad de la mujer con máscara de comedia, aunque la silueta del monje, a veces, pareciera agitarse. Éste hablaba y dominaba: qué temible instrumento para quien supiera hacerse con aquella criatura, hallándola dispuesta siempre a prestarle servicio.

La voz del duque recuperó un poco de seguridad:

—He tomado la buena decisión de servirlos siempre con fidelidad.

—¿Estás dispuesto a todo?

—¡A todo!

—¿A traicionar, pues, pero también a matar, robar, blasfemar?

—¡A todo eso, pues me entrego a vos!

—¿Como entregaste tu joven y bonito cuerpo a Enrique III, para que dispusiera de él como se hace con el de una mujer cuyos suspiros de éxtasis tan bien imitabas mientras él te imponía su viril ardor..., «archifavorito»?

Al pronunciar aquellas palabras, la vocecilla se había hecho burlona por unos instantes.

El omnipotente duque D'Épernon agachó la cabeza. Nadie hablaba nunca, en su presencia, de aquel pasado, sino que alababan por el contrario la calidad de sus amantes femeninas. Penosos recuerdos volvieron a su memoria; luego, los rostros de los favoritos de Enrique III: Carnavalet, Saint-Luc, François d'O, Caylus... y, finalmente, después de los favoritos, los archifavoritos, Alegroyense y él mismo, pequeños señores sin gran importancia convertidos en duques porque un rey lo deseaba así, por su capricho. El poder, las fabulosas rentas, los honores, las miradas coléricas y difícilmente sumisas de la verdadera alta nobleza doblegándose ante aquéllos a quienes el, dueño del reino llamaba su «querida pandilla» y a quienes utilizaba, al margen de los placeres del lecho, para humillar a los titulares de las casas principescas o ducales, como los Guisa.

El duque D'Épernon no se engañaba a sí mismo. Joven, muy joven, había conquistado con sus encantos ventajas que no quería en absoluto perder. Insolente, consagrado a un hombre, perverso, enamorado de la elegancia en el vestir, conocía el delicioso placer de la riqueza y del poder, aunque deseara olvidar, hoy, el precio que por ellos pagó en aquella época.

Hoy...

Vaciló levemente. No era ya aquella joven y bonita criatura que se maquillaba, se perfumaba y se rizaba. Había envejecido y el recuerdo de su infancia en un viejo castillo, frío y lodoso, le era insoportable, pues el duque no ignoraba en absoluto que lo que no sube, periclitita...

—¡Muy pensativo te has puesto...! —reanudó la maligna vocecilla.

—Mantengo la resolución de serviros, ¿pero quién sois?

La mujer tendió la mano y la abrió. Fascinado, D'Épernon reconoció el sello del rey Enrique IV. La mano se cerró y desapareció la marca de la omnipotencia.

D'Épernon fue presa de la duda: ¿era posible que aquella mujer fuese...?

La vocecilla cruel no le dio tiempo para seguir reflexionando:

—¿Quieres la riqueza, el poder y la gloria...? Son tuyos si sabes obedecer, no haces preguntas y no intentas comprender lo que no es para tu espíritu.

—Así será.

Tras haber respondido de este modo que mostraba gran sumisión, D'Épernon aguardó, pero la mujer y el monje de maligna vocecilla no dijeron palabra.

En la persona del duque, el miedo cedió, sin por ello desaparecer, y le sobrevino un gran cansancio. Si salía vivo de aquellos subterráneos en las ruinas de aquella fortaleza, D'Épernon sabía ya que no sería en absoluto el mismo hombre. Llegarían, como se lo habían prometido, el poder y la gloria, pero su gusto sería muy insípido pues acababan de matar algo en el interior de su alma.

Su honor y la estima que tenía por sí mismo se evaporaban como el rocío bajo el sol de la mañana.

Se imaginó saliendo de allí, con la bestia alemana pisándole los talones. Y así sucesivamente: su caballo vacilando por malos caminos, los charcos helados reflejando la luna mientras la escarcha blanquearía la corta hierba de los prados y las sombrías ramas de los árboles desnudos brillarían, aquí y allá, por el hielo que en ellas se habría formado. Imaginó incluso un cuervo solitario graznando a las estrellas y vería tanta desesperación en aquel paisaje desolado, batido por el viento, que temblaría de la cabeza a los pies y se encasquetaría hasta los ojos el sombrero de hermosas plumas negras. La maligna vocecilla prosiguió:

—D'Épernon, deja de pensar que no eres nada y que no tienes ya honor, pues honor nunca tuviste. Y deja de pensar en tu pobre alma entregada a la desolación del invierno...

El duque dio un respingo: ¿cómo era posible que aquella criatura infernal leyera así sus pensamientos? ¿O tenía tan gran conocimiento de los hombres que adivinaba lo que agitaba el espíritu en un instante concreto?

Fuera cual fuese la respuesta, no podía luchar y decidió abdicar por completo:

—Hablad, amo: obedeceré.

—¡Sea...! Pero sólo soy el instrumento de un poder superior, ¡que lo sepas...! Duque, eres un hombre rico y poderoso y, si en adelante consagras tu vida a una sola

tarea, no cabe duda alguna de que tendrás éxito.

—¡Tendré éxito, amo!

—Hemos hecho que te observaran, sabemos lo que piensas: estás dispuesto a matar la bestia hedionda a la que llaman Enrique IV.

—Estoy decidido, amo, y pensaba venir aquí, en efecto, con este designio.

—Pero si tú mismo empuñas la espada, no sobrevivirás y no es ése el porvenir que tú esperas.

—Lo sabéis todo de mí, amo.

—Te ayudaremos. Tú debes representarnos ante algunos que van a comprometerse en esta noble empresa y debes encontrar, también, a quien empuñe la espada de la justicia de Dios.

—Lo encontraré, amo. En el fin del mundo si eso es necesario.

—Encuétralo donde quieras, pero hazlo sin tardanza. Y entrevístate con quienes suelen rebelarse en cuanto se tocan sus privilegios, reuníos en una sola compañía y unid vuestras fuerzas, pues nunca se es en exceso numeroso para acabar con un rey de Francia. Y no lo olvides: a cualquier hora, en cualquier lugar, nuestras miradas se clavarán en ti.

En aquel instante, el muro se deslizó y la mujer se metió en aquella abertura, seguida por un monje de poca altura que, hasta entonces, estaba oculto tras aquél ante el que estaban y que no se movió.

Desconcertado porque hubiera dos monjes, ocultando el más robusto al segundo que acababa de irse, D'Épernon tardó unos instantes en sobreponerse.

—¡Amo...! —murmuró el duque antes de repetir varias veces la palabra, levantando la voz.

Envalentonándose, se acercó al monje inmóvil y vio al alemán, a su lado, tendiendo la mano a través de los barrotes para tomar la vela.

Finalmente, Von Hoflingen levantó la vela hasta el rostro del monje.

En un mismo impulso, el duque y el barón retrocedieron conteniendo un grito de espanto.

—¡Qué horror...! —murmuró D'Épernon.

Dietrich von Hoflingen aproximó de nuevo la bujía para que pudieran ver por completo el rostro del monje, pero no había rostro en absoluto, sólo una gran putrefacción por la que corrían gruesos gusanos.

En las profundidades de los subterráneos, ambos hombres oyeron una risita maligna, seca, interminable.

—Hay que salir enseguida de este lugar infernal, señor duque... —dijo el barón tirando de la manga a un D'Épernon fascinado por el rostro descompuesto que tenía enfrente.

De nuevo, más cercanos y acuciantes, algunos lobos respondieron con sus siniestros aullidos.

Declinando la oferta de las autoridades para que acudiera a un banquete en su honor, Thomas de Pomonne, conde de Nissac y vicealmirante de los mares del Levante, regresó a su alojamiento habitual en el primer piso de una modesta casa que ofrecía una despejada vista del puerto de Toulon. Le gustaba así, por la mañana, que la primera cosa que viese fuera el mar y el bosque de mástiles de los navíos en el muelle.

Sentía a menudo nostalgia de sus posesiones en la región de Saint-Vaast-La-Hougue, en tierra normanda. Cuando no navegaba, allí estaba su vida, en aquel viejo castillo batido por los vientos y las olas, concluido el año 1111 y que había resistido todos los ataques y los más largos asedios. Landas, bosques y estanques lo rodeaban y nunca faltaba madera, caza, ni pescado.

El conde suspiró. Se sentía solo. Solo en su navío, donde no se abría a nadie pues las confidencias y los desahogos perjudicaban, según él lo entendía, la autoridad del mando. Solo en la vida donde, salvo algunos de sus oficiales, no había sabido hacerse amigos pues lo encontraban demasiado silencioso, reservado, atrincherado en el interior de sí mismo, lo que permitía suponer un alma que la mayoría, sin saber nada de ella, imaginaba terrorífica, tal impresión de fuerza, de violencia incluso, daba Nissac en pleno combate.

Solo, por fin, pues estaba muy alejado de los asuntos del amor. Durante sus interminables estancias en el mar, le hubiera gustado, como a tantos de sus marineros, poder pensar en una mujer que fuera suya. Había vivido sólo una aventura y conservaba de ella un sabor amargo. Joven oficial de veinte años, cuando su navío estaba atracado en Burdeos, se había dejado arrastrar a un albergue. Puesto que no conocía los efectos del aguardiente, que bebía por primera vez, y mientras le daba vueltas la cabeza, se había encontrado muy pronto en una habitación pequeña y limpia. Recordaba perfectamente a la joven sirvienta que había subido con él. Veía de nuevo aquel hermoso cuerpo desnudo y recordaba la gran dulzura que precedió a un acto rápido y violento.

Luego, con melancolía, la muchacha le había asegurado que él muy pronto olvidaría incluso su recuerdo.

Mucho se equivocaba la joven sirvienta. Nissac recordaba su rostro, su sonrisa y su mirada. Ciertamente, hubiera dado su vida por ella, pero aquello no demostraba nada. Entre los Nissac, de antigua tradición, no se vacilaba ni un ápice en sacrificar la vida por una mujer, fuera doncella o madura, princesa o moza de granja, hermosa o muy fea: la cosa caía por su propio peso y no admitía discusiones. Pero Nissac, que no tenía de ello experiencia, sospechaba que entre una vida sacrificada por el deber y aquélla que se ofrece con felicidad, la diferencia muy bien podría llamarse amor...

Volvió al interior de su habitación y colocó con gran cuidado sus objetos de aseo: el estuche de las uñas que incluía distintas hojas, el limpiaorejas de hueso esculpido,

el peine de doble hilera de púas y el pomo de ámbar lleno de especias contra eventuales malos olores.

No sabía qué hacer con su tiempo, aunque esperaba dos visitas aquella mañana. Muchos antiguos galeotes, ya, los mismos a quienes había liberado, habían ido a agradecerse: armadores o comerciantes, oficiales o simples marineros, capturados todos por los berberiscos.

A los de más fortuna, que le ofrecían oro para manifestarle su gratitud, el vicealmirante les había opuesto, primero, una altanera negativa y, luego, cambiando de opinión bruscamente, les había sugerido que utilizaran aquellas bolsas para proporcionar a su tripulación alimentos y aguardiente.

Así se hizo, y en mayor medida que el conde esperaba. Cuando fue muy pronto a visitar su navío, Nissac, asustado, había visto cómo su valerosa tripulación devoraba montañas de carne, titubeaba medio borracha en las cubiertas o se revolcaba por los lugares apartados de la nave con ribaldas, bribonas y prostitutas. En el puerto de Toulon se chismeaba, presentando a *El dragón verde* del austero vicealmirante de Nissac como un lugar de orgía y perdición. Pero el Almirantazgo, conociendo el carácter sombrío del conde aureolado, por lo demás, con su doble victoria sobre los berberiscos, prefirió cerrar los ojos.

El primero de los dos visitantes que aguardaba se presentó muy pronto. De la misma edad que Nissac, hombre alto y apuesto, el barón Stéphan de Valenty era un antiguo capitán de un regimiento de Provenza que pensaba instalarse en París poco antes de su captura. Invitado por el conde de Nissac a contar su trágica aventura, no se hizo de rogar. Así, sabiendo que no volvería a verla durante mucho tiempo debido a su próxima partida hacia París, Valenty iba a visitar la rama romana de su familia cuando el navío en el que viajaba fue abordado por los berberiscos.

Observándolo bien, a Nissac el barón le pareció muy flaco, pero seguía siendo el hombre de buen carácter que, sin duda, era antes.

Expresó su gratitud al conde de Nissac, que se interesó por las condiciones de existencia en la galera. El rostro de Valenty se endureció.

—Desprecio, látigo, remo... Éramos seis en cada pesado remo, de una toesa de largo, ¡y la galera llevaba treinta remos...! Como comida, una pitanza infame que nuestros pueblos no se atreverían a ofrecer a nuestros perros, por miedo a que mordieran cruelmente bajo los efectos de una gran cólera. La vida, en la galera, era corta, apenas cuatro o cinco años para los más resistentes y yo estaba terminando mi tercer año...

Levantó los ojos hacia Nissac.

—Temíamos incluso nuestra posible liberación, pues, en caso de combate naval, si la galera se hundía, nos hundíamos con ella, encadenados como estábamos. Aquella horrible muerte poblaba nuestros sueños, arrebatándonos toda esperanza. La galera era la muerte lenta. La destrucción de la galera era la muerte rápida y atroz. Maniobrasteis con rara inteligencia, señor almirante, y...

Éste le interrumpió con un leve gesto.

—Llamadme Nissac. Existe ahora, entre vos y yo, un vínculo de vida que, eso me parece, sobrepasa las pobres convenciones de la procedencia, ¿no os parece?

El barón Valenty miró atentamente a Nissac, embargado como estaba por una gran sorpresa y la emoción. ¡Cómo!, aquel maniobrero de gran talento, aquel oficial lleno de frialdad pero a quien sus hombres, era evidente, amaban y respetaban aunque fuera avaro con sus palabras, acababa de hablarle con calidez y de nivelar todo lo que separa a un conde de antiquísima nobleza, vicealmirante de los mares del Levante, de un pequeño barón provenzal de permiso en su regimiento.

El barón de Valenty no consiguió disimular más sus sentimientos.

—Ah, señor conde, os debo la vida y descubro que os debo, también, sentirme digno.

—¿Digno...? —preguntó Nissac, sorprendido.

—Mirándoos y oyéndoos, digno de ser un hombre. Disponed de mi vida.

El conde sonrió.

—Formulo entonces un deseo: sed feliz ahora, barón, pues tenéis a vuestras espaldas años de sufrimiento.

Nissac acompañó a su visitante, que le arrancó la promesa de ir a verle a París, donde su primo era abate en la corte del rey Enrique IV.

Solo de nuevo, el conde de Nissac fue presa de un vértigo que no se debía en absoluto a una defectuosa función de su cuerpo sino a la turbación de su espíritu.

No quería que lo quisieran, pues él no se quería en absoluto. La cuestión lo molestaba, pues, ante sí mismo, se consideraba como un impostor impuramente gratificado con virtudes que no eran en absoluto las suyas. Sus manos chorreaban sangre, y que ésta perteneciera a hombres crueles muy parecidos a bestias salvajes en nada borraba el hecho de que los hubiera matado sin ningún juicio, sin saber nada de lo que convertía a un hombre en un pirata, razones todas ellas que tal vez fueran otras tantas explicaciones, si no excusas, para la condición que se había convertido en la suya.

Sin hablar nunca de ello, el conde pensaba desde hacía ya mucho tiempo que un hombre que mata a criaturas humanas se mata al mismo tiempo, abandonando la armonía que preside el secreto orden del mundo.

Disimulando el cansancio que sentía, Nissac recibió a su segundo visitante, Louis de Sèze, conde de La Tomlaye. De veintiséis años de edad, era apuesto, aunque muy flaco también tras dos años en la galera berberisca. Pero, con buen ánimo, habló de su alegría al haber recuperado a su hermana, sus tierras y su destartalado castillo.

Nissac prestó de pronto atención al joven. Le gustaba el modo en que éste evocaba la cuna de sus ancestros y su gran apego a su tierra. No eran en absoluto distintas, esas maneras, de aquélla con la que Nissac apreciaba su castillo de Saint-Vaast-La-Hougue. El conde de La Tomlaye recuperaba la antigua tradición de nobleza apegada a la tierra cuando Nissac había seguido otra en la que, de padre a

hijo, se servía en la Marina Real. Así, atrapado en sus sueños y en la alegría de comprobar que no era el único que deseaba perpetuar cosas existentes antes que él, Nissac se dejó sorprender cuando La Tomlaye le dijo:

—Señor de Nissac, mi castillo está a pocas horas a caballo de Toulon. Podríamos alcanzarlo antes de que el sol se pusiera. Me gustaría presentaros a mi hermana Élisabeth y todo lo que creí perdido en el maldito tiempo de galera. Hacedme esa merced, señor, ceded.

—Muy bien... En verdad, nada tengo que oponeros a ello salvo que vuestra hermana no nos aguarda y que es muy descortés llegar así, de pronto, sin que ella esté avisada.

La Tomlaye avanzó y tomó en sus manos las de Nissac. La mirada del joven brillaba con tal fulgor que Nissac había ya capitulado cuando el antiguo cautivo añadió:

—Élisabeth sólo habla ya de vos, que me salvasteis... Nuestros padres murieron hace ahora diez años, y aunque ella es un año más joven que yo, fue a menudo como una madre por las preocupaciones que pude darle. Por ella, por mí, a quien rescatasteis de entre las sombras, ceded, os lo ruego.

—¡Que así sea puesto que ambos lo deseáis! —respondió Nissac, sintiendo cierta curiosidad por lo que iba a reportarle aquella velada.



Habían espoleado los caballos y llegaron cuando el sol se ponía. Más tarde, Nissac intentó recordar aquel viaje, sus impresiones ante aquel castillo destartado, pero sus recuerdos se habían dirigido a los espacios celestiales de las cosas desaparecidas cuando un acontecimiento de gran importancia borra todos los demás en un tiempo muy corto.

Ella se mostró cuando ponían pie a tierra, y ambos se miraron con curiosidad.

En unas pocas palabras, que Nissac entendió mal a causa de su turbación, Louis de La Tomlaye presentó a su hermana Élisabeth al vicealmirante de los mares del Levante. Morena, grande de talla pero fina, reservada, la joven no pudo separar su mirada de los grises ojos de Nissac que, por su parte, quedó también impresionado.

Louis, a quien no había escapado semejante atracción por una y otra parte, se alegró enseguida de ello. Que la mujer a la que más amaba en el mundo, su hermana, y el hombre al que admiraba por encima de cualquier cosa, Nissac, se miraran de manera que podía dar que pensar, le pareció al joven algo reconfortante.

Tomando a ambos de la mano, los arrastró hacia el interior diciéndose que aquellos terribles años de galera tal vez tuvieran, en aquel encuentro, una plena y entera justificación y, si ése fuera el caso, no lamentaría en absoluto aquellos

sufrimientos.

Observó cómo su hermana y Nissac evitaban mirarse. Luego, fue consciente de que la mano de Élisabeth, en la suya, le apretaba con una fuerza que él no le conocía mientras que la de Nissac, aquel valeroso oficial, temblaba levemente.

Puesto que Élisabeth no había sido avisada de la llegada de su hermano acompañado por el vicealmirante de los mares del Levante, se apresuró a ayudar en la cocina despertando, aunque se guardó mucho de mostrarla, la contrariedad en Nissac, que deseaba contemplar el rostro de su anfitriona para leer en su propia alma las causas de la turbación que ella despertaba.

Élisabeth no tenía la cabeza en lo que estaba haciendo, del todo ocupada en interrogarse sobre el conde de Nissac, aquel mago aparecido entre los fulgores púrpura del sol poniente. Jeanne, la vieja cocinera, no se equivocó en absoluto y se alegró por ello. Habiendo estado presente cuando llegaron al mundo Louis y Élisabeth, a quienes las desgracias no habían respetado, se preguntaba a menudo, y no sin angustia, por el porvenir de su joven ama. Por lo demás, no veía en absoluto porvenir. A Élisabeth de Sèze, aunque tuviera ya veinticinco años, no le interesaban mucho los gentileshombres que se acumulaban, desde hacía varios años, con la reconocida ambición de tomarla por mujer. Puesto que había visto crecer a Élisabeth, la anciana sabía cómo ésta era incapaz de entregarse a un hombre que no la hiciera soñar.

Era recordar, simplemente, a la niña y luego a la muchacha que reflexionaba horas enteras, siguiendo con mirada distraída el vuelo de las mariposas o zambulléndose en los libros que narraban los amores de los tiempos de antaño. Esperaba a un hombre parecido al de los relatos de caballería, hombres como los que ya no se ven.

Huía así del conde D'Espinou, doscientas cuarenta libras de grasa y un cerebro de pavo. O del marqués de Rocadour, quien, como el difunto Enrique III y sus favoritos, prefería la compañía de los rudos marinos a la de las hermosas damas..., pero su madre quería casarlo de todos modos. Sin pensar siquiera en el viejo conde D'Alguf, setenta y cinco años, gotoso y que padecía cálculos. A todos podía reprocharles algo, muy a menudo tras haber oído verdades ocultas.

Jeanne, entretanto, intentaba proteger a Élisabeth de una pasión tan súbita y brutal por un desconocido. Así, viendo la turbación de su ama, se había deslizado varias veces tras unos cortinajes para observar al conde de Nissac. Era un hombre apuesto, de alta talla, de anchos hombros pero demasiado delgado tal vez. Aunque hablase muy poco, lo escuchó con gran atención y advirtió que, sin en nada sobrepasar la medida, parecía estar acostumbrado a escuchar a los demás aunque también él estuviese, era evidente, bajo los efectos de cierta turbación. Jeanne quedó maravillada, a su vez, por los ojos grises del vicealmirante de los mares del Levante, ojos, unas veces, de mirada tan dura y, otras, de niño ingenuo y asombrado.

Decidió colaborar en la empresa que parecía tomar cuerpo, aunque no debía convencerse a Louis y se trataba, mucho más, de apartar excesos de pudor y timidez en uno y otro partido.

Élisabeth, por su lado, intentaba en vano apartar la emoción que la dominaba desde la llegada de Nissac. Sin embargo, no se engañaba en absoluto y sabía que su razón no tomaba parte alguna en ese debate interno de su corazón. La evidencia de su sentimiento se le aparecía con tal pureza y claridad que no dejaba posibilidad alguna de error: se sintió atraída por Nissac desde el momento en que lo vio. Así, en la realidad sucedía como en sus sueños alimentados por libros de caballería, y no era necesario seducir largo tiempo con maneras agradables, cumplidos bien modelados o fingimientos de sostenida atención.

La muchacha vio en ello una intervención divina. El elegido aparecía en la luz roja del poniente y sabía que era él a quien esperaba desde siempre, él, allí, en aquel instante y para toda la vida.

Pero, del mismo modo, miró a su hermano y no pudo imaginar dejarlo solo en la vida, de modo que iba del abatimiento a un júbilo casi exuberante, pasaba del mayor nerviosismo a una extraña calma impuesta por la certidumbre de no equivocarse, pues, entre las mujeres de esta suerte que saben aguardar lo que desean, la verdad pocas veces llega en forma de tormenta. Sólo el temor a un gesto torpe o una palabra que no lo fuera menos le daba cierta vivacidad en su comportamiento, cuando sólo pensaba en ella y no en su hermano...

Cuando iban a sentarse a la mesa, ella decidió, por muchas ganas que tuviera de hacerlo, no mostrar sus sentimientos.

Entretanto, Nissac y Louis de La Tomlaye hablaban ante la chimenea donde ardían algunos gruesos troncos, pues, aunque estuvieran en una región del sur, diciembre, aquel año, era frío y el mistral, un fuerte viento del norte que sopla hacia el mar, helaba más aún a los pobres viajeros que no habían encontrado un acogedor albergue o el abrigo de un granero.

Louis parecía feliz contando al conde de Nissac su felicidad perdida y recuperada. Habló de ello largo rato y luego, aprovechando que su hermana no estaba allí, su tono se hizo más grave:

—Soy de esa suerte de gentilhomme que evita las ciudades para habitar en el campo, salvo prestando servicio al rey si fuera necesario. Nuestras tierras exigen mucho tiempo, y es éste el modo de velar por nuestra heredad. La agricultura es algo muy exigente y debemos, sin cesar, ayudar a nuestros granjeros. En fin, por mi parte, en la Corte no me sentiría en mi lugar, pues no tengo en absoluto carroza, ni vestidos de hermoso paño violeta con piedras de esmeralda en los puños. Sin embargo, sería bueno que se viera por allí a Élisabeth, que no ha abandonado nuestra tierra mientras yo estuve cautivo de los berberiscos. Querido Nissac, tiene veinticinco años y merece ver algo de un mundo que no sea el de nuestras regiones. ¿Podrías ayudarme vos?

Nissac sintió una profunda turbación. Ciertamente, conocía París, pero sólo por los asuntos del Almirantazgo y nunca había tratado a la gente de la Corte, donde su prestigio y su antiquísima nobleza le hubieran permitido, de haberlo deseado, aparecer como un gentilhomme que sólo se encuentra donde su rango lo autoriza.

Además, aunque ciertamente pensaba que le sería posible introducir a Élisabeth, no ignoraba en absoluto que aquello podría facilitar el designio de volver a verla, y esa mera idea de un cálculo, de una maniobra de seductor que tiende a conseguir sus fines, le sublevaba el corazón, pues tamaña villanía era ajena a su naturaleza.

¿Era eso el amor? En ese caso, ¿por qué esa reserva, ese deseo de permanecer ojo avizor? Era, para él, una cosa muy nueva, de la que no tenía conocimiento directo pero sobre cuya naturaleza sabía que no debía equivocarse. Ciertamente, como numerosas veces, los brillantes ingenios podrían chismear y verían una grosera paradoja en el hecho de que pueda reconocerse, así, lo que no se conoce en absoluto por experiencia pasada, ¿pero qué saben los brillantes ingenios del amor? Brillante ingenio no supone noble corazón y el señor de Nissac, aunque lo ignorase, era uno de ellos, ajeno a cualquier malicia. Sólo hubiera podido reprochársele que ocultara a veces tras una agradable ironía que lo protegía, la fragilidad de su alma a la que torturaba interrogándola sin cesar y sobre todo.

Louis, viéndolo vacilar, se hizo más apremiante:

—Comprendedme, Nissac, no se trata en absoluto de que Élisabeth se pase la vida en la Corte. Ved...

Su voz, alterada por la tristeza, se convirtió casi en un murmullo:

—Es la más hermosa y amante de las hermanas que hallarse pueda y soy el más infeliz de los hombres estando, hasta ese punto, turbado a causa de ese dominio que tan avaramente nos permite vivir. Hubiera deseado encontrar para Élisabeth un buen partido, algún gentilhombre tierno y afectuoso, pero demasiado sé que en nuestra región no hay nada semejante. Ahora bien, no encontrará por lo tanto posible marido y envejecerá sola, pues nunca se resignará a casarse con algún vejestorio de humores malignos. Si no puedo cambiar eso, con la impotencia a la que me reduce mi estado, me gustaría que Élisabeth no pasara toda su vida en nuestras tierras y pudiera encontrar en la Corte, si no un esposo digno de ella, al menos materia para soñar durante los largos años que le quedan por vivir, si Dios lo quiere así. ¿Me comprendéis ahora?

Nissac, que no tenía hermano ni hermana, se sintió conmovido ante el espectáculo de aquel amor fraterno y decidió hacer lo que Louis deseaba:

—Puedo, en efecto, hablar con algunos. Resulta que en vuestra galera iba encadenado un tal barón Stéphan de Valenty, ¿lo conocéis?

—Conozco su nombre, pero no le hablé en absoluto puesto que no estábamos en el mismo remo.

—Pues bien, ha venido a mi encuentro menos de una hora antes que vos. Me ha causado la mejor impresión por su actitud amistosa y sincera, como un hombre que actuara sin fingimiento. Por lo demás, aunque la cosa sea falsa, se considera mi deudor y, sin duda, se sentirá afortunado prestándome un servicio. Precisamente partía hacia París, donde su primo es abate en la Corte del rey. Se dice que los abates de corte son gente poderosa, que se conocen todos y se prestan amables servicios.

Haré pues lo que esperáis de mí.

Louis no tuvo tiempo para darle las gracias al conde de Nissac, pues llegaba ya la hora de la cena.

Pasaron a la mesa, lo bastante tarde como para encontrarse en torno a un potaje de calabaza y, luego, de un capón que fue sacrificado y cocido con hinojos y hierbas, como se prepara en las regiones del sur del reino. Finalmente, se sirvieron deliciosas cerezas confitadas.

Louis se divertía ante la timidez de Élisabeth y de Nissac, pero luego aquello le atormentó. Su turbación le había parecido muy encantadora pero, mirándolo bien, no se trataba de esa turbación que sienten los jóvenes al verse por accidentales circunstancias. Además, Nissac tenía treinta años, Élisabeth veinticinco, y Louis percibió su parecida inclinación, mezclada con desconfianza.

Lo que acontecía ante sus ojos le parecía inquietante. ¿Cómo, su amada hermana y Nissac iban tal vez a casarse algún día...? ¡Y él le había hablado a Nissac de enviar a Elisabeth a la Corte...! ¡De eso se trataba...!

Sin embargo, su conciencia lo atormentó de inmediato, pues la egoísta necesidad que tenía de su hermana podía estropear la vida de ésta.

Algo ceremonioso, el conde de La Tomlaye se levantó pretextando la fatiga de sus años de galera para retirarse a su alcoba, pero con voz firme, que le era poco habitual, insistió en que Élisabeth diese conversación a su invitado.

Nissac, molesto, balbuceó que también él tendría que partir muy pronto, antes del alba, pues su navío lo aguardaba; pero Louis lo interrumpió estrechando por unos instantes a su salvador en sus brazos y murmurando:

—¿Cuándo volveremos a vernos...? Vamos, quedaos un poco, querido Nissac, Élisabeth es mi mitad, y yo soy medio ella. ¿O me habéis salvado, acaso, para abandonarme en estado de gran tristeza?

Luego salió de la estancia a grandes zancadas.

Nissac no sabía qué hacer y se mantenía con los ojos bajos ante Élisabeth en la misma actitud. Hay veces en las que uno se pregunta si la naturaleza no pertenece un poco a la hoguera, pues parece una bruja en sus malicias y sortilegios, y ése fue el caso en aquella ocasión, pues el conde y Élisabeth de Sèze levantaron precisamente, en el mismo instante, la mirada el uno hacia el otro. Juntos, soltaron la carcajada, pues aquella situación de profunda molestia contenía elementos muy chuscos.

Nissac volvió a ser el osado capitán que era, el vicealmirante de los mares del Levante que juzgaba una situación con una sola mirada. Calma la voz, le dijo a Élisabeth tomándola de la mano:

—Salgamos, ¿os parece?

6

Era hermosa, muy hermosa y, al mirarla, el propio duque D'Épernon, cuyos gustos amorosos oscilaban a veces de los hombres a las mujeres, no podía negarlo.

En estas condiciones, no era muy sorprendente que el rey Enrique IV la hubiera convertido en su amante y, luego, en su favorita, y tampoco que el propio tiempo no hubiera nunca deshecho aquella gran pasión de un monarca que envejecía por tan seductora marquesa.

Pero aunque un hermoso rostro y un cuerpo lleno de encanto son armas cuya temible eficacia no puede negarse, aquello nada decía de las razones que impulsaban a la marquesa a querer acabar con su amante real.

Ahora bien, el duque D'Épernon conocía muy bien estas razones y pensaba utilizar el resentimiento de la joven en su beneficio, pues para golpear juntos no es en absoluto necesario tener los mismos motivos.

Por un instante, interrumpió el hilo de sus pensamientos para escuchar a la marquesa que, con gran amargura, daba libre curso a su cólera:

—Yo lo veía agitándose en mi vientre, gruñendo, sentía contra mi piel su barba blanca y sucia. Yo, cuando apretaba su boca llena de podredumbre y sin dientes contra la mía, sufría su olor infecto, porque hiede. Le hiede el sobaco. Además, hiede por todas partes, teniendo el mismo y enojoso olorcillo en las axilas y en los pies.

Calló unos instantes y, muy abrumada, prosiguió:

—Hiede como una carroña... El olorcillo a sobaquina y a dedos del pie confinados, a calenturas recientes, el olor de sus muelas nunca limpiadas; todo en él me provoca náuseas...

Y no lo decía todo, y Enrique IV tuvo con la reina idéntico comportamiento. La Galigai, su confidente, contaba por todas partes que, en una ocasión, de buena mañana, el rey soltó un sonoro pedo en la habitación de la reina y cuando el señor de Roquelaure, presente, aplaudió, el rey le dijo:

—¡Corre tras él, amigo mío!

Al oír estas palabras, Roquelaure salió corriendo, regresó y luego reprodujo con su culo un ruido semejante, diciendo:

—¡Lo he capturado y helo aquí, sire!

Y el rey se rió hasta las lágrimas, como un niño.

—¡Qué vergüenza!

El duque inclinó la cabeza con fingida compasión, pues no deseaba en absoluto contrariar a la marquesa; las batalladoras disposiciones de ésta servían sus designios. Pero, en realidad, ni el uno ni el otro se engañaban: a pesar de las maldades que de él decían y pese a sus excesos, sabían que Enrique IV era un grandísimo rey.

Además, aunque D'Épernon no dudara, ciertamente, de que el monarca era por otra parte un hombre sucio, sin refinamiento del cuerpo y del atavío, tampoco ignoraba que la hermosa marquesa no encontraba en ello materia para murmurar en la

época en que imaginó obtener de ello los mayores beneficios.

De nuevo, contempló a la muchacha que se abandonaba a semejante vehemencia y recordó...

Una decena de años antes, concretamente el 1 de octubre de 1599, el rey Enrique IV le había firmado al padre de la muchacha, llamada por aquel entonces Henriette D'Entragues, una furiosa acta en forma de promesa en la que se comprometía a desposar a aquella virgen —¡que ya no lo era demasiado!— si le daba un hijo antes de un año. En concomitancia, convertía a Henriette D'Entragues en marquesa de Verneuil.

Pero la suerte no sonrió a la marquesa reciente, pues, aunque quedó en efecto preñada por obra del rey en el plazo adecuado, y parió un hijo, éste nació muerto y el rey consideró, entonces, caducado el pacto. Por lo demás, Enrique IV obligó al padre de Henriette a devolverle su promesa, el 2 de julio del año 1604.

Sin embargo, la marquesa no reconoció en absoluto esta nueva situación, opinando por el contrario que el documento estaba del todo vigente y, en consecuencia, no reconoció tampoco el matrimonio del rey con María de Médicis, tildándolo de nulo, pues entretanto ella había tenido del rey un segundo hijo llamado Henri de Verneuil al que consideró, entonces, el heredero legítimo del trono del reino de los lises.

Ser la favorita de un rey no bastaba a su ambición porque deseaba ser, entre otras ventajas, madre del próximo monarca.

Apoyándose en la certidumbre de que la justicia pasaba por donde ella deseaba, comenzó a intrigar con España, donde mostraron gran complacencia en oír su causa, llegando el rey Felipe III a prometerle que reconocería a Henri de Verneuil como legítimo heredero del reino de Francia.

Desde entonces, la señora de Verneuil no modificó ya su visión de las cosas ni rebajó en ningún modo su decisión, y nada, nunca, melló su certidumbre de que el trono debía corresponder a su hijo cuando Enrique IV muriese.

Y poco le importaba que a la reina María de Médicis la enojara su presencia en el lecho del rey y que la llamase, a sus espaldas, «la putana».

El duque D'Épernon, a quien la criatura de la maligna vocecilla había hecho llegar una nota ordenándole que reclutara a la marquesa de Verneuil en su criminal conspiración de lesa majestad, pensó que debía mostrarse hábil.

La marquesa era rica, muy rica, y si el brazo que sujetaba la espada seguía faltando aún en este asunto, el oro, por su parte, nunca estaría de más.

El duque pensó entonces en los poderosos amigos de la marquesa y en sus buenas y constantes relaciones con España. Sin duda, también esta vez los grandes nombres del reino serían abundantes en este asunto, pues con toda seguridad Felipe III de España ofrecería el apoyo de su omnipotencia a quienes quisieran acabar con aquella hiena poderosa y herética.

Finalmente, la marquesa conservaba su imperio sobre los sentidos del rey, pues

un viejo amante moldea a su joven querida tanto con su deseo como con sus vicios, y no quiere ya otra que pueda mostrarse torpe en los gestos del amor.

D'Épernon eligió cuidadosamente sus palabras:

—Marquesa, en la empresa que nos reúne, y en la que otros se nos unirán aún, vuestro lugar es de gran importancia.

—¿Cuál es ese lugar...? —preguntó la señora de Verneuil, no sin desconfianza.

El duque puso agudeza en su expresión:

—Señora, el herético se halla en gran dependencia de vos y el hombre satisfecho por el amor que acaba de recibir se vuelve charlatán y confiado.

—¿Eso es todo...?

—En absoluto, señora, pues si Enrique IV deja escapar secretos que puedan ser útiles a nuestro asunto, también está en vuestro poder influir en él como deseamos para hacer que avance la causa que nos une.

—Así lo entiendo, señor duque, y puedo con gran facilidad daros lo que aguardáis, pero no deseo que se olviden los derechos de mi hijo al trono de Francia.

—Si vos misma os guardáis de olvidar que ese jovencísimo rey necesitará un primer ministro y gran condestable, Henri de Verneuil hallará en mí un defensor de sus derechos legítimos.

El duque y la marquesa intercambiaron una larga mirada y no eran ya necesarias palabras para explicar su sentido. Sin embargo, D'Épernon quiso precisar:

—Lo que comienza en este instante tendrá que quedar concluido y ningún reposo, ninguna tregua, ninguna vacilación deben perturbar su curso hasta que el herético sea enviado al infierno.

—¡Así lo deseo...! —respondió la marquesa, que añadió—: No tengo ningún miedo, como vos reconoceréis con el tiempo. Aunque debiera acabar ejecutada en la Grève, golpeada y descuartizada.

Muy a su pesar, D'Épernon no pudo contener una leve sonrisa, tanto le parecieron, aquellas palabras, fanfarronadas sin consecuencias.

Pero aquello no escapó a la señora de Verneuil.

—Seguidme, señor duque, para que conozcáis cómo es, en todo, mi resolución.

La curiosidad, y sólo ella, empujó al poderoso duque a seguir a la marquesa. Así, lo llevó bastante lejos, a un ala del castillo expuesta al norte y donde reinaba un gran frío.

Transido y conteniendo su impaciencia por verse de tal modo arrastrado hasta aquel lugar, D'Épernon vio que la marquesa daba vueltas a una pesada llave en una sólida cerradura y, luego, se apartaba para dejarlo pasar.

Fascinado, el duque observó algo que no había visto jamás aunque, en toda su vida, horribles espectáculos le hubieran sido familiares. El aspecto repulsivo de aquel cuadro se entremezclaba, en la atormentada alma de D'Épernon, con una profunda turbación que no le pareció desagradable, puesto que despertaba sus sentidos.

Dijo a media voz:

—¿Es éste el muy apuesto marqués de Meneuse, al que dicen desaparecido y que fue vuestro amante?

La señora de Verneuil sonrió.

—Creía que podía abandonarme y ofrecer a otra su hermoso rabo. Ya no lo llevará a parte alguna.

El duque inclinó la cabeza y observó el rabo del marqués de Meneuse, colocado en un bocal lleno de un líquido de gran transparencia, mientras la cabeza nadaba en un segundo bocal, de mayor tamaño.

La marquesa de Verneuil miró al duque D'Épernon de arriba a abajo.

—Comprended, señor duque, que puedo sin duda ser útil a vuestros proyectos en el lecho del herético, pero no soy mujer que gima y a la que pueda engañarse.

—No se me ocurrirá la idea de engañaros, señora.

Y, a su pesar, concedió una fugaz caricia a su bajo vientre sin apartar sus ojos de cierto bocal.

Pero pensó: «No habrá que subestimar el valor de semejante mujer».

Vacilaban en hablarse, acechando los ruidos de la noche que podrían proporcionarles materia para iniciar la conversación. Pero, por cierta ironía de la suerte, el silencio más total reinaba en aquel lugar, tanto del lado de los olivares como del estanque que no dejaba oír el sonido cristalino y saltarín, pues la fuente se había helado.

Élisabeth de La Tomlaye se estremeció de pronto y Nissac, quitándose la capa azul marino, cubrió con ella los frágiles hombros de la muchacha. Vaciló unos instantes sobre la conducta que debía adoptar, y luego:

—Estoy acostumbrado al frío en la cubierta de mi navío —dijo—, y no soy ya muy sensible a él. Eso suponía olvidaros, señora, y os pido mil perdones. Entremos, ¿os parece?

Élisabeth se sumió en la más profunda turbación, pues no podía explicar a Thomas de Nissac que su temblor nada debía a la frialdad de la noche y todo a aquel hombre a cuyo lado se encontraba ella, que la embrujaba, pero que la arrancaría de su amado hermano; algo en lo que no podía pensar sin tener la impresión de traicionar lo que constituía el sentido de su vida.

Respondió con bastante sequedad:

—Tampoco yo, como vos, temo el frío, señor, pues estoy al cuidado de las viñas incluso en esta estación.

Con cierta torpeza, Nissac recuperó su capa y la dobló en su antebrazo. Lo animaba una extraña y nueva sensación: por primera vez en su vida, se sentía ridículo.

Ridículo y herido. Sabía ya que la joven no le tendría miramiento alguno, haciéndole pagar algo que él ignoraba puesto que le había devuelto, incluso, a aquel hermano al que amaba como una madre ama a un hijo.

Ésa era la extraña situación. De modo que estaba ella a su lado, en aquella noche provenzal, mientras soplabla el gélido mistral, pero la idea de que ella estuviera allí porque se lo había ordenado un hermano al que quería hería al conde de Nissac.

Prefirió pues, no sin nobleza y aunque le costase, no afligir a la muchacha con una presencia que no la distraía en modo alguno.

—Señora, en su corazón puro donde el cálculo nunca tuvo su lugar, vuestro hermano Louis me dedica un sentimiento de gran agradecimiento, que no merezco en absoluto pues sólo actué del modo en que debe comportarse todo hombre de honor, y más aún si es gentilhomme. En su amistosa ceguera, Louis no tiene en absoluto conciencia de ello, pero vos, sin duda, lo sabéis, lo sé yo mismo. Convengamos pues, por artificio, que hemos pasado un rato juntos y que me he marchado. Os libraré así de una presencia que, lo sé, os resulta en todo punto tediosa, siendo yo desde siempre un hombre solitario que no domina el arte de la conversación.

«¡Le odio...! —pensó ella—. Por su elegancia, su gentileza, su prevención que

me obligan a amarle cuando mi deber está junto a Louis». Respondió, agresiva:

—¡Ah!, señor almirante, ¿estáis haciendo acaso las preguntas y las respuestas como, sin duda, las hacéis en vuestro navío, donde sois el único dueño después de Dios?

—Tened la bondad de excusarme, señora, no quería en absoluto dar pruebas de tan toscos modales.

Ambos se sentían desgraciados.

Nissac, que se veía con los ojos que atribuía a Élisabeth, tenía una lamentable opinión de sí mismo aunque nunca hubiera deseado herir a la muchacha.

Élisabeth, que se sabía odiosamente injusta y del todo responsable de aquella situación desagradable, se sumió en una gran tristeza. No se engañaba al saber que, aun cuando el conde de Nissac habría podido ser el gran amor de su vida, entre los La Tomlaye, nada, nunca, durante siglos y siglos, se había antepuesto al deber. Élisabeth consideraba que Louis sería un niño toda su vida y que debía velar por él, sacrificando a ello su propia existencia.

Nissac prosiguió:

—Señora, creo entender lo que no decís. Hagamos como si os hablase durante algún tiempo aún, pues he visto la silueta de vuestro hermano detrás de una ventana, en el piso, y dejémosle pensar que mantenemos una buena conversación y un agradable entendimiento, pues me reprocharía a mí mismo si le causara la menor pesadumbre que, luego, alimentara también la vuestra.

La muchacha acalló la gran estima que en ella nacía hacia el conde de Nissac, como acallaba su turbación y, conservando fría la voz y distante el aspecto, respondió:

—Sea, señor. ¡Muy bien, finjamos...! ¿Pero de qué vamos a hablar...? ¿De navegación?

Nissac se encogió de hombros.

—Como os guste... Surco en todas direcciones el mar donde salvé a vuestro hermano. Desde el Ponto Euxino y el Helesponto, a levante, hasta poniente, Gibraltar y su guardia española. Siendo joven oficial, navegué en otro océano, viendo Thule, las Indias occidentales y la Nueva Francia, a la que llaman también Canadá, desde que se crearon allí algunos asentamientos.

Aquellos nombres extraños, algunos de los cuales ni siquiera conocía, hicieron soñar a la muchacha, que nunca había abandonado su Provenza natal, sin llegar tampoco más allá de Aix. «Ponto Euxino», «Helesponto», «Indias Occidentales», «Nueva Francia»; Nissac, al que admiraba, se aureolaba con el hechizo misterioso de aquellos lejanos parajes. Sintió clavada en ella la mirada del vicealmirante y se sacudió, diciendo con mayor rudeza aún de lo que hubiera deseado:

—Sin duda. Pero ¿a qué vienen esos combates en el mar? No estamos en guerra, me parece.

Él contuvo un suspiro. La idea de aburrir a Élisabeth le resultaba desagradable, y

más aún aburriéndola con las cosas que llevaba en su corazón. ¿Qué era su vida...? Su navío, *El dragón verde*, y su tripulación, que sustituía la familia a la que había perdido muy joven. Y su castillo, cerca de Saint-Vaast-La-Hougue y Barfleur, sumido en las brumas, y en el que, desde hacía siglos, las olas iban a romperse, azotando las murallas durante las mareas altas.

Contempló la luna y prosiguió, con una voz en la que se advertía la tristeza de quien sabe, de antemano, que va a aburrir hablando de lo que le es querido:

—Señora, en el mar siempre se está en guerra. Así, desde la batalla de Lepanto donde la Armada Invencible de Felipe II aplastó la flota turca, los barcos de estos países se enfrentan, pero debemos contar también con los berberiscos y, aunque sean, es cierto, aliados de Francia, la mayoría no deja de atacar por sorpresa nuestros navíos. Y también los marinos ingleses, que hacen grandes destrozos en nuestra flota mercante aunque el monarca de Inglaterra finja no saberlo. Francia es un país poderoso, pero su flota carece de importancia, es inexistente. Ahora bien, tenemos enemigos.

Interesada, Élisabeth preguntó:

—¿Quiénes son...? ¿Y quiénes son nuestros aliados...? Lo ignoro todo de esos asuntos políticos y, al menos, podréis ayudar a que no sea yo tan tonta en el futuro.

Nissac sintió con tanta evidencia que deseaba disgustarle que se limitó a una media sonrisa:

—No sois tonta en absoluto, señora, pero los asuntos políticos del reino son enormemente complicados. ¿Estáis segura de querer que os informe?

—¡Estoy segura...! —respondió con vehemencia.

Nissac explicó pues, con lentitud:

—España odia a nuestro rey, y también sus aliados, pues el odio se comparte con mayor facilidad que el amor. Con España van los Países Bajos de Bélgica y del condado de Luxemburgo, donde domina el cardenal archiduque Alberto, un Habsburgo que, sin haber tomado las órdenes, se casó con la infanta Isabel, hija de Felipe II de España y soberana de Borgoña. En el trono imperial de Alemania también hay un Habsburgo, Rodolfo II. Hungría y Austria están en manos de los Habsburgo que influyen en Polonia y en Bohemia, mientras Portugal está bajo el dominio español. También la parte española de Italia nos es hostil: el Virreinato del Milanesado, el reino de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, los ducados de Mantua, Ferrara y Parma así como la república de Génova, Toscana, el Franco-Condado, el ducado de Saboya y el de Lorena, los cantones católicos de Suiza y, por fin, Venecia.

—Pero, salvo Inglaterra, ¿cuáles son nuestros aliados?

Nissac sonrió pues no eran un gran peso frente a la formidable coalición que detestaba a Francia.

—Los cantones protestantes de Suiza y el señorío de Ginebra. Los Países Bajos de Mauricio de Nassau, hijo del Taciturno, Suecia, donde reina Carlos IX y, por fin, la Turquía de Mohamed Khan III, bisnieto de Solimán el Magnífico, que fue aliado de

Francisco I. La flota de La Sublime Puerta protege los navíos mercantes franceses y, al ser mi navío el único de guerra del reino de los lises en este mar, a veces he defendido, en cambio, navíos turcos. Con los capitanes del «Imperio de los veinte reinos» nos saludamos con un amistoso cañonazo cuando nos cruzamos.

Oscuras nubes cubrieron por un instante la luna y Nissac pensó que el tiempo pasaba, cargando además el interés de la muchacha en la cuenta de la cortesía.

Sabía muy bien que no se haría de nuevo a la mar durante algún tiempo, pues pensaba en algunas modificaciones que debían hacerse en *El dragón verde*, pero prefirió decir una media verdad:

—Pronto estaré en alta mar, señora; prefiero avanzar mi partida.

—Hemos hecho que os prepararan una habitación...

La miró no pudiendo ocultar una leve insolencia:

—En alta mar no aburro a nadie, señora, pues hablo muy poco con mi tripulación.

Regresó al castillo y volvió casi enseguida, con la espada al costado, la capa en los hombros y tocado con su sombrero de fieltro marino y largas y sedosas plumas verdes, blancas y azules que formaban una bellísima armonía de color.

Turbada, sin imaginar en absoluto que debía retenerlo —y sin embargo, una palabra hubiera bastado—, no pudo evitar hacerle una última pregunta:

—¿Es cierto, señor, que cada día, cuando la noche ha caído, saludáis a la luna?

Un brillo juguetón pasó por los ojos grises del conde de Nissac y la muchacha pensó que un hombre semejante debía de tener, pareciera lo que pareciese, gusto para la felicidad, mientras él respondía sonriendo:

—Es cierto, señora, pues la luna es una muy antigua amiga mía.

Se quitó luego el hermoso sombrero de plumas y, en un gesto de rara elegancia, como si de una dama se tratara, saludó al astro que parecía tan solitario en el cielo como lo estaba él en la tierra.

Durante mucho tiempo, Élisabeth siguió con la mirada al jinete que se alejaba en la fría noche.

Era un domingo de bruma y de hielo.

El duque D'Épernon se sentía de humor excepcionalmente benévolo y asistía, con una indulgente sonrisa en los labios, a la violación de una pequeña pastora por tres de sus guardias. Por lo demás, de buena gana habría intentado él la aventura, como sus hombres se lo habían propuesto cortésmente en cuanto les hubo concedido su permiso, pero no estaba en absoluto seguro de que la adolescente fuese limpia. A lo que se añadía una excesiva ocupación de su espíritu en sus asuntos para empitonar así a una bribona encontrada al azar del camino.

Fingió no ver el aire contrariado de Dietrich von Hoflingen. La gazmoñería del barón alemán lo sorprendía y parecía una constante desaprobación de su conducta, aunque Von Hoflingen cumpliera siempre las órdenes, como sus dueños los Habsburgo habían debido de aleccionarlo.

D'Épernon pensó que todo iba a las mil maravillas para el buen progreso de la conspiración que debía liberar el reino de los lises del usurpador herético, aquella bestia hedionda.

Después de Henriette D'Entragues, marquesa de Verneuil, el embajador de España, don Íñigo de Cárdenas, se había sumado a la maquinación, trayendo al asunto a un antiguo jesuita de su país, José de Altamaros, de quien se decía que se ocupaba de los trabajos sucios: crímenes, corrupción, coacciones y todas aquellas cosas que sólo podían hacerse en secreto y hurtándose a la mirada de la real justicia.

Había recibido también aviso, con gran confianza, de que Léonora Galigaï y su marido, Concino Concini, eran de aquéllos que iban a derribar el trono.

—¡Será decisivo...! —pensó en voz alta.

Léonora Galigaï no era, ciertamente, de buena cuna, pero resultaba ser la mejor amiga de la reina María de Médicis y llevaba el muy envidiado título de azafata de palacio.

Se decía, y no era en absoluto una leyenda, que de niña María de Médicis se hallaba en humor de perpetuo tedio y constante melancolía. Que, así, la futura reina de Francia se mantenía alejada de todas las cosas, con eterna mala cara, como si la existencia no la satisficiera. Viéndola tan triste, un ingeniero que trabajaba en palacio propuso que le presentaran a Léonora Dori, la hija de uno de sus carpinteros, vivaz y alegre. Así se hizo y se convirtieron ambas en las mejores amigas que nunca existieron. Hasta el punto que María hizo que le compraran el noble y glorioso nombre de Galigaï, que iba a quedar sin descendencia. Y exigió, más tarde, que Léonora Galigaï la acompañase, en primer lugar, a la corte de Francia.

—Muy pronto, un hombre había entrado en la vida de Galigaï, tan apuesto como fea era ella. Concino Concini, puesto que de él se trataba, pertenecía a la noble familia de los condes de La Penna.

Primero cursó brillantes estudios, pero se mostró muy pronto jugador y libertino

hasta el punto que su tío, secretario del gran duque, le mandó a Francia prohibiéndole que regresara nunca.

El joven, rápido en comprenderlo todo, advirtió cuánto le interesaba ganarse el favor de la amiga de la reina, a la que cortejó de inmediato sin contenerse. Llena de pasmo primero al causarle semejante impresión al apuesto italiano, muy halagada después, Léonora cedió y se convirtió en su esposa. Cuando fue así, a Concini no le costó satisfacer su ambición, encontrándose muy pronto en el cargo de primer escudero de la reina.

Pero aun siendo sutil en sus artificios, Concini no pudo evitar que el rey, que tenía un gran conocimiento de los hombres, no le apreciara en absoluto.

Pensando en algo muy distinto, e incluso en los tiempos futuros cuando, habiendo tenido éxito el complot, la historia debería conocerlo, el duque D'Épernon imaginó que la Iglesia de Francia debía estar representada en el asunto. Pues bien, el azar le sirvió a las mil maravillas, pues el cardenal Mathieu de Bellany, de los más reservados hasta entonces, se había abandonado en su presencia a una violenta carga contra Enrique IV, de quien sospechaba que la conversación no era nunca sincera. Se puso de inmediato en contacto con él, y el cardenal de Bellany solicitó como un favor participar en lo que él llamaba «el acto de purificación del reino de los lises».

Aunque recomendara a cada uno de los conjurados la mayor prudencia, el duque D'Épernon sabía que circulaba ya el rumor de un temible complot que estaba preparándose, pero, afortunadamente, no se mencionó ningún nombre, pues unos y otros no se conocían, no pudiendo así traicionarse.

Tras un corto período de observación, el duque se acercó al marqués de Pinthièvre, de quien se sabía que representaba los intereses de los omnipotentes duques de Guisa, y muy especialmente de Carlos, gobernador de Provenza. Se comprendieron rápidamente, y de las medias palabras pasaron a un lenguaje de gran claridad. En cuestión tan capital, el marqués de Pinthièvre no podía comprometer a los Guisa sin remitirse primero a ellos, pero, en cuanto esto estuvo hecho, aportó su apoyo al complot.

Entonces, el duque D'Épernon la emprendió con Jehan de Bayerlin, coronel de la caballería ligera, de quien se decía que no había en el reino mejor espada. Halagado de que un gran señor como D'Épernon se acercara a él, Bayerlin se unió a ellos en cuanto las cosas fueron dichas, pero, aunque su acuerdo fue rápido, discutió largo tiempo las ventajas de toda suerte que pensaba obtener de su participación en el complot. Hasta el punto de que D'Épernon, poco escrupuloso en los defectos de los demás, quedó sin embargo decepcionado de que tan gran capitán poseyera un alma tan mezquina. Finalmente, D'Épernon tenía que añadir, a todos ellos, la que se hallaba en la cumbre y en el origen de la conspiración, misteriosa mujer que se hacía acompañar por el monje de la maligna vocecilla.

Pero aquellos dos sólo serían uno, puesto que ella había hecho saber que sería representada por el otro.

A media voz, el duque D'Épernon contó con los dedos comenzando por él mismo, pues ésa era su costumbre, en cualquier circunstancia: servirse el primero.

—¡Yo: hago uno...! El monje de la voz extraña: dos... Dietrich von Hoflingen: tres. El embajador de España: cuatro... Su representante en los trabajos sucios, el tal José de Altamaros: cinco... La marquesa de Verneuil: seis... Léonora Galigai: siete... Concino Concini: ocho... El marqués de Pinthièvre, del partido de los Guisa: nueve... El cardenal de Bellany: diez... Jehan de Bayerlin, coronel de la caballería ligera: once...

Reflexionó unos instantes y añadió:

—Y el asesino, en cuanto sea hallado: doce...

Alegre, aproximó su caballo al del barón alemán.

—Barón, somos doce, como eran los apóstoles de Jesucristo. Es un signo divino que no se equivoca sobre nuestro rápido éxito.

Von Hoflingen indicó con una señal de cabeza que mostraba un profundo cansancio la escena de la violación que tenía lugar a pocas toesas de los dos hombres.

—Los apóstoles no violaban a pobres pastoras.

El duque D'Épernon dominó, a trancas y barrancas, una súbita cólera.

—Barón, os encuentro en mala disposición para conmigo, y demasiado a menudo para mi gusto.

—Señor duque, no podéis reprocharme que os diga la verdad, ¿y qué puedo hacer yo si no es siempre agradable?

—Me desagrada oírlo.

—Señor duque, desconfiad más bien de los halagadores, pues, en la mayoría de los casos, son gente malintencionada.

El duque le lanzó una gélida mirada.

—Sin embargo, la prefiero a otros que, estropeándome el placer, no permanecerán mucho tiempo en mi gracia y regresarán por donde han venido.

El barón Von Hoflingen percibió la amenaza pero no renunció en absoluto por ello, pues creía con toda buena fe que el designio de matar a Enrique IV servía a Dios y a la Iglesia. Sin embargo, consideraba también que una noble causa pierde su legitimidad si sus servidores se envilecen hasta el rango de aquéllos con quienes desean acabar.

Respondió con voz mesurada:

—Señor duque, sólo hablaba hace un instante de vuestra gente que viola a la pobre moza, pues no me aflige tanto su crueldad, ni el poco entendimiento que del sufrimiento tienen, como vuestra indiferencia ante éste.

—Sería ventajoso para vos, barón, hablar de algunas cosas sólo a media voz, o no hablar de ellas en absoluto, lo que sería mejor aún. Ah, mirad: he aquí el mejor momento, pues Toussaint conoce bien el asunto.

El barón siguió la mirada del duque y vio a un hombre, sin duda aquél al que llamaba Toussaint, que apretaba entre sus poderosas manos el cuello de la muchacha.

Asfixiándose, ésta sacó fuera de la boca una lengua que parecía alargarse cada vez más, como si la infeliz no encontrase ya aire.

El duque D'Épernon rió palmeando, como un niño cruel.

El alemán se apartó, asqueado.

Con la lengua fuera de la boca y los ojos muy abiertos, la muchacha, muerta, dejó caer a un lado la cabeza.

Decepcionado, el duque dijo a media voz:

—¿Ya? ¡Todo termina! ¿Por qué son tan breves los placeres mientras el tedio llena jornadas enteras y esas sombrías jornadas toda mi vida?

Puesto que nadie respondía a la pregunta, el duque, que no había descabalgado, dio media vuelta sin aguardar a su gente y se hundió en la bruma. No pensaba ya en aquel crimen, que consideraba como de nula importancia, y su espíritu regresó a la conspiración.

Algunos puntos lo inquietaban aún: ¿Quién se ocultaba tras el pútrido cadáver del monje gordo? ¿Quién era el segundo monje? ¿Era monje al menos? ¿Y quién era la mujer a la que servía la criatura de la maligna vocecilla? ¿Era posible, como él creía, que fuese tan importante que no se atrevía a imaginarlo sin estremecerse?

Había lanzado a tanta gente sobre aquel enigma y prometido tanto oro que no dudaba de que muy pronto lo sabría.

¿Pero no iba a lamentarlo?

De pie en la toldilla de *El dragón verde*, el vicealmirante de Nissac contemplaba el horizonte. Una ligera brisa hinchaba las velas en el mar en calma y la tripulación, excepto los hombres de guardia, comía de buen humor y excelente contentamiento.

Aquel día, cumpleaños del segundo, Charles Paray des Ormeaux, la tripulación estaba mejor provista que con las habituales galletas mojadas en un estofado de pescado tan líquido como una sopa. En efecto, el cocinero servía guisantes, habas, carne hervida —cuya grasa se espumaba para fabricar velas—, quesos, ajos y cebollas. A lo que se añadía una única medida de vino, pues en *El dragón verde* se escatimaba la bebida. En efecto, el vicealmirante no quería en absoluto hombres borrachos cuando el combate podía estallar en cualquier instante: en alta mar hay que vivir siempre ojo avizor, como el pájaro que no conoce reposo, volviendo sin cesar la cabeza para no ser sorprendido por quien desea devorarlo.

«Que coman en gran cantidad», pensaba Nissac pues sabía que, muy pronto, se limitarían al pescado seco. Divertido, el vicealmirante recordó el proverbio inglés que, por su carácter universal, alegraba a los marinos de todos los países del mundo: «Dios manda los víveres, el diablo los cocina».

Thomas de Nissac evitaba pensar en Élisabeth de La Tomlaye, cuya indecisión le pesaba pues se encontraba en un momento de su vida en el que, tras tanta soledad, le hubiera gustado compartir un gran amor con una mujer, deseando sin embargo tanto ser elegido como él elegirla.

Como hombre que había aprendido a contentarse con lo que se le ofrecía; se alegró de mandar tan altivo galeón como era *El dragón verde*, demasiado desconocido en la corte del rey pero considerado por el extranjero como el florón de la Marina Real francesa.

Su mirada se demoró en el palo mayor, precisamente aquél que había besado el día en que recibió la entrega del navío en el astillero, perpetuando así la vieja costumbre de los capitanes de antaño.

El palo mayor... Había elegido poner en lo alto madera de laurel, para protegerse del rayo y que no cayera sobre su navío, desdeñando así otras materias reservadas a semejante uso como la vaca marina, las pieles de hiena o de cocodrilo, la madera de higuera o el caparazón de tortuga.

Aquí estaba su vida, y en su viejo castillo de Normandía cuando ponía pie a tierra por algún tiempo. Todo le gustaba a bordo de *El dragón verde* y, en vez de cansarse, se vinculaba a él cada día más, como un amante a su amada en las más hermosas historias galantes. Se complacía recorriendo su cabina, donde invitaba numerosas veces a su mesa a aquellos de sus oficiales por quienes sentía simpatía: su segundo, el capitán Charles Paray des Ormeaux; el capitán que mandaba la infantería de asalto, aquel rudo gigante de Sousseyrac, y, finalmente, el jovencísimo teniente Martin Fey des Étangs, cuyo rostro de ángel hacía zozobrar el corazón de muchas damas.

Durante aquellas cenas, mientras el sol poniente empurpuraba la cabina entrando por los cristales y cristaleras de la ventana que daba, en la trasera del bajel, a la galería de popa, el vicealmirante hablaba muy poco, como de costumbre, escuchando a sus oficiales. Su mirada se demoraba a veces en los instrumentos de navegación, de cobrizos reflejos: brújulas, compases, astrolabio. Rozaba luego las tablas astronómicas, los libros de mar que describían riberas y marcas, pasos y accesos portuarios, o aquella obra, más rara aún, que contenía valiosas indicaciones sobre las mareas y profundidades cerca de las costas.

A bordo de *El dragón verde*, tras largas meditaciones y reflexiones, había puesto a punto su modo de hacer la guerra: mostrarse ahorrador con la vida de sus hombres, quitar el viento al enemigo y obligarlo a combatir de cara al sol, preferir la rapidez del tiro y la velocidad de desplazamiento a las hábiles maniobras o a un superior número de navíos. Allí, también, había inventado para las naves amigas, cuando llegaba la noche, señales codificadas con ayuda de linternas que se cegaban intermitentemente.

Le gustaba tenderse en su litera y contemplar las tablas del techo a través del cono dorado de un rayo de sol en el que bailaba el polvo de la madera. Aquellos instantes calmos le servían durante las violentas tormentas, cuando hacía arriar las velas mientras *El dragón verde*, sacudido con fuerza, cabeceaba, oscilaba y corría sobre las olas. En aquellos instantes, como el galeón parecía abrumado sobre las aguas, mientras algunos hombres de la tripulación recitaban el *Confiteor* y cantaban *Salve Regina* o *Sancta est Maria mater gratiae*, Nissac se dirigía al castillo de proa, ponía sus manos en el borde y no se movía ya, sucediera lo que sucediese, tranquilizando así a la tripulación.

Tranquilizar, tranquilizar siempre, incluso cuando la victoria parecía dudosa, largo rato, entre berberiscos y Marina Real, incluso cuando él dudaba, condenado a no revelar nunca su angustia a un confidente que lo hubiese aliviado compartiéndola.

Contempló la línea del horizonte donde el azul del mar se confundía con el del cielo. Aquí, la distancia y el tiempo parecían dilatarse, permitiendo escapar a la estrechez de la vida cotidiana en tierra, y comprendía ese fenómeno tanto desde el punto de vista geográfico como en el de las cosas humanas.

Además, cuando estaba a bordo de su galeón, también las lenguas extranjeras se esfumaban. Así, en *El dragón verde* se hablaba francés, que era la lengua de habitual entendimiento, pero si se hablaba de materia jurídica sólo podían comprenderse en español o portugués, aunque se dirigieran a un turco, enterado también de esa costumbre. Del mismo modo, si se trataba de construcción marítima, todos los marinos de Europa entendían el holandés, y el germánico para el combate, el inglés para la conducción del navío y el árabe para la evolución en los mares de hermosas figuras complicadas.

Contrariamente a muchos otros, que aplicaban esas costumbres sin reflexionar, el conde de Nissac, espíritu curioso ante todo, las meditaba largo rato. Así, había

llegado a hacer suya la idea de que un lenguaje universal impuesto por la necesidad unía a los hombres en vez de dividirlos y que, desde el momento en que se comprendían, solían perder los motivos de combatir. De ese pensamiento procedía otro según el cual las religiones, a veces distintas en un mismo país, eran motivo de sangrientos enfrentamientos. En cuanto lo hubo pensado, detestó, todas juntas, las religiones y buscó, a lo largo de sus años en el mar, algo que pudiera presidir favorablemente los destinos humanos. La respuesta le llegó de pronto, mientras se interrogaba sobre el funcionamiento de su pensamiento: sólo la razón podía guiar a los hombres, pues, en sus desarrollos postreros, contenía ideas de libertad, de respeto y de igualdad, barriendo por el contrario el sectarismo, la intolerancia, la guerra y la violencia.

El vicealmirante guardaba sólo para sí aquel descubrimiento, con la seguridad de que no habían llegado los tiempos en los que pudiera hablar de él a otros hombres. Sin embargo, puesto que no deseaba que el trabajo de su pensamiento, tan largo y tan arduo, se perdiera, muy pronto advirtió que, a falta de poder discurrir sobre ello, aplicaría en su vida diaria semejantes principios. Secretamente, esperaba así que quienes se vieran sorprendidos por su actitud acabarían haciéndose semejantes preguntas, cuyas respuestas los llevarían a las mismas disposiciones en las que él se encontraba.

A Nissac le gustaba el secreto mundo de su espíritu, le gustaba como se adora un paraje al que se quiere porque se lo descubre siempre con arrobos, a él y a sus valles, sus colinas o sus familiares y tranquilizadores arroyos.

Sin duda no se daba cuenta de ello, al sentirse en gran soledad de pensamiento, pero el conde veneraba la Razón al igual que otros la religión, sin dudar de que triunfaría algún día, que él, ¡ay!, no podría ver en vida.

¿Y quién sabe si otros, tan maravillados como él mismo estaba, no compartían secretamente sus creencias?

Sintió una presencia y volvió la cabeza. Sousseyrac, molesto en su enorme cuerpo, le sonreía.

—Bueno, Sousseyrac, ¿de qué humor estáis?

—Excelente, señor conde. ¿Pero no vais vos a comer? —respondió con un fuerte acento del suroeste del reino el capitán que mandaba la infantería de asalto.

—No tengo hambre. Tal vez la razón sean esas gaviotas.

Sousseyrac miró en la dirección indicada.

—Pues es cierto. ¿Y por qué se empecinan todas, así, en dirigirse a semejante punto del horizonte...? ¿No está muy lejana la tierra...?

—Lo está, Sousseyrac.

—En ese caso...

—En ese caso, va a aparecer un navío. Y presiento que no estará solo.

—¿Españoles?

—Lo dudo, no está en sus rutas marítimas.

Los vigías indicaron muy pronto dos bajeles y Nissac ordenó que la tripulación ocupara los puestos de combate.

Los hombres, que ocultaban su nerviosismo bajo una calma aparente, vieron dibujarse las siluetas de dos fuertes galeones que enarbolaban la negra bandera tomada de los piratas ingleses de las Antillas.

Los navíos, pesadamente cargados, penaban sobre las olas.

Junto al vicealmirante, el segundo, Charles Paray des Ormeaux, había sustituido a Sousseyrac, que estaba ahora entre sus soldados, procurando no molestar a los marinos en la maniobra.

—¡Navegan libremente...! —comentó el segundo observando las embarcaciones.

Nissac no respondió. Contrariado, advertía una vez más que Paray des Ormeaux veía cada vez menos, pues los bajeles, galeones de presa, parecían penar cargados de fuerte botín. El vicealmirante recordó haber capturado uno semejante, tras violento combate, y uno de los berberiscos capturados había confesado que regresaban de una larga campaña de dieciocho meses surcando el Atlántico antes de regresar al Mediterráneo.

Paray des Ormeaux esbozó una leve mueca, diciendo:

—Vamos a enfrentarnos a una artillería que vale dos veces la nuestra...

—¡Tendremos pues que mostrarnos dos veces más inteligentes! —respondió con sequedad el vicealmirante.

Fugazmente, se preguntó por aquella obstinación en no huir cuando podría, sin dificultad, alegar la superioridad enemiga. ¿Qué estaba buscando...? ¿La muerte...? ¿Ver hasta qué punto su habilidad podía desafiar al número...? ¿O actuaba por sentido del deber, por honor y respeto a la palabra dada...?

No respondió a esas preguntas, viendo que los navíos piratas izaban la bandera roja: «Sin cuartel, sin supervivientes».

—¡Izad la misma! —ordenó Nissac.

Era muy nuevo que un navío de la Marina Real izara la bandera roja, que de ordinario sólo empleaba la piratería.

Divertido por la artimaña, Paray des Ormeaux se inclinó hacia Nissac:

—Eso va a sorprenderlos mucho, señor almirante, y a sumirlos en gran confusión.

Nissac ni siquiera oyó aquellas palabras. Absolutamente en calma, se preguntaba si existía una maniobra que permitiera a un galeón solitario enfrentarse a dos.

Y vencerlos.

Sin verse enviado al fondo con toda su tripulación...

Potentes truenos sobresaltaban hasta a los más valerosos, tan rápida era la cadencia en que se sucedían. Los relámpagos cruzaban el negro cielo e iluminaban, de vez en cuando, las tristes fachadas de aquella pequeña ciudad sin importancia. Parecía que sus casas, temerosamente agrupadas en torno al ayuntamiento, nunca dejarían de sollozar, desde sus tejados de pizarra, una lluvia fina y gélida.

Algunos, aunque supieran al «monstruo» tras una doble hilera de barrotes de hierro, permanecían enclaustrados en su alojamiento. Se decía que ninguna mazmorra en el mundo podría retener a semejante criatura que, sin duda, había salido de las profundidades de los infiernos para diezmar a la humanidad y borrar hasta el propio recuerdo de Dios. Todos temblaban en la ciudad, en sus arrabales y sus campiñas circundantes, pues cuando «la bestia» rompiera sus cadenas, llegaría la carnicería y el caos, arroyos de sangre y ríos de lágrimas.

Habían sido necesarios treinta hombres de armas sólo para acercarse más, pero diez de ellos habían muerto antes, con las carótidas arrancadas y las nuca quebradas por las enormes patas de aquel anticristo. Y sólo la astucia y, luego, fuerzas al margen de la naturaleza, habían mostrado cierta eficacia cuando se hubieron arrojado sobre «la cosa», cuya boca espumeaba sangre y amarguras blancas, el contenido de varias medidas de agua bendita y reliquias santas, entre ellas un fragmento de la vera corona de espinas. Luego había aparecido aquel monje de rostro enteramente oculto —salvo para los ojos de la bestia— por un amplio capuchón, y blandía un crucifijo al revés, hacía al revés el signo de la cruz sujetando por la hoja unos puñales que formaban la cruz de San Andrés y creaba un miedoso vacío a su alrededor. Entonces «el monstruo» vaciló.

El monje había hablado en voz tan baja que nadie oyó sus palabras, pero sí «el monstruo», que, atemorizado, repentinamente, ocultó su rostro llevándose con rapidez sus enormes patas hasta los ojos.

Se decía que, entonces, «la criatura» arrojada por las ardientes entrañas de la tierra había retrocedido murmurando:

—¡No...! ¡No...! ¡Eso no...! ¡Piedad, tened piedad, eso no...!

Un capitán de la guardia del gobernador, hombre de gran valentía que se había cubierto de gloria en la época de las guerras de la Liga, se habría entonces, según se decía, acercado tan osadamente que se encontró colocado entre «la bestia» y el monje, de modo que vio el rostro de éste.

¿Qué vio...? ¿Quién lo sabrá nunca...? Durante mucho tiempo, en los años que siguieron, se cambiaron impresiones, haciendo beber a los soldados del gobernador para sacarles algunas palabras, pero ninguno había divisado el espectáculo que se ofreció, en un fugaz instante, a la mirada del capitán.

No cabe duda, y es algo establecido del modo más formal, de que el valeroso soldado se llevó la mano a la coraza, a la altura del corazón, y con los ojos en blanco

se derrumbó fulminado. Varios afirmaron, a continuación, que había murmurado: «¡Qué horror...! ¡Me duele...!». Otros, menos numerosos, es cierto, juraron que aquellas palabras no se dijeron nunca, y la cuestión quedó sin resolver.

En cambio, todos fueron poco después a contemplar el rostro del difunto capitán y cada cual quedó pasmado al descubrir la expresión de sus rasgos tal como los había helado la muerte. En efecto, no era en absoluto el espectáculo del miedo, ni siquiera el del terror, sino mucho más allá, como si los límites de lo espantoso hubieran retrocedido hacia fronteras desconocidas hasta entonces. El infeliz dejaba traslucir en aquella pobre faz hasta qué punto lamentó, en aquel instante, haber llegado al mundo para contemplar una cosa semejante y muchos que se mostraban favorables a esta opinión pensaron entonces, y ya para siempre, que el capitán había decidido por sí mismo que su corazón dejara de palpar porque era la única salida para escapar a lo que veía y no podía conjurar, ni soportar.

Durante mucho tiempo, en las estaciones que más tarde se encadenaron y, luego, del mismo modo, en los años, e incluso los más jóvenes que iban a vivir los decenios de la Fronda y los reinados de Luis XIII y Luis XIV, todos fueron unánimemente de semejante opinión y sintieron por ello profundo malestar.

Pues había algo que no podía discutirse y que seguirá siendo por siempre jamás de lo más misterioso: el capitán había muerto, es cierto, de espanto, pero mirando... *al monje*, ¡no al «monstruo»!

Sí, decididamente, el hombre fulminado por tan gran espanto no había temido en absoluto mirar a «la bestia» con cabeza de gran simio y el cráneo abollado y rapado, ojillos de cerdo profundamente hundidos en oscuras órbitas, nariz que más parecía hocico y aquella horrible boca chorreando sangre en la que se veían magníficos colmillos, de extremada blancura, pero como no se ven en los hombres ordinarios.

En cambio, el capitán se llevaba al interior de la tumba el secreto del rostro del monje, y la expresión que en él descubrió. Y todos se interrogaron sobre aquel asombroso rostro, divino o diabólico, pero que causaba tan fuerte impresión que no podía sobrevivirse a semejante abismo.

El monje era escoltado por guardias reales, de modo que los soldados de Claude de La Châtre, barón de Maisonfort y gobernador del Berry, debían inclinarse ante una autoridad superior cuya preeminencia no era adecuado ni fundado discutir. Así, y aunque estuvieran atemorizados al conocer semejante noticia, se advirtió que no era en absoluto posible impedir que el extraño monje entrara solo en la celda del «monstruo», y hacer que lo encerraran con éste.

Reunidos en la plaza del mercado, eran cientos, guardias, burgueses y campesinos, llenos de inquietud mientras transcurría el tiempo.

Pasó así una hora, la segunda luego, pero nada brotaba de la celda, ni un ruido, ni una palabra, y la multitud se puso nerviosa, empapada por la lluvia, sobresaltándose con el rugido del trueno y parpadeando a la luz cegadora de los relámpagos, pues, con muy insólita constancia, la tormenta no se debilitaba aunque el cielo, por su parte, se

volviera de un negro que evocaba, ahora, el color del hollín o las murallas del reino de Satán.

En varios puntos de la vasta plaza, algunos, entre los más fervientes católicos, habían caído de rodillas y oraban con fervor. Un hugonote, que evitaba unirse a semejante muestra de devoción y parecía sentir desprecio por el espectáculo de la piedad, fue apuñalado diecisiete veces, y por manos distintas para que, entre semejante multitud, no fuera en absoluto posible juzgar nada.

En aquellos instantes, nadie pensaba volver nunca a ver vivo al valeroso monje y algunos recordaban cómo «la bestia», que tenía apariencia humana, había sido sorprendida en el cementerio, entre dos luces, cuando tras haber matado y devorado la garganta de varios niños, había decidido, empujada, esta vez, por su sacrílega inclinación, violar una sepultura.

Se trataba de la tumba reciente, abierta aquella misma mañana, de una joven de quince años, y «la bestia», tras haber excavado la tierra, había sacado el cuerpo cuyo vientre y pecho abrió, saboreando el corazón de la infeliz así ultrajada después de la muerte.

Ahíto, «el monstruo» se había adormecido y sólo al alba, avisados desde la víspera, los soldados del gobernador habían rodeado el cementerio, aunque recibieron órdenes de aguardar la llegada del monje.

Sabemos ya qué duro y sangriento fue el combate. El miedo tuvo mucho que ver en ello, pues los soldados temían a aquel hombre con cabeza de lobo, pero la perdió en el jaleo y se advirtió entonces que llevaba, como una flexible máscara, una verdadera y muy real cabeza de lobo, vaciada de la sangre, del cerebro, de los huesos y privada de la mandíbula inferior, lo que permitía ponérsela como una mano se enfunda en un guante.

Sin embargo, el alobado, puesto que no podía negarse que se trataba, allí, de un representante de la maldita especie, tenía bajo la máscara un rostro bestial y de gran fealdad, que no tranquilizó en absoluto.

Sólo el monje, en cuanto apartó a los soldados, consiguió reducir al horrible monstruo con su sola presencia y lo llevó a la prisión, donde se dejó encadenar.

Aunque no negaran en absoluto su valor, se preguntaban sin embargo quién era aquel monje, quién le había avisado y por qué había llegado a todo galope con escolta real... Y, del mismo modo, se preguntaban: ¿por qué el extraño monje había hecho quitar las cadenas que sujetaban al alobado y por qué —¡cuántas preguntas!— exigió quedar encerrado en la misma celda que la ralea de Satán?

En la multitud, donde muchos, abrumados, agachaban la cabeza, nadie se hacía muchas ilusiones, convencidos de que «el monstruo» había abierto el vientre del monje para devorar sus humeantes intestinos.

Algunos creían, incluso, que sólo encontrarían del celoso servidor de Dios algunos huesos esparcidos por los adoquines de la celda. Rogaron pues con fervor por el pobre y santo hombre, cuyo rostro no conocerían sin duda nunca. Apenas la voz,

cuando había ordenado:

—¡Que me encierren a solas con él...!

Una vocecilla curiosa, puntiaguda, irritante, que a algunos les pareció muy maligna...

Ventajosamente plantado, con las manos en las caderas, en la toldilla del primer galeón, el capitán berberisco Johan van Dick observó aquel curioso navío real que, ante la sorpresa general y, en algunos casos, consternación, acababa de izar la bandera roja: «Sin supervivientes».

Luego advirtió con qué fulminante habilidad el comandante del bajel real conseguía colocarse de modo que atacaría con el sol a la espalda y un viento favorable.

Van Dick, presa de una súbita aprensión, murmuró:

—¡El Ladrón del Viento!

Así apodaban al vicealmirante Thomas de Pomonne, conde de Nissac, en los mares del Levante, y aquel nombre, llevado de las tabernas de España hasta el nuevo mundo, pasando por las costas de África, tenía una gran celebridad. Esperando equivocarse, el renegado Van Dick buscó con la mirada la proa del galeón real y, luego, al descubrir la espantosa cabeza de un dragón verde de madera esculpida, barrió sus últimas dudas.

Muy bien, sea, si así lo quería el Ladrón del Viento, habría combate; y Van Dick no recordaba que nunca, en la historia marítima, un solo galeón hubiera vencido a dos. Así lo creía y estaba tanto más convencido cuanto, en el otro galeón pirata, el capitán Jean Bohrange, de Dunkerque, nunca había conocido la derrota, de modo que le consideraban un gran capitán de aquellos tiempos.

Van Dick, que sentía posible la victoria, murmuró entre dientes:

—¡Vamos a ahogar a ese perro de Nissac...! Y, siempre que haya abordaje, descubrirá un arma nueva de la que no tiene en absoluto conocimiento.

Aquella «arma nueva», utilizada varias veces desde el mar de China, parecía invencible y valía casi, sola, por el resto de la tripulación de renegados. Además, suponiendo que fuese el primer atacado, Van Dick sabía que su amigo el capitán Bohrange se lanzaría de inmediato contra la retaguardia de Nissac. Sí, decididamente, el Ladrón del Viento estaba loco al correr, con tanta prontitud, a una muerte cierta.

Van Dick tendió impaciente la mano y un hombre al que le faltaba la mandíbula inferior, arrancada por una bala de cañón español, entregó un cantarillo de alcohol a su capitán. Bebió éste un largo trago y, luego, mirando la tripulación que aguardaba unas palabras, lanzó con fuerte voz:

—Estamos a dos días de ruta de nuestro puerto de atraque, donde seremos festejados como vencedores. Las mujeres se arrojarán a vuestros pies y podréis, incluso, comprar una doncella. Partimos hace tres años en un mal barco holandés y regresamos con dos orgullosos galeones, conquistados a los españoles. Las calas de nuestros navíos rebosan oro y pedrería, y llevamos cautiva a la hermosa duquesa andaluza cuyo padre es ministro del rey de España y pagará un elevado rescate. En tres años de campaña por el mar, hemos ganado más que en dos mil años de trabajo

en tierra. Entre nosotros y la vida en que soñáis sólo queda ese galeón real francés mandado por un almirante altivo, orgulloso y taciturno.

Hizo una pausa y prosiguió con voz más fuerte aún:

—El galeón real del Ladrón del Viento, que ha matado a tantos de los nuestros y que quiere hacernos una mala jugada... Derribemos entre todos a ese *dragón verde*, devolvámoslo a los infiernos de los que ha salido y que Nissac sea por fin colgado de la verga mayor...

—¡A muerte...! —gritaron los hombres con gran entusiasmo.

Satisfecho, Van Dick arrancó el cantarillo de alcohol de las manos del hombre de la boca mutilada. Luego, se preguntó por qué los hombres de *El dragón verde* lanzaban abajo, en cada borda, ocho montones de cabos que llenaban la cubierta superior, el castillo de proa y el de popa.

Cuando lo comprendió, se puso pálido.



Nissac observaba a los hombres que se atareaban en torno a los dieciséis cañones suplementarios, distribuidos en cada borda. Sin contar con las dieciséis culebrinas, las doce semiculebrinas y los ocho cañones ligeros llamados «sacres» e instalados entre la jarcia mayor y la de trinquete, había hecho elevar su armamento de los treinta y seis cañones de dotación en los galeones mejor armados a cincuenta y dos. Nunca, en ningún lugar ni en ningún momento de la historia, navío alguno había poseído semejante potencia de fuego.

Nissac lamentaba que en el Almirantazgo no se hubiera querido escucharlo. Así, el rey Enrique IV venía de poner de nuevo en marcha la construcción naval, aunque no de bajeles de alta mar, sólo de pesadas galeras que Nissac consideraba ya de otro tiempo y condenadas a desaparecer. En efecto, las galeras no se arriesgaban muy lejos de las costas, reaccionaban muy mal en mares agitados y sólo embarcaban algunos cañones situados en la proa, lo que les daba una dramática inferioridad en caso de cañonearse con un galeón.

Nissac suspiró, observando a sus arcabuceros que se preparaban detrás de sus culebrinas, en los castillos de proa y popa, esperando hacer llover sobre los piratas una abundante cosecha de proyectiles.

La Marina Real no construía galeones y éste había sido ofrecido, como agradecimiento al rey de Francia, por un banquero veneciano liberado de los berberiscos por Nissac, quien, en aquel tiempo, mandaba una vieja carraca. Pero el banquero había exigido que Nissac fuese el comandante vitalicio de aquel galeón, de modo que el futuro vicealmirante había podido intervenir en el astillero donde lo construían.

De hecho, Nissac había recordado leyes que extraía como enseñanzas de los combates navales. Ciertamente, tomar el viento, llegar con el sol a la espalda y no vacilar en atacar de noche. Pero el almirante creía, más aún, en la conjugación de la velocidad y la potencia artillera, Los propios galeones, teniendo en cuenta el tiempo de recargar los cañones, realizaban maniobras demasiado largas: disparaban a babor, luego por delante, rodeaban los barcos, disparaban a estribor, luego por detrás... ¡Una estupidez...!

Nissac había discutido con los arquitectos para que se aligerasen las redondeces del galeón, rebajando con audacia los castillos que recibían el viento de frente, frenando así la carrera. Más largo pero más estrecho, *El dragón verde* se convirtió así en el bajel más rápido de su tiempo, tanto más cuanto Nissac había optado por elegir siempre el material de construcción más ligero que existiera, especialmente para las maderas. Además, el vicealmirante fue a Suecia, donde se encuentra el mejor metal del mundo, e hizo fundir unos cañones mejorados, más sencillos de emplear. Disponiendo de aquella moderna artillería, más entrenados y más a menudo que cualquier otra tripulación, los artilleros de *El dragón verde* podían hacer fuego cada uno o dos minutos, cuando en los demás galeones se necesitaban de cinco a diez.

Nissac sabía que el éxito dependía de una rápida cadencia de tiro. No era ya necesario, en *El dragón verde*, volver el navío de cada borda para hacer fuego y, si a veces utilizaba Nissac semejante método, la razón era que deseaba que su tripulación fuera, en todo, la mejor maniobrera del mundo. Había hecho desembarcar así, y para siempre, artillería de caza y artillería de fuga, concentrando su temible potencia de fuego en las dos bordas de la embarcación.

El conde no quería caer en la amargura de quienes tienen razón muy pronto, lo saben y nadie los escucha. Pensaba que las ideas acertadas siguen siempre su camino... ¡Muy largo a veces!

En fin, le divertía mucho saber que el rey Enrique IV, que no le apreciaba en absoluto —por razones que no honraban al monarca—, contaba con él, y sólo con él, para hacer reinar el orden real en los mares del Levante. Enrique IV, humillado al ver capturados por los piratas sus navíos mercantes, echaba rayos y culebras afirmando que no toleraría en absoluto que se «insultara el pabellón», pero muchos sabían que lo que más deploraba el rey era que el comercio que aseguraba la riqueza del reino se viera así impedido por los berberiscos en levante y los piratas en poniente.

El conde de Nissac fue arrancado de sus pensamientos por el segundo, Charles Paray des Ormeaux:

—Señor almirante, os lo ruego, no me reprochéis esta pregunta, pero ¿por qué librar tan peligroso combate?

Sin apartar la mirada de los galeones enemigos, Nissac respondió:

—Señor Des Ormeaux, los únicos combates que valen y me seducen son los que parecen perdidos de antemano.

Pensó que, si debía morir hoy, lo haría como un perro abandonado, solo en el

mundo y sin el amor de una mujer.

—¡Sin duda lo he merecido...! —murmuró.

Sin volverla cabeza, añadió con voz tranquila:

—Permaneced muy atento a la maniobra, señor Des Ormeaux. Vamos a fiarlo todo a la velocidad.

El segundo inclinó la cabeza con gran convicción, pues si en otras partes al vicealmirante se le llamaba el Ladrón del Viento, a bordo de *El dragón verde* le daban otro apodo: «el almirante del diablo».



Van Dick veía evolucionar a *El dragón verde* que, rápido y ligero, parecía correr sobre las olas.

El renegado holandés, buen marino sin embargo, olvidó unos instantes la inminencia de la batalla para admirar al bajel real. En aquellos instantes, habría dado todo el oro que llenaba sus calas sólo por la felicidad de mandar *El dragón verde*.

Graziano, el segundo de Van Dick, se acercó al capitán y, con voz inquieta:

—¡Nos ha robado el viento como burlándose...! —exclamó—. ¡Qué rápido llega, lo tenemos ya encima...!

—Dispararemos primero, no está aún a nuestra altura, apenas la mitad de su navío ha sobrepasado nuestra popa.

Pero, en un ángulo imposible, aquella mitad hizo fuego y fue bastante para desarbolar sin cuartel el galeón del capitán Van Dick.

12

El alobado estaba sentado en la esquina más apartada de la celda. Adosado a los barrotes, el monje se mantenía con los brazos cruzados y el amplio capuchón ocultaba permanentemente sus rasgos, aunque «el monstruo» los hubiera divisado antes.

Desde hacía dos horas, el hombre de Iglesia llevaba a cabo el interrogatorio y ni un solo instante el alobado había sentido la tentación de dar a las preguntas respuestas que estuvieran marcadas por la menor falsedad.

Muy al contrario, «el monstruo» sentía gran consuelo respondiendo como se le rogaba, con una firme dulzura, de las más extrañas, como si aquellas preguntas, a veces muy indiscretas, le permitieran conocerse mejor a sí mismo por las respuestas que les daba, descubriendo en tal circunstancia un singular consuelo.

Confesó así que siempre fue muy feo, de niño ya, y que no encontró compañero de juegos puesto que, quienes hubieran debido serlo, huían de él o se reunían para tirarle piedras. Del mismo modo, ya de joven, no conoció moza alguna e incluso las prostitutas, en los burdeles, lo evitaban, a excepción de las más viejas que tenían pocos amantes, pero le era preciso entonces quintuplicar la suma.

Su padre, un notario, abrumado por aquel estado de las cosas, se decidió a tomarlo consigo para transmitirle su cargo, pero quienes solían acudir a tratar sus asuntos se asustaron. Se decía que el hijo del notario tenía mal de ojo y que se corría el riesgo de perderlo todo, de modo que en unos pocos meses el lugar estuvo asolado por la soledad.

Aquél que no era aún un alobado, dieciocho años tenía por entonces, comprendió la situación y el remedio que debía darle. Hasta entonces, a pesar de su fealdad, su alma era de pureza semejante a la del diamante. Nunca había respondido al mal con el mal, sin preguntar tampoco la razón de las violencias que sufría. En el mundo, sólo quería a sus progenitores, a su padre, que lo miraba en efecto con gran bondad, y a su madre, que no parecía considerarlo feo. Ambos eran su vida, su único horizonte puesto que el joven sabía que nunca iba a encontrar mujer que quisiera casarse con él. De modo que no quiso provocar la ruina de sus infelices padres. Un día de frío invierno, altivo y desolado, partió por la mañana, tan pronto que el gallo no había cantado aún.

Le fueron necesarios cerca de diez años para recorrer la interminable ruta que lo llevó al cementerio donde fue capturado. Diez años de soledad, de frío, de hambre y de golpes. Sirvió algún tiempo en la guardia de Charles de Gontaut, barón de Biron y gobernador de la provincia de Auvernia. Fue empleado en las granjas, en los muelles del puerto de Nantes, se hizo luego carbonero, carnicero y, por fin, cerrajero. Con una insólita fuerza, se mostró en las ferias, donde se enfrentaba con las manos desnudas a un oso. Pero un día, mientras la multitud aullaba y su pecho se ponía rojo de sangre por los zarpazos y el oso sangraba por las fauces, ambos se miraron.

El hombre que iba a convertirse en un temible alobado, degollador de niños, no había todavía cometido villanía alguna, pero había sufrido tantas en aquellos diez años que el tierno recuerdo de sus padres se esfumaba. No conocía ya la dulzura de una mirada y lo que puede todavía leerse en ella, como la compasión, el respeto o la postración fraterna de encontrarse en semejante situación de abandono. Y, sin embargo, eso creyó ver en la velada mirada del viejo oso de los Pirineos, apaleado desde su nacimiento, embrutecido por los golpes, las injurias y los escupitajos.

Mientras la multitud guardaba, de pronto, silencio, el futuro alobado se había acercado al feriante que lo obligaba, así, a combatir y, curiosamente, el oso había

actuado del mismo modo. Adivinando la gravedad del instante, el feriante, cuyos ojos se desorbitaron por el miedo, sacó una bolsa llena de monedas de oro diciendo:

—¡Tómala...! ¡Tómala y vete!

¿Pero cómo, había que sufrir tanto, y por tanto tiempo, para ganar una sola de aquellas monedas y ahora se las ofrecían todas porque lo temían? Ignorando a la multitud, que rugía descontenta porque el combate con el oso se había interrumpido, el hombre que iba a convertirse en alobado abrió la formidable mandíbula que debía a la naturaleza y que tan horrendo lo hacía y, luego, la cerró sobre la garganta del feriante, arrancándole la nuez. La sangre lo inundó de inmediato, pero le encontró un extraño y agradable sabor...

La multitud, silenciosa, vacilaba, los guardias iban a precipitarse. Dominando su propio espanto, el asesino se volvió hacia el animal diciendo:

—Ven, oso, debes seguirme o nos harán una jugarreta.

El hombre y el oso se arrastraron así, todo un año, por los destrozados caminos del reino. Mataban del mismo modo, arrancando la cabeza a las gallinas o los corderos y saciándose de cálida sangre que hacía olvidar la dureza del invierno y las mordeduras del frío.

Luego, en una batida, mataron al oso, y el hombre, herido también, escapó a las profundidades del bosque. Los lobos se acercaron a olisquearlo, pero los gruñidos del hombre y los sorprendentes colmillos que mostró en actitud de odio le ganaron su respeto.

El hombre observó largo tiempo a los lobos y no le molestó en absoluto que fueran bestias, pues nada aguardaba ya de los hombres, recordando que sólo un viejo oso lo había mirado de modo humano.

En los años que siguieron, mientras se tocaba con la cabeza de un compañero abatido por unos cazadores, el hombre descubrió por azar la sangre de niño, y la encontró de su gusto, considerándola sin humores ni impurezas. Así había nacido a aquel horrendo estado de alobado, y eso confesó con gran contento al hablar al monje de la vocecilla desagradable.

Pensativo, el hombre de Iglesia guardó silencio unos minutos, como quien toma una importante decisión. Luego, de pronto:

—No te abandonaré. Tres de tus semejantes están ya bajo mi protección. Seréis cuatro, pues, como los jinetes del Apocalipsis, ¡y eso es lo que de vosotros pienso hacer...! Pero no olvides nunca que me debes la vida y que puedo arrebatártela en cualquier instante enviándote a combatir por mi causa. No te hurtes nunca a una orden, renuncia al mundo, prepárate para vivir en la oscuridad de los subterráneos de un viejo castillo, con tres de tus semejantes, y no temas su compañía pues tenéis en común tantos sufrimientos padecidos y causados que es costumbre muy bien establecida que no os arrojéis a la garganta los unos contra los otros. ¿Aceptas...?

—¡Acepto, amo!

—¿Quieres hacer alguna pregunta que te atormente...? Hazla ahora o renuncia

para siempre...

—¿Quién sois, amo...? ¿A qué causa servís...? ¿Y de dónde procede vuestro terrible rostro...?

El monje soltó una risa breve y la vocecilla respondió:

—¡Eres un hombre inteligente! Ésas son las tres preguntas que yo hubiera hecho si me hubiese encontrado en tu situación. ¿A qué causa sirvo, dices...? Más allá de las testas regias y principescas, se aguarda sin duda de mí que sirva a Dios para restaurar la verdadera fe en este reino desolado por la herejía, y tú, al obedecerme, servirás del mismo modo a Dios... Lamentablemente, nada de eso es cierto, pues no creo en absoluto, ¿me oyes?, no creo en absoluto en ese Dios ni en cosa alguna, diga yo lo que diga en otra parte.

Suspiró y prosiguió, hablando siempre con rápida cadencia:

—No tiene importancia quién soy, pero me place pensar que, salvo por cierta persona que, además, es una mujer de gran poder, sólo tres o, muy pronto, cuatro alobados conocen mi secreto. Me llamo Vittorio Aldomontano y soy monje ambrosiano del convento Saint-Nicolas de Nancy. Yo conseguí, acompañado por el general de mi compañía, notoriamente incompetente, exorcizar al cardenal de Lorena, que se creía embrujado ¡y no se equivocaba al pensarlo! Ya ves, los hombres, aunque sean de Iglesia, son muy ingratos. En cuanto estuvo liberado de su mal, el cardenal de Lorena, poderosísimo señor de una gran familia, se sintió molesto debiendo su salvación a un simple ambrosiano, llegado de Milán, de modo que ordenó obtener algunas informaciones. Supo así que me llamaban por todas partes mago y me convocó de inmediato para comunicarme que debía dar cuenta de ello.

—¡Ésa es una gran ingratitud, amo...!

Aldomontano mantuvo silencio, pasmado. No estaba acostumbrado a que le cortaran así la palabra, pero la observación del alobado demostraba que éste no carecía de inteligencia. Ahora bien, aunque el italiano en nada temía la tontería de quienes se veían llamados a servirlo, sentía desconfianza por una excesiva inteligencia. Decidió sin embargo responder, aunque indirectamente, para no dejar que el otro se hiciera con la palabra:

—No me resultó de gran dificultad explicarle al cardenal de Lorena que no había podido ser devuelto a Dios por un hombre del diablo, pues su curación sería de inmediato puesta en cuestión y su posesión conocida por todos. Tras ello, le dije al cardenal que si me hallaba en el estado del mago, era cosa de Dios para liberación de los hombres y que no podía pues verse en ello la obra del Maligno.

Aldomontano permaneció unos instantes pensativo, luego se quitó el capuchón de su hábito de monje y el alobado ahogó un grito de espanto.

Abandonando su habitual vivacidad en un muy insólito instante, la vocecilla puntiaguda y maligna explicó con una pizca de cansancio:

—Es obra del primer alobado que se cruzó en mi camino y que está ahora conmigo, dócil como un corderillo. Éste se llama Rojo, los otros dos Azul y Verde, tú

serás Amarillo. Como puedes advertir, sólo me queda un ojo, pues Rojo me arrancó el otro y se lo tragó enseguida, pero eso no impide que vigile tu aplicación en la obediencia y tus progresos en el oficio de las armas, en el que debéis ser los mejores.

El alobado, que iba a acostumbrarse al nombre de Amarillo, observó aquel rostro destrozado. La órbita derecha estaba vacía, la mejilla derecha había sido devorada hasta el hueso mientras delante y por un lado se veían los dientes, visibles por todas partes como sucede con los esqueletos. La nariz era sólo un agujero, y la boca también, habiendo sido devorados los labios.

El monje italiano soltó una risita desagradable y añadió:

—Como ves, nada tengo que temer si te pusieras de mal humor, pero resulta que ahora sólo soporto a los alobados con buena disposición para servirme. En caso de desobediencia, la única sanción es la muerte, y de las más horrendas, pues serías entregado al populacho, que muy pronto acabaría contigo quemándote vivo.

—¡Obedeceré, amo!

Satisfecho, Aldomontano se puso de nuevo el capuchón y llamó de inmediato a su gente.

Jean Bohrange, valiente marino de Dunkerque y capitán berberisco que ignoraba la derrota, sintió miedo por primera vez en su vida.

El dragón verde corría sobre las aguas, maniobraba a la perfección, utilizaba su artillería con una precisión que hacía estremecer al de Dunkerque. Para él, Nissac no era sencillamente un Ladrón del Viento sino el diablo en persona y su navío, el perro de caza de los mares y océanos.

Al desear no permanecer en impotente fascinación ante su enemigo, fascinación que paralizaba la iniciativa, Bohrange hizo un esfuerzo de voluntad como para apartar un deletéreo hechizo y dio órdenes para escabullirse acercándose a las tierras de Berbería.

Con aquella maniobra, el de Dunkerque pensaba sorprender a la nave real y aprovechar aquel tiempo para huir hacia el horizonte, pero las cosas no ocurrían como él esperaba.

Fiel a su costumbre, Nissac no había perdido ni un solo instante rodeando al primer galeón, el de Van Dick. Simplemente, había asegurado su ventaja ordenando una segunda salva que pulverizó la artillería adversaria. Desarbolado, convertido en un vulgar barco sin remos, el galeón iría a la deriva a la espera de que Nissac volviera para rematarlo. Pero, en cuanto hubo ejecutado su terrible tiro, *El dragón verde* había virado finamente para iniciar la caza del galeón de Bohrange.

La tripulación del renegado estaba poseída por el espíritu de derrota, no habiéndose visto hasta entonces en la obligación de huir. Los hombres mascullaban y, en lugar de sincerarse, criticaban a media voz la cobardía de su jefe, aunque se sintieran muy satisfechos de no haber combatido contra el vicealmirante de Nissac. Siendo así, ponían el ardor destinado al combate en el arte de la maniobra, permitiendo la fuga, de modo que el galeón pirata iba a muy buen trapo.

Sin embargo, Bohrange era un marino demasiado hábil para no advertir que, inexorablemente, *El dragón verde* ganaba terreno. De modo que ordenó con voz alterada por la emoción:

—¡Rumbo hacia la costa!

Embarrancando en los bajíos y llegando a la cercana tierra, le sería posible más tarde organizar una expedición para recuperar el oro y las piedras preciosas acumuladas en sus calas. Perdería su navío de presa pero salvaría su tesoro, a su prestigiosa rehén y su propia vida.



El vicealmirante de Nissac estaba de pie en la toldilla, rodeado por sus oficiales

más íntimos: el segundo, Paray des Ormeaux, el joven teniente Fey des Étangs y el capitán de Sousseyrac, que mandaba la infantería de asalto.

Aunque hinchadas por el viento, la vela de trinquete, la vela mayor y la de mesana se habían visto reforzadas por unas bonetas, pequeñas velas suplementarias que aumentaban la superficie del trapo ofrecida al viento.

—Ah, ¿lo alcanzaremos antes de que ese loco embarranque en la costa...? —preguntó Sousseyrac.

Nissac, que en aquel instante pensaba en Élisabeth de La Tomlaye, se agitó. Tenía el ingenio extremadamente rápido, utilizándolo como lo hace un marino con una driza o una amura, con gran destreza. Entregado de lleno al combate y a la maniobra, sabiendo que las cosas no se moverían en más de un minuto, podía dedicarlo a soñar, como acababa de hacer.

Los ojos grises del vicealmirante observaron al galeón pirata y, con aquella voz grave de tono levemente nasal que seducía sin que Nissac lo sospechara, respondió:

—¡Lo alcanzaremos antes, aunque por los pelos...!

Ninguno de los tres oficiales presentes junto al vicealmirante puso en duda, ni un solo instante, tal cosa, pues, aunque Nissac no fuera en absoluto charlatán, su palabra era ley.

—¿Y realmente huye de nosotros con tan gran decisión? —preguntó Fey des Étangs.

—¡Intenta salvar su piel...! —respondió Sousseyrac, que no podía imaginar otra razón.

Paray des Ormeaux mostró mayor prudencia:

—¿Qué os parece a vos, señor almirante?

—Va muy pesadamente cargado. Oro. Quiere, pues, salvar su tesoro montando una expedición terrestre hacia los bajíos, si consigue embarrancar allí su navío. El hombre es, sin duda, un canalla, pero en absoluto estúpido.

Se produjo poco después un fenómeno extraño, consecuencia de ciertas breves órdenes dadas por Nissac: las vergas, que habrían debido encontrarse braceadas en cruz —o en cuadro—, fueron orientadas en sentido inverso, para un viento de babor que no existía. De inmediato, en el navío de los renegados cundió el júbilo mientras los rostros se alargaban entre los miembros de la tripulación de *El dragón verde*: el navío real se alejaba del galeón del capitán Bohrange.

Más grave aún, parecía que Nissac no tuviera conciencia de su grave error pues, contra toda lógica en aquel instante de falsa maniobra, el vicealmirante ordenó:

—¡Artilleros, preparados para abrir fuego...! ¡Primera oleada de asalto, preparados para el abordaje!

Y entonces se produjo el pasmoso fenómeno: el viento, que soplaba de popa, cambió. Y *El dragón verde*, en su supuesta falsa maniobra, se había colocado de tal suerte que las vergas braceadas como se había dicho aprovecharon el viento que soplaba de babor. El bajel partió como una flecha, la tripulación aulló a pleno pulmón

su alegría.

El dragón verde pareció saltar sobre las olas en un prodigioso brinco hacia delante mientras que, en el galeón del renegado Bohrange, cundía la mayor consternación entre algunos, mientras otros caían de rodillas arañándose el rostro, pues, para ellos, no cabía duda de que el vicealmirante era el diablo en persona puesto que preveía así que el viento iba a cambiar con tanta brutalidad y adivinaba incluso su futura orientación.

El capitán Bohrange lo había comprendido. Antes de que se disparara un solo cañonazo, la magnitud del desastre y la certidumbre de su derrota se le hicieron evidentes.

Sus desesperados ojos se demoraron en su tripulación. Ésta se entregaba a la maniobra sin convicción, muy resignada, y el de Dunkerque había visto bastantes tripulaciones españolas en semejante estado de abandono para saber que el combate se había perdido.

Como el aprendiz mira al maestro, Bohrange admiró el modo como *El dragón verde* se ofrecía finamente al viento. Por un instante, sintió que podía mostrarse más rápido y ordenó que hicieran fuego, pero nada se produjo salvo algunos disparos perdidos: la mayoría de sus artilleros habían abandonado sus puestos para refugiarse lo más lejos posible, en la otra borda, esperando el apocalipsis.

La metódica artillería de Nissac dio una vez más prueba de su excelencia. La primera salva segó sin dificultades los cuatro palos: mesana, mayor proel, menor proel y trinquete. La segunda salva, de sorprendente rapidez, devastó las portas y baterías casi desiertas. La tercera barrió la cubierta donde los piratas se mantenían tendidos para evitar las balas de cañón. Después de que los cañones hubieron callado, los piratas supervivientes se levantaron uno a uno, empuñando el sable para iniciar el abordaje. Reanimado su valor por la certidumbre de morir si no se defendían, vacilaron sin embargo al oír pífanos y tambores en la cubierta de *El dragón verde*, pues en Toulon Nissac había enrolado a marinos que conocían esos instrumentos. La melodía era metálica, lacerante y marcial: helaba la sangre, pues parecía estar oyendo el martilleo de centenares de caballos.

En pocas palabras, sembraba el terror. En otras palabras: para eso había sido imaginada la cosa.

Bohrange, derrumbado, admiró y odió una vez más a su adversario, que así buscaba —y hallaba— sin cesar nuevas ideas para contribuir a su victoria.

Aulladora, irresistible en su prodigioso impulso, la primera oleada de asalto de la Marina Real cayó sobre la cubierta del galeón pirata y Bohrange advirtió la presencia de un gigante —Sousseyrac— que segaba a sus hombres como se siega un trigal. Luego, el renegado descubrió a un hombre delgado, de alta talla y gran elegancia, vestido de azul marino, con camisa de encaje blanco y tocado con un bellissimo fieltro de plumas blancas, verdes y azules. Éste, que hería a estoque, una sola vez, en la garganta de sus adversarios, sólo podía ser Nissac, quien, viéndolo, se acercó a él.

Acobardado, Bohrange huyó pero Nissac, apenas frenado en su carrera por los sablazos propinados a quien quería cerrarle el paso, lo persiguió y lo alcanzó a la entrada del pañol de cabos.

Recuperando su valor, que había desfallecido unos instantes, Bohrange plantó cara, atacando con extremada violencia, pero el conde, cuyos ojos grises no se apartaban de su adversario, lo paró con facilidad.

Por fin, Nissac miró al de Dunkerque con un aire de vaga tristeza, diciéndole:

—Tus últimas horas han debido de ser penosas. Si mi palabra tiene para ti algún crédito, que sepas, capitán, que me parece inteligente y, si lo dudas, lo haces porque he maniobrado para que pensaras así.

Reanudado el combate, Bohrange no pudo detener el terrible golpe que le atravesó la laringe.



Nissac, con el sable en la mano, abrió brutalmente la puerta de la habitación del difunto capitán, situada en la popa de la cubierta principal, y dio de narices con una mujer de sorprendente belleza.

Quedó estupefacto, y se extrañó de que ella se estremeciese al verlo. La muchacha, pelirroja, de veintidós años, se sorprendió más aún, creía que era Bohrange quien regresaba victorioso, pues hasta entonces lo había hecho siempre. Ella lo aguardaba, no sin temor. En efecto, aunque la hubiese respetado, a veces había sido por muy poco, pues regaba sus victorias vaciando un cantarillo de alcohol.

Sabía que el combate había terminado. En la cubierta, el sonido de las armas no se oía ya, ni los gritos y clamores del combate. Sin duda, registraban a los muertos antes de arrojarlos al mar.

Pero aquel hombre, alto y elegante, de fascinantes ojos grises bajo el ala marina de un fieltro adornado con soberbias plumas, ¿quién era?, se preguntó mientras la sangre goteaba en el suelo desde la hoja del sable que él sujetaba con su mano enguantada de gris perla.

Nissac se quitó el sombrero.

—Thomas de Pomonne, conde de Nissac, vicealmirante de los mares del Levante en la marina del rey de Francia, su majestad Enrique IV.

En un gesto de los más adorables, pues era casi infantil, la muchacha pelirroja se llevó los pequeños puños cerrados hasta la boca, diciendo con voz agradable en la que se adivinaba el acento español:

—¡Loado sea Dios...! Duquesa Inés de Medina Sidonia, raptada por esos piratas en un bajel del rey de España. ¿Me llevaréis a mi país, señor...?

—¿Cómo negarme, señora...? —respondió Nissac, sonriendo y pensando que,

decididamente, era muy hermosa.

Turbada, ella no supo qué decir. Adivinaba con tranquila certidumbre que aquel hombre era más importante que todos los que se habían cruzado, hasta entonces, en su camino, pues, aunque fuera duquesa y de prestigiosa familia, Inés de Medina Sidonia no dejaba de ser mujer.

Al amanecer, cuando el agua de los fosos se helaba, el cortejo, siniestro, salió de la ciudad por la puerta norte bajo una violenta nevada, mientras un fulgor de un gris sombrío, al este, subrayaba el horizonte.

Tras un grupo de soldados reales de la caballería ligera iba el monje de voz maligna cuyo rostro, en la ciudad, nadie había visto, oculto siempre por una amplia capucha. Iba montado en un caballo pálido de magnífico pelaje donde el blanco nivoso se mezclaba con un gris perlino, muy delicado, y un viejo escudero, retirado en aquella ciudad, afirmó que tales monturas gustan a aquéllos que tienen el alma negra.

Iba a continuación una extraña carreta tirada por seis caballos. Se trataba de una gran jaula cuyo contenido quedaba oculto tras unas piezas de tela de tienda y pieles de animales, cosidas apresuradamente unas a otras. La multitud, silenciosa, no ignoraba que en aquella caja de hierro estaba agazapado «el monstruo», y a su paso, puntuado por el siniestro ruido de las ruedas sobre los adoquines, todos se persignaban con fervor.

Iba por fin un grupo de gendarmes reales que cerraba la marcha.

Abrumados por la nevada cuya violencia aumentaba, todos aquellos jinetes iban con la cabeza gacha, como perdidos en ellos mismos, pero nadie entre la población los compadecía pues todos deseaban verlos abandonar enseguida la pequeña ciudad para no regresar nunca.

Un herrero, con el cráneo calvo y el pecho velludo bajo un chaleco de cuero entreabierto, preguntó:

—¿Y adónde se llevan, así, a «la bestia»?

—Al reino de las tinieblas, donde quedará enterrada bajo ascuas ardientes por los siglos de los siglos... —respondió una anciana herbajera de cabellos canosos.

Atravesando la muralla que rodeaba la ciudad, la triste columna llegó a la altura del cementerio, donde, por segunda vez, se enterraban cristianamente los pobres restos de la muchacha a la que había profanado, en sacrílega práctica, el alobado.

Familia, amigos y sepultureros a la vez levantaron la cabeza. Algunos habrían deseado esbozar un gesto de maldición, pero les faltó la fuerza y todos, igualmente incómodos, apartaron los ojos.

Sólo el sacerdote, muy joven sin embargo, se obligó a mirar la jaula acercándose a menos de una toesa, pero no pudo impedirse temblar cuando, por un fugaz instante, una mano maciza apartó las pieles de bestia.

El joven cura, en el colmo del espanto, divisó tras los pesados barrotes de acero una cabeza de lobo cuya parte inferior era mandíbula humana.

Obligándose a no apartar la mirada, el cura observó los ojos de la criatura y quedó conmovido al leer una desesperación insondable, una tristeza y un dolor tales que no recordaba haber visto nunca otros semejantes. Luego, con mucha claridad, vio dos

gruesas lágrimas apareciendo en el pelaje gris de la cabeza de lobo...

La nieve cesó entonces por un fenómeno extraño por su rapidez y el cielo, hasta entonces del color del estaño, se tiñó de un precioso malva y un delicado violeta que armonizaban con la levedad de la nieve.

Cantó un pájaro en una rama desnuda y el joven sacerdote, distraído, lo observó.

Cuando miró de nuevo hacia la extraña columna, los últimos soldados desaparecían por el recodo de un bosque con las copas de los árboles blancas de nieve.

Entonces, para que sus palabras escaparan a los demás, que no las habrían comprendido, el joven sacerdote murmuró:

—¡Pobre criatura...! Dios se apiade de ella pues, en verdad, sus sufrimientos parecen a la medida de sus crímenes y valen por los de las pobres almas perdidas en los infiernos...



Élisabeth de Sèze dejó su libro y miró a su hermano Louis, que, sentado ante la chimenea, le daba la espalda y parecía fascinado por las llamas.

Sin duda el amor que une hermano y hermana es a veces tan fuerte que parece mágico, pues Louis adivinó la mirada de Élisabeth y preguntó con una voz muy dulce:

—¿En qué pensáis...?

—Vos lo sabéis, señor hermano, y ni siquiera vuestra amabilidad puede encontrar remedio a un mal del que sólo yo soy responsable.

Se levantó él, se apoyó en la chimenea y miró a su hermana. Su fino rostro no se desprendía ni un momento de una expresión dolorosa que le quedaba de los tiempos en que se había hallado en estado de galeote.

—Élisabeth, eso no es en absoluto algo terminado, que deba considerarse como imposible volver a ello. Pensad que habéis hablado muy poco con nuestro querido conde de Nissac y que, si la impresión que le hicisteis no pareció buena, puede modificarse en su próxima visita.

Ella se levantó a su vez e inició unos nerviosos paseos de un muro de la estancia a otro.

—¡Louis, Louis...! Temo que no tengáis entendimiento de estas cosas... ¿Acaso se modifica alguna vez, cuando se es un hombre de treinta años, el juicio que os inspira una mujer en el primer encuentro...? Estuve detestable.

Él se acercó y le tomó las manos acercándolas a su boca para besarlas.

—Amada hermana mía, qué dolor veros tan desgraciada cuando, tal vez, no todo esté perdido.

Se soltó ella sin advertir la brutalidad de su gesto y prosiguió con sus paseos.

—Así es, sin embargo. Él conoce la Corte y a otras mujeres distintas a mí, que me encuentro perdida en mi provincia. Ellas saben, sin duda, hablar de amor e, incluso, hacer creer que aman cuando no es así, mientras que yo mostré rudas maneras.

—Pero franca, sin cálculo.

—Hermano mío, muy a menudo se disimula bajo la hermosa máscara de la virtud lo que no es más que ausencia de espíritu de conquista en las empresas amorosas.

—Nissac es hombre sincero, al que no le gustan los artificios.

Élisabeth se sintió apaciguada unos instantes por la constancia de las certezas de Louis, certezas que no vacilaban. Se aproximó a las llamas y dejó en ellas, largo rato, su mirada; luego, a media voz:

—Louis, querido hermano —dijo—, hay en todo amor una parte de cálculo, maniobra o falsedad, pues la verdad es a veces en exceso difícil de decir o de escuchar. Pero ese precio, el de la mentira de circunstancias, es más de lo que podré consentir, pues en el triunfo del instante se cultivan las derrotas del mañana.

Louis sintió cierta pena al comprenderlo que su hermana no decía, o sugería en un gran rodeo.

—Hermana mía, ¿es necesario torturarse el espíritu como, ¡ay!, lo estáis haciendo? Nissac sabe muchas cosas, no ignora que nuestro castillo es viejo, muy modestas las rentas, la viña ingrata y las estaciones siempre muy caprichosas. Y sé, por haberlo conocido bastante, que no es ésa en absoluto su preocupación. Sólo quedan pues vuestros sentimientos, ¿y por qué vais a dudar de ellos cuando sólo vos los conocéis?

—Hay otra rival aún: la mar.

Louis vaciló un poco:

—Se siente feliz navegando, ¿pero por qué...? He hablado con sus marinos, con sus oficiales... Nissac es un hombre desesperadamente solo, irremediablemente solo.

—¿Y es ése su deseo?

—No lo sé... Pero la soledad es tan antigua compañera del vicealmirante que habrá acabado amándola. Desconfiad de ella, hermana mía, y que ninguna otra mujer aleje ese deseo de soledad, pues será a ella a quien ame.

Élisabeth fue a responder y se contuvo. Sabía que su posición era muy delicada: ser amada por Nissac, pero no abandonar nunca a su hermano. Pensó que sus razones no eran indignas y le permitían emplear medios que otros considerarían, sin duda, condenables. En efecto, necesitaría mucha agudeza, bastante arteria y algo de suerte.

Ante la enormidad del tesoro acumulado en las calas del bajel pirata, el conde de Nissac había renunciado a transferir el fabuloso botín a su propio navío, prefiriendo remolcar el galéon, por entero desarbolado, del difunto capitán Bohrange.

Frenado en su carrera por el barco cautivo, *El dragón verde* ponía rumbo al lugar donde había dejado el navío, sin mástiles ni artillería, del capitán Van Dick.

Nissac, inmóvil en la toldilla, escrutaba el mar con aire indescifrable. Sombra fiel, un paso más atrás, el segundo, Charles Paray des Ormeaux, se mantenía silencioso aunque sus párpados entornados, de vez en cuando, indicaban a los más perspicaces que veía mal.

En el castillo de popa, la duquesa Inés de Medina Sidonia estaba en compañía del encantador Martin Fey des Étangs, cuya conversación escuchaba distraídamente, aunque fuera de lo más brillante.

Inés de Medina Sidonia se sentía revivir entre aquellos gentileshombres franceses de tan corteses maneras, que contrastaban mucho con las de los piratas. Así, el vicealmirante había tomado las disposiciones necesarias para que ella se alojara, en adelante, en su habitación, que le cedió de inmediato. Del mismo modo, cuando ella salía a la cubierta superior, Fey des Étangs se había quitado la capa, poniéndola sobre un gran charco de sangre para que no lo pisara, directamente, su menudo pie. Aquel gesto, gracioso en el modo y delicado en el pensamiento, la devolvía a un mundo que decidió no abandonar nunca, haciendo voto de no volver a poner los pies en un navío.

Había hablado poco con el vicealmirante, y lo lamentaba. Además, él no le había asignado ningún lugar concreto donde debiera permanecer durante el día, de modo que no vaciló en pedir a Fey des Étangs que la llevara de inmediato a la toldilla.

El joven vaciló, sabiendo hasta qué punto la estrecha plataforma de popa, que se encontraba en el punto más alto de las cubiertas, era territorio del conde de Nissac. Por lo demás, no podían permanecer allí cinco sin molestarse y Nissac estaba ya acompañado por el segundo y un tirador de élite, atento tras su mosquete.

Fey des Étangs sucumbió. Por galantería, es cierto, pero también porque no podía resistir aquella mirada gélida de pronto: los Medina Sidonia eran de inmemorial nobleza y la joven española no parecía acostumbrada a que se negaran a satisfacer sus caprichos.

Encaramada en la toldilla, admiró la excepcional vista que se ofrecía a su mirada y, luego, fijó su atención en el conde de Nissac, que no había hecho comentario alguno sobre su llegada.

La joven había oído hablar, en los relatos de antaño, de grandes generales y fabulosos capitanes. ¿Pero eran acaso como Nissac, encerrados en un mundo donde nadie parecía poder entrar?

Frío, distante, cargando sobre sus hombros la responsabilidad del navío y la vida de la tripulación, le pareció encerrado en una soledad que lo privaba, sin duda, de la

mayoría de los placeres y dejaba poco lugar, entre muerte o locura, a cualquier porvenir. Por lo demás, pensaba ella, ¿cuál sería aquel precario porvenir, y cuántos años, meses tal vez, escaparía el vicealmirante Nissac a una muerte inscrita en su propia existencia...? ¿Quién tenía fuerza bastante, a menos que se volviera loco, para ir de combate en combate sabiendo que, antes o después, uno de ellos le sería fatal?

La duquesa sabía que el conde de Nissac era la policía del rey de Francia en los mares del Levante. No ignolaba tampoco que la Marina Real era inexistente, que el rey Enrique IV se había decidido sólo a hacer construir algunas galeras, pero que, en aquel instante, *El dragón verde* era la única unidad combatiente que representaba la autoridad del monarca en aquellas interminables extensiones infestadas de piratas.

Dio un paso hacia delante y se dirigió al vicealmirante:

—Bueno, señor, ¿habéis extraviado el navío del renegado Van Dick?

Nissac oyó perfectamente el acento burlón en el que se percibía, sutil, la provocación. Lejos de irritarse, aquello le divirtió, pero, como siempre, no dejó que nada se advirtiera. Finalmente, señalando un punto que parecía imaginario en la línea del horizonte, respondió:

—Nunca extravió a mis enemigos, señora, pues haría muy mal efecto. El galeón pirata está allí, en el lugar que acabo de señalaros.

—Allí no hay nada, conde, salvo el cielo uniéndose con el mar... Ah, vos, señor Des Étangs, ¿veis algo?

Martin Fey des Étangs sonrió y su complicidad con los de *El dragón verde* fue más fuerte que su naciente pasión por la arrobadora duquesa:

—Señora duquesa, vos no veis nada y yo tampoco, pues ningún ojo humano puede distinguir lo que no es visible en absoluto. Pero si el señor almirante dice que el navío está allí, allí está, exactamente donde os ha indicado.

Transcurrieron varios minutos de pesado silencio, pues nadie se atrevía a abrir la boca en el estrecho espacio de la toldilla. Sin embargo, poco a poco aumentaba el júbilo de la duquesa ante la idea de que el conde de Nissac pudiera equivocarse e iba a asistir a uno de esos errores que suponía escasísimos.

De pronto, cuando el ruido de seda rozada del abanico de la duquesa ponía de punta los nervios de los marinos, la voz del vigía desgarró el silencio:

—¡Navío a proa!

La duquesa se ruborizó, Fey des Étangs clavó los ojos en sus botas, Paray des Ormeaux observó el cielo con aire concentrado, el tirador de élite no pudo contener una discreta sonrisa.

Sólo el vicealmirante parecía haber olvidado por completo el incidente, o actuó así por galantería, ordenando con voz indolente:

—Señor Des Ormeaux, haced que suelten los cabos que retienen el bajel capturado. Que el señor de Sousseyrac tome disposiciones para el abordaje.

«¡Triunfa con gran modestia, y eso es más terrible aún!», pensó la duquesa, quien, sin embargo, se sintió conmovida por la delicadeza de Nissac, que ya, con sobriedad,

daba otras órdenes. Muy pronto, liberado del fardo que era el galeón del difunto capitán Bohrange, *El dragón verde*, ligero sobre las olas, tomó el viento fácilmente y se colocó de modo que tuviera el sol detrás.

La duquesa escuchó un tintineo de armas procedente de cubierta y divisó al gigante de una toesa de alto, aquel barón llamado Sousseyrac, que alineaba en perfecta formación su primera oleada de asalto. La joven se estremeció: algunos hombres iban armados con hachas. Recordó una frase de Fey des Étangs con respecto a Nissac: «Cumple lleno de conmiseración un cruel deber», y otra más: «Para él, ser un hombre libre es no resignarse nunca». Pero en aquel cuadro, aquellas frases perdían su fuerza.

Advirtió las miradas de los infantes y las de los hombres de maniobra, que se volvían hacia Nissac. La confianza y la admiración que sentían por aquel almirante frío y, a veces, indolente, hubieran despertado la envidia en los más poderosos monarcas.

Indiferente o, con mayor certeza, sin tener siquiera conciencia de ello, el vicealmirante se quitó el jubón y la camisa. Se puso luego otra, de un blanco de gran pureza, que le tendía un grumete. Cuando la duquesa interrogó con la mirada a Fey des Étangs, éste murmuró al oído de la muchacha:

—Salvo cuando nos sorprenden a nosotros y debemos reaccionar deprisa, lo hace así en cada abordaje. El señor almirante, si debe perder la vida, quiere morir con la camisa inmaculada.

Aquella rareza encantó a la duquesa.

El jovencísimo grumete, que apenas tenía once años, entregó al conde de Nissac dos pistolas cargadas. El conde, y también todos los ocupantes de la toldilla, no dejaron de observar cómo las manos del mozalbete temblaban mientras, en el puente de *El dragón verde*, comenzaban a redoblar los tambores. Muy pronto, los pífanos lanzaron unos trinos tan inesperados, por su alegría en la gravedad de la hora y en contraste con los tambores, que parecían terroríficos a quienes no conocían aquel sorprendente artificio imaginado por el señor de Nissac para confundir al adversario, que no sabía ya si se encontraba en una fiesta o en combate, es decir en la antecámara de la muerte.

El vicealmirante tomó en sus manos las del mozalbete y le habló con voz suave, tan baja que sólo la duquesa, que tenía un oído excepcionalmente fino, captó sus palabras:

—¿Tienes miedo, muchacho?

El niño no se atrevió a aguantar la mirada de Nissac y confesó:

—Sí, señor almirante.

Nissac le sonrió con amabilidad:

—Sea cual sea tu miedo, y aunque se anude a tu vientre y congele tu pequeño corazón, debes saber que tengo más miedo que tú.

—Esa cosa es imposible, señor almirante, pues sois el más ardiente en el combate

y el más valeroso de todos.

—Muchacho, el miedo sólo es vergonzoso para los imbéciles. Tener miedo a perder la vida, o a tomar la de otro hombre, indica simplemente un gran respeto por la cosa más hermosa que nunca se nos ha dado. Y dominar el propio miedo es la única marca de valor, pues sólo hay valor si el miedo le sirve de medida.

El niño levantó hacia el vicealmirante una mirada maravillada. Bruscamente incómodo ante aquellos ojos luminosos de confianza y ante semejante gesto de estima, el conde de Nissac añadió, en un tono más rudo:

—En el asalto, quédate algunos pasos detrás del señor de Sousseyrac, pues no ha nacido todavía el renegado que lo mate.

Luego, con vivacidad, se colocó ante la primera oleada de asalto.

La duquesa de Medina Sidonia no podía apartar su mirada de aquel hombre con camisa, botas altas, sombrero marino empenachado con plumas blancas, verdes y azules que llevaba una pistola en cada mano y un sable de abordaje entre los dientes.

Lo amaba ya con locura. Lo amaba porque era el primero en lanzarse al asalto cuando tantos almirantes nunca se ponían ante el fuego. Lo amaba por sus palabras sobre el miedo y el valor. Lo amaba porque dudaba, porque era a la vez tan fuerte y tan vulnerable.

Pero, española y duquesa, lo amaba sobre todo porque se lanzaba así a la arena, porque acabaría muerto y podría amarlo durante toda la vida sin que él pudiera oponerse...

El capitán renegado Johan van Dick se volvió hacia su segundo, Graziano, y comentó con voz teñida del agrio veneno de los celos:

—¡Observa cómo avanza y se dirige hacia nosotros, ese perro de Nissac!

—Perro sin duda, porque nos quiere matar, pero el más hábil marino que nunca vi.

—Corre a enrolarte a bordo de su barco, si piensas así, pero no lo harás porque sabes que poseemos con qué aniquilar al último representante de la Marina Real en los mares del Levante.

Aspiró el aire con fingida felicidad, y añadió:

—Muy pronto hollaremos la cubierta de *El dragón verde* y arriaremos el pabellón del rey de Francia para limpiar con él nuestros culos... Por esta razón no quiero que estropeemos ese magnífico galeón, que no ha sufrido en absoluto con nuestras balas de cañón.

«¡No será porque no lo hayas intentado, incapaz!», se dijo Graziano, que no respondió.

Van Dick, pensativo, seguía la maniobra de *El dragón verde*, que iba a dejarlo, borda contra borda, para el abordaje y la postrera explicación en la que estaba muy seguro y muy contento de sorprender y aniquilar al conde de Nissac y a los suyos.

—¡Bueno, a fin de cuentas, es sólo justicia...! —masculló entre sus escasísimos dientes, ennegrecidos por la podredumbre.

Van Dick no podía deshacerse de su miedo, consiguiendo sin embargo atemperarlo con su razón, al pensar en el arma secreta e irresistible que se encontraba en sus calas.

Aunque consiguiera no temblar viendo como se acercaba *El dragón verde*, y olvidar con qué furia Nissac y sus hombres tenían la reputación de lanzarse al abordaje, aprovecharía por completo el júbilo futuro que le proporcionaría el espectáculo de los soldados y marinos del rey, por primera vez derrotados, humillados, con la cabeza gacha y las manos levantadas.

Vengar al capitán Bohrange no le disgustaba, pues el de Dunkerque, del que no dudaba que estuviese, en aquel instante, muerto, era buen marino y franco compañero.

Pero más le alegraba aún la idea del prestigio que obtendría al haber colgado al almirante de Nissac, y todo aquello no era nada si pensaba en la gran fortuna que había en las calas de su navío y de la que quería beneficiarse... Tres años surcando los mares de la China y del Japón antes de seguir por las costas de América y de Acadia, denominada también Nueva Francia.

No estaba decidido en absoluto a perder su fabulosa fortuna tan cerca de su objetivo y sabía que, antes de que cayera la noche, sería por fin un rico y poderoso señor, temido y respetado.

Se volvió hacia Graziano:

—Mantengámonos listos para dar una muy desagradable sorpresa al señor almirante de Nissac.

Van Dick y Graziano sonrieron con gran complicidad y renovada alegría al pensar en el próximo uso de su invencible arma secreta...



La helada partía las piedras.

La tierra de los caminos era dura como el pedernal y la luna iluminaba el paisaje con luz metálica.

Vittorio Aldomontano había abandonado la escolta real y la jaula con ruedas desde hacía casi cuatro leguas, para que nadie conociera su sombría madriguera, y estaba solo, ahora, con la criatura que había arrancado a la pira.

El alobado, que respondía desde hacía poco al nombre de Amarillo, caminaba con pasos ligeros, sorprendentes en un hombre de tan robusta constitución. No llevaba cadenas ni traba alguna, y obedecía perfectamente a la voz, como se espera de un mastín adiestrado en las reglas del arte. No se alejaba nunca más de una toesa y al italiano lo sorprendía semejante docilidad. Por lo demás, todos sus alobados, tanto éste como los otros tres que mantenía ocultos en los subterráneos del castillo en ruinas, manifestaban una gran obediencia. Así eran las cosas, las aberraciones de la naturaleza reservaban sorpresas, como su limpieza tras haber comido en estado de repugnante suciedad o también su modo de guardar silencio horas y horas, cuando parecía que ni siquiera respiraban, atentos, con las orejas erguidas y las miradas impávidas bajo las cabezas de lobo.

Y Aldomontano, a quien le gustaba comprender todas las cosas para aguzar su inteligencia, topaba con el hecho de que sus cuatro alobados no tuvieran, de entrada, nada en común. Amarillo había trabajado en el despacho de su padre, notario. Rojo, el primero que domó después de haberlo desfigurado, era al principio un aristócrata de viejo linaje en la región de Lorena, con propiedades en Aunis, Saintonge y Angoumois. Pero Verde, nacido por su parte en la Perche, procedía de la turba, del bajo pueblo, y fue, sucesivamente, ganapán y, luego, espolique, esos lacayos armados que llevan la librea de su señor. Habiendo sisado en los aprovisionamientos, fue despedido y agarró algunas bolsas cuando llegó la oportunidad, sin que nunca pudiera explicar su afición a la sangre de niño. Finalmente, muy distinto era aún Azul, valiente capitán, antaño, de un regimiento de Auvernia. Alcanzado por un disparo de falconete^[3], arrastraba a veces la pierna, cojeando levemente sin que pudiera considerársele realmente un tullido. Por algún tiempo, había tratado con otros antiguos soldados: jinetes con patas de palo, artilleros de brazos cortados, petarderos

sin casi rostro ya... Luego, también él sintió la afición a la sangre de niño sin que pudiera decir la razón.

Aldomontano se estremeció. El penetrante frío le hizo pensar, por contraste, en su Italia natal. ¡Roma...! El palacio de los Santos Apóstoles, donde apreciaban su presencia, y los demás, los de Fracati y de Marino. Roma, aquellas callejas oscuras, el asfixiante calor, el estío, en los muelles del Tíber donde se reunían, numerosos, aquéllos a quienes les gustaba Sodoma o, los más indecisos, a quienes llamaban «de pelo o de pluma». Y aquellas citas de libertinos en hermosas mansiones donde corría a chorros el espumante del Piamonte hasta que, fatigados por la orgía, se divertían acechando a los judíos del gueto de la Via Merulana para verlos en su cábala, salvo si preferían establecer complicidades con los alquimistas que se entregaban a la magia blanca.

Libertino, apuesto y despreocupado, Vittorio Aldomontano había sido todo aquello y sentía gran nostalgia.

Contempló largo rato la poderosa espalda del alobado, luego, decidiéndose, ordenó:

—¡Alto...! ¿Tanta prisa tienes por llegar al castillo de las Quimeras donde blanquean a centenares los huesos humanos...?

Ante la manifiesta incompreensión de Amarillo, el italiano precisó:

—Así se llama el lugar donde vivirás en adelante y que fue, antaño, uno de los numerosos castillos de los nobles Mortemart.

Aldomontano observó el gracioso vuelo de una rapaz nocturna, cuyas alas desplegadas ocultaron por un instante la luna, luego prosiguió:

—Será así hasta el día en que salgáis a plena luz, vosotros, la guardia personal más espantosa que jamás se haya visto, pero primero tendrás que aprender a manejar la espada, doce horas al día, y vivir en buen entendimiento con los de tu raza. Y cuando llegue el momento, cuando el herético caiga del trono de Francia para hundirse en la podredumbre y el olvido, no tendremos ya que ocultarnos pues se nos ha prometido una total impunidad. Y yo, yo... ¡habré hecho Historia!

Vaciló, cambió rápidamente de humor y añadió con su vocecilla puntiaguda y maligna:

—Aprovechemos este alto para hacer aguas en aquel árbol.

Sufría de la vejiga y solía cuidarse con el viejo remedio que consiste en untarse las gónadas con sangre de zorro, pero no lo había hecho desde hacía varios días, entregado a otras ocupaciones. Lanzó una mirada al alobado, junto a él; luego, suspirando, dijo:

—Es muy hermoso ese rabo que dios o el diablo te han dado. Tal vez lo mire de más cerca en otro instante, cuando el frío sea menos intenso.

Pero apartó aquella idea. El poder, el poder y, sobre todo, primero la Historia. Lo demás, todo lo demás llegaría luego.

Al vicealmirante conde de Nissac, un paso por delante del capitán Sousseyrac que precedía, a su vez, la primera oleada de asalto, le llamó la atención un extraño fenómeno en la cubierta del navío de Van Dick.

Saliendo de las calas en una plataforma izada por brazos de hombre, con poleas y cuerdas, apareció una máquina de guerra de las más singulares.

Luego la máquina avanzó y comprendieron que se trataba de un hombre.

En la parte superior del cuerpo, y hasta las caderas, llevaba, reforzada en los hombros, una armadura ligera de pequeñas piezas metálicas lacadas, articuladas sobre cuero por unas mallas de hierro que, como se sabría más tarde, se llamaban *tosei-gusoku*. Los antebrazos estaban reforzados por guanteletes de tejido cubierto con placas de acero, unidas entre sí por cintas. Con un sistema parecido, unas placas de acero cuadradas protegían los hombros y el cuello. Llevaba en la mano un sable largo y extraño, pero en su cintura se veían, colocados horizontalmente —y eso les pareció muy extraño— un sable mediano y un sable corto. A su espalda se distinguía un potente arco, muy largo, mientras que de un carcaj sobresalían empenachadas flechas. Finalmente, dándole un horrible aspecto, iba tocado con aquello que, pese a no saberlo todavía, se llamaba *hoshi kabuto*, un alto casco de acero con dos cuernos de toro, y aquel casco bajaba mucho por detrás, sobre la nuca, en semicírculo, casi hasta los hombros.

El rostro parecía duro y muy flaco, los ojos oblicuos, la piel amarilla: era la flor y nata de los samuráis.

—¿Será un hombre de la China...? —preguntó el conde de Nissac a Paray des Ormeaux, que había acudido en cuanto apareció lo que, en un murmullo, algunos hombres de *El dragón verde* llamaron «la cosa diabólica».

Paray des Ormeaux, que había viajado por mares lejanos, respondió:

—En absoluto, señor almirante. Es del imperio del Japón. Es un guerrero al que llaman samurái y tal vez sea un gran señor.

En aquel instante, los dos galeones chocaron, borda contra borda. Sin hacerse más preguntas, el vicealmirante, seguido por su tripulación, saltó sobre la cubierta del navío berberisco, vació sus dos pistolas contra los piratas y, con el sable en la mano, inició el avance.

Entretanto, los tambores redoblaban y los pífanos dejaban escapar ligeras notas desde la cubierta de *El dragón verde*.

Mientras, Nissac observaba al japonés inmóvil, que iba acompañado por un hombrecillo que, después, supieron que era cirujano de marina y que parecía exhortar al samurái a no combatir. Muy cerca, el capitán Van Dick, pues Nissac adivinó que era él, montando en cólera, insultaba al hombrecillo que, con gran sorpresa del vicealmirante, le dirigió signos amistosos gritando:

—¡Viva el rey de Francia...! ¡Viva la Marina Real!

Aquello fue, sin duda, más de lo que podía soportar el capitán renegado, quien, ebrio de rabia, hundió su sable en el vientre del cirujano, que cayó como un saco en cubierta.

Muy pronto, un potente grito de rabia que brotaba de las profundidades del pecho del hombre con el extraño casco dejó helados a los combatientes, ya fueran renegados o soldados del rey, y todos abandonaron el combate.

Con un gesto de rapidez tal que algunos, a continuación, juraron que no lo había hecho en absoluto, el samurái tuvo el sable en su mano y, en un suspiro, la cabeza de Van Dick y la de su segundo, Graziano, volaron por los aires, limpiamente separadas de los hombros.

Paray des Ormeaux, que no se sentía nada seguro, se volvió hacia Nissac en busca de aliento, pero el vicealmirante, sin parecer muy impresionado, comentó con sobriedad:

—Caramba, es una arma de corte y no de estocada. Resulta curioso.

La tripulación de *El dragón verde* se había replegado ligeramente, para indicar al japonés que no era en absoluto solidaria de los renegados, y los hombres miraban con gran fascinación al samurái, cuyo avance por entre aquel barullo les permitía seguir viendo las cabezas de piratas que volaban por los aires y giraban graciosamente antes de caer en la cubierta del navío, con un ruido sordo, bastante desagradable al oído. Y era tal el interés que los soldados del rey, en calidad de espectadores, sentían por aquel extraño combate, que no vieron al conde de Nissac y al barón de Sousseyrac atacando por detrás a los piratas, para aligerar la presión sobre el señor del país del Sol Naciente.

Cuando el señor Des Ormeaux, y de un modo bastante rudo, les recordó su deber, los de *El dragón verde*, con irresistible impulso, destrozaron las filas de los renegados, a quienes hicieron pedazos, prefiriendo los últimos supervivientes arrojarse al mar.

Luego, se hizo un impresionante silencio en el lugar del combate y el vicealmirante de Nissac se acercó al samurái arrodillado junto al hombrecillo que estaba agonizando.

El viejo cirujano moribundo halló sin embargo fuerzas para sonreír al conde que, sentado sobre sus talones, lo miraba con benevolencia. El anciano tosió largo rato, luego preguntó:

—¿No seréis vos el señor de Nissac...?

—Lo soy, en efecto.

—Os vi hace años, en Toulon. Qué placer ser liberado por vos que, en aquellos tiempos, mandabais una carraca real y salvasteis a mi hija sorprendiendo a los berberiscos cuando éstos iban a abordar el bajel en el que ella viajaba. No se atrevió a deciros nada, pero cayó presa de gran pasión por vos, señor conde.

Nissac, molesto, no supo qué responder, pero el hombre cuyos rasgos endurecía ya la muerte tomó su mano:

—El tiempo pasa, señor conde. Escuchadme, os lo ruego. Fui capturado hace un año ante las costas de Nueva Francia, en un navío mercante cuya tripulación fue muerta de inmediato y sólo debo la vida a mi estado de cirujano del que Van Dick, ese perro rabioso, estaba necesitado. A bordo se encontraba este hombre... —Sonrió al samurái y prosiguió—: Os lo recomiendo, pues es un muy grande y muy alto señor, y también un corazón noble. Era el único superviviente de un naufragio ante las costas de Japón cuando apareció Van Dick, quien, curioso, lo tomó a bordo. Se llama Chikamatsu Yasatsuna, es un samurái, un guerrero, general en su país.

Al oír aquellas palabras, Yasatsuna se levantó y Nissac hizo lo mismo. Con gran cortesía, el japonés, con los talones unidos, se inclinó cuando Nissac, según sus propias costumbres de Occidente, se quitó el hermoso sombrero de plumas. Luego, ambos hombres se agacharon ante el moribundo, quien prosiguió con aquella voz segura que, a veces, concede la proximidad de la muerte:

—Este noble señor del Sol Naciente, salvado de ahogarse por Van Dick, que no sabía qué hacer con él, demostró su valía contra los piratas chinos, y el renegado comprendió qué formidable guerrero se hallaba allí y todo el partido que de él podría sacar. Por su lado, el señor Yasatsuna, para quien el honor importa más que la vida, no quería en absoluto demorarse en el mal estado de pirata de Van Dick, considerando sólo una cosa: el renegado lo había salvado de una muerte cierta mientras su balsa iba a la deriva, en los linderos del mar Amarillo y del océano Pacífico. En cuanto llegó, me interesé por el señor Yasatsuna y le enseñé nuestra lengua, que conoce ahora bastante bien pues la ha estudiado durante todo el año que hemos pasado juntos, en esta larga travesía, mientras Van Dick se entretenía buscando presas.

El cirujano ahogó un grito de dolor y, en su mirada, Nissac adivinó que la muerte, presente, se impacientaba.

Prosiguió sin embargo:

—Señor conde, Van Dick prometió que, una vez estuvieran los tesoros en lugar seguro, llevaría al señor Yasatsuna hasta su lejano país. No lo hubiera hecho, pero vos no lo abandonéis pues grande es su melancolía de las madrugadas claras en los preciosos jardines de Japón.

—¡Velaré por ello...! —respondió el conde de Nissac preocupado por la idea de que empeñaba así su palabra sin saber cómo cumplirla, aunque con la irrevocable decisión de hacerlo.

El cirujano, satisfecho, sonrió y, luego, se arqueó bruscamente para entregar su alma a Dios.



El conde de Nissac hizo que velaran los tambores con un crespón negro y, con la tripulación formada en cubierta, entregaron al mar el cuerpo del cirujano.

El dragón verde puso muy pronto rumbo a Toulon pero, aunque izara todo el trapo posible y el viento fuera de lo más favorable, el galeón del vicealmirante iba a muy poca velocidad puesto que arrastraba en su estela, fuertemente amarrado, al *San Francesco*, tomado al capitán Bohrange, y al *Santa María*, que por algún tiempo fue propiedad usurpada del difunto renegado Van Dick.

En una rápida visita, el conde de Nissac se convenció de que la cala estaba atestada de oro, pedrería y vajilla preciosa, al igual que la del *San Francesco*, de modo que se decidió a enviar una paloma al Louvre, directamente. Nunca solía hacerlo, utilizando de costumbre palomas adiestradas para que fueran a Toulon, pero ante la importancia de la presa no le pareció dudoso que debía avisar, a falta del gran almirante, al señor de Roquelaure utilizando aquella paloma, excepcionalmente robusta, que sólo conocía el Louvre como punto de contacto.

Ahora, el vicealmirante presentaba a Yasatsuna a sus oficiales.

El señor japonés miró, con benevolencia, al barón de Sousseyrac, se inclinó y dijo:

—Cire de Zouzeyrac muy fuerte, muy rápido, muy poderoso... Zoiz temible matador de pirataz, muchoz matar... Tal vez zamurái algún día, ci mucho trabajo.

El gigante de la cicatriz, halagado de que reconociera así su mérito un hombre del arte, balbuceó:

—Bueno... Señor Yama... tsa, no Tse... Me hacéis un gran honor.

La duquesa Inés de Medina Sidonia, que se había eclipsado en cuanto la batalla hubo terminado para poner orden en su hermosa cabellera rojiza, reapareció.

El señor Yasatsuna no creyó necesario inclinarse ante ella y preguntó al vicealmirante:

—¿Ser ella vuestra criatura de placer...?

Nissac comprendió de inmediato que el samurái desconocía la importancia del rango de la muchacha y del papel que tenía a bordo, de modo que precisó:

—La duquesa Inés de Medina Sidonia pertenece a una de las más grandes familias españolas.

El japonés sonrió.

—Oh, ¿ezpañolez...? Maté mucho ellos cuando estaba en barco de Van Dick. Muy bravos pero demaciado impacientes. Y poca agilidad en las corvas.

La duquesa abrió su abanico y apartó la mirada tomando un aire malhumorado que la hacía más hermosa y deseable aún.

Luego, ante el pasmo de la tripulación, el señor Yasatsuna se dirigió al castillo de proa y se sentó sobre sus talones, con las piernas cruzadas, la columna vertebral muy erguida, el mentón apoyado en el pecho y, visiblemente, el espíritu ausente en una posición que, más tarde lo supieron, se llamaba *zazen*.

Mejor será decirlo enseguida, el señor Yasatsuna no había terminado aún de

sorprenderlos...

En los tristes paisajes sumidos en una gélida niebla que rodeaban el castillo de las Quimeras, hacía un frío de mil diablos.

Amarillo, en el sótano abovedado del que una reja le impedía escapar, aulló con los demás alobados.

La hora de la cena se acercaba, el hambre comenzaba a atenazar su vientre pero no era aquélla la razón principal de su comportamiento.

A Amarillo le contentaba mucho aullar así, pues se sentía aceptado por la cofradía, sus congéneres que tan mal lo habían recibido poco antes.

Recordó su llegada, tres días antes, por la noche, en compañía del monje sin rostro humano. Una lechuza ululaba con miedo cuando, desde el recodo de un camino, él descubrió aquel lugar. La luna invernal salpicaba de plata líquida las ruinas de la fortaleza. Muy pronto, tras espesos matorrales de acebo, de hojas que pinchaban como el acero pero que revelaban, muy pronto, un paso despejado, llegaron a una entrada secreta que llevaba a un ancho y largo subterráneo.

Amarillo advirtió el gran número de esqueletos que jalonaban el camino y, aunque sintiera un leve malestar, observó el pequeño tamaño de la mayoría, lo que le hizo pensar que el monje italiano proporcionaba a los demás alobados, y muy pronto a él mismo, numerosos niños.

Finalmente, tras varios subterráneos que se sucedían hundiéndose cada vez más en las entrañas de la tierra, y mientras la luz púrpura de la antorcha iluminaba, de vez en cuando, el horrendo rostro de Vittorio Aldomontano, llegaron a la última galería.

Varias estancias se abrían allí, sin que cada una de ellas tuviera más puerta que una fuerte reja, y Amarillo no había adivinado que una de aquellas celdas le estaba reservada.

Amarillo avanzaba sin temor detrás del monje cuando, brutalmente, tres alobados aullando, mostrando todos los colmillos, se arrojaron contra sus rejas sacudiéndolas con violencia, y sus ojos sombríos y enfebrecidos, tras las cabezas de lobo, no se apartaban de él.

Amarillo aulló a su vez, con fuerza, y los desafió golpeando su poderoso torso con sus puños de matarife.

Muy pronto, los gritos de los demás alobados cesaron y se convirtieron en gruñidos.

Aldomontano abrió la puerta de una celda vacía. Luego, con su vocecilla puntiaguda y desagradable:

—Has sido aceptado —le dijo—. Sé bienvenido al castillo de las Quimeras.

La noche, aquella primera noche, fue larga. Los demás alobados murmuraban entre sí, en voz baja, no ya palabras sino gruñidos cuyo tono variaba sorprendentemente. Sin mezclarse en su conversación y aunque aguzara el oído, Amarillo, cuya celda estaba apartada de las demás, no oyó lo que se decía.

Hubiera deseado dormir, tanto por haber estado muy cerca de la hoguera como debido a las fatigas del largo viaje, pero en cuanto su cabeza vacilaba dominada por el sueño, uno de los alobados aullaba de inmediato, y con él sus congéneres. Amarillo, en aquellos instantes, unía su aullido a los demás y, tras un buen rato, advirtió que los cuatro aullaban como en una sola voz.

Desde aquel instante fue el silencio, y entonces, entonces por fin, pudo dormir unos instantes, pues los largos pasadizos polvorientos de los subterráneos no devolvían ya, en interminables ecos, los lamentos de los alobados.



Se levantaba el día en París.

Tomando un paso al que llamaban «galería sobre el agua» y que había hecho construir para unir el Louvre con las Tullerías, palacio cuya construcción había ordenado Catalina de Médicis, el rey Enrique IV marchaba a paso rápido.

Preocupado, iba con la cabeza gacha por aquella galería que flanqueaba el Sena. Sentía dolor en el tobillo que se había torcido, tres días antes, en la galería de los ciervos, en Fontainebleau.

Ante él caminaba «maese Guillaume», su bufón, heredado de uno de sus tíos, el cardenal de Borbón. Era un bufón, sí, pero ágil y fuerte, que daba sobre las manos la vuelta a la sala de las cariátides, de la que se decía que podía contener a mil quinientas personas.

Tras el rey marchaba uno de sus más fieles compañeros, François de Bassompierre, militar de gran valor y hombre de mucho ingenio. Joven aún, sería algún día mariscal de Francia, pero lo ignoraba en aquellos instantes cuando era coronel general, al mando de los Cien Suizos, guardia de élite de Enrique IV.

Ambos hombres, y el enano, llegaron a los jardines con el bosque de los Campos Elíseos como perspectiva.

Una compañía de los Guardias Franceses, de uniforme azul con adornos rojos, se cruzó a cierta distancia con una compañía de guardias suizos, de guerrera roja con adornos azules.

Seiscientos soldados defendían el Louvre.

Bassompierre llegó a la altura del rey.

—Sire, ¿tanto os contraría lo que a muchos les parecería una buena noticia...?

—¡Eh, Bassompierre, van a robarme...! Guisa es gobernador de Provenza y es un súbdito goloso...

Los dos hombres se detuvieron junto a un arriate, observando a maese Guillaume, que daba caza a un mirlo poco presuroso por emprender el vuelo.

Bassompierre pensó en el texto de aquel mensaje llegado, con una paloma, de un

tirón, desde la cubierta de un galeón de los mares del Levante hasta el Louvre, dirigido a los hombres de confianza del rey.

¿Qué decía...? Algo de este estilo:

El dragón verde a los señores Roquelaure o Bellegarde, salud.

Tesoro tan considerablemente grande que imposibilita transbordo. Traigo dos galeones cautivos, temo surjan múltiples codicias.

Avisar al rey y tomar todas disposiciones consideréis útiles. Pongo rumbo poca velocidad a Toulon.

Vuestro, vicealmirante de Nissac.

Como si adivinara los pensamientos del señor de Bassompierre, pero más probablemente porque su espíritu seguía una andadura semejante, el rey añadió con voz donde se adivinaba cólera contenida:

—No, eso no va bien. Que nada entre en el puerto ni en el palacio del cerdo de Guisa^[4], ¡la mitad del botín se... perdería...! Y cuando digo perdido, Bassompierre, ya me comprendes: ¡no lo perderá todo el mundo...!

El otro, que tendía vivo el ingenio, respondió:

—Sin duda, sire, pero no va a ser así de ninguna manera. Por ejemplo si, cuando llega al muelle, *El dragón verde* es esperado por algunos carros escoltados por hombres de confianza.

—Vaya por los carros, Bassompierre, ¿pero y los hombres...? Superado cierto número de bolsas de oro, la confianza se hace tan escasa como las fresas en diciembre.

—Un centenar de Cien Suizos, que abandonarán el Louvre por algunos días, sustituidos por un número superior de Guardias Franceses.

—Eso no funciona, tus Cien Suizos son demasiado conocidos.

—Hagámosles un nuevo uniforme, sire. ¿Qué sé yo...? Los mosqueteros grises. Un nuevo cuerpo. Por orden real. Y mi presencia allí.

Enrique IV se sentía muy tentado. Bassompierre era de gran valor, sin ello no hubiera sido coronel general de los Suizos y jefe de su guardia. Era también inteligente. Pero corría el riesgo de que le faltase autoridad ante el poderoso Guisa.

El rey tomó su decisión.

—Voy contigo. Guisa, ese agudo zorro, no se atreverá a hacerme una jugarreta de las tuyas si estoy presente, aunque sea en la sombra.

—Sire, vos por esos malos caminos...

—No serán en absoluto los primeros. Vamos, que la guardia parta de inmediato, los alcanzaremos a rienda suelta con una escolta ligera. Debo visitar a Margot^[5] que sufre desvanecimientos. Iré dentro de un rato a su castillo de Madrid, en el bosque de Bolonia. Partiremos poco después. Ni una palabra, no sabes nada.

—Como os plazca, sire.

Ambos hombres, seguidos por el enano, regresaron hacia el Louvre. Bassompierre observó:

—El tal Nissac es muy valioso para vuestra causa, sire.

—Sin duda.

El coronel, sintiendo cierta reticencia, insistió:

—Es de gran honestidad y de una lealtad perfecta.

—Es honesto y leal.

—Valeroso y, sin duda, el mejor marino que existe en el mundo.

—Todo ello es cierto, Bassompierre.

Bassompierre estaba perdiendo la paciencia, pues el rey no le había acostumbrado a esa forma de disimulo en el que veía una falta de confianza que insultaba su amistad. Quiso, deliberadamente, provocar al soberano.

—En toda nuestra historia, nunca aún los condes de Nissac se han rebelado contra la corona. Y su historia es larga; he oído decir que los Nissac se remontan a Carlomagno.

El rey sonrió.

—Y los Borbones no pueden decir lo mismo, puesto que nuestra nobleza no es en absoluto tan antigua. Todo eso es muy cierto, amigo mío, y no lo discuto, dime entonces lo que quieres saber en vez de intentar hacerme mala sangre provocando mi cólera.

—Es algo muy sencillo, sire. El conde de Nissac sólo tiene cualidades, pero no parecéis apreciarlo.

Enrique IV le lanzó a su amigo una gélida mirada.

—Ésa es la situación, Bassompierre: Nissac es irreprochable. Pero no le aprecio. Tengo mis razones, aunque no tenga razón en absoluto.

Bassompierre no insistió, añadiendo sin embargo:

—Deseemos no obstante que llegue a buen puerto. Con dos galeones como presa, que paralizan sus maniobras, Nissac puede tener mucho trabajo en esas aguas infestadas de berberiscos.

El rey, que no había pensado en aquello sino sólo en los peligros una vez llegado a tierra, respondió:

—¡Que Dios lo proteja...! Y lo mismo a su bajel de tan extraño nombre, *El dragón verde*...

Permaneció pensativo unos instantes.

Nissac se mantenía en el castillo de proa, inclinado sobre la cubierta donde el señor Yasatsuna, con un pequeño pincel en la mano, ejecutaba extraños motivos.

Comentó, dirigiéndose al vicealmirante:

—El carácter *ryn* significa dragón. Como *El dragón verde*.

Nissac inclinó la cabeza, silencioso, pero admiró el modo en que aquel dibujo había sido realizado de un solo trazo.

Tomó un pergamino abandonado en el suelo y señaló el motivo.

—¿Acaso esto es un zorro, señor de Yasatsuna?

—Lo es, admirante. El zorro *inari* representa uno de los espíritus.

Con rápido trazo, el señor llegado del país del Sol Naciente dibujó un hermoso portal explicando:

—Y esto, *torii*, gran portal rojo. Él permite llegar a mundo invisible y sus criaturas, los *kamis*, que son los espíritus.

¿Vos comprender eso, admirante?

—Almirante, no hay una «d». Sí, creo comprenderlo. ¿Pero cómo encuentran su sentido estas figuras? ¿Hay que ponerlas todas juntas para contar una historia?

El samurái dirigió una mirada astuta al conde de Nissac.

—Vos, admirante, intentáis siempre comprender. Todo eso junto hace *emaki*, que se desarrolla en el sentido de la escritura. Para arte del pincel, es preciso atención, despertar al mundo y exigencia. Muy bueno para guerreros. Más temibles para servir a su señor.

—¿Todos los samuráis sirven a un gran señor?

—Siempre. En Francia, en España, barón obedecer y obedecer a duque, duque servir a vuestro rey, cosa semejante. Es el *bushido*, la vía del guerrero, las maneras del honor. No necesario enriquecerse. Poco poseer, poco comer. El *daimyo* exige mucha fidelidad.

—No tenéis ya tinta, señor de Yasatsuna.

—¡Nos arreglaremos sin, admirante! —respondió el samurái rompiendo su fino pincel.

Luego, sonriendo, añadió:

—Hay que saber prescindir de todo, admirante, de lo contrario convertirse en pobre esclavo.

—Pero vos no lo sois en absoluto, señor de Yasatsuna.

—¡La gloria de mis ancestros no me es desconocida...! Desciendo de la familia del general Ashikaga que, desde aquel general, ha seguido siempre la vía de los guerreros. Pertenezco a la vigesimoséptima generación. Siempre el arte de la guerra y gran curiosidad por otras cosas. Aprender medicina por hierbas y puntos en el cuerpo. Aprender a tocar la *kota*^[6] y el *shakuhachi*^[7]. ¿Conocer vos la música, admirante?

Nissac miró a la lejanía, sonriendo vagamente:

—El violín, antaño... Nos esperan en mi mesa, señor de Yasatsuna.



La gran mesa estaba en la sala del castillo de popa, situada bajo la toldilla, espacio donde el vicealmirante, acompañado por sus más íntimos oficiales, recibía en las comidas a la única mujer que se hallaba a bordo.

Así, además de Nissac, podía verse a su segundo, Paray des Ormeaux, al capitán de Sousseyrac, al teniente Martin Fey des Étangs, al señor Yasatsuna y a la arrobadora duquesa Inés de Medina Sidonia.

Ésta sentía cierta repugnancia cuando observaba al samurái, quien, en cada comida, devoraba con la ayuda de unos palillos pescado crudo cortado a finas lonchas y, también, algas secas. Por lo demás, al saber aquello, la tripulación entera se negaba a creer posible que un hombre pudiera deleitarse con algas.

—¿Y por qué no las conchas de las ostras? —decían con espíritu burlón.

Sólo el señor de Nissac no se fijaba en ello, mostrándose siempre lejano y evasivo cuando estaba en compañía.

Sin embargo, la duquesa de Medina Sidonia evitaba la mirada del samurái pues, cada noche, uno y otro se encontraban en puntos distintos del navío para observar semejante espectáculo. Aquél era su secreto, pero no hablaban de ello experimentando, por lo demás, impresiones y sentimientos que les eran propios.

Cada noche, cuando la luna aparecía, el vicealmirante salía con gran discreción, contemplaba largo rato al astro muerto y, luego, se quitaba el maravilloso sombrero de plumas verdes, azules y blancas, saludaba entonces con gran ceremonia y el penacho de color rozaba la madera de la cubierta.

El hijo del país del Sol Naciente tenía a Nissac en gran estima. Había adivinado al gran capitán, al hábil marino y al soldado lleno de valor, pero aunque todo aquello fuese cierto, e inclinara al samurái al respeto, la estima procedía de otra parte. Sospechaba en Nissac un espíritu libre, en una época y una sociedad que no lo era.

Su amigo, el difunto y anciano cirujano, le había hablado de la religión católica así como de aquélla a la que llamaban reformada aunque él las considerase, a ambas, de gran intolerancia. Por eso, al llamar a su bajel *El dragón verde*, Nissac había debido, en su tiempo, de hacer rechinar los dientes de algunos curas. Se necesitaba valor.

¿Pero qué pensar de aquel saludo, mudo y respetuoso, que el vicealmirante conde de Nissac dirigía a la luna, como si lo hiciera a una hermosa dama o a un monarca...? ¿Qué había, a fin de cuentas, en el curioso espíritu de aquel hombre que no se parecía en absoluto a los demás...? ¿Por qué era el único, en aquel gran bajel, que hacía

preguntas y se interesaba por otros pueblos...? ¿Qué verdad acechaba el señor de Nissac...?



La duquesa de Medina Sidonia observaba a hurtadillas al conde de Nissac, que comía poco. Con la mirada perdida en el techo, tenía una vaga sonrisa en los labios. ¿En qué estaría pensando...? Cómo le habría gustado saberlo, penetrar en el interior del alma de aquel hombre secreto, conocer sus pensamientos, sus sueños y sus esperanzas.

Gran duquesa de España, personaje importante —el rey Felipe III había convertido su liberación en un asunto de Estado—, se sentía impotente para penetrar en el misterio de un hombre al que amaba cada día más.

¿No estaría loco, aquel conde de Nissac que, en un gesto de gran belleza, saludaba a la luna quitándose el sombrero de tan hermosas plumas?

¿Y por qué lo amaba ella? Pues no dudaba ya de que sólo lo amaba a él. A él, que ocupaba su espíritu cuando ella cerraba los ojos para dormirse y estaba de nuevo presente, por la mañana, en cuanto volvía a abrirlos.

Amar, como estaba descubriendo, era algo delicioso y doloroso. Pensando en Nissac, a la muchacha llegaba a dolerle el vientre y a oprimírsele el corazón. Viéndolo, creía a veces desfallecer, la cabeza le daba vueltas y no encontraba ya las palabras.

Sí, ¿por qué lo amaba?

¿La promiscuidad en aquel navío...? No, lo habría amado en pleno desierto. No se parecía a los demás, y tal vez allí estuviera la causa de su secreta pasión. Era incomparable, en exceso diferente, extraño y, a veces, imprevisible. En todo caso, nada tenía que ver con los hombres de la Corte de España, austeros y vestidos de negro, gélidas sombras en las oscuras galerías del palacio de El Escorial.

¡El Escorial...! Construido por el hijo de Carlos V según el modelo de la parrilla en la que san Lorenzo fue sacrificado. ¡Qué idea...! Y situado al noroeste de Madrid, en un lugar silvestre, ventoso y desolado, a los pies de la sierra de Guadarrama. Se sentía allí un olorcillo a muerte, cuando el conde de Nissac evocaba la vida.

Se obligó, sin embargo, a seguir la conversación y, luego, intervino cuando se hablaba del segundo:

—Es algo extraño que el señor segundo se llame Paray des Ormeaux, es decir «de los olmos», y el teniente Fey des Étangs, es decir «de los estanques». El olmo es un árbol que podría crecer al borde de un estanque. ¿Se debe eso al azar, señor almirante?

El conde de Nissac sacudió lentamente la cabeza. Instantes antes, hubiérase

jurado que no escuchaba en absoluto la conversación y que ignoraba la pregunta que acababan de hacerle. Un instante después, supieron que su aparente descuido no le impedía en absoluto oír todo lo que se decía.

—Nada de azar, señora. Buscábamos un joven oficial para completar la tripulación y, viendo en la lista que anunciaba varios nombres, el de Fey des Étangs, se me ocurrió que formaría una hermosa armonía con el señor Des Ormeaux.

Dudó un instante, observando al teniente Martin Fey des Étangs, quien, con la mirada gacha, no podía ocultar cierta angustia.

El vicealmirante prosiguió:

—Parece pues que el señor Fey des Étangs fue elegido por juego, y no deseo en absoluto ocultar esta razón. Pero habiéndolo visto maniobrar, en el combate y, cada día, en mi mesa, no lo cambiaría por nadie, aunque fuera el Gran Turco.

Fey des Étangs dirigió una ardiente mirada de agradecimiento al conde de Nissac, pero, en su siempre fuerte temor ante las efusiones, éste se levantó.

—Llegaremos al puerto de Toulon cuando sean las tres de la tarde. Que todos se preparen. La escala durará sólo veinticuatro horas. Los oficiales y los hombres bajarán a tierra por turnos. Señor Des Ormeaux, velaréis por el aprovisionamiento, pero aguardaréis hasta el último instante para embarcar el agua dulce. Hay que cambiar la vela del mayor proel, se rompería dentro de poco.

Luego, dirigiéndose a la duquesa:

—Señora, nos mostraremos diligentes para hacernos a la mar en cuanto *El dragón verde* esté en condiciones. Os dejaremos en el puerto de Barcelona. Dentro de un rato, un jinete del gobernador partirá hacia Madrid para anunciar vuestra próxima llegada y que puedan pensar en la acogida. Debemos prever, sin embargo, en el día de hoy, cierto retraso, pues la maniobra para llevar al *Santa María* y al *San Francisco* hasta los muelles del puerto de Toulon será muy delicada.

—¿Conservaréis vos estos navíos, señor almirante...? —preguntó la duquesa a la que aquello le importaba un pimiento pero veía, en ello, un medio para prolongar la conversación con el poco comunicativo conde de Nissac.

Éste se puso rígido y sus ojos grises se endurecieron cuando respondió:

—Son ahora propiedad del rey de Francia, señora.

—¿Y las incomparables riquezas que se encuentran en sus calas?

—Pertenecen a la Corona de Francia, señora.

En el fondo, a la duquesa la satisfacía que el señor de Nissac fuera tan leal con su soberano, y tan honesto. Pero se complació provocando al hombre a quien amaba en secreto:

—No ignoráis, señor, que esos navíos y su contenido fueron robados a España por tripulaciones berberiscas. Es de justicia pues, y de buen derecho, que regresen a España.

El almirante la miró de arriba a abajo, pero no fue insensible a su tozudez y al aire encantador que ésta le confería. Sin embargo, eligió un tono de gran neutralidad,

como si indicara a su segundo el rumbo marítimo a seguir:

—Señora, según el derecho del mar no tengo por qué considerar quiénes fueron, antaño, los propietarios de estos bajeles y de lo que contienen. Vos me habláis de España, sea, la cosa es cierta, pero quién sabe si España no capturó esos navíos a la flota inglesa que, por su parte, los había arrebatado, mucho antes aún, a la flota de los países de Holanda... Y si eso fuera cierto, quién sabe si, en Holanda, esos navíos no fueron comprados por un armador de Frisia a un armador de Gueldre, que no pagó y que interpuso un proceso...

—Ah caramba, señor almirante, vais tan deprisa en vuestras malas razones que la cabeza me da vueltas.

—Termino pues: esos navíos fueron capturados por una nave real del país de Francia, en perjuicio de los capitanes berberiscos Bohrange y Van Dick, que no están ya en condiciones de reclamarlos por la simple razón de que, en este instante, alimentan a los peces.

El vicealmirante se volvió hacia el samurái y añadió, con una media sonrisa:

—Los mismos peces que vos devoráis crudos, señor de Yasatsuna.

—¡Oh, agudo pensamiento! Por esta razón me parecían, estos últimos tiempos, bastante correosos —respondió el señor del país del Sol Naciente.

Todos sonrieron al pensar que el vicealmirante de Nissac se libraba del asunto con habilidad.

La duquesa de Medina Sidonia, a su pesar, sonrió sin duda más y mayor tiempo que los demás, pero el señor de Nissac no lo advirtió en absoluto: con el rostro de nuevo impenetrable, abandonó la estancia a grandes zancadas para subir a la toldilla.

Mientras *El dragón verde*, arrastrando los dos pesados galeones de presa, penaba sobre las olas como un caballo salvaje embridado, otros, que representaban el poder, no pretendían servir al rey Enrique IV con tanta lealtad como el señor de Nissac, alimentando por el contrario sombríos proyectos.

En efecto, en otro lugar se preparaba un asunto muy distinto que, en aquellos tiempos, era el más imperdonable, el más atroz y el más duramente castigado de los crímenes que puedan concebirse aquí. Lejos, muy lejos de las aguas cercanas al puerto de Toulon, unas almas negras con el corazón de hollín recorrido por las llamas rojas del fanatismo salmodiaban una extraña cantinela:

—¡Venga pronto la muerte!

Al decir esas palabras, las criaturas inclinaban sus capuchones de penitente, de satén negro, donde sólo se veían agujeros practicados a la altura de los ojos y que, cerrados para ocultar la cabeza, terminaban de modo muy puntiagudo.

Uno de los conspiradores reunidos en aquella secreta asamblea, y que no era otro que el duque D'Épernon, levantó la mano:

—Basta ya de connivencia. Debemos actuar y ahogar en sangre lo que no hubiera debido existir.

Todos asintieron con gravedad...

Era aquélla su primera reunión y ni uno solo de los conjurados faltaba, con la notable excepción del «duodécimo apóstol», aquél al que no habían encontrado aún pero cuya mano no debía temblar cuando llegara el instante supremo de la ejecución del rey.

En la estancia, caldeada en exceso, el embajador de España, don Íñigo de Cárdenas, sudaba la gota gorda bajo su capirote de satén negro que terminaba en un cono. Aquel lujo de precauciones le parecía de lo más inútil, pues cada cual podía hacer que siguieran a los demás para saber quiénes eran, aunque no fuera sin riesgos... Por lo demás, puesto que algunos conjurados habían llegado a aquella mansión particular de la calle de las Poulies en coche blasonado, el secreto no era ya por completo estanco y aquella comedia tomaba un carácter molesto.

Sin embargo, el embajador se obligó a prestar atención cuando el gran señor encapuchado que dirigía el asunto y que, según sabía, era el duque D'Épernon, tomó la palabra. Su voz seca y entrecortada era muy elocuente sobre el carácter del hombre. El embajador de España no lo apreciaba, pues estaba seguro de que el duque no amaba ni a

Dios ni a los hombres, sino que tenía sed de poder y de revancha, tanto odiaba al de Bearn, rey de Navarra convertido en rey de Francia. Sin embargo, el embajador estaba de servicio y sabía que su propio rey, Felipe III de España, leería su informe con la mayor atención.

D'Épernon no ocultaba en absoluto su amargura: si está así protegido, es que el

maldito hugonote está en manos de su señor Belcebú, pues tal constancia en la fortuna no puede ser cosa humana.

El embajador, que era quien procuraba gran parte de los fondos de los conspiradores, creyó tener que dar muestras de la autoridad que su rey le había delegado:

—La suerte cambia cuando se sabe persistir en las propias empresas, de las que otros aseguran que no serán en absoluto incómodas porque llegue a faltar el oro.

D'Épernon, que no podía olvidar que era un poderoso duque, se levantó rápidamente y volvió hacia el embajador su inquietante cabeza encapuchada. No le gustaba en absoluto ser interrumpido, pero, considerando la calidad de su interlocutor, su rabia se veló con una cortesía excesiva:

—No voy a negarlo en absoluto, y advierto todo el acierto de vuestras palabras.

Satisfecho por haber mostrado así los colmillos, y deseando que la cosa se apaciguara ahora, el embajador fingió haber necesitado recurrir a D'Épernon para que le recordaran por qué Enrique IV parecía el protegido de Dios:

—¿Tan grande es pues la suerte de ese famoso converso?

El duque, abrumado de pronto, se sentó con cansancio.

—Mayor de lo imaginado, pues no se conoce en absoluto a todos quienes intentaron matar al hugonote. Así, el capitán Michaud, que fracasó. Louis Pepín, que no tuvo más suerte. Pierre Barrière, que fracasó, le fue abrasado el puño en el que llevaba el cuchillo, vio como le quebraban los miembros y acabó en la rueda. André Regnard, otro fracaso, el puño derecho abrasado y ahorcado en el puente Saint-Michel, el 4 de abril de 1594. Jean Châtel, que hirió al impostor en los labios y le cortó un diente antes de ser descuartizado vivo. El vicario de Saint-Nicolas-des-Champs, colgado Jacques Bâticle, colgado. Julien Guesdon, colgado en la plaza de la Grève. Nicolas Langlois, hermano lego capuchino, con el cuerpo quebrado en la rueda. Charles Ridicawe, un dominico, muerto en la rueda también. Nicole Mignon, ejecutada en la plaza de la Grève. Saint-Germain de Roqueville, gentilhomme de Normandía, decapitado...

«¡He aquí una pandilla de torpes! ¡Merecían mil veces la muerte!», pensó el embajador, que, hipócrita, movió con gravedad la cabeza. Sin embargo, se mostró más atento cuando D'Épernon dijo con voz sibilante:

—¡Esta vez no fracasaremos...! Nos preparamos a ello con demasiada seriedad como para no conseguirlo. Guillermo de Orange Nassau^[8] escapó también, largo tiempo, a la muerte, pero el último intento fue el acertado e infligió a aquel hereje el justo castigo.

El embajador observó el efecto producido por aquellas palabras.

El marqués de Pinthièvre, que era en la asamblea los ojos y los oídos de los Guisa, inclinó la cabeza al igual que la señora de Verneuil, que estaba allí con la gran esperanza de que el hijo que tuvo con Enrique IV fuera, algún día, rey de Francia.

El embajador prosiguió paseando su mirada por la concurrencia.

La segunda mujer presente sólo podía ser Léonora Galigai, la confidente de la reina, flanqueada por su marido, el ambicioso y bastante incapaz Concino Concini. Hubiera resultado útil saber si la Galigai se encontraba en aquel lugar por su propia cuenta o la de su señora, pero el embajador no desesperaba en aclarar ese punto un día cercano.

Su mirada rozó a Dietrich von Hoflingen, presente por los asuntos de los Habsburgo de Austria, y no se demoró en el cardenal de Bellany. Luego, prosiguiendo con su inspección, ignoró a José de Altamos, que le servía sus delicados asuntos, y a Jehan de Bayerlin, un coronel de la caballería ligera que no tenía un papel principal en aquella conspiración.

El undécimo hombre, en cambio, le interesaba mucho pues era el único de quien desconocía la identidad. Resultaba evidente que el duque D'Épernon lo temía pues, aunque el embajador lo acuciara, se negaba con gran obstinación a decir el nombre de aquel hombre y los intereses que servía.

La mirada escrutadora del embajador contempló largo rato al «undécimo apóstol» en la conspiración. La luz de las velas colocadas en la gran mesa de roble se reflejaba, bajo los capuchones, en los ojos de aquéllos que formaban el círculo, pero el embajador, cuya excelente vista era bien conocida, sintió confirmada su creencia de que bajo aquel capuchón cónico sólo había un ojo.

Un tuerto, pues.

Aquello debería permitir reconocerlo más fácilmente, pues, para el embajador, no se trataba en absoluto de ser el proveedor de fondos sin conocer a todos los participantes en el asunto, los intereses que servían y los objetivos buscados por los coaligados. Así era, por una antigua tradición, la política de la muy santa España, seguida hasta Felipe III. De todos modos, aquel undécimo hombre que hablaba poco tenía una característica que lo distinguía de los demás: una vocecilla maligna, muy desagradable para el oído.

Con gran perplejidad, el embajador recordó las palabras del duque D'Épernon:

—Tened cuidado, éste representa el punto más elevado del Estado. Sobre todo, no intentéis desvelar el misterio con el que se rodea.

El embajador sonrió bajo su capuchón de seda negra y murmuró:

—Ya veremos.



En la toldilla de *El dragón verde*, el vicealmirante conde de Nissac permanecía insensible a los clamores que brotaban de las numerosas embarcaciones que acudían a recibir al valeroso navío que penaba para llevar hasta el puerto de Toulon sus dos imponentes cautivos, hermosos galeones de alta mar.

De la modesta barca de pesca a la galera había más de un centenar de embarcaciones que formaban así un cortejo para *El dragón verde*, que reinaba, altivo y magnífico, sobre los mares del Levante.

Y aunque todos contemplaban el temible galeón muy admirados, pretendían también distinguir, en cubierta, la elegante silueta del vicealmirante de Nissac, marino glorioso y, hasta aquel día, invencible aun a pesar de sus numerosas campañas en las que nunca había rehuido el combate, aunque fuera de uno contra diez.

Los hombres de *El dragón verde* se inclinaban sonriendo hacia las barcas. Se reían y se increpaban. En la tripulación, se saboreaba la embriaguez de la victoria y estaban bajo los efectos de la felicidad por haber escapado una vez más a la muerte.

A la duquesa de Medina Sidonia no le pasó por alto que ni siquiera los oficiales más cercanos al conde, Paray des Ormeaux, Sousseyrac y Fey des Étangs, ocultaban en absoluto su gozo.

Sólo dos hombres se mantenían al margen.

Eran aquél de quien decían que era un señor en el país del Sol Naciente y que se llamaba Chikamatsu Yasatsuna. Vestido con una simple camisa de lino gris verdoso, contemplaba el puerto y la ciudad sin dar muestras de sus pensamientos o sentimientos.

Del mismo modo estaba el conde de Nissac, y la joven se sintió muy feliz de que, una vez más, el hombre al que amaba en secreto no fuera en absoluto como los demás.

El rostro del conde, aquel rostro de mejillas hundidas y pómulos prominentes al que tanto amaba, no tenía expresión alguna salvo, tal vez, la de una hastiada cortesía. Con gran indiferencia, el vicealmirante parecía no estar allí, pero la duquesa, que aprendía rápidamente a conocerlo bien, sabía cómo, incluso en aquel momento, se sentía conmovido y estaba atento a todo.

Los ojos grises, inexpresivos, contemplaban el puerto de Toulon como si *El dragón verde* regresara de un corto paseo por el mar cuando, tras su doble victoria, penaba arrastrando sus grandes cautivos.

Un leve viento jugaba con las magníficas plumas blancas, azules y verdes del sombrero de fieltro marino de Nissac y el ondeante penacho fascinaba a la joven.

Barriendo el espacio con la mano, en un elegante gesto de la muñeca envuelta en encaje blanco, el conde indicó al señor Des Ormeaux que necesitaba vía libre para entrar en el puerto.

Muy a su pesar, la muchacha sustituyó la imagen del conde muy bien ataviado por la del hombre en camisa, con el sable entre los dientes y una pistola en cada mano, saltando a la cubierta del navío berberisco y despreciando la metralla que silbaba a su alrededor.

Movió dulcemente la cabeza, murmurando:

—¿Cómo no amarte, Thomas de Nissac...?

Vio luego la multitud de pequeñas y grandes embarcaciones dispersándose para

dejar que *El dragón verde* y los bajeles cautivos entraran a puerto e intentaran una maniobra sin precedentes en aquel lugar.

El rey Enrique IV, rodeado por sus fieles, François de Bassompierre, coronel general de los Cien Suizos, y el barón Antoine de Roquelaure, oficial de la guardarropía, había encontrado un buen punto de vista sobre el puerto en una casa alta prestada por un amigo del gobernador.

Enrique IV que, en su reinado, había desdeñado mucho la marina, se maravilló viendo el pabellón real que flotaba en *El dragón verde*, aquel fino bajel victorioso que arrastraba en su estela los dos grandes galeones cautivos.

El de Bearn, lleno de orgullo, exclamó:

—¡Parece una graciosa libélula llevando de la nariz a dos grandes abejorros!

Bassompierre, que tenía muy buena vista para los asuntos militares, sugirió:

—Sire, reparando sus mástiles, esos dos hermosos bajeles de presa podrían contribuir muy bien a asegurar vuestra paz en los mares de Poniente.

—¡Así será...! —respondió impulsivamente el rey, ignorando que la muerte iba a tomarlo antes de que pudiera velar por la ejecución de semejante orden y que los dos hermosos galeones españoles, privados de mantenimiento, no serían lamentablemente vueltos a armar y se pudrirían, durante casi treinta años, en un apartado rincón del puerto de Toulon.

—¿Realmente contienen tan grandes tesoros? —preguntó Roquelaure cuyo tono indicaba muy bien sus dudas.

El rey, que esperaba no verse decepcionado, respondió con cierta brusquedad:

—¡El conde de Nissac no es, ciertamente, un jactancioso...!

«Y estoy mejor situado que cualquiera para saberlo», pensó Enrique IV, no sin avergonzarse, al recordar los laureles que había robado al muy joven conde de Nissac, que no debía de tener más de dieciséis o diecisiete años cuando ocurrió aquel delicado asunto...

Apartando tan penoso recuerdo, prosiguió con tono más suave:

—¡Vayamos a casa de los Guisa, ya veremos...!



Louis de Sèze, conde de La Tomlaye, espoleaba su caballo para llegar rápidamente al castillo familiar.

Su corazón palpitaba de prisa al pensar en la excitación que despertaría en Élisabeth, su amada hermana.

¿Iba a encontrar las palabras...? ¿Sabría contarlo...? ¿Transmitiría la emoción que había sentido ante la llegada de *El dragón verde* al puerto de Toulon...?

Lo deseaba y repetía la historia que componía invirtiendo el orden del relato,

probando nuevas combinaciones para obtener un efecto que estuviese lo más cerca posible de la realidad.

No había que traicionar en absoluto la verdad y sabía que Élisabeth lo escucharía como una niña, saboreando cada una de sus palabras como se hace con un mazapán cuyo sabor a almendras y avellanas se descubre al morderlo.

Sabía también que una parte de su relato corría el riesgo de provocar una gran pesadumbre, teniendo en cuenta que su hermana sentía cierta afición al sufrimiento real... o imaginario.

A lo lejos, no distinguía aún su castillo.



En cuanto los galeones estuvieron amarrados, los mosqueteros grises invadieron los muelles, instalando infranqueables barreras entre los bajeles y la población.

Una población curiosa. Curiosa ante el tesoro del que se hablaba en cualquier lugar del puerto y de la ciudad, pero también ante aquellos mosqueteros, vestidos todos de gris hierro, con rudas maneras y que, en algunos casos, ni siquiera entendían el francés.

Bassompierre apresuraba la maniobra y velaba por todo. Sabía que su rey aguardaba en la residencia de Carlos de Lorena, duque de Guisa y gobernador de Provenza. Tampoco ignoraba que, en Enrique IV, la paciencia no era la principal virtud.

Muy pronto, los carros se pusieron en marcha.

Avanzaban en orden compacto, flanqueada la larga hilera, a cada lado, por la doble fila de aquellos extraños mosqueteros, grises hasta la pluma del sombrero, y que mantenían permanentemente la mano en la empuñadura de su espada.

Enrique IV, en la hermosa morada del duque de Guisa, oyó la llegada de la columna, el relincho de un caballo, el ruido de los cofres que se bajaban de los carros, pero, bebiendo una copa de vino en compañía del gobernador, consideró contrario a la real majestad no contener su gran impaciencia.

Finalmente, entró un oficial y murmuró algunas palabras al oído de Guisa, quien, de inmediato, se volvió hacia el rey de Francia:

—Si vuestra majestad se digna a seguirme...

Interiormente, el rey maldijo la lentitud de los pasitos del gobernador de Provenza, considerando por lo demás detestable la idea de almacenar el tesoro en una sala tan alejada del lugar donde se hallaba poco antes.

Finalmente, algunas escaleras y largos pasillos más lejos, llegó, siguiendo los pasos del duque de Guisa, ante una maciza puerta custodiada por cuatro mosqueteros grises que ni siquiera parpadearon cuando el gobernador les ordenó que se apartaran,

pues sólo obedecían a Bassompierre o a su soberano.

Irritado, Enrique IV les dirigió un breve gesto nervioso. Uno de los mosqueteros abrió entonces la puerta, pero la cerró enseguida a espaldas del rey y del duque de Guisa.

Estupefacto, Enrique IV no se atrevió a dar ni un paso ante el espectáculo de las decenas de grandes cofres con las tapas levantadas que dejaban ver miles de monedas de oro y de piedras preciosas.

En una esquina, apresuradamente amontonados y cincelados todos en el oro más fino, se veían cálices, incensarios, retablos, custodías, copones...

Sobreponiéndose por fin, el rey se volvió hacia el gobernador y advirtió, no sin placer, que la indiferencia que había mostrado hasta entonces, ostensiblemente, daba paso a un asombro tal que parecía que los ojos del duque iban a salirse de las órbitas.

Intentando recuperar un buen aspecto, el duque tosió y, luego, con una voz carente por completo de seguridad:

—Sin duda alguna, sire, el tal Nissac es una bendición...

«¡Nissac..., Nissac..., siempre ese Nissac...!», pensó el rey, alguien hubiera gustado que tan fabulosa fortuna fuera depositada así, a sus pies, por algún otro gentilhombre.

—¡Sin duda...! —respondió, furioso por deberle algo a Nissac por segunda vez en su vida.

El duque, viendo que había puesto el dedo en la llaga, prosiguió pérfidamente:

—Tuvisteis una gran inspiración, sire, cuando hicisteis construir *El dragón verde*. Una inspiración renovada cuando se os ocurrió la idea de confiar el mando de ese navío a Nissac.

—¡Ciertamente...! —repuso con acritud Enrique IV, que sabía muy bien, por su parte, que *El dragón verde* era un don que le hicieron, imponiéndole al mismo tiempo a Nissac. Sin embargo, tuvo la debilidad de no rechazar aquellos inmerecidos cumplidos, por fatuidad, ciertamente, aunque tuviera ciertas dudas sobre la sinceridad del duque de Guisa.

Éste, al regresar de París, donde se había hecho contar por Pinthièvre, su testaferro, lo que se había dicho en la reunión de los conspiradores encapuchados de satén negro, intentó disimular su desprecio.

Detestaba al rey, a quien consideraba un impostor que llevaba una corona que no le correspondía. Le parecía que sus aires eran los de un cochero y que no iba mucho más limpio que un ganapán de los muelles de Toulon. Lo observó mientras Enrique IV, que se había acercado, hundía sus manos en los cofres para llenarlas de monedas de oro y dejarlas caer.

«¡Un vejestorio!», pensó viendo el pelo blanco y la espalda doblegada por los años. Había advertido poco antes, mientras el monarca le hablaba, salsa seca en la barba canosa y se le ocurrió la idea de que se trataba de un verdadero y hediondo macho cabrío.

«¡Muerto hederá más aún!...», se dijo Guisa que, viendo clavada en él la mirada del rey, abandonó en un instante aquel aire de gran desdén que mostraba pocos segundos antes.

Habló en un tono distante:

—Sire, sin saber qué decisión adoptar, he hecho llamar al señor de Nissac, que aguarda en una estancia donde le han servido fruta, pues nuestro hombre ha rechazado el vino.

Enrique IV, con las manos en la espalda, dio una vuelta por la estancia y, luego, fue a plantarse ante Guisa, que le sacaba más de una cabeza.

—¿Sabe Nissac de mi presencia en Toulon...?

—La ignora, sire, a vuestras órdenes no les faltaba claridad a este respecto. Por mi parte, no he encontrado tiempo para recibirlo. ¿Lo veo a solas pues...?

La última frase, dicha en un tono que parecía abrumado, daba a entender que sería una gran ingratitud real no recibir, aunque sólo fuera unos instantes, a un oficial tan audaz, valiente y honesto.

Enrique IV percibió el escollo y actuó en consecuencia, con la respuesta que dio en un tono moderado:

—El señor de Nissac merece agradecimiento y felicitación por cómo ha cumplido con su deber... Desgraciadamente, tengo jaqueca. El viaje desde París, sin duda. De modo que...

Calló, reflexionó y, luego:

—Encontrad una estancia en esta mansión donde pueda yo oír y ver al conde de Nissac sin que él me descubra y dirigidle vuestro cumplido en nombre del rey.

El duque de Guisa, que no era tonto en absoluto, comprendió que existía un grave contencioso entre el rey y el vicealmirante, pero se equivocó al atribuir la causa del desencuentro a un asunto de mujeres:

—Me encargo de eso enseguida, sire.

Hacía tanto frío, en aquella Provenza hija del sol, que, según decían los más viejos, no habían sentido otro semejante desde hacía casi cincuenta años.

Sin embargo, intentando ir lo más rápido posible, Louis de Sèze, conde de La Tomlaye, no vacilaba en lanzar su caballo a rienda suelta por los caminos nevados y en mal estado, ni en pasar vadeando el río, a pesar del agua helada de diciembre, hundiéndose hasta los hombros junto al puente que se había derrumbado en las grandes crecidas del otoño.

Finalmente, estuvo a la vista del castillo y contuvo a su pobre montura, muy fatigada. Sabía que llevaba felicidad a la casa, puesto que daría noticias recientes de Thomas de Pomonne, conde de Nissac y vicealmirante de los mares del Levante.



Hermano y hermana estaban en una pequeña habitación de la planta baja del castillo. En la chimenea, un generoso fuego perfumaba el lugar, puesto que los troncos procedían de viejos robles derribados dos años antes, cuando iban a caer tras una tormenta.

Se mantenían así, aprovechando el calor, y Élisabeth había tomado en las suyas las manos de Louis.

—¡Hablad pronto, hermano...! ¿Lo habéis visto...? ¿Qué os ha dicho...? ¿Y cómo está?

Louis se sentía turbado. Ciertamente, no quería mostrarse cruel con su hermana, a la que advertía muy impaciente por obtener respuesta a sus preguntas, pero él no había preparado así la cosa:

—No tengáis temor alguno, querida hermana, nada os ocultaré aunque pensaba decíroslo todo sobre su llegada de acuerdo con el orden natural en que ocurrieron las cosas...

Sintiendo que las nerviosas manos de Élisabeth se crispaban en las suyas, sonrió y prosiguió:

—Lo he visto. Parece en muy buen estado de salud. No he conseguido acercarme a él, dada la presencia de los mosqueteros grises, pero uno de ellos, por un escudo, aceptó llevarle una nota donde lo invitaba a pasar a visitarme en cuanto pudiera. El conde, que vigilaba la descarga de numerosos cofres que, según dicen, están llenos de oro y de diamantes, leyó la nota, lo vi con mis ojos aunque estuviera bastante lejos.

—¿Y cuál fue su reacción...? Oh, decídmelo todo, Louis, sobre todo no me ocultéis el menor detalle.

—En verdad, tras haberla leído pareció extrañado. Por un instante, sus ojos grises

recorrieron la multitud que lo festejaba, luego hizo que sus oficiales apresuraran la descarga.

Ella lo miró largo rato, torturando sus manos, luego:

—Louis, me ocultáis algo grave.

El conde de La Tomlaye se sintió vencido por aquella mirada herida. Prosiguió su relato:

—Había una hermosa mujer pelirroja en cubierta. Según se dice es una princesa española, aunque, con más seguridad, alguna gran duquesa cautiva de los piratas y liberada por el conde de Nissac. Se dijo que iba a pasar la noche en la morada del gobernador y que, al día siguiente, volvería a embarcar en *El dragón verde* para regresar a su país.

Élisabeth se levantó y se acercó a las llamas, contemplándolas largo rato, luego, volviéndose rápidamente hacia su hermano, preguntó:

—¿Y qué hacía ella en cubierta?

—No apartaba los ojos del señor de Nissac. Es una mujer por completo presa del amor. Todos pudieron advertirlo.

Élisabeth vaciló unos instantes, pero se sobrepuso por los pelos. Una vez más, aunque supiera que no quería vivir con Nissac lejos de su hermano, la idea de que el vicealmirante diera su amor a otra le destrozaba el corazón. Dirigió una pobre sonrisa a Louis, que quedó conmovido:

—Ama a otra. Mejor así, no verá ya qué fea me he vuelto.

—¡No es así, de ningún modo...! Habéis adelgazado porque os negáis a alimentaros, para castigaros por haberos mostrado hostil con el señor de Nissac.

Ella apenas lo escuchaba. Él sonrió acercándose.

—No me habéis preguntado cómo el señor de Nissac, por su parte, miraba a la hermosa princesa española.

Élisabeth adivinó que la respuesta a esta pregunta no debía de ser, en absoluto, desagradable de oír.

Tomó de nuevo las manos de su hermano.

—¡Louis...! ¡Louis...! Claro que os lo pregunto mil veces y os ruego que no difiráis la respuesta: ¿cómo la miraba?

—No la miraba. Y hubiera sido una gran lástima si la situación no fuera que sentís inclinación hacia ese señor de Nissac, pues el infortunio de esa hermosa princesa era el mejor signo de que el objeto de vuestro posible amor no le corresponde en su amor. No la veía y, cuando su mirada pasaba por ella al supervisar a determinado marino en plena maniobra, no se detenía en modo alguno. Así es, Élisabeth, en verdad, como mis ojos han visto las cosas.

Élisabeth tuvo entonces una reacción que pasmó a su hermano, aunque conociera, desde hacía mucho tiempo, la bondad de la muchacha. En efecto, Élisabeth dijo a media voz:

—Pobre princesa, cómo debe de sufrir, pues el señor de Nissac no es en absoluto

un hombre a quien se ame a medias.

Un largo silencio se instaló entre el hermano y la hermana, pero aunque Élisabeth no fuese consciente de ello, Louis se sintió molesto y dijo en un tono que se fingió alegre:

—Decididamente, nada queréis saber de la llegada al puerto de Toulon del vicealmirante cubierto con los laureles de su doble victoria.

Ella lo miró sin comprender y, luego, captando de pronto las palabras de su hermano, le acució:

—¡No omitáis nada, Louis...! Quiero saberlo todo. ¿De modo que estabais en el puerto?

Esta vez, el joven sonrió, contento de que llegaran por fin a aquello por lo que tanto se había apresurado a dirigirse al castillo.

—¡Con algunos miles más...! Y es que la cosa se supo por la vela de un pescador, fina y ligera, que corrió bajo el viento, y toda la tripulación de aquel barco pesquero, apenas llegada, contó que *El dragón verde* regresaba de nuevo victorioso, arrastrando en su estela dos magníficos galeones cautivos.

—¡Dos! —interrumpió Élisabeth, admirada.

Louis prosiguió:

—De las tabernas del puerto, la noticia se extendió por toda la ciudad y hasta el palacio donde estaba el gobernador. Así se explica su presencia y la de sus guardias, aunque más extraña era la proximidad de algunos mosqueteros grises, soldados reales que no hablaban nunca, las raras veces que se los veía por las calles, en acto de servicio, pues los demás permanecían enclaustrados en sus cuarteles. En todo caso, muy pronto estuvieron en el puerto e hicieron retroceder a la multitud que llegaba de todas partes y, en ese trabajo, no mostraron en absoluto dulzura. Pero también ellos volvieron la cabeza cuando un clamor anunció un punto en el horizonte. ¡Ah, Élisabeth, qué hermoso fue y cómo lamento que no lo hayáis visto!

—¡Contádmelo, Louis!

—*El dragón verde* apareció muy pronto en su perfecta belleza y su rara elegancia, pues ya sabéis que el señor de Nissac lo diseñó más fino que todos los demás galeones que hay en el mundo. Con todas las velas hinchadas por el viento, no por ello dejaba de penar duramente al arrastrar sus pesados prisioneros. Éstos también, aunque desmantelados, son muy hermosos, como saben construirlos los españoles, que no se muestran mezquinos con los oros y las púrpuras. La multitud, fascinada, seguía los esfuerzos de *El dragón verde* y cada toesa ganada henchía el corazón de quienes asistían ala escena. Espectáculo conmovedor el del navío más fino, el de más modesto tonelaje, arrastrando tras él naves mucho más poderosas a las que no por ello dejó de vencer. De modo que las miradas buscaban al vicealmirante, de quien se sabe que está siempre en la toldilla, reconocible por su sombrero de fieltro color marino empenachado con plumas azules, verdes y blancas, sin que nadie haya desvelado todavía el secreto de la elección de semejantes colores. Burgueses y marinos lo

aclamaban y las mujeres, ya fueran de pequeña nobleza, esposas de armadores o de aguadores, todas se pasmaban muy emocionadas. Sin embargo, el vicealmirante permanecía inmóvil, indiferente a aquella gloria, como si la muchedumbre no lo festejara a él, a quien la victoria trata siempre como a su querido hijo.

—¡Habláis tan bien, Louis...! ¿Y qué sucedió luego?

—Cuando desembarcó, un oficial de los mosqueteros grises se acercó a él y ofreció al conde un alto caballo negro, pues se sabe que los Nissac, desde Carlomagno, dicen, sólo montan este tipo de caballos; luego, flanqueado por los extraños mosqueteros, se dirigió a la residencia del gobernador provocando un gran despecho de la multitud, a la que hubiera gustado ver más tiempo a su héroe.

—¿Y eso fue todo?

—Luego, las cosas fueron distintas, el interés que despertaban, por grande que fuese, era ya menor cuando Thomas de Nissac hubo desaparecido con su escolta. Se discutió sobre la joven española, duquesa o princesa, y la multitud la encontró muy hermosa, viéndola meterse en una elegante carroza flanqueada, también, por mosqueteros grises a caballo. Especularon luego sobre la calidad del tesoro, el valor del ducado español con respecto al escudo y cada cual mostró escudos de corona, de salamandra o de puerco espín, siendo los comerciantes los más hábiles para convertirlas en libras de Tours, pistolas y demás monedas de cuenta. Pero yo partía ya, con mucha prisa, para traeros todas estas noticias.

—Gracias, Louis. En verdad, no sabría contaros qué efecto producen vuestras palabras en mi corazón, donde todo, de pronto, se encuentra en una inextricable confusión.

—¿Qué queréis decir?

Élisabeth se levantó y caminó de un muro a otro, muy nerviosa.

—Tan largo silencio sobre el señor de Nissac y, luego, todas estas noticias... Por falta de valor, casi añoro el tiempo anterior a su regreso. ¡Sí, lo reconozco...! Al menos, las cosas no llevaban en sí misterios e interrogantes. Lo sabía en su hermoso bajel, temía la tormenta y los navíos berberiscos, pero esos males, aunque los temiera, se me habían hecho, al menos, familiares. Mientras que ahora...

Louis se levantó a su vez, colocándose ante su hermana.

—¿Pero qué diferencia hay?

Ella sonrió.

—Bien se ve que el amor no os ha rozado, Louis... La diferencia es que, a pesar de vuestras palabras, temo la belleza de esa hermosa princesa española... La diferencia es que este fabuloso tesoro y la audacia coronada por el éxito del señor de Nissac corren el riesgo de cambiar su posición, si el rey no es ingrato. Y entonces, ¿puedo esperar volver a verle...? La diferencia es, por fin, mi querido Louis, que Thomas de Nissac está de regreso y tengo miedo también de que venga... o de que no venga, quiero hablar con él y quiero huir de él... Louis, deseo cosas y su contrario a la vez.

—Sin embargo, creo que vendrá a visitarnos, Élisabeth.

Ella pareció asustada.

—No, es algo demasiado temible para mí.

Conmovido y divertido por el estado en que se encontraba su hermana, Louis fingió reflexionar.

—Tenéis razón: le cerraré nuestra morada, pretextando que padecéis jaqueca.

La muchacha tuvo un sobresalto.

—¡Ni lo soñéis, Louis...! ¡Decidle, por el contrario, que es bienvenido!

Élisabeth, muy inteligente y desde siempre cómplice en ternura con su hermano, comprendió que, con ese juego, la ponía en la obligación de ver claro en sí misma y, por consiguiente, de hacer una elección. Le sonrió.

—Louis, os burláis de mí.

—No, no del todo. En verdad, os observo con emoción.

Calló un instante. Reflexionó y, luego:

—Sin duda tenéis razón y no tengo yo un gran conocimiento de los mecanismos del amor. No obstante, creo saber ciertas cosas y, por ejemplo, que una hermosa mujer no tiene derecho a afearse llevando un feo vestido oscuro y triste, como hacéis vos en este instante.

Élisabeth posó en su hermano una mirada de cierva acosada:

—Pero... ¿qué hacer, Louis?

El joven suspiró:

—Vuestro vestido de brocado de seda con fondo verde adornado con oro y blanco. Vuestras enaguas de satén blanco forradas de tafetán. Vuestras medias de seda blanca.

Ella posó en él una mirada en la que se veía un profundo agradecimiento.

—Vuestra opinión es sutil y de buen gusto, Louis. ¿Sabéis...? Creo que ningún hombre valdrá nunca lo que vos.

Conmovida de pronto, trastornada al haber formulado así, por primera vez en voz alta, algo en lo que creía secretamente desde siempre, se arrojó en brazos de su hermano y lloró con grandes sollozos, comprendiendo que prefería aquel hombro a todos los que había en el mundo.

Aunque fuera el del conde de Nissac...

Carlos de Lorena, duque de Guisa, procuró que el rey Enrique IV y su fiel Bassompierre fueran instalados en una pequeña estancia, de delgado tabique, contigua a la sala donde el gobernador recibía al vicealmirante de Nissac. Por los ojos vaciados de un retrato colgado en la sala, detrás del cual, en la pequeña estancia, se colocó el rey, veía sin ser visto, sin que nadie pudiese imaginar que los ojos de aquel cuadro fueran verdaderos y pertenecieran al rey de Francia. Además, el poco grosor del tabique permitía no ignorar nada de lo que se decía entre Guisa y Nissac.

Enrique IV, al contemplar al vicealmirante, pensó: «No ha cambiado nada desde que tenía dieciséis años, cuando lo vi tan extraordinario, en Fontaine-Française. Sigue teniendo esa alta talla, delgada, esbelta, ese rostro huesudo, ese aspecto de eterna juventud, de intrepidez, esa audacia reflexiva y esos ojos grises que tanto malestar me dieron cuando comprendió, sin decir una palabra, que yo le robaba su victoria y su gloria...».

El rey apartó ese pensamiento para seguir la conversación entre Nissac y el de Guisa, habiendo sido éste advertido de modo que no tuvo miramientos con su interlocutor, aunque no le indicaran el motivo por el que debía mostrarse tan desagradable.

El duque, a quien incomodaba la antiquísima nobleza de los Nissac y el aspecto distante del vicealmirante, preguntó en un tono en el que dejó aparecer, voluntariamente, una irritación de la que sólo tuvo que modificar la razón:

—¿De modo, señor, que arriesgáis el navío en un combate perdido de antemano?

El vicealmirante, que muchas veces olvidaba voluntariamente su rango para no poner a los interlocutores en estado de inferioridad, recuperó entonces aquella frialdad gélida de los Nissac cuando alguien se mostraba de mala fe o en exceso familiar con ellos. No tenía por qué ruborizarse ni bajar los ojos ante el gordo de Guisa, de lealtad titubeante y vacilante honor cuando los Nissac, en cambio, habían servido siempre a la legitimidad de su monarquía y al partido real, en cuanto estaba amenazado, tanto si era en el interior como en el exterior del reino.

Respondió mirando, voluntariamente, más allá del duque de Guisa:

—Si el combate estuvo alguna vez perdido de antemano, fue para los berberiscos en cuanto dividieron sus fuerzas.

El duque sintió que no se había mostrado hábil en la maniobra. Atacó de otro modo:

—¿Y... del botín, han sustraído algo vuestros hombres?

—No falta ni una sola moneda de oro, pero, si lo deseáis, mis marinos, mis oficiales y yo mismo podemos desnudarnos para una sesión de registro mientras vuestros mosqueteros del color de una mañana lluviosa inspeccionan nuestros efectos y *El dragón verde*.

Guisa sintió que tampoco esta vez había sabido manejar la amenaza de modo

adecuado. Tras el tabique, el rey pensó que el gobernador actuaba tontamente cuando Bassompierre, impresionado por Nissac, encontró escandaloso que se economizaran los cumplidos debidos a un hombre semejante, para rodearlo de un injurioso clima de sospecha.

Guisa prosiguió:

—¡No se trata de eso...! Pero con la princesa liberasteis a alguien muy molesto. Los Medina Sidonia son una de las más altas familias de España.

—¿Sugerís, señor gobernador, que me hubiera mostrado más prudente arrojándola por la borda?

—¡No es eso lo que quiero decir, Nissac...! Pero ella sabe que vamos a guardar, para la Corona de Francia, el fabuloso tesoro que vos... que había en los galeones.

—Tesoro y galeones arrebatados a los berberiscos. Dudo que los representantes de éstos vengan a quejarse en un proceso.

—Vuestras palabras son insolentes, conde de Nissac.

—¡Valen para tus preguntas, Guisa...! —respondió el vicealmirante llevando la mano a la guarda de su espada.

Guisa palideció.

Detrás del tabique, Bassompierre se sintió lleno de júbilo. El rey, a pesar de sus misteriosas prevenciones, no pudo evitar admirar a Nissac, un hombre como a él le gustaban con ese modo tan íntegro de reaccionar.

El duque de Guisa se contuvo. No deseaba un duelo con el vicealmirante, cuya destreza con la espada, como todo el reino, conocía. Además, por unos breves instantes, había leído en los ojos grises y fríos de su interlocutor el anuncio de su propia muerte.

Se estremeció y dijo, en un tono de mayor cortesía:

—Si no se ha hecho, mandaré un mensajero para que avise a la Corte de España de la inminente llegada de la duquesa. Creo que no tenemos nada más que decirnos, conde de Nissac.

El vicealmirante lo miró sin ocultar su desprecio.

—Todo ha sido dicho y lo que no lo ha sido, lo habéis adivinado, creo.

Luego, con una sonrisa irónica en los labios, Nissac abandonó la estancia sin despedirse.

Enojado, el duque de Guisa fue a abrir la puerta de separación. Encontró la mirada divertida de Bassompierre y la del rey, que indicaba con mucha claridad en qué estima tenía al gobernador de Provenza. Eso llevó hasta el paroxismo la cólera de Guisa, quien, sin embargo, se contuvo pensando: «Aprovéchate de mi humillación, perro herético y perturbador, pues no te queda mucho tiempo que vivir».

Pero sus palabras fueron muy distintas:

—¡Qué insolencia digna de un marino...! Si vuestra majestad no hubiera estado detrás de este tabique, creo que hubiera matado al tal Nissac.

Bassompierre, que detestaba a Guisa, respondió:

—Cierto es que si, por cansancio de la vida, hubierais desenvainado vos la espada, habríamos recogido un cadáver de estas alfombras.

El rey, que parecía ausente, hizo un gesto hastiado:

—¡Que me traigan vino y que me dejen solo...!



Enrique IV había quedado seducido por Nissac. Seducido y más aún. Conforme a su naturaleza generosa y entregada a los impulsos del corazón, al rey le hubiera gustado poder estrechar en sus brazos a aquel hombre que servía a la Corona con valor, lealtad y modestia y que, aunque se mantuviera apartado de la Corte, no evitaba en absoluto los campos de batalla.

Pero, lamentablemente...

El rey recordó aquella jornada del 5 de junio de 1596, catorce años antes, tal como fue en su recuerdo y en el conocimiento de detalles que había sabido posteriormente.

Un almirante de la flota de Poniente había hundido una galera española y, presuroso por destacar, mandó de inmediato un mensajero que debía encontrar al rey para entregarle un pliego donde podría leer los detalles de la batalla. La elección había caído sobre el más joven oficial, de un grado muy subalterno. Pero se le sabía excelente jinete y su peso, muy ligero, no reventaría sus sucesivas monturas. El jinete se llamaba Thomas de Pomonne, conde de Nissac. Y el rey recordaba la aventura de aquel hombre muy joven como si estuviera sucediendo en aquel instante, ante sus ojos... Nissac llega rápidamente a Borgoña. Se sabe entonces cerca del ejército de Enrique IV pero debe dar un rodeo para evitar al de los españoles. Aquel 5 de junio de 1596, por la tarde, se extravía del lado de Lux donde sabe que el condestable de Castilla, don Fernando de Velasco, llegado de Italia con doce mil hombres reforzados por las tropas de la liga de Mayenne, ha cruzado el Saona la víspera. Al mismo tiempo, le avisan de que el rey de Francia ha salido en avanzadilla, del lado de Fontaine-Française, con una pequeña partida de doscientos jinetes y cien arcabuceros.

Nissac llega cuando el mariscal de Biron acaba de ser herido por segunda vez por la vanguardia española. Sin embargo, el jovencísimo oficial de marina se presenta ante el rey y le entrega el despacho que éste finge leer, conmovido por el tranquilo valor de aquél a quien considera un niño.

Luego, para general sorpresa, Enrique IV, a pesar de sus tropas ridículamente débiles, decide cargar contra el importante ejército del condestable de Castilla. Grita entonces:

—¡A mí, señores, y haced lo que me veáis hacer!

Pero, en aquel fugaz instante, su cuerpo se le niega y no obedecen. A dos toesas

descubre, entonces, al «niño» que le ha entregado el despacho y que lo mira, adivinando la regia vacilación.

De inmediato, con el espíritu de una carga sin cuartel, y en primer lugar, «el niño», aquel jovencísimo oficial, hunde sus talones en los flancos de su montura arqueándose en la silla para aumentar la presión. Es soberbio, de un perfecto dominio, y revela un jinete excepcional.

El gran caballo negro, fatigado sin embargo, reacciona con la velocidad de una bala de cañón. El joven Nissac, saliendo como una flecha, está solo en la vanguardia de la partida real, que vacila. Todos quedan fascinados por el modo de cargar del chiquillo, con el sable entre los dientes y una pistola en cada mano, armas que descarga contra los primeros caballos españoles, cuyos estribos deja vacíos.

Y no es eso todo. Ahora, Nissac sujeta entre los dientes las riendas de su caballo, con el sable en la derecha y, en la izquierda, un hacha de abordaje que ocultaba en el arzón de su silla.

El chiquillo saja, secciona, siega... Es para quedar sin aliento. Los españoles ven llegar a aquel jinete cuyo cuerpo, muy frágil, no es aún el de un hombre y no es ya el de un niño.

Entonces, para ser más veloz, el pequeño Nissac se tiende sobre el cuello de su caballo. Se ven las crines negras del animal mezclándose con las plumas blancas, azules y verdes del sombrero del muchacho. Los rayos del sol se reflejan con breves fulgores en el cortante filo del sable y en el del hacha que sigue cayendo.

Franceses y españoles no pueden apartar su mirada del joven jinete. Tendido aún sobre la silla para no ofrecer presa al viento y ganar así velocidad. Sólo se yergue unos segundos para levantar y dejar caer el hacha, hacer girar su sable. Avanza enloquecido, derriba a un gran español, empuja a otros dos, se hunde cada vez más en la vanguardia enemiga.

He aquí un gigantesco andaluz, decidido, cerrándole el paso. El hacha de Nissac pasa al cinto y se ve la mano del joven acariciando, de cierto modo dulce y firme, el cuello del alto caballo negro. La montura parece comprender, desvía levemente su carrera para golpear con la paletilla el caballo del gigante andaluz, lanzado de inmediato al suelo por la violencia del choque.

Asustado, el condestable de Castilla hace disparar el cañón, pues prefiere hacer una matanza en sus propias tropas que presenciar por más tiempo semejante humillación. El señor caballero D'Athis, del lado francés, que intenta alcanzar a Nissac, es decapitado por una bala de artillería junto al muchacho que, salpicado de sangre, prosigue su enloquecida carrera.

Enrique IV, antes que muchos otros, comprende por fin el objetivo del jovencísimo oficial. Hay tres orgullosos gentileshombres españoles, uno de los cuales lleva la bandera del rey de España mientras los otros dos lo flanquean.

Uno de ellos se lanza hacia Nissac. El choque es tan violento que el sable del joven queda clavado en el ojo de su adversario, que prosigue, extrañamente, durante

algunas zancadas antes de rodar por el suelo.

El segundo, valeroso, se lanza a su vez contra Nissac y, en las filas francesas, se preguntan si esta vez...

Sin reducir su loca carrera, la fina mano del joven Nissac baja hacia su boca y toma, en la vuelta, un cuchillo de lanzar. Tendido sobre el cuello del caballo, con las magníficas plumas del penacho inclinadas por el viento de la carga, sólo se yergue para lanzar el cuchillo con infalible precisión. El arma blanca espejea al sol como un pez de plata y se clava hasta la guarda en el cuello del español.

El último miembro del trío ha desenvainado la espada, aunque sin soltar la bandera del rey de España.

La artillería de Felipe II ha dejado de disparar. Ya nadie obedece, todos miran. Los invencibles «tercios» del temible ejército de Carlos V sufren un gran desconcierto, pues, entre esos legendarios soldados, la belleza del adversario puede a veces importar más que su propia victoria.

El señor español, con la espada en una mano y la bandera en la otra, no parece en absoluto asustado por aquel osado jinete que ni siquiera tiene ya sable sino una incómoda hacha.

—Esta vez, ha perdido la razón, la suerte no puede escoltarlo por más tiempo...
—murmura el rey.

El fogoso adolescente, el magnífico penacho del sombrero, el alto caballo negro, todo va a desaparecer..., pero Thomas de Pomonne, conde de Nissac, se yergue a tres toesas de su adversario. El brazo, que parece de acero, se levanta. El hacha sale girando por los aires y no se sabe quién va a llegar primero al español, ella o Nissac. Lo hace el hacha, pues la mitad del rostro del oficial de Felipe II es arrancado en un géiser de sangre. Pero el cuerpo del gentilhomme no ha caído aún del caballo cuando Nissac arranca de sus manos muertas el estandarte del rey de España.

Todo ha terminado. Dos arcabuceros españoles tienen a Nissac a su alcance y, sin embargo, sólo Dios sabe por qué, renuncian agitando la cabeza y se batan en retirada, pues los franceses cargan.

El joven regresa hacia el rey de Francia al majestuoso paso de su caballo negro. En todos los hombres presentes, la emoción es intensa. Bajo el magnífico penacho del sombrero azul marino, el sudor inunda las mejillas enrojecidas por el esfuerzo y todo su juvenil rostro. Sus ojos brillan y sonríe como un niño. La capa, también de color azul marino, está agujereada, salpicada de sangre. El tal Nissac, de graciosos gestos y sonrisa cándida, tan orgulloso de haber servido bien a su país y a su rey, es, en esos instantes, de una belleza pasmosa. Parece casi un joven dios a cuyos pies, sumisa y amorosa, se hubiera arrojado la gloria.

Fontaine-Française es una magnífica victoria.

Las trompetas españolas tocan a retirada.

El tiempo se hace de pronto pesado y tormentoso. Gruesas moscas se posan ya en los cadáveres cubiertos de sangre fresca.

Entre los franceses, entre algunos al menos, los sentimientos cambian como un viento costero. La embriaguez de la belleza del gesto se evapora, Nissac gusta menos ya y, de pronto, se envidia lo que nunca se ha hecho y nunca se hará...

—¡Así son los hombres...! —murmura el rey contemplando, pensativo, la botella medio vacía.

Enrique IV se levantó e hizo llamar a Bassompierre. Pero mientras iban a buscar al futuro mariscal, el rey no pudo escapar, en su recuerdo, al epílogo de la victoria de Fontaine-Française.

Mientras para el ejército español resonaban las trompetas de la derrota, él observaba a aquel muchacho de dieciséis años que se había batido mejor que miles de veteranos combatientes aguerridos, fueran franceses o españoles.

El rey recordó haber sentido envidia y celos. Nunca había poseído la belleza y la gracia del joven Nissac; nunca más tendría ya dieciséis años.

Tuvo luego vergüenza. Sentía, en una emoción muy contraria a la primera y que, sin embargo, le era vecina, orgullo y agradecimiento hacia la Providencia por tener en sus ejércitos a un joven tan ejemplar.

Llegó luego la hora de la política que, tan a menudo, altera las cosas humanas... Fontaine-Française constituía una grandísima victoria, no podía abandonar su beneficio a aquel hombre jovencísimo, apenas salido de la infancia. No, no podía hacerlo: aquella victoria tenía que ser suya. Por su vanidad personal, es cierto, y Enrique IV era lo bastante honrado para no engañarse sobre sí mismo. Pero, más allá de su persona, debía dar a conocer Fontaine-Française como una victoria de los Borbones.

¡Y qué victoria...!

Trescientos hombres que cargan contra dos mil. Un pequeño grupo de exploración contra el grueso de la vanguardia de una inmensa coalición. Y la victoria para el puñado de valientes. El ejército español retirándose, en buen orden es cierto, y no sin nobleza. El condestable de Castilla y Mayenne dan media vuelta, derrotados, pálidos y sin decir palabra. Borgoña entregada a Francia. La unidad del pueblo foijada en la audaz victoria. La gloria para la Corona. No, mil veces no, no podía ceder el prestigio de Fontaine-Française a aquel adolescente, aunque la justicia y la verdad lo hubieran exigido así.

El joven Nissac se había quitado el soberbio sombrero de plumas y Enrique IV grabó en su memoria aquel rostro de mejillas sonrosadas, de ojos grises y risueños, de narices que se dilataban o estrechaban por el esfuerzo, con el rostro chorreando sudor y salpicado de sangre.

Nissac había inclinado hacia el suelo el real estandarte español diciendo:

—¡Para vos, sire...!

A Enrique IV le hubiera gustado rechazarlo, mostrar que era el dueño. Pero nadie hubiera comprendido semejante gesto, ni sus altos señores, ni sus oficiales soldados, ni siquiera los prisioneros españoles.

Enrique IV tomó la bandera que le tendía Nissac y respondió con una voz sin calidez:

—¡En la carga, habéis precedido al rey de Francia...!

El joven parpadeó levemente.

—Sire, tan convencido estaba yo de que mi deber era preceder a vuestra majestad en la muerte.

«Soberbia respuesta, noble y de gran sinceridad», pensó el rey, que se sintió obligado a adoptar un tono más conciliador:

—Está bien, Nissac. Habéis hecho aquí una muy buena obra y podríais ser muy pronto un excelente coronel, si no hubierais elegido la marina. Id a descansar.

La fugaz mirada de Nissac dijo muy a las claras que había comprendido, pero, sintiendo que estaba crucificando al rey, no insistió y apartó sus temibles ojos grises.

Entretanto, en cuanto el joven hubo desaparecido, el rey susurró a uno de sus generales:

—Haced que el joven Nissac embarque de nuevo lo antes posible. Y procurad que no se hable en absoluto de él en las crónicas: en Fontaine-Française fue el rey y sólo el rey quien dirigió la carga.

Así se hizo. Y así se escribió.



Eran cuatro, un sargento y tres hombres. Todos soldados que envejecían. Como el sargento, Léonard Poisleu. Éste era un veterano de la Liga. Tenía de ella un excelente recuerdo, rememorando vagamente aquel acuerdo, en 1585, entre grandes señores católicos franceses y el rey de España, que daba a conocer al pueblo la creación de «La Santa Liga perpetua, ofensiva y defensiva». Una hermosa máquina que inspiraba temor hasta el punto de que el propio Enrique III la había reconocido el 21 de julio de 1588, cuando la denominaron «Santa Liga de los católicos».

Eran hoy tiempos lejanos y el sargento Poisleu, al igual que sus tres hombres, terminaban la carrera militar al servicio de Urbain de Montmorency-Laval, marqués de Bois-Dauphin y gobernador de Anjou. El puesto no era en absoluto malo ni la tarea muy agotadora. De vez en cuando, una bruja a la que debía atraparse para que fuera juzgada y quemada. Otras veces, cazar a algunos desertores que violaban, pillaban y asesinaban, cuando no la persecución de un marido celoso que acababa de matar a la esposa infiel y a su amante.

Sin embargo, con el olfato de los viejos zorros que han sobrevivido tanto a las guerras como a las enfermedades, y recorrido las campiñas en todos sus recodos, al sargento Léonard Poisleu se le despertaron, de pronto, todos los sentidos. Detuvo su montura, imitado en ello por los otros tres, y aguzó el oído. Luego, frunciendo el ceño:

—Ah, diríanse llantos de niños...

Los demás inclinaron la cabeza.

El sargento hundió sus talones en los flancos de su montura.



Vittorio Aldomontano, cuyo rostro quedaba oculto por el amplio capuchón de su hábito de monje, vio con gran contrariedad como llegaban los soldados de Urbain de Montmorency-Laval, y es que venía de lejos, y no había llegado aún: ¡ni mucho menos!

Como alejándose de la escena que era, ahora, la suya, imaginó el espectáculo que iba a ofrecerse a los cuatro soldados.

Su impresión no fue buena.

Hermosos caballos, demasiado hermosos tal vez, conducidos por un monje que ocultaba su rostro y cuatro hombres de aspecto brutal, de impresionantes mandíbulas y ojos enloquecidos. A lo que se añadía una carreta provista de barrotes, la misma que había servido para Amarillo cuando había sido salvado de una ejecución segura.

Vittorio Aldomontano lanzó una mirada irritada a la carreta detrás de cuyos barrotes ocho niños de siete a once años, hembras y varones, lloraban y gritaban presas de terror.

Con su vocecilla desagradable, el monje lanzó a sus cuatro alobados:

—Sin duda habrá que matar. Pronto y bien. Todos juntos, cada cual el suyo. Rojo, no seas demasiado rápido o recibirás el látigo y el hierro al rojo en tu pecho.

—¡Mmm, mmm! —respondió Rojo que pareció contrariado.

El monje hubiese preferido, sin embargo, una discusión con la que poder embaucar a los soldados del duque de Anjou y salir bien librado a buen precio. Sería la mejor solución, pero no había que contar con ello. Y, en cualquier caso, no podía pensar en perder «la recompensa» prometida a sus alobados.

Echó un vistazo en los llorosos niños. Ocho para sus cuatro alobados, tocaban a dos por cabeza. Habría que dejar pasar cuatro semanas antes de ofrecer a sus asesinos una segunda hornada de niños vivos. Luego sería necesario salir otra vez de cacería...

¡Agotador...!

Pero así mantenía a sus fieras, las mismas para las que el bien no competía con el mal desde hacía ya mucho tiempo, las mismas que, por sus monstruosos deseos, se rebajaban al rango de bestias feroces a sus órdenes, puesto que él había sabido domarlas.

No dejaban de formar, por ello, la mejor guardia privada que nunca hubiera existido, un instrumento que debía permitir su supervivencia en cualquier circunstancia y servir para la ambición de su vida: hacer historia.

El sargento se dirigió a Verde, que respondió con un gruñido y la misma respuesta obtuvo de Azul.

Intervino Aldomontano:

—Debéis hablar sólo conmigo.

El sargento lo miró largo rato, luego:

—No me gusta en absoluto conversar con un hombre que oculta su rostro. ¿Quién eres, monje, y quiénes son estos niños?

—Soy monje ambrosiano. Estos niños son hijos de brujas quemadas en las regiones del reino de los lises. Los llevo a mi convento donde, con nuestro oficio, los devolveremos a Dios antes de que el demonio se apodere para siempre de su alma.

Al sargento le pareció plausible la respuesta. Sin embargo, persistía en él la mala impresión de la que, por instinto, decidió fiarse. Se mostró pues insistente:

—Si dices la verdad, ¿por qué lloran y se lamentan en el estado de desolación en que los vemos?

Una niña de ojos claros intentó decir algo al sargento, pero Verde agitó su brazo que sujetaba un látigo de siete nudos. Una de las correas pasó entre dos barrotes y golpeó con dureza la mejilla de la niña. Al sargento no le gustaba que se mostraran brutales sin razón. Su voz, cuando se dirigió a Verde, se hizo más sibilante:

—Eres muy rápido manejando el látigo con una niña, amigo. Dime quién eres, de dónde vienes y adónde vas.

—¡Mmm-Mmmm! —rugió Verde.

Inseguro ante esa respuesta, que nada significaba, el sargento dirigió su mirada hacia el ambrosiano, que hizo un gesto apaciguador:

—No te confundas. Estos hombres son fieles servidores, antiguos soldados a quienes los españoles cortaron la lengua.

El sargento observó a Verde, que antaño había sido ganapán y ladrón, luego a Amarillo, que había servido como pasante en casa de su padre, el notario. Poco convencido, respondió:

—No parecen en absoluto antiguos soldados.

—Y sin embargo, lo son.

El sargento sentía que su irritación, en la extrañeza de una situación que no comprendía en absoluto, iba transformándose en cólera:

—¡No me gusta tu voz...! ¡Muéstrame tu rostro...!

Los soldados de Montmorency-Laval percibieron, brotando de debajo de la capucha, una risa desagradable, agria y que los incomodó. Pero, muy pronto, el sargento oyó que le respondían:

—No me pidas algo que, si te obedeciera, lamentarías. Y déjanos proseguir nuestro camino, pues nada hemos hecho que pueda alimentar así tu suspicacia.

Poco convencido, el sargento tomó entonces una grave decisión:

—Se han denunciado en nuestra región robos de niños. Vais a seguirnos pues.

—¡Aguarda...! —respondió Aldomontano.

Llevó sus manos hasta el borde de la capucha y prosiguió:

—¿Querías ver mi rostro...? Te obedeceré.

La capucha fue retirada de un golpe seco, descubriendo la abominable cara. Los cuatro hombres del gobernador de Anjou se sobresaltaron y ninguno advirtió que la escolta del horrible monje había cambiado su disposición. Cada uno de ellos, Rojo, Verde, Azul y Amarillo, se hallaba ya cerca de un soldado.

Luego el sargento comprendió. Comprendió lo que iba a suceder y que era demasiado tarde ya para impedirlo.

Fascinado, contempló la boca horriblemente mutilada del monje que lanzó una única orden:

—¡Matad...!

Los tres alobados abrieron unas bocas que parecieron desmesuradas a los soldados, saltaron luego sobre tres de éstos, haciéndolos caer del caballo. Muy pronto, cuando, vacíos ya los estribos, rodaban por el suelo con sus agresores, unos poderosos colmillos les arrancaron el bocado de Adán, liberando chorros de sangre entre convulsiones de muerte. A excepción del sargento, sujeto a la silla por las poderosas manos de Rojo, que le devoró los ojos antes de arrancarle la nariz.

Ante el espantoso espectáculo, los niños aullaron de terror.

Aldomontano observó a Rojo esbozando una horrenda sonrisa, luego, con voz en la que se advertía la indulgencia, preguntó:

—¿No vas a cambiar nunca, Rojo?

El vicealmirante Thomas de Pomonne, conde de Nissac, nunca en su vida había eludido una espada pero, en aquel instante, aunque la pesada mirada de Élisabeth de La Tomlaye no hacía más que rozarle, hubiera preferido huir —¡ilusoria fuga!— en el propio «Petro de la Santa Inquisición»^[9].

Las cosas habían sucedido, otra vez, de modo desagradable. En Toulon, el conde se había visto retrasado por problemas de aprovisionamiento de su navío. Imaginando entonces, sin saber por qué locura, que el comandante de *El dragón verde* compartía los tesoros de los galeones capturados con el rey, lo que iba a convertirlo en un hombre de inmensa riqueza, comerciantes y proveedores de la marina mostraban grandes pretensiones. En estas condiciones, la cuerda costaba más cara que el hilo de oro, el obenque se vendía a precio de plata y los balancines al del topacio. Había sido preciso que el conde de Nissac amenazara con hacer, desde aquel día, escala en otro puerto distinto a Toulon, para que algunos recuperaran el buen uso de su cabeza.

El vicealmirante había llegado pues al castillo de los La Tomlaye más tarde de lo que pensaba y el pálido sol de invierno se veía, ya, velado por las brumas vespertinas.

Ciertamente, Louis le había destinado la más cálida de las acogidas y, en aquel hombre, Nissac no lo ignoraba, nada era falsía, pues se empeñaba en expresar su reconocimiento a quien lo había arrancado de los bancos de las galeras berberiscas.

Pero, por un infortunado azar, Louis y su hermana recibían la inesperada visita de un amigo de su difunto padre, el caballero Simon de Brenne, antiguo jurisconsulto en la ciudad de Marsella. El hombre, aunque amable, era más sordo que una tapia y babeaba abundantemente en su jubón, de modo que mantener una conversación con él resultaba más fatigoso que el abordaje de una galera. Para mayor contrariedad del conde, Élisabeth no aparecía desde hacía más de una hora, desde que había llegado al lugar.

Finalmente, Louis, que no deseaba que Nissac volviera a marcharse como la última vez, le había mostrado su habitación, de modo que esta vez el vicealmirante no era ya libre de huir del lugar, como deseaba él, a quien le horrorizaba cualquier constreñimiento.

Sin embargo, visitar la que iba a ser su habitación lo conmovió. Había flores frescas, procedentes del invernadero, en un pequeño jarrón azul e, incluso a tres pasos, las sábanas olían a rosa y a lavanda. Finalmente, la estancia se hallaba tan limpia —más hubiera sido imposible— como la cubierta de *El dragón verde*.

Luego había aparecido Élisabeth. Arrobadora, con una flor de aciano puesta en su morena cabellera. Pero a Nissac le pareció enflaquecida, y se preocupó mucho sin atreverse, sin embargo, a preguntar la razón.

El conde de Nissac retrocedió ante la abundancia de los manjares, pues, dada la presencia del jurisconsulto de Marsella, habían hecho un cálculo generoso; era el

hombre famoso por su gran apetito.

Degustaron una panetela en la que se mezclaban, armoniosamente, agua de manantial, pan claro y mantequilla, ligados con yema de huevo, luego picadillo de capón hervido, alas y muslos de pollos jóvenes asados y queso de oveja, al estilo del país. Los manjares fueron servidos en platos de estaño, si bien las cucharas y los cuchillos eran de plata. Las bandejas llegaban sobre alfombrillas de cáñamo y cada uno tenía una fina servilleta para su uso personal. Por lo que a los vinos se refiere, no procedían de Provenza sino de Coucy y de Nérac.

Se habían levantado de la mesa para dirigirse a la sala de abajo, cuyas ventanas daban al hermoso pinar. Se estaba bien allí, pues la chimenea dispensaba un generoso calor y aroma de roble.

En aquel instante, para desgracia del señor de Nissac, el jurisconsulto, que aseguraba conocer una anécdota sobre él e intentaba, en vano, recordarla, recuperó de pronto la memoria:

—Ahora lo sé. La oí en el Louvre, donde un amigo mío estaba de guardia en aquella época y había favorecido mi entrada.

Nissac, muy desconfiado, sugirió:

—Señor, se han dicho muy a menudo en el Louvre cosas que son sólo imaginarias.

El jurisconsulto, que no oía de un modo conveniente, se hizo repetir la frase hasta agotar a Nissac, luego protestó:

—¡Pero si la cosa es conocida, señor de Nissac, y concierne a vuestros amores!

Nissac quedó aniquilado. Su vida amorosa, por completo despojada, no podía dar pretexto a historieta alguna y la enormidad de semejante mentira paralizó su deseo de protestar.

Tanto más cuanto Élisabeth de La Tomlaye no le dio la ocasión de hacerlo:

—Ah, ¿vamos a conocer los numerosos amores del señor de Nissac?

—¡Eso sólo puede ser pura imaginación, señora...! —respondió Nissac con vehemencia.

La voz súbitamente seca y altiva de Élisabeth desalentó a Nissac cuando dijo:

—¿Protestáis, señor...? ¿Pero de qué...? Nada se ha dicho aún y vos afirmáis, ya, que es mentira, de modo que, al final, nos preguntamos quién es el que miente.

Louis, que asistía al mal desarrollo de la conversación, quedó aterrado. Miró a su hermana con impotente desesperación. Sin embargo, intentó acudir en ayuda de Nissac, a quien veía en dificultades y cuya buena fe, instintivamente, adivinaba. Haciendo callar, con un gesto, al jurisconsulto, soltó:

—Muy pronto se decide aquí quién es mentiroso y quién no lo es, cuando por experiencia sabemos que la verdad parece muchas veces mentira al otro.

Vaciló unos instantes y añadió, dirigiéndose veladamente a su hermana:

—Sucede como con esa gente que responde, o eso parece, siempre con mayor malignidad de la que desea y forjan así su desgracia.

La muchacha, llamada al orden, agachó la cabeza, pero, cuando nadie ya deseaba escucharlo, el jurisconsulto se inclinó hacia Élisabeth dándose aires de viejo galanteador:

—Dejadme que os diga, la cosa ocurrió hace ya algunos años pero el señor de Nissac, aquí presente, era ya vicealmirante de los mares del Levante con la reputación, ya conocida, de valor, virtud que produce por lo general gran efecto sobre las hermosas damas de la Corte. Nos preguntábamos, no sin ansiedad, cómo sería un hombre semejante. ¿Luciría una panza...? ¿Tendría una pata de palo...?

El jurisconsulto se detuvo unos instantes para beber un largo trago de vino de Coucy, luego prosiguió, sin advertir la ansiedad que sus palabras despertaban a su alrededor:

—Yo estaba allí, apenas tolerado y sólo por unos instantes, pero vi la llegada del señor de Nissac. Sus altas botas, su manto de marino, su magnífico sombrero de plumas y un rostro que causó muy buena impresión, pues tres damas se desvanecieron para llamar su atención.

Nissac interrumpió al jurisconsulto y, con voz melálica:

—Pues no lo advertí en absoluto, señor. Para advertirlo hubiera sido necesario, al menos, que se disfrazaran de jirafa o destrozaran con la espada una compañía entera de Guardias Franceses.

El jurisconsulto, que no había oído ni una sola palabra del discurso del señor de Nissac, creyó que éste confirmaba sus palabras y prosiguió:

—Eso es, señor conde: aquel día lograsteis más enamoradas que otros en toda una vida.

—Uno debe acostumbrarse rápidamente a ese tipo de cosas y pasar de una mujer a otra sin ni siquiera prestar atención... —observó Élisabeth.

—¡Señora...! —respondió Nissac, que fue interrumpido por el jurisconsulto.

—Pero entre todas ellas estaba una de las más hermosas, de las más deseadas Julienne D'Estrées, duquesa de Villars. ¿No es encantadora, señor conde?

Con su más negro humor, Nissac respondió:

—¡Ciertamente...! Pero no evoca para mí los jardines de la reina Semíramis: su boca huele a ajo a cuatro toesas.

Élisabeth se conmovió y sintió muchas ganas de reír.

En el fondo, no creía que el vicealmirante fuese un galanteador sediento de conquistas y, en la historia que allí se contaba, no dudaba de su buena fe. ¿Por qué no lo demostraba pues...? ¿Por qué intentar siempre disgustar a aquel hombre a quien amaba, a pesar de todo; algo que se atravesaba en tan tierno sentimiento...? En aquel momento, cuando él se encontraba en gran dificultad y del modo más injusto, ella hubiera deseado acurrucarse junto a él. Pero le lanzó una mirada gélida mientras el jurisconsulto proseguía:

—Haríamos mal burlándonos, pues Julienne D'Estrées, duquesa de Villars, sintió realmente pasión por el señor de Nissac que, no es un secreto, la rechazó. La hermosa

duquesa se suicidó, de pena.

—¡Sobrevivió, ay...! —añadió Nissac que acercó, con brusquedad, su voz al oído del jurisconsulto:

—¿Sabéis cómo se suicidó?

—Claro: se tragó sus diamantes y no murió por ello.

Louis soltó una alegre risa, tan cortesano le parecía aquel modo de suicidarse... ¡Tragando diamantes!

Nissac, que conocía aquella historia desde hacía mucho tiempo por haberla vivido, en parte, no se rió y, de inmediato, Élisabeth le preguntó sin dulzura alguna:

—¿Por qué seguís tan serio, señor de Nissac?

Cansado de que lo maltrataran así, el conde respondió, por primera vez, en un tono ya más vivo:

—Es el único modo que he encontrado para reírme, señora.

Luego, volviéndose hacia Louis:

—Me hago a la mar mañana y necesito dormir.



Aquella noche, sin embargo, el conde de Nissac tardó en dormirse. Estaba muy triste y sin esperanza alguna de que Élisabeth cambiase de actitud para con él.

Murmuró:

—No me ama, nunca me ha amado y nunca me amará.

Sin embargo, nunca había sentido, en toda su vida, semejante necesidad de ser amado y de amar también.



—¡Estoy loca...! Trabajo sólo para mi desgracia, para arruinar el interés que el señor de Nissac siente por mí. Louis, no merezco el amor ni la felicidad.

El hermano tomó en sus brazos a la hermana, sin saber qué responder.

Dormido en su sillón, el jurisconsulto babeaba en abundancia, empapando su jubón.

Fuera, en la fría noche, una lechuza lanzó su solitario grito.

El dragón verde se deslizaba, levemente inclinado sobre las olas, pues el vicealmirante de Nissac tomaba el viento en la mejor de las posibilidades del velamen de su navío.

Dos bajeles se habían mostrado, emprendedores primero en su aproximación, para alejarse con rapidez cuando habían reconocido el gran dragón de madera esculpido y pintado de verde que adornaba la proa del navío real. Y grande fue su suerte, pues el conde de Nissac, ocupado aquel día en otra misión, no buscó en absoluto el enfrentamiento.

El vicealmirante estaba en la toldilla con su segundo, el barón Charles Paray des Ormeaux, a su lado.

Silenciosos, ambos seguían con la mirada al señor Yasatsuna, con el torso desnudo y la frente ceñida por una cinta roja, quien, empuñando su curioso sable japonés, se ejercía en la vasta cubierta superior contra imaginarios adversarios que parecían, en aquella figura, atacarlo por todos lados a la vez y en el mismo instante.

En el castillo de popa, al alcance de la voz de Nissac, puesto que el viento era favorable, los barones de Sousseyrac y Fey des Étangs comentaban aquel extraño combate contra unas sombras.

—¡Es muy rápido y de gran precisión...! —observó Sousseyrac como guerrero de gran experiencia.

—Debierais hacer como él, capitán, y comer pescado crudo o medio podrido por haber permanecido en salmuera, que ni siquiera querrían las brujas para hacer aparecer los demonios del infierno.

—Tal vez debiera hacerlo, en efecto, pero el pescado podrido que permanece entre los dientes no complace a las damas, pues da a los besos sabor a sentina.

Fey des Étangs sacudió su cabeza.

—Cierto, y la cosa resulta desagradable. Pero puede remediarse con la preparación que daban nuestras nodrizas contra el dolor de muelas.

—No recuerdo ya los años en que fui un recién nacido, Des Étangs.

—¡Me asombráis, Sousseyrac...! Las nodrizas frotaban nuestras encías con un dedo untado en una pasta hecha con cerebro de víbora y de cerdo, miel y leche de perra. Produce mejores efectos que el pescado podrido.

Sousseyrac, sin dejar de escuchar, se dirigió hacia la toldilla, arrastrando a su amigo, que añadió:

—Además, el olor de la boca no lo es todo, Sousseyrac, mil veces os lo he dicho ya. Un buen amante prepara a una mujer para el amor, se muestra atento y cortés. La música no basta...

Aquello aludía a la vieja costumbre del señor de Sousseyrac, quien, en las escalas, hacía que fueran a buscarlo a bordo tres violines que le precedían por la ciudad. A su regreso, los violines seguían precediendo a Sousseyrac pero, unos y otros, habiendo

bebido mucho, tenían unos andares menos altivos y un paso francamente más incierto.

Llegaron a la toldilla y saludaron al vicealmirante, que respondió con una señal de cabeza. Sin embargo, ambos barones no renunciaban a su conversación. Dijo Sousseyrac:

—La música hace languidecer a las bellas mujeres, pero hay otros medios... Una me dijo, en Chipre, que para hacerse amar por una mujer es preciso hacerle beber agua en la que se haya zambullido el hueso de un muerto y algunas moscas cantáridas pulverizadas.

Nissac intervino sonriendo:

—No sigáis buscando, barón: si ella bebe ese horror es, en efecto, que os ama.

Halagado por haber interesado al conde de Nissac, Sousseyrac añadió:

—En Siracusa, otra me confió que, para que te adoren, basta con llevar encima algunas raeduras de las uñas de la amada. ¿Qué os parece eso a vos, señor almirante?

—¡Pienso, caballeros, que es llevar hasta lo sublime las pruebas de amor!

El segundo, Paray des Ormeaux, intervino a su vez:

—En esos remedios extraños, que corren por puertos y campiñas, hay que procurar no olvidar nada de la preparación. Recuerdo al comandante de una galera, un tal conde Hasso, que combatía la rojez de los ojos tragando agua destilada con mierda de hombre a la que se añade alcanfor, para que no hieda. Pero, en la travesía, le faltó rápidamente alcanfor, de modo que, cuando los españoles le mataron, nadie añoró a aquel imbécil, pues el fétido devorador de mierda destilada se había convertido en alguien poco tratable.

El vicealmirante no escuchaba ya. Su mirada se perdió en los altos mástiles donde dos marinos desplegaban, con gran habilidad, la gavia. Reconoció fácilmente a Cornelius van der Linden y Peter van Kappel, dos holandeses de Amsterdam que eran dos de los mejores marinos que nunca se habían visto en alta mar. Sin embargo, como compartían el coy, se protegían furiosamente el uno al otro en los combates de abordaje y los habían sorprendido, más de una vez, intercambiando besos de amor y caricias, eran objetos de irrisión en todos los puertos de Europa y ningún capitán los quería a bordo.

Salvo Nissac.

En primer lugar, pensaba que los amores de los demás no eran asunto suyo y que, en esas cosas, debía respetarse la libertad de cada cual. Ésa era, en Nissac, la parte del corazón. Pero existía también la parte de cálculo, que consistía en no privarse de tan notables marinos porque prefirieran los abrazos viriles al éxtasis femenino. De modo que había prohibido, con extremada firmeza, a la tripulación, que Van Kappel y Van der Linden fueran objeto de burla.

Desde entonces, los dos jóvenes holandeses sentían por el vicealmirante agradecimiento, admiración y amistad, y se habrían dejado matar por él sin la menor vacilación, siempre que murieran juntos y que el uno no sobreviviera al otro.



La noche iba a caer. Ocultos uno junto a otro —casi tocándose—, detrás del cabrestante de la cubierta superior, la duquesa Inés de Medina Sidonia y el señor Yasatsuna aguardaban el mismo acontecimiento, como cada anochecer.

Nunca se habían hablado. Apenas se miraban. Sólo compartían algo en la vida: la imagen robada del señor de Nissac saludando a la luna. Para el señor Yasatsuna, que luchaba contra una gran nostalgia, aquel espectáculo, sin que supiera la razón, le hacía pensar en su lejano país húmedo de lluvia cuando la brillante luna se levantaba sobre los arrozales. El gesto del vicealmirante hubiera podido ser hecho por un hijo del Sol Naciente, y el señor Yasatsuna consideraba que el conde de Nissac era lo bastante noble como para ponerse la armadura de los samuráis.

La duquesa enamorada, curiosamente, no se hallaba tan lejos de los pensamientos del señor Yasatsuna. Salvo que sustituía la palabra «samurái» por la palabra «caballero». En efecto, la joven creía que, aunque en el arte marítimo y el de la guerra el conde de Nissac se adelantaba a los hombres de su tiempo, pertenecía por muchas razones a otra época. Era intrépido hasta la locura en la acción, soñador y encerrado en sí mismo el resto del tiempo, no intentaba en absoluto seducir y no le importaba disgustar...

Nissac subió a la toldilla. Había aparecido de pronto, como esas panteras negras de extraños ojos cuya mirada parece registrar vuestra alma para descubrir allí la verdad postrera.

Se inmovilizó ante la luna, mirándola largo rato, se inclinó luego mucho quitándose con un ancho gesto su hermoso sombrero de plumas, que rozaron la cubierta; tan preciso fue el gesto.

La visión que tenían del gentilhombre parecía recortarse contra el fondo plateado de la luna y la duquesa se juró que encargaría, en cuanto llegara a su palacio de España, una pintura que representara semejante espectáculo.

Poniendo fin a su singular homenaje, el vicealmirante se mantenía erguido, con una rigidez de estatua. La duquesa no ignoraba que iba a permanecer unos instantes así, pensativo, antes de volver a bajar. Igualmente, sabía en su corazón, dolorido de pronto, que mañana *El dragón verde* entraría en el puerto de Barcelona y que, sin duda, no volvería a ver más al hombre al que amaba.

Se incorporó detrás del cabrestante y se dirigía ya a la toldilla cuando una leve mano se posó en su antebrazo. El señor Yasatsuna le sonreía. Hizo un amplio gesto designando los miles de estrellas, como otros tantos granos de arroz puestos en un suntuoso paño azul marino, y murmuró:

—En el amor, como en la guerra, la audacia es la clave de la victoria.

Ella le sonrió y posó, a su vez, la mano en la del samurái respondiendo:

—¡Gracias, señor Yasatsuna!



—¿Pasáis así vuestra vida en la toldilla de un navío de guerra? —preguntó la duquesa.

—Puesto que el lugar no carece de peligro, se evita a los cortesanos... —respondió Nissac.

—¿Pero entonces no tomaréis mujer pues, no tendréis hijos y dejaréis que desaparezca el glorioso nombre de los Nissac?

Él dirigió una fatigada mirada a la duquesa y, en aquel instante, sintió ella un enloquecido deseo de estrecharlo contra su pecho, pasando la mano por los cabellos del conde. Pero él no lo supo y respondió:

—Es difícil ser un Nissac. E incluso ser un hombre.

—¿Habláis así vos, que sois el primero en saltar a la cubierta de los navíos enemigos, sabéis robar el viento a los mejores capitanes y nunca os equivocáis?

—Desconfiad de tales apariencias, señora. Ésa es la obligación de un oficial en alta mar. Gobernar la propia vida es más difícil que mandar un galeón en los más furiosos combates.

Ella lo sintió desamparado y se conmovió. Sin embargo, dominándose, prosiguió:

—Pero no es posible dejar el corazón en semejante soledad, en semejante abandono.

—¿Qué responderos, señora...? ¿Elige el corazón, realmente, permanecer solitario...? ¿Y qué puedo aportar yo a los demás, salvo servir a mi país, mostrarme avariento con la vida de mis hombres y evitar la infamia y el miedo de un final desolador a los berberiscos que caen en mis manos...?

—Pero, en la vida, es una locura no pensar en uno mismo y, aunque no sea en primer lugar, para naturalezas generosas como la vuestra, es preciso reservar un lugar para la felicidad.

—Esa decisión vuestra de encontrar la felicidad no es en absoluto universal, señora. Por mi parte, prefiero encontrar un sentido a la vida.

—¡Dios proveerá...! —respondió la duquesa.

El tono del vicealmirante se hizo irónico:

—Muchas veces Dios está ocupado en otra parte, y también yo: nuestros encuentros son pues muy escasos.

—¡Pensad en el amor, pues...!

—¿El amor...? Veo algunos de sus efectos y me divierten bastante. He conocido a hombres enamorados: el uno tenía un pasmo aquí, el otro tambaleaba de través cuando el tercero jadeaba por allá. No es un espectáculo gracioso.

—¿De modo que nunca amaréis?

Él calló. Luego, tras un largo silencio:

—Qué hermosa noche estrellada, ¿no os parece?

Pero aquellas palabras, destinadas tanto a no permitir que la duquesa discurriera sobre aquel ardiente tema como a mantener a distancia la gran turbación que lo invadía, no hicieron efecto en Inés de Medina Sidonia.

Ella había elegido. Como sólo saben hacerlo las mujeres con esa admirable determinación que demuestran en las cosas del amor.

Se acercó a dos pasos, él le sacaba dos cabezas.

No importaba, ella no vio ya la alta estatura del vicealmirante, olvidó su temeridad en las batallas y aquella falsa indiferencia que, el resto del tiempo, inquietaba a los imbéciles.

Vio, en aquel instante, a Thomas de Pomonne, conde de Nissac, como era posible imaginarlo a los dieciséis años, turbado por el olor de una mujer, temiendo las reacciones de su propio cuerpo.

Entonces, con leve gesto, rozó la mejilla del conde de Nissac y pegó su frágil cuerpecito de gran duquesa española contra el del hombre al que amaba, que parecía indestructible.

Luego, se sintió levantada del suelo por dos brazos fuertes como robles. La mantenía así, a su altura. Se miraron largo rato.

El dragón verde parecía deslizarse por las olas, tan suave se hizo el mar, tal vez para facilitar la empresa de aquel marino que siempre le había respetado.

Entonces, a la luz de una luna cómplice también y mientras una estrella fugaz recorría el fondo azul oscuro, la duquesa besó al vicealmirante.

Y fue aquél el primer abordaje en el que el señor de Nissac no tuvo la ventaja, rindiendo de inmediato las armas y capitulando sin condiciones...

Como descubrieron los de *El dragón verde*, y en primer lugar su comandante, el vicealmirante de Nissac, los españoles son un pueblo de gran nobleza, pero la sencillez no es ciertamente su primera cualidad.

Así, *El dragón verde* fue autorizado a atracar en el puerto de Barcelona, pero en un lugar que estaba apartado de las principales actividades marítimas, cerca de un dique de carena abandonado.

Un emisario muy ceremonioso acabó subiendo a bordo del navío de la Marina Real francesa para anunciar que sólo el conde de Nissac estaba autorizado a bajar a tierra, para entrevistarse allí con el gobernador y un personaje que no aceptó decir su nombre, siendo sin duda ministro o alto consejero de Felipe III, rey de España. Durante aquel encuentro, se abordó con gran cortesía el asunto de los dos galeones españoles tomados a los berberiscos por el conde de Nissac, pero, puesto que éste no varió en absoluto su posición y no cejó en su determinación, los españoles no insistieron.

Agradecieron entonces, en nombre del rey de España, al vicealmirante que hubiera liberado a la duquesa de Medina Sidonia, pero, cuando el francés replicó que era algo habitual y preguntó, al mismo tiempo, las razones por las que la duquesa no había bajado a tierra, le respondieron que así se haría, pero sólo avanzada ya la tarde.

Tras haber despedido a los demás, el ministro, a menos que fuera consejero, sugirió entonces que el comportamiento del vicealmirante de la Marina Real francesa merecía recompensa, por ejemplo, una fuerte suma de oro cuyo impresionante montante fue revelado, aunque al ver que Nissac se ponía rígido de inmediato en una altiva negativa, el español, buen conocedor de las cosas humanas y de los caracteres altivos, abandonó rápidamente aquella empresa, aun cuando precisó, de todos modos, con cierta firmeza:

—Señor almirante, honraríais a la Corona española aceptando un testimonio de su gratitud, pues en caso contrario su majestad el rey sería vuestro deudor y semejante situación no se acomoda a los usos reales.

Nissac tomó, adrede, un tono indiferente, de aburrimiento incluso:

—Sea, pienso en efecto en algunas ventajas que me procurarían placeres y permitirían a vuestro rey considerar que no me debe ya nada.

—¡Hablad, señor, esas cosas os son concedidas de antemano! —respondió el ministro, aliviado al ver que su misión estaba teniendo éxito, aunque algo decepcionado de que Nissac no fuera un hombre que lo rechazara todo. A lo que se añadía, en el ministro, la curiosidad, pues ignoraba qué había hecho ceder de ese modo al vicealmirante francés: ¿diamantes...? ¿Tierras...? ¿Castillos...?

Nissac no difirió más su respuesta, pero, como unos hoyuelos se dibujaban en las hundidas mejillas del francés, el ministro, un hombre muy agudo, pensó que iba a jugársela. Algo que comprobó de inmediato por boca del vicealmirante:

—Sólo para uso propio, me gustarían algunas de vuestras naranjas, dos o tres de vuestros limones y una medida de vuestro delicioso aceite de olivas prensadas.

El español, que sin embargo era todo rigidez pues había sido educado en la Corte de Felipe II, no pudo evitar una sonrisa, satisfecho, en el fondo, de que Nissac tuviera así una gran altura de alma; del mismo modo, apreciaba su agradable modo de ceder, en apariencia, para no consentir a fin de cuentas:

—¡Muy poco es eso, señor...! ¿No podemos ofrecer nada más?

—Permitid que mi tripulación baje a tierra.

—Se ha previsto. Dentro de tres días, se dará en vuestro honor una fiesta que se cerrará con una carrera de caballos saltando obstáculos, aunque siendo como soy un mediocre jinete, ignoro si esta nueva costumbre procede de Inglaterra o de las tierras de Berbería. Toda vuestra tripulación y vos mismo estáis invitados. Sin embargo, vuestros hombres podrán bajar a tierra en cuanto regreséis, pues eso es otra cosa.

Nissac lo agradeció.

El ministro lo condujo entonces a las distintas salas del palacio y el conde de Nissac, indiferente ante los oros, muebles y alfombras más valiosos, se detuvo largo rato, sin poder ocultar su complacencia, ante ciertos cuadros, de modo que al ministro le pareció que aquel hombre de olas y combates era un gran aficionado al arte de los pintores.

Quiso verificar si no se equivocaba:

—¿Qué interés encontráis en ellos realmente, señor almirante...? El modelo no es hermoso, el atavío de lo más austero y el decorado de gran rigidez.

Nissac le lanzó una mirada de desolación y, luego, respondió:

—Es algo que no se discute, señor, pero mirad, me fascina la luz. Ese pintor la eligió rasante y dorada. Estamos en mayo, el sol se pone tras una hermosa jornada de primavera. ¡La luz, señor...!

El ministro quedó sorprendido, pero no insistió. Prosiguiendo con otra maniobra, y pretextando que debía verlo todo, llevó al francés hasta los subterráneos. Allí, una negra ralea de inquisidores y verdugos daba libre curso a su amor por la persecución de los demás.

Sin ocultar su complacencia, pues intentaba ver cómo Nissac se debilitaba, el ministro señaló a un pobre hombre entregado a la «flauta de infamia». Acusado de ser un mal músico, el infeliz tenía en sus manos una flauta de madera, con los dedos puestos en unos anillos que iban apretándose y, poco a poco, destrozaban los huesos.

—¿Qué os parece eso señor almirante?

—Muy ingenioso, señor: tenéis música con la flauta y canción en la voz del hombre que aúlla de dolor. Vuestro rey es ahorrador.

El ministro se sintió despechado.

Mostró entonces «la horca para herejes». Pequeñas horcas de acero cuyos dos extremos estaban insertos en un collar de cuero. Cuando éste se apretaba, las horcas penetraban en la carne, bajo el mentón y en el pecho.

—¿No es sorprendente, señor almirante?

—¿Y la nariz...? ¿Y los ojos...? Habrá que prever numerosas horcas en vuestro collar de cuero, señor, ¿o es que estáis tomándole el pelo a la gente...?

Pero, desmintiendo aquellas palabras, Nissac dirigió una triste mirada al infeliz sometido a semejante tratamiento.

Le mostraron entonces, entre los aullidos de los atormentados, el potro, la escala, las pinzas de tortura, la silla de inquisidor provista de puntas de acero, el horrendo péndulo, la «moza del barrendero» y, luego, la rueda.

—¿No es hermosa, señor?

—Por mi parte, me parecería más útil en una carreta. Y, si os empeñáis, dejad en ella al infeliz: distraerá así a los viandantes a cada vuelta de rueda.

Decepcionado, el ministro le hizo ver la parrilla en la que estaba una muchacha desvanecida por el dolor:

—¿No es ingenioso, señor almirante?

Con aire lejano, Nissac respondió:

—Puesto que no soy un bárbaro, no como carne de muchacha y no puedo juzgar, pues, el estado de la cocción.

El ministro se sentía muy sorprendido ante la tranquilidad del señor de Nissac. Siempre, y fuera cual fuese su valor, los extranjeros palidecían viendo aquellas torturas.

El francés, en cambio, no parecía en absoluto conmovido y daba la impresión de aburrirse.

El ministro le hizo ver entonces «la cuna de judas», que no es sino el suplicio del palo en el que un hombre, atado por los pies y las muñecas, va bajando por un palo puntiagudo que penetra entre sus posaderas hasta desgarrarle el intestino. Viendo perplejo a Nissac, el ministro creyó haber triunfado:

—El procedimiento de hoy para un muy viejo suplicio. Ah, estais pensativo...

—¡En efecto, señor, en efecto...! Mirad, estaba preguntándome qué redomados sodomitas obsesionaban el espíritu y el bajo vientre de quien inventó algo tan grotesco.

El ministro se rindió. Había querido asustar a Nissac, cuyo porte lo enojaba, y en aquella empresa sólo había obtenido una absoluta certeza: la mirada compadecida del francés revelaba su humanidad, pero nada quebraba su voluntad de que no se advirtiese.

Se cruzaron entonces con un joven verdugo que, con rápidos pasos, llevaba por los cabellos una cabeza cortada.

—¡Hay mucho trabajo por aquí...! —observó Nissac irónico.

El ministro, esta vez, no percibió la malicia y respondió:

—Éste era un palafrenero. Lo hemos atenazado con hierro al rojo vivo, le hemos abrasado la mano derecha en un horno, lo hemos emasculado, le han arrancado el corazón y las entrañas y han descuartizado su cuerpo.

—¿Y guardáis la cabeza como recuerdo de tan dura labor...? —preguntó Nissac sonriendo.

—En absoluto, será clavada en la punta de una lanza y permanecerá unos días ante la entrada de palacio.

—El inconveniente es que atraerá a las moscas.

El ministro comprendió que el señor de Nissac no hablaba en serio y no contuvo una franca sonrisa. A medida que iba conociéndolo, apreciaba al francés. Éste no era hombre que mostrase sus cualidades masculinas con blasfemias, fuerte voz, llevando la mano a la espada con cualquier pretexto, grandes carcajadas en compañía de otros hombres como él, en estas aflictivas situaciones.

El almirante hablaba a menudo a media voz. Parecía considerar la vida en lo que puede tener de chusco, encontrarse sin duda débil en su humanidad que, sin embargo, se guardaba mucho de mostrar; debía de gustarle la soledad pero tenía, en el fondo de sus extraños ojos grises, un brillo tal que se le adivinaba temible espadachín y una voluntad que nada, nunca, detendría.

Un hombre raro.

—¿Y qué había hecho pues la cabeza...? Quiero decir el difunto palafrenero.

—¡Ah, un gran crimen...! El mejor criadero de Andalucía tenía, como un tesoro, el más querido caballo de dos años, el animal más hermoso que nunca en mi vida he visto y el más rápido corcel que pueda existir aquí abajo... Lo destinaban a Rodolfo de Habsburgo, emperador germánico. Pero este maldito palafrenero, por odio al rey, arrojó a los ojos del caballo pólvora que lo cegó. Sin embargo, de momento no se descubrió nada, pues los ojos siguieron intactos y muy hermosos.

—¿Está el caballo arriba?

—Es un buen animal, más alto que los demás, grande y macizo.

—¿Qué color tiene su pelaje?

—Negro.

—¿Puedo verlo...? —preguntó el almirante.

El ministro se sorprendió.

—Es que... El carnicero iba a venir a buscarlo para descuartizarlo pues el caballo ciego no tiene ya utilidad. Vayamos a comprobarlo, no obstante.

Y, mientras llegaban a la salida del palacio, el conde de Nissac no pudo librarse de la impresión que lo dominaba desde que había abandonado *El dragón verde*: lo seguían.

Y el hombre que lo seguía con tan diabólica habilidad debía de ser un adversario de gran talento...



En efecto.

Se llamaba Juan de Sotomayor, un nombre que deberá recordarse... Coronel de caballería, soldado excepcional, tenía una misión muy sencilla: matar al vicealmirante conde de Nissac.

Pero no en suelo español.

Llegaron bajo una tormenta de nieve, y Aldomontano, con el rostro mutilado oculto aún por el capuchón de su hábito de ambrosiano, soltó con su vocecilla irritante:

—¡Bienvenidos al castillo de las Quimeras!

Luego se rió.

A una legua del castillo en ruinas, y tras un ademán de su dueño, Verde, Rojo, Azul y Amarillo habían ocultado su rostro bajo las cabezas de lobo vaciadas.

Golpearon los barrotes de la carreta convertida en jaula y los ocho niños somnolientos, aterrorizados de pronto por aquel ruido del metal golpeando el metal, a lo que se añadía la nieve cayendo en densos copos y el espectáculo de los hombres de la escolta, comenzaron a aullar, incitando los más pequeños a los mayores.

La escena divirtió mucho a Aldomontano, a quien aquellos niños le parecían muy estúpidos: ¿por qué aberración del juicio no comprendían que los aullidos de sus vocecillas, con sonoridades de cristal, aumentarían la excitación de sus fieras sedientas de sangre y de carne tierna, como adobadas en leche nutricia?

«¡Demasiado estúpidos para vivir...!», pensó.

Luego observó a sus lobos, que, con sus febriles manos, abrían los numerosos candados que cerraban las rejas de la jaula. ¡Cómo sabía mantener en estado de dependencia a sus criaturas!

Alabó al diablo, que por la vía del exorcismo, oyendo a criaturas posesas, le había hecho comprender que la infancia atraía a los hombres afectados de podredumbre moral.

Así, las bestias que habían maltratado y humillado a las mujeres que se sucedían en sus lechos querían siempre más, en su extravío, y el niño situaba en lo alto del camino de perdición.

Hubo un tiempo, antes de los alobados que reservó para su guardia personal y para cierto proyecto, en que proporcionó a los poderosos niñas y niños para que todos aquellos señores pudieran ultrajarlos sin incurrir en castigo.

Todo se detenía ante aquella cofradía aficionada a los niños. Señores y miembros del Parlamento agradecían que el pueblo no comprendiera. Sin embargo, se había abierto un expediente, pero algunos jueces lo hicieron desaparecer en el palacio de justicia. Si los hombres del preboste capturaban a un violador de niños, los burlaban sus oficiales, que liberaban en secreto a los culpables. Algunos aficionados a los niños, por muy podridos que estuvieran, ocupaban cargos importantes y no se traicionaban unos a otros.

El ambrosiano suspiró y dio unas palmadas. De inmediato, los alobados levantaron hacia él sus inquietantes cabezas mientras él gritaba:

—Amarillo, que está aquí desde no hace mucho tiempo, llevará a los niños a las mazmorras. Vosotros, id por los campos aullando vuestra felicidad a la luz de la luna,

para que vuestros gritos no ensordezcan mis oídos, y volved sólo a medianoche, cuando os aguarde vuestro contentamiento.



Incrédulo, el ministro del rey de España miraba al señor vicealmirante conde de Nissac, con el pecho desnudo, herrando ante la forja al gran caballo ciego, como un herrero que dominara todos sus secretos.

Lo vio también embridar, desembridar, ensillar y, luego, desensillar al animal, haciéndolo una y otra vez, tan a menudo como fue necesario, hasta que éste no se estremeció ya.

Luego, una vez más —¿la milésima?—, el señor de Nissac acarició al caballo y le habló al oído, en un susurro que nadie más oyó.

Al ministro le pareció, fugazmente, que el caballo escuchaba aquella voz extraña, tan dulce y tan grave. Le pareció incluso que el animal comprendía el sentido de las palabras que le susurraban, pero, sabiendo que aquello era del todo imposible, el ministro apartó aquel pensamiento.

No podía explicarse el singular comportamiento del francés, hombre de gran reputación, sin embargo, por su rápido y seguro juicio así como por la firmeza de su inteligencia.

Tres días antes, al salir de los sótanos de la Inquisición, el señor de Nissac había comprado el caballo ciego al carnicero que se lo llevaba ya para matarlo y, desde entonces, no se separaba de él. Cabalgaba dando vueltas por el patio, llegando incluso a dormir en el establo.

¡Tres días!

El conde de Nissac, que no se había tomado la molestia de visitar la ciudad de Barcelona, dejaba que su tripulación se divirtiera allí bajo la discreta vigilancia de la policía de Felipe III. Habían visto así a un gigantesco barón, capitán de la infantería de asalto que se llamaba Jean-Baptiste Sousseyrac, abandonar el navío precedido por tres violines.

Un tal señor Yasatsuna recorrió los puestos de los pescaderos para comer, allí mismo, criaturas del mar sin hacerlas cocer, ante el asombro de pescadores y viandantes.

Se advirtió también a dos marinos que, según la excelente policía del rey, se llamaban Peter van Kappel y Cornelius van der Linden e iban de la mano por las callejas de Barcelona, pero, si les buscaban las cosquillas con respecto a sus costumbres, sacaban los cuchillos y demostraban que no eran mozas sino hombres temibles, y de todas partes, y sobre todo de los lechos de las mozas, surgían marinos y soldados de *El dragón verde*, pues esos diabólicos franceses se mostraban más

unidos que los dedos de una mano.

Habían seguido al segundo, Paray des Ormeaux, y advertido que su visión era muy mala, información transmitida de inmediato al Almirantazgo, donde no se dudaba de que, algún día, en la guerra, sería preciso afrontar a *El dragón verde* y nunca sabrían, por lo tanto, bastante sobre sus oficiales.

Habían renunciado a seguir al muy rubio y angélico Martin Fey des Étangs, que iba de mujer en mujer, pues éstas se peleaban para meterlo en su cama. Se adjuntó una nota sobre la sorprendente salud de aquel joven oficial francés en los lances del amor.

Pero el señor de Nissac, en cambio, no se movía de los establos reales.

Profundamente perplejo, el ministro se preguntó por qué razón un hombre tan admirable iba a ridiculizarse ante Felipe III, rey de España, y ante toda la Corte, así como ante los embajadores extranjeros, participando en la gran carrera de obstáculos donde pensaba montar un caballo ciego...

Ciertamente, se decía que la madre de Nissac, muy buena amazona, había bajado del caballo para dar a luz de inmediato, pero de todos modos...

En Barcelona, sólo se hablaba de eso. Y muy pronto, en toda España. Así, jinetes y carrozas llegaban, en gran número y velocidad, de Madrid, Valencia, Zaragoza y otras cien ciudades para asistir a semejante espectáculo.

—Es la hora, señor almirante. Muy pronto se dará la salida.

A la luz del sol, que le daba de frente, Nissac, con el torso desnudo aún, entornó los párpados sobre sus ojos grises y sonrió.

—No os emocionéis tanto, señor ministro. A fin de cuentas es sólo una carrera.



La hermosa duquesa de Medina Sidonia estaba en la gran tribuna real, junto al rey Felipe III.

Temblaba por el conde de Nissac, lo bastante insensato como para montar un caballo ciego cuando los otros siete jinetes estaban entre los mejores del reino y montaban los más rápidos caballos de la Santísima España.

«Nissac, ¿habéis enloquecido lo bastante pues, oh, hermoso amor, de tanto saludar a la luna quitándoos vuestro cmplumado sombrero, como para montar así, en la carrera, un pobre caballo de ojos muertos...?», pensó.

Sufría. Y, como había temido, estaba vigilada desde que había puesto los pies en España, de modo que no había podido ver de nuevo, ni un solo instante, al conde de Nissac.

En sus ensoñaciones, lo sorprendió la salida.

Tres vueltas, era preciso dar tres largas vueltas, como si una sola no bastara.

Rezó.

Y dio gracias a Dios en cuanto la interminable primera vuelta hubo terminado. Nissac y su altísimo caballo negro iban los últimos, muy lejos por detrás de los demás, y habían tropezado en cada obstáculo —con dureza a veces— pero milagrosamente no habían caído y la multitud saludaba aquella hazaña, como nunca se había visto en ningún tiempo y en ningún lugar.

La segunda vuelta le pareció a la gran duquesa más dura aún que la precedente. Dos caballos habían caído, Nissac seguía el último pero había reducido la distancia y, al pasar ante la tribuna de la Corte, su valor hizo vibrar.

Sin embargo, parecía que el señor de Nissac no estuviese en la carrera. Inclinado sobre el cuello, con los estribos bastante altos, se le veía hablar a su caballo, con la boca muy cerca de la oreja, como si le hiciera comentarios sobre la calidad de cada obstáculo, tanto si se trataba de vallas como de hileras de toneles. Su mano, a veces, pasaba con gran dulzura sobre los bellos ojos sin vida del caballo... Luego, nadie comprendió lo sucedido. El caballo ciego que había saltado, ciertamente, aunque muy mal, rozando cada obstáculo, pareció, después de dos vueltas, haber tomado definitivamente la medida de cada uno de ellos. Muy pronto ya sólo pudo verse algo que pareció un fenómeno mágico: el francés del hermoso sombrero emplumado alcanzaba a quienes lo precedían. Así, muy pronto fue quinto, cuarto, tercero, segundo...

La carrera iba a terminar tras el salto del último obstáculo y la larga recta final. Nissac, magnífico jinete tendido sobre el cuello de su caballo al que acariciaba con la palma de la mano, atacaba —¿sólo por honor?— al muy probable vencedor.

En las tribunas reinaba el más furioso delirio. Se desvanecían, aullaban, se arañaban el rostro gritando su júbilo a pleno pulmón, pues lo noble y grande que existe en el hombre y en la mujer será siempre su alegría cuando, en los asuntos humanos, los débiles, los enfermos y los mutilados pueden vencer a los poderosos de los poderosos.

Nadie había oído a la gente de *El dragón verde* cuando...

Como el temible rugido de un trueno procedente del «rincón de los franceses», donde se hallaban, impecables, en compacto cuadro, los doscientos oficiales, soldados y marinos, se oyó acompasadamente, como el nombre de César aclamado por sus legiones:

—¡Nissac... Nissac... Nissac...!

En la pista, los dos caballos estaban ahora a la misma altura, los jinetes bota contra bota, pero, cuando iban ya a cruzar la línea de llegada, el gran caballo ciego dio un respingo.

Y venció por una cabeza, no sin gran esfuerzo.

Un profundo silencio se hizo en el lugar.

Felipe III, que no por ser rey dejaba de ser hombre, tuvo dificultades para ocultar la emoción que embargaba su corazón ante espectáculo de semejante belleza.

El hombre tragó varias veces saliva y parpadeó para apartar tan maravillosa visión. El rey se negó a saludar al francés y lanzó unas frases políticas que resultaban ser una gran mentira:

—¡No hay sorpresa alguna...! Con un caballo destinado al emperador de Alemania, sólo un torpe hubiera fracasado.

Pero los españoles, fueran nobles o perteneciesen al pueblo, no compartían en absoluto aquel juicio y festejaron al conde de Nissac arrojándole flores, hermosos pañuelos y sombreros de plumas mientras algunos vítores brotaban de miles de pechos.

El coronel de caballería Juan de Sotomayor, que seguía a Nissac desde que había llegado a España y tenía orden de matarlo un día cercano, sintió también una gran emoción. Pero ningún corazón palpitó con mayor rapidez, aquel día, que el de la duquesa Inés de Medina Sidonia.

En la choza donde el agua se helaba en las jarras, se oían gritos de alobados celebrando el claro de luna que plateaba los densos copos de nieve.

Recorrían la campiña, degollaban cabras y corderos, se diseminaban por las laderas lanzando largos aullidos. En sus camas, los campesinos temblaban de miedo y las parejas, heladas tanto por el frío como por el terror, se abrazaban con más fuerza que nunca.

Aquella noche desolada, de grandes desbordamientos, la campiña pertenecía a las fuerzas del mal que vomitaban los más negros infiernos.

No lejos, y sin que sea necesario demorarse en semejantes horrores, cuatro niños aguardaban en cuatro celdas cerradas con fuertes barrotes.

Lloraban dulcemente, sin grandes sollozos, por la desgracia de ser arrancados a sus familias y arrojados a un mundo donde la extremada violencia parecía ordinaria.

Sin embargo, nada habían visto aún.



Con los rostros ocultos tras sus extraños capuchones cónicos, aquéllos a quienes Vittorio Aldomontano llamaba «los doce apóstoles» y que, aquella noche, eran sólo diez, pergeñaban sus minuciosos planes.

El hombre al que buscaban existía, pero no lo habían encontrado todavía.

La cosa no podía tardar.



Desde lo alto de un balcón, la duquesa de Medina Sidonia aguardaba, y otros miles con ella, en las calles de Barcelona iluminadas por centenares de antorchas.

Enojado porque la flor y nata de los jinetes y los caballos españoles hubiese sido derrotada por un francés montando un caballo ciego —¡qué molesto símbolo!—, Felipe III de España había ordenado que los hombres de *El dragón verde* y su almirante embarcaran por la noche.

Sin apagar en absoluto el fervor popular.

Un inmenso clamor precedió a los franceses y la duquesa se asomó peligrosamente para ver mejor.

Los adoquines de la calle que llevaba al puerto estaban cubiertos de miles de pétalos de flores, y muy pronto, en su alto caballo ciego, Thomas de Pomonne, conde

de Nissac y vicealmirante de los mares del Levante, apareció precedido por un abanderado con el pabellón flordelisado.

Avanzaba al lento paso de su montura, insensible, en apariencia, a los centenares de flores que le lanzaban. Sus ojos grises se demoraron unos instantes en el balcón donde se encontraba la arrebatadora duquesa y su frialdad dio paso a algo tierno, risueño e infantil.

Entonces, y mientras la multitud dejaba escapar un «¡oh!» sorprendido, el conde de Nissac, en un gesto de gran elegancia, se quitó el hermoso sombrero de plumas y saludó a la duquesa.

A algunos españoles les encantó que una de las suyas robara el corazón de semejante héroe, pero muy pronto el redoble de los tambores y la frágil melodía de los pífanos, acompañados por un regular martilleo de botas, les hizo volver la cabeza.

Encabezados por los mosqueteros, que habían colocado flores en los cañones de sus mosquetes, los doscientos soldados y marinos de *El dragón verde* avanzaban en un bloque compacto, unido, soldado, flanqueados de cerca por sus oficiales en uniforme de gala.

Llovían flores sobre los franceses, y algunas mujeres tuvieron que apartarse de sus maridos para ocultar sus lágrimas, tan buenos recuerdos dejaban los que partían...



En un viejo castillo de la región de Provenza, un hombre joven aún, Louis de Sèze, conde de La Tomlaye, se encontraba desesperado.

Su hermana Élisabeth apenas comía, y su delgadez se advertía a la primera ojeada.

Louis que, en galeras, había mantenido un prolongado trato con la muerte, no lo dudaba: Élisabeth acariciaba la idea de no seguir viviendo. Y él mismo llegaba a pensar que más hubiera valido desaparecer que presenciar, con toda impotencia, un espectáculo tan desolador...



La muerte que merodeaba parecía tener gran apetito.

Ni los niños entregados a la barbarie de los alobados, ni Elisabeth de La Tomlaye habrían podido saciar su gula.

Esperaba cosechar, con grandes movimientos de su guadaña, a aquéllos, buenos o malvados, que aparecen en la larga historia que aquí se os cuenta...

FIN DE LA PRIMERA ÉPOCA

Segunda época

El Barquillero

A comienzos del año de gracia de 1610...

Algo que habría podido cambiar el curso de la historia, y faltó muy poco para ello, comenzó por el simple encuentro entre dos hombres de Iglesia. Hombres que no eran en absoluto grandes prelados y cuyo aspecto, muy al contrario, no hubiera despertado el interés de los mendigos.

El primero, un padre jesuita llamado Cotton, era sin embargo nada menos que el confesor del rey Enrique IV.

El segundo era un capuchino de la orden fundada por san Francisco de Asís. Se llamaba Joseph du Tremblay, pero las crónicas lo recordarán con el nombre de «padre Joseph». El hombre hablaba italiano, inglés, español, alemán, latín, griego y hebreo. Y esos dones en nada se veían desmentidos por la agilidad de ingenio que demostraba en cualquier ocasión. Pero no se detenían ahí sus méritos, pues había sabido discernir, entre todos, el gran talento de futuro hombre de Estado en la persona de un tal Armand Jean du Plessis de Richelieu, obispo de Luçon. Para mejor servirle, y para alentar la gran ambición del joven obispo, Joseph du Tremblay había tomado como adjunto, en esta causa, a un abate de Corte llamado Luc de Fuelde, hombre de sutil inteligencia que había hecho amistades entre los poderosos, utilizándolas a veces para su propio beneficio. Así, acababa de conseguir que entrara como oficial en los Guardias Franceses un primo suyo recientemente liberado de las galeras berberiscas por el vicealmirante de Nissac, y que se llamaba Stéphan de Valenty...

Los dos eclesiásticos se habían encontrado en la tienda de un sastre, hombre de toda confianza si se creía a Luc de Fuelde, que trabajaba para Joseph du Tremblay. Y, de hecho, el sastre no mostró indiscreción alguna; molesto sin embargo por no estar solo, al ver que la tienda no estaba vacía, los hombres de Iglesia tomaron otra entrada.

En efecto, aunque la tienda diera a la calle, con el escaparate al aire libre, también podía accederse a ella por un pasaje lateral.

Según todas las apariencias, el sastre, que no había sido informado de la hora en que llegarían sus visitantes, estaba ocupado con su corredor y su comisionista, pues el fabricante, por fortuna, no había aplazado en absoluto la convocatoria de su comitente.

El sastre no tuvo dificultad alguna en librarse de sus empleados y aprendices, y cerró la tienda en cuanto se hubieron marchado. Tras intercambiar cortesías y cumplidos, aunque reducidos al mínimo estricto, el confesor del rey no tardó en ir al grano:

—¡Un viento detestable sopla actualmente en el reino!

—¡La guerra está cerca...! —respondió el padre Joseph.

Ambos hombres no ignoraban en absoluto que el año anterior, y especialmente a lo largo del verano de 1609, se habían producido numerosas escaramuzas en la

frontera de Navarra entre franceses y españoles. Del mismo modo, ambos sabían que, actuando discretamente en interés de Enrique IV, el gobernador de Bearn y de Navarra, Jacques Nompar de Caumont, duque de La Force, había fomentado con secretas prácticas los disturbios en Navarra.

—¡El ejército está listo! —respondió el padre Coton.

—Pero los espíritus no lo están.

—¿En qué pensáis?

El padre Joseph vaciló. Consideraba que el jesuita corría demasiado en la tarea. Sin embargo, a fin de cuentas, le parecía preferible, pues de todos lados, al menos en los lugares que tenían cierto interés, llegaban alarmantes noticias sobre una conspiración de poderosos señores.

El padre Joseph miró a Coton directamente a los ojos.

—Se está organizando una conspiración.

—También nosotros tenemos conocimiento de ella, pero nada sabemos de los detalles ni tampoco los nombres de los conspiradores.

El padre Joseph contuvo una sonrisa, pues aquel plural, que englobaba la orden de los jesuitas, le parecía abusivo. Ciertamente, Coton y otros eran muy fieles al rey, pero numerosos jesuitas no se hallaban en estas disposiciones de lealtad y seguían considerando al rey un hereje.

El padre Joseph, por su carácter, no cultivaba en absoluto la vanidad, de modo que no se demoró en el hecho de que en su organización, y considerando la causa que los reunía, los jesuitas parecían un río medio seco mientras la orden de San Francisco gozaba, para seguir con la imagen, de la aportación de miles de arroyos.

Por los que no dejaban de llegar valiosas informaciones...

Sintiendo una gran ansiedad en el padre Coton, el padre Joseph du Tremblay se decidió, por fin, a decir algo más:

—Los mayores nombres del reino estarían mezclados en el asunto.

—¿Cuáles...? —preguntó rápidamente Coton, y su voz resonó de un modo curioso en la tienda vacía, pues hasta entonces ambos hombres de Iglesia habían hablado en voz baja.

—Sólo puedo daros un nombre con absoluta certeza, pues éste es el organizador y ha cometido, por necesidades de esta función, alguna imprudencia.

—¿Cuál es ese nombre?

—¡El duque D'Épernon!

—¡Ingrato...! Le fue perdonado tanto por nuestro rey y ahora vuelve a empezar. ¡Cómo me gustaría ver su cabeza rodando por la plaza de la Grève...! —dijo el padre Coton con una voz que la cólera hacía sibilante.

El padre Joseph no respondió, estimando por su parte que no era buena política, en este asunto, dejar que los sentimientos alteraran la frialdad del juicio.

Aguardó pues a que el padre Coton se dominase, algo que no tardó pues el confesor del rey tenía plena conciencia de que acababa de cometer una falta. Así, con

un recuperado susurro preguntó:

—¿Qué más sabéis?

Joseph du Tremblay, en aquel instante, advirtió que podía hacer progresar favorablemente su causa, pues si en su corazón los asesinos de Enrique IV provocaban un profundo asco, no dejaba por ello de servir a un personaje de gran porvenir que, en otros tiempos, se ocuparía también del mejor modo de los intereses del reino:

—Sé otras cosas que no carecen en absoluto de importancia, pero, aunque defender la sagrada persona del rey es un deber, también lo es, e imperioso, no dejar en situación subalterna a un hombre de gran talento que el rey no aprecia en absoluto.

El padre Coton suspiró.

—¿Ese obispo de Luçon en el que veis un futuro gran ministro de la Corona?

—Lo será algún día, hagáis lo que hagáis o dejéis de hacer lo que dejéis de hacer; pero en todo detesto yo el tiempo perdido y vuestro pronto apoyo sería de los más útiles en esta causa.

—Hablaré de ello al rey en un momento favorable. De modo que, ahora, veamos esa conspiración.

El padre Joseph decidió librar parte de lo que sabía:

—Serían doce, incluido el propio regicida. Poderosos, disponen de oro y de gente en gran número. España no se mantendría al margen de la conspiración, sin ser sin embargo la instigadora, aunque la cuestión es todavía incierta. Cambian cada vez de lugar de reunión y, durante sus encuentros, cada uno lleva un capuchón de penitente, de modo que se necesitará tiempo para identificar a cada conspirador. Dos mujeres participan en el asunto. Todos tienen la mayor ambición de conseguirlo. Hay algo que parece nuevo: a pesar de la importancia de la conspiración, nada se filtra y D'Épernon dirige notablemente a su gente.

El confesor del rey escuchó con atención esas palabras, luego:

—Interesante. Y terrible. Pero como habéis advertido, es apenas creíble que una conspiración que reúna a tan gran número mantenga semejante discreción. En otras palabras, los grandes señores nunca dejan de vanagloriarse o de considerar como indigno de su rango demostrar, en semejante empresa, una prudencia que en otros sería natural.

Al padre Joseph, que por un instante había dudado del vivo ingenio del confesor del rey, le satisfizo que éste hubiera percibido así lo que a él le parecía más grave.

Pero el padre Coton no se detuvo en tan buen camino, y prosiguió:

—¿Cómo habéis obtenido tan buen conocimiento de todas esas cosas?

—Lamentablemente, no puedo revelároslo.

El jesuita modificó su ángulo de ataque, probando, sin demasiada esperanza, con el halago.

—Sin embargo, no sabríais mucho más si hubierais conseguido, con grandísima habilidad, colocar un hombre de los vuestros entre los doce de la conspiración...

El capuchino de la orden de San Francisco respondió al jesuita, como burlándose:

—Es posible pensar así, en efecto.

Sonrió y añadió:

—Si éste fuera el caso, y yo conociera su nombre, no lo confiaría ni siquiera a mi sombra, pues ese hombre de gran valor, si existiera y viviese en esta condición de espiar por cuenta nuestra, arriesgaría su vida a cada instante, acosado por los tormentos de una probable muerte que en absoluto sería dulce.

Guardaron silencio unos instantes y los dos pensaron, del mismo modo, que el informador introducido entre los conspiradores por el padre Joseph, y que actuaba sin duda para la futura gloria del señor de Richelieu, probablemente no la vería florecer.

Luego, el padre Coton avanzó más en su empresa:

—Creo que no debiéramos volver a vernos, entraña excesivo riesgo.

—Comparto también esa prudente opinión. Siendo yo el representante del señor de Richelieu, el abate Luc de Fuelle me representará a mí. Nadie sabe, salvo vos, que comparte mi ambición de ver algún día al obispo de Luçon accediendo a la dirección del Estado.

—Es astuto. Yo mismo me pondré en contacto con vuestro abate de Fuelle mediante algún jesuita de los míos.

—Diríase que, entonces, no todos han sido devorados por las lenguas de fuego del fanatismo.

—¡No, no todos...! —respondió con gran frialdad el padre Coton.

Se observaron con desconfianza durante unos instantes, luego el padre Coton prosiguió:

—Vuestro señor de Richelieu está en el asunto, el rey lo está también, mejor será que vos lo sepáis. Sin duda conocéis igualmente su desenvoltura con respecto a todas esas conspiraciones, de las que a veces ha escapado, sin embargo, por los pelos. No obstante, esta vez he conseguido inquietarlo. Ciertamente, lo olvidará en cuanto una mujer le haga perder la cabeza. Y la cosa sucede diez veces cada día, pero sabré recordarle su promesa de no desinteresarse por el asunto.

—¿Y eso significa que, para combatir a los facciosos, podremos apoyarnos en el poder real?

El padre Coton pareció molesto.

—La cosa es cierta sin ser del todo exacta. El poder real nos ayudará, pero no desea en absoluto mostrarse a la luz del día pues no es adecuado para un rey aparecer inquieto ante su pueblo.

Joseph du Tremblay inclinó la cabeza.

—Lo sospechaba... Conozco al rey, y vuestras palabras no me sorprenden. De modo que veamos sencillamente las cosas. Se trata de una pirámide. En el vértice, el rey. Debajo, y en la otra vertiente, el señor de Richelieu. En el nivel inferior, en todas las vertientes, vos y yo. Bajemos más aún, encontramos a Luc de Fuelle y a su equivalente entre vosotros, los jesuitas. Sigamos bajando: ¿advertís qué es lo que más

falta nos hace?

El padre Coton no vaciló.

—¡El brazo armado...! Necesitamos espadachines, los mejores, pero que no sean truhanes y acepten sacrificarse en silencio por el rey de Francia. Además, es necesario que sean numerosos, se conozcan y sean hombres de guerra de gran valor.

El padre Joseph admiró la rápida inteligencia del jesuita, y lo tranquilizó de inmediato:

—Muy bien dicho. Necesitamos hombres a los que poder mandar a la matanza sin que digan una palabra, que dispongan de un jefe excepcional que no se estremezca ante la idea de que su cuerpo pueda pudrirse en un albañal. Este jefe existe, y no es otro que el vicealmirante Thomas de Pomonne, conde de Nissac. Y la unida tropa que buscamos es la tripulación de *El dragón verde*, que no deja de cubrirse de gloria.

El jesuita se llevó la mano al mentón, pensativo unos instantes, y respondió:

—¡Nissac...! Discreto, valeroso, cortés, atento, que desea mostrarse sencillo y no ser una complicación para los demás. Es un hombre admirable y, según dicen, el mejor sable del reino. Pero, por oscuras razones que se me escapan, el rey lo detesta.

—Tal vez, pero Thomas de Pomonne, como todos los Nissac antes que él, es hombre de gran fidelidad y lealtad a su rey. En semejante asunto resultará, evidentemente, muerto y, con él, la mayoría del sus doscientos oficiales, soldados y marinos. Pero antes de que sus huesos se blanqueen en las fosas, darán terribles golpes a nuestros adversarios y desbaratarán la conspiración si sabemos informarle.

—¿Quién os dice que Nissac va a aceptar? —preguntó el padre Coton.

—Os lo repito, Nissac es un hombre de honor: no va a zafarse.

—¿Le hablaréis vos mismo?

—Ciertamente no. Luc de Fuelle tiene un primo, Stéphan de Valenty, recientemente liberado de las galeras por Nissac y que sirve hoy en los Guardias Franceses. Por este camino será fácil llegar hasta el vicealmirante.

—Es muy ingenioso. Y una gran suerte que el tal Valenty se encuentre, precisamente, en los Guardias Franceses: la casualidad nos ha sido muy útil.

Joseph du Tremblay esbozó una fugaz sonrisa.

—La casualidad nada tiene que ver.

El padre Coton dirigió una astuta mirada a su interlocutor.

—Decididamente creo, en efecto, que vuestro Richelieu es un agudo político...

Gruñendo, avanzando el hocico y dando vueltas y vueltas, caían en un estado de gran nerviosismo, y Aldomontano temió el momento en que, escapando a su mano, se esparcirían por el reino de Francia, dejando a sus espaldas largos regueros de la sangre de sus víctimas.

Luego, puesto que sus alobados estarían separados unos de otros, aislados, serían rodeados uno a uno por el populacho y las hermosas máquinas de matar acabarían cediendo ante el número, quemados vivos aquí, con los flancos atravesados por una estaca allí, muertos en otros lugares por una multitud campesina a la que el miedo llenaría de odio.

¡Qué estropicio!

Azul había sido azotado hasta sangrar y Verde, dos días más tarde, lo mismo, sin que por ello se calmara.

Incluso durante el entrenamiento militar, en que los cuatro eran excelentes, se mostraban distraídos, dejando la espada para soñar en el niño cautivo en su celda como una golosina, atacando salvajemente a estocadas y mandobles al compañero, imaginando que guardaba en su posesión a una niñita recibida del amo a modo de ventaja.

El ambrosiano de rostro mutilado conocía la causa del mal. Y su remedio.

Sin embargo, sentía fatiga ante la mera idea de recorrer las aldeas al lento paso de los caballos que arrastraban la pesada carreta convertida en jaula para el niño.

Levantó su único ojo y admiró el cielo azul. Hacía mucho frío, tanto como para que las piedras estallaran. Y tuvo la esperanza de que la primavera estaba llegando por fin y se disponía a dar el asalto para barrer la escarcha y la nieve.

Se le ocurrió la idea de que era ya hora de pasar a otra cosa. Y aquella idea lo reconfortó, pues también él estaba cansado, sufría por aquel largo encierro en los subterráneos del castillo de las Quimeras.

Apartó los matorrales de acebo que cubrían la entrada de los subterráneos, contruidos en la época de la guerra de los Cien Años. Por ir demasiado deprisa, se arañó las manos, pero aquélla era una condición necesaria para la seguridad del lugar.

Iba a intentar otra cosa y, pensándolo bien, sólo ante él mismo tendría que responder de aquel asunto.

No se trataba ya de uncir la carreta-jaula y arrastrarla semanas y semanas por malos caminos, entre el llanto de los niños. Irían a caballo. Atravesarían montes y ríos para hallarse a gran distancia del castillo de las Quimeras, que aquel lugar siguiera siendo un santuario.

Sonrió:

—¡Caramba, un santuario, pensando en lo que aquí se practica!

Lo complacía mucho blasfemar, aunque en otros momentos, cada vez más raros, es cierto, el fervor religioso lo petrificaba de los pies a la cabeza.

Todavía hoy, tal vez hubiese arriesgado su vida para salvar a su santidad el papa amenazado por algunos peligros, pero tal vez hubiera sido, también, el primero en empujar al viejo canalla del papa a un profundo barranco. Todo dependía del humor del instante y de aquellos horribles miedos que atenazaban desde siempre su alma.

Le gustaba que, en su conciencia, el bien y el mal se enfrentaran, aunque la lucha fuese cada vez más desigual, considerando la disposición en que estaba de favorecer siempre las empresas del diablo.

Deslizándose a través de la barrera de acebo para regresar a los sombríos y húmedos subterráneos, acabó pensando que Dios era sólo una idea de la vida tal como puede soñarse, y que el diablo era la vida misma con sus desbordamientos, su violencia y su ausencia de escrúpulos.

No había buscado en absoluto, se decía, adquirir el fuego que ardía en él. Databa, ese fuego, de la época en que, cuando tenía ocho años de edad, un monje de pelo negro, barbudo y hediendo a carroña lo había utilizado como una mujer.

Y nada, nunca, pudo extinguir aquel incendio que no acababa de consumir su pureza infantil hurtada por un bruto que no se hacía en absoluto preguntas.

La idea de que podía ser muy distinto le interesó. Por ejemplo, sacerdote en una aldea desheredada. Con una sotana gastada en los codos y ninguna otra de recambio. Un mobiliario cojo, una chimenea que tiraba mal con, en un rincón, un enjuto montón de madera recuperada de las aguas. La habitación forrada con una fea tapicería de Auvernia aureolada por manchas de humedad, una cama con tres patas y una piedra en vez de la cuarta, una cama de las más ordinarias con altos pilares y cobertor de sarga azul. Viril sin gracia. Feas velas de sebo soltando un mal hedor para iluminar las heladas noches de Adviento, salpicadas de tristes fiestas durante las que se tiembla en la iglesia: Todos los Santos, Día de Difuntos, San Martín, San Nicolás... Pensar sólo en Dios, y no en el amor, en el placer de su dardo, en el endurecimiento de sus gónadas mientras jodería a una niña o un muchachuelo.

—¡Eso es otra cosa...!

Se rió.

Y que les sentara bien a los hombres santos, les abandonaba el paraíso decididamente demasiado difícil de ganar cuando su propia existencia, ni la del infierno, por lo demás, era una certeza.

Por lo menos, en el vicio llegaba hasta el fondo de sí mismo y se encontraba en muy numerosa compañía, pues ricos y pobres, señores y pueblo llano, todos le servían con mayor o menor franqueza.

¿Y qué decir de cierta madre devorando a su bebé durante un asedio, y a la que quemaron...? Y de aquéllos, tan pobres también, en la ciudad de París, que, cerca del cementerio de los Inocentes, donde se apilan los cadáveres, sustitúan el pan por huesos de muerto pasados por el molino antes de que el polvo fuera humedecido y reblandecido en el agua: se vivía en el pecado, es cierto, pero no se pagaba el precio del crimen.

¿Y aquel gran señor no era, acaso, el mariscal de Biron que fue después decapitado por alta traición...? Fuera como fuese, durante un durísimo invierno en el que asediaba una plaza fuerte, adquirió la costumbre de hacer que le llevaran una mujer viva y, tal cual, le abrían de inmediato el vientre para que el mariscal pudiera calentar sus pies en las humeantes entrañas de la difunta.

El bien debía inclinarse ante la fuerza y loco era quien pensase lo contrario.

Se frotó nerviosamente la órbita vacía, donde Rojo le había devorado el ojo con tanta seguridad y rapidez como si hubiera sido un huevo.

Pensando en aquella escena de extrema violencia, en la que el monstruo de prodigiosas mandíbulas arrancaba sus labios, su mejilla y su nariz para dejar sólo un agujero por el que soplaba extrañamente el aire, se felicitó. Muchos otros hubieran cedido, de inmediato, a la cólera y al odio, y hubieran hecho ejecutar a Rojo.

¡Pero no él!

Aunque el dolor fuese atroz, había existido en su espíritu la disposición de contemplar aquellas cosas abominables a través de un agudo cálculo. ¿Cómo existían pues alobados venidos de lo más profundo de las edades...? ¿Existía semejante fuerza, duplicada o triplicada por su aspecto terrorífico, y que no se utilizaba como sería posible hacerlo para servir una ambición que a él le costaba saciar?

Todo se había decidido entonces, en unos segundos.

Aldomontano dio un puntapié a una calavera de niño que encontró en su camino.

Cambiando de estado de ánimo, entonces había montado en cólera. ¡Pensaba en el pasado, y aquel pasado pasaba mal...! Servir a los grandes, conseguirles carne fresca, aceptar las magras ventajas que le concedían con remilgos a cambio de sus servicios...

Aquello había terminado.

Ciertamente, pronto sería muy rico; pero aquel oro no tenía demasiado sabor. Iban a darle las gracias por haber sido el alma y el organizador de la conspiración que haría desaparecer a Enrique IV.

Detuvo su marcha y reflexionó. Las antorchas enviaban fulgores rojizos a las paredes del subterráneo cubierto de huesos y calaveras de niños.

—¡Qué me importa a mí ese perro de Enrique IV...! ¡Y Enrique III antes, y todos los demás que van a venir...!

Nunca como en aquel instante tuvo una clara idea del objetivo que se proponía: quería vivir, vivir pronto, vivir fuerte. Quería violar, matar, desvalijar, sembrar el terror, en una palabra. Existir sólo para los ojos aterrorizados de sus víctimas. Y ser el alma secreta de la más magnífica conspiración que nunca hubiera existido, conspiración de la que nadie sabría la última palabra...

Llegó a la sala baja y sus cuatro monstruos levantaron hacia él sus cabezas de lobo.

Sus ojos brillaban, pues en aquel momento su instinto les hablaba.

—Ah, mis apuestos sires, ¿queréis tal cantidad de niños que, por algún tiempo, os

cansaréis y asquearéis de ellos?

—¡Mmm, mmm! —respondieron, pues tenían prohibido hablar y ya Rojo era tan viejo que no dominaba el uso de todas las palabras ni la comprensión de algunas otras.

—Cabalgaremos, pesadamente armados, y nos mantendremos tranquilos por algún tiempo. Nos encontraremos luego en tierra orleanesa. Se dice que Orleans es ciudad de disputas: nosotros sabremos acallar sus querellas y les pondremos a todos de acuerdo arrebatándoles la vida.

Recorrió, de un lado a otro, la estancia excavada en la roca. Llevaba las manos a la espalda y los alobados, con sus vivaces ojos bajo las cabezas de lobo, seguían atentamente y en silencio cada uno de sus gestos.

Prosiguió:

—Caeremos sobre las aldeas sembrando el terror para que los supervivientes, si los hay, digan que fueron visitados por los jinetes del Apocalipsis acompañados por el ángel de la muerte. Y mucho después de nuestra desaparición, se hablará de nosotros en las chozas y los castillos, persignándose y bajando la voz por miedo a que despierten nuestros manes, pues en verdad, aunque no quede nada de nuestros cuerpos, nuestra leyenda será tal que siempre temerán ver nuestras muertas almas cabalgando de nuevo para desgarrar a los vivos. ¡No hemos terminado aún de ser el gran orgullo del diab1o...!

Las cabezas de lobo lo observaban, silenciosas, atentas y graves.

Las nubes eran bajas, de un gris apagado, caía una espesa lluvia y un viento helado soplaba, tempestuosamente, desde la costa italiana hasta Marsella.

El dragón verde llegaba a la vista del puerto de Toulon, tras una larga patrulla por el mar, y una vez más, puesto que no había zozobrado, se le sabía victorioso. Se preparaban pues, enfebrecidos, para ver flotar en el palo mayor las flores de lis del reino de Francia.

Y sin embargo, tampoco esta vez la travesía había sido un viaje de reposo...



Todo había comenzado con la liberación de un barco mercante que se las estaba viendo con una flauta^[10] berberisca de origen holandés. *El dragón verde*, que no tenía fama de abandonar sus presas, había iniciado de inmediato la persecución.

Así, en un mar furioso y una lluvia apocalíptica, mientras las velas sufrían y rechinaba la arboladura, el galeón real dobló Gibraltar con gran riesgo para desembocar en el mar de Poniente, donde el desencadenado oleaje daba una visión del fin del mundo.

Pero, al alba, habiendo mejorado el tiempo, no había ya flauta en el mar, calmo de nuevo.

Pasó así una semana, sin que vieran al navío berberisco, y muy pronto pasaron ocho días más que les parecieron interminables a los vigías, cuyos ojos se enrojecían a fuerza de escrutar el horizonte.

Todos, en la tripulación, creían entonces que no volverían a ver aquella flauta tan ágil que merecía la distinción de ser el primer navío que había escapado de una persecución iniciada por *El dragón verde*.

Oficiales, soldados y marinos compadecían, con gran sinceridad, al vicealmirante, quien, durmiendo cuatro horas por noche, permanecía el resto del tiempo en la toldilla, con las manos de falanges que blanqueaban en la barandilla, sus ojos grises extrañamente fijos, sin apartarse nunca de la línea del horizonte.

Y, aunque lo compadecieran, no por ello dejaban de admirarlo, pues el espectáculo de la voluntad humana, en todo momento de la historia y en cualquier lugar del planeta, es algo reconfortante que da esperanza a aquéllos a quienes suele atenazar la duda.

Y aquella atmósfera reblandecedora, en la que la renuncia ganaba cada día terreno, y mientras pasaban ante las islas Shetland, sólo el segundo, Paray des Ormeaux, sonreía tras su canosa barba:

—¡La maldita flauta no se le escapará...! La sigue por el olfato, por su instinto de

cazador de los mares y, por eso, algunos ingleses llaman a nuestro almirante *Seas Hunter*...

El joven teniente Fey des Étangs, sediento de aprender, dijo entonces:

—¿Pero...? ¡El navío no tiene olor!

El viejo oficial levantó desaprobadoramente la ceja ante aquel jovenzuelo y replicó:

—¡Entonces estará viéndolo...! Más allá del horizonte y de las cosas visibles por los ojos, ve esa maldita flauta.

No había terminado de decir la última palabra cuando el vigía gritó:

—¡Navío a proa!

Y, sin que fuera necesario discutir mucho tiempo, apareció la flauta berberisca que ya, con finura, intentaba la esquiva.

Paray des Ormeaux mantuvo su sonrisa, indiferente a los diestros regates del adversario:

—¿No os lo había dicho ya...? Y ahora es ya como si el señor de Nissac hubiera clavado sus colmillos en la carne: la ha degustado y ninguna fuerza del mundo, ninguna ciencia del capitán berberisco logrará que fracase la persecución.

Y así fue.

El señor de Nissac, al que llamaban «El Ladrón del Viento», supo colocar *El dragón verde* con una habilidad que no alcanzaron las maneras del capitán enemigo, sin embargo muy diestro.

La distancia se reducía cada cuarto de hora, pero el berberisco, del que más tarde se supo que era cretense, luchó admirablemente para prolongar las cosas, pues si resistía hasta la noche conseguiría escapar al favor de las tinieblas.

Pero la empresa fracasó porque el señor de Nissac había hecho izar todo el trapo y ceñía mucho el viento, fueran los que fuesen los caprichos de éste pues él parecía preverlos de antemano por una extraña magia que debió de dejar desamparado, en su espíritu, al capitán berberisco, privándolo de parte de su capacidad de juicio.

Sin embargo, el cretense era heredero de un gran pueblo de marinos que sabía izar las velas en una época en que no había, en Francia, marina ni reino, sólo bárbaros viviendo en las cavernas. A lo que hubiera podido responderse, sin embargo, que un antepasado de Nissac, en las cruzadas, se había desposado y había traído a Francia a una muchacha de una noble y vieja familia cartaginesa con ramificaciones fenicias y que esos antiguos pueblos de Cartago y de Fenicia nada tenían que envidiar a los griegos en el arte de la navegación. Lo que, tal vez, convertía a los Nissac en los excepcionales marinos ya conocidos.

Con demoledora audacia, que habría sorprendido a más de uno, el berberisco, viéndose perdido, dio media vuelta completa, con la cabeza sustituyendo al culo, y se lanzó como un toro furioso contra *El dragón verde*. Pero al llevar a cabo esa sorprendente maniobra, se vio al mismo tiempo a los artilleros berberiscos atareados detrás de las portas donde los cañones se disponían a dejar oír su voz.

El dragón verde, que surcaba en línea recta las olas, sólo podía dejarse coger desprevenido en semejante trampa, tanto más cuanto los vientos se hacían inciertos y confusos.

Un joven carpintero de a bordo, que no era muy veterano en el bajel real, lanzó:

—¡Un berberisco que pasa al ataque es muy distinto que metérsela a una duquesa española!

El marino que estaba a su izquierda lo abofeteó diciendo con calma:

—El señor almirante sabe, sin duda, ocuparse de las mujeres, españolas o no, sin que tú metas en ello las narices.

Y el marino que estaba a la diestra del imprudente lo abofeteó a su vez, añadiendo sin levantar la voz:

—El señor almirante sabe recibir a los berberiscos sin que tú des tu opinión.

Y, para cerrar el asunto, la víctima recibió por fin una patada en el culo mientras una voz atronaba a su espalda:

—Calla, observa y admira la maniobra.

¿Pero qué podía ver?

En verdad, muy poca cosa... El conde de Nissac, inmóvil como una estatua, observaba fríamente la aproximación de la flauta que se lanzaba al ataque.

Los ojos grises, donde no podía leerse la menor expresión ni descifrar la sombra de una emoción, veían llegar al adversario, que tenía la ventaja de la iniciativa.

Nada sucedía y el tiempo parecía suspendido a bordo de *El dragón verde*.

En sus portas, los artilleros intercambiaban miradas inquietas. En cubierta, la infantería de asalto, con sus cascos, no se atrevía a decir una sola palabra, pues el señor de Sousseyrac velaba sobre su gente, pero no dejaban de pensarla. A los marinos, e incluso a los más veteranos, el tiempo comenzó a parecerles muy largo. Los oficiales, rígidos, aguardaban también las órdenes, confiando en que llegarían.

Sólo el señor Yasatsuna no estaba devorado por la angustia. Vistiendo su armadura, con el sable en la mano, veía acercarse a los berberiscos como si deseara devorarlos.

Luego, cuando los vientos soplaron atorbellinados, inutilizables, y desesperaban ya por todas partes, la voz metálica del vicealmirante Nissac chasqueó en el silencio.

—¡El abejorro...!

El estupor fue breve, tan rara era la orden, pero la reacción de las más rápidas mientras un viejo marino de Paimpol, con la boca desdentada abierta de par en par en una pasmosa sonrisa, mostraba el cielo diciendo:

—¡Vientos atorbellinados...!

Y todos creyeron entrever lo que iba a suceder.

Habían maldecido esa maniobra, no utilizada nunca en combate, que parecía un ballet de los más complicados donde todos dependían de cada uno y el bajel, de aquellos enloquecidos vientos atorbellinados.

Los marinos se distribuyeron por todas partes, en las velas y la arboladura, a la

velocidad del relámpago. Se atareaban como locos en los flechastes, atendiendo a todo lo que sostenía trazo: vergas, rebenques, drizas, ostagas, escotas, balancines, martinetes, candelizas, racamentos, obenques... y las velas se hinchaban o se abatían varias veces en el mismo minuto, según las leyes del «abejorro» inventadas por el almirante de Nissac.

En aquel instante, a bordo del navío berberisco, donde debían de divertirse mucho con aquella agitación, entendida como confusión, nadie hubiera apostado mucho por las posibilidades del legendario *El dragón verde*, que, en pleno pánico, giraba sobre sí mismo cada vez más enloquecido y cada vez más deprisa, como un juguete recién inventado y al que llamaban «peonza».

Aguantando mal el viento pero con la artillería al acecho, la flauta se dirigía directamente contra *El dragón verde* deshecho, incontrolable, que giraba locamente sobre sí mismo.

Luego, del lado profano, comprendieron por fin, aunque algo tarde...

El dragón verde abrió fuego, y por las otras portas, y de nuevo por esa borda, y por la otra... No era ya un navío sino una masa de cañones que giraba a toda velocidad, un fuego continuo, inalcanzable, que ajustaba el tiro con notable precisión... Era una maniobra del señor de Nissac diabólica, que nunca había sido vista antes y que no se vería más en la historia de la humanidad, pues, en el corazón de aquellos vientos atorbellinados, el galeón daba vueltas a la velocidad de un corcel, consiguiendo dos tiros por cada borda en una sola vuelta.

El señor teniente Martin Fey des Étangs, que acabaría siendo gran capitán, contemplaba la ejecución del «abejorro» boquiabierto, deshecho de admiración ante un ingenio tan sabio, tan agudo e inventivo como el del señor de Nissac, que preveía, en la frialdad de su aislamiento, una maniobra tan implacable como «el abejorro».

El joven y brillante oficial, que sería gran marino con Luis XIII y Richelieu, aunque sin acercarse jamás al genio de Nissac, no podía en absoluto saber cómo esa figura guerrera, en exceso compleja para sobrevivir a su creador, había germinado en el espíritu de éste.

Y sin embargo, no hay que ver en ello nada sobrenatural, ni don de Dios, ni pacto con el diablo.

Nissac tenía once años y estaba cerca del castillo familiar de Saint-Vaast-La-Hougue. Era una asfixiante jornada de agosto y buscaba la sombra de un seto. Un abejorro, ahíto de sol, golpeó con un ruido seco una rama baja de fresno y cayó al suelo. Para su desgracia, el insecto de arrugadas alas había caído a menos de media toesa de un hormiguero y muy pronto quedó rodeado por todas partes.

El pequeño Nissac contemplaba la escena con los ojos muy abiertos, dispuesto a arrebatarse el insecto a la mediocre multitud de las hormigas, cuando el abejorro, utilizando su mayor peso y su envergadura, giró enloquecido sobre sí mismo, aplastando hormigas o mandándolas al diablo.

Luego, descansadas ya sus alas, emprendió el vuelo y escapó en el anochecer de

estío perfumado con el olor de las moras y teñido por una suave luz violeta.

Y nadie, salvo quienes lean estas líneas, supo nunca de dónde procedía aquella figura marítima llamada «el abejorro» de la que, un siglo más tarde, se dudó de que fuera posible y que hubiese existido.

El dragón verde, girando pues en «abejorro» y haciendo preciso y mortífero fuego con todos sus cañones, a la cadencia que puede imaginarse, dislocó al berberisco a la quinta salva.

Y muy pronto nada quedó de él, salvo tres supervivientes, pero el vicealmirante procuró que no los remataran y los depositó vivos en las riberas de África, para que comunicaran al mundo la historia de aquel pabellón con flores de lis que nunca se arría y que flota en lo alto de los cielos de azur.



El dragón verde salió victorioso aún en varios combates contra los berberiscos, a los que atacó enarbolando unas veces pabellón español, inglés otras, para ocultar que los mares de Poniente no eran su lugar. Pero no se privó de librar batalla, llenando sus calas de botines capturados en nombre del rey de Francia.

Luego, agotada la tripulación y dañado el navío, el fiero galeón dobló Gibraltar y puso rumbo a Toulon. Sin embargo, una última peripecia aguardaba a *El dragón verde* ante el puerto de La Línea de la Concepción.

Prevenido por la presencia de seis galeones españoles agresivos por un navío amigo perteneciente a sus aliados de la flota turca, el señor de Nissac ordenó que se mantuvieran en los puestos de combate.

Pues las cosas habían cambiado, y con mucha rapidez, desde las gloriosas jornadas de Barcelona, cuando las mujeres se desmayaban y las calles estaban cubiertas de pétalos de flores bajo el paso de los vencedores franceses de *El dragón verde*.

En un mensaje confidencial, y por orden directa de Enrique IV, el Almirantazgo avisó de que con los españoles tenían que mantenerse ojo avizor, y no vacilar en absoluto, a modo de advertencia, en mostrarles los colmillos sin por ello superar la simple provocación ni dar motivo para queja oficial.

Pues bien, tras la entrega del mensaje del aliado turco, todo se prestaba a colmar los deseos reales en su estricta aplicación, sutilmente dosificada, que humilla sin ofrecer motivo para una declaración de guerra.

Caía la noche. Era casi ya el crepúsculo en el Mediterráneo.

En fila, los seis poderosos bajeles de la flota española se dirigían a Gibraltar, con las tripulaciones soñolientas y los oficiales pensativos.

Poco duró la cosa. Habiéndoles robado el viento con habilidad, *El dragón verde*

izó bandera negra en vez de las flores de lis. Luego, contra el fondo púrpura del sol poniente, remontó a toda velocidad la línea enemiga e hizo fuego sin interrupción, salva tras salva, mutilando los florones de la flota de Felipe III, y muy especialmente el navío almirante.

Por fin, mientras las campanas de alarma doblaban en vano sobre las devastadas cubiertas de los navíos españoles, *El dragón verde*, sombra imprecisa pero amenazadora, se tendió bajo el viento favorable en dirección de Argel, para enmarañar las pistas.

El señor Des Ormeaux, con gran alegría por aquel audaz golpe de mano, como la propia tripulación, se envalentonó entonces hasta preguntar:

—Pabellón con flores de lis, pabellón rojo, pabellón negro, español, inglés: ah, señor almirante, ¿qué pabellón debemos izar ahora?

Doscientos hombres, la flor y nata militar del reino de Francia, aguardaban la respuesta del impenetrable señor de Nissac.

Sus ojos grises, indescifrables, se demoraron en las costas de África, aunque no pudo evitar esbozar una vaga sonrisa al responder:

—Señor Des Ormeaux, considerando que numerosas mujeres, casadas o no, aguardan a esta valiente tripulación en el puerto de Toulon, sugiero que icemos la hermosa camisa en tela de Holanda del señor teniente Fey des Étangs, para que vuestras intenciones sean conocidas por las interesadas.

Así se hizo, para mayor alegría de la tripulación que se divirtió mucho viendo al apuesto Martin Fey des Étangs trepando como un mono por el palo mayor para recuperar su camisa.

La cuestión se había discutido, con aspereza muchas veces, y hasta en El Escorial, entre el rey y sus consejeros. Luego, cuando uno de ellos sugirió que el rey de Francia era sólo un viejo macho cabrío, eternamente en celo, no pareció a fin de cuentas tan mala política dejar partir hacia París a la hermosísima y joven duquesa Inés de Medina Sidonia. Así, España tendría una gentilísima aunque oficiosa embajadora que, sin dar nada a cambio, siendo gran dama y española, podría extraviar el juicio del «viejo y hediondo macho cabrio» a quien en aquel lugar llamaban también «falso converso», «renegado», «apóstata», «relapso» y muchos otros calificativos más siempre que fueran todos insultantes y pusieran en duda la sinceridad religiosa de Enrique IV.

Así se hizo, la duquesa fue debidamente instruida por aquellos hombres siniestros, flacos, vestidos de negro y todos muy ocupados como consejeros del rey. Le dijeron a la joven que escuchara mucho, con atención, pero sin hablar demasiado, y que no dejara de abrir los ojos a todo lo que pudiera interesar a España. Pues, en aquel país magnífico y violento, el espionaje era una práctica muy extendida que no parecía en absoluto vil en muchos casos, librándose a ella los monjes con religioso fervor, los señores por ambición y para degustar el estremecimiento, los militares por hábito, los diplomáticos por vocación, de modo que sólo se despreciaba a aquéllos que exigían oro a cambio de informaciones, y era un gran error, pues, convirtiendo el espionaje en una profesión, ellos y sus «chivatos» solían mostrarse más hábiles y mucho mejores que los nobles aficionados.

Aplicándose a esa nueva práctica, la duquesa advirtió cierta efervescencia en la frontera, donde se mostraban muy nerviosos en uno y otro lado, pero, comprobando tal cosa, la muchacha olvidó sus lecciones; con tanto espanto medía lo que aquella situación, que anunciaba la guerra, significaba para ella y el señor de Nissac. Precisamente cuando acababa de cruzar las doradas cumbres de la Santísima España para ver de nuevo a quien había iluminado su primera noche de amor, la guerra entre sus dos países iba a separar al uno del otro.

La carroza española atravesaba la helada Beauce y, volviéndose, la duquesa advirtió despechada que su equipaje, es decir cinco coches, no la seguían o lo hacían con retraso. Ya sólo le quedaba esperar que no cayera en manos de bandoleros y, una vez en los muros de París, que los cocheros encontraran aquella calle Des Petits-Champs donde se hallaba la hermosa mansión particular perteneciente a la Corona de España, por mediación de un banquero: el lugar donde ella iba a vivir por algún tiempo.

¡Ver de nuevo al conde de Nissac...!

No pensaba en ello sin temor. Ciertamente, él había tomado la iniciativa de su primer beso, pero después de que ella lo hubiera provocado.

Suspiró. El señor de Nissac se había mostrado un maravilloso amante, ardiente y

delicado, ¿pero no se mostraban todos los hombres en semejante disposición...? ¿Y cómo saberlo, salvo si tomaba otros amantes?

Esa idea, que se le ocurría por primera vez, la turbaba, la irritaba y al tiempo le encantaba, de modo que sentía gran dificultad en desentrañar el ovillo de sus sentimientos y sus deseos.

El señor de Nissac, antes de retirarse por la mañana, nada había prometido, pero nada le fue pedido. Sin embargo, por esos sutiles modos, la duquesa comprendía que, para el conde, la aventura debía de carecer de futuro. Lo que los separaba, comenzando por sus respectivos países, sólo podía compararse a un inmenso abismo y, para colmarlo, hubiera sido necesaria una pasión tal que a ella se sacrificaran muchas cosas. Algo que la muchacha no deseaba, y sin duda tampoco él.

Se sabía joven y hermosa. Le gustaba gustar. Gustar al señor de Nissac, ciertamente, pero no sólo a él.

Quería retenerlo. Y soportaba muy mal que él concediera semejante gozo a otra mujer y amara en otro lugar, pero nada deseaba más ardientemente que permanecer libre para descubrir, con sus menudos detalles, el amor en toda su variedad.

Quería tener a sus pies al conde de Nissac, permaneciendo ella erguida para ver si se presentaba un hombre tan maravilloso y, ¿quién sabe?, más aún que aquel primer amante.

Y en todo caso, ella no deseaba en absoluto el espectáculo —horrible entre todos— que hubiera sido ver al vicealmirante amando a otra.

Decidió pues hacerle una comedia de las suyas, para no perderlo del todo.



Tanto cuando reunía su consejo como cuando hablaba de persona a persona, Enrique IV detestaba encontrarse sentado a una mesa, y prefería pasear por los jardines de las Tullerías, donde, con la ayuda del aire fresco, las ideas se le ocurrían con mayor rapidez y parecían de mejor efecto.

En aquella mañana muy fría, avanzaba con sus grandes zancadas de soldado mientras, a su lado, el padre Cotton, su confesor, intentaba difícilmente seguirlo.

El monarca, que tenía de vez en cuando alguna de esas pequeñas crueldades a las que suelen rebajarse los reyes, fingía no advertir la respiración corta y jadeante del jesuita y, dominando apenas su enojo, casi montó en cólera:

—¡Ah caramba! ¿Qué jugarreta están haciéndome aquí...? Se urde contra mí una conspiración, sea, una más, la centésima tal vez... Me convencen, aunque yo era reticente a ello, de que prevenga ésta, que sería de distinta calidad y de mucho mayor peligro. Acepto, en parte, para no disgustaros, ¿y a quién me sugerís para romper el círculo de los conspiradores...? ¡A Nissac...!

—El señor vicealmirante de Nissac es un gran marino, sire... —abogó el jesuita.

—El mar es sin duda el único lugar donde no se conspira contra mí, cuando no se deja de hacerlo en todas las demás partes del reino... Aquí mismo, sin duda, y en muchos barrios de París, vuestro Nissac estaría perdido.

—El señor vicealmirante va de victoria en victoria.

—Sea. Es perfecto. Lo nombro almirante. ¿Estáis contento?

—Pero sire, cubre vuestro nombre con la más firme gloria que existe en los mares del Levante, vuestro pabellón se respeta y se teme, maneja el sable como nadie, su tripulación es una maravilla del arte militar: ¿qué más puede desearse?

El rey, en su fuero interno, no era insensible a las palabras del padre Coton. Si se hubiera tratado de otro que no fuese Nissac, hubiera mostrado cálidamente su satisfacción, ante el interesado en la cima de su gloria, haciéndole sin duda mariscal —y el almirante lo merecía—. Pero, para su desgracia, éste era un molesto testigo cuya muerte había deseado a veces, pues había llevado a cabo la magnífica carga de Fontaine-Française cuya gloria, él, Enrique IV, le había usurpado. El rey intentó pues andarse por las ramas, pero, desprevenido, no sabía cómo hacerlo y aquello aumentaba su enojo.

El jesuita, por su parte, interpretó aquel silencio como un doblegamiento de la voluntad real.

—Sire, las informaciones llegan, y sin duda llegarán cada vez más a medida que penetremos en el meollo de la conspiración. Pero, puesto que vuestra majestad no desea reaccionar públicamente y mostrar su defensa, necesitamos un hombre discreto, de primer orden en las cosas militares y dispuesto a dar su vida. El señor conde de Nissac es el único que reúne, en un solo hombre, todas estas cualidades.

—¡Es un marino!

—Sire, en Barcelona demostró, montando un caballo ciego, que es jinete, y un hombre que sabe manejar el sable en la cubierta de un galeón, sabrá manejar la espada en tierra.

—La espada, el sable, el hacha, el cuchillo de lanzar... Sé todo eso.

—Sire, superaría cualquier prueba.

El rey dio un respingo.

«Prueba», ¡ah, qué hermosa palabra que huele a osario y a fosa común...! Ésta era la solución para terminar con Nissac.

Si fracasaba perdiendo la vida, el problema estaba resuelto. Si sobrevivía al fracaso, regresaría para siempre a los mares del Levante para rumiar allí su orgullo ofendido, y se habrían librado de él. En fin, no había que pensar siquiera en que tuviera éxito y el resultado sería el deseado siempre que lo que se le pidiera fuese, sencillamente, imposible de realizar.

Enrique IV sonrió bonachón, despertando así la desconfianza del jesuita, que lo conocía bien; luego, en un tono juguetón:

—¡Sea...! Heme aquí convencido de pronto. Bastará con que vuestro Nissac

supere las pruebas en las que voy a pensar especialmente para él.

Y, para sí, el rey añadió: «¡Adiós, pues, señor de Nissac; no sobreviviréis!».

El señor de Nissac, indiferente a las aclamaciones sin que eso le supusiera esfuerzo, pues así era su naturaleza, descendió de *El dragón verde* en cuanto hubo terminado la delicada maniobra de entrada en el puerto de Toulon.

Preocupado, hizo que desembarcaran su caballo ciego, aquel enorme andaluz de hermoso pelaje negro al que había llamado *Flamante*, mientras que su perro, que se había quedado en el castillo de Saint-Vaast-La-Hougue, y negro por completo también, se llamaba *Centella*.

El vicealmirante montaba su caballo para dirigirse al pequeño alojamiento, muy cercano al puerto, que le reservaban en las escalas, cuando lo alcanzó el rumor según el cual era cosa imposible de creer que su magnífico caballo de grandes ojos negros fuera ciego, viendo la habilidad con que la montura del conde de Nissac se escurría entre los puestos y la gente que cruzaba la calle ante él.

Nissac había aprendido a conocer a los habitantes de Toulon, y a estimarlos, pero seguía siendo un hombre del norte que vacila en mostrar sus sentimientos, combate en sí mismo la exuberancia como mal gusto, no se entrega en absoluto y parece frío y misterioso.

Sin embargo, dando por supuesto que así lo dejarían en paz, pues allí las noticias se propagaban a gran velocidad, el vicealmirante no se negó en absoluto cuando la multitud, casi suplicante, quiso comprobar qué ocurría con la visión de su caballo. Así, muy pronto, un hombre vigoroso pasó una antorcha ante los ojos del alto caballo negro, que ni siquiera parpadeó y no tuvo reacción alguna, por lo que debieron admitir que era en efecto ciego del todo.

Un «oh» recorrió la multitud dividida entre la sorpresa y la admiración.

—Ah, caramba, señor, si el diablo no os ayuda, ¿cómo maneáis este caballo ciego...? —lanzó una voz.

—Lo gobierno con la mano.

—¿Y eso basta...? —preguntó un boticario desde el umbral de su tienda.

—¿Y vuestros remedios, amigo, bastan para curar los cálculos en la vejiga...? —respondió Nissac, poniéndose de su lado a los reidores.

Hundió suavemente los talones en los lomos de su montura y se marchaba ya cuando le entregaron, uno tras otro, dos mensajes que lo contrariaron.

El primero, procedente del joven conde de La Tomlaye, le citaba a las seis de la tarde en una taberna del puerto llamada La Ballena Azul.

El segundo, más apremiante, le ordenaba ir de inmediato a ver al gobernador, pues al señor de Guisa no le gustaba esperar.



Guisa evitaba mirarlo de frente, pues los grises ojos del señor de Nissac le parecían tener la dureza del acero. Su voz, a la que hubiera deseado dar un tono desdenoso, sólo brotó de un modo entrecortado:

—No sois ya vicealmirante, Nissac.

El conde buscó la mirada del duque, que se la hurtó. En Nissac, que se creyó sancionado, la curiosidad fue más fuerte que la decepción y, en un tono bastante alegre, preguntó:

—¿Me han degradado a grumete...? Y, siendo así, ¿debo ese regalo a vuestra afectuosa atención?

Guisa ignoró la insolencia y respondió:

—Sois, a partir de hoy, almirante, almirante de pleno derecho. Así lo firmó el rey. Felicidades.

Nissac no respondió. Para él, a pesar del título, aquello cambiaba muy pocas cosas. En cambio, si lo nombraban almirante como agradecimiento por los pasados servicios, ¿por qué no cinco años antes, o dentro de cinco años, según el tiempo que tardaran en reconocer su mérito?

Molesto por aquel silencio, cuando cualquier otro hubiera manifestado su alegría, el duque de Guisa observó:

—Parecéis asombrado. Y sin embargo, según me han dicho, os mostráis a veces victorioso.

Para un hombre que nunca había conocido la derrota, semejante apreciación mostraba al de Guisa muy moderado en el comentario de tan brillante carrera.

—¿Algo más...? —preguntó Nissac, con la mayor descortesía.

El duque se apartó mordiéndose los labios; ¿ah, por qué aquel hombre le inspiraba semejante miedo, instintivo y desmesurado?

Forzándose a la calma, el gobernador de Provenza respondió:

—Tenéis que ir a París. El rey tiene que confiaros una misión secreta y peligrosa. Partid mañana mismo, al amanecer, almirante.

Nissac se retiró sin saludar y Guisa, interiormente, pensó con gran fervor: «¡Ah, que reviente...! Por el acero o por las olas, ¡pero que reviente...! Nunca me habían humillado de ese modo».



El almirante de Nissac llegó a la hora fijada a La Ballena Azul donde lo aguardaba, febril, Louis de Sèze, conde de La Tomlaye.

Ambos hombres se saludaron con un afecto que no era fingido y, luego, Nissac, puesto que se lo rogaban, contó brevemente su última campaña, omitiendo decir que había cañoneado duramente, de enfilada, toda la línea española, pues tal acción podía

considerarse como un secreto de Estado.

Luego, Louis se puso grave:

—Tengo que hablaros de mi hermana.

Nissac reflexionó, tomándose un tiempo, y respondió:

—También yo he pensado mucho en ella.

Louis, que no se sentía cómodo, prosiguió:

—Si supierais cuánta tristeza le produjo su impulso.

—Y sin embargo, le es habitual... y la cosa no cambiará nunca.

Louis, sorprendido, preguntó:

—¿Qué queréis decir?

—¿Qué ibais a decir, vos mismo?

—Pues bien, que os ama. Os ama pero no sabe gobernar su corazón, de modo que, en vuestra presencia, se muestra maligna y sufre hasta el punto de casi ni siquiera alimentarse cuando os hacéis a la mar.

El conde de Nissac no replicó. Sus ojos grises se demoraron al otro lado de los cristales, en la calle, donde un oso tocaba el tamboril bajo la férula de un gitano. El conde se preguntó, fugazmente, por qué no habían dejado al pobre animal libre en sus montañas cuando, aquí, su pardo pelaje estaba muy raído y sus ojos reflejaban la mayor tristeza del mundo.

—¿No respondéis, Thomas?

Nissac se contuvo para no encogerse de hombros. ¿Qué decir...? ¿Podía acaso explicar que uno de sus mayores goces, en el oficio de marino, era poder pensar durante horas, en la toldilla, y que a fuerza de contemplar las cuestiones por todos sus lados posibles, tenía de las cosas un conocimiento que en muchas ocasiones se veía confirmado por la realidad?

Quería mucho a Louis, su rectitud, su pureza, y que fuera tan íntegro en sus elecciones. Habría podido amar a Élisabeth y su corazón había ya cedido en parte a tan tierna inclinación, pero sabía que no iba a ser correspondido, o lo sería mal.

Pero ¿cómo decir esas cosas a Louis, con la firmeza bastante para que no fuera necesario volver a hablar de ellas, y de modo lo bastante suave para que no lo hiriese?

Nissac no siguió reflexionando.

—Vuestra hermana no me ama, Louis. Siente afecto por mí, y eso es muy distinto.

Estupefacto, Louis de La Tomlaye enmudeció por unos instantes; luego dijo:

—Muy al contrario, os ama con gran pasión.

—Sé muy bien que no.

Louis pareció herido.

—Me apena que lo dudéis... ¿Y qué va a pensar ella, salvo que vos buscáis un pretexto?

La tranquila voz del conde de Nissac contrastaba mucho con la de Louis:

—Renunciaría a tener la cabeza sobre los hombros, antes de que ella pueda

pensar tal cosa.

—Pues bien... Os ama, os lo aseguro, y todos los halagadores rumores que corren sobre vuestro nombre la llevan siempre hacia vos.

—¡Porque sólo conoce una vertiente, Louis...! No quieren saber que, con los berberiscos, nunca hago prisioneros, que ordeno arrojar al mar a sus heridos, cañonear sus barcas de salvamento... Y en algunos barrios de Marsella donde viven parientes de berberiscos, esta reputación no me hace favor alguno. Pero no es ésta la cuestión.

—¿Cuál es entonces...? —preguntó Louis.

—Vuestra hermana no me ama, Louis, y aunque me haya sido necesario, ciertamente, tiempo para comprenderlo, hoy no lo dudo ya.

—Por el amor de Dios, explicaos: parecéis tan seguro que me turbáis.

Thomas de Nissac contempló, en la calle, el espectáculo del pobre oso que, tambaleándose de un modo grotesco, seguía a su cruel dueño hacia otras limosnas, otros bastonazos, una muerte a la que lo abandonarían en el recodo de un camino cuando, demasiado viejo ya, no pudiera seguir...

A Nissac, a pesar del afecto que sentía por Louis, le hubiera gustado estar solo, pero escapar no entraba en sus costumbres.

Explicó:

—Os ama a vos, Louis. Oh, como una hermana ama a su hermano, aunque, en vuestro caso, tal vez más aún pues, en la vida, todo lo que os ha separado os acerca de nuevo, aunque de modo irresistible. Llenáis tanto su corazón que no hay ya lugar para nadie más y, aunque pude hacerme la ilusión contraria, sólo fue por vos, al haberos devuelto a la vida, al haberos devuelto a su vida... Le gustaría recompensarme y, al mismo tiempo, seros agradable pues soy vuestro amigo y, para eso, cree tener que convertirse en mi mujer, pero no me ama en absoluto y no debe pensar que algo semejante es honesto. Siempre encontrará un pretexto para agredirme, maltratarme, pues no desea en absoluto que el matrimonio se haga y, si tuviera lugar, sería una gran catástrofe en la que los tres nos sentiríamos desgraciados.

Louis quedó pasmado y vació de un trago su copa, algo que no le era habitual.

Habló tanto para Nissac como para sí mismo:

—¿Es posible que Élisabeth me haya representado semejante comedia?

El conde posó una mano amistosa en el antebrazo del joven.

—¿Acaso he dicho algo semejante, Louis...? No os ha mentido en absoluto. Pues se cree aún sincera. Su desesperación al no verme era desesperación por el hecho de que yo regresaría, sin duda, pero Élisabeth lo ignoraba. Si alguna vez ha mentido, y con toda buena fe, se ha mentido en primer lugar a sí misma. En cuanto supo mi papel en vuestra liberación, sintió un agradecimiento sin límites hacia mí y, puesto que a su alrededor sólo oía hablar de boda, se dijo que resultaría más fácil si me amaba. Puesto que era preciso casarse, yo era quien más lo merecía por haberos salvado, y si el jurisconsulto baboso que pude ver en vuestra casa hubiese estado en

mi lugar, ella se hubiera convencido de que lo amaba y debía casarse con él, sin comprender qué parte oscura rechazaría, en sí misma, a aquel hombre, aunque esa parte es una manifestación de la vida que no desea en absoluto obligarse por tener que casarse con un hombre al que no se ama.

Calló unos instantes y prosiguió:

—Mucho me temo, Louis, que siga siendo así. A veces, el padre ama a su hija con demasiada fuerza, el hijo estima a su madre de manera tan sublime que ninguna otra mujer encuentra gracia a sus ojos. Vuestra hermana os ama de un modo irrazonable... Sois un hombre inteligente, Louis, y sabéis que estoy en lo cierto.

Louis sintió que Nissac buscaba su mirada. Lo temía, pero no se la hurtó.

Entonces el almirante vio en los ojos del joven que no se había equivocado.

Era una aldea tranquila y bastante próspera, a orillas del Loira, no lejos de Orleans. Podía verse allí, incluso, una fundición de campanas, de buena reputación, que contribuía a la riqueza del lugar.

Aunque sólo fuera mediodía, en aquel día de helado invierno, el cielo de un gris de estaño hacía pensar que la jornada estaba más avanzada.

En la locura que iba a trastornar aquel apacible lugar, hasta el punto de que en la región, durante casi dos siglos, llamarían «la jornada sangrienta» a aquellos terribles acontecimientos, fueron los perros quienes se sintieron, en primer lugar, misteriosamente advertidos.

Varios aullidos de muerte, respondiéndose de modo siniestro en cada esquina de la aldea y, luego, todos juntos, e incluso aquéllos a quienes el terror atenazaba hasta el punto de que permanecían silenciosos, todos pues, tuvieron semejante actuación. Se los vio así con la cola entre las patas y los ojos temerosos, caminando con cuidado como si avanzaran sobre brasas ardientes. Grandes y pequeños, feroces o afectuosos, pronto sólo formaron una única jauría conducida por el más viejo de todos ellos y por el tuerto al que le faltaba una oreja y sólo tenía tres patas. En aquella procesión, parecían ratas abandonando la cala inundada, pero, por lo que a ellos respecta, abandonaban la aldea, por la calle principal y para no regresar nunca más.

Hombres y mujeres, niños incluso, dejaron sus conversaciones o sus juegos. Fascinados, contemplaban aquel rebaño de perros que iban al trote lento, en actitud muy decidida, con las miradas obstinadamente clavadas en el horizonte, sordos a la llamada de sus dueños, acallando entre sí cualquier querrela y semejantes a los múltiples cuerpos de un solo y mismo espíritu.

De pronto, los gatos desaparecieron a su vez, buscando su salvación en aquellos escondrijos que los felinos conocían por haber previsto siempre, en ellos, un posible retiro.

Finalmente, en las jaulas, los enloquecidos pájaros golpearon con el pico los barrotes, hiriendo cruelmente y hasta que brotó la sangre los dedos que se inmescuían para intentar calmarlos.

Los aldeanos sintieron primero un gran malestar.

Los de las viviendas salieron a la calle, los de la calle se miraban sin comprender, pero, sin embargo, se deslizaba en ellos un terror sin nombre, pues muchos pensaron que llegaba el fin del mundo y que los malcarados demonios iban a brotar de las entrañas de la tierra, súcubos para los varones e íncubos para las hembras.

Había helado mucho por la noche y se sabía que los brujos provocan la llegada del hielo batiendo con una varilla los orines que han vertido al claro de luna.

Muy pronto, todo el mundo estuvo fuera, los muy ancianos y los enfermos mezclándose con la chiquillería y los mocosuelos, silenciosos por una vez.

Luego, aguzando el oído, se escuchó un lejano y terrible ruido que se aproximaba

a gran velocidad. Entornaron los párpados para ver mejor y se acercaron intuitivamente a quien tenían más cerca.

Salvo por aquel estruendo, cada vez más perceptible, nunca la aldea había permanecido más silenciosa, pues las herramientas no golpeaban ya el metal del lado de la fundición, siempre tan ruidosa. El cura apareció en lo alto de la escalera de la iglesia y, aunque fuera de alta estatura y hubiese, según decían, manejado la espada tanto como el crucifijo en los tiempos en que perteneció a la Liga, su maciza silueta no tranquilizó en absoluto, y menos aún su rostro arrugado por las vicisitudes de un terror del que nadie imaginaba que iba a ser, algún día, víctima. Y aquél a quien se creía más cercano a Dios fue quien, en ese instante, pareció más alejado de Él, y el más abandonado. Aquella visión puso un nudo en el estómago de numerosos habitantes. Por fin, aparecieron «ellos»... Aparecieron, y de aspecto tan espantoso que el miedo paralizó las piernas, nubló las miradas y atravesó los oídos amplificando el estruendo que hacían los monstruos con el galope de sus caballos.

El que montaba un caballo blanquecino había salido de la tumba, a menos que fuera de los margales donde, en algunas regiones de muy antiguo derecho consuetudinario, se arroja vivos a los monjes que hayan cometido tan gran crimen que no tiene perdón aquí abajo.

Con el capuchón echado sobre sus enjutos hombros, ofrecía un rostro que creyeron devorado por la podredumbre de la tumba, pues le faltaban nariz, mejilla, labios y un ojo en la vacía y enrojecida órbita, al parecer, mientras se veían los huesos de su mandíbula y las muelas en ellos.

Llevaba la lanza en una mano, la espada en la otra y sus crueles espuelas penetraban en los sanguinolentos flancos del caballo blanquecino.

Cuatro más seguían al monje, del mismo modo armados y lanzados a todo galope, pero éstos no mostraban un cráneo medio podrido pues tenían cabezas de lobo con todos los colmillos fuera.

No hablaban, no gruñían, parecían no tener que respirar pero mataban a diestro y siniestro, tanto con la lanza como con la espada o con el sable, y tanta era su fuerza que, cuando la gruesa hoja caía sobre un cráneo, partía al hombre hasta el cuello.

En la población, nadie resistía, nadie huía siquiera, aguardando como ganado resignado el cuchillo del matarife.

Sin embargo, apareciendo a toda carrera, aunque a pie, entre dos casas, un preboste aislado, con la espada en alto, se lanzó contra el monje de rostro descompuesto por la podredumbre y le hubiera dado, sin duda, un golpe mortal si uno de los alobados, de un lanzazo, no le hubiera atravesado el corazón.

El horrendo monje, que parecía el jefe de los cuatro alobados, miró a su salvador con una expresión en la que pareció leerse la sorpresa y el agradecimiento, y alguien juró luego que había dicho:

—¿Amarillo...? ¿Tú...? ¿De verdad...?

Pero aquellas palabras, las únicas que pronunció la horda, no fueron en absoluto

reconocidas luego por las autoridades civiles y eclesiásticas, pues no hay hombre alguno que pueda llamarse Amarillo, ni siquiera un alobado.

Sin embargo, mientras se producía aquel incidente, otras criaturas proseguían su mortífera tarea y no actuaban, en absoluto, con bestial ceguera aunque ciertamente pudiera afirmarse eso por sus maneras, si bien no por la elección de las víctimas, pues quienes rodaban por el polvo eran, sólo, los hombres válidos capaces, una vez pasada la sorpresa, de reaccionar ofreciendo cierta resistencia.

Así, diezmados los hombres, y no temiendo ya las reacciones de la población, los alobados iniciaron la cacería de niños. Sin ni siquiera bajar del caballo, los agarraban por un brazo, los izaban hasta las sillas e, indiferentes a los aullidos de las madres, arrancaban las palpitantes carnes de la garganta con la ayuda de sus formidables mandíbulas.

Más allá, haciendo tintinear las espuelas de sus botas, el monje de cráneo medio podrido, bajando del caballo, subió pesadamente los peldaños de la iglesia cuya entrada estaba protegida por el cura veterano de la Liga. Y éste, a quien la visión de semejante barbarie había devuelto cierto valor y una fe vacilante por unos momentos, se mantenía allí con los brazos abiertos para impedir la entrada en el lugar santo.

Sin embargo, cuando estuvo ante el inhumano espectáculo que ofrecía el rostro destrozado del monje, el valor del cura vaciló de nuevo, como cedió su decisión de defender el lugar consagrado.

Y cuando retrocedía paso a paso, el monje, sacando de los pliegues de su mal hábito un puñal curvo, como los que se ven en los pueblos de las tierras de Berbería, abrió, ampliamente, la garganta del sacerdote.

Saltó entonces, de una zancada, sin lanzar una mirada, sobre el cuerpo que se agitaba bajo los efectos de las convulsiones y, luego, decidido, penetró en la iglesia, donde rompió el cristal para apoderarse de la tiara adornada de diamantes que, según la leyenda, había traído de Egipto el propio san Pedro y que era de tanto valor que incluso un rey hubiese renunciado a adquirirla si hubiera tenido que comprarla por su verdadero valor.

Con los ojos en blanco por efectos del placer, se puso la tiara.

Sacrílego, mostrando un horrendo rictus del que pensaron que podía ser la sonrisa de aquella boca sin labios, salió así a lo alto de las escaleras, acabando de abrumar a la población martirizada, resignada ya.

Resignada, con una sola excepción.

Se llamaba Isabelle de Guinzan, pero, a pesar de aquel nombre, no era en absoluto noble, sino viuda de un oficial de marina desaparecido en los mares de Poniente tres años antes.

De veintiocho años de edad, alta, llevaba los rubios cabellos cayendo muy abajo sobre los hombros y levemente ondulados. Con los ojos verdes, la boca bien dibujada, la encontraban hermosa, y arrobadora luego cuando sonreía, pues aquella sonrisa estaba preñada de dulzura y sensualidad.

Salió a la calle cuando uno de los alobados, Verde, ganapán de antigua profesión, se inclinaba en la silla para agarrar a una niña de cinco años.

La joven, que acababa de regresar de sus viñas, evaluó en un instante la situación.

Y alargando su gracioso brazo con una rigidez de estatua, dicho eso para que no se sospeche que temblaba, apuntó al alobado al tiempo que se advertía que su hermosa mano se veía prolongada por una pistola que hizo fuego.

En la mayoría de las hipótesis referentes a semejante caso, considerando la velocidad y seguridad del gesto de la muchacha, Verde hubiera debido caer al suelo, con la cabeza destrozada, pero el muy astuto se inclinó sobre la silla en el último instante y la bala le penetró en el hombro destrozando las carnes al bies. Bajo los efectos del dolor, Verde se vio descabalgado.

Y fue entonces cuando los alobados, inquietos por primera vez, vieron que Isabelle de Guinzan corría hacia el cadáver del preboste, tomaba su espada y daba media vuelta con la evidente ambición de rematar a Verde. Viéndolo, Azul saltó del caballo y cruzó el acero, pero, con gran desagrado por su parte, advirtió que la joven sabía manejar la espada, compensando con agilidad, ligereza y audacia la fuerza que le faltaba.

En su silla, nervioso, el monje de rostro descompuesto se impacientaba.

Amarillo descabalgaba ya para echarle una mano a Azul cuando una piedra le alcanzó en las fauces y, por efecto del dolor, soltó la espada.

Esta vez, y mientras los aldeanos lanzaban más piedras, el monje hizo ademán de que montaran a caballo, pero la joven no hubiera soltado a su presa si Rojo, lanzando desde muy lejos su caballo, no hubiera pasado como una tromba, empujando a Isabelle de Guinzan, que rodó por los suelos. Luego, como venganza, dos alobados lanzaron tizones sobre el techo de bálago de la casa de la joven, y las llamas lo consumieron rápidamente.

Llevando a Verde atravesado en la silla de uno de ellos, los cuatro jinetes del Apocalipsis desaparecieron al galope.

Y sólo se oyeron ya los lamentos de los heridos y los llantos de las madres.

Isabelle de Guinzan, con un mechón rubio y rebelde cruzando su frente, se preguntó entonces si no lo habría soñado todo.

Luego, viendo su casa en llamas, no persistió en esa duda.

En los tiempos de gran modernidad, bajo Enrique IV, tal como aparecían a quienes vivían en el reino por aquel entonces, se sonreía ante la evocación, cincuenta años antes tan sólo, del reinado de Francisco I, uno de los Valois, de los que Enrique III fue el último en ocupar el trono.

Pues, bajo el de Bearn, un despacho tardaba sólo seis días en llegar a Irún, cuatro en llegar a Londres y, también desde París, llegaba a Orleans o a Ruán en menos de dos días.

El conde de Nissac, por su parte, iba a buen paso desde Toulon, aunque sin reventar a *Flamante*, su alto caballo negro y ciego.

Se preguntaba, ciertamente no sin curiosidad, cuál sería aquella «misión secreta» que el rey quería confiarle e, hijo de la región de Saint-Vaast-La-Hougue, se encontraba en la situación de muchos provincianos que, no sin buenas razones, sienten por París una gran desconfianza.

Hacía un frío desolador y el almirante iba envuelto, al paso de su caballo, en su larga capa azul marino, con el ala de su sombrero empenachado caída sobre los ojos. En medio del camino, más de una vez, había cadáveres de pájaros sorprendidos por el hielo en pleno vuelo y que caían como piedras.

Algunas posadas no abrían sus puertas, aguardando días mejores, y el conde de Nissac decidió pedir hospitalidad en modestas chozas. Aunque pagase en moneda de oro, no era extraño que se las rechazaran, dando preferencia a la hospitalidad, y a Nissac lo conmovió comprobar que la verdadera generosidad se encontraba más en pobres hogares que en castillos de una nobleza a menudo avarienta, hipócrita y de gran sequedad de corazón.

El almirante de Nissac, que pasaba la mayor parte de su vida en el mar, conocía poco las condiciones de existencia de los campesinos, en aquellas viviendas llenas de humo y muy difíciles de calentar. Aquí, se comía a las diez, mientras que la colación de mediodía se tomaba más tarde en los hogares burgueses, y la cena se hacía a las siete de la tarde.

Las comidas se organizaban en torno al pan de centeno o cebada, mojado en una sopa ligera, y en las regiones más pobres, se conseguía un complemento con bellotas, castañas, raíces y hierbas silvestres.

La cuestión en nada contrariaba al conde de Nissac, hombre para quien el comer bien tenía poca importancia y que, más aún, se había acostumbrado, sin forzarse, a la frugalidad habitual en los bajeles de la Marina Real.

De modo que se sentía confuso cuando le ofrecían cerdo, carne asequible en los hogares modestos pero que, sin embargo, se servía raras veces, y estaba mucho más cómodo cuando le cortaban rebanadas de pan de centeno, por lo general cocido para tres semanas, a lo que se añadía un arenque, un huevo y un pedazo de queso.

Las casas de adobe, es decir de barro seco, eran oscuras pues había pocas

ventanas, pero, con sus techos de bálago, aquellas moradas desafiaban los siglos. Ciertamente, los campesinos iban descalzos y vivían allí con sus animales, pero en aquellos lugares reinaba a menudo el placer de vivir y, por lo que a la felicidad se refiere, sin que a ella se le ocurriera acudir por sí misma a semejantes lugares, nadie vacilaba en ir a buscarla.

Terminada la comida, las mujeres se atareaban en las ruelas, mientras hablaban, y los hombres trabajaban también pues había que engrasar el cuero, que agramar el cáñamo y que cascar las nueces. Pero, más a menudo, se hablaba ante la chimenea, evocando recuerdos de antaño, diciendo muchas maldades de los vecinos o cantando mientras, en la propicia penumbra, muchachos y muchachas se acariciaban el cuerpo con manos indiscretas...

A veces, cuando nevaba, las mujeres tendían su colada en la casa y las oscuras paredes se volvían entonces tan alegres que hubiérase dicho que nevaba, también, en el interior de las moradas, lo que hacía más vivas las melodías del tocador de viella invitado a semejante fiesta.

En todos aquellos hogares, el conde de Nissac, por la mañana, dejaba una moneda de oro, entregándosela a veces a un niño o, más a menudo, poniéndola en el fondo de un bol o bajo un bote.

El viaje transcurría pues con gran tranquilidad, o casi...

En Aviñón, dos bandidos le habían cerrado el paso, pero puesto que Nissac llevó las manos a sus pistolas mientras sus ojos grises, inexpresivos de pronto, no se apartaban de ambos hombres, éstos habían pedido gracia sin que se entablara combate.

En Valence, otra aventura estuvo a punto de terminar más trágicamente. Una mujer considerada adúltera se veía obligada a correr desnuda por las calles de la ciudad, bajo los abucheos de la población, cuando apareció Nissac, solo, llevando su caballo de la brida, con su alta silueta cerrando la estrecha calle. Detuvo a la mujer con un gesto de su mano enguantada en gris perla y cubrió con su capa azul marino la desnudez de la infeliz.

Así era el conde de Nissac, que no tenía en cuenta la tradición cuando ésta afectaba a la dignidad humana.

Privada de su espectáculo, la multitud gruñó, y envió al apuesto señor empenachado algunos brabucones, pero aquello no pareció impresionar en absoluto al extranjero, que, tranquilamente, desenvainó la espada.

La decisión de Nissac no tenía grieta alguna, pero fue más fuerte aún, en su corazón, cuando la infeliz le dijo con una vocecilla temblorosa:

—Mi apuesto señor, os maltratarán pues son malvados y, siendo sólo la mujer de un peluquero, no valgo tanto como para que expongáis así vuestra vida.

Nissac la miró con más atención. Era fuerte, de piel fea pero con una mirada tan dulce, tan resignada a sufrir el mal que deseaban imponerle, que el conde de Nissac se conmovió como si su alma se estremeciera. Le sonrió y respondió:

—Sólo yo debo juzgarlo, señora.

—No me llaméis señora, caballero, debéis saber que no valgo nada.

—¿Ah no...? Tendré que recordarlo, pues tengo poca memoria cuando no estoy de acuerdo... Señora.

—Pero, señor, si os mataran, habríais muerto por mí y es..., es...

—¡Sería un gran honor, señora!

Tres hombres la emprendieron con Nissac, que, para su desgracia, manejaba con tanta excelencia la espada como el sable, de modo que los tres fueron desarmados y gratificados con una estocada en el culo que, habiendo entrado profundamente la hoja, hizo brotar la sangre.

En la multitud, vacilaron antes de delegar a otros cuatro, que no fueron más afortunados, pues se encontraron desarmados y con las nalgas estoqueadas con mayor rapidez aún que los anteriores.

Llegaron entonces los soldados, pero el sargento, hombre de cierta edad, advirtió el aspecto y las maneras del desconocido; sospechando que se trataba de un alto señor a quien rogó que se presentase, el interesado lo hizo así:

—Thomas de Pomonne, conde de Nissac, almirante de los mares del Levante. Al servicio del rey.

El sargento rectificó su comportamiento y su posición. Por su parte, habría dejado que el conde se marchara, pues el servicio del rey no admite retraso, pero la multitud seguía esperando que le devolviesen la mujer adúltera. También ahí el sargento hubiera liberado, de buena gana, a la pobre criatura de sus atormentadores, pues, por su gusto, era de quienes no soportan que se humille a las mujeres. Sin embargo, no quería tener problemas; dijo pues sin gran convicción:

—Señor conde, vais en este asunto contra los usos habituales.

—Sargento, cuando los usos son malos, hay que cambiarlos.

—¿Pero qué voy a decirles?

Nissac, divertido, subió a un mojón y se dirigió a la multitud:

—Mujeres, ved a vuestros maridos y qué tristes están. ¿Por qué los usos los han excluido de esa práctica que, esta vez, les concerniría...? Mujeres, ¿acaso no os han engañado nunca?

Un sordo rumor le respondió favorablemente. Prosiguió:

—Pues bien, que los desnuden a todos y los hagan correr por toda la ciudad para dar cierto aire a sus grandes panzas y frescor a los furúnculos de sus gordas nalgas.

Algunos hombres protestaron, clamando unos pocos que no tenían gran panza ni furúnculo, otros que semejante tratamiento sería pura barbarie, pero tres de ellos, es decir, dos donceles y un viejo macho cabrío, encantados, se desnudaron proclamando que, desde hacía ya mucho tiempo, soñaban en pasear desnudos por la ciudad ante la mirada de las damas. Entablaron así conversación, pues, si algunas damas querían la igualdad de tratamiento, otras argumentaban que semejante espectáculo sería un gran horror para sus ojos.

Entretanto, algunas, las silenciosas, concentraban su atención sobre una extraña visión. En el gran caballo negro y ciego, procedente de Andalucía, la mujer adúltera era devuelta a su casa por aquel señor que llevaba sombrero de plumas, y el jinete dejaba a sus espaldas muchos corazones soñadores.

Así, hombres y mujeres cruzan fugazmente la vida de mujeres y de hombres sin saber nunca que han seducido, y para siempre a veces...

Amarillo no sabía ya en exacta medida qué debía pensar. Por lo demás, no sabía tampoco si seguía siendo capaz de hacerlo. El amo se lo había dicho, a él y a los demás alobados: «Obedeced al instante, y siempre. Entonces no conoceréis ya los tormentos de quienes ignoran hacia dónde deben llevar sus pasos».

Amarillo se interrogaba sobre esas tranquilizadoras palabras en una vida que, por su parte, no lo era. En muy poco tiempo, los alobados que compartían su existencia lo habían aceptado como uno de los suyos, pero no estaba seguro de desearlo.

Le hubiera gustado oír consejos distintos a los del amo y saber si existía conducta distinta que fuera posible en su vida. Entretanto, esa pluralidad no era en absoluto contemplable seriamente, pues sólo entraban en el castillo de las Quimeras alobados, o niños destinados a no vivir mucho tiempo, pero ningún buen conversador se sentaba junto a la chimenea —además, no la había— para discutir esas cosas y la posibilidad de elección que de ellas tenían.

Con una audacia de pensamiento que, por algunos instantes, le causó gran espanto, Amarillo pensó que el curso de su nueva existencia no le satisfacía.

En su precedente vida de vagabundeo, en la que lo perseguían si cometía «el gran pecado», que consiste en matar niños, a veces llegaba a renunciar. Se producía entonces, en un misterio de su corazón y su alma que nunca conseguía desvelar, un fenómeno que algunos llaman «compasión».

Era así libre de no matar a cierto niño de profunda mirada, o a otro de torpes gestos que provocaban emoción. Era libre de hacerlo, pero también de ir y venir, sin verse prisionero en esa celda cuyos barrotes encerraban su cuerpo y, del mismo modo, la esperanza de seguir corriendo por los valles húmedos de rocío o de sentarse en una mala piedra para ver cómo el sol desaparecía tras un denso bosque de abetos.

Apartó aquel pensamiento, siguiendo al amo que lo precedía por los subterráneos cubiertos de osamenta. El ruido de las llaves que el ambrosiano llevaba en la mano era un sonido alegre, inesperado en aquel lugar siniestro.

Amarillo caminaba tras el amo con aplicación, con la certidumbre de que debía estar siempre atento porque nunca el hombre de rostro mutilado había parecido del todo convencido de que el último alobado que había llegado al castillo de las Quimeras fuera semejante a los otros en su renuncia a cualquier humanidad.

—He previsto para ti una hermosa recompensa... —dijo el amo sin ni siquiera volverla cabeza.

—¡Mmm, mmm!

No hablar. Expresar, en aquel gruñido que era lenguaje común para los alobados, lo que en otro tiempo hubiera denominado «dar las gracias». Sobre todo no revelar que se resistía al amo cuando éste exigía que abandonase su parte humana para que ese espacio, dejado libre, fuera ocupado sólo por el salvajismo animal que le fue entregado por el diablo en el nacimiento.

En su reflexión, que era para él el único medio de sobrevivir como hombre, Amarillo se preguntó por qué el amo, que no aguardaba más respuesta que algunos «Mmm, mmm», perseveraba en hablarles del modo habitual. Con la sola excepción de sus viajes a París, para los que preparaba un extraño capuchón que terminaba en forma de cono, el amo, que vivía confinado entre sus alobados, tal vez temiera sumirse también en aquel mundo cerrado para los hombres y del que nadie regresa.

La llave giró en la cerradura de la puerta formada por fuertes barrotes y el amo, antes de empujarla, contempló a Amarillo con su único ojo.

—Amarillo, me has inquietado sobremanera, pues creí que sólo a medias eras alobado, pero el modo como mataste al preboste que ponía mi vida en gran peligro me da grandes esperanzas de que hayas renunciado a la sociedad de los hombres. No estás en absoluto hecho para vivir entre ellos. Por lo demás, ¿de qué te hubiera servido empeñarte más en semejante error...? Y si lo hubiera creído, tú no pertenecerías ya a este mundo, pues, de haber deseado llegar a semejante extremo, os habría matado, a ti y a todos los que no se mostraran fieles.

—¡Mmm, mmm...! —respondió Amarillo, que deseaba escapar de aquel único y escrutador ojo sin atreverse a hacerlo, pues hubiera significado alimentar la suspicacia del ambrosiano.

Éste suspiró, como si su juicio dudara aún, y abrió de par en par la puerta de la celda cerrándola con llave en cuanto Amarillo hubo cruzado el umbral.

Mientras los pasos del monje se alejaban, Amarillo, a la débil claridad de una mala vela, descubrió a un niño de un poco más de dos años, muy rubio y gordezuelo.

El alobado se estremeció de los pies a la cabeza. Oleadas de deseo se apoderaban de él, lo exaltaban, lo llevaban hacia esas alturas tan queridas como malditas, que sólo pueden alcanzarse con el «gran pecado» en el que se desgarran las carnes y se descuartiza a un niño.

Pero las cosas no ocurrieron así.

Un gesto, bastó un simple gesto, y Amarillo, sin que lo supiese, dejó de pertenecer a la maldita ralea de los alobados.

El niño miró al hombre de macizo torso, gruesos brazos, manos de leñador y cabeza de lobo gris y... con los brazos abiertos, se acercó a él sonriendo.

Amarillo, confundido por sentimientos entremezclados y contrarios, sintió que el niño estrechaba con fuerza, entre sus bracitos, sus piernas cuyas botas llegaban a las rodillas.

Turbado y curioso, Amarillo se inclinó, tomó al chiquillo por las axilas y lo levantó hasta su rostro.

El niño lo miró, sonrió y, adelantando una mano gordezuela, acarició el pelo gris de la cabeza del lobo.

Amarillo se interrogó, no sin angustia, pues, en tiempos habituales, su aspecto provocaba un terror tal que las pequeñas víctimas aullaban o, por el contrario, quedaban sin voz, con los ojos desorbitados por tan espantoso espectáculo.

El chiquillo llevó muy pronto la turbación de Amarillo a su paroxismo, pues bostezó, señal de que no sentía el menor miedo y, tomando al alobado por el cuello, apoyó la cabeza en aquel hombro musculoso y se durmió enseguida.

Amarillo no se atrevía ya a moverse.

Se hallaba en el centro de su celda, llevando en sus brazos a aquel niño dormido y sin comprender la cascada de sentimientos que golpeaban, como una tormenta, su corazón.

Luego, la evidencia se impuso y murmuró:

—¡Me necesita...! ¡Confía en mí...! ¡Mi aspecto no le parece en absoluto horrendo...!

Y eso suponía tres cosas que siempre habían faltado, y de un modo cruel, en la vida mediocre de Amarillo.

De modo que su decisión estuvo rápidamente tomada:

—¡Vivirás...! ¡Y moriré para que vivas...!

Entonces, el antiguo cerrajero se acercó a la muralla tantas veces asesina y, luego, quitó una piedra que estaba suelta.

Tomó entonces una llave, basta en sus acabados pero hábilmente trabajada en la parte que entraba en la cerradura.

Así había ocupado el tiempo que no era consagrado al entrenamiento militar.

No pensaba en absoluto, cuando hacía esta labor, en una evasión, pero aquella llave, que abría una cerradura, abría del mismo modo un sueño: el de poder evadirse hacia otra vida. Aunque hasta entonces, sólo la idea de que la huida fuera posible había despertado su interés, no la huida en sí misma.

Amarillo, sosteniendo con una mano al niño pegado a su sólido pecho, acercó la otra a la cerradura.

La llave giró sin rechinar.

Aunque ya estuviera hecho, quedaba lo más difícil: ¿cómo iban a reaccionar, detrás de sus rejas, los otros tres alobados, sus compañeros?

Sin embargo, dos dormían profundamente, y Verde gimiendo, pues había sido herido en el hombro por la joven rubia que les había plantado cara.

Pero Rojo, en cambio, no dormía. Precisamente Rojo, el más veterano, el que procedía de la nobleza, se mostraba siempre el más cruel, el más ávido de sangre... Era, en fin, el que había devorado el rostro del amo para convertirlo en aquella cosa horrenda que no era ni siquiera contemplable.

El uno en el corredor, llevando un niño, el otro detrás de su reja, en la mayor inmovilidad, ambos alobados se observaban, semejantes a estatuas.

Ninguna palabra fue pronunciada, nada en su cuerpo se movía y, sobre todo, no aquel par de ojos detrás de las cabezas de lobo.

La tensión se hacía tan fuerte que Amarillo tuvo la sensación de que podía tocarla.

Luego, contra cualquier esperanza y en aquel gran silencio, Rojo inclinó su

cabeza de lobo, abriendo así el camino de la libertad.

Amarillo devolvió el signo y se zambulló, con el niño, en la profundidad de los subterráneos convertidos en osarios...

Se habían reunido en una gruta natural a orillas del río Sena, donde no tenían nada que temer. En efecto, el capitán de los barcos del rey y del Sena había sido comprado, a lo que se habían añadido algunas amenazas, de modo que no había en absoluto riesgos.

El duque D'Épemon, bajo su capirote, deploraba que una vez más, aquel maldito monje ambrosiano llamado Vittorio Aldomontano no hubiera acudido. Menos por su propia persona que por el interés superior que representaba. Como cortesano acostumbrado a las maniobras de la Corte, y conociendo su versatilidad, D'Épernon se preguntaba si aquel desinterés no debía de interpretarse como una desautorización tardía.

Presidiendo la sesión como solía hacerlo, D'Épernon paseó su mirada por los conjurados, que parecían espectros; tanto los puntiagudos capuchones y los reflejos de las antorchas daban a la escena un aire sobrenatural muy digno del más allá.

El duque se esforzó en convencerse de que la ausencia del ambrosiano no se prestaba a consecuencia alguna pues, sin duda, una de sus criaturas, aquí presente, la avisaba de todo lo que se decía en el consejo.

Puesto que la solicitaba, el duque D'Épernon dio la palabra al embajador de España, don Íñigo de Cárdenas.

El hombre tenía gran experiencia y conocimiento de los asuntos franceses, así como de todos los grandes de la Corte, de modo que Felipe III sólo en él depositaba su confianza.

Don Íñigo de Cárdenas, hombre apuesto, inteligente y astuto, gustaba a las mujeres, algo que en ese medio en nada perjudicaba al progreso de sus asuntos.

Podía mostrarse cortante y, un momento después, absolutamente servil. Se le había visto, en el Louvre, detener a un lacayo que llevaba la espada de Enrique IV y, tomándola, la había llevado con gran devoción a sus labios diciendo en voz bastante alta para ser oída:

—¡Afortunado soy por haber tocado la espada del más bravo rey del mundo!

¡Pocas veces se cae tan bajo en el halago!

En un tono mesurado, el español observó que las cosas no avanzaban demasiado, y añadió que era urgente matar al de Bearn, que se había convertido falsamente pues, utilizando su propia expresión, «la hiena hedionda» se disponía a declarar la guerra a España, deseando que, ante el mundo, Francia fuera la mayor potencia de Europa, cosa cierta por otra parte, pero que lo sería más aún si España era aplastada militarmente.

Había una mayoría de franceses en el círculo de los conspiradores pero, con gran alivio del duque D'Épernon, ninguno se sintió herido por aquellas palabras, pues poco les importaba el renombre de su país, ni siquiera que fuese ocupado por el extranjero. En efecto, todos pensaban sólo en sus ambiciones personales, olvidando el

bien público y la independencia de la nación.

Así, en la historia de Francia, traición y pacto con el enemigo son muchas veces obra de las élites de la sociedad...

D'Épernon debía responder al embajador, y lo hizo sin demorarse más:

—¡Tenemos al hombre...! Sé que lo tenemos, que es aquél cuya vigorosa mano nunca temblará...

—¿Habéis hablado con él...? —preguntó el barón Dietrich von Hoflingen que, en aquella asamblea, representaba a los Habsburgo de Austria.

D'Épernon inclinó la cabeza.

—Le he hablado. Y le he hablado de su misión, que el pueblo alabará y que le abrirá las puertas del paraíso.

—¡Pero no el paraíso en la tierra...! —dijo con una mueca Jehan de Bayerlin, considerado como la más fina espada del reino y que era coronel en la caballería ligera.

D'Épernon ignoró la ironía. Consideraba a aquel Bayerlin un loco, aunque temible, pues había disputado cincuenta duelos y mandado al cementerio a cuarenta y uno de sus adversarios, habiendo los demás sobrevivido sólo para ser amputados.

—¿Es un loco o un débil de espíritu...? —preguntó Concino Concini, cuyo acento italiano era más agradable a los oídos de la concurrencia que el acento germánico del barón Von Hoflingen.

D'Épernon vio la trampa.

En efecto, un loco no es seguro y, muy a menudo, resulta imprevisible, salvo algunas excepciones como aquel gran señor, uno de los grandes nombres de Francia, que se cree calabaza y hace que su gente, cada jornada, a mediodía, lo riegue en su jardín.

«Regar a mediodía cuando el sol está en el cenit no es bueno para las plantas...», había bromeado Enrique IV, que no lo quería demasiado.

La marquesa de Verneuil respondió en lugar de D'Épernon:

—Tiene ese tipo de locura en la que teme a Dios y obedece, ciegamente, lo que considera sus mandamientos.

—¿También vos lo conocéis...? —preguntó sin ternura Léonora Galigai, esposa de Concini y confidente de la reina, que detestaba a la hermosa marquesa, pues la Galigai se consideraba a sí misma muy fea y contrahecha.

El duque D'Épernon tomó en sus manos, de nuevo, la situación.

—Hay que ocuparse bien de ese hombre que, entregado a sí mismo, pronuncia palabras de iluminado que pueden traicionarlo.

El cardenal de Bellany, que por lo general hablaba muy poco en aquellas asambleas, pareció preocupado.

—De modo que, si ese hombre escapa a vuestra vigilancia y anuncia en la ciudad su ambición de matar al rey, lo detendremos. Estaremos entonces en tal situación que no podremos ya aspirar a terminar con el renegado Enrique IV. ¡Eso no resulta muy

alentador!

D'Épernon suspiró. Si incluso Bellany, que solía ser tan poco activo, se le escapaba, sin duda antes de que transcurrieran muchos días tendría que perder su tiempo tranquilizando a ése o a aquél, cuando quedaban por hacer más graves tareas.

Su tono se hizo más frío, y todos lo observaron.

—Tenemos dos asesinos más que pueden servir para nuestro proyecto, si el primero fallara.

—¿Y no son mejores...? —se inquietó el embajador.

D'Épernon sintió repentinas ganas de marcharse sin responder, pero su ambición de dirigir los asuntos del reino o de ser gran condestable de Francia, título abolido por Enrique IV, alimentó su paciencia.

—No son los mejores regicidas y, aunque lo fueran, tampoco podríamos lanzarlos a esa empresa. Pues no olvidéis que la reina nunca ha sido coronada y que es absolutamente imprescindible hacerlo antes de pasar a la acción. Ella misma trabaja para ello y todos, incluidos quienes no pertenecen a la conspiración, pues Enrique IV no puede partir a la guerra y arriesgarse a que lo maten, sin que la reina sea coronada para asegurar la regencia. Sabemos que el de Bearn se ha decidido finalmente a ello y es, ahora, cosa de semanas o pocos meses. Lo difícil es que nuestro asesino debe golpear en el cortísimo período que separará la coronación de la partida a la guerra, pero sabemos de fuente segura que el maldito Sully hace todo lo que puede para acortar más aún ese breve intervalo de tiempo, para prevenir cualquier atentado.

D'Épernon había hablado de un tirón y con rapidez. Recuperó el aliento y lo dejaron hacer, impresionados, pues estaba claro que la organización de aquel asunto parecía muy cuidadosa y por tanto confiaban en tener éxito.

D'Épernon concluyó:

—El tiempo, para el asesino, no es un problema. Es un fanático, quiere conseguirlo. Golpeará cuando le digamos que lo haga, y donde le digamos.

—¿En qué ocupa su tiempo...? —preguntó el cardenal de Bellany.

D'Épernon sonrió bajo su capirote:

—Le hacemos escuchar sermones escritos, especialmente para él, por los jesuitas y, creedme, encuentra en ellos materia para fortalecer su odio.

Ella miró el paisaje sin verlo, y lamentó haber cedido.

Todos la habían asediado, casi, para que aceptara, tanto la iglesia de Orleans con sus más altos representantes, los magistrados de la ciudad, uno de los cuales la acompañaba hoy en esa carroza, como las mujeres de los grandes señores que, por primera vez, la recibían en sus castillos ofreciéndole pasteles y golosinas. Y ni siquiera el pueblo dejaba de insistir en que acudiera a la Corte, puesto que el rey en persona quería escuchar esa historia de alobados y ver con sus propios ojos a quien se había opuesto a tan horribles criaturas con mucho valor y firmeza de carácter.

La rubia Isabelle de Guinzan, cuyos verdes ojos reflejaban la cólera y la impaciencia por terminar de una vez, pensaba que iba a perder el tiempo. El rey la escucharía con gran atención, mostrándose terriblemente desolado por las desgracias que habían afectado a la pequeña aldea cercana a Orleans, pero eso no devolvería en absoluto a las mujeres sus maridos atravesados por los lanzazos ni sus hijos degollados a dentelladas por la salvaje horda de los alobados.

Y, como siempre, París se metía en cosas de las que esa fútil ciudad no tenía en absoluto entendimiento, pues todos los acontecimientos importantes podían producirse en otra parte, incluido...

La hermosa joven parpadeó para que las lágrimas no corrieran por sus mejillas. Tan intacta permanecía su emoción como en el instante en que vio llegar, desde Orleans y las campiñas circundantes, un muy numeroso grupo de albañiles, carpinteros, pintores, cerrajeros y techadores que se apresuraban y se empujaban, a veces, para reconstruir su casa destruida por los alobados. Y era aquél uno de los escasos gozos que había conocido, pues en el teatro de su vida, la desgracia había ocupado siempre el palco principal.

Única muchacha de su familia, con cinco hermanos mayores que ella, se encontraba de nuevo sola hoy. Su hermano mayor había muerto en el sitio de París que hizo Enrique de Navarra, otro en la batalla de Ivry, el tercero en la expedición montada por Enrique IV contra el levantisco duque de Bouillon. Por lo que se refiere a los otros dos, marinos, el uno había desaparecido ante las costas de Canadá y el último, el más joven, que servía en el mismo navío que su marido, pereció con él en un naufragio del que nada se supo, o casi.

Su marido...

Aquella evocación la incomodaba mucho.

Isabelle de Guinzan, independiente en su carácter, no quería tomar esposo, y prefería quedar solterona a soportar a un hombre que no fuera la propia imagen del amor como ella lo imaginaba. Pero, al igual que para este viaje a París, surgieron presiones de todos lados.

Terminó pues por no luchar y se casó con aquel barón de Guinzan que perdió su título cuando el rey lanzó una campaña de verificación de la nobleza, y el barón, por

negligencia y pereza, no aportó los documentos exigidos que, sin embargo, efectivamente existían.

Aunque no fuera ya barón, y eso no le importara en absoluto, seguía en posesión de hermosas viñas que producían el reputado vino de Orleans, y permitían vivir. Pues, en efecto, y así lo demostró la misma noche de bodas, el barón prefería la botella a cualquier otro placer, incluso el de su mujer, y no llevaba a casa demasiado sueldo, por habérselo bebido.

El matrimonio duró dos años antes de que el esposo desapareciese en un misterioso naufragio, pero aquellos dos años no fueron en absoluto felices e Isabelle sufrió el temor de las escalas, cuando el hombre de aliento preñado de vino le hacía el amor soltando gruñidos que parecían los de un cerdo.

Luego, en los últimos meses del matrimonio, ella le había prohibido tocarla y, cuando él comenzaba a pegarle, descubrió con estupor que una muchacha con cinco hermanos, soldados o marinos todos, que la querían —aun tratándola muchas veces como un muchacho—, no era una palomita sino un temible adversario.

Así, a puñetazos y patadas, ella lo dominó. Él desenvainó la espada, ella blandió otra, oxidada, y tuvo lugar un duelo en la calle mayor de la aldea. Él obtuvo una cicatriz y ella el mayor respeto de la población. Ebrio de rabia, con el rostro ensangrentado, él había ido a buscar dos pistolas y, disparando primero, sin galantería alguna, falló mientras ella le anunciaba que iba a perder una oreja, y la perdió así gracias a un disparo de gran precisión...



La carroza, bastante antigua y prestada al magistrado por un noble de Orleans, había dejado atrás Étampes hacía poco tiempo.

Isabelle echó una mirada a su compañero de viaje, que roncaba como un carretero.

Era un hombre joven aún, pero de un vientre tal que podía creerse preñado y a punto de parir. Pero se había mostrado conmovedor en su infantil alegría por ver la Corte y, tal vez, al rey. Embriagado por tan alentadoras perspectivas, como si actuara naturalmente, había puesto la mano en la entrepierna de la muchacha antes de que un sonoro bofetón le hiciera comprender que aquel viaje tenía su destino en el Louvre, y no en Citera.



El conde de Nissac había dejado atrás, también, Étampes hacía poco tiempo y, de

hecho, se hallaba muy cerca de la carroza de la señora de Guizan pero, conteniendo a *Flamante*, permanecía a cierta distancia de la nube de polvo que levantaba el coche de Orleans.

Nissac intentaba pensar en la misión que iban a encomendarle, pero sentía una gran desconfianza. La idea procedía del rey, y de Enrique IV, Nissac bien lo sabía, nada bueno debía esperarse.

Bastante sutil, el conde no ignoraba que la hostilidad real procedía de su conducta durante la victoria de Fontaine-Française.

Sabía que el impulso decisivo de la victoriosa carga fue suyo, a pesar de su muy tierna edad, e hiciera lo que hiciese el rey por la escritura en los libros de historia, muchos supervivientes no ignoraban que los laureles correspondían al jovencísimo Nissac.

Por lo demás, el almirante no corría detrás de la gloria y lo demostraba cada día, al no conceder a sus soberbias victorias navales más importancia que la íntima satisfacción del trabajo bien hecho hasta en sus menores detalles.

En cambio, era el único en saber, pues estaba para ello bien situado, la vacilación que había mostrado el cuerpo del rey en cuanto hubo pronunciado su célebre frase: «¡A mí, señores, y haced lo que vais a verme hacer!».

Osadas palabras del de Bearn, gran valor que no es en absoluto discutible, pero he aquí que el cuerpo protesta, aúlla que no quiere que lo atraviesen metralla y acero, que le mutilen, que desgarran sus carnes... ¿Se es cobarde por ello?

Ciertamente no, pensaba Nissac. Esta forma superior de traición a uno mismo, del espíritu por el cuerpo, de la idea por la materia, sin duda no se prevé y se descubre con horror en el momento en que se produce. Y así sucedieron las cosas para Enrique IV que no desmereció en absoluto por esa fugaz esquiva, que no procedía de una voluntad desfalleciente sino del cuerpo de cualquier hombre sano que desea vivir.

Y, para su desgracia, el jovencísimo Nissac había encontrado la mirada del rey y había visto en ella espanto y angustia.

¿Qué hubiera ocurrido, en efecto, si tras aquella marcial llamada a atacar, el rey hubiera permanecido inmóvil, con el culo bruscamente emplomado, los talones demasiado blandos para hundirse en los lomos de su caballo e iniciar la carga?

¡La mirada del rey pedía socorro! Y Nissac lo comprendió tan bien que se lanzó solo contra los españoles, a una velocidad que hizo pensar en la de una bala de pistola.

Salvo en razón de la memoria y la complejidad de los hombres, es misión de sacrificio ayudar a un rey en peligro de perder el valor, y salvar el honor de un monarca que, desde entonces, no dejó de detestar grandemente al muchacho de dieciséis años sin el que hubiera sido la burla de todas las Cortes de Europa, y del propio pueblo.

Por muy injusto que fuera, el conde de Nissac no dejaba de comprenderlo todo. Creía, sin embargo, haber actuado bien y, a pesar de las funestas consecuencias de

aquel acto generoso, volvería a hacer hoy lo mismo si se presentaran semejantes circunstancias.

Quiso apartar aquellos pensamientos, y lo logró, pero lo lamentó enseguida pues lo asaltó el recuerdo de Élisabeth de La Tomlaye y de Inés de Medina Sidonia.

En aquellos asuntos no era el amor lo que avanzaba hacia él, pues a pesar de los encantadores rostros de ambas jóvenes habría llegado, rápidamente, el tiempo de las desilusiones y de la amargura.

Ciertamente, se sentía feliz existiendo para ambas, pero no eran en absoluto como él hubiera deseado, cuando el otro lo es todo para ti y eres todo para el otro.

La hermosa Élisabeth amaba demasiado a su hermano Louis para entregarse nunca, plenamente, a otro hombre, y el conde de Nissac, amado sólo a medias, hubiera sufrido más aún si hubiese terminado enojado con Louis, que nada tenía que ver en el estado de los pensamientos y sentimientos de su hermana. Pues así estaba ella en vocación de madre, demasiado madre para ser mujer.

Nissac, renunciando a Élisabeth, pensaba haber actuado prudentemente, aunque su corazón se sintiera desolado al no poder anclarse en tan bella y tierna compañera.

Del mismo modo, renunciando a la arrobadora duquesa Inés de Medina Sidonia, como se lo había hecho comprender, estimaba haber actuado con gran prudencia, pues había advertido algunas pequeñas cosas que, con la ayuda del tiempo en su trabajo de corrosión, no hubieran dejado de convertirse en grandes problemas.

Así, la duquesa creía amarlo, pero amaba el amor. Y Nissac lo adivinó, de modo que no le fue trabajoso imaginar cuáles serían sus infortunios si, por ventura, ella se convertía en su mujer. Había visto deseo en sus ojos, pero no el amor que es renuncia de uno mismo por la felicidad del otro, como en la imaginación del conde debían amarse hombres y mujeres.

¿Dónde estaba la chispa que transfigura un rostro sólo con ver aparecer al otro a quien se ama...? ¿Dónde estaba esa mirada luminosa que anuncia la pasión, la dulzura y la felicidad de estar en el mundo puesto que en éste habita el ser amado...? ¿Dónde estaba la sonrisa tierna y cómplice que os une al otro cuando se ha consumado el acto amoroso y profundos sentimientos toman el relevo de los cuerpos saciados de placer...? ¿Dónde estaba la mano que busca la vuestra en el lecho para apretarla con fuerza y sugerir que, en un universo donde nada dura, salvo los planetas, hay que estrechar lo que se ama pues, antes o después, la muerte os lo arrancará...?

La duquesa no tenía en absoluto estas preocupaciones y se sentía orgullosa, sin duda, de haberse ofrecido a un almirante célebre tanto por sus victorias como por no entregarse a una recién llegada.

Nissac comprendía que era sólo un juguete en la estrategia de un recorrido amoroso que, lo adivinaba, iba a ser bastante largo y a estar muy bien provisto en hombres de toda suerte.

No condenaba en absoluto a la duquesa, prometida a la futilidad de su rango y

gangrenada ya por la búsqueda del placer egoísta, tal como se concibe en ese medio. En el fondo, el conde no estaba lejos de compadecerla por todo lo que no conocería nunca, y esperaba incluso que no tuviera de ello un conocimiento tardío, cuando es ya demasiado tarde y llega el estéril tiempo del arrepentimiento.

Dos veces, una tras otra, había pasado muy cerca de la felicidad, pero se encontraba más solo que nunca. Peor para él, o mejor, pues prefería la soledad a la pasión que no fuera entera, extremada, devoradora. Pasión que no creía poder encontrar algún día de su vida, pues en el amor, como en todo, la exigencia no es en absoluto amiga de la facilidad.

Envuelto en su larga capa azul marino, con las hermosas plumas de su sombrero ondeando bajo el gélido viento del norte, así se dirigía hacia su destino, montado en el caballo negro y ciego, el almirante de Nissac, por las malas carreteras endurecidas por el hielo del invierno.

Tanto les faltaba imaginación en la batalla cuanto carecían de estilo.

Eran siete, con la espada en la mano, frente a la carroza cuyo cochero, resignado, había detenido los caballos. Sin embargo, colocados como estaban en un solo lado de la carretera, cuando hubieran debido situarse alineados a uno y otro lado, el cochero hubiera podido intentar una maniobra para evitarlos, pero le faltaba valor.

Desde la curva donde un bosquecillo de árboles lo ocultaba a la vista de los malandrines, el conde de Nissac, que había detenido su caballo, vio salir de la carroza a un hombre vestido de negro y panzudo, que cayó de rodillas ante los bandidos ofreciendo su bolsa.

Tampoco ése parecía animado de gran valor.

El conde de Nissac se decidió a intervenir sin gran entusiasmo y movido sólo por el sentido del deber. Se dijo, para apoyar esta resolución, que se calentaría enfrentándose con los rateros, pero fue la única ventaja que pudo advertir.

Iba a lanzar a *Flamante* cuando una visión lo petrificó de estupor. En efecto, una mujer rubia salió de la carroza y apuntó con una pistola, en un gesto de gran seguridad sin que el brazo temblara en absoluto. Luego, disparó sin dilación y un hombre cayó.

El conde de Nissac, apesadumbrado, se disponía a ver cómo aquella valerosa mujer rodaba por el suelo bajo los mandobles cuando, volviéndose rápidamente hacia la carroza, regresó con la espada en la mano, y entabló de inmediato combate y, muy pronto, uno de los bandidos mordió el polvo.

Lanzando su caballo a todo galope, y cuando la hermosa, que cruzaba su acero contra cinco, estaba en grandes dificultades y en peligro de perder la vida, Nissac aplastó a uno de los ladrones y los otros cuatro, distraídos por aquella intervención, aflojaron la presión que ejercían sobre la muchacha.

Ya Nissac había desmontado y, con la espada empuñada, hirió en pocos segundos a los cuatro hombres, todos del mismo modo, en el brazo que sujetaba la espada, pues no quería matarlos.

Recogiendo a sus heridos, el grupo de malandrines se alejó cojeando, patético y ridículo con sus ambiciones tan cruelmente decepcionadas.



Envainando de nuevo, Nissac levantó entonces los ojos hacia la muchacha rubia cuyos rasgos descubría, por fin, de cerca.

Y estuvo a punto de vacilar, él, a quien ningún violento asalto había hecho desfallecer nunca. Todo, ella era todo lo que en vano, y sin atreverse a reconocerlo, él

había buscado, hasta el extremo de los océanos y en todo momento.

Un mechón rubio rebelde cruzaba su frente donde, a pesar del gran frío, se veían pequeñas gotas de sudor debidas al combate. Sus ojos verdes y su mirada burlona anunciaban, sin embargo, muchas otras cosas, más dulces, y crucificaron al conde de Nissac, que pensó morir por las buenas cuando ella le sonrió.

Ella no había soltado una oxidada espada, llevaba las huellas de los golpes de tizona en su vestido de satén encarnado y sangraba un poco de la muñeca izquierda. Él la imaginó dulce y tierna en el amor, pues todo indicaba esa tendencia, si bien la había visto luchadora y con aires de muchacho dignos de un soldado de mérito cuando se enfrentaba con los malandrines.

La amó pues de inmediato, y por toda la vida.

Balbuceó:

—Lo siento mucho, siento mucho no haber llegado antes.



Ella intentó, en su espíritu, que sus pies arraigaran en el suelo para no desvanecerse.

¡Existía!

Lo era todo, la suma de los sueños, la total maravilla de sus esperanzas de niña, de adolescente y, luego, de mujer muy mal casada.

¡Era apuesto, tan apuesto...! No una de esas bellezas gordezuelas, mofletudas y de rostro blando como las que seducen en la corte. Bajo el sombrero de tan hermosas plumas azules, verde esmeralda y blancas, un rostro flaco, huesudo: ¡pero qué sonrisa arrobadora y mágica que, no se sabía por qué, ponía boca arriba el corazón de las mujeres...! ¡Y qué ojos grises, glaciado que se fundía, llamas y hielo...! Qué cuerpo delgado, demasiado casi con aquella alta estatura, aquellos anchos hombros y estrechas caderas.

Y luego...

Buscó ella y no encontró.

Y luego... Era él, porque era él y, en ese punto, corazón, alma y cuerpo de mujer no cometen error alguno cuando se encuentra en esa inquebrantable certeza, en esa tranquila seguridad. Se dice que las mujeres son complicadas, pero ésta es frase de hombres asustados por la sencillez del deseo que no se oculta a sí mismo, asustados por esas ganas de poseer que no buscan pretexto: los hombres tienen tanto miedo de las mujeres porque ellas, ellas más que ellos, saben contemplar la pasión muy de cara y lanzarse a su cuello...

—¡De todos modos, habéis llegado a tiempo...! —consiguió responder.

No podía evitar mirarla sonriendo, ni tampoco ella, de modo que el tiempo pasaba

pero no tenían ellos clara conciencia, pues, para cada uno, confrontado a su sueño hecho realidad, el tiempo parecía suspendido y las agujas detenidas en la esfera de los relojes.

El magistrado de Orleans, con gran ingratitud, fingió toser para recordar su presencia y abreviar, que dijeran algunas palabras y volvieran a ponerse en marcha pues el rey no aguardaba. No dudaba en absoluto de que aquel señor empenachado, por muy señor que fuese, nunca se había acercado al rey, cuando él, sin duda, iba a verlo desde muy pocas toesas.

Hinchado por la importancia que semejante encuentro le confería, de antemano, a su persona, el magistrado manifestó con mayor claridad la impaciencia en la que se hallaba:

—Os estamos enormemente agradecidos, pero tendremos que...

No fue más lejos: dos ojos grises acababan de causarle, por su simple expresión, un espanto mayor aún que el del ataque de los malandrines.

«¡Maldito imbécil...!», pensó Isabelle, que no deseaba ver cómo acababan aquellos instantes. Por lo que al conde de Nissac se refiere, comprendió que era preciso inventar algo para que la muchacha no se marchara tan pronto.

—Con la espada, vuestro estilo es de calidad, señora. Sin embargo, en el asalto, procurad mantener junto al cuerpo el codo del brazo que sujeta el arma, para poder alargarlo con rapidez en la estocada.

—¿Así...? —dijo ella poniéndose en guardia.

Cruzaron los aceros, algunas fintas para probarse, tomarse la medida el uno al otro. Nissac se sintió agradablemente sorprendido al descubrir que una mujer podía manejar la espada soportando, victoriosamente, la comparación con un soldado de alto nivel.

Por su parte, Isabelle de Guinzan vio cómo se confirmaba lo que había creído adivinar cuando los malandrines fueron tan rápidamente puestos fuera de combate: aquel señor era un espada excepcional, al que sólo podía vencerse por el número o la traición.

—¿Vais a matarme, señor...? —preguntó ella sonriendo.

—A desarmaros, señora, sin lastimar vuestra muñeca pero sin permitir os burlarme, al recoger con demasiada prontitud vuestra espada.

—No hubierais debido confiármelo, señor, pues ahora me aferro a ella y no la tendréis.

—Algo a lo que, por mi parte, no doy crédito.

No dejaban de mirarse con una intensidad que desmentía, sin que pudiera dudarse un solo instante, aquel tono juguetón.

El conde de Nissac, con gran suavidad, llevó a cabo con su hoja un envolvimiento de la de Isabelle de Guinzan, quien, en la maniobra, quedó desarmada. Sin embargo, en el mismo instante en el que su mano soltó la espada, sintió un extraordinario impulso, de modo que, aun sin sentir dolor alguno, no le sorprendió ver cómo su hoja

se elevaba a casi diez toesas. Pero, más fuerte aún, cuando la espada pareció bajar del cielo, Nissac la agarró por la empuñadura, algo que ella no creía en absoluto posible, tanta rapidez y destreza se necesitaban para hacerlo.

—¡Hermoso golpe...! —dijo, mientras, con gran galantería, él le tendía la espada, sujetándola por la hoja para que pudiera ella tomarla por la empuñadura.

En aquel instante, es decir, con retraso, el conde de Nissac, viendo la mirada y la sonrisa de la muchacha, comprendió que él no la dejaba indiferente.

Aquello era un gran gozo pero contenía, en sí mismo, una enojosa contrapartida, pues el conde de Nissac temía por encima de todo que aquella simpatía de la muchacha, que le parecía momentánea, pudiera verse estropeada si, con su actitud, pretendía prolongar aquel maravilloso encuentro, demostrando así ser hombre poco calculador.

Su voz se hizo más fría, pero aquello se debía a la emoción que lo embargaba ante la idea de separarse de la hermosa desconocida:

—Nunca me perdonaría haberos retrasado, señora.

Ella se mostró más débil o, según el entendimiento que tenemos de las cosas humanas, más franca:

—Tal vez volvamos a vernos... Isabelle de Guinzan.

Él montó de un brinco, sin ni siquiera utilizar los estribos y, quitándose el magnífico sombrero de plumas, en un gesto de infinita gracia:

—Thomas de Pomonne, conde de Nissac, almirante de los mares del Levante. ¡Será un verdadero placer volver a veros, señora...!

Ella quedó atónita, siguiendo con la mirada a aquel soberbio señor en su alto caballo negro que se alejaba, a toda prisa, como si el diablo en persona lo persiguiera.

Mujer de marino, hija y hermana de marinos, lo sabía todo del conde de Nissac y le extrañó no haber pensado que semejante hombre, tan noble y tan terrible, no podía, en efecto, ser nadie más.

El almirante de Nissac era para todos los marinos del reino, pero también para sus mujeres, una leyenda viva que, en el temible y mítico *El dragón verde*, imponía humana justicia en los crueles mares haciendo ondear en su más alto mástil el pabellón de las flores de lis del rey de Francia.

¡Él...!

Se estremeció de la cabeza a los pies. Su corazón se aceleró, su pecho se hinchó, creyó de verdad que iba a desfallecer y, por un instante, se apoyó en la carroza. Sentía calor, frío luego y calor de nuevo. ¡Tenía sed, tanta sed...!

¡Él...!

No había ni un barquichuelo, ya fuera sueco u holandés, que, atacado, no contara con algunos marinos que esperaran ver aparecer la alta silueta de *El dragón verde*, con el almirante Nissac en la toldilla, para protegerlo enseguida sin preguntarse ni un solo instante por el reino de quien dependía y la animadversión que sus dirigentes sentían por Francia.

El dragón verde brotaba de la niebla cuando todo parecía perdido, llegaba a pleno sol o bajo una espesa lluvia, robaba el viento, se inclinaba peligrosamente para ganar velocidad, inventabamil argucias pero siempre, por fin, atacaba con sorprendente ciencia del combate.

Uno contra varios, vencía también.

Se decía que *El dragón verde* era el más rápido navío de su tiempo, con la más extraordinaria tripulación, la más temible artillería y el mayor comandante que existía en los mares, pero todo aquello había sido fabricado, día tras día, por el conde de Nissac, y nada debía al azar. Se decía también que, antes del combate, el almirante de Nissac estaba más blanco que un muerto, pero que, con la primera bala de cañón, tenía las rosadas mejillas de un adolescente mientras sus ojos grises como no se conocían otros lo veían todo, incluso lo que ocurría a su espalda.

Se decía a veces que el señor de Nissac sólo podía descender de Ulises, quien, tras la caída de Troya, había concebido al antepasado del conde con la hermosa Circe, hija del Sol, lo que le valió el odio de Poseidón, desarmado, sin embargo, por su bravura y su humanidad.

Leyendas o verdades, se decían así mil cosas del almirante de Nissac, pero nunca, en boca alguna, por muy vil que fuese, palabras que no resultaran respetuosas.

El juez de Orleans, que nada sabía de todo aquello, ignorando incluso la gloria del señor de Nissac, se impacientaba:

—¡Señora...! ¡Ah, caramba, señora, apresuraos!

Ella se agitó.

—¿Qué queréis, a fin de cuentas?

—¡El rey, señora...! ¡El rey no espera!

Ella esbozó una sonrisa triste.

—¿Qué me importa el rey cuando he hablado con el hombre más maravilloso que nunca ha existido?

Luego, a media voz:

—Conde de Nissac, mi apuesto señor y mi dulce sueño, ¿volveré a verte alguna vez?

Tal vez mucho antes de lo que ella se atrevía a esperar, ¡aunque en circunstancias que no hubiese podido imaginar!

La respuesta no había tardado. Por lo que se refiere al castigo propuesto, sólo había uno: ¡la muerte! Y si había algo que Amarillo no debía esperar, es que fuera rápida.

Con el rostro oculto por el capuchón de su hábito de monje, Aldomontano cabalgaba flanqueado por un tal Clément Lescuyer, que fue teniente de policía en la ciudad de Tours antes de que lo expulsaran por haberse mostrado, varias veces, deshonesto en el ejercicio de su función. Pero que fuera avaricioso y ladrón en nada alteraba las cualidades de policía del antiguo teniente, cuya especialidad era la persecución, en la que se mostraba astuto, tenaz e inspirado.

Así, viendo sobre una distancia de dos leguas huellas de pasos en los subterráneos del castillo de las Quimeras y, luego, en el bosque, le había dicho al hombre desfigurado:

—Vuestro alobado, al que tan extrañamente llamáis Amarillo, no va solo. Se ha llevado a un niño muy pequeño y muy pronto lo ha tomado en sus brazos, pues las huellas de pasos no son ya cuatro sino dos, y las del alobado de pronto se han hundido más en el suelo al llevar el peso del niño. Son dos pues... Hubierais debido de advertirme, pues, en este tipo de caza, hay que saberlo todo sobre la presa que se persigue si se quiere un pronto acorralamiento. Sólo forzaré al animal si lo conozco bien.

Aldomontano se enfureció mucho al quedar así descubierto, aunque consideraba al policía un espíritu sutil y no era pues deshonoroso hallarse en aquella situación, dada la calidad de su adversario. Sea, había encontrado al más fuerte en ese duelo que oponía disimulo a perspicacia: ¡un buen asunto!

Pero se trataba de principios, pues el hombre sin nariz ni boca, orgulloso, no aceptaba nunca perder, fueran cuales fuesen las circunstancias.

Respondió con redomada falsía:

—No tenía por qué informaros de ello y debíais descubrir el detalle por vos mismo, pues era para mí la garantía de que no habéis perdido vuestras buenas disposiciones de cazador.

El policía posó en el ambrosiano una extraña mirada, de la que brotó una fugaz angustia.

—¿Os he decepcionado alguna vez?

Sintiendo cierto malestar, Aldomontano hizo un gesto hastiado con la mano.

—Dejemos así las cosas y no hablemos más de ello.

Aunque el tono fue seco, el policía no lo tuvo en cuenta, volviendo a lo que lo ocupaba:

—¿Qué edad tiene el niño?

—Dos años, tres tal vez.

—¡Es extraño...! No he visto señales de lucha, ni de violencia apremiante por

parte del tal Amarillo, ni tampoco decidida resistencia del niño. Esas cosas se descifran cuando uno sabe buscarlas, aun en los detalles de más insignificante apariencia.

—No ha desangrado al niño. Pero lo ha raptado, la cosa es segura.

Luego, viendo el aire dubitativo del policía, el ambrosiano prosiguió:

—Pero bueno, ¿vais a dudarlo?

El antiguo teniente de policía le dirigió una mirada en la que se leía el hastío de quien sabe y debe convencer a quien no sabe y, sin embargo, cree saber.

—Raptado, es posible. Pero no ha tenido que utilizar la violencia. Muy al contrario, parece que se hayan marchado de común acuerdo y yo diría pues, con más precisión, que han huido juntos.

Luego, con más sequedad a su vez:

—No tengo por qué daros razones de semejante situación —dijo—, pero debo indicárosla para que vos, y sólo vos, comprendáis su significado. Si lo tiene.

—¡Voy a pensarlo...! —respondió el ambrosiano en un tono huraño.

Con un rápido movimiento de la mano, indicó a sus tres alobados, que se habían puesto las cabezas de lobo, que siguieran al policía mientras él decidió cerrar la marcha, llevando al paso su blancuzco caballo.

Rumiaba su fracaso. Amarillo nunca le había inspirado confianza. Le faltaba algo en la mirada y su fe en el mal resultaba, demasiadas veces, vacilante. Hubiera debido eliminarlo, o dejar que lo quemaran, pues quien no se adhería a esa pequeña sociedad secreta que había creado se convertía de inmediato en un enemigo.

¡Sí, quemado vivo...! Y las cosas sucedían de modo que, aunque muy a menudo, por no decir siempre, las brujas eran estranguladas por el verdugo cuando se pegaba fuego a la hoguera, nunca fue así con los alobados, que, por exigencia de la justicia y de la religión confundidas, debían abrasarse vivos.

—¡Pero no es en absoluto demasiado tarde...! —masculló el ambrosiano con un horrendo rictus de su boca sin labios; y podemos pensar que, en su intención, aquello era una sonrisa.



En la carroza gris de polvo que llegaba de Orleans, Isabelle de Guinzan, sentada junto al magistrado, descubría la ciudad de París, que le pareció, de buenas a primeras, lugar de gran hediondez.

Luego le extrañó el elevado número de tabernas y figones que allí se veían, y estuvo a punto de hablar de ello a su compañero de viaje, pero también él parecía fascinado por todos aquellos lugares que, sin embargo, conocía ya por haber ido numerosas veces a aquella ciudad.

Naturalmente, el cochero se perdió en el dédalo de las calles, pero Isabelle de Guinzan no halló en ello motivo de queja, gozosa al descubrir la ciudad, de modo que, deseando ganarse su agradecimiento, el magistrado organizó un paseo.

Sin embargo, las cosas iban a tan gran velocidad y los lugares la desconcertaban tanto que sintió cierta dificultad en ordenar sus emociones.

Un viejo de la aldea le había hablado de la puerta Saint-Marceau, junto a la que había vivido, pero ella ni siquiera la vio: tan cierto es que dieciséis puertas determinaban la entrada en la ciudad, custodiadas todas por la milicia que se convocaba al redoble del tambor.

Advirtió ella que los monjes habitaban más bien en los arrabales, cartujos aquí, franciscanos en el Faubourg Saint-Marcel, allí los monjes de Saint-Victor y, en Vaugirard, los carmelitas reformados. Pero otros estaban en la vecindad, como los bernardos, los agustinos o los trinitarios, resistiéndose a los jesuitas que, desde 1608, se infiltraban por todas partes, salvo entre los pobres curas con lamentables condiciones de vida.

Abrió mucho los ojos ante el Marais, al que consideraban un barrio muy rico.

En la calle Saint-Honoré, se sintió sorprendida al ver aparecer ante la carroza la Cruz del Trahoir y sintió un leve estremecimiento ante la Torre de Nesle, derrumbada en parte, imaginándola en plena noche, recortándose contra la luna llena, con las oscuras aguas del Sena lamiendo la base del edificio. ¿Acaso no se contaban horribles cosas de aquel lugar...? Pero también se decía que, por la noche, lobos empujados por el hambre vagaban por la capital, y que se enardecían con la subida de las aguas, pues París quedaba a menudo inundado.

Se añadía que, también por la noche, en aquella ciudad donde las calles no estaban iluminadas, el más fuerte era el amo, y que era necesario utilizar numerosas cerillas azufradas para encontrar el camino.

A los hermosos, palacios sucedían, sin que te hubieras preparado en absoluto, los lugares más siniestros. Como el antiguo hospital donde, según el magistrado que viajaba en su compañía, se amontonaban varios enfermos en una sola cama, lo que facilitaba la propagación de las enfermedades. Isabelle vio también la picota, cerca de Les Halles, donde se ataba a los falsificadores de moneda, a las putas, a los quebrados, perversos o blasfemadores y todos eran azotados bajo los insultos de la multitud. Se estremeció viendo los cadalsos de Montfaucon y apartó la mirada del espectáculo de los hombres sin orejas, de quienes le explicaron que, por ser ladrones, habían encontrado de ese modo su castigo.

Pasaron largo rato ante la Corte de los Milagros, aunque los propios arqueros evitaban esos lugares, pero Isabelle de Guinzan imaginó lo peor viendo el aspecto de aquellas infectas callejas lodosas. El magistrado, que conocía bien el asunto, explicó a la muchacha, no sin cierta complacencia, que los truhanes debían de ser en París más de siete mil, y se refugiaban, en caso de alerta, en el vasto bosque de Bondy, donde vivían en hordas.

Isabelle, aficionada a montar a caballo para dar largos paseos por los bosques de Orleans, sintió que se ahogaba, viendo demasiadas cosas —¡y demasiado feas!— en muy poco tiempo. Los contrastes la sorprendían, como aquellas casuchas junto a suntuosos palacios, sin mencionar los conventos e iglesias donde nadie se turbaba por la desoladora proximidad de los lugares de suplicio, de los sufrimientos, pues.

Deseó que el viaje fuera breve, no quiso ya ver aquellas murallas y aquellas torres, aquellas callejas estrechas, sucias y oscuras, aquellos puentes demasiado frágiles y, sin embargo, sobrecargados.

Y sólo en el barrio Saint-Jacques le hubiera gustado demorarse, pues era éste el barrio de los librerías, de los que había doscientos treinta y cinco. Pero esa placentera imagen no compensaba en absoluto el devastador efecto que todas aquellas visiones habían hecho en su alma.

Observó, en el centro de la calle, un arroyo pútrido, por falta de pendiente. Las aguas viscosas y descompuestas le produjeron náuseas. Se volvió hacia el magistrado:

—¿Regresaremos pronto?

Él le lanzó una severa mirada.

—Aguardad hasta haber visto el Louvre. Y al rey.

En Toulon, nadie se inquietaba porque no ocurriera nada nuevo y la tripulación de *El dragón verde*, aunque venerase al almirante de Nissac y cada cual estuviera dispuesto a dar la vida por él, degustaba aquel tiempo de reposo entre dos campañas, llenándolo de distintos modos.

En la población, se acostumbraban a ver a *El dragón verde* tanto tiempo atracado aunque, en época normal, el grande y temible bajel diese la impresión de no poder estar quieto, tirando sin cesar de sus amarras, como impaciente por ir a vérselas con alguien en alta mar.

La mayoría de los marinos pasaban sus días en las tabernas, jugando al dominó o corriendo tras las mozas accesibles: ¿pero por qué no alquilar mujeres fáciles cuando tan corta es la vida?

Los pescaderos aguardaban, con la sonrisa en los labios y frotándose las manos, la hora de las comidas y la llegada del señor Chikamatsu Yasatsuna, quien, tomando el cuchillo de manos del tendero, cortaba con gestos de precisión admirable pedazos de pescado que se tragaba, crudos, con gran satisfacción. Le guardaban también algunas algas, por las que sentía golosía, satisfechos así de no tener que tirarlas a la calle, puesto que había un loco que las apreciaba.

Esperaban también, mañana y tarde, las salidas y entradas del señor barón de Sousseyrac, comandante de la infantería de asalto. Por la mañana, frescos los ojos y la tez rosada, aguardaba en la cubierta de *El dragón verde* la llegada de tres violines, que lo precedían por toda la ciudad, como una pequeña corte. Pero lo acechaban también por la noche, cuando el señor de Sousseyrac, con los párpados caídos y la tez apagada, regresaba torpe al navío precedido por los tres titubeantes violines, que tocaban una música tan infame que los perros del puerto huían al otro extremo de la ciudad aullando a la muerte.

El señor barón Charles Paray des Ormeaux, por su parte, partía cada día a caballo hacia los alrededores de Toulon. En un lugar casi desértico, encontraba a un viejo pastor que aplicaba a los ojos del segundo un lienzo mojado con agua de fuente mezclada con raíces y plantas de Provenza, aunque si, de momento, Des Ormeaux sentía un profundo bienestar, éste duraba sólo una jornada y la mala vista regresaba. Ahora, y aunque no se lo dijera a nadie, el segundo temía estar quedándose ciego.

El señor barón Martin Fey des Étangs, teniente en el bajel real, seguía teniendo un gran éxito en sus empresas, que consistían, únicamente, en seducir a las damas. No siempre se mostraba exigente, ni con la belleza ni con la edad, pues ponía su frenesí en sumar conquistas. Tal vez éstas servían para hacerle olvidar que, de niño, el último nacido tras numerosos hermanos y hermanas, no le concedieron importancia alguna y su padre hablaba del hijo menor declarando, sin conocerlo realmente, que era demasiado flaco y, por lo tanto, ciertamente estúpido. Fey des Étangs había sufrido por ello, es cierto, aunque menos que por la indiferencia de su madre, la señora

baronesa, que simplemente no lo veía. Y, de niño, desafiaba la frialdad de la mirada materna para ir a besar a aquélla de la que pensaba que tenía la manera de apaciguar sus espantos, y se veía rechazado sin miramientos, tratado de idiota y enviado, sin cenar, a su habitación.

Al señor Fey des Étangs le gustaban las mujeres de hermosos pechos, que acariciaba largo rato, sin vacilar en mamar: afortunadamente, las mujeres a las que imponía semejante práctica no se quejaban, viendo en ello juegos que no eran desagradables y no, como sin duda hubiera sido más adecuado, la nostalgia de una infancia robada.

El barón Fey des Étangs había adoptado una política de gran constancia para con los maridos cornudos por culpa suya. Habiéndoles arrebatado —por algún tiempo— la mujer, estimaba que hubiera sido de muy mal gusto arrebatárles también la vida, de modo que, aun siendo un muy notable espada, declinaba cualquier invitación a batirse en duelo lanzada por aquellos torpes coléricos.

De modo que a menudo, y para el mayor placer de las damas que se apretujaban en las ventanas, se pudo ver al joven y muy apuesto barón huyendo por los tejados, desnudo, lo que permitía detallar su anatomía y comprobar que su reputación no era injustificada.

Aquel día, sin embargo, ni él ni los demás podían consagrarse a sus habituales ocupaciones, por muy agradables que fueran.

Conducida por los enérgicos Cornelius van der Linden y Peter van Kappel, siempre muy unidos el uno al otro, una pequeña cuadrilla de ocho hombres de la tripulación dio la vuelta a las tabernas para recoger, y llevarse consigo —en sus hombros a veces— a todos los marinos de *El dragón verde* que estuvieran en aquellos lugares de perdición, pues un importante acontecimiento iba a producirse en la cubierta del navío. En efecto, iban a casar a una recia moza con un carpintero de a bordo, puesto que éste la había preñado, algo que se distinguía muy bien, pues su origen se remontaba ya varios meses atrás.

Cada cual prodigaba sus consejos y opinión, aunque fuera ya un poco tarde para anular la ceremonia o cambiar de muchacha, pero los marinos de *El dragón verde* no reparaban en semejantes consideraciones.

Paray des Ormeaux, Fey des Étangs y Sousseyrac, a quienes llamaban a bordo «los tres inseparables barones», puesto que sólo se separaban por asuntos de servicio y se hallaban muy a menudo juntos, oían a algunos marinos y libaban su placer con la escucha de comentarios a cual más idiota.

El barón de Sousseyrac propuso:

—Vamos a escuchar a los supersticiosos.

—¡No, ya no puedo soportarlos más...! —dijo Paray des Ormeaux con una mueca.

Se volvieron hacia Fey des Étangs, pues ser tres amigos, número impar, permite siempre tomar una decisión.

El joven barón, que había pasado una agotadora noche con dos hermanas que no quisieron separarse cuando se trató de saber quién sería su amante, de modo que lo fueron las dos juntas, pensó que aquella era la ocasión de dar una diversión a su fatiga.

—¿Por qué no...? Es tranquilizador ver y escuchar a hombres cuyas certidumbres son más estúpidas que tú. Además, creen lo que dicen y eso aumenta el placer de escucharlos.

Des Ormeaux, el segundo, tuvo que aceptarlo:

—Es que no inventan nada. Ya he oído en otra parte y en otros tiempos semejantes bobadas e incluso las he leído en algunos libros.

—Pero hoy —dijo Sousseyrac— hablarán de la boda y no hemos tenido todavía el privilegio de escucharlos hablar sobre semejante tema.

Esta vez, unánime, el trío de oficiales se acercó a dos marinos que se mantenían algo apartados. De tez oscura ambos, y también de pequeña talla, miraban a los recién casados y hablaban a media voz, en un tono calmo que, sin embargo, a la larga se revelaba fatigoso.

No parecieron molestos en absoluto por la llegada de los oficiales, o se adaptaron a ella, y prosiguieron su conversación, agitando uno de ellos la cabeza.

—¡Eso es una falsedad!

A lo que su compañero respondió:

—Hay que elegir con cuidado la mujer con la que uno se casa, y pensarlo bien antes de verla o de tomar esa maldita decisión. Para saber si el asunto es bueno, es preciso, la vísperade San Andrés, detenerse ante la puerta de un establo donde una cerda amamante a sus pequeñuelos. Es necesario golpear la puerta en la duodécima campanada de medianoche. Si la cerda gruñe primero, será oportuno casarse con una viuda. Si son los lechones, te casas con una virgen. Eso es, así debe tomarse mujer.

El otro reflexionó unos instantes, luego:

—¡El método no es en absoluto seguro...! —exclamó—. Lo más demostrado es que nadie debe casarse un miércoles, de lo contrario el marido será cornudo. Y no debe beberse vino el día de la boda, o los niños por nacer serían mudos. Si se apaga una vela antes de que finalice la misa, uno de los novios morirá aquel año y, de ambos, aquél cuya mano esté más fría es el que fallecerá antes que el otro. ¡Ah, eso es cosa probada!

El que estaba frente a él no pareció en absoluto convencido.

—He oído, en efecto, decir estas cosas; pero parecen dignas de gente que no tenga la cabeza en su sitio. Hay otro método más cierto, y comprobado desde hace mucho tiempo. Así, cuando los padres van a hacer la petición, sólo hay dos posibilidades en el porvenir.

—¡O buena o mala boda...! —asintió el otro.

Su interlocutor inclinó la cabeza y prosiguió:

—La boda será mala si, por el camino hacia la casa de la novia, los padres del

muchacho se cruzan con una mujer despeinada, con un lagarto, un monje, un tullido, una liebre, un ciego o una serpiente. Más grave aún: si la liebre estornuda, hay que regresar corriendo a casa... Y la boda será un éxito si se escucha un trueno o se cruzan con un pichón, una cigarra o una cabra.

Fingiendo sentir gran interés por la conversación, el señor de Sousseyrac intervino:

—Todo eso está muy bien, ¿pero qué sucede si, camino de la casa de la novia, los padres del muchacho se cruzan con un cordero con dos cabezas o un macho cabrio de siete patas?

Los dos morenos se contemplaron. Sus ojos brillaban y se les advirtió, de pronto, felices hasta el pasmo.

Uno de ellos respondió:

—Ah, señor capitán, ése es un caso que nos resulta desconocido y una pregunta que merece discusión. Os haremos conocer nuestra respuesta dentro de un año o dos.

Los oficiales se alejaron y Paray des Ormeaux, con la sonrisa en los labios, comentó:

—Ah, barón, habéis sido muy cruel sometiéndolos a semejante pregunta, cuya respuesta no existe.

Sousseyrac movió la cabeza.

—En absoluto, van a debatir largo tiempo y eso los ocupará como una pasión, pues muy a menudo estudiar la cuestión es algo mucho más excitante que conocer la respuesta.

Fey des Étangs miró hacia el mar y, a media voz:

—Así irán más fácilmente a la batalla, no verán pasar las estaciones ni advertirán el vuelo de los días que, todos, se llevan un poco de nuestra pobre vida.

Des Ormeaux y Sousseyrac intercambiaron una mirada, pero nada respondieron.

El rey Enrique IV había comido, con mucho apetito, paté de liebre, costillas de cordero, cornejas con col, que le gustaban mucho, trufas y espárragos, queso de Brie con un excelente pan de trigo y tarta de membrillo, bebiendo además vino de Beaume, por el que sentía mucho aprecio.

De buena gana se hubiera acostado, pero sabía que debía recibir antes de reunirse, hacia las cinco de la tarde, y con la mayor voluptuosidad y delicia, con la soberbia y muy joven duquesa española Inés de Medina Sidonia.

Por mucho que se sea rey y se tenga un trato íntimo con el éxito, éste le producía aún una gran sorpresa. Puesto que un consejero le había alabado la gran belleza de la jovencísima mujer llegada de España, la había recibido muy pronto y, considerando que era de una nobilísima familia, nada había en ello que pudiera sorprender. Algunos, malevolentes sin duda, tal vez hubieran encontrado algo que decir del hecho de que su majestad recibiera a la duquesa en una pequeña estancia, muy caldeada, donde se veía un lecho, pero eso hubiera supuesto hacer un juicio de intenciones, que no son en absoluto hechos.

De cualquier modo que fuese, Enrique IV había jugueteado, más por costumbre que con la esperanza de obtener, en semejante empresa amorosa, una fulminante victoria... que, sin embargo, se produjo.

Con gran experiencia de las mujeres, el rey no tardó mucho en adivinar que la duquesa estaba ya iniciada en el amor —que no era virgen— desde hacía muy poco tiempo, había debido de conocer un hábil amante y esperaba encontrar de nuevo, con la mayor rapidez posible, una conmoción semejante. Y ya puestos a ello, un rey de Francia es una figura rara en la galería de los amantes que una pueda imaginar, de ahí la fortuna real.

Sin embargo, Enrique IV no se engañaba en absoluto sobre la probable continuación de tan placentera aventura. En primer lugar, la duquesa regresaría, antes o después, a España y, probablemente, más bien antes que después puesto que él pensaba hacerle muy pronto la guerra para asentar la superioridad de Francia y romper el cerco que los Habsburgo habían tejido pacientemente: España al sur, Austria al este y las provincias del norte ocupadas...

A esta razón se añadía otra, a saber, que tan hermosa mujer, de gran familia además, no permanecería mucho tiempo sin marido, de modo que había que aprovechar la ocasión sin demorarla más.

Finalmente, el rey sabía que iba a tener, también, que arreglar cuentas con su propia inconstancia, que lo hacía cambiar tantas veces de amante aunque supiera de antemano que la añoraría.

Sin embargo, no se había cansado aún de la hermosa española y pensaba conocer nuevas embriagueces descubriendo, más aún, aquel hermoso cuerpo.

Decidió pues brillar por su ingenio dado que, habiendo llegado la edad, no había

dejado de mostrar, momentáneamente, debilitamiento en el amor, si bien pronto se recuperó para dar un buen epílogo a aquel primer encuentro.

De modo que, y mientras estaban aún tendidos uno junto al otro, en el lecho, había preguntado él, con aire entendido:

—Señora, no estáis vos acostumbrada a lo que nos ocupaba hace un instante, pues jodiéndoos como lo he hecho, me ha parecido advertir en vos un muy reciente descubrimiento del placer.

A la duquesa no le había gustado en absoluto esa disfrazada pregunta, y menos aún el modo en que fue formulada.

Así pues, respondió:

—Su majestad debiera considerar que esas cosas no son en absoluto fáciles de decir para quienes las confiesan.

Semejante respuesta sólo podía irritar al rey.

—No decirlas es traicionar, y se afirma que es costumbre de las mujeres. Sin embargo, aunque me dijeran mil veces que me traicionáis, nada creería yo que no os lo oyera. De modo que respondió: ¿habéis tenido numerosos amantes?

—Sólo uno, sire, pero valía por todos, lo juraría.

—¿Un español?

—Un francés.

Enrique IV montó en cólera. ¿Pero cómo? ¿Sólo un hombre y, por desgracia, uno de sus súbditos, le había impedido hacerse con tan adorable virginidad?

—¿Quién es ese hombre?

—Vuestro apuesto almirante de los mares del Levante, sire, Thomas de Pomonne, conde de Nissac.

Enrique IV soltó una gran palmada en la cama y exclamó:

—¡Voto a Dios, de nuevo él...!

Luego, rápidamente, había hablado a la duquesa de otra cosa porque no quería en absoluto explicarse con ella sobre el señor de Nissac.

Sin embargo, la conversación era poco de su gusto porque regresaba sin cesar al afortunado almirante, tanto en la guerra como en el amor. De modo que, en muy poco tiempo, acabó considerando, no sin una ceguera de las más voluntarias, que Nissac sólo había tomado a la arrobadora española como amante con el objetivo de ponerlo en ridículo. Y entonces, su intención fue hacerle pagar aquel deshonor lo más caro que le fuera posible.

Enrique IV se agitó. Lo de Nissac, muy pronto iban a verlo. Primero debía hablar con otra persona.



El rey, incrédulo, se llevó la mano a la mejilla, donde podía verse la huella de cinco dedos. Hacía mucho tiempo que ninguna mujer lo había abofeteado y encontró en aquel aflujo de sangre al rostro un placer algo salvaje, que no le disgustó en absoluto.

Ajeno a cualquier rencor en esta ocasión, sonrió viendo a la joven que estaba frente a él. Con un mechón de cabellos rubios cruzándole la frente, los ojos verdes brillando de cólera, le miraba con una pizca de asco que, curiosamente, fortaleció el deseo del monarca. Discreto, tardó algunos segundos en comprender lo que Isabelle de Guinzan acababa de decirle, de modo que, ante su aire de incompreensión, ella tuvo que repetir:

—No he hecho el viaje desde Orleans para que su majestad ponga a prueba, con su mano, la firmeza de mis nalgas.

—Pues lo lamento mucho, señora, son redondas, duras y abundantes, irresistiblemente atractivas, y me hubiera sido muy agradable ser su dueño.

—La cosa es, de todos modos, imposible, sire: amo a otro.

Enrique IV perdió desde entonces sus ilusiones, comprendiendo que aquella respuesta no era falsía sino que correspondía a algo muy profundo. Sin embargo, no lamentó haber puesto la mano en tan bonitas nalgas y en un pequeño culo muy agradable, considerando que nadie le quitaría lo bailado.

Pensativo, retrocedió un paso para contemplar mejor a la joven. En el fondo, todo se aguantaba en esa historia y, si ella podía abofetear al rey de Francia, no era en absoluto sorprendente que, como le habían explicado, hubiera atacado a una jauría de alobados hiriendo a uno de ellos antes de lanzarse contra unos salteadores de caminos, ya en ruta hacia París.

«¡Una mujer excepcional...! ¡Me hubiera gustado juzgarla en el amor!», pensó.

Suspiró:

—¡No hablemos más de ello, señora...!

Con lentos pasos, se acercó a la mesa y selló un documento explicando:

—Señora, sabed que las actas y los edictos se sellan, por lo común, con cera parda. Sólo la cera verde, que empleo para vos, indica la eterna aplicación de la voluntad real. Este documento os devuelve vuestro título de baronesa, de acuerdo con vuestros méritos y porque nos complace.

A Isabelle de Guinzan, mujer que apreciaba la lealtad en el carácter, la firmeza en la voluntad y la rectitud en las almas, le conmovió que el rey diera así pruebas de constancia en lo que había sido, sin duda, su intención primera pues, evidentemente, no la había llamado para escucharla, sabiéndolo probablemente todo de sus aventuras, sino para recompensarla. Ahora bien, un monarca mezquino, herido por el hecho de que lo hubiera abofeteado, sin duda habría intentado aplazar la restitución de su título, antes de fingir que la olvidaba. Enrique IV no era de esa clase de hombres mezquinos, y la joven, conmovida, no supo qué decir:

—¡Os lo agradezco, majestad!

Por su lado, el rey adivinó los pensamientos de la baronesa. Sin duda había creído que caería en esa bajeza consistente en no recompensar sus méritos puesto que ella le había negado su cuerpo, y se sentía ahora agradablemente sorprendida. Le gustó la mirada que ella le dirigió, pues aquella mirada lo engrandecía ante sí mismo. Ella le negaba su amor pero le otorgaba su estima, de modo que él no lo había perdido todo.

Relajado, le sonrió.

—No me lo agradezcáis, señora. Decidme más bien, pues grande es mi curiosidad, qué suerte de hombre puede apoderarse de vuestro tan hosco corazón.

—Sire, vos seréis el primero en saberlo y ni siquiera ese mismo hombre se ha enterado de ello. Por lo demás, aunque lo supiera, sin duda haría de ello muy poco caso.

—Sería algo muy injusto. ¿Quién es ese hombre?

—Es, vuestra majestad, como una leyenda de la que se habla durante siglos, salvo porque está vivo.

Una pizca de celos cosquilleó a Enrique IV, pues le hubiera gustado que hablaran así de él y pensaba, por otra parte, que en el reino no había más leyenda que él mismo.

¿Quién más?

Curioso e impaciente, insistió:

—Caramba; su nombre, señora.

Sonriente y soñadora, de pronto, como languideciendo, Isabelle de Guinzan respondió:

—Vuestro soberbio almirante de los mares del Levante, sire, Thomas de Pomonne, conde de Nissac.

Enrique IV soltó una gran patada a uno de los muros y lanzó:

—¡Siempre él...! ¿Pero las necesita todas, pues...?

Sin embargo, una vez más, no deseó sobre todo entrar en detalles sobre las cosas, aunque la mirada de la baronesa, hermosa y rebelde, se lo rogara con fuerza.

Acompañó a Isabelle de Guinzan y, una vez a solas, murmuró con rabia:

—¡... Nissac... Nissac... Nissac...! ¡Nissac, que toma el corazón de las mujeres que yo deseo y no siempre tengo la fortuna de meter en mi lecho...!

Por efectos del nuevo acceso de cólera, dio un rabioso puntapié a una silla y pensó en mejorar su venganza.

Antes de saber que el almirante hacía zozobrar, así, el corazón de las mujeres, incluidas su propia amante y la joven a la que deseaba, y sólo ante el amargo recuerdo de la malaventura de Fontaine-Française, Enrique IV había preparado cuidadosamente el delicado asunto, donde era preciso valor, astucia y suerte. Y el propio Bassompierre, militar de gran talento, conocido por su clarividencia y su gran valor, había comentado así la cosa:

—Es muy cruel, sire; el señor de Nissac no regresará. Empeñarse en arriesgar al almirante, a sus oficiales y a sus hombres en tan ardiente asunto es enviarlos a la

muerte en un combate perdido antes de librarse.

Enrique IV sabía muy bien que el futuro mariscal no se equivocaba, pero no podía soportar seguir viviendo con la idea de que su prestigio dependía de la discreción de un hombre a quien tan poco conocía.

Ciertamente, daba muestras de injusticia y tenía de ello clara conciencia pero, una vez más, tuvo la certeza de que, muerto Nissac, su vida sería más tranquila y su dinastía estaría asegurada.

Enrique IV fue presa, sin embargo, de un último escrúpulo. Recordaba, en el puerto de Toulon, la llegada del hermoso *El dragón verde* que llevaba, cautivos, dos magníficos galeones más pesados que él. Recordó el pabellón real flameando en lo más alto del mástil, aquellas flores de lis contra un fondo de cielo de azur. Recordó al pueblo llano lleno de júbilo...

¿Quién, en todo el reino, le servía con igual discreción, valor y modestia?

Pero recordó, con disgusto esta vez, que las mujeres presentes en el puerto se extasiaban y, algunas, fingían desvanecerse al ver al comandante de *El dragón verde*.

Le parecía ver de nuevo, perfectamente, aquella alta y delgada silueta, con el sable al costado, el sombrero de plumas, la inmovilidad del almirante...

En la conciencia del rey, los celos prevalecieron sobre el agradecimiento y, aunque a fin de cuentas fuera por muy poco, aquello en nada cambió el resultado.

El rey había preparado una misión de la que no se volvía. Y si Nissac, aquel diablo de hombre, sobrevivía de todos modos, le aguardaba otra misión, más terrible todavía.

—Así será, pues mi voluntad es saberlo, por fin, muerto... —soltó el rey en el silencio de la estancia, disponiéndose a recibir a su segundo visitante.

Con actitud de conspiradores, de la que no eran conscientes, ambos hombres, medio ocultos tras una columna, vieron al conde de Nissac entrando en el Louvre en su alto caballo negro.

—¿Ahora...? —preguntó el primero.

—¡Es demasiado pronto, aguardemos...! —respondió el segundo.

—¿En las Tullerías tal vez?

—¡Veremos...! —respondió el otro, vacilante aún.



Juan de Sotomayor, en misión especial por cuenta de Felipe III, gozaba de poderosos apoyos, entre ellos los del duque D'Épernon, que nunca negaba nada a España. Se encontraba en el patio del Louvre pues sabía, por algunas confidencias, que el almirante Nissac, a quien debía matar, iba a acudir.

El español tenía en los pliegues de su capa un puñal que no era una belleza pero que, al lanzarlo, era la mejor arma de ese tipo que nunca se había concebido.

El coronel español vio avanzar a Nissac, cuyo caballo iba al paso. Una ocasión tan favorable podía no volver a presentarse en mucho tiempo, pues le bastaba ahora extender el brazo para acabar con quien había humillado, por dos veces, al rey de España: al vencer a los mejores jinetes del reino y al apoderarse, sólo con su *El dragón verde*, de dos fuertes galeones españoles perdidos, por torpes capitanes, en beneficio de los berberiscos.

Juan de Sotomayor bajó los ojos, y sintió cierta dificultad en mirar al hombre que iba a matar pues no podía impedirle sentir admiración hacia él. Buscando una distracción, comenzó a observar el caballo, aquella pura maravilla andaluza que, sin embargo, estaba ciego. Observó entonces que, cada diez o veinte segundos, el almirante pasaba la mano por el cuello del animal y que las presiones variaban en una extensa gama. El francés había encontrado, pues, la llave de cristal que abría una cerradura de vidrio: dirigir un caballo ciego sólo con la mano. Coronel de caballería, Sotomayor quedó maravillado ante la precisión del gesto y lo que suponía en cuanto a la confianza que Nissac había adquirido con su montura. La memoria humana no recordaba a jinete alguno que hubiese obtenido semejante complicidad con su caballo.

Luego, algo heló a Juan de Sotomayor: ¡el instante propicio había pasado...! En su admirada contemplación, el coronel había dejado escapar la ocasión. Ciertamente, podía actuar aún..., pero no, decididamente no: Nissac no era un hombre al que se matara por la espalda, ni tampoco él un personaje que cometiese tan cobarde gesto.

Despechado, el español murmuró:

—Actuaré cuando salga y, esta vez, nada me apartará de mi deber.

Inconsciente de los peligros que lo acechaban por todas partes y de las nubes que se acumulaban sobre su cabeza, Nissac entregó su caballo a un palafrenero, luego...

Ambos se detuvieron en el mismo instante, precisamente en el mismo segundo.

Luego Nissac sonrió. ¿A quién sonreía, en el fondo...? ¿A Dios —aunque creyera en Él con moderación—, para agradecerle semejante fortuna...? ¿A la providencia...? ¿A la extraordinaria complejidad del azar que había creado aquella situación...? ¿A la suerte que, en sus numerosas campañas navales hechas de violencia y de muerte, no lo había abandonado ni un solo instante...? ¿Sonreía a aquel magnífico cielo azul, puro y límpido, mientras un frío seco inspiraba la transparencia del aire que daba gran limpieza al contorno de las cosas...? ¿O sonreía a todo aquello reunido, y a la hermosa Isabelle de Guinzan que, visiblemente, salía de ver al rey?

Fuera lo que fuese, y aunque lo ignorase por completo, la sonrisa del señor de Nissac tuvo un efecto irresistible. Nada podía distinguirse en ella, sin embargo, de calculado, sino que se advertía que aquella sonrisa brotaba directamente de la infancia, como si el tiempo que pasa y los horrores de la guerra no hubieran alterado, en el conde, una parte de infancia y de inocencia que sobrevivía a pesar de y contra todo.

Isabelle de Guinzan sintió un nudo en el estómago, tanto la trastornaba la visión de aquel hombre, al que creyó un poco hechicero. Y aunque hubiese deseado ocultar los fuertes sentimientos y la violenta pasión que la convertían en una mujer enamorada para siempre, devolvió la sonrisa.

Y fue entonces el conde de Nissac quien estuvo, a su vez, a punto de tambalearse, pues, como se ha dicho ya en este relato, si la señora de Guinzan era mujer cuya presencia, indiscutiblemente, se advertía y atraía por algo misterioso, sin que por ello pueda hablarse de pasmosa belleza, se convertía en hermosa, y hasta el exceso, en cuanto sonreía.

Además, Nissac no la veía sólo del modo como en aquel instante estaba, sino también empuñando pistola o espada, con el rubio y rebelde mechón en la frente, afrontando sola y sin temblar una cuadrilla de malandrines.

Aunque para cualquier otro espectador a quien el azar hubiera llevado a semejante lugar en aquel instante, la pasión que aquellos dos seres sentían el uno por el otro hubiese parecido evidente, tan visible era, no ocurría lo mismo con la señora de Guinzan y el conde de Nissac. En efecto, en ese gran misterio que es el amor y que, por ejemplo, convierte al prudente en loco, muchas veces la persona que en cualquier otra circunstancia parecería de gran inteligencia pierde el uso de ésta y se convierte en alguien de tan poco razonamiento como un niño pequeño.

Así, la baronesa se sabía loca de amor por el señor de Nissac, pero ignoraba por completo el efecto que ella le producía, y temía incluso suscitar, tan sólo, un interés de cortesía. En el mismo instante, el conde sabía que estaba ante él la mujer que

podía iluminar su vida, pero dudaba mucho, y eso lo desesperaba, de producir semejante efecto sobre la señora de Guinzan.

El conde tomó la iniciativa, pero su voz pareció bastante fría, tanto temía revelar sus sentimientos:

—¡Qué extraño resulta, señora, abandonaros en un mal camino para volveros a ver en este palacio!

La baronesa le respondió con una voz que la emoción, pero también una brusca cólera, hicieron sibilante:

—Tras un encuentro con el rey. Es en efecto muy extraño, pues, sin duda, no es en absoluto imaginable que Enrique IV me reciba. ¿Es eso lo que pensáis?

El conde de Nissac no pudo contener un respingo y, sin que lo adivinara, la baronesa, desde entonces, no dudó de su sinceridad cuando él respondió:

—Guárdeme Dios de pensar semejante villanía, señora. Me extrañaba, sencillamente, de ese doble azar: de que estéis aquí cuando yo aquí me encuentro, y de que sea en el mismo instante; pero nunca he puesto en cuestión que hubiera justicia en el hecho de que el rey reciba a dama de tan gran valor y tanta osadía.

—¿Pese a mi pequeña nobleza, y de las más veleidosas?

Nissac, que no comprendía, repitió:

—¿Veleidosa?

Ella sonrió, conmoviéndole de nuevo.

—Era baronesa hace dos años, no lo era hace un rato, y lo soy de nuevo por la gracia del rey. Mientras que, entre los Nissac, la nobleza se remonta a Carlomagno y nadie la discute.

Fue él lo bastante perspicaz para advertir que ella se había informado sobre su familia, y vio en ello prueba del interés que por él sentía. Pero no supo aprovechar aquel descubrimiento, pues, aunque en las cosas militares el señor de Nissac era sin duda el más agudo estratega y el comandante más hábil de su tiempo, no era ése el caso en el amor.

Sin embargo, sería aventurado creer que aquella carencia se debía a cierta deficiencia por parte del conde, pues semejante juicio sería erróneo y la verdadera razón, aunque pueda parecer oscura, engrandecía al almirante: en las cosas del corazón, las más hermosas y nobles que existían para él, el señor de Nissac no quería introducir cálculo ni maniobra, sino permanecer en la pureza de los sentimientos.

Respondió sonriendo:

—Señora, no he buscado entre viejas actas, algunos monjes lo hicieron en lugar de mi padre que, antes de su lectura, creía que nuestros títulos se remontaban a san Luis mientras que ahora, nosotros, los Nissac, sabemos que somos descendientes de un bárbaro llegado de las desoladas tierras del Oriente más lejano, montado en un alto caballo negro y empuñando una larga espada. Pero, se remonte mi nobleza a Carlomagno o a san Luis, tenga tres siglos o tenga siete, la encontré en mi cuna y no tengo en ello mérito alguno. Demasiados nobles son canallas y, si al nacer te

encuentras un título, el objetivo de la vida es mostrarte digno de él por tu conducta. Así pienso yo sobre estas cosas.

Pero ella no pudo responderle, pues apareció el rey.

Enrique IV advirtió de inmediato que la muy deseable baronesa de Guinzan se hallaba en compañía del conde de Nissac, al que odió más aún pensando: «¡Cómo lo mira...! ¡Qué suerte la suya...! ¿Habré yo nunca, ni siquiera en los tiempos de mi juventud, suscitado tan visible pasión, tan fuerte, tan violenta... y tan sincera...?».

Nissac saludó al rey con naturalidad y cierta contención, carente sin embargo de todo cálculo. La cosa fue tan clara para Enrique IV tanto como para la señora de Guinzan.

Tal como el saludo había sido hecho, nada podía verse en él de falta de respeto en su apariencia, aunque el espíritu no podía errar: Nissac saludaba al rey con respeto, pero algo en él, aunque sin duda no era consciente de ello, podía hacer adivinar que los Nissac eran nobles mucho antes que los Borbones.

Enrique IV se ruborizó, pero se contuvo. Lo que debía decir era ya bastante terrible, tenía que expresarse sin rastros de odio o de celos, pues, en tal caso, sus intenciones serían demasiado visibles.

En aquel instante, el monarca pensó en perfeccionar su plan, añadiendo la astucia ala crueldad. Fingió así buen humor:

—Heos aquí en muy buena compañía, Nissac.

—No estoy en absoluto seguro de merecer semejante beneficio, sire, pues la señora de Guinzan es persona de grandísimo valor.

«Mientras yo meto mano a sus nalgas, veo sólo su hermoso culo y en absoluto sus grandes méritos. Lo que supone decir que no tengo un espíritu delicado. Ah, Nissac, vas a pagarme esa nueva afrenta, ¡y cara!...», pensó el rey.

Enrique IV sabía que mandaba a Nissac a la muerte y pensó que ver cómo el valiente almirante palidecía ante aquélla que tanto lo amaba y admiraba podía resultar una espectacular revancha.

De modo que, adoptando un tono benevolente, afirmó:

—No me perdonaría separaros. Que la baronesa esté presente en lo que voy a deciros, Nissac... Vayamos a pasear por los jardines de las Tullerías.

No esperaba nada ya, sabiendo que su vida iba a detenerse allí, bajo aquel cielo azul de gran pureza, en aquella gélida jornada mientras un pálido sol, declinante, le recordaba que antaño fue un chiquillo que se divertía con el vuelo de las mariposas en las jornadas de estío.

En aquellos años, tan lejanos hoy, Amarillo no sabía en absoluto que era feo, pues sólo se veía en la tierna mirada de su madre.

Le extrañó que, en su desarrollo, una vida pasara tan deprisa. Los días se añadían a los días, y las desgracias a las desgracias, pero en su corazón moraba siempre la esperanza de que todo podía cambiar aún.

Morir no le daba miedo en absoluto, aunque supiera que le infligirían tales sufrimientos que, en el extremado dolor, acabaría reclamando aquella muerte como su más caro deseo.

Sintió melancolía al abandonar todo aquello. El cielo, una vez más, pero también el canto de los pajaros en las mañanas claras, el saltarín ruido de los arroyos y, en su corta vida, algunas escasas miradas de hombres y mujeres que parecían, con gran sinceridad, compadecerle por semejante fealdad que le hacía ser señalado con el dedo.

Por lo demás, ¿hubiera sido alabado sin aquellos desagradables rasgos?

La pregunta, que nunca se había hecho, le apasionó súbitamente como una de las cosas más importantes que existían.

Tenía que responderla pero sabía, también, que debía elegir entre permanecer allí, en el lindero de un bosquecillo, o ir hacia la aldea. La decisión era de gran importancia, pues le permitiría preferir una u otra muerte.

La situación era, pues, que existía en efecto alternativa...

Sorprendido diez minutos antes por un jinete, un joven que estuvo a punto de caer del caballo al darse de narices con aquel hombre de cabeza de lobo que llevaba un niño dormido en sus brazos, había visto cómo el desconocido se sobreponía y lanzaba de inmediato su caballo hacia la aldea.

No dudaba pues de que el jinete había dado la voz de alarma y, oyendo tocar a rebato, tuvo de ello la profunda convicción. Así pues, en la aldea lo esperaban y, si era lo bastante loco para asomar la nariz, tenía una idea bastante precisa de la atroz suerte que le reservaban. Sin embargo, advirtió que debía crear allí un gran terror porque parecía esbozarse una tácita proposición: si no iba, no lo perseguirían, esperando que fuera capturado en otra parte y no deseando, en caso alguno, arriesgar la vida de los habitantes de la aldea, tan sólida era la reputación de los alabados como excelentes combatientes.

Y él era, precisamente, un alabado, y poseía todas sus cualidades entendidas, no como cualidades humanas, sino como las excepcionales disposiciones para el combate de esas tan fascinantes criaturas. Pues ser alabado supone, también, que se

ve por la noche, es cierto, y se poseen oídos de gran agudeza así como un instinto de cazador que nunca falla.

Ahora bien, desde hacía unas horas, Amarillo sentía a los perseguidores que le seguían los pasos.

Éstos tenían modos de alobado, cuyas jugarretas conocía y cuyas artimañas sabía. Además, eran conducidos por un excepcional ojeador y Amarillo no dudó en absoluto de que el monje sin rostro contaba con el mejor de todos ellos.

Ciertamente, podía elegir escapar de los aldeanos para morir en manos de los suyos. ¿No sería eso el más natural orden impuesto a las cosas de la existencia?

Sin embargo, no deseaba proporcionar al monje italiano semejante motivo de alegría y sentía, incluso, cierto placer al imaginar el enojo del hombre desfigurado viendo cómo despedazaban una de sus criaturas los aldeanos por quienes, sin duda, sentía gran desprecio.

Así, fortalecida por este último pensamiento, su resolución fue total, y prosiguió su marcha hacia delante llevando siempre en sus brazos al niño dormido.

Entonces le vino a la memoria la pregunta que se había hecho poco antes y que consistía en saber si hubiera sido, también, alobado en la hipótesis de que su rostro no hubiese sido marcado por una tan gran huella de fealdad.

—¿Cómo voy a saberlo...? —murmuró.

Comprendió entonces que, aunque lo hubieran dejado vivir hasta edad muy avanzada, ese tiempo, que en aquel instante, cuando todo iba a terminar, parecía irreal, ese tiempo interminable, pues, no hubiera bastado, no obstante, para responder a semejante pregunta.

Sabía pocas cosas y sólo podía razonar a partir de las heridas que le habían infligido. Pero entre éstas, muy variadas sin embargo, la más cruel fue sin duda la de todas aquellas miradas clavadas en él, aquellas miradas que...

Tuvo una brusca revelación.

¿Cómo no se le había ocurrido antes...? La cosa era segura: aquellas miradas le habían hecho un monstruo antes de que se convirtiera en ello, por las buenas. Aquellas miradas, en las que el miedo se mezclaba con el asco, lo habían empujado a ser un monstruo, como si intentara no decepcionar las expectativas de los demás. En su gran nerviosismo, estuvo a punto de tropezar y el niño despertó.

Una vez más, el chiquillo sonrió y llevó su mano gordezuela a la cabeza de lobo. Luego, con gran dulzura, acarició el pelaje gris y duro.

Conmovido, Amarillo sólo tuvo ya un deseo: que le evitaran al niño el espectáculo de su ejecución.



El monje desfigurado se volvió hacia el antiguo teniente de policía que dirigía la persecución. La voz, cortante, permitía adivinar sin duda un profundo descontento:

—Ah, caramba, decís que está muy cerca desde hace diez minutos y sigo sin ver nada. ¿Habréis perdido, acaso, vuestras buenas disposiciones para seguir una pista que sin embargo es reciente?

El otro ni siquiera le miró.

—Está cerca, os digo. Pero es un alobado y, como tal, se muestra muy hábil, dispuesto a adaptarse al terreno, y muy retorcido para evitar las celadas. Pero no se nos escapará.

El monje iba a responder cuando Azul alargó el dedo gruñendo:

—¡Mmm, mmm...!

Todos miraron en la dirección indicada.

De inmediato, Aldomontano comprendió que su venganza corría el riesgo de escapársele. En efecto, Amarillo que parecía haber perdido bruscamente sus prodigiosos dones, se dirigía directamente hacia una aldea donde más de un centenar de hombres, armados con horcas y guadañas, parecían aguardarlo sin atreverse, sin embargo, a salir a su encuentro.

—¡Si sigue así, está perdido...! —dijo el antiguo oficial de policía con aquella voz preñada siempre de gran calma, que irritaba al monje desfigurado siendo éste, por su parte, una criatura nerviosa.

Tragándose la cólera, respondió:

—¡Qué idiota...! Va directamente hacia ellos, sin verlos.

El antiguo policía se volvió hacia él:

—¿Sin verlos, decís...? ¿Tan seguro estáis?

Esta vez, el ambrosiano comprendió.

Amarillo se entregaba. Su fuga, la llave fabricada en secreto, la habilidad para enmarañar las pistas en su reciente recorrido, todo demostraba que Amarillo era un alobado de grandísimo talento, que no podía cometer semejante error ni esperar, tampoco, que los aldeanos le dieran cuartel.

Amarillo se vengaba evitando el castigo que él quería infligirle. Resignado, el monje sin rostro lanzó:

—Ha elegido su muerte, nada podemos hacer ya.

Y, rodeado por el policía y los otros tres alobados, miró.

Los dos hombres entrevistados con aires de conspiradores y que acechaban al conde de Nissac no lo eran en absoluto, o al menos lo eran por la buena causa en los fines últimos de esa conspiración.

Y uno de ellos, por lo menos, conocía y amaba al almirante de los mares del Levante.

Recorrían así los jardines de las Tullerías el barón Stéphan de Valenty y su primo, Luc de Fuelde, abate en la Corte, a quien se sentía muy ligado, ya que ambos habían crecido juntos. Sin embargo, aunque Fuelde fuera un íntimo del padre Joseph y de Richelieu —que sería duque a la muerte de su hermano—, Valenty lo ignoraba aún.

A pesar de que el conde de Nissac y los hombres de *El dragón verde* hubieran roto sus cadenas desde hacía ya algún tiempo, Valenty apreciaba a cada instante su recuperada libertad, pero aquel día, la alegría que le era habitual se veía apagada por la actitud de Luc, que parecía presa de la ansiedad y corría, tal vez, algún peligro.

Valenty decidió ir al grano.

—Bueno, a fin de cuentas, Luc, ¿por qué ese aire sombrío? ¿Y por qué quieres hablar con el almirante de Nissac?

Luc de Fuelde se inmovilizó y le lanzó una triste mirada.

—¿Podrás comprenderlo?

—En modo alguno, si no me lo explicas.

Luc de Fuelde vaciló largo rato, luego dijo:

—Sirvo con devoción a un príncipe de la Iglesia, pues es un hombre de Dios justo, sutil, que tiene sentido del reino como tú advertirás, sin duda, algún día. Las circunstancias en las que me reveló unas cosas terribles y una gran conspiración contra la persona del rey son tan complicadas, y tan poco indispensables, por lo demás, para la comprensión de esto, que prefiero no contártelas, pues lo principal es la conspiración en sí misma.

—Pero bueno, ¿por qué no vas con ese gran personaje a ver al rey y decírselo tal como me lo acabas de contar?

—Sin duda sabes que conspiraciones las hay todos los días y el rey se ha cansado de esas numerosas y, casi siempre, vanas alertas, pues sus malas acciones quedan muchas veces en estado imaginario sin que sus autores hagan más que hablar de ello con otro, para aliviarse de lo que nunca intentarán hacer.

—¿Pero por qué haces tanto caso de ello? Esa conspiración no es, sin duda, distinta de las demás fomentadas por algún loco que confunde las palabras y las dagas..., o, tal vez..., ¿por qué va a serlo?

—Porque ésta, especialmente ésta, implica a altos personajes cuyo poder no puedes siquiera imaginar. El día en que el rey firmó en Nantes un edicto que autorizaba a los reformados a practicar su culto en el reino, firmó su perdición. Nunca en la historia de los hombres se había hecho tal cosa, pues, no hay que equivocarse,

eso autoriza la libertad de conciencia. Y, créeme, pasarán siglos antes de que los pueblos la admitan. Entre tanto, el poder de los grandes es lo que ha quedado afectado, y éstos están decididos a hacérselo pagar.

—El rey tiene enemigos tanto entre los humildes como entre los grandes, pero eso no es nuevo.

—Es nuevo que se reúnan en lugar secreto...

—Ah, ¿y por qué no hacéis que vigilen el lugar?

—Porque siempre es distinto.

—Sea. Si no podéis controlar ese lugar, vigilad a algunos de quienes allí se dirigen y os conducirán.

—El obispo al que sirvo no es hombre de policía y desconfía de todo. Teme tanto a los traidores como a los torpes. Una acción demasiado rápida, demasiado precipitada, podría hacer que fracasara la resolución que hemos tomado de hacerlos detener juntos, para que sean castigados y, si no queda ya ni uno solo, será menor el peligro de que la maquinación se repita algún día no lejano.

—Lo entiendo, ¿pero tardaréis mucho en desenmascararlos a todos?

—Casi cada una de sus reuniones secretas es ocasión para desenmascarar a uno de ellos. Pero el asunto exigirá tiempo.

Valenty se detuvo y observó al abate de Fuelle.

—Primo, ¿por qué me hablas de semejante asunto de Estado? Yo no soy nadie, no tengo relaciones entre los altos personajes del reino. ¿Qué pasa, entonces?

Luc de Fuelle vaciló antes de responder a media voz:

—Es algo irrisorio... Aquél a quien sirvo, que es obispo pero será cardenal algún día, tan legítima es su grandísima ambición, éste, pues, no se encuentra en situación de encontrar apoyos en la Corte para asuntos de policía y, aunque lo estuviera, no lo desearía pues proverbial es su desconfianza hacia todo.

—Sin duda, sin duda... ¿Y por qué un tan excelente celo por un rey que no lo conoce, y que no puede hacer avanzar de un modo favorable su situación?

Luc de Fuelle miró a su primo con cierta aprensión.

—¿Pero qué estás diciendo...? ¡No es posible dejar que se asesine a un hombre...! Pues el rey es un hombre, una criatura de Dios.

—¡Fue hugonote! —interrumpió Valenty.

—¡Creo en la sinceridad de su conversión...! —respondió fríamente el abate.

—Ah, nada de peleas entre nosotros, primo. Por lo demás, me gusta bastante este rey al que le gustan las mujeres.

El abate bajó la mirada.

—¡Es posible amarlo por otras razones...!

Se levantó un fuerte viento y observaron el gracioso movimiento de las copas de los árboles; luego Valenty puso la mano en el hombro de su primo.

—Vamos, olvida que eres hombre de Iglesia y recuerda cuando éramos niños y hablábamos sin rodeos. ¿Qué esperas de mí?

—No lo sé. Una fuerza extraña me obligó a hablarte de ello sin que comprenda la razón. El obispo busca ayuda, ¿qué puedes hacer?

Stéphan de Valenty reflexionó y, luego, sonrió con aire artero.

—¿Qué quieres decir, primo...? ¿No estará eso relacionado con tu deseo de conocer al almirante de Nissac...?

—El obispo busca al más valeroso y notable de los hombres. Stéphan, no nos andemos por las ramas, puesto que sabes perfectamente en quién estoy pensando.

—En el conde de Nissac, ya lo sé, y quieres hablar con él. Nada más fácil, primo, aguardemos su regreso.

El abate, que no parecía sentirse cómodo, miró a su alrededor con desconfianza y respondió:

—No podemos demorarnos más en este lugar. Sin duda nos han descubierto ya. Hablar aquí con el conde de Nissac sería descubrir nuestras intenciones. Actuaremos en secreto antes de queregrese a Toulon. Tú, en cambio, permanecerás aquí y le darás un mensaje: nadie se extrañará de que hables con él puesto que, a fin de cuentas, le debes la libertad y, tal vez, la vida.

Stéphan de Valenty lanzó una divertida mirada a Luc de Fuellede.

—Primo, ¿no estaréis todos tan aburridos, en la Corte, que os divertís dándoos miedo?

Antes incluso de que el abate respondiera, la mirada que dirigió a Stéphan, donde se leía nada menos que el terror, había convencido a éste, que escuchó, con atención, la respuesta:

—Stéphan, las fuerzas que se despliegan ante nosotros son tan poderosas y variadas que estoy aterrado. Sin que las conozcamos todas aún... He oído decir que se disponen a reclutar a sus asesinos y conspiradores tanto en los medios de la brujería como en el de los asesinos a sueldo. Dura será la partida, Stéphan, y ya ves, aquél a quien yo sirvo y que algún día será el hombre más poderoso del reino después del rey, ese hombre de férrea voluntad y que no pacta, ha llegado a pensar hoy con mayor modestia.

Impresionado, Stéphan de Valenty no pudo evitar un leve temblor en su voz:

—Ah, caramba, primo, me has contagiado tu miedo... ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que aquél a quien sirvo está pensando, hoy, que no podremos impedir sin duda el asesinato de Enrique IV.

Estupefacto, Stéphan de Valenty no pudo encontrar, por unos instantes, sus palabras. En su espíritu reinaban el desorden y la confusión y, a pesar de la gravedad del momento, creyó que sus pensamientos eran semejantes al rebaño de ovejas que una pobre pastora, él en este caso, no consigue reunir, tanto se dispersan en todas direcciones.

Finalmente, consiguió balbucear:

—Luc, querido primo, tus palabras no tienen sentido alguno. Si tú y el hombre a quien sirves estáis en la convicción de que el rey será asesinado sin que resulte

imposible impedirlo, ¿a qué viene combatir, para qué exponer la vida del almirante de Nissac, por qué luchar?

El abate pensó largo rato en estas palabras que, visiblemente, lo hacían vacilar. Una vez más, miró a su alrededor con desconfianza.

—Es preciso combatir y matar a un elevado número de regicidas, pues esa ralea no tiene aquí su lugar.

—No es ésta una razón suficiente.

—Hay que combatir y demostrar que no se mata con tanta facilidad al rey de Francia como hicieron con Enrique III. Si el rey es asesinado, serán dos monarcas sucesivos los que conozcan semejante y trágico destino. Y el próximo rey no tendrá instante alguno de seguridad.

—¡No es razón suficiente, abate!

—Hay que combatir para afirmar que tras el rey está el Estado y, tras el Estado, Francia, y que ésta no puede someter, por entero, su suerte a la andadura del cuchillo de un asesino.

Stéphan de Valenty inclinó la cabeza y respondió:

—Esas tres razones forman una y de las mejores, primo, me has convencido. Y, sin embargo, diviso una más.

Luc de Fuelle, que pensaba en eso día y noche, no podía imaginar qué aspecto de la cuestión había podido escapársele. Disimulando su ansiedad, preguntó:

—¿Cuál es, Stéphan?

—Hay que combatir por la belleza del gesto y por amor a las causas perdidas. Ya ves, ésa es la razón que seducirá a Nissac, enemigo de la facilidad.

El abate quedó mudo unos instantes, tan sorprendente le pareció la respuesta, luego:

—«El amor por las causas perdidas»... «La belleza del gesto...», pero eso no tiene sentido, nadie actúa, en la vida, por belleza, ¿no crees?

Stéphan de Valenty sintió que, esta vez, dominaba por fin a su primo de la cabeza a los pies. No tuvo piedad.

—Se actúa por belleza cuando tu alma es bella... Deberías meditar sobre eso, primo, pues supondría meditar sobre el significado de la existencia...

Enrique IV había arrastrado al conde de Nissac y a la baronesa Isabelle de Guinzan hacia los jardines de las Tullerías pero, a lo largo de «la galería del borde del agua», no había pronunciado palabra. Aquel día, y aunque no siempre fuera así, ni mucho menos, iba ricamente vestido: jubón de seda y satén negro y blanco, camisa de satén amarillo, medias de seda, manto de un rojo escarlata con adornos de oro y plata, sombrero de castor con penacho de plumas blancas...

El rey, utilizando su maniobra habitual que tanto éxito tenía con algunos, entre ellos su confesor el padre Cotton, alargó la zancada para dejar sin aliento a sus invitados y tener así ascendiente sobre ellos. Para su desgracia, el almirante de Nissac parecía absolutamente infatigable, mientras Isabelle de Guinzan, que a veces parecía un muchacho frustrado, caracoleaba en cabeza sin sentir la menor fatiga.

De modo que fue el propio monarca quien, muy pronto, sintió que se aceleraban los latidos de su corazón cuando el aliento, jadeante de pronto, comenzó a faltarle.

Tragándose el furor, al haber fracasado su plan, adoptó un tono falsamente jovial:

—Pero bueno, ¿adónde vamos tan deprisa...? Estaremos muy bien aquí, pues lo que debo decir, Nissac, es bastante breve.

Nissac, con la mirada perdida en el Sena, respondió distraídamente con un signo de cabeza, pues le gustaba aquel río en la ciudad de París.

Viendo la nueva insolencia, el rey se puso carmesí pero, una vez más, se contuvo, habiendo tomado la decisión de evitar toda cólera.

Por lo que a Isabelle se refiere, fascinada, miraba al almirante, sus rasgos duros y sus ojos de niño, las hermosas plumas verdes, azules y blancas de su sombrero que una leve brisa parecía acariciar. También ella había advertido la actitud distraída, casi desenvuelta, del conde de Nissac, y pensó: «Diríase que él es el rey, tan natural es su nobleza, mientras Enrique IV, el muy vejestorio, parece su lacayo».

Enrique IV, que había preparado muy bien su feo asunto, se mostró halagador.

—Nissac, una palabra para agradeceros que hicierais respetar y temer mi pabellón en todos los mares del Levante. Conozco vuestras sonadas victorias, vuestro valor, a uno contra diez, el honor a salvo siempre, con vos. Sé también que no se os ve por la Corte, que no mendigáis ninguna ventaja, limitándoos a servir al reino con gran valor, modestia e infalible lealtad. Estoy orgulloso de vos, almirante.

«¡Pero qué he dicho, y con qué pasión!», pensó aterrado el rey. Pues así era Enrique IV, en quien la falsía nunca prevalecía por mucho tiempo, y recuperaba muy pronto la sinceridad su delantera.

Pero se dijo entonces que, dejando hablar a su corazón, había hecho que progresara su causa consistente en perder a Nissac; de modo que, a veces, sin desearlo, la verdad sirve a la mentira.

El rey escuchó vagamente la respuesta murmurada por Nissac, donde se oían palabras como «natural», «deber» y «sire».

Prosiguió:

—Me han contado, Nissac, cómo humillasteis al rey de España, por cuatro veces en muy poco tiempo. En primer lugar, tomando a los berberiscos, con el sable empuñado, los dos galeones que capitanes torpes o cobardes habían perdido. Sé también que habéis entregado a la Corona un tesoro en el que Felipe III, con su gran avaricia y su desesperada necesidad de oro para mantener a sus tropas y sus lejanas guarniciones, debe de soñar cada noche, y ésta es la segunda humillación. La tercera fue aquella carrera en la que, montando un caballo ciego que iban a entregar al matarife, derrotasteis a los mejores jinetes y caballos de España... ¡Un caballo ciego...! ¿Por qué no un caballo con tres patas?

Se rió con gran sinceridad, pues, a pesar de sus sombríos designios, al rey de Francia le gustaba aquello con locura, y añadió:

—Todos esos españoles de El Escorial, vestidos de negro y de siniestro aspecto, se van a comer el sombrero, salvo si los asfixia la rabia.

Finalmente, adoptando un tono confidencial, medio susurrado, añadió con perfidia:

—Y la cuarta humillación... Qué diantre, Nissac, sois un as... ¡Incluso sus mujeres!

El rey advirtió enseguida la leve crispación del almirante cuando la baronesa, al acecho de pronto, aguzó el oído.

Sintió entonces que poniendo un poco de sal en las heridas contribuiría a la buena marcha de sus asuntos.

—Sabemos que habéis seducido a la magnífica duquesa Inés de Medina Sidonia, una de las más nobles familias de España.

—¡Sire...! —protestó Nissac.

Levantando la mano, el rey no dejó que Nissac prosiguiera, y añadió sin apartar los ojos de Isabelle:

—¡Dios, qué hermosa es...! ¡Seducida en el navío...! ¡Ah, Nissac, cómo deben de odiaros los españoles!

La baronesa, con lágrimas en los ojos, que sin embargo contenía con una conmovedora valentía, volvió el rostro hacia el Sena. Nissac, aunque pareciese abrumado, desesperaba de impaciencia preso del deseo de responder.

Enrique IV se sintió brusca y sinceramente desolado. Quería molestar y les había dejado consternados. Había deseado irritar y sumía a dos seres en una profunda pena de amor. No lo había deseado en absoluto, pues, en aquel hombre que urdía más proyectos de dañar que llevaba a cabo tal deseo, atacar en asuntos de amor podía interpretarse como una desautorización de su propia existencia. Demasiadas mujeres, demasiadas leves penas o reales pesadumbres lo habían dispuesto a la mayor comprensión del sentimiento amoroso, y sus inclinaciones lo empujaban más a ayudar a las parejas que se amaban que a separarlas. De modo que dejó hablar de buena gana al conde de Nissac:

—Sire, hay casos en los que conviene rechazar del mismo modo a los halagadores y a los malvados. Quien os haya contado eso actuó con villana malicia y, sin duda, se hacía el risueño para mejor ocultar su alma sombría.

«¡Me halaga...! Ahora resulta que soy “un risueño de alma sombría”. Sin embargo, la frase está bien hecha», pensó el rey, que inclinó la cabeza con aire comprensivo.

Era muy raro ver colérico al señor de Nissac, sucedía apenas una vez cada cinco años y el rey, como la baronesa, tuvieron la convicción de que no volverían a ver muy pronto semejante espectáculo.

Pero Nissac, tan poco parlanchín por lo general, hablaba ahora con voz controlada, que era por ello más impresionante:

—Conozco esas lenguas de escorpión y esos corazones de víbora con ojos de basilisco. Distraen su tedio usando la calumnia. Cualquier chupatintas recién llegado puede, de ese modo, verter su veneno... Ah, es preciso que sepan que semejante fechoría no será nunca perdonada por un hombre que conozca el valor de la verdad.

Luego, mirando al rey, añadió con aire reprobador:

—Os han mentido, pues las cosas no fueron en absoluto así en sus circunstancias. Pero si sé quiénes son, los obligaré a corregirse y no será, en absoluto, por dulce admonición... Además, majestad, tal vez no sea prudente escuchar semejantes villanías, pues, por el camino que llevan los maledicentes, quién sabe si antes de que las hojas regresen a los árboles no dirán que habéis seducido y abandonado al Gran Turco.

Enrique IV quedó desconcertado unos instantes, intentando reunir mentalmente lo que acababa de oír para levantar un acta y conducir de inmediato al señor de Nissac a la Bastilla: «Tengo pues lengua de escorpión, corazón de víbora, ojos de basilisco y, además, soy un chupatintas que ha seducido y abandonado al Gran Turco».

Comprendió luego que aquello no se refería a él, en el espíritu del almirante, y, sintiéndose cómodo enseguida, tuvo más bien ganas de reír. Se guardó mucho de hacerlo, sin embargo, ante el sombrío aspecto del señor de Nissac, que prosiguió:

—Sire, no tenía en absoluto el proyecto de seducir a la duquesa. Fue ella la que vino, por la noche, a mi encuentro en la toldilla. Ella sabía lo que deseaba, yo no. Soy un hombre solitario, sin artificios, y de poca experiencia con las mujeres, pues espero el amor, y no las aventuras galantes. Al alba de aquella noche, todo terminó entre la duquesa y yo.

«No le falta valor cuando habla así, pues raro es que un hombre confiese su poca experiencia con las mujeres... Sin duda, estas palabras están también destinadas a la baronesa, pero mi presencia no lo ha detenido en su decisión. Ah, Nissac, cómo me hubiera gustado tenerte como amigo; y, en vez de eso, voy a mandarte a la muerte pues entre nosotros está Fontaine-Française y la verdad sobre este asunto, más allá de mi persona o a través de ella, acabaría con la monarquía».

Así pensaba el rey, no sin tristeza. Tristeza que aumentó más aún viendo la escena

que se desarrollaba ante sus ojos.

Como encerrado en sí mismo, el almirante conde de Nissac miraba con melancolía hacia el río Sena, sin advertir con qué ojos enamorados le observaba la baronesa.

Aquel amor le produjo vértigo a Enrique IV, que pensó, una vez más, en detener su empresa consistente en enviar a Nissac a la muerte. Y sin duda lo hubiera hecho si el asunto sólo fuera cosa suya, pero, lamentablemente para el almirante, era la monarquía la que podía estar en peligro.

La baronesa Isabelle de Guinzan supo desde el primer momento que el conde de Nissac era el gran amor de su vida y que, después de él, si trágicamente debía haber un «después», los demás hombres no existirían. Pero ver así a quien ella amaba renunciando a la altivez de la apariencia, no ponerse el halagador vestido del seductor, como el rey le invitaba a hacerlo, elegir la verdad cuando eso os muestra como un hombre que no necesita multiplicar las conquistas amorosas para existir y busca en una sola mujer lo que los demás no encuentran en todas, ah, aquello era una delicia. Pensó, lamentando no poder decirlo: «¡Cómo te amo, querido conde...! Qué feliz sería acurrucándome en tu hombro y que tú tomaras mi cintura entre tus poderosos brazos y me abrazaras, me abrazaras con tanta fuerza que yo muriese de placer».

Entretanto, el rey prosiguió:

—Eso está muy bien, Nissac, y por mi parte no intentaba heriros. Sin embargo, las humillaciones que habéis infligido a Felipe III divierten a una parte de Europa, nuestros aliados, que así se ven tranquilizados. Hay que continuar.

—Disponed de mí, sire.

Enrique IV vaciló. Estaba todavía a tiempo de detenerlo todo, pero en el de Bearn la concepción que tenía del deber fue más fuerte, y ésa es la crueldad del oficio de rey: saber sacrificar a un hombre de gran valor como Nissac al interés de la Corona.

Enrique IV prosiguió:

—Debéis golpear de nuevo al español, como aquella vez que no se os ha atribuido oficialmente: el cañoneo, casi nocturno, de seis de sus hermosos bajeles ante las costas de La Línea de la Concepción. Tenéis que humillar a España, que el negruzco ande ronizando los muros de su palacio de El Escorial. Actuaréis con vuestra magnífica tripulación, aunque sin *El dragón verde*.

—¿Sin mi navío, sire...? ¿Pero de qué utilidad voy a ser?

—Vuestra tropa pertenece a la élite de la élite, tanto en tierra como en alta mar, pues la habéis formado de un modo soberbio. Todos se conocen y saben que pueden contar unos con otros, lo que, en asuntos militares, fue en todo tiempo una gran ventaja, como en las Termópilas, recordadlo. ¿Compartís este punto de vista?

—Por completo, sire.

Enrique IV suspiró de satisfacción. Más de la mitad del camino había sido recorrido, quedaba llegar hasta el final, arrancarle un «sí» a Nissac, pues un hombre

como él preferiría mil muertes antes que faltar a su palabra.

—Nissac, actuaréis sin vuestro barco y sin la bandera de las flores de lis. Vos y vuestra tropa no seréis nadie y, aunque se sospeche, nadie debe saber que dependéis de mí. ¿Lo comprendéis?

—Lo comprendo, sire.

—¡Muy bien...! Si sois capturado, no habléis en absoluto. Preso, no os defenderé y fingiré no conoceros. Si morís, vos, vuestros oficiales y vuestros hombres no seréis enterrados religiosamente, pues los obispos españoles se negarán a hacerlo, y vuestros cuerpos se pudrirán en el albañal. ¿Aceptáis un destino tan atroz?

—Sirviéndoos y sirviendo así a Francia, acepto ese honor, sire.

«¿Por qué debo perder a semejante hombre, y por nada, cuando no hay otro semejante en todo el reino?», pensó con tristeza el rey.

Sin embargo, prosiguió:

—Atacaréis al español en el norte y en el sur, dos veces, dos golpes terribles y tan grande es la distancia entre estos dos asuntos, y tan rápido iréis del uno al otro, que creerán que España es atacada por todas partes. Si lo conseguís, los aliados de Felipe III sentirán vacilar su confianza mientras los nuestros hallarán motivos para comprometerse más aún con Francia, pues, sabedlo, Nissac, la guerra se acerca.

—¿Dónde debo atacar, sire?

—En el sur, en la frontera donde construyen un temible fuerte que muy pronto podría tener bajo sus cañones las tropas del duque de La Force, gobernador de Bearn y de Guayana. Al norte, en región de hielos, a una de sus flotas de guerra que está fondeada.

—¿De modo que la atacaré desde tierra?

Enrique IV, que no se sentía en absoluto cómodo, tuvo que responder a la pregunta:

—Bien sé, Nissac, que la cosa es imposible, pero, si aun así tuvierais éxito en semejante asunto, sembraríais el pánico en todos los navíos españoles, y en el mundo entero. Nissac, sólo vos podéis hacerlo, y si vos fracasáis es que nadie en el mundo puede lograrlo. Ah, Nissac, bien sabéis que, ante los españoles, la flota francesa no tiene peso alguno. Es preciso que los galeones de Felipe III permanezcan en sus puertos sin atacar mis convoyes mercantes, es preciso que los capitanes españoles se muestren sordos a las órdenes que reciban de atacarnos, pretextando mil averías. ¿Lo intentaréis, Nissac?

—¡Lo haré, sire...! —respondió Nissac con voz algo lejana, pues, en él, todo se había helado, sabiendo que no podía esperar sobrevivir a semejantes aventuras. Estaba decidido a morir desde que había puesto por primera vez los pies en la cubierta de un navío, pero morir sin haberse atrevido a confesar su amor a la mujer que, a su lado, lo contemplaba con grandes ojos asustados, sí, mil veces sí, aquello dolía.

Enrique IV sabía ahora que había tenido éxito en aquel dudoso combate, pero no

sentía alegría alguna, ninguna felicidad. Nissac, tan vivo a su lado, Nissac ya sólo era un cadáver, ya sólo era el recuerdo de un oficial superior excepcional, valeroso, competente y modesto, muerto ciertamente sin un grito, sin una palabra, como soldado de tradición.

El rey, abrumado por una gran tristeza, logró convencerse de que lo que había dicho se ajustaba a la verdad. ¿Quién podía discutir la capital importancia de aquellos objetivos militares, ciertamente inalcanzables?

Sin embargo, Enrique IV sólo tenía ya un objetivo: ¡olvidar...! Olvidar a Nissac, su lealtad, su fidelidad, y que sin embargo lo hacía asesinar de un modo disfrazado. Olvidar a la hermosa baronesa cuya vida le era insoportable quebrar al alba de una gran felicidad, mandando a la muerte al hombre al que amaba.

No quería ya reunirse, como estaba previsto, con la duquesa de Medina Sidonia, sino montar a caballo y reventar al animal a fuerza de cabalgar por el bosque.

Pero, ante todo, tenía que partir. No, partir no: ¡huir!

Se volvió hacia la baronesa.

—Ha sido un placer conoceros, señora.

Luego hacia Nissac:

—Y a vos también, querido Nissac.

El conde, con un fulgor divertido bailando en sus ojos grises, respondió:

—Nosotros nos conocíamos ya, sire.

Enrique IV sintió que el suelo se abría bajo sus pies. No, Nissac no se atrevería...

Respondió con bastante sequedad:

—¡Me sorprendéis, Nissac!

—No es en absoluto sorprendente que vuestra majestad lo haya olvidado, pero estuve junto a vos en la batalla de Fontaine-Française.

—¿Fontaine-Française...? ¿Es eso cierto...? —respondió Enrique IV con voz sibilante mientras el miedo le oprimía el pecho.

—¡Sí, yo estaba allí, sire...! Y os seguí, de bastante lejos, es cierto, cuando vos dirigisteis la carga.

Enrique IV se ruborizó violentamente, de vergüenza y de felicidad a la vez. De modo que, si Nissac, el principal interesado, escribía de este modo la historia, no habría ya riesgo alguno, nunca más, de ser puesto en ridículo por haber robado a un muchacho de dieciséis años el honor de haber dirigido una de las más hermosas cargas de la historia de la caballería francesa.

Pero la vergüenza había instalado también sus infames campamentos en el corazón del rey. ¿De qué manera tan canalla iba a hacer que los españoles mataran a un hombre que, a todas sus cualidades, añadía ahora la extrema elegancia y rara inteligencia por la que, en la historia, grande y útil es saber esfumarse, olvidando todas las vanidades en provecho de la causa que se sirve?

Enrique IV pensó en anularlo todo, pero advirtió, de inmediato, cuán mal comprendida sería esa inconstancia, y por Nissac en primer lugar.

Se llenaron sus ojos de lágrimas viendo la irresistible sonrisa del conde de Nissac, que lo contemplaba con gran confianza y simpatía, mientras él lo traicionaba —por segunda vez desde Fontaine-Française— e iba a hacer que lo mataran.

Y las lágrimas corrieron de verdad por las mejillas del rey cuando su mirada encontró aquellos magníficos ojos grises, profundos, risueños y graves a la vez, que muy pronto serían unos ojos muertos.

En un irresistible impulso, el rey de Francia tomó a Nissac en sus brazos y lo estrechó con calidez; luego exclamó:

—¡Te quiero, Nissac...! Te quiero porque lo he comprendido todo. Eres ahora mi hermano y estás autorizado a hablarme como tal. Sé prudente, desconfía de todos, tómate tiempo, oro, cañones, todo lo que necesites pues el reino de Francia por entero, su pueblo, su ejército y sus riquezas estarán en todas partes y siempre a tu servicio. Y el Louvre, la casa que te aguarda contando los días.

Enrique IV dio la vuelta y se alejó a grandes zancadas, para intentar ocultar su emoción.

Amarillo avanzaba, llevando en sus brazos al niño de dieciocho meses.

Con gran firmeza de carácter y una sorprendente sabiduría, se había despedido del mundo. No esperaba en absoluto que su muerte fuera rápida, conociendo al pueblo y su costumbre de demorar ese tipo de cosas. No había que pensar en el sablazo en pleno corazón o en la bala en la cabeza. Apenas esperaba que ocultaran la escena al chiquillo que llevaba en sus brazos, el mismo que le sonreía y le daba confianza, el ser al que más habría amado en el mundo, con sus pobres padres a quienes tanto lamentaba haber causado una gran molestia por su mera existencia.

Recordó las hermosas cosas evocadas no sin melancolía ante la idea de que la vida iba a detenerse, para él, bruscamente, aquellas cosas que fueron las más hermosas en su vida de vagabundeo: el revolotear de mariposas, los amaneceres u ocasos, los cantos de pájaros, la música de los frescos arroyos brincando como enloquecidos entre las rocas...

Se obligó un poco, luego, a pensar en las distintas vertientes de su vida: perros feroces corriendo tras él, puntapiés y bastonazos, risas crueles, asco inspirado a las mujeres, frío que le hacía disputar la paja a los animales, comidas a base de raíces... Y aquellos horribles instantes, aquel estremecimiento de la cabeza a los pies cuando, viendo a un niño, sabía que lo raptaría con gran facilidad y cometería, poco después, «el gran pecado» que consistía en morder aquellas tiernas carnes con sus formidables mandíbulas, tragar aquella sangre, toda aquella sangre que hoy lo ahogaba con la llegada del recuerdo. Matándolo, lo liberarían de las fuerzas del mal que, a veces, se apoderaban de él, domesticando su voluntad y encadenando su alma.

Y se sintió feliz ante el hallazgo: quienes creían arrebatárle la vida, el bien más valioso, iban en realidad a hacerle conocer, por fin, la libertad; y que se tratara de su alma, y no de su cuerpo, hacía que la cosa pareciera más hermosa aún pues odiaba aquel feo cuerpo, aquel desagradable rostro.

Iban a liberarlo, por fin, de aquel monje loco e inteligente, sin moral, sin rostro y con el corazón carbuncoso. No habría ya dolores de pavor en el pecho en cuanto divisaba el bosque petrificado, la aldea en ruinas, el río de sulfurosos vapores y, luego, el inexpugnable castillo de las Quimeras con los subterráneos cubiertos de osamentas. Él mismo ya sólo sería, muy pronto, osamenta también, y la cosa le importaba muy poco. Recordó las palabras de un viejo alemán que había perdido los brazos en la guerra y que se alimentaba tumbado boca abajo, lamiendo como un perro. El antiguo soldado no era del todo idiota, y afirmaba que el hombre llevaba durante toda su vida el cráneo que de él subsistiría después de la muerte, apenas vestido con piel mientras vivía, para cumplir con las conveniencias.

Se disponía a despedirse por fin del mundo de los espantos, de esos horrendos sueños que poblaban sus noches.

Llegó a la entrada de la aldea cerrada por una barricada de toneles.

Un centenar de hombres, dirigidos por el cura, estaban detrás, silenciosos, de modo que sólo se oían los pasos de Amarillo, cuyas botas hacían crujir los helados charcos. Más atrás, las calladas mujeres aguardaban con rostros endurecidos.

Amarillo sintió que las cosas no ocurrirían como había esperado y serían, sin duda, más duras que en sus espantos.

¡El cura!

Éste, con el rostro de un loco, tenía ojos de fanático. A lo que se añadía que los aldeanos, aterrados, le harían pagar muy caro ese pavor.

De cualquier modo que fuese, Amarillo sabía que era ahora demasiado tarde para retroceder. Entre un impresionante silencio, aún, apartó con desconfianza algunos toneles y Amarillo, llevando al niño en sus brazos, se introdujo en el paso así abierto. Vaciló y, luego, arrojó al suelo su espada.

Se dirigió al joven cura y, detrás de la cabeza de lobo, su voz parecía extraña:

—Tomad al niño. Soy un maldito pero él es un inocente.

El sacerdote retrocedió teatralmente, su enloquecida mirada brilló de maligna alegría.

—¿Lo estás protegiendo, perro del infierno...? En ese caso debe de pertenecer a tu satánica ralea, ¡es semilla del diablo!

—Pero si es un chiquillo... Me entrego a vosotros para ser castigado a vuestro gusto, pero no él, que fue arrebatado a sus padres, a quienes debéis devolvérselo.

El cura roció al niño y al alobado con agua bendita; luego, le dijo a un hombre de imponente pecho cubierto por un delantal de cuero y que sin duda era un herrero:

—Encierra a éste. Lo quemaremos más tarde.

Arrancaron al niño de las manos de Amarillo, que sintió que su corazón se desgarraba cuando el chiquillo, que no deseaba en absoluto esta separación, comenzó a aullar desesperado.

Pero se lo llevaban ya.

Amarillo advirtió entonces que lo rodeaban por todas partes y vio al cura inclinar la cabeza con aire de gran compunción.

Se desató entonces la extrema violencia y el desenfreno infernal en todos aquellos hombres, tan favorables a un Dios de bondad y de perdón.



La baronesa Isabelle de Guinzan y el conde de Nissac habían regresado al patio del Louvre sin decirse una sola palabra.

Las palabras del rey, los detalles de la audaz misión en la que se pedía lo imposible, todo parecía haber volado en cuanto el monarca hubo desaparecido. Y ya sólo quedaba la realidad de lo que le exigían, causa de espanto en la baronesa y de

gran perplejidad en el conde. Pero ni ella ni él se atrevían a hablar en primer lugar, pues se encontraban en parecidos pensamientos: estaban uno al lado del otro, juntos, ¿y no era eso, ya, como el lindero de la felicidad?

En algún lugar de su espíritu que, ciertamente, no ocupaba mucho sitio, pues lo esencial se consagraba al señor de Nissac, la baronesa observaba algunas menudencias y, en especial, los atavíos de las hermosas damas de la Corte. Aquella dama, que llevaba una falda de paño de oro de Turquía bordada con flores de esmeralda, corpiño de tafetán de Florencia encarnado y crema con unas veinte estrellas de diamantes, por lo menos, que salpicaban su cabellera, era la soberbia marquesa de Verneuil de la que el rey, hechizado por las trampas amorosas de la intrigante, nunca había sabido desprenderse.

Se fijó también en el atavío de los hombres de la Corte, y no le gustó. Como aquellos estrechos sombreros negros, de corta ala doblada, con piedras y penacho, o aquel hombre gordo que llevaba abierta una capa de frisa de España, camisa de encaje fino, cintas de seda, aros provistos de ópalos en las orejas, un botón de diamantes y rubíes, mezclados, en el sombrero, y otro de amatistas y perlas. Se reía de lo que le decía su compañero e Isabelle comprobó, divertida, que siguiendo la nueva moda, para hacer más brillantes sus colmillos y más seductora su sonrisa, utilizaba polvo de oro en los dientes; oro que podría utilizarse mejor, pensó, en las familias de pobres campesinos que no podían satisfacer su hambre.

Más allá, en un extraño ballet, se veían las sotanas púrpuras de los cardenales y violetas de los obispos.

Más conmovedor le pareció un gentilhomme de avanzada edad y rostro demacrado, que vestía rudamente un viejo jubón de terciopelo tostado, gastado en los hombros y las costillas por el roce de la coraza, con los calzones de terciopelo color hoja muerta, esclavina de tafite, faja de tafetán blanco que distinguía al antiguo miembro del partido de Enrique IV, cuando era sólo de Navarra, y fieltro pardo deforme, adornado con un penacho de un gris incierto torpemente sujeto por un medallón.

En su aguda observación, la baronesa se fijó entonces en un hombre cuyo comportamiento le pareció extraño por su aspecto furtivo. Algo contrastaba en él, indicando que se preocupaba poco por su atavío. Así, llevaba las calzas de un verde pasado, iba tocado con rico sombrero de terciopelo negro con borlas de oro, jubón de satén ordinario, pero un muy hermoso cuello de camisa, una capa sin brillo que llegaba hasta media pierna y unas magníficas botas de cuero de Rusia...

¡Todo aquello no creaba una buena armonía!

Sintiéndose observado, a pesar de la discreción de la baronesa, el hombre se volvió a medias, fingiendo mirar su reloj. El objeto podía sorprender también, pues, con su excepcional vista, la baronesa descubrió los materiales que componían el reloj: plata, corladura, cristal, a lo que se añadían unas miniaturas en el fondo de la esfera y las horas marcadas con diamantes.

Isabelle de Guinzan, con todos sus hermanos soldados, sabía reconocer a un militar y, aunque aquel hombre rudo sin duda era uno de ellos, el reloj no era en absoluto el de un soldado.

Salvo que le hubieran confiado tan hermoso objeto para una misión. ¿Pero qué misión...? ¿En el Louvre...?

Con pasmosa rapidez, el hombre se volvió entonces y su mano se disparó, lanzando un cuchillo que voló hacia Nissac. Y sin duda lo hubiera alcanzado en pleno corazón, y con gran fuerza, si la baronesa, con rapidísima reacción, no hubiera empujado al almirante de un enérgico gesto.

Ya el hombre saltaba a caballo y hundía sus espuelas en los lomos de su montura cuando Stéphan de Valenty, que acababa de aparecer y lo vio todo, sacó su pistola e hizo fuego apresuradamente.

El coronel Juan de Sotomayor, puesto que de él se trataba, sintió que su montura, herida, iba a derrumbarse.

Con gran audacia, sus pies abandonaron entonces los estribos y saltó cuando el caballo caía.

El coronel español rodó por el suelo en un movimiento que acompañó la caída, volvió a levantarse, huraño por unos instantes, y miró a su alrededor.

Descubrió entonces a un oficial de los Guardias Franceses que entraba en el Louvre sin saber nada de lo que acababa de ocurrir.

Con un prodigioso salto, Sotomayor dio un brinco y lanzó su puño al rostro del oficial, quien, recibéndolo en el mentón, cayó del caballo.

Sin perder un instante, el español sustituyó al guardia francés en la silla y llegó al exterior en pocas zancadas.

Valenty, que descubrió entonces la mano de Nissac armada con una pistola, se extrañó:

—¿Pero cómo, no habéis disparado?

Los ojos grises del almirante habían tomado, por un momento, un matiz lavanda por efectos de la tensión. Respondió:

—He visto su rostro. No quiero matarlo pues pienso tenerlo, algún día no lejano, en la punta de mi espada. Y entonces este caballero tendrá que decirme por cuenta de quién quería acabar conmigo.

El almirante encontró la mirada de la duquesa Inés de Medina Sidonia, que había visto toda la escena al salir, prematuramente, de las estancias del rey, pues éste, aquel día, no estaba en absoluto de humor amoroso.

Crucificada unos instantes por los ojos verdes de Isabelle de Guinzan, la hermosa española no supo qué hacer y, luego, decidió desvanecerse.

Por lo que pudiera pasar...

Los golpes llovían de todos lados y, a pesar de su robustez, Amarillo, que había decidido no defenderse, perdió el equilibrio y cayó con dureza en el helado suelo. Entonces, los puntapiés sucedieron a los puñetazos, y eran los que recibía en el rostro los más dolorosos.

Bajo la cabeza de lobo, Amarillo sangraba en abundancia, con la nariz y los dientes rotos, y no pudo ver cómo se acercaba el cura, desde las últimas hileras, llevando con él al herrero.

Éste tenía una barra de hierro muy pesada en sus poderosas manos. Satisfecho de que todos lo miraran, algo que no solía suceder nunca, soltó con recia voz:

—Tengo el remedio para que el monstruo no huya y siga residiendo aquí para que nosotros sigamos divirtiéndonos.

Con precisión, y sin sentir emoción alguna, levantó y dejó caer la barra de hierro cuatro veces, quebrando las piernas y los brazos de Amarillo que, de ese modo, por mucho que lo quisiera, no podría escapar, ni tampoco devolver los golpes.

En el centro de la aldea, se apresuraban a reunir haces de leña de todo tamaño en una gran pira mientras otros traían pez.

Amarillo fue arrastrado entre atroces sufrimientos, por sus piernas rotas, hasta la pira. El horrendo dolor le arrancaba grunidos, pues los huesos, rotos en fragmentos menudos, penetraban, a cada movimiento y sacudida, en las carnes ya magulladas.

Sin embargo, los gruñidos que lanzaba no lograron que nadie se pusiera de su lado. Nadie pensó que si, por sus actos, Amarillo no pertenecía ya a la especie humana, y era entonces una criatura cuyo orden se ignoraba, ésta no dejaba por ello de estar viva y, por lo tanto, sentía el sufrimiento. Nadie, en aquella piadosa aldea, se hizo el razonamiento de que utilizar ciertos medios y métodos con seres malhechores rebaja a quien lo hace, sea cual sea la justicia de la causa, al rango de la criatura malhechora. Y, del mismo modo, no hubo ni uno solo que pensara que si la criatura no tenía ya su lugar en la comunidad humana, y era necesario pues decidirse a quitarle la vida, cuanto antes lo hicieran mejor sería.

El ejemplo procedía de lo alto.

El cura, que por conocer las palabras del Evangelio no había intentado saber si, prestando oídos al alobado, podría escuchar cómo palpitaba el corazón de la creación, sólo veía las cosas de acuerdo con la rigidez de los dogmas. Quedándose cerca de la pobre criatura con cabeza de lobo a la que seguían pegando, repetía:

—¡Que no maten a la mala simiente...! ¡Que viva un poco aún la criatura del demonio...! ¡El alobado debe ser quemado vivo, en cuerpo, en corazón y en alma...! ¡Vivo, del todo vivo en las santas llamas...!

Los hombres, cansados de tanto golpear, dejaron su lugar entonces a las mujeres que aguardaban sin decir palabra, aunque muy excitadas.

Con estridentes aullidos, se lanzaron sobre aquella pobre cosa jadeante y, como

los hombres, se guardaron mucho de arrancarle la cabeza de lobo. Sin embargo, el sacerdote no había dado instrucciones en ese sentido, aunque todos pensaban que, bajo la cabeza del lobo, se hallaba el rostro del diablo y que semejante visión haría perder el uso de los ojos mientras el alma, de inmediato, escaparía para ir a vagar por la fría y ventosa campiña durante los siglos de los siglos, sin nunca encontrar ya un refugio consagrado.

Las mujeres no tenían la fuerza de los hombres y varias se habían provisto de cuchillos.

El cura las apartó unos instantes, pues, una vez más, no quería que las cosas ocurrieran al margen de la costumbre que reservaba para las llamas, vivo, a cualquier prisionero alobado.

Turbado por todas aquellas mujeres que lo rodearon, por su olor a transpiración y a sangre fresca del monstruo, el cura no sabía ya si, en su oficio, tendía hacia lo divino o hacia el pecado, a un acto de buena religión o a una fiesta bárbara porque, bajo su sotana, su rabo se había endurecido sin que él pudiera remediarlo.

Su voz, en cambio, fue muy aguda cuando ordenó:

—¡No cortéis profundamente las carnes...! ¡Debe vivir para expiar en el fuego purificador...! ¡Así debéis hacerlo!

Se apartó. De inmediato, varias mujeres utilizaron el cuchillo. Cortaban trozos de carne de los muslos, del pecho y de los brazos, sin oír siquiera los lamentos cada vez más débiles del alobado.

Algunos se llevaron la carne a las narices para sentir su olor, y el cura, en una súbita inspiración, perdió por completo su cabeza al ordenar:

—¡Comed la carne del diablo...! Comerla es hacerla desaparecer para siempre y mostrar que la criatura del Señor es más fuerte que la del diablo, que la oveja de Dios derriba al alobado de Lucifer, como san Jorge al dragón.

Se comieron pues la carne del «monstruo» cuando éste no había expirado aún.

Apareció entonces una muchacha a la que decían boba y que, hasta aquel instante, no había asistido al espectáculo de «la bestia» abatida.

No le prestaron atención. Por lo demás, aunque tuviera ya dieciocho años, no contaba demasiado en la vida de la aldea.

Se acercó sin que la apartaran, pues los otros estaban degustando el sabor de la carne. Se arrodilló y miró al alobado. Le pareció hermosa aquella cabeza de lobo, pues, digase lo que se diga de aquel animal, sería una verdadera injusticia discutir que carezca de belleza.

Vio los pelos de varios matices de gris, que iban desde el color del estaño hasta un blanco muy puro.

Vio luego su mirada.

Sus ojos, sombríos y profundos, muy negros, conmovieron a la muchacha que sufrió al ver los numerosos hilillos de sangre que alteraban su belleza y brotaban de todas las heridas recibidas.

La expresión de aquella mirada le pareció tan infeliz que se sintió conmovida.

Finalmente, fue la única que oyó una voz suplicante, deformada por los dientes rotos:

—¡Mátame...! Te lo suplico, sufro demasiado, ¡matame...! ¡Remátame, por compasión...!

Aquella a la que consideraban tonta, y que vivía al margen no por su deseo sino porque nadie la consideraba, aquella que durante las misas se aburría y pensaba en otra cosa para no bostezar, aquella a la que dejaban correr por los bosques y sólo regresaba por la noche, la idiota, en una palabra, había contemplado durante años cómo vivían los animales salvajes. En el bosque, se mataba y se recibía la muerte. Se devoraba y se era devorado. Pero nunca, como entre los hombres, grandes dispensadores de desprecio hacia todo lo que no sea ellos mismos, se hacía sufrir por placer.

Miró a su alrededor y vio un cuchillo ensangrentado, caído junto al torturado cuerpo.

Vaciló.

Luego, de nuevo, su mirada se clavó en la del alobado y, de «monstruo» a «idiota», entre réprobos, ambos se hablaron sin decir palabra.

El lenguaje del dolor, del sufrimiento, nadie sabe traducirlo, pues nunca, en toda la historia, se ha contado la muda conversación entre el alobado agonizante y la loca enclaustrada en otro mundo.

El monstruo debió de mostrarse, sin embargo, persuasivo porque la muchacha tomó el cuchillo con una mano que no temblaba.

El alobado cerró por un instante los párpados, luego, mirando de nuevo a la muchacha:

—¡En el corazón, con todas tus fuerzas...!

La bobalicona hundió el cuchillo hasta las cachas y escuchó el suspiro que escapaba del pobre cuerpo torturado.

Sólo el cura, pues velaba más que los otros que, ahora, danzaban y cantaban, descubrió el mango del cuchillo sobresaliendo del pecho del alobado.

Evaluando la magnitud del desastre, se plantó de un brinco junto al cadáver y arrancó la hoja ensangrentada.

¡Había perdido...!

Perdido ante Dios, pensó, pero no ante los aldeanos, de modo que decidió mantener secreta la muerte del alobado. Por lo demás... levantó la voz:

—¡Ya es hora...! ¡Que las llamas hagan su trabajo...!

Arrastrándolo aún por las piernas, llevaron alegremente el cuerpo hasta la pira. Un anciano, por un instante, estuvo a punto de hacer fracasar la falaz empresa del sacerdote, pues, habiéndose acercado al alobado, gritó con aire asustado, y todos lo oyeron:

—¡Está muerto...! ¡Satán lo ha matado con su propia mano para que tome

posesión de otro cuerpo y, en su oficio, lo convierta en otro alobado...!

Un aterrado murmullo siguió a estas palabras. En el silencio, el sacerdote acercó su oído a la muerta boca del alobado. Luego, adoptando un aire de gran satisfacción, se incorporó:

—¡No, no está muerto, ora a Nuestro Señor y se arrepiente...! Pero su voz es débil, es hora ya de quemarlo...

Se apresuraron, vertieron rápidamente pez sobre el cuerpo y la leña antes de pegarles fuego.

Todos retrocedieron. Entre aquel crepitar y fascinados, vieron el cuerpo que se erguía a medias y, aunque el cura supiera que se trataba de un efecto natural de los músculos por la acción de las llamas, y que eran los músculos de un cadáver, los ignorantes aldeanos vieron en ello una manifestación del hecho de que estuviera vivo cuando el alobado había sido entregado a las llamas y de que, así, las cosas se desarrollaban como era debido.



En el lindero de un bosquecillo, invisibles desde la aldea, cinco jinetes contemplaban el cuerpo de Amarillo que se convertía en humo.

Uno de ellos se embolsó el pesado saquete de oro, lo sopesó primero y, luego, sonriendo, el antiguo teniente de policía dio media vuelta. Sólo se quedaron entonces el monje desfigurado, en su blanquecino caballo, y sus tres alobados, que se mantenían muy erguidos en la silla: Rojo, un noble y, de lejos, el más temible; Azul, antiguo capitán de un regimiento de Auvernia, y Verde, casi recuperado de su herida.

Curioso, el monje sin rostro observó a sus alobados, espionando una reacción que no se produjo. No se le pasó por alto, sin embargo, la gran belleza de aquellas tres cabezas cuyos perfiles se recortaban contra los setos y los campos, como una imagen reproducida por tres veces.

Aldomontano, a quien nada se escapaba, advirtió entonces que Rojo apretaba con su mano las riendas, en un gesto que revelaba, ciertamente, la impotencia, pero también la cólera. De modo que el ambrosiano había conseguido crear un espíritu de comunidad entre sus alobados y en su pequeña tropa de élite todos se sentían unidos a los demás.

Satisfecho, soltó con su desagradable voz:

—Amarillo nos había sin duda traicionado, a vosotros y a mí, pero en vida fue un alobado. Debemos pues vengarlo.

Señalando a la aldea, ordenó:

—¡Matad...! ¡Matadlos a todos...! Matad hasta que chapoteéis en la sangre, matad hasta la embriaguez, matad pues habéis venido a este valle de lágrimas sólo

para eso.

La confusión reinaba en torno al conde de Nissac, pero más todavía en su espíritu.

En primer lugar, la duquesa de Medina Sidonia, volviendo en sí en cuanto se hubo desvanecido, se acercó, pasó su mano por la mejilla del almirante adoptando aires de gata y una cálida voz para decir:

—¡Mi querido, mi queridísimo conde...! ¡Creí que ese asesino os había matado...! Hubiera sido una desgracia para vos, para las mujeres y para el amor.

Viéndolo, Isabelle de Guinzan, con los ojos relampagueantes, había mirado de arriba a abajo a Nissac y le dijo:

—¡Os dejo en manos expertas y afectuosas...!

Y se había alejado a grandes zancadas mientras el almirante, estupefacto, no se atrevía a llamarla, pareciéndole indigno justificarse y colocarse en la obligación de jurar que la caricia de la hermosa española, abusiva, no correspondía en absoluto al estado de sus sentimientos pues sólo había amado a una mujer en su vida, y sólo a una amaría, a ella, Isabelle de Guinzan. Además, y no era eso un simple detalle, no había podido expresar su gratitud a aquélla a la que amaba y que acababa de salvarle la vida.

Y como si todo aquello no bastara para extraviar a un hombre que había escapado por tan poco a la muerte, aparecía cuando nadie lo esperaba, y como llegando de la luna, el barón Stéphan de Valenty, a quien, la última vez, había dejado en la ciudad de Toulon...

Satisfecha por el desastroso efecto que su aparición acababa de provocar, la duquesa de Medina Sidonia, al ver clavada en ella la mirada gris acero, desprovista de ternura, del almirante, prefirió desaparecer sin siquiera despedirse.

Cuando se quedó solo con Valenty, Nissac le sonrió.

—Me satisface volveros a ver, barón, aunque las circunstancias sean muy extrañas.

—Es que el mundo es muy extraño, almirante.

Nissac lo observó con mayor atención.

—¿Qué queréis decir?

El barón de Valenty miró a su alrededor; luego dijo:

—Precisamente no soy yo quien debe hablaros y, sin embargo, alguien debe hablar con vos.

—¿Quién es ese «alguien», barón?

—Nada más puedo decir sobre ello. Las cosas son muy complicadas.

—Y nada hacéis para simplificarlas.

—Es que no puedo, señor conde. Cada cual tiene, en este asunto grave, su lugar, y el mío es modesto. Mi papel consiste en esto, en avisaros de que un hombre va a hablar con vos. Os alojaréis, esta noche, en la calle Betsy. Estad ante la puerta a las ocho y aguardad, aunque caiga la noche. No os fiéis en absoluto de la apariencia de

quien va a aboraros, es mucho más poderoso de lo que va a pareceros. Y, sobre todo, escuchadlo con gran atención, pues nada en el mundo es más importante ni más urgente.

Impresionado, Nissac respondió:

—De acuerdo, así será. ¿Pero sois ahora, vos, capitán de los Guardias Franceses?

Una vez más, el barón Stéphan de Valenty miró a su alrededor con ansiedad, y luego, bajando la voz:

—Señor conde, muy pronto sin duda esas cuestiones no serán ya un misterio para vos.

—No veo en ello ningún misterio, barón, y estoy convencido de que honraréis a los Guardias Franceses.

—Decenas de otros gentileshombres tienen, en el reino, mis méritos, señor conde, y no ocupo ese puesto por azar. Pero aunque doy las gracias a amigos como vos, he aprendido desde hace mucho tiempo a no respetar a mis enemigos, tanto si yacen en callejas oscuras como si viven en grandes castillos.

—¿Por qué me lo decís?

Valenty habló en voz tan baja que fue casi un susurro:

—Muy pronto lo veréis, pero permaneced ojo avizor. Ignoro quién ha querido mataros hace un rato y no dudo de que muy pronto haréis que se arrepienta, pero las fuerzas del mal, diabólicas, no vacilan en adoptar los hábitos de la virtud o de la religión.

El conde de Nissac sonrió.

—¡Al diablo le ha gustado, siempre, chapotear en las pilas de agua bendita...! Pero no os dejéis engañar, Valenty: no hay aquí abajo fuerzas que no sean comprensibles y explicables. El diablo... Es la gran mentira y quienes admiten su existencia son unos crédulos.

—Sin embargo, señor conde, permaneced ojo avizor a partir de hoy mismo. Desconfiad tanto de las grandes duquesas como de las carroñas, tanto de los ministros como de los petimetres.

—Vuestro ardiente deseo de salvarme de misteriosos peligros me conmueve, barón, y...

Un grupo de los Cien Suizos, que polemizaban desde hacía un rato, deshizo su reunión y, en el espacio que dejaron libre, el conde de Nissac descubrió a la baronesa de Guinzan discutiendo con el magistrado de Orleans. Le pareció entonces, aunque el viento fuese gélido, que unas leves y tibias brisas llegaban del sur, perfumadas con olores primaverales.

—Perdonadme, barón.

—Os esperaré, señor conde, pues debo llevaros a la calle Betsy.

—¡Sin duda, barón, sin duda...! —respondió Nissac sin escuchar ya a Valenty y acercándose, a grandes zancadas, a la baronesa. Viéndolo, el magistrado de Orleans, prudente, prefirió apartarse.

—¿Cómo agradecerérselo, señora?

—No me lo agradezcáis. También vos me salvasteis la vida ante aquellos malandrines.

—No es en absoluto comparable, señora.

—¿Ah no? ¿Y por qué?

—Porque yo soy un hombre y vos una mujer.

—¡Menuda cosa...! Cuando empuño la espada, soy una mujer con una espada y valgo por muchos hombres. ¿A quién miráis de ese modo?

Había seguido la mirada del conde. Él sonrió y señaló a un hombre que entraba en el Louvre con pasos inseguros.

—Aquel hombre que veis allí, bastante desaliñado, que no se ha afeitado y titubea un poco, es Nicolas Vauquelin des Yveteaux. ¿Lo conocéis?

—Nunca había oído su nombre.

—Ah, no oculta que es libertino y vividor, pero es un poeta que me gusta y que fue traído a la Corte por el mariscal Destrées y es ahora preceptor del Delfín, y le enseña retórica y latín sin apretarle demasiado, según dicen. Detesta al papa, multiplica sus aventuras eróticas y, por estas razones, tiene la estima del rey.

—Y la vuestra.

—Por razones distintas, señora.

—¿Cuáles son?

El conde vaciló. Estaba en su elemento cuando se lanzaba contra adversarios diez veces más numerosos, pero no se atrevía a recitar poemas a la mujer a la que amaba. Y, sin embargo, creía que en el amor todo debe compartirse. La poesía también. Pero no, no se atrevía.

—Bien veo que deseáis saberlas, pero... Ah, señora, dentro de unos instantes, cuando me haya cubierto de ridículo, no podréis vos reprocharme mi vacilación al recitaros algunos versos de mi amigo Des Yveteaux, lamentablemente demasiado borracho para recitároslos él mismo.

—Decidme esos versos, señor conde, os lo ruego.

Nissac respiró y dirigió la mirada de sus ojos grises hacia la lejanía, recitando con voz de bajo:

Odio las sectas partidarias, pero amo a todos
los hombres,
sin reducirte a las leyes de los climas donde estamos,
que el árabe, el escita y las frentes atezadas,
que bajo otro cielo distinto al nuestro nacieron,
no sean por ti considerados pueblos bárbaros,
y ama sus espíritus, raros donde los haya.

Ella lo amó más aún, aunque algunos segundos antes tal cosa le habría parecido imposible.

Por la natural inclinación de su espíritu, se adhería al sentido de aquellos versos

que a Nissac le gustaban, pero sus propias aventuras, que la convirtieron en baronesa, en plebeya luego y de nuevo en baronesa, la habían fortalecido en la convicción de que la cuna no es nada, sea cual sea el rango o el país, y que hombres y mujeres sólo existen, en la calidad, por sus acciones y lo que de su vida hacen.

Pero la turbación de la baronesa se debía también a otras razones.

También así el aire cohibido y muy conmovedor del conde, que ignoraba qué efecto acababa de producir y cuyos soberbios ojos grises tomaron un leve tono violáceo. Y aquella singular realidad: que hombre tan notable, célebre y temido en la acción ocupara su tiempo, cuando soltaba su sable, leyendo a los poetas con quien trababa amistad.

Lo alivió de cualquier ansiedad diciendo:

—Es un muy bello estilo y las ideas me son cercanas, siendo ambos un hermoso conjunto.

Se contemplaron. Nunca como en aquel instante habían visto con tanta claridad lo que debían hacer, que consistía en lanzarse el uno hacia el otro, darse enloquecidos besos y salpicarlos de numerosos «¡os amo!».

Sin embargo, y a pesar de lo que hubieran dicho o pensado poco antes de las diferencias de nacimiento, lo sintieron lamentablemente, aunque no fuera en absoluto en el sentido de los prejuicios, sino muy al contrario.

El conde de Nissac, de nombre cubierto de gloria desde hacía siglos, temía que la baronesa, si él osaba hacer un gesto o decir una palabra, pensase que abusaba de su poder.

La baronesa, por su parte, temía aventurar el mismo gesto, pues entonces tal vez fuese juzgada como una intrigante.

Señaló al triste magistrado de Orleans, que mostraba signos de impaciencia.

—Me aguardan. Esta noche duermo en una posada de París y, mañana, volveré a partir hacia las orillas del Loira.

Vaciló y añadió:

—Muy pronto. A las seis.

Él tomó cuidadosa nota de aquellas palabras y respondió:

—Por la vida que me habéis salvado, os debo... ¡lo que queráis! Pensadlo, pues sobre esta deuda que debo pagar no capitularé.

Sintieron cierta dificultad en apartarse de la mutua contemplación; luego, por fin, cada cual siguió tristemente su camino.

Dada la espesa humareda, no se veía el cadáver que iba consumiéndose y los aldeanos sentían por ello despecho y miedo.

En efecto, les hubiera gustado ver ardiendo al alobado, con todos los detalles de la combustión, y prestaban atento oído a los huesos que se rompían y al crepitar de las carnes, pues todos pensaban que en el porvenir, e iban a vivir hasta muy viejos, no volverían a asistir a semejante espectáculo de un alobado en la pira. De ahí procedía la sensación de que les robaban su placer y buen contentamiento.

A otros, menos numerosos, es cierto, les parecía muy extraño que aquella leña que parecía, sin embargo, muy seca estuviera en realidad tan verde que producía una humareda blanca que lo ocultaba todo en la pira, a lo que se añadía la presencia de vientos atorbellinados que jugaban, muy malignamente, con el humo, pero de suerte que nunca se viese nada y se asfixiaran si se acercaban demasiado a las llamas. Y en su espíritu pensaban que el diablo, que nunca abandona a sus criaturas, activaba las llamas, que constituyen su elemento, para recuperar el alma malditadel alobado.

Así pues, se impacientaban hallándose todos allí, desde el más joven al de más edad, con la única excepción de la «idiota», a quien el cura, sin más explicaciones, había mandado al bosque; pero les importaba muy poco conocer las razones de semejante penitencia, pues, desde siempre, la «idiota» vivía por su espíritu —el poco que Dios le había concedido— fuera de la aldea.

En cambio, se alegraban ante el futuro espectáculo porque, para decepción de los aldeanos, el joven cura, siempre el primero en combatir a Satán, había prometido que en cuanto las llamas se extinguieran, diría una misa para el niño que el alobado había traído y lo quemaría a su vez, antes de que finalizara el día. Y, ante la pregunta de si era preciso ahorcarlo antes, o degollarlo, el sacerdote había respondido que un alobado es y sigue siéndolo sea cual sea su edad, de modo que éste no era un niño raptado, como afirmaba el hombre que ardía, sino el hijo de éste, era pues un niño alobado y debía sufrir la común suerte de los alobados, según las recomendaciones de nuestra santa madre Iglesia.

Pero esta vez elegirían con gran cuidado los haces de leña, pues un niño quemado vivo es, a fin de cuentas, un espectáculo raro y muypreciado. Por lo demás, resultaría más fácil porque la pira sería, forzosamente, más modesta en sus dimensiones, ya que un chiquillo de unos dos años, aunque estuviese, según creían, ahíto aún de leche natural y por ello corría el riesgo de arder muy mal, se inflamaría de todos modos perfectamente si lo rociaban con varios cubos de pez.

Ya hombres y mujeres devotos, los más asiduos a los oficios y muy buenos católicos, se atareaban colocando haces de buena calidad y de leña muy seca, pues al cura se le había ocurrido de pronto la idea de que era preciso levantar la pira del hijo junto a la del padre. Y ello con la pretensión de mancillar con cenizas diabólicas sólo una modesta superficie del suelo de la aldea; más tarde lo cavarían y lo sembrarían de

sal, antes de inundarlo con agua bendita, para perseguir a las negras almas de los alobados hasta las entrañas de la tierra, pues había algo cierto: intentarían huir por esta salida hacia los infiernos, para encontrarse allí con Satán, su dueño.

El cura contemplaba todos aquellos acontecimientos con gran satisfacción pues sólo podía elogiarse por el celo de sus feligreses. Su predecesor, viejo cura a quien Dios había llamado ya, le había contado con delicia que, apenas llegados a la aldea los ecos de la noche de San Bartolomé, se habían arrojado sobre los hugonotes y habían hecho un buen trabajo a la gloria de Dios. Nadie se había salvado, ni siquiera las mujeres preñadas y en una de ellas, cuyo vientre habían abierto mientras vivía aún, vieron agitarse al niño, y al presenciar del cerca el desarrollo de la semilla de Satán, la arrancaron rápidamente de las entrañas para pisotearla. El pastor, capturado, fue descuartizado vivo en cuatro pedazos y su cabeza, colocada en un recipiente de gres, enviada al obispo, que agradeció vivamente tan piadosa idea.

La única nota sombría fue que algunos católicos se mostraron «aterrorizados por semejante barbarie» y abandonaron para siempre la aldea.

Todo aquello ocurría bajo el reinado de Carlos IX, treinta y ocho años antes, y algunos que habían participado en la matanza vivían aún y eran muy considerados por los demás, como buenos servidores de Dios.

El cura suspiró de satisfacción pues aquel asunto de alobados venía al pelo para devolver el vigor al fervor religioso y asegurar, en aquel lugar, el indiscutible dominio de «la verdadera fe».

Su mirada satisfecha se dirigió más allá de la aldea, hacia aquella colina cercana a un bosquecillo donde...

Quedó paralizado por la sorpresa. Tenía plena conciencia de que lo que estaba viendo era algo espantoso pero no podía impedirse hallar en ello cierta belleza.

La cima de la colina estaba vacía y, un instante después... Había visto aparecer un capuchón de monje y tres cabezas de lobo, sus hombros luego, sus cuerpos, los caballos que montaban, y el del monje, que era pálido. Cuatro, como los jinetes del Apocalipsis. Se mantenían en la silla, inmóviles, semejantes a estatuas y aquella total ausencia del menor movimiento participaba en el espanto que el cura sentía.

Muy pronto, también los aldeanos los vieron y dejaron de construir la pira para el niño, abandonaron además cualquier movimiento, y permanecieron en una inmovilidad semejante a la de los espantosos jinetes. Luego, los cuatro jinetes hundieron sus espuelas en los flancos de sus monturas, que tenían pesado el tranco en aquel inicio de carrera pues quienes las montaban iban pesadamente cargados de armas.

El cura vomitó su desayuno, el caldo, los huevos pasados por agua y la manzana cocida. Aunque no fuera el momento, sintió en su lengua que, con la comida, había perdido el corcho que tapaba un diente hueco, pues aunque en semejantes casos para el rey y los altos señores se utilizara el oro, los demás sólo tenían derecho al corcho y al plomo. Pensar en dolores de muelas le permitía mantener a distancia el miedo que

le inspiraban aquellos jinetes que bajaban por la colina y se dirigían directamente a la aldea. ¡Y hacia él...! Para el dolor de muelas vale, como remedio, raparse el pelo y llevar al cuello un colmillo de topo que adormece el dolor, pero el sacerdote sabía, en su interior, que aquellos pensamientos que debían distraer su miedo eran ilusorios y no impedían a los alobados y al monje loco que los dirigía llegar hasta él, que había ordenado quemar al alobado.

Los jinetes habían alcanzado la barricada de toneles, pero los caballos saltaron aquel obstáculo y los aldeanos que empuñaban horcas las soltaban para huir más deprisa y se veían, de ese modo, alcanzados en la espalda por las cortas lanzas de los alobados.

Éstos llevaban en la otra mano un hacha de dos filos, denominada «hacha francesa», de modo que podían matar a dos hombres al mismo tiempo pues el brazo derecho, por un diabólico efecto, ignoraba en ellos al brazo izquierdo y ambos funcionaban como se acostumbra cuando se pone toda la atención en uno solo.

La calle se poblaba de cuerpos y el monje se inclinaba sobre cada uno de ellos, con la daga en la mano, para acabar la tarea hundiendo la hoja en uno de los ojos: venganza de tuerto.

Como siempre en su arte de la guerra, los alobados sólo se interesaban por los hombres, y terminaron muy pronto con ellos, el último fue el herrero, al que se añadía el cura, que había desaparecido en el interior de su iglesia, pero, por lo que a éste respecta, los alobados no tenían prisa alguna pues lo consideraban una excepción.

Al herrero, que había roto los cuatro miembros de Amarillo con muy buen humor, no le rompieron los cuatro miembros sino que se los seccionaron a hachazos.

—¡Que esa carroña se ase...! —soltó el monje, lanzando una mirada despectiva al tronco ensangrentado del herrero y a su enorme rostro que balaba de dolor.

Así se hizo, y el tronco del herrero fue arrojado vivo a las enrojadas brasas de la pira de Amarillo.

Fieles a su costumbre, los alobados mataron entonces a los niños, disfrutando de la cálida sangre y las tiernas carnes; llegó luego el turno a las mujeres, a excepción de las tres más hermosas, que fueron violadas.

El monje no participó en la violación, pero se divirtió de lo lindo con el espectáculo que daba una morenita de veinte años, de buenas curvas y espantosa belleza. La muchacha —¡insensata!— no se dejaba violar como las otras dos mujeres, que aullaban, sino que, más maliciosa, fingía un gran placer de modo que la cosa no parecía en absoluto una violación.

El monje no se dejaba engañar. Contemplaba con desprecio a la muchacha que ponía los ojos en blanco de fingido placer mientras el alobado, tendido sobre ella, tenía en sus ávidas manos los globos hermosamente redondeados de sus pechos. El ambrosiano advirtió la mano de la muchacha que acariciaba la cabeza de lobo, como si el pelaje fuera de seda, aunque el monje veía con claridad que aquella mano temblaba. ¿Esperaba acaso salvar su pobre vida fingiendo que sentía placer...? Sin

duda, pero fue en balde, pues, una vez hubo lanzado el apagado grito de áspera satisfacción, el hombre lobo la estranguló. Sin embargo, aquel estilo contrarió al monje desfigurado, pues el alobado, que resultó ser Azul, el antiguo oficial, acabó en algunos segundos, transformando una dulce caricia en estrangulación, de modo que la víctima murió sin sufrir. A Aldomontano, eso no le gustaba. Ciertamente, Azul no había actuado, sin duda, por humanidad, pues aquello hubiera sido gravísimo, y la razón de su gesto debía buscarse más bien en la satisfacción que obtenía de la actitud de la muchacha, pero la gratitud, puesto que de eso se trataba, revelaba ya sentimientos humanos y éstos no debían existir en sus criaturas devueltas al estado natural.

—¡A la iglesia...! —ordenó el ambrosiano enronquecido.

Los tres alobados se miraron con un brillo de excitación en los ojos, pues el saqueo de iglesias les procuraba siempre un gran placer.

El monje sin rostro, por su parte, se prometió vigilar a Azul.

Sin embargo, se engañaba.

Azul había actuado, ciertamente, por gratitud, y aquello el monje lo había visto bien. Pero aquel sentimiento no tenía una gran gravedad pues era semejante, en la forma, al del perro que se frota contra las botas de su dueño que acaba de darle un hueso.

En cambio, el ambrosiano hubiera desfallecido si hubiese seguido a Rojo cuando los alobados habían visitado cada una de las casas donde se encontraban habitantes ocultos bajo los camastros, en los armarios, los sótanos y los graneros y a todos les hendían enseguida la cabeza de un hachazo.

Sin embargo, en una habitación cerrada con llave en la morada del herrero, cuya puerta abrió de una patada, Rojo había dado de narices con el niño de dos años que los aldeanos se disponían a quemar.

Rojo estaba allí, con la espada en una mano y el hacha franca en la otra, la primera chorreando sangre, la segunda materia de los sesos.

El alobado miraba al niño que le sonreía.

Sabía que hubiera debido matarlo. Así lo deseaba el amo. Por otra parte, Rojo sabía también lo que le sucedería al pequeño si lo respetaba: abandonado, solo en el mundo, acabaría en alguna granja tras una vida sin alegría, obsesionado por el recuerdo de los alobados. Si volvían a su memoria y hablaba de ellos, nadie lo creería y se burlarían de él... ¿Valía la pena vivir semejante vida?

Rojo levantó el hacha, pero su voluntad vaciló y se debilitó su decisión.

No podía matar a un niño tan pequeño que le sonreía con confianza. No tenía en absoluto, o no tenía ya, aquella fuerza. Además, mirándolo bien, el chiquillo proseguía con su mera existencia la concluida vida de Amarillo. Por él, Amarillo había corrido grandes riesgos y conocido un horrible óbito. Matarlo sería matar de nuevo a Amarillo, aquel infeliz y extraño compañero que no se parecía a Azul ni a Verde.

A Amarillo, sin duda, lo olvidaría, pues en su vida de alobado, tantas veces recluido entre cuatro muros, olvidaba al mundo y a los seres que había conocido, encontrado, divisado...

Pero Amarillo le recordaba un mundo de inciertos contornos, en el que ya no se decía «Mmm, mmm», un mundo que aparecía y desaparecía en instantes fugaces, como envueltos en el vapor de azufre del río del castillo de las Quimeras.

Rojo dio un respingo y fue presa de gran terror al oírse decir, a su pesar:

—Tu amigo el lobo te aguarda en el valle. Huye por el jardín y corre mucho, nunca regreses aquí.

Turbado, llevó al pequeño hasta la puerta trasera, que cerró en cuanto el niño se hubo lanzado en busca de Amarillo.

Luego, Rojo salió a la calle mirando al suelo, consciente de haber cometido un acto que el amo hubiera castigado con la muerte de haberlo sabido.

Viéndole preocupado, caminando con la cabeza gacha, el ambrosiano, profundamente equivocado, pensó: «¿Qué horrible tarea acaba de realizar Rojo...? Evidentemente, se da miedo a sí mismo. ¡Es algo bueno, muy bueno...!».

El coronel de caballería Juan de Sotomayor entró con paso decidido en la posada del Asno Muerto, que era, como todos los parisinos sabían, lugar de grandes peligros, muy frecuentado por ladrones y asesinos, de donde ciertamente se salía siempre, aunque muy a menudo como cadáver.

El coronel miró a su alrededor. Algunas mujeres, hermosas por lo demás, habían retrocedido hacia la entrada del sótano. Ya dos hombres se habían levantado y colocado ante la puerta, impidiendo al español cualquier salida, pero esto no le sorprendió pues así esperaba que las cosas sucedieran.

En su carrera militar, José de Sotomayor había mandado a millares de hombres y creía conocerlos bien, de modo que despertó sorpresa al colocarse ante una mesa donde estaba sentado un anciano de no muy buen aspecto, mal vestido, con los canosos cabellos en desorden y un aro de oro en la oreja. Resultaba, sin embargo, que era el indiscutible jefe de la temible pandilla del Asno Muerto, que se llamaba Dieulefit aunque, antaño, algo que allí todos ignoraban, había sido marqués con otro nombre, el suyo de verdad.

—¿Qué quieres de mí...? —preguntó con tono de una gran frialdad.

El español, antes de abrir la boca, derramó el contenido de una bolsa de oro sobre la mesa. Dieulefit mordió una de las monedas y se mostró satisfecho.

Apenas más suave, sin embargo, preguntó:

—¿Bueno?

—¿Bueno...? Dos cosas. La primera es matar a un hombre, y tendrás cinco veces más oro.

—Ya está muerto. ¿Y la segunda?

El español puso la mano en la empuñadura de su espada y respondió:

—Debes saber quién soy, puesto que hacemos negocios. No te diré mi nombre, sin embargo, pero de buena gana te mostraré quién soy con la espada en la mano y que no es bueno injuriarme, por ejemplo tomando mi oro sin haber llevado a cabo la tarea. De modo que indícame al mejor de tus hombres y que se mida conmigo.

Dieulefit lo miró con aire suspicaz, luego pareció divertirse.

—Me gustaría ver el resto de tu oro antes de que uno de los míos te mande al infierno. Pero si realmente lo deseas, Levrault te hará frente.

Un hombre alto y delgado se levantó, sin apartar los ojos de Sotomayor.

Desenvainaron la espada en el mismo instante y se inició de inmediato el combate.

Duró varios minutos, fue de gran nivel y hermosa factura, y encantó a los canallas que asistían a él.

Así, el llamado Levrault, en la primera parte, intentó todas las fintas aprendidas en las callejas, pero el coronel se adaptó de inmediato a aquel estilo, pues había aprendido bien sensiblemente las mismas jugarretas en los numerosos campos de

batalla adonde le había llevado la causa de la Santa España.

Viéndose así paralizado en su empresa, pues no podía esperar ningún progreso, Levrault, hombre inteligente, cambió su estilo por un modo ahora muy clásico, en el que también era excelente. Por desgracia para él, en los cuarteles españoles Sotomayor se había familiarizado, y con creces, con aquel estilo y mantuvo alto el pabellón ante su adversario, quien tuvo el raro mérito de no encolerizarse y conservar siempre su sangre fría.

Finalmente, Juan de Sotomayor, en silencio, golpeó por tres veces el entablado con el tacón de su bota y, de inmediato, tocó a Levrault en el pecho, desgarrando la camisa y haciendo brotar la primera sangre.

Herida muy leve, es cierto, pero todos sabían que el coronel lo había querido así, pues no deseaba matar a un valioso adversario que mañana, sin duda, sería para su causa un precioso auxiliar contra el almirante de Nissac.

Dieulefit, el jefe de la banda, se levantó, y Sotomayor advirtió que tenía una pata de madera. ¿De dónde procedía, entonces, su autoridad...? Supo más tarde que, hugonote, durante la Noche de San Bartolomé Dieulefit había degollado, uno tras otro, a cuatro arcabuceros reales, había ocultado en lugar seguro a una decena de señores de la religión reformada, había visto cómo le destrozaba la pierna un tiro de arcabuz mientras intentaba romper las cadenas de unas embarcaciones reunidas en la orilla derecha del río Sena, vigiladas por orden de Carlos IX. Rodeado por todos lados, perdiendo sangre, se había arrojado entonces al Sena y había escapado del furor popular que se daba libre curso en la ciudad de París.

En aquel tiempo, no se llamaba en absoluto Dieulefit, era marqués de buena nobleza y se le abría un hermoso porvenir considerando su grandísimo valor y el agradecimiento de los altos señores cuya vida había salvado, convirtiéndolos en sus deudores. Pero la pérdida de su pierna, añadida a las visiones de horror de la Noche de San Bartolomé y a la revelación que de sí mismo tuvo, en su facultad de inventar, bajo el terror, argucias y organizar la resistencia, le hizo cambiar de vida para siempre. El rumor añadía a ello el amor de una hermosa prostituta, convertida en cosa suya, y a la que no podía llevar a vivir en su antiguo medio.

Finalmente, Enrique IV, que no olvidaba que él mismo había sido hugonote, respetaba a Dieulefit —cuya nobleza conocía—, al hombre que había salvado a varios de sus amigos, de modo que los soldados del rey nunca se aventuraban del lado del Asno Muerto, convertido así en tan inviolable como el Louvre.

Sotomayor ignoraba aún todo aquello, pero estuvo a punto de vacilar de sorpresa al ver cómo el anciano rechazaba su oro.

—¿Ya no quieres mi oro...? —advirtió más que preguntar.

Dieulefit agitó la cabeza.

—No. Guarda tu oro, español, pero tranquilízate, el trabajo se hará.

—¿Hay alguna razón de que rechaces mi oro?

El anciano sonrió.

—No has matado a Levrault cuando podías hacerlo. Ya ves, nueve de cada diez lo habrían hecho, para asombrarme, por crueldad o por juego, lo que en tal asunto es cosa semejante. Siento estima por quienes respetan la vida, y ello desde cierta jornada...

El español no comprendía aquel discurso.

—Ah caramba, pues se mata en tu posada del Asno Muerto, es cosa sabida.

—Es cierto, pero se mata con buenos motivos. Se matan burgueses con la bolsa llena y noblecillos arrogantes, y todos son cerdos que vienen aquí para joder a nuestras mujeres.

Su mirada se detuvo unos instantes en la media docena de hermosísimas muchachas, luego prosiguió:

—Somos una pequeña y apacible familia. Dieciocho hombres, seis mujeres. Todos satisfechos viviendo aquí. Ciertamente, podríamos despojar a los burgueses y despedirlos, pero irían a quejarse y nos causarían disgustos...

Se agitó.

—Volvamos a tu asunto. No quiero conocer, sobre todo, al hombre que quieres matar pero, si necesitas ayuda, debe de ser temible. Te doy cuatro de mis mejores hombres.

—Eso está bien.

—¿Cuándo los necesitarás?

—De inmediato. Cabalgaremos de noche y tenderemos una trampa mañana, tras haber reconocido el camino.

—Que así sea.



El rey Enrique IV paseaba por los jardines de las Tullerías, acompañado por Bassompierre, que iba algo retrasado, y un hombre de más edad, que era un muy antiguo compañero: Maximiliano de Béthune, barón de Rosny y duque de Sully.

Ingeniero militar de talento, no carente de valor, helido en la batalla de Ivry, se encargaba, en la realidad de los asuntos del poder, de las finanzas en el reino de los lises. Hugonote, detestaba España, a la que consideraba el foco de la fanática infección católica, de modo que su posición resultaba, en este caso, bastante delicada: aunque en todo predicaba el ahorro, y había restablecido así el equilibrio de las finanzas del reino, se excitaba en cuanto se hablaba de hacer la guerra a los Habsburgo de España y de Austria, fuera cual fuese el precio que se debía pagar.

Sabía que la guerra estaba muy cerca. Así lo deseaba Enrique IV, así lo deseaba él mismo. Y aquella guerra, inevitable, debía producirse en un momento favorable para Francia, que debía atacar a su tiempo y no aguantar el ataque.

Enrique IV deseaba un ejército que hiciera historia: cien mil hombres provistos del más completo y moderno equipamiento, una artillería sin rival. Había que golpear pronto y con fuerza, al sur, al este y al norte. Y poner de rodillas a España en dos meses. Era preciso a toda costa, pues, si se demoraban y faltaba una firme resolución, la guerra duraría diez años, treinta años, y asolaría Europa.

Con cuidado y método, Sully trabajaba en ello. En mayo, Enrique IV tendría todo lo que deseaba. Luego podrían hacer que el tambor redoblara y lanzar a la batalla los más bellos regimientos del mundo.

Pero, para ello, no debía sustraerse ni un solo escudo a la causa sagrada, pues aquella guerra sería costosa, de modo que el señor de Sully hizo una mueca cuando el rey le dijo:

—Habrà que aflojar los cordones de la bolsa, si es necesario, pues pretendo servir una causa de gran importancia.

En la imaginación de Sully, sólo podía tratarse, una vez más, de un asunto de faldas. Maridos complacientes, padres celestinos: había comprado para el rey a tantas de esas hermosas criaturas que, asegurándose cierto ascendiente sobre Enrique IV mediante sus buenas disposiciones en la cama, exigían luego castillos, dominios, rentas...

—¿Cómo se llama la muchacha, sire...? —preguntó Sully con voz cansada.

—¡No se trata de mujeres...! La causa que me importa es militar y se llama Nissac, que va a pegarle fuego a España.

Sully dio un respingo por un doble motivo. En primer lugar, le gustaba el nombre de Nissac, aunque nunca hubiera conocido a aquel hombre, ¿pero cómo no apreciar un nombre unido siempre a la victoria...? Luego, creía que el rey detestaba al almirante y le extrañaba que Enrique IV hubiera podido confiar alguna misión al conde, como le sorprendió, en el pasado, la actitud de Nissac. En efecto, ignoraba por qué razón el conde se mostraba, a pesar de todo, tan fiel y por qué imperioso sentido del deber actuaba de aquel modo.

—Me sorprende no poco oír el nombre del conde de Nissac, sire.

—Pues bueno, habrá que acostumbrarse. Nissac es el mejor de mis súbditos. No voy a hablaros de esas misiones, pero son de la mayor importancia. En cualquier situación y en todos los puntos del reino, quiero que el conde sea ayudado y asistido si lo solicita. ¿Entendido...?

—Perfectamente, sire. Y si contribuye a destruir España, proporcionaré una muy buena renta al señor de Nissac.

Enrique IV se detuvo y miró a su viejo compañero con gravedad.

—Le injuriaríais... Pertenece a otro tiempo en el que servir lealmente era cosa natural que en nada exigía recompensa. Se dice que roba el viento a los demás capitanes, ¡pero no el oro...! Un ladrón de viento es algo mucho más hermoso.

Permaneció pensativo.

Ni siquiera sabía cómo ponerse en contacto con el almirante y se había visto

obligado, pues, a hacer que partiera hacia Toulon un mensajero llevando una carta.

—En ésta, sellada con vulgar cera amarilla, había escrito:

En el Louvre, el 279 día de febrero.

Enrique por la gracia de Dios rey de Francia y de Navarra, a nuestro querido y bien amado conde de Nissac, almirante de los mares del Levante, salud:

Estando desde hace mucho tiempo en conocimiento de vuestra fidelidad (y de vuestra discreción como acabamos de comprobarlo recientemente), nos ha parecido agradable entrevistarnos con vos y os confirmamos que, en todo, el reino de Francia os apoyará sin reservas.

Contad, querido Nissac, con que sois ahora uno de mis amigos. Y, para que no guarde mala impresión de mí, presentad mi saludo a vuestra muy excelente señora baronesa de Guinzan.

Enrique

El año de gracia de 1610,
y el vigesimoprimer de nuestro reinado.

Enrique IV fue arrancado de su ensoñación por el tono muy convencido de Sully:

—¡Lo conseguirá...! ¡Sé que lo conseguirá...! Aunque le pidierais que os trajese al diablo vistiendo la púrpura de los cardenales.

—No sabría qué hacer con el diablo. Pero bueno sería imaginar España herida en su prestigio.

—¿Sabré algún día detalles del asunto...? —preguntó Sully, devorado por la curiosidad.

—Si lo consigues, Europa entera lo sabrá. Y tú, algunos días antes. Pero mantén la cabeza fría, apenas tiene una posibilidad entre mil.

—Tratándose del almirante, no tiene importancia... Sólo con *El dragón verde* es casi una armada. ¡Ah, es un hombre terrible! Después de su muerte, si existe algún cirujano con el talento del difunto Ambroise Paré, habría que estudiar su cerebro.

—¡Habría que estudiar, más bien, sus cojones...! —soltó Bassompierre, que se había acercado.

Los tres hombres se miraron, sorprendidos por la frase, luego soltaron la carcajada.

Refugiado tras el altar mayor, al joven cura le temblaban todos los miembros.

Transido de miedo, oyó pasos, las espuelas de varios jinetes golpeando las losas.

Luego una voz. Una fea vocecilla molesta y cruel que decía:

—Sal de tu escondrijo, cura, pues si debemos buscarte comenzaremos, antes que nada, por cortarte la nariz.

El cura, que estaba agachado, se levantó lentamente y vio más de cerca a los cuatro hombres.

Permanecían inmóviles y le produjeron una gran impresión. Las cabezas de lobo con las orejas erguidas y unos ojos de inquietante fijeza daban a los alobados, hombres todos ellos de gran estatura, un aspecto aterrador.

Luego, de pronto, se oyó una maligna risita que resonaba bajo la bóveda mientras el monje echaba atrás su capuchón revelando un rostro de pesadilla.

El monje se acercó al sacerdote, que miraba fascinado aquella faz mutilada en la que faltaban la nariz, los labios, una mejilla y un ojo.

El monje habló en tono de prédica y con palabras de apariencia anodina —su sentido, en cambio, no lo era—, con ese estilo tan particular que sólo puede oírse en las iglesias:

—Como puedes ver, serví de merienda a uno de mis gentiles alobados, pero tú, oveja de Dios, le servirás de cena.

El cura cayó de rodillas, rogando.

El monje se acercó al altar y barrió con un violento gesto el copón, el crucifijo y todos los objetos religiosos que le parecieron sin interés.

Luego, en un tono más alto:

—Ah, caramba, ¿dónde ocultas los objetos de valor?

El sacerdote sintió que debía pensar con rapidez. ¿Qué eran aquella gente, salvo por su calidad de alobados y profanadores, sino ladrones?

Debía satisfacerles. De modo que, con voz de desfalleciente seguridad, el sacerdote respondió:

—No hay objetos de valor aquí, señor, pero conozco algunos muy cerca de esta iglesia.

El monje, que observaba un cáliz, lo arrojó con violencia al suelo y el objeto resonó en las losas. Luego, con voz lenta:

—Eso está muy bien. Advierto tus buenas disposiciones para con los alobados y, por muy recientes que sean, le parecen dulces a mi corazón, que se doblega con facilidad. ¿Puedo esperar que nos ames, oveja de Dios?

—Sí, monseñor.

—¿A quién amas?

—A los alobados.

—¿Y...?

—Y a quien los conduce.

—Esto está muy bien, oveja de Dios. Pero no permanezcas así arrodillado ante mí, pues se me ocurrirían, de ese modo, ciertas ideas y no pienso que en este santo lugar sea de buen gusto añadir el pecado de lubricidad a los pecadillos de los que mi alma se ha hecho ya culpable en esta graciosa aldea donde tan bien saben divertirse. Mira, jugaremos de nuevo: prostérnate ante mí.

El cura se tendió en el suelo.

Entonces, con voz dura y dirigiéndose a los alobados, el monje ordenó:

—¡Levantad a esa loca oveja que pasta en el suelo de la iglesia!

El sacerdote fue levantado por dos poderosos pares de brazos, sin que los alobados mostraran en ello demasiados miramientos.

El monje desfigurado le hizo frente:

—¿Estabas hablando de riquezas...? Te escucho.

Consciente de que le estaba prestando un buen servicio a quien dirigía a los alobados, el cura se mostró prolijo:

—A media legua de aquí hay un castillo que no está en absoluto bien cuidado, aunque contiene numerosas riquezas. Pertenece a una vieja condesa que tiene poca servidumbre, de avanzada edad por otra parte. Podríais adueñaros fácilmente del lugar.

—Describemelo, dulce oveja de Dios.

—Bueno, no lo he visto todo, ni mucho menos, pero puesto que la vieja se encontraba muy mal, hace de eso un año, fui llamado a su cabecera. La habitación contiene grandes riquezas y tal vez ocurra algo semejante en el resto del castillo.

El monje tomó familiarmente al cura por la cintura, apretando mucho, y lo obligó a dar unos pasos, mientras el eclesiástico se forzaba a no mirar aquel perfil ni, por ejemplo, aquellos dientes que se veían hasta el nacimiento de la garganta dada la ausencia de mejilla. El monje adoptó un tono amistoso:

—¡Caminemos, oveja...! Eso está bien... Dime ahora cómo era, en tu recuerdo, esa habitación.

—Al principio, mi impresión no fue buena, señor... Como en todos los castillos, circulaban por éste las corrientes de aire y un frío gélido en cuanto te alejabas de la chimenea. La habitación, en cambio, estaba bien caldeada. Llegué pues justo después de que, con una sangría, sacaran más de una pinta de sangre a la vieja condesa, quien, debido a ello, dormitaba, de modo que tuve tiempo para observar el lugar.

—¡Ah, ya veo que mi gentil oveja es muy curiosa!

—Lo soy, señor.

—Curiosa y observadora. ¡Qué buena oveja...! Dime, ¿no eres ya una oveja de Dios, verdad...? ¿Eres mi ovejita, sólo mía?

—Lo soy, señor.

—¿Qué eres...? ¡Sé más precisa, oveja!

—Soy vuestra oveja, sólo vuestra, señor.

El monje echó mano a las nalgas del cura, diciendo:

—¿Y me eres del todo devoto, no es cierto?

El cura, tras haber tragado saliva, cerró los ojos y, luego, en un abandono que le pareció sublime:

—Soy vuestro de la cabeza a los pies, señor.

—¡Ah, no, no puedes decirlo así...! Veamos, eres mío de la cabeza a las patas, puesto que eres oveja. Ésas son las palabras adecuadas.

—Como os plazca, señor.

—Ya lo veremos, oveja, pero no seas cabeza loca y no me hables de «pies»... ¡Sólo de pezuñas!

Se hizo un largo silencio y el monje prosiguió:

—Aquí, oveja, hubieras debido reírte.

El sacerdote fingió reír. El monje no pareció en absoluto convencido:

—¡Demasiado tarde, oveja...! Pero háblame de esa habitación donde reposaba el viejo esqueleto de la condesa.

—Ah, señor, un lugar bastante hermoso. El dosel de la cama y las cortinas eran de terciopelo tostado. Sillas de nogal con respaldo de cuero verde, y esas sillas cubiertas de tela, de plata y de seda color aurora. El lecho era de terciopelo carmesí, que es el color de la reina, se iluminan con candiles de aceite, pero, para evitar malos olores, como en las ricas moradas, perfuman el aceite con una mezcla de alcanfor e incienso.

El monje desfigurado levantó la mano para interrumpir al cura y, con una voz donde se leía la decepción, dijo:

—Oveja, juzgas muy mal la situación. ¿Sabes?, mis alobados y yo no comerciamos en absoluto con candiles de aceite, lechos, sillas... No somos mercaderes de muebles antiguos, ¿lo parecemos acaso...?

—Señor, vi también una copa de ágata y de cristal, cestos de corladura pero, ante todo, una pieza magnífica y única: un relicario empedrado de esmeraldas de buen peso.

—Eso está muy bien, oveja, iremos de tu parte a ese castillo. Pero, ahora, ya ves, vas a servirnos de comida puesto que te atreviste a hacer que tus payasos probaran la carne de mi alobado...



Verde vigilaba al cura, Rojo se atareaba alimentando una gran hoguera de brasas, mientras Azul, que conocía la forja, fabricaba una pieza de hierro que, sin duda, sólo una vez serviría para semejante uso.

Entretanto, el monje desfigurado, Vittorio Aldomontano, registraba no sin desdén la casa del herrero. Encontró la bodega bien provista con dos almudes de clarete de

Borgoña, dos hojaldres de Beaune y un pequeño tonel de vino blanco de Guérard. Lanzó una fría mirada a las alfombras de Turquía y a la habitación forrada de tapices de Flandes.

En la sala, abrió el aparador y, en una inspección tan apresurada como brutal, tiró al suelo pañuelos de lino y luego, con maligna diversión, derribó la mesa montada sobre una estructura de siete columnas y cubierta con un mantel verde, antes de lanzar con violencia el candelabro de una aleación de cobre contra el cuadro que representaba una escena piadosa.

Finalmente, todo estuvo listo y el monje anunció:

—No habrá crueldad alguna que no hayas infligido tú a mi pobre Amarillo, cura. ¡Justicia...! ¡Por una vez, justicia!

Los alobados, a pesar de su fuerza, apenas fueron bastantes, los tres, para sujetar al cura mientras el ambrosiano, que conocía la cirujía desde su estancia en Italia, pasaba una larga vara de hierro al rojo por los pies del cura. Desde allí, el metal atravesó toda la pierna, salió del cuerpo por la cadera, volvió a clavarse en los músculos del pecho y acabó su carrera en la articulación del hombro.

Sin duda, los dos objetivos del monje se habían alcanzado: atravesar con la vara de fuego el cuerpo del cura y no matarlo.

Llevado así en su espetón, el cura aullaba de dolor. Fue puesto sin embargo sobre las brasas apoyando los dos extremos del espetón en dos horquillas profundamente hundidas en el suelo.

El lecho de brasas desprendía un calor insoportable.

El ambrosiano parecía del todo insensible a los gritos del cura, que sufría con la vara de hierro en su cuerpo y las brasas abrasándolo con su alta temperatura.

Mientras los alobados daban vueltas al espetón para que la carne del cura se asara en toda su superficie, el ambrosiano recitaba oraciones en latín, tomando elegantes giros antiguos salpicados de observaciones en griego.

Finalmente, se acercó, desenvainó su afilada daga, cortó un pedazo de las nalgas del cura, inclinó la cabeza satisfecho y ofreció la carne a Azul, que degustó sin rechazar aquel placer, tragando y comentando satisfecho:

—¡Mmm, mmm!

El monje, que pensaba redactar una carta, contempló al cura torturado no sin ternura:

—Eres deliciosa, oveja, y tu abnegación alimentando a tu prójimo es, para mí, fuente de maravilla. ¿Sabes?, si queda algo de ti cuando nos vayamos, apuesto a que los soldados del gobernador que descubran la matanza en esta aldea no resistirán la tentación de consumir con arrobo tus restos. Por lo que a mí se refiere, es la primera vez que como cura y tu sabor me parece más jabalí que oveja. Habrías mejorado dejándote reposar algún tiempo... Que sepas también, oveja, que voy a escribir la historia de tu castigo y el de esta aldea, para que nadie se atreva ya a quemar a un alobado.

Luego, con la mirada endurecida y un odio no oculto ya:
—¡Revienta poco a poco, carroña, y entre mil dolores!

La noche había caído, hacía ya mucho tiempo, en la calle Betisy y el conde de Nissac, apoyado en la fachada de la casa donde había encontrado habitación, fumaba una pequeña pipa de terracota, de muy larga boquilla, mientras observaba un perro que defecaba con un aire del todo extraviado que lo divirtió mucho. Se dijo que si algún día pisaverdes como los favoritos de Enrique III lograban que se prohibieran en la ciudad de París los caballos y los perros, ésta habría dado un buen paso para regresar a la barbarie.

Aunque hiciese frío, a Nissac no le descontentaba en absoluto huir de su anfitrión, que sufría por la gota y por los cálculos de riñón, que trataba con cagarrutas de ratón que debía de encontrarlas abundantemente en su cuchitril, a juzgar por los roces en los techos.

Nissac aguardaba desde hacía dos horas y, sin duda, muy cerca había un cementerio, pues había oído a los pregoneros recorriendo las calles anunciando algún entierro. Más tarde, vio pasar el famoso «ataúd del pobre», que es el único que vuelve del cementerio, mientras su inquilino se queda en una mala fosa.

Le extrañaba que los hombres no fueran tampoco iguales ante la muerte. Al menos en el mar no ocurría lo mismo.

Recordó que, teniendo que ver al gran almirante, en París, tres años antes, se había alojado en las cercanías del hospital. Allí, se cosía a los muertos en una arpillera antes de echarlos en la fosa común del cementerio Saint-Marcel. Inútil visita: el gran almirante no estaba en París, pues había ido a tomar las aguas en Forges, salvo si era en Plombières adonde, por razones que a Nissac se le escapaban, los ricos iban cada año..., menos los bisiestos, pues tal cosa se consideraba arriesgada.

Nadie sabía por qué.

A Nissac le hacía sufrir toda aquella tontería alimentada con estúpidas supersticiones. ¡Su propietario y sus cagarrutas de ratón...! ¡Cuántas cosas había oído de ese tipo...! Que se curaban las escaras con cucarachas hervidas. Que contra los vapores se necesitaba esencia de orina. Que un collar de lenguas de perro hacía desaparecer los chancros de la boca...

Él mismo, de niño, lo había sufrido en el castillo familiar de Saint-Vaast-La-Hougue. Así, cuando su madre —que lo prohibía— estaba ausente, una vieja sirvienta se empeñaba en hacerle comer la horrenda carne de puerco espín, que se consideraba un buen remedio contra la incontinencia... ¡de la que no sufría!

Él mismo también, aunque sus padres fueran inteligentes, llevaba siempre al cuello un colmillo de lobo al extremo de una cadena de plata. ¿Pero no se decía, acaso, que para construir su castillo, los Nissac de antaño habían tenido que disputar la landa a los lobos...? Aquello lo complacía más que otros talismanes que había descubierto al cuello de ciertos hombres: nudo de raíz de iris o de angélica, de peonía

macho incluso, colmillo de víbora macho engarzado en oro...

El conde de Nissac agitó la cabeza observando a un herbajero y preguntándose si no sería el hombre al que aguardaba, pero siguió su camino y Nissac volvió a sus pensamientos.

Encontraba ciertas excusas para todos aquellos remedios idiotas, pues la gente que los utilizaba no era, en absoluto, sabia. En cambio, detestaba a quienes predicaban semejantes estupideces fingiendo conocer la ciencia.

Sin embargo, Nissac no le daba la espalda al progreso, preocupándose siempre por la vida de los hombres de su tripulación que hubieran sido heridos. No quería así, en absoluto, como solía hacerse mucho aún, que se cauterizara con un hierro al rojo vivo o con pez hirviente, sino que se hiciese una ligadura.

Y en nombre de esa facilidad para adaptarse al progreso —del que se mantenía muy informado— contra la tradición, sabía también decir «no». Y lo decía a la sangría, de la que no quería ni oír hablar, pues la consideraba un insulto a la inteligencia. Inventada por Botalli, un médico piamontés de Enrique III, la justificaba diciendo: «Cuanta más agua pútrida se saca de un pozo, más se llena de agua buena: lo mismo ocurre pues con la sangre y la sangría».

—¡Salvo si el pozo en cuestión está seco...! —dijo Nissac a media voz, sonriendo.

Así, muchas veces en la vida prefería reír que llorar de tan impotente como se sentía para cambiar su época.

Incluso Enrique IV, a quien Nissac admiraba por haber sido el origen del Edicto de Nantes, extraordinario progreso de la tolerancia, le decepcionaba cuando se mostraba cruel y organizaba algunos juegos en las Tullerías. Como el de los perros combatiendo entre sí, o contra un toro, cuando no los lanzaban contra un pobre oso.

O aquella otra costumbre, cada 23 de junio, víspera de San Juan... Se planta entonces en la plaza de la Grève un árbol rodeado de una pira. En el árbol están colgados sacos que contienen doce cachorros de gato. Luego, quiere la costumbre que con un ardiente hachón de cera blanca el propio rey encienda la pira en silencio, muy pronto desgarrado por los clamores del pueblo cuando se oyen los aullidos de los infelices cachorros abrasados vivos.

—Es cruel, es el rey, pero la sangre llama siempre a la sangre... —murmuró Nissac, que a veces se desesperaba ante lo que de salvaje y mezquino hay en el hombre.

Ciertamente, también en el mar se mataba, y mucho, pero entre los de *El dragón verde*, nunca por placer. Ésa era la condición de la marina militar; luchaban con dureza, pero su propia supervivencia dependía de ello. Otra cosa era la cuestión de los prisioneros: no existían para ellos. Cierta acontecimiento había influenciado, profundamente, a Nissac en este sentido.

Recordaba a un capitán inglés, un berberisco, llamado Warwick. Tampoco éste mataba por placer y, en la Marina Real francesa, era muy respetado.

Fue justo después de haber dejado el mando de un modesto bajel, y Nissac, capitán por aquel entonces, surcaba los mares del Levante con una flauta de presa.

Tras un largo duelo artillero, estando Warwick mejor armado, Nissac había fingido huir para regresar protegido por el cegador sol y tras haber robado el viento.

El combate cuerpo a cuerpo fue de extremada violencia, pero la última palabra la tuvieron los marinos del rey, y el propio Warwick, herido por Nissac en leal combate, fue llevado al puerto de Toulon.

El almirante recordaba perfectamente a aquel hombre de veintitrés años, con largos cabellos rubios y rizados, de piel tostada por el sol y ojos de un azul de loza.

Pasando ante Nissac para subir al Cadalso, Warwick le había susurrado:

—Capitán de Nissac, mejor hubierais hecho matándome, ahogándome, pero no la cuerda. Recuérdalo, tú que creíste haber actuado con nobleza: nada de cuerda, la espada o las olas.

Las mujeres veían pasar con tristeza a un hombre tan apuesto como Warwick, que murió con valor.

Bajo el sol de agosto, dos días más tarde, grandes gusanos hormigueaban en el hermoso rostro del inglés, y el conde, contemplando con tristeza aquel espectáculo, se juró hacer lo que el difunto Warwick había solicitado.

—¡Barquillos...! ¡El barquillero...! ¿Quién quiere mis barquillos...?
¡Barquillos...! ¡El barquillero...!

Nissac dio un respingo.

Sintió que aquel mercader podría vender muy pocos barquillos, pues nadie había en las heladas calles para comerlos. Concluyó pues que aquél era el hombre al que aguardaba.

Además, éste se detuvo ante Nissac y preguntó:

—¿Almirante conde de Nissac?

—Yo soy.

—Debo hablar con vos.

—Vayamos a mi habitación.



El barquillero, que no era sino Luc de Fuelle, se había presentado como tal, sin ocultar en absoluto que Stéphan de Valenty era su primo y hablando, sin nombrarlos, del padre Joseph y de Richelieu.

No calló tampoco lo que esperaban de él:

—Tendréis que ejecutar a los conspiradores.

En el ánimo del almirante, las cosas comenzaban a ir demasiado deprisa y aquel abate de corte, disfrazado de barquillero, tal vez intentaba arreglar las cosas a su

modo, que no servía forzosamente, del mejor modo, a los intereses de la verdad.

—Un instante —dijo Nissac—, ¿qué sabe el rey?

—Sabe que esta conspiración no se parece a las demás. Creo... ¿puedo hablaros con franqueza?

—Sin duda. ¿Y puedo hacerlo yo?

—Naturalmente.

Nissac contempló los barquillos. Aquellas estrechas galletas de forma cilíndrica.

—Entonces, me comería de buen grado vuestros barquillos, pues, de tanto esperar, no he cenado.

De Fuellede pareció sorprendido.

—Bueno..., por favor. Así pues, el rey ha...

—Son deliciosos. ¡Y muy dulces...! —interrumpió Nissac.

De Fuellede era uno de esos hombres que, con el espíritu ocupado por una causa, no piensan en nada más, ni siquiera en comer. De modo que no comprendía que el almirante de Nissac pudiera tener hambre.

Disimulando su irritación, prosiguió con gran paciencia:

—Hablando francamente del rey...

—Ah, caramba, ¿los habéis preparado vos mismo, abate?

Luc de Fuellede no era idiota y vio un brillo divertido en los fascinantes ojos grises del almirante. Comprendió entonces que aquellas preguntas no se debían a la golosía sino al deseo del conde de Nissac de que las cosas fueran de un modo y a un ritmo en los que pudiera seguirlas y participar en ellas en condiciones de igualdad.

Sonrió.

—Sea. Si no soy claro en mis palabras, no vaciléis en pedirme precisiones.

—Ésa es, en efecto, mi intención.

—Pues, hablándoos con toda franqueza, creemos que el rey tiene miedo. Puedo decirlo porque este rey dio pruebas, en todo tiempo, de un valor que nunca tuvo grietas.

Pensando en la carga de caballería de Fontaine-Française, Nissac respondió:

—Sin duda, ni un solo instante.

—Le tranquiliza, sin embargo, que tantos hombres de Iglesia, entre ellos mi señor y su propio confesor, hayan tomado las cosas en sus manos para desbaratar la conspiración.

—¿Conoce el papel que me reserváis?

—Lo conoce.

Nissac permaneció pensativo unos instantes.

—Y sin embargo, acaba de confiarme misiones que me mantendrán algún tiempo alejado de París y nada podré contra quienes conspiran.

Un trazo de contrariedad surcó la frente de Luc de Fuellede.

—Lo sabemos, aunque no conozcamos los detalles de lo que el rey aguarda de vos.

—Y no tenéis por qué conocerlos. Pero me parece que mandarme lejos, por la guerra, y aceptar que me encargue de esa conspiración en París es una gran contradicción, ¿no creéis?

Luc de Fuelde, preocupado, tomó un barquillo y lo mordió sin prestarle mucha atención:

—No comprendemos en absoluto esta contradicción, pero no debemos detenernos en ella. Preferimos pensar en el porvenir. A fin de cuentas, antes o después, regresaréis, ¿no es cierto?

—Nada es menos seguro. Esos asuntos no carecen de problemillas.

El abate, que pretendía siempre no quedarse atrás en el desarrollo de los acontecimientos, prosiguió:

—Sólo quiero considerar el caso de que regreséis.

—Es muy amable por vuestra parte y también a mí me gustaría considerar las cosas de ese modo, pues, a fin de cuentas, se trata de mi pellejo.

—Avanzamos casi cada día en el conocimiento de la conspiración y de quienes en ella participan dirigidos por un jefe absoluto, el duque D'Épernon, y lamentablemente es el único nombre que puedo deciros de momento. Pero sería ilusorio imaginar que puedan intervenir la policía y la justicia real en el asunto, pues ambas están gangrenadas por el oro español y, aunque no lo estuvieran, su tiempo de reacción es siempre demasiado largo para un asunto tan acuciante.

Nissac reflexionó unos instantes; luego:

—Puedo comprender todo eso —dijo—. ¿Deseáis pues que sustituya a la desfalleciente justicia y las carencias de la policía?

—¡Bien dicho...! Pero contamos con vuestra rapidez y vuestra eficacia.

—Acabad de conocer a quienes están en la conspiración, hacedme llegar secretamente sus nombres y los detalles de su organización y nosotros intentaremos actuar con rapidez.

Luc de Fuelde se levantó, indicando así que no tenía ya nada que decir, salvo:

—Mi primo Valenty no escatima elogios sobre vos.

—Pienso igualmente de él. Hasta el punto de que, dado que mis poderes parecen de pronto bastante considerables, espero tomarlo conmigo.

De Fuelde inclinó la cabeza.

—Entendido. ¿Tenéis otras preguntas?

—Una. La más importante. Por lo demás, os la he hecho ya pero no me habéis respondido.

Luc de Fuelde contuvo una sensación de pánico. Era siempre dueño de sí mismo y de su memoria, pero aunque buscara...

—¿Una importante pregunta, decís...? Realmente, no veo...

—¿Habéis sido vos el que ha preparado tan succulentos barquillos?

El conde de Nissac iba con la cabeza gacha, al paso de su alto caballo ciego cuyo pelaje negro, de Andalucía, atemorizaba a algunos aldeanos.

El almirante, para llegar a Toulon, había decidido pasar por Orleans, esperando encontrar en su camino a la baronesa de Guinzan, que seguía, sin ninguna duda, una ruta semejante.

No se reconocía ya, y eso lo espantaba. De vez en cuando se sentía sin fuerzas, con el corazón en exceso pesado, abandonado por la gente.

Más grave aún, sabía el origen de su mal: no había visto a la baronesa desde... ayer, y no lo soportaba.

Así, sin que pudiera engañarse esta vez, ¿era eso el amor...? Tan dulce y tan terrible a la vez, pero aunque sufriera mucho, por nada del mundo hubiera cambiado ese estado por su condición precedente.

Levantó los ojos y, en el cielo invernal, descubrió una pequeña nube parecida a la leve vela en el mar azul.

¡Qué curiosa andadura la suya!

Durante todos esos años, nada, ni la menor mujer, nada de amor. Y he aquí que, de pronto, en tan breve plazo, aparecían en su existencia Élisabeth de Sèze de La Tomlaye, la duquesa Inés de Medina Sidonia y la baronesa Isabelle de Guinzan.

Una morena, una pelirroja, una rubia...

¿Pero de qué fuerzas era él, pues, un irrisorio juguete...? ¿O acaso tan hermosas apariciones preludiaban su próxima muerte, como para hacerle conocer en tan poco tiempo lo que había ignorado durante toda su vida?

Sin embargo, de las tres, sólo la baronesa era amada por él. Amada...

Sintió miedo de ese amor, de su amor. Quería a Isabelle junto a su hombro, con gran dulzura, pero un instante después la quería desnuda en su cama para cubrir de besos aquel cuerpo tan deseado.

El camino estaba horrendamente desierto.

Sin embargo, había preparado el asunto con cuidado, calculando que iba a alcanzar a la baronesa antes de Étampes, ciudad que se encontraba ahora seis leguas a su espalda.

Se resignó a pensar que, si no podía ver de nuevo a la baronesa, actuaría de modo que lo mataran en las peligrosas misiones que acababa de confiarle el rey de Francia.

Con los ojos grises preñados de una gran tristeza, murmuró:

—¿Quién va a echarme en falta, salvo mi perro y mi caballo?



—¡Más rápido...! ¡No, reducid la marcha...!

La baronesade Guinzan daba, así, órdenes y contraórdenes desde Étampes, y el magistrado de Orleans, impresionado por el hecho de que el rey la hubiera visto dos veces y le hubiera devuelto su título de baronesa, no se atrevía a contradecir la voluntad de la muchacha.

La baronesa, cada vez más inquieta, se llevaba a la boca sus encantadores pequeños punos:

—¡Debe de ir por delante...! ¿O tal vez está detrás?

El magistrado suspiró. ¿Cómo aquel hombre, enemigo en todo de las pasiones — excepto las de la mesa— habría podido comprender lo que ocurría en el corazón de tan hermosa baronesa?

«¡Cómo lo amo!»... pensaba ella, maravillada por su propia pasión.

Ni siquiera había dormido dos horas, obsesionada por aquel rostro enjuto, marcado por la vida, los combates y, tal vez, las desilusiones.

Imaginó desnudo aquel gran cuerpo de fino talle y anchos hombros...

Hubiera deseado que le hiciese el amor, aunque fuera sólo una vez. Aquella dolorosa punzada en el bajo vientre, aquellos hermosos pechos opulentos ahora de deseo: le hubiera gustado entregarle todo aquello y que él dispusiera de ello como le pareciese.

¡Amaba...! ¡Por fin...!

Sí, por fin amaba y era la primera vez en su vida. No, no: amaba al conde de Nissac desde siempre, antes incluso de conocerlo, y sabía que seguiría amándolo hasta su hora postrera.

Suspiró. Su febril mirada siguió un pequeño arroyo... Se incorporó de pronto y estuvo a punto de golpearse la cabeza con el techo de la carroza. No, no estaba soñando. Allí, aquel alto caballo negro que se mantenía inmóvil, como si mirara a su jinete que hundía su sombrero en el agua y se lo llevaba a la boca para beber su contenido... Aquel sombrero de mojado penacho, plumas verdes, azules y blancas.

—¡Deteneos...! —gritó.

El cochero tiró enérgicamente de las riendas.

Ella bajó enseguida y se dirigió hacia Nissac, quien, habiéndola descubierto, permanecía mudo de estupor teniendo en una mano, aún, el chusco.

Ella se conmovió al pensar: «¡Pan y agua...! Espero que algún día, amor querido, veas que soy capaz de cocinar cosas mucho mejores».

Estuvieron a punto de lanzarse uno en brazos del otro, pero no osaron.

Y fue ella la que habló en primer lugar:

—¿Recordáis, señor, que me propusisteis satisfacer cualquiera de mis deseos?

—Hablad, señora, obedeceré.

—Quiero embarcarme en *El dragón verde*.

—Pero...

—Quiero pues que me llevéis de inmediato a Toulon.

—Pero...

—No es discutible, pues un Nissac prefiere morir que faltar a su palabra, todo el mundo lo sabe.

—Pero...

—¿Sólo sabéis decir «pero», señor?

—Pero...

—¡Lo estáis viendo!

—Quiero decir, baronesa, que no me dais tiempo para terminar.

—Bueno, ¿qué pensáis responder a todo eso?

Sonrió.

—¿A todo eso, no?

—Sí, sin omitir nada.

—Pues bien, sólo respuestas... Os diré pues... ¡Sí...! Se hará como a vos os plazca, señora, y en todo lo que acabáis de decir. ¿Lo dudabais?



Abandonando al magistrado de Orleans en una gran perplejidad y dejando, incluso, su equipaje, pues no pensaba ya en sus tierras, sus viñas ni su morada, y menos aún en su reputación, saltó a la grupa y ciñó con sus brazos la cintura del conde de Nissac.

El caballo negro y ciego avanzaba rápidamente, y más de uno se volvió para ver a aquella pareja, uno con el penacho de hermosas plumas de su sombrero, la otra con sus largos cabellos rubios al viento.

Algunos, los de más edad, se persignaron, temiendo no sabían qué peligro para aquellos desconocidos.

Pues aquella pareja era la belleza, la juventud, la fuerza y el amor, y todo aquello no sería sin duda demasiado para mantener a distancia la fealdad, la traición, la violencia y la muerte.

Pues, en verdad, sus aventuras no hacían más que empezar...

FIN DE LA SEGUNDA ÉPOCA

Tercera época

El castillo de las Quimeras

Marzo de 1610...

Cabalgaban con rapidez y avanzaban envueltos en un frío cruel y bajo un viento hiriente, en un desolado paisaje.

La baronesa, al borde del desvanecimiento a veces, estrechaba entonces con más fuerza la cintura del conde de Nissac o cruzaba, de vez en cuando, las manos sobre el pecho musculoso del jinete que la llevaba a su grupa.

Bajo el cielo negro, las ráfagas de viento gélido hacían temblar a la muchacha. Las dos primeras noches, durmieron en posadas del camino, pero la tercera, sorprendidos por las tinieblas, habían encontrado refugio en un granero de heno.

En las posadas, advirtieron que dormían en habitaciones separadas, pero, esta vez, tuvieron que acostarse uno junto a otro. Nissac, temiendo el frío y pensando en Isabelle, había cubierto a la menuda baronesa con su larga capa azul marino, antes de acostarse a su lado. Luego, sintiéndola temblar, la había tomado en sus brazos.

En tal promiscuidad de dos cuerpos apretados el uno contra el otro, hubiera sido fácil, tanto para ella como para él, robar un beso. A decir verdad, los dos pensaron en ello y, más importante aún, ambos estaban convencidos de que el otro no lo rechazaría, y no se equivocaban.

En el fondo, la una y el otro sentían la tentación de lo sublime, del amor que, por su fuerza y por la pureza que es su esencia, sabe resistirlo todo, incluso la extraordinaria atracción del cuerpo del ser amado.

Se veía un delicado rayo de luna que entraba por un agujero en el tejado del granero de heno y posaba su relumbrante fulgor en los rostros de la pareja acostada.

El conde de Nissac, que por unos instantes dudó de que la comunicación entre un hombre y una mujer pudiera ser tan total, no intentó tender una trampa, sino asegurarse de que la baronesa se encontraba en disposiciones idénticas a las suyas:

—Por no conocerla, no he pensado muy a menudo en la felicidad, pero se me ocurre hoy que es cosa de gran sencillez, aterradora y maravillosa a la vez. ¡Qué diablura!

—Será entonces que el diablo tiene un gran poder de seducción. ¿Pero será el diablo o, más bien, la naturaleza lo que puede lograr que tempestad y gran calma se sucedan?

El corazón de Nissac se aceleró: ¿no acababa de confesar, sin decirlo, que ella se sentía tan conmovida como él?

Ahora, los vientos gélidos habían barrido las nubes negras y, por el agujero del techo, el conde y la baronesa, que no podían dormir, descubrían una noche conmovedora y estrellada.

Volvió levemente la cabeza hacia ella y un mechón de cabello rubio rozó su rostro.

Murmuró:

—Señora, no tengo experiencia en esas cosas...

Le faltó el valor e Isabelle, sonriendo en la penumbra, respondió:

—Tampoco yo, señor.

Nissac dio casi un respingo:

—Ah, señora, ¿cómo podéis comprender lo que todavía no he dicho?

—Por una razón muy sencilla, señor, es que lo adivino por estar sintiendo lo mismo.

Nissac quedó pasmado. En momento alguno, desde que había vuelto a ver a la muchacha, había pensado que iba a resultar tan fácil. Pero, puesto que la situación se le escapaba, temió pasar por un hombre que huía del peligro, algo que no era en absoluto su estilo.

Sonrió a su vez.

—Señora, ignoraba que todo iría así, tan de seguido. Temía confiaros tan pronto que creo en la felicidad y, por lo tanto, en el amor. Sin duda, en los mares me enfrento a la mala fortuna de morir, pero mis temores de luchar contra berberiscos o españoles no están en absoluto a la altura del que sentía al haceros esa confesión.

—Señor, sed siempre tan leal y sabréis cuánto os lo seré yo a cambio.

Él se rebeló, aunque suavemente:

—No soy en absoluto de naturaleza disimulada, señora, y hablo con franqueza incluso cuando eso me cuesta. Y si alguna vez, como en esta extraña noche, sucede que no lo digo todo, es a causa de que creo, precisamente, que no deben precipitarse las más hermosas cosas que pueden suceder en una vida.

Ella no respondió y fingió, muy pronto, haberse dormido. Pero no era ése el caso, ¿y cómo habría podido serlo hallándose tan cerca el almirante de los mares del Levante?

Se volvió de un lado, él hizo lo mismo. Muy pronto fingió ella una respiración regular de alguien profundamente dormido. Pasaron entonces largos minutos, luego ella sintió una dulce mano que apartaba sus cabellos y, muy pronto, le depositó un largo beso en la nuca.

A ella le hubiera gustado controlarlo todo, pero no controló nada en absoluto, pues, como un terremoto, aquel beso en la nuca le produjo un largo estremecimiento que la recorrió de la cabeza a los pies, demorándose por más tiempo en la parte baja de la espalda.

Nissac, sorprendido por unos instantes, sonrió. Luego decidió ser prudente.



Llegaron a Toulon cuando daban las doce del mediodía.

A la una de la tarde, la última patrulla subía a bordo, llevando a los marinos

recogidos en tabernas y figones.

Unos minutos más tarde, precedido por tres violines que caminaban aún erguidos y tocaban afinadamente dado que la jornada no estaba muy avanzada, el señor de Sousseyrac subió a su vez a bordo de *El dragón verde*.

El motivo de tan rápido embarque fue que el almirante de los mares del Levante quería llevar su navío al dique de carena del puerto de Ruán, su astillero de origen, para que limpiaran el casco cargado de conchas y calafatearan algunas infiltraciones. Tenía, además, que aprovechar la ocasión para rendir cuentas al gran almirante, que deseaba hablar con él.

Pensaban así poder despistar a los espías del rey de España, que no faltaban en los puertos franceses.

Además, consciente de los peligros que existían, el conde de Nissac había intentado, discretamente, poner en guardia a la baronesa contra aquella partida, pero ella no quiso en absoluto escucharlo.

Todos los rufianes de la tripulación de *El dragón verde*, al saber la noticia de que había una mujer a bordo, entraron en un gran enfebrecimiento. Se cortaron el pelo, se recortaron las barbas, se lavaron las ropas endurecidas de mugre y, de modo conmovedor, todos intentaron hablar un lenguaje cortés que provocaba muchos ataques de risa cuando el que solía decir «¡Denis, puerco inmundo que hueles a cabrón con el culo lleno de podredumbre, pásame el tonel de aguardiente!», revisaba su estilo para hacerlo más exquisito: «Denis, buen amigo de mirada pura y cuyo corazón no lo es menos, ¿me harías el favor de hacerme llegar tu frasco de aguardiente?».

Y aquello daba risa hasta el llanto.

Cuando el almirante y la baronesa de Guinzan pusieron los pies en cubierta, el señor Des Ormeaux, el segundo, hizo formar a la tripulación y la alineó con muy buen aspecto. Satisfecho, Nissac dijo algunas palabras y ordenó que rompieran filas, pero sintió una leve aprensión cuando Isabelle se acercó a los marinos.

Sin embargo, dosificaba con gran inteligencia instintiva palabras agradables y hábiles preguntas, de modo que la tripulación se enamoró locamente de ella sin que a nadie se le ocurriera la idea de faltar al respeto que le era debido.

Nissac, bastante orgulloso, invitó a Isabelle al castillo de proa.

—Bueno, señora, ¿queréis acaso quitarme el puesto?

—En absoluto, señor almirante. Quería ver y conocer a esos hombres que han combatido a vuestro lado.

Nissac bajó su tono.

—¿Y qué pensáis de ellos?

—Son vuestros marinos, vuestra tripulación: son todos magníficos. ¿Habéis oído su extraño lenguaje, que no parece en absoluto el que les es habitual?

—Es que se esfuerzan para no decepcionaros y dar buen aspecto a *El dragón verde* pues algunos, que no tienen hogar, ni lugar, ni familia, consideran que este

galeón es su casa.

—¡Me producen una gran emoción! ¿A vos no?

—Del mismo modo.

—Pero no lo mostráis... ¿Por qué?

Nissac vaciló:

—Mi naturaleza es reservada... Y, además, así son las cosas, el capitán debe vivir como en el exilio. No sé explicároslo. Una palabra afectuosa de vez en cuando, pues no puedo evitarla, pero nunca demasiado.

—¿Pero vos sabéis que os quieren?

Nissac sonrió, contempló a sus hombres en plena maniobra.

—¿Y vos, si es como decís, sabéis por qué?

—¿Cómo no quereros?

Nissac se sintió muy conmovido ante esa ingenua respuesta de mujer que piensa que todos sienten lo mismo que ella. De modo que intentó no forzar a Isabelle:

—Tal vez haya otra razón... Siempre los he llevado a la victoria, confían en mí y saben que me asquea la sangre derramada. Esa sangre es la suya.

Muy pronto levaron anclas y el navío zarpó.

Se deslizaba sobre las olas, sin izar todo el trapo pero habiendo tomado el viento.

Sólo Isabelle se extrañó, pero no hizo pregunta alguna, advirtiendo sin embargo que ponían rumbo al este.

Comprendió cuando, ante las islas de Hyères, un rápido navío con los colores genoveses se acercó a *El dragón verde*. Un capitán tuerto, desdentado y calvo, saltó a cubierta del galeón y, con aire preocupado, se retiró con Nissac a la cabina de éste.

Charles Paray des Ormeaux, el segundo, se acercó a Isabelle:

—El genovés es uno de los que informan al señor almirante de los movimientos de los berberiscos. Como éste hay muchos, que son los ojos del señor conde, para que no puedan nunca sorprenderlo.

El genovés salió de la cabina diez minutos más tarde y regresó a su embarcación.

Por lo que a Nissac se refiere, preocupado, dio orden de poner rumbo a Cerdeña pero, advirtiendo la ansiosa mirada de Isabelle, adoptó un forzado tono de broma:

—Aguzad el filo de vuestro sable, señora, pues corremos hacia los berberiscos.

Luego, Nissac se volvió impenetrable, pensando ya en las disposiciones de combate que debería tomar.

Pero el genovés, demasiado impaciente por no demorarse cerca de los piratas, había contado dos galeras, lo que no era cosa fácil ni siquiera para Nissac y el magnífico *El dragón verde*.

Sin embargo, no eran dos, sino tres.

Acompañadas por un galeón...

El almirante de Nissac estaba preocupado.

No podía tolerar la existencia de un convoy berberisco que acababan de indicarle, que lo buscaba desde hacía algún tiempo, pero aquel asunto podía ser muy tormentoso y él estaba muy ocupado en otras cosas.

Como detenerse una semana en Saint-Vaast-La-Hougue para recibir parte del material nuevo que, discretamente, el señor de Sully hacía que le entregaran, transitando la mitad por Chartres y la otra por Le Mans, algo que sin duda despistaría a los espías españoles. Además, aquella semana le permitiría seleccionar a los cuarenta y cinco hombres que bajarían a tierra para llevar a cabo las acciones deseadas por Enrique IV.

Hecho esto, había que ir a Ruán y dejar allí, unos días, *El dragón verde* en la dársena de carena, aprovechando aquel tiempo para ir corriendo a París y recoger el resto del material de guerra que salía, nuevo, de los almacenes del señor de Sully.

Tras ello, el norte... Luego, aquel fuerte en los Pirineos.

Pero, antes de todo esto, pensaba tomar una temeraria iniciativa que podía hacer avanzar su otra misión, y sembrar la turbación entre los conspiradores, que no esperaban, en absoluto, un severo ataque.

Nissac seguía navegando a sotavento aunque muy cerca de las costas de Cerdeña, que conocía a la perfección.

No esperaban navíos de semejante importancia en aquellos peligrosos lugares y más de un campesino hubiera dado un respingo de espanto viendo pasar tan cerca de su campo al imponente navío. Pero la cosa no era posible porque una espesa bruma impedía ver más allá de la popa, y siempre que estuvieras colocado en su castillo.

La tripulación se encontraba muy ansiosa y el silencio impuesto por el almirante no arreglaba en absoluto las cosas. El propio Charles Paray des Ormeaux, el segundo, lanzaba de vez en cuando una breve mirada a Nissac, de pie en la toldilla, elegante, frío y silencioso. Nada podía leerse en su rostro, ni sus intenciones, ni sus sentimientos.

Desde hacía más de una hora, los artilleros se mantenían en su puesto, listos para el combate. Por lo menos, con los cañones ya apuntados tenían, como los hombres de maniobra, alguna tarea que los ocupara mientras que la infantería, a la espera del asalto, se entregaba a sus pensamientos.

Isabelle estaba en el castillo de proa con el consejo —¡bastante firme sin embargo!— de refugiarse en la galería de popa en cuanto sonara el primer cañonazo, pero, a pesar de sí misma, se alejaba de la abertura de la galería y avanzaba por la cubierta hasta dirigir su mirada hacia Nissac, inmóvil en la toldilla.

Comprendió de pronto por qué el hombre que se había convertido en su propia vida era querido con tanta locura por su tripulación. Con él, la derrota parecía algo ajeno a *El dragón verde*. Brotaba del almirante una impresión de fuerza y de

inteligencia, de gran seguridad en las maniobras, como si su espíritu se apoderara del de los capitanes berberiscos para conocer sus pensamientos antes, incluso, de que hubieran llegado.

Adelantándose a los vigías y a los más expertos marinos, Nissac lanzó:

—Atención, allí están.

La bruma se desgarró unos instantes y vieron una poderosa galera.

Nissac lanzó una orden y todas las piezas de estribor abrieron fuego. Sorprendida por aquella rapidez, la galera quedó desarbolada por todas partes, su cubierta asolada, como un pobre navío transformado en pontón que iba a la deriva con una tripulación preguntándose si la cólera divina acababa de caer sobre el bajel.

Apareció una segunda galera y Nissac, imperturbable, pensó: ¡la galera de ese bandido de capitán Van Thorbeck!

Observó al renegado holandés y, entonces, la artillería de *El dragón verde* se desencadenó. Tocada en el polvorín, la galera estalló y sus restos se hundieron enseguida.

Los hombres de la tripulación iban a abandonar sus puestos cuando, por costumbre, levantaron sus ojos hacia Nissac. Éste no se había movido, seguía atento y un marino le susurró al grumete:

—Si él no se mueve, es que hay otro. Extraña cosa: ¡huele al enemigo antes de verlo!

Apareció una tercera galera pero, esta vez, no se produjo el efecto de la sorpresa pues fue la primera en abrir fuego. Por fortuna, la mano de los artilleros había temblado al reconocer, en la proa del galeón, el dragón esculpido en roble y pintado de verde. Todos sabían cuál era ese navío y quién lo mandaba. Como nadie afronta sin aprensión a un hombre que nunca fue vencido en combate naval, la rápida derrota de la galera se debió sin duda sobre todo a la poca seguridad de su tripulación, que, con gran incertidumbre y sin tener de ello plena conciencia, no creía en ella misma ni en la victoria.

Sin embargo, el capitán berberisco, hábil marino de Argel, intentó virar a fuerza de remos. Nissac veía a los galeotes multiplicando sus esfuerzos mientras los guardias dejaban caer unos látigos mojados sobre aquellos infelices que doblaban las espaldas para empujar el remo.

Nissac hubiera debido seguir el movimiento de la galera. Más rápido y manejable, se hubiera hallado a la altura de su babor, pero no se decidió a ello, y ordenó fuego en unas condiciones en que su adversario, iniciada ya la maniobra, se presentaba de tres cuartos a sus disparos.

El mejor de los artilleros de Nissac vio que una gran ola levantaba la galera y apuntó de inmediato para un disparo lo más rasante posible. Tocada en un punto que, de ordinario, está colocado bajo el agua, la galera, en cuanto cayó en un valle, se llenó del agua que entraba por la brecha haciendo más pesado su casco. El navío se inclinó de inmediato por el flanco y se hundió sin que fuera posible liberar a los

infelices remeros.

La tripulación, esta vez, no comprendió que Nissac permaneciera en su puesto, inmóvil aún salvo por sus ojos grises que parecían buscar, detrás de la bruma, otro adversario. No se equivocaba. Un galeón, apareciendo bruscamente por la proa donde nadie lo aguardaba, y que se ponía también a sotavento, abrió un preciso fuego. Afectados, los artilleros de *El dragón verde* respondieron, pero su tiro no fue tan certero como de costumbre y la ventaja de las andanadas siguió siendo del galeón berberisco, llamado *Eldorado*, sin duda su nombre de origen que la tripulación de presa había mantenido porque evocaba futuras delicias.

La segunda andanada de *Eldorado* fue más precisa aún. Velas, fragmentos de mástiles y poleas cayeron sobre la cubierta de *El dragón verde*, en la que algunos hombres aullaban retorciéndose de dolor. En la toldilla, con las manos crispadas en la barandilla, el conde de Nissac no se movía. Las balas de cañón lo rozaban sin que él intentara eludirlas y, a su lado, un joven oficial quedó partido en dos.

Pero con una voz tranquila, el almirante ordenó:

—Virad a estribor, señor Des Ormeaux, que nuestra popa se dirija directamente a *Eldorado*.

Charles Paray des Ormeaux no discutió. *El dragón verde* inició su maniobra, cuya claridad todos veían: iba a golpear al *Eldorado* en su centro. Sin duda lo hundiría, pero no le sobreviviría. Si en el bajel real palidecían, la tripulación del pirata era presa de un creciente terror y el capitán, un inglés llamado William Pelhman, ordenó esquivarlo a toda prisa. Una prisa tan grande que el *Eldorado* concluía su círculo, perdiendo el viento, cuando *El dragón verde*, a media curva, no la terminó, puso rumbo a babor, recuperó el viento y se deslizó con gran rapidez.

Loco de rabia, William Pelhman ordenó que recuperaran el viento, pero su círculo, si lo completaba, lo llevaba contra las rocas, de modo que tuvo que rectificar, seguir a lo largo de la costa en dirección contraria a la de *El dragón verde* e iniciar un largo viraje a babor para recuperar una ruta parecida a la del navío real.

E iniciar la persecución.

William Pelhman estaba muy confiado y no dudaba en absoluto que alcanzaría a su presa herida. Todos sabían que era buen marino y excelente capitán. Su bajel, aunque tocado, estaba en mejores condiciones que *El dragón verde*. Ciertamente, aquel francés del demonio le había hecho una jugarreta con diabólica habilidad, evitándolo al principio y llevándole luego a que se estrellara contra la costa, algo que evitó por los pelos. Pero la suerte tiene sus límites y, en la práctica, la inteligencia no resiste una fuerza muy superior.

William Pelhman acalló su júbilo, pensando que muy pronto tendría tiempo para saborearlo. Iba a ser él, pues, quien hundiera al temible *El dragón verde* con su célebre capitán, aquel Nissac que, además, era almirante de los mares del Levante. Lo hundiría, sí, pues no podía esperar capturar vivo a semejante hombre.

¡Oh, qué envidias iba a despertar...! ¡Un almirante!

Ciertamente, aquello no significaba mucho teniendo en cuenta la gran debilidad de la marina francesa pero, de todos modos, un almirante es un bien muy escaso. Ah, quienes le tenían en muy mediocre opinión, y eran numerosos, se verían obligados a revisar su juicio...

Se volvió hacia su segundo:

—Procura que no quede ni un solo superviviente.

Isabelle de Guinzan no salía del estado de gran fascinación en el que la ponía el conde de Nissac.

Insensible a cualquier cosa, en apariencia al menos, había precisado el rumbo, calculando con gran acierto los vientos y las corrientes.

Satisfecho, abandonó la toldilla para dirigirse a la cubierta superior y dar allí algunas órdenes a los cuatro carpinteros de a bordo, pero, innovando sin cesar y sin que romper con la costumbre pareciese pesarle, Nissac había hecho enrollar entre sus infantes a algunos voluntarios que se interesaban por el trabajo de la madera. Ocho hombres que compartían aquella pasión habían sido muy correctamente formados. Así, a diferencia de los demás capitanes, el almirante disponía de tres veces más carpinteros. Del mismo modo había actuado con los veleros.

Sin demorarse, se dirigió a grandes zancadas hacia el cirujano, que, asimismo, desde hacía ya algún tiempo enseñaba a un soldado los usos de su arte.

Nissac apretó las mandíbulas. Siete de sus marinos estaban muertos y otros tres condenados. El cirujano no tenía muchas alternativas. Si le llevaban un herido en los miembros, serraba el brazo o la pierna afectados, y tal vez el hombre pudiera sobrevivir. Para los demás, gravemente alcanzados en el pecho o en el abdomen, sólo podía aguardar que la muerte los liberara de sus sufrimientos.

Las heridas eran atroces. Muchos, en las ciudades y los campos, que nada entienden de las guerras de los océanos, imaginan que la muerte de un marino, excluyendo los combates de abordaje, se produce por una bala de cañón que lo alcanza. Y ésta es sólo una parte del asunto, pues, muy numerosas veces, los acontecimientos no ocurren como se suele creer. Cuando una bala de cañón atraviesa el flanco de un navío, proyecta varias decenas de astillas de madera que, con gran fuerza y velocidad, se clavan por todas partes en los cuerpos, perforándolos y lacerándolos con los peores tormentos y dolores que imaginarse pueda.

Nissac ordenó que se alineara a los moribundos y a los hombres condenados en el castillo de proa e hizo que les dieran a todos aguardiente a voluntad. Se agachó entonces junto a ellos y, acuclillado sobre los tacones de sus botas, les habló largo rato sin que nadie más pudiera oír aquella conversación.

Incorporándose por fin, dirigió una breve sonrisa a Isabelle y regresó hacia los carpinteros y veleros.

Los daños eran numerosos, aunque no de extrema gravedad. Algunas balas de cañón habían afectado el mástil de bauprés, pero el mástil de mesana, el palo mayor y el mástil de trinquete habían sido respetados mientras que la gran verga, por su parte, había sido alcanzada a estribor. Algunos obenques y flechastes no habían salido indemnes, el estay del palo de mesana había sido limpiamente cortado. El casco, afortunadamente, no había sufrido demasiado. Pusieron de inmediato manos a la obra, un incesante vaivén de marinos que subían de las calas rollos de cuerdas o tela

desde el almacén del velero. Los hombres eran rápidos trabajando y *El dragón verde* no perdía demasiada velocidad, viéndose compensada, por lo demás, la carencia por las hábiles maniobras de Nissac, que sabía siempre colocarse a sotavento del mejor modo que era posible.

Desde la popa, el almirante contemplaba, a lo lejos, las velas del *Eldorado*, que no ganaba en absoluto terreno aunque tampoco lo perdiera.

Isabelle se reunió con Nissac:

—¿Qué bajel es ése?

—El *Eldorado* es un galeón de presa. Los españoles lo perdieron hace dos años del lado de Samotracia, cuando yo mismo estaba entre Rodas y las Cícladas. No hubo supervivientes.

—¿Y su capitán?

—Un tal William Pelhman.

—¿Qué clase de hombre es?

Nissac lo sabía: Pelhman, un inglés de Plymouth cruel y avaricioso, que no respetaba en absoluto su palabra y tenía hipócritas maneras. Cuando capturaba a una mujer en un bajel, como a una gran dama o alguna damisela de España, la violaba durante días y días y luego, cansado, la hacía tirar al mar, desnuda, para vender sus vestidos. Nissac se preguntaba si no sería aquélla la costumbre de los hombres de Inglaterra, que tenían fama de no sentir mucho afecto por las mujeres, pues recordaba haber leído en las crónicas casos semejantes. Como el de Salisbury y del conde Arundel, que mandaba la flota inglesa que zarpó de Southampton con numerosos bajeles y un importante grupo de cortesanas..., a las que Arundel hizo tirar, cruelmente, al mar, para aligerar su navío amenazado por una tormenta.

Sin embargo, respondió:

—Pelhman es un hombre sin honor. Y además, mucho menos hábil de lo que imagina en su imbécil vanidad.

—¿Y no teme atacar así a un almirante del reino de Francia?

Nissac sonrió.

—Nuestros reyes se interesan muy poco por la marina y yo nunca he tenido, por toda escuadra, más que *Glorioso*, que fue hundido hace un año cuando yo ya no estaba a su lado. No tengo más poder que el de un simple capitán de una marina extranjera. Por lo que se refiere a lo de almirante, se supone que sirvo como segundo, siendo responsable de los mares del Levante, a un tal duque D'Épernon que lleva el título de «Gran Almirante de Francia» y al que nunca se ha visto en un navío o en un puerto.

Isabelle contempló las lejanas velas del *Eldorado*.

—¿Podremos escapar?

—¿Acaso dudáis de mí? —respondió él, sonriente.

Durante dos días completos vieron a *Eldorado* que, en su cacería, a veces se aproximaba para volver a perder, de inmediato, el terreno ganado. Finalmente, la

tercera noche, sin luna ni estrellas, *El dragón verde* escapó por las buenas.

A la mañana siguiente, William Pelhman montó en cólera, golpeando e injuriando a los marinos con quienes se cruzaba y, luego, fue a beber aguardiente blasfemando contra Dios.

Se reprochaba no haber podido hundir *El dragón verde* que, por sí solo, representaba a Enrique IV, rey de Francia, en los mares del Levante y conseguía hacer reinar en ellos cierto orden, pues su valor era tal que lo temían más que a varios navíos. Al menos no lo verían durante unos meses, se decía el capitán berberisco para encontrar consuelo.

La noche caía tras aquel día que había empezado con una decepción. William Pelhman se esforzó en apartar de sus pensamientos a *El dragón verde* y al maldito almirante que lo mandaba. Ahora, ambos debían de encontrarse muy lejos, arrastrándose hacia la costa para vendar las heridas del galeón.

Cuando...



Al coronel español Juan de Sotomayor, acompañado por la hábil espada de Levrault y otros tres espadachines del Asno Muerto, no le había gustado mucho haber fallado con el hombre al que debía matar —¡también él!—, aquel almirante de Nissac protegido por Dios... ¡y por las mujeres!

Pues, habiendo reconocido por la descripción que le habían hecho la carroza donde viajaba la hermosa baronesa Isabelle de Guinzan, no se había andado por las ramas y la había detenido, para interrogar sin miramientos al magistrado de Orleans. Éste, con la mayor buena voluntad de dar todas las informaciones que le solicitaban, explicó cómo la baronesa había desaparecido tras montar en la grupa del conde de Nissac, en el espléndido caballo con unos extraños y hermosos ojos fijos.

Cuando Sotomayor se extrañó por no haberse cruzado con la pareja, el complaciente magistrado explicó que, puesto que la baronesa conocía bien la región entre Étampes y Orleans, sin duda le había hecho atravesar campos y valles para ganar algunas leguas.

Sotomayor permitió que Levrault y sus compañeros se apoderaran de la bolsa del magistrado, pues consideró que aquellos hombres sólo hacían su miserable oficio. En cambio, montó en gran cólera cuando los espadachines, abriendo un cofre, sacaron de él, riendo, medias de seda negra o encarnada así como ropa más íntima perteneciente a aquella joven rubia que había visto muy cerca del almirante francés, y que incluso, como él deploraba ahora, le había salvado la vida.

Así era aquel noble español que, aunque aceptara matar al conde de Nissac, no quería en absoluto perder su estima, y sin duda hubiera arruinado su reputación ante

él si le daba la impresión de que, por despecho, se vengaba en el equipaje de la baronesa.

Registró sin embargo, por deber, los baúles de ésta y, muy a su pesar, se llevó discretamente al rostro una pequeña pieza de seda... Toda aquella lencería, inmaculada, olía curiosamente a guisante de olor, perfume poco habitual.

Una sola de aquellas prendas había sido llevada, sin duda la víspera por la noche, y el español, olfateando el muy discreto aroma de la mujer, fue presa de un violento deseo...

¿Acaso iba, tras haber admirado al conde, a enamorarse de la baronesa?

Intentó apartar aquella sensación, pero no lo consiguió. Le gustaba la sencillez de la muchacha, sencillez que no le impedía ser hermosa. Así, llevaba el pelo rubio sobre los hombros, simplemente dividido en su mitad, cuando tantas mujeres adoptaban complicados peinados con ahuecamientos y rizos. Así pues, también, la baronesa mantenía la naturalidad de sus cabellos, sin ponerse una gota de aceite de azahar para fijar el polvo, violeta para las morenas e iris para las rubias.

El español suspiró doblando adecuadamente la ropa de la baronesa, sin complicaciones también pero de buen corte y colores agradables.

En el «servicio especial» en El Escorial, donde lo preparaban para su misión secreta, había estudiado los atavíos de las damas de la Corte y, ante la sencillez de la ropa de la baronesa, sintió asco al pensar en aquellos vestidos de duquesas y princesas y en los nombres idiotas que se daban a sus colores: «llamita del favor», «color de viuda alegre», «mono envenenado», «triste amiga», «vientre de cierva», «español enfermo», «Zinolin», «cara rascada», «flores moribundas», «color de estreñido»...

El coronel de Sotomayor montó a caballo y, dirigiéndose al magistrado, que temblaba preocupado por saber si respetarían su vida:

—Decid a la señora baronesa que me siento muy enojado por la desventura que ha sufrido su equipaje y que he intentado ordenarlo, tanto como me ha sido posible, pues soy hombre de espada y no dama de compañía.

El magistrado lo prometió, decidido, por lo demás, a prometer lo que quisieran aunque, una vez más, se sorprendió. En efecto, entre la burguesía de Orleans no se hablaba mucho ni se invitaba —hasta su hazaña contra los alobados— a aquella viuda joven y hermosa, degradada a lo que algunos consideraban «los abismos del pueblo» en cuanto hubo perdido su título. Al margen de que fuera bonita, y muchas jóvenes campesinas lo son, no tenía interés alguno pues carecía ya de posición. Y él mismo, durante el viaje de Orleans a París, le había hablado muy poco para hacerle sentir que no eran de igual condición. Apenas le había tocado la entepierna, pues, para evitar el aburrimiento del viaje, le hubiera gustado gozarla. Pensaba, además, que es posible gozar de la mujer que se desprecia..., por no pensar en el bofetón que coronó, lamentablemente, su empresa.

¿Habría cometido, acaso, un error menospreciando a la baronesa hasta el punto de

no ocultarle que sentía por ella cierto desprecio?

El rey la había recibido. ¡Pero sólo algunos segundos...! Y sin él, magistrado sin embargo, se había quedado en la Corte. No sólo había sido recibida sino que le habían devuelto su título de baronesa. Y el hombre del sombrero de plumas verdes, azules y blancas, el mismo al que había tomado por un baroncillo y del que, en el Louvre, se decía que era almirante, conde y de las más antiguas y altas familias del reino, le prestaba mucha atención, llevándosela en su caballo. Y el rey, que recibía al almirante, no apartaba a la baronesa, ¡habiéndola visto por segunda vez...! Y ahora, el jefe de estos espadachines, un hombre duro y al que se adivinaba temible, se convertían también en un cordero presentando excusas a la baronesa de Guinzan...

Aunque en las cosas del valor el magistrado fuera temeroso y temblequeante como si hasta su sombra le diera miedo, no carecía de ambiciones, de modo que decidió callar, en Orleans, el gran favor en que los poderosos tenían a la baronesa cuando él mismo, en adelante, no dejaría de testimoniarle la mayor consideración, el más profundo respeto y la más viva atención: sin duda, su carrera avanzaría con ello.

Sotomayor, a quien nada retenía ya en aquellos lugares, dio media vuelta seguido, como si fueran su sombra, por Levrault y los tres espadachines.

Debía prepararse para un tormentoso encuentro con el embajador al que no había visto desde el penúltimo sábado de febrero.

Y recibir nuevas órdenes.

—¡Por el amor de Dios...! —murmuró Pelhman, estupefacto.

Como si corriera sobre las olas, hermoso, elegante y perfectamente a sotavento, *El dragón verde*, bajel fantasma del que podía creerse que regresaba del reino de los muertos, se dirigía hacia el *Eldorado*.

Era para no creerlo y, de hecho, William Pelhman se preguntó si estaba soñando. *El dragón verde*, al que creía derrotado por un tiempo, parecía un orgulloso navío confundido en la bola roja del sol poniente que rozaba el mar.

—¡Nissac...! Este hombre es el diablo, ha llegado con el sol... ¡Y me ha robado el viento...!

Con voz ahogada por el terror, el capitán berberisco dio unas órdenes pero, a aquellas horas tardías, buena parte de la tripulación roncaba por efectos del aguardiente mientras la otra arrastraba los pies para dirigirse a suspuestos, creyendo que era una nueva persecución de su capitán al que tanto le complacía atormentarlos.

Los artilleros de *El dragón verde* iniciaron una terrible descarga que rompió todos los mástiles, luego el navío real, con aquella velocidad que se temía hasta Argel y Chipre, disparó una segunda andanada que arrasó las cubiertas.

Oculto tras el muñón del palo mayor, William Pelhman aguardó la tercera andanada que, esta vez, destruyó la artillería del *Eldorado*. Pálido y deshecho, el capitán inglés sintió un fugaz respeto por Nissac y su estilo. Admiró cómo había enseñado a sus artilleros y comprendió el temible método de su adversario. Con una primera andanada que desarbolaba, Nissac inmovilizaba la presa. La segunda, en las cubiertas, mataba a los hombres reunidos para el abordaje. La tercera acababa con la artillería del dañado navío. No dudaba ya, y lo comprobó de inmediato, que la cuarta andanada alcanzaría la línea de flotación de su barco, provocando un rápido naufragio.

Era un hermoso efecto de la inteligencia que se correspondía con lo que sabía de aquel jefe frío, metódico, que hablaba poco y analizaba todas las posibilidades de las respuestas del enemigo.

William Pelhman se lanzó al mar y pocos lo imitaron; pues la mayoría estaban ya muertos o heridos.

El dragón verde redujo el trapo. Sus marinos, inclinados hacia las aguas, observaban a los supervivientes del *Eldorado* sin ayudarlos y sólo a Pelhman le lanzaron un cabo antes de izarlo hasta la cubierta.

De inmediato, el galeón se alejó del lugar del naufragio mientras el capitán inglés, flanqueado por dos rudos marinos normandos y un oficial bretón, silenciosos y hostiles todos ellos, aguardaba a que decidieran su suerte.

Poco después se presentó el almirante, con la mirada gélida, la voz fría y el tono cortante:

—¿De modo que tú eres el inglés Pelhman, ese cerdo inmundo?

Pelhman no supo qué contestar, y advirtió la presencia de una muy hermosa mujer junto a Nissac, quien prosiguió:

—Te has especializado en violar a tus cautivas y tirarlas desnudas al mar.

Sin aguardar respuesta, Nissac se volvió hacia su segundo:

—Señor Des Ormeaux, que desnuden a este hombre.

Muy pronto, el capitán inglés estuvo desnudo en cubierta ante las crueles risas de la tripulación, que hacía comentarios poco halagadores sobre su anatomía.

Nissac se acercó a él, casi hasta tocarlo, y se hizo de inmediato el silencio cuando el conde, con voz que contenía a duras penas su gran cólera, le susurró:

—¿Se reía así tu tripulación de asesinos cuando hacías desnudar a las pobres mujeres que tú habías mancillado durante días...? ¿Cómo se siente uno, desnudo, cuando todos los demás están vestidos y se ríen de ti...? ¿Y qué pensaban ellas cuando les anunciabas que ibas a tirarlas por la borda, como haremos contigo dentro de un instante...?

Pelhman se arrodilló ante Nissac.

—¡Al mar no, mi señor...!

Nissac bajó más aún el tono de su voz:

—Eres uno de esos hombres que no me gustan en absoluto, arrogante y cruel en la victoria. Rastrero y humillándose en la derrota.

Luego, al segundo:

—Señor Des Ormeaux, arrojad esta infamia al mar donde, por obra suya, descansan once de mis marinos. ¡Que así sea...!

Agarrado por los pies y las manos, el capitán inglés William Pelhman fue lanzado por la borda.

Nadó por algún tiempo, viendo cómo *El dragón verde* se alejaba en un cielo azul sembrado de pequeñas nubes blancas y enrojecido por el sol que se zambullía en la línea del horizonte.



El dragón verde cambió de rumbo y vivió días tranquilos bajo un viento que se atenuaba muy pocas veces.

Desde la punta sur de Cerdeña, donde había vencido al *Eldorado*, el almirante eligió una ruta más cercana a las costas berberiscas que a las del país del reino de los lises.

Con extremada audacia, llegó por la noche ante las costas de Argel, se acercó y cañoneó los navíos berberiscos fondeados. Aquel ataque le fue atribuido, pues algunos pescadores habían distinguido la proa de un dragón verde, pero en vez de suscitar entre los piratas un deseo de persecución, permanecieron agazapados, sin

creer en absoluto que Nissac pudiera llevar a cabo solo una acción tan temeraria y estimando, por el contrario, que intentaba atraerlos a alguna trampa, alabando su inteligencia por haberlos apartado así de ella.

De ese modo, el conde de Nissac obtuvo la tranquilidad que buscaba mientras la tripulación se sentía ebria de orgullo por haber cañoneado de ese modo Argel, cuyo nombre hacía temblar a los armadores y a numerosos marinos.

Aunque no fuera precisamente el objetivo de aquel viaje, el almirante de Nissac se apoderó también de un navío ligero. No tuvo que combatir en absoluto. Aproximándose, llevó a cabo una estrecha vuelta alrededor del navío que izaba bandera negra e hizo fuego con todas sus piezas: treinta y seis cañones reglamentarios, dieciséis culebrinas en la cubierta principal, doce semiculebrinas en la cubierta superior, a lo que se añadía toda la artillería suplementaria. Pero, curiosamente, las balas de cañón caían todas, y con gran precisión, a una toesa del casco, de modo que el capitán adversario, que no era en absoluto tonto, comprendió que se trataba de una seria advertencia.

Se rindió de inmediato.

Extraño capitán, que no era en absoluto pirata pero comerciaba con ellos y se protegía con la ayuda de la bandera negra. Acababa de comprar, así, a los berberiscos, un cargamento robado para revenderlo en España.

Nissac lo interrogó:

—¿De modo, señor, que navegáis con bandera negra...? Seréis colgado pues de la verga mayor.

El hombre, un español de pequeña talla, protestó:

—De ningún modo, señor. Soy español y, más cerca de nuestras costas, navego bajo el pabellón del rey de España.

Nissac fingió sentirse apenado.

—Eso es más grave aún, señor. Seréis entonces colgado, descolgado y vuelto a colgar por piratería y por haber engañado a la Marina Real con vuestros pabellones. Además, ésas son costumbres de berberiscos.

—Pero yo soy español, señor almirante.

—Nos estamos acercando a la guerra con España. Adelantando la tarea y colgándoos de inmediato, os hago ganar tiempo. Dadme las gracias por ello.

El hombre no se desconcertaba en absoluto, y eso divirtió a Nissac, a Isabelle y a toda la tripulación.

Se golpeó el cráneo con el puño.

—¿Pero por qué habré dicho que soy un español...? Detesto a los españoles. Pero es una costumbre. En realidad soy inglés. ¡Sí!

Nissac se volvió hacia su segundo:

—Caramba, otro inglés, como ese capitán William Pelhman al que acabamos de ahogar como a una rata. Advertid qué extraño es eso, señor Des Ormeaux.

Éste inclinó con gravedad la cabeza.

—No es un período feliz para Inglaterra: ¡un ahogado y un ahorcado!

El capitán español, que se creía perdido, lloró y Nissac, al que no le gustaba ver llorar a un hombre, abandonó de inmediato el juego.

—De acuerdo, capitán, se os respetará la vida si dejáis de lamentaros, por favor. Vuestro barco, que mi deber me obliga a hundir de inmediato, será respetado. Pero la carga es incautada en beneficio del rey de Francia y de su marina.

Nissac, que era muy sutil, advirtió la mirada artera del español, satisfecho de salvar su vida con la pequeña comedia de las lágrimas, pero no le disgustaba en absoluto que le tomaran el pelo, siempre que lo hiciesen con talento.

Poco después, transportaron a *El dragón verde* porcelana china, pimienta, nuez moscada, clavo, cilantro, canela, jengibre, cosas, todas ellas, procedentes sin duda de un infeliz navío inglés u holandés..., pero que, entregadas al cocinero y a sus ayudantes, mejoraron las comidas de la tripulación.

El dragón verde dejó atrás Gibraltar durante una noche sin luna y sin llamar la atención de los españoles.

Como es bien sabido, desde los tiempos más antiguos, el heliotropo se vuelve siempre hacia el sol y la mirada de la baronesa se dirigía irresistiblemente a la toldilla, donde, lejano por sumido en sus pensamientos, se hallaba el almirante de Nissac. E Isabelle de Guinzan pensaba: «¡Cuánto más lo miro, más lo amo!».

Adivinando al conde en completa soledad, incluso cuando estaba rodeado, se sentía conmovida y la simple visión de aquel hombre la trastornaba.

En cuanto aparecía en cubierta, el rostro duro y, a la vez, ajado y tierno bajo su hermoso sombrero empenachado, ella sentía que se estaba deshaciendo como hielo bajo el sol primaveral.

Además, su discreción chocaba con la fanfarronería habitual a muchos hombres, que presumen de la menor acción realizada y, a veces, incluso de aquéllas de las que no son en absoluto autores.

Le gustaba, así, haber sabido por azar, y por boca del rey, que el magnífico caballo andaluz del conde era ciego. Recordaba los establos de la posada donde, la primera noche, confiado a un palafrenero, el hermoso caballo se daba golpes muchas veces, puesto que sus grandes ojos oscuros nada veían.

El bracero, sorprendido, había dicho:

—¡Pero si no ve ni una pizca...! Por el vientre de san Gris, ¿es ciego pues...? Sin embargo, ha llegado hasta aquí con gran seguridad.

Y el hombre, pasmado, se sentó en la paja contemplando la montura del conde sin moverse ni hablar ya, sin poder comprender en absoluto que, con hechicera complicidad, las manos de un hombre pudieran ser los ojos de un caballo.

Algo de lo que la baronesa, en cambio, nunca dudó.

Como no dudó tampoco de que el almirante, sin duda alguna el más hábil en todo el mundo, el guerrero temido en todos los mares, el marino íntimo del mar y del viento, en resumen, el hombre al que amaba fuera, de algún modo, un niño aún.

Había descubierto así, también ella, durante su segundo día en el mar, la extraña y magnífica ceremonia con la que el conde de Nissac, saliendo por la noche a cubierta, saludaba a la luna como a una alteza real, con las hermosas plumas de su sombrero, rozando la cubierta de *El dragón verde*. E imaginó al almirante, niño aún, mirando larga y soñadoramente al astro muerto, hablándole hasta el punto de que la luna, anciana y luminosa dama, se convirtió en una amiga a la que se respeta y saluda cada noche.

Ciertamente, no se había atrevido a hablar de ello con el conde, pero se lo había mencionado al segundo, Paray des Ormeaux, que no lo había evitado:

—Toda la tripulación lo sabe, señora, y no encuentra en ello nada que decir.

—¿Ni para burlarse?

—A nadie se le ocurre. Tal vez la ceremonia sea bárbara, o se remonte a un tiempo antiquísimo, pero a los marinos los tranquiliza que el almirante esté en tan

buena y profunda intimidad con dama Luna.

La baronesa asintió:

—Es cierto, y es muy hermoso. Y esas plumas que tan bien representan su vida en sus magníficos colores son, de su parte, un gran homenaje.

El segundo, muy interesado, preguntó:

—Caramba, señora, ¿habéis descubierto el origen de ese hermoso penacho del que nadie, aquí, ha averiguado nunca el secreto?

—No lo sé... Pero la verde profundidad de las olas coronadas por la espuma blanca y, a lo lejos, la azul extensión del mar confundiéndose con el cielo..., ¿no serán los tres estados del océano lo que simbolizan las plumas del sombrero del señor almirante? ¿No será un medio de rendir homenaje a esas bellezas marítimas?

Ella, en cualquier caso, así lo creía.

Le pareció que esa delicadeza se adecuaba mucho al conde, y su tierno sentimiento hacia él prosperó de ese modo.

El segundo, admirado, soltó:

—Las mujeres serán siempre, para mí, tema de gran asombro, pues, sin duda alguna, tenéis razón.

En cierta ocasión, con el corazón en un puño, había oído al almirante, que no la veía, hablando con el señor Fey des Étangs:

—Caramba, a fin de cuentas, señor, decidme si es amar pasar tan rápidamente de una mujer a otra sin conocerla de verdad, como la mariposa que va de flor en flor.

—Lamentablemente, señor almirante, para quien sabe mirarlas bien, todas las mujeres del mundo son hermosas y yo las deseo a todas por igual.

—Sin embargo, os deseo que améis con amor a una sola mujer, pues en el corazón de ésta descubriréis la clave del mundo. Y del mismo modo conoceréis la felicidad.

La baronesa corrió de inmediato a ocultarse en su cabina para que nadie viera su alegría, pues estas palabras se adecuaban a lo que también ella creía profundamente.

Dormía cada noche en la gran cámara del almirante, quien, en cuanto ella llegaba, emigraba de inmediato al alojamiento de los oficiales.

En aquella estancia, ella observaba largo rato el lugar, pasaba una leve mano sobre las cartas marinas, los planes de batalla y las notas sobre los combates, lo que se había hecho y podría hacerse mejor aún, mientras admiraba la hermosa caligrafía inclinada del conde. De éste le gustaba todo, hasta su modo felino de desplazarse y ese aire de no estar allí aunque, pese a su negligente apariencia, se mantenía siempre al acecho.

Se sentía también reconfortada, pues compartían muchas cosas, no sólo en el modo de pensar sino también en el de existir.

Así, el conde era el único que, desnudo, hacía que le arrojaran sobre el cuerpo cubos de agua, cada mañana y fuera cual fuese el tiempo..., procurando sólo que ella no se encontrara por los alrededores. Creyendo igualmente en los beneficios de la

limpieza, ella había conseguido que le sacaran, cada mañana, un gran tonel de agua de mar en el que se bañaba. Ciertamente, aquello no era como sus costumbres en tierra, donde se lavaba del mismo modo cada día, y por entero, con agua de fuente caliente en la que, previamente, se habían hervido plantas odoríferas... Ciertamente, también, a bordo de aquel barco, el agua daba a la piel un sabor salado, pero todo era preferible a la gran suciedad en que tanta gente vivía.

Por fin, le gustaba que el conde compartiera su afición por las letras y, en la toldilla, más de una vez habían hablado de Horacio, Ovidio, Homero, Virgilio y muchos más.

Hablaban de todo y de nada, de cosas lejanas en su vida, de su bautismo, donde el conde, según vieja costumbre, fue pasado, de mano en mano, por la ventana de la iglesia —y no por la puerta— para asegurarle una larga vida mientras que, para ella, el padrino y la madrina tocaron personalmente las campanas, y a rebato, para que no fuera sorda..., aunque estuvo a punto de serlo precisamente por eso.

Sin embargo, ella pensaba que tal vez hablaba de todo aquello evitando llegar, así, a cosas más actuales e importantes, pero sobre las que eran muy elocuentes las miradas que se dirigían.

La baronesa amaba al conde y pensaba, aunque dudándolo a veces, ser correspondida por éste. Pero se desesperaba al pensar que, si él no se declaraba, las cosas podían seguir en aquel estado durante su vida entera...

La embargó entonces una infinita tristeza...



—Sire, acabo de separarme de él, viniendo del Arsenal, y puedo revelároslo: ¡el duque de Sully no siente en absoluto gran satisfacción!

El rey Enrique IV posó los ojos en su querido François de Bassompierre, que acababa de pronunciar aquellas palabras con un alegre acento en la voz.

Sospechando, por la actitud de su amigo, que la cosa no era tan grave, el monarca replicó:

—Sully nunca está contento. Incluso cuando el oro se amontona en nuestras arcas tiene algo que decir alegando que nunca hay bastante y que no entra con rapidez suficiente... ¿Cuál es esta vez el motivo de su enojo?

—Unas noticias que, sin duda, acaba de saber también vuestra majestad: el almirante de Nissac ha cañoneado Argel, hundido tres galeras y un galeón berberisco, precisamente cuando tiene una misión secreta contra los españoles. El señor duque de Sully le reprocha haber contravenido las órdenes.

El rey respondió, pensativo:

—Si todos pudieran hacerlo así... ¡Tres galeras y un galeón, él solo, y sufriendo

muy leves daños...! Además, Sully no se da cuenta de la realidad: a un Nissac nadie le da órdenes en cuanto se hace a la mar; es decir, en cuanto está en su casa.

—Diga lo que diga el señor de Sully, es una buena hazaña para vos y para el pabellón de las flores de lis. Por añadidura, muchos envidian Francia por disponer de un conde de Nissac.

El rey miró amistosamente a Bassompierre.

—Te gusta el tal Nissac, ¿no es cierto?

—Sí, sire. Es un hombre raro. Su desinterés al serviros es tal que yo mismo, que sin embargo os amo con gran sinceridad y os sirvo tan bien como puedo, aun sin ser indiferente a la fortuna, no puedo en absoluto compararme con el almirante de Nissac.

El rey inclinó la cabeza, y la mano que había levantado volvió a caer, como desalentada.

—¿Qué quieres, Bassompierre?, Nissac no es como nosotros y no lo será nunca. Pero, piénsalo bien, su grandeza estriba, y mi amistad por él encuentra en ello una de sus fuentes, en que, siendo así, no exige a los demás que sean como él. Eso es un gran señor.

Bassompierre no se atrevió a afrontar la mirada del rey.

—Un gran señor al que, sin embargo, no tratáis con mucha consideración, sire: no regresará, lo sabéis como yo lo sé.

El rey se mordió el labio inferior y, luego, tras haber aguardado que Bassompierre lo mirara de nuevo a los ojos:

—Tal vez tengas razón... Pero si regresa vencedor, entre todos los soberanos, yo tendré la mejor máquina de matar que existe, pues se habrá dado pruebas de que nadie puede destruir al señor de Nissac.

—Majestad, tenéis que considerar, sin embargo, que Nissac no es en absoluto un hombre que mate a cualquiera si el honor no entra en la cuenta.

—Tienes razón, Bassompierre, pero piensa, ¿quieres?, que el honor está en juego cuando se asesina a asesinos, a todos aquéllos que, conspiradores y españoles, quieren destruir el reino tanto desde el interior como desde el exterior.

A Bassompierre le hubiera gustado hablar más ampliamente de todo aquello, pero renunció porque el rostro del rey se había velado de pronto.

El hombre del pelo rojo iba por malos caminos del reino de Francia, solo, y hablando consigo mismo. Hiciera lo que hiciese para remediarlo, no podía conservar por mucho tiempo amigos o compañeros de ruta e incluso en las posadas se apartaban rápidamente de él. Así eran las cosas, pero quienes se alejaban no hubieran podido decir por qué actuaban de ese modo tras algunos instantes y él, que en tan desagradable situación se encontraba, tampoco tenía explicación sobre tan extraño fenómeno.

Una lluvia helada cayó muy pronto, pegando aquel pelo rojo al cráneo del hombre y resbalando por su espalda desde el cuello aunque, no obstante, no maldijo la inclemencia del tiempo, prosiguiendo su alucinada marcha.

Acababa de escapar de los curas que tan bien se ocupaban de su alma, hablándole de un gran proyecto, pero se asfixiaba y, por añadidura, sabía a quién debía dirigirse para dar cuerpo a su ambición.

Una espesa niebla ocultaba, casi, el pequeño valle adonde le conducía su marcha y, prudentemente, el hombre demoró sus pasos por temor, al no ver ya mucho, a salir del camino y chocar con un árbol.

Avanzaba con los ojos abiertos de par en par y los brazos tendidos hacia delante, parecido así a quienes se levantan y andan en sueños, y de quienes se dice que no hay que despertarlos con brusquedad.

En su pobre cabeza enferma, echada a perder para siempre por los sermones de sacerdotes fanáticos, mil diablos se enfrentaban con otros tantos ángeles y todos aquellos reñidores no tenían en cuenta que, al transformar en campo de batalla el espíritu del hombre del pelo rojo, fatigaban sobremanera aquel frágil cráneo que servía de teatro para sus furiosas peleas.

—¡Atrás, diablos...! ¡No os he llamado en absoluto...! —gritó el hombre del pelo rojo, pero, en aquel lugar que la espesa niebla hacía invisible, sólo una lechuza respondió y, tan repentinamente arrancada de su sueño, protestó con un siniestro ulular que puso una nueva pincelada lúgubre al desolado paisaje.

Sabía pues que le recibirían en París y pensaba ir el domingo siguiente, después de que le hubieran visto bastante tiempo en Poitou y en Saintonge, apartados caminos para llegar a la capital por el sur, pues no tenía prisa alguna por llegar, temiendo mucho lo que iban a pedir que hiciese por la buena fama de Dios.

Ignoraba si encontraría cena y lugar para dormir, como no sabía tampoco que un día ya cercano entraría en la historia para no volver a salir de ella.

El hombre del pelo rojo, como un ciego perdido, avanzaba por la espesa niebla con los brazos por delante y aquella instantánea imagen resumía perfectamente toda su pobre existencia...



Salvo por una excepción, las cosas se desarrollaban a plena satisfacción del almirante de Nissac, aunque fueran muy osadas en su concepción y muy delicadas en su realización.

La salvedad radicaba en la presencia, a su lado, de la baronesa Isabelle de Guinzan, que había deseado ardientemente participar en la empresa, y cómo negárselo, teniendo en cuenta que le había salvado la vida y, más importante aún para él, que la amaba (en secreto, es cierto, pero con locura). La amaba tanto, incluso, que la idea de ver una sombra de contrariedad en sus hermosos ojos, y así hubiera sido si hubiese rechazado su presencia, esa idea lo abrumaba, y el conde, cuya razón vacilaba en proporción a su amor, se llenaba entonces de reproches por algo que no sucedió, pero que habría podido existir.

En cambio, las razones de contento no faltaban. Así, a veinte leguas de Burdeos e invisible desde la costa, *El dragón verde* avanzaba prudentemente, daba vueltas, en verdad, al mando del segundo, Charles Paray des Ormeaux. Éste había recibido del conde de Nissac la consigna de girar así durante veinticuatro horas. Pasado el plazo, el segundo debía regresar a Toulon, pues si el almirante no había vuelto entonces a bordo, es que lo habrían matado o, más improbable, capturado.

Un navío de marina ligero, fletado para el comercio y que podía navegar por los ríos, se había acercado discretamente al galeón y, hallándose ya borda contra borda, diez personas habían pasado del navío de guerra a la modesta embarcación mercante. Entre las diez se encontraba el conde de Nissac, la baronesa de Guinzan, el capitán de Sousseyrac, el teniente Fey des Étangs, el señor Chikamatsu Yasatsuna, pesadamente armado, y cinco hombres de élite de la infantería de asalto de *El dragón verde*.

Pero, en el barco mercante, se había unido a ellos, con muchos abrazos, el undécimo, que los aguardaba en la cala de la embarcación donde aquel grupito podría evitar eventuales controles, y quien semejante sorpresa había provocado, capitán de los prestigiosos guardias franceses, se llamaba Stéphan de Valenty, liberado de las galeras por el conde de Nissac.

Más sorprendente aún, por detrás de los toneles apareció un duodécimo, sonriente, que no era otro que Louis de Sêze, conde de La Tomlaye, quien, llegado de París en busca de Nissac y habiéndolo perdido por muy poco, se había encontrado con Valenty en el Louvre y se había lanzado a esa aventura por fidelidad al conde de Nissac y por amor al riesgo.

Si la concepción del plan de tan temerario asunto que iba a desarrollarse era por completo del almirante de Nissac, su realización en el capítulo de los medios tenía como instigadora a la Iglesia, tal vez a los jesuitas del padre Coton, a menos que fuese preciso ver en ello la mano de los hermanos de la orden de San Francisco de

Asís, próximos a Luc de Fuelle, factótum del padre Joseph y del ambicioso obispo de Richelieu.

De cualquier modo, y como siempre en tales asuntos, la Iglesia de Francia había dado pruebas de una discreción a la medida de su eficacia, proporcionando la ayuda que se le reclamaba sin pedir explicaciones sobre la finalidad.

El barco mercante, aprovechando el mal tiempo y una bruma persistente, había entrado en el estuario de Burdeos para tomar el río Garona, por el que avanzó mucho sin que lo descubrieran, pues la peste de 1524 había despoblado la región.

Atracaron en un lugar de escarpada ribera donde aguardaban cuatro monjes, que habían agrupado varias mulas de carga que fueron entregadas al grupo, y todo sin decir ni una palabra.

Sin duda, el joven de La Tomlaye quedó decepcionado por la misión que se le confiaba, consistente en vigilar la nave mercante, pero Nissac, que pensaba en Élisabeth y en el irrazonable amor que sentía por su hermano, no quiso en absoluto exponer la vida de éste. Supo mostrarse convincente al explicar, y no era falso en absoluto, que sin aquel barco cualquier retirada en aquella región hostil sería imposible e iban a matarlos a todos.

Luego, los once hombres y la muchacha avanzaron en silencio hasta que apareció el castillo de Cadillac que, aunque no estuviera del todo terminado, sorprendía por su magnificencia y la impresión no era en absoluto falsa, pues, en su tiempo, tuvo fama de ser el mayor y más espléndido castillo de la época.

El castellano, que había recibido el lugar de su mujer, heredera de los condes de Foix, había hecho derribar el viejo castillo y construir éste a partir de 1597, sabiendo que tras aquellos quince años de construcción sería extraordinario en todo punto.

Así pues, cuando las obras estaban ya finalizando y el castillo de Cadillac aparecía en toda su belleza, puede sorprender que un hombre de gusto como Thomas de Pomonne, conde de Nissac y almirante de los mares del Levante, se hubiera libremente impuesto, sin que nadie se lo sugiriese, causar los mayores daños posibles a tan fastuoso lugar.

Tal vez sorprendería mucho menos si se supiera que el propietario se llamaba Jean Louis de La Valette, duque D'Épernon, gran almirante de Francia, gobernador de Saintonge, Angoumois y Aunis..., y que era la carbuncosa alma de una infame conspiración que pretendía matar al rey de Francia.

Por orden del conde de Nissac, todos se ocultaron la parte baja del rostro con la ayuda de fulares rojos y el conde, embargado de preocupación ante su empresa, no podía adivinar que, mucho más tarde, como homenaje a tan brillante acción, su hijo Loup que no había nacido aún, haría célebres aquellos fulares^[11]...

Sin embargo, al comienzo del asunto, las cosas fueron bastante mal pues nadie podía saber que D'Épernon había elegido las estancias de su castillo de Cadillac para reunir allí a los espadachines que debían utilizarse en el asesinato del rey y, tal vez, en el golpe de Estado que lo seguiría. Además, deseando que el grupo se cohesionara,

los hacía entrenar a todos juntos, cuando ni siquiera se había fijado la fecha del asesinato de Enrique IV.

Para colmo de mala suerte, en aquel preciso instante, la treintena de espadachines aguardaba con gran nerviosismo una carreta que llevaba toneles de vino y, escrutando el horizonte con febril impaciencia, uno de ellos descubrió la docena de hombres con fulares rojos que avanzaba por las viñas empuñando la espada, de modo que muy pronto se dio la alerta.

Diez contra treinta, la cosa prometía ser muy delicada, aunque en absoluto irrealizable para la élite de la marina y del ejército real. Sin embargo, ésta tuvo poco que hacer, pues el señor Yasatsuna, en quien la justicia obliga a reconocer que el clan Nissac no había pensado demasiado, Yasatsuna, pues, demostró cómo se combatía en el lejano país del Sol Naciente.

Contra una buena partida de jinetes, Yasatsuna, cubierto con su espantable casco de cuernos que parecía proceder de lo más profundo de los tiempos, avanzó solo, por petición propia, y Nissac recordó lo que el hombre de ojos de almendra llamaba «kendo», la «Vía del arco».

Tensando el arco a cincuenta toesas^[12], Nissac y los suyos creyeron que su extraño amigo había perdido la cabeza, pero luego el almirante recordó las palabras del hombre de japon: «Lo que el arquero apunta, en el fondo, es siempre el centro de sí mismo».

Uno, dos, cuatro, muy pronto cinco jinetes abandonaron los estribos y se derrumbaron mientras que, rápida, la mano de Yasatsuna se levantaba hasta el carcaj provisto de treinta y seis flechas adornadas con plumas de cisne. Fascinado, el capitán de Sousseyrac observaba el gran arco, la mano del japonés y, por encima de la empuñadura de cuero, un gancho de plata que impedía que la flecha resbalara.

Un disparo de arcabuz respondió del lado de los espadachines, pero el señor Yasatsuna, muy poco impresionado, desenrolló una pequeña alfombra de piel de gamuza y, ante el estupor general de los dos campos, disparó sentado con idéntica eficacia.

Un caballo escapado del establo, sin equipo, apareció y se vio entonces al conde de Nissac dar un prodigioso brinco y montar sin silla ni estribo y, algo más sorprendente aún, al descubrir un caballo ensillado libre de su jinete muerto, pasar de una montura a otra sin poner los pies en el suelo.

Entonces, el señor Yasatsuna detuvo el hermoso alazán y, apenas hubo montado, reanudó el uso de su tan terrible arco, mostrando que sabía utilizarlo en todas circunstancias y en distintas posiciones.

Con la espada en la mano ya, la señora de Guinzan cargaba, seguida de inmediato por todos los demás y, muy pronto, habiendo echado todos pie a tierra, la pelea fue confusa. Pero, entre el chasquear de las espadas, se oyó:

—¡Isabelle, cuidado a vuestra izquierda...! ¡Isabelle, protegeos por la derecha!

Y el conde de Nissac acudió para derribar al adversario, pues, siendo la baronesa

la única mujer entre todos aquellos hombres que, en un momento, fueron cuarenta, cuatro espadachines, ni más ni menos, cruzaban sus aceros con ella, que se sintió aliviada ante el rápido refuerzo del almirante, cada uno de cuyos combates, muy breves, era mortal para el adversario.

Viendo que su número se reducía, una decena de espadachines se replegó hacia las altas hierbas y juncos mientras, en la aldea, una campana daba la alarma tocando a rebato.

El almirante reaccionó rápidamente:

—Yasatsuna y Sousseyrac conmigo, ¡tras los espadachines!

Vaciló un poco y, luego, con una breve pero encantadora sonrisa, decidió dirigirse a la baronesa:

—Isabelle, con los vuestros, destruid el maldito castillo. Nos encontraremos en las orillas del Garona.

Mientras la baronesa, Valenty, Fey des Étangs y tres infantes de las tropas de asalto —dos habían muerto— tiraban de las mulas, cargadas con toneletes de pólvora, hacia el castillo de Cadillac, el almirante de Nissac y sus dos compañeros se lanzaban en persecución de los espadachines.

Pero, también esta vez, el desconcertante señor Yasatsuna sorprendió a todo el mundo. Así, aunque fuera de pequeña talla, llevando un extraño calzado de piel de oso y suela claveteada, corría con mucha rapidez. Tanto, incluso, que distanció a sus compañeros, el conde de Nissac y el capitán de Sousseyrac, inquietos al ver cómo desaparecía en las altísimas hierbas el señor Yasatsuna, tocado con su terrorífico casco y armado con su largo sable llamado «katana» en su lejano país.

Pero aunque el almirante y el enorme Sousseyrac sólo tuvieran un deseo, ayudar a su amigo llegado del país del Sol Naciente, redujeron su carrera y muy pronto se detuvieron pues lo que veían no se parecía a nada de lo que hasta entonces habían visto.

Así, brotando de las altas hierbas donde nada se veía y ascendiendo en el espacio hasta la altura de una toesa, podían verse, como arrojadas al aire y en rápida cadencia, las cabezas de los espadachines alcanzados sin duda y decapitados por los prodigiosos sablazos del señor Yasatsuna.

—¡Nadie va a creernos...! —murmuró el capitán de Sousseyrac con gran abatimiento ante esa perspectiva.

—¡Es que la cosa es muy singular...! —abogó el almirante.

En aquel instante se oyeron cuatro fortísimas explosiones procedentes del castillo de Cadillac.

Sin preocuparse más por su sorprendente amigo, se acercaron y, muy pronto, apareció Yasatsuna, sonriente. De inmediato, preguntó en un tono jactancioso que aquí se consideraría colérico pero que era su habitual modo de hablar:

—¿Vos no perdido mí?

—¡En cierto modo podemos seguir vuestras huellas...! —respondió el almirante.

Ante aquella respuesta, Sousseyrac fue presa de una gran carcajada en la que, tal vez, desempeñaba cierto papel el nerviosismo.

Yasatsuna explicó, radiante:

—Costumbre exige decapitar enemigo.

—¿Y no resulta fatigoso, para un hombre como vos, que no sois ahorrativo en el exterminio?

—En la guerra, nunca hay que pensar en uno mismo, ni tampoco en la fatiga. Fatiga, muerte, en combate hay que despreciar todo eso.

Nissac, al ver aparecer una columna de doscientos campesinos armados con horcas y guadañas, dijo:

—Sin duda, pero no queda tiempo, y debemos regresar al castillo.

El señor Yasatsuna, encantado, preguntó al conde, como si se tratara de un juego muy divertido:

—¿Combate sin esperanza de regreso...? ¡Muy agradable...! ¡Honor y muerte, buen matrimonio!

No más presuroso que el hijo del Sol Naciente, a pesar del peligro que se aproximaba, el almirante de Nissac respondió:

—Interesante. Voy a mostraros sin embargo, si me lo permitís, mi concepción del honor... con supervivencia, si la cosa es posible.

—¡Apasionante, en efecto...! —respondió Yasatsuna que, al igual que el conde, no había advertido que el barón de Sousseyrac, viendo llegar la multitud de campesinos armados que pretendían darles muy mal fin, sentía cierto malestar.

Muy pronto, los tres hombres regresaron hacia el castillo de Cadillac, que ardía por varios lugares.

A orillas del Garona, donde el barco mercante estaba amarrado a un sauce de grueso tronco, sentían gran impaciencia y empezaban, puesto que el tiempo pasaba y nada se veía venir, a temer que les hubiera ocurrido lo peor al conde de Nissac y a sus compañeros.

Se oía tocar a rebato sin interrupción y el clamor de los campesinos que querían matar, de inmediato, a quienes habían provocado el incendio del castillo de Cadillac y enviado al más allá a los hombres del duque D'Épernon.

Entre todos, la baronesa de Guinzan era la más impaciente y no podía estarse quieta, mientras Fey des Étangs, montando el caballo de un espadachín muerto, había salido de exploración y comprobado la llegada al lugar de centenares de aldeanos mientras no había rastro alguno del almirante y de sus compañeros.

—¿Pero dónde están...? —preguntó ella como si se dirigiera al cielo cubierto y hurraño, y en un tono tan abrumado que el barón Fey des Étangs se sintió conmovido, al igual que Valenty, La Tomlaye y los dos supervivientes de la infantería de asalto. Los propios monjes, disfrazados de marinos para servir a la Iglesia, sintieron una profunda lástima por aquella joven desesperada.

Fey des Étangs, que de todos ellos era el que conocía al conde desde hacía más tiempo, se llevó aparte a la baronesa:

—Señora, el almirante conde de Nissac al que tanto amamos y respetamos es un esgrimidor excepcional que nunca ha conocido la derrota. Tenéis que confiar en él y no sumiros en semejante inquietud, que os produce un gran sufrimiento.

—Ah, señor, lo entiendo, pero todo tiene su límite y el conde de Nissac no puede vencer a centenares de campesinos.

Martin Fey des Étangs no aprobó estas palabras:

—Caramba, señora, los cerebros vacíos de todos esos villanos no pueden compararse con la ciencia del combate del almirante, que sabe tomar la medida de los acontecimientos en pocos segundos.

—Tal vez, barón, pero nadie me impedirá sentirme pesarosa al no verlo ya entre nosotros, como debiera.

El barón de Valenty, que se había acercado, intervino a su vez:

—Recordad, puesto que lo visteis hace muy poco tiempo, señora baronesa, cómo el conde, en cuanto rompe su guardia, mata a su adversario.

—¡Ajá, señor, pero no cuando son tres contra quinientos! —replicó la baronesa.

Con paso decidido, se acercó al puesto de vanguardia ocupado por uno de los hombres de *El dragón verde*, con el arcabuz en posición, dispuesto a acabar con cualquier intruso.

Pero cuando estuvo ya con él, oyeron un discreto ruido y el hombre se irguió gritando:

—¿Quién vive?

—¡Nissac!

La baronesa, reconociendo aquella voz grave, se sintió transportada de alegría, aunque el conde, que estaba tras un escarpado, tardó algunos segundos en aparecer.

La baronesa recordaría durante mucho tiempo la sombría gravedad de la escena.

Contra el fondo del castillo de Cadillac, una de cuyas alas ardía, y mientras llegaban numerosos hombres blandiendo horcas, aparecieron uno tras otro el señor Yasatsuna, llevando varias cabezas cortadas al cinto y, luego, con un cadáver de infante de *El dragón verde* en los hombros, el capitán de Sousseyrac y el almirante de Nissac que cerraba la marcha.

El conde de La Tomlaye, joven sensible, incomodado por el espectáculo de las cabezas cortadas, la emprendió, aparte, con el señor de Yasatsuna:

—Caramba, señor, ¿no podríais abandonar vuestras morerías?

El hijo del país del Sol Naciente, enojado, respondió:

—¡Moros no comparables a samurái!

La baronesa, que no lo oyó en absoluto, se lanzó hacia el conde, que se dejó descargar por sus compañeros de su macabro fardo.

—Ah, señor, ¿pero qué hacíais?

—¿Estabais inquieta, señora...? —respondió el conde sonriendo, pues sentía gran felicidad ante esa idea.

—¡Sin duda que lo estaba...! —replicó la baronesa ignorando si debía reír, llorar o lanzarse al cuello del almirante.

Se esforzó sin embargo por mantener la calma:

—¿Me responderéis, señor?

El conde observó a Yasatsuna, quien, cediendo a los ruegos de La Tomlaye, arrojaba al Garona las cabezas de los espadachines, no sin precisar:

—¡Debemos alimentar a los peces, grandes amigos de los hombres!

Finalmente, Nissac explicó:

—¡Señora, entre los Nissac no se abandonan los cuerpos de los suyos al enemigo!
¡Nunca...!

—¿Podríais pues morir por un cadáver? —preguntó Isabelle, estupefacta.

Nissac pareció muy sorprendido ante esa pregunta.

—¡Sin duda alguna!

Fueron los últimos en embarcar y justo a tiempo, pues los perseguidores se acercaban, pero, recibidos por una gran descarga de mosquetes disparada desde el barco y por las temibles flechas del señor Yasatsuna, el ardor de los recién llegados se melló, y su impotente rabia se acrecentó por el hecho de que, debido a los fulares rojos, no habían podido ver los rasgos de quienes componían la temible y pequeña tropa.



El monje desfigurado, a medida que la vertía, sentía el ardiente placer de derramar la sangre y adoptaba las costumbres de Atila, arrasando aldea tras aldea para satisfacer su inmoderada afición al poder. Y el asunto se desarrollaba casi del mismo modo. Así, atacaban la aldea y mataban a los hombres. Luego, y a veces se invertía ahí el orden de las cosas, violaban a las tres mujeres más hermosas antes de matarlas como a todas las demás, y los alobados se arrojaban sobre los niños.

Hecho ya todo, y saciados los monstruos en sus viles placeres, se atacaba la iglesia, el sacerdote era crucificado y, después, quemado vivo a las puertas del lugar sagrado. Pillado éste, se tomaba a viva fuerza el castillo del lugar, sin dar tampoco cuartel y desvalijando de nuevo.

Esta vez, sin embargo, ocurrió de un modo distinto, dado que el castillo, perteneciente a un muy rico marqués partidario, antaño, de la Liga y que tenía entre su gente a algunos hombres de armas, podía sorprender a Aldomontano y sus alobados atacándolos por detrás.

Ejecutados el marqués, sus soldados y su gente antes de atacar la aldea, el monje desfigurado no lamentó haber ido allí. En efecto, los alobados echaron mano a un misal cubierto de oro, esmaltado de colores y enriquecido con diamantes, a lo que debían añadirse las joyas de la marquesa e, incluso, un aguamanil de corladura.

En el ataque a la aldea los asaltantes no encontraron la menor resistencia, pues los habitantes habían perdido la esperanza al ver en llamas el castillo, y comprender que no recibirían ya ayuda alguna del marqués y de los suyos.

El ambrosiano miraba de lejos la tarea de sus alobados, viéndolos salir de las casas donde pillaban, violaban, mataban...

En apariencia, las cosas se estaban desarrollando como deseaba, pero el ambrosiano se hubiera sentido desagradablemente sorprendido si, abandonando por un instante los tesoros robados, se hubiera tomado el trabajo de seguir a Rojo, que, presa de la duda, no se comportaba en absoluto como un alobado.

Así, no había violado a la muchacha descubierta en una casa baja. No sentía el menor deseo de hacerlo y la mera idea de arrojarse sobre ella para tomarla por la fuerza le daba náuseas. Sabiendo que la matarían de todos modos, la había estrangulado rápidamente y, luego, desnudado por completo antes de arrojarla a la calle sobre un montón de cadáveres..., asegurándose, sin embargo, de que el ambrosiano lo viera, como así fue.

Luego, tras una señal de Azul indicándole una casa de la que brotaban gritos infantiles, había seguido al otro alobado hasta el interior, pero también allí, viendo a las dos niñas de diez y doce años, el corazón, por decirlo de algún modo, le falló.

Enloquecido, sabiendo que se arriesgaba a tener que rendir cuentas al hombre sin

rostro, se había arrojado sobre una gallina, arrancándole el cuello y embadurnándose la boca con la sangre del animal.

Azul, estupefacto, había visto cómo se comportaba su compañero y las propias niñas dejaron de llorar ante el abatimiento que Rojo sentía tras el simulacro.

Desesperado, se sentó en una silla y permaneció pensativo.

Todo se debía a Amarillo. Rojo ignoraba cómo había ocurrido pero sabía que Amarillo, al salvar a aquel niño con extremada amabilidad, había despertado en él cosas que creía muertas.

Todo lo que había sido antes de convertirse en alobado regresaba a su memoria y a su corazón. Sus recuerdos se alejaban tanto en el tiempo, por primera vez desde hacía años, que se estremeció. Recordó así cuando cumplió los siete años. Tenía un padre brutal y cruel, señor de un apartado lugar donde podía actuar como le placiera. Su madre había muerto al dar a luz y, sin duda, en aquellas circunstancias, habría crecido entre el terror y el tedio si su padre no hubiera vuelto a tomar mujer.

Ella tenía diecinueve años y su marido más del doble, se llamaba Constance y era tan hermosa que algunos se persignaban a su paso.

Durante los primeros años, no supo en absoluto cuán desgraciada era la mujer, pues se ocupaba de él con tan gran gentileza, tanta ternura, que Rojo, niño por aquel entonces, no pensó en que pudiera sentirse tan angustiada.

Un Miércoles de Ceniza, bajo un cielo gris y cubierto, se detuvo en el castillo un viajero de largos rizos rubios y apuesto porte.

No era noble pero sí muy rico, pues había tenido éxito al servicio del duque de Lorena, cuyos parques y jardines concebía con refinado gusto. Y su éxito, al igual que su reputación, eran tan grandes que había abandonado su hermosa casa-fortaleza de Revigny para acudir a París a petición del rey.

No era, ¿es preciso decirlo?, sólo rico sino también joven, refinado y apuesto, de modo que, en cuanto su mirada se encontró con la de Constance, hubiera sido necesario estar ciego para no comprender la irresistible atracción que ambos jóvenes sentían el uno por el otro.

Las cosas hubieran podido quedar para siempre en ese estado de inconclusión, pues el joven reanudaba el camino a la mañana siguiente. Sin embargo, no fue en absoluto de este modo, pues el padre de Rojo, al que nada había escapado, cultivaba la afición a la desgracia, pudiendo así, por su satisfacción, sufrir y hacer sufrir. De modo que, de manera artificiosa, proponía al joven, cada nuevo día, que se quedara un poco más.

Y lo que buscaba con disimulado frenesí acabó sucediendo, puesto que los sorprendió, desnudos, a orillas del río Ornai y ocupados en las cosas del amor. Entonces, loco de dolor pero también de perverso júbilo, hizo lo que se denomina justicia.

Al muchacho le cortaron el rabo y fue colgado por los pies ya que esperaba el padre de Rojo, con gran ingenuidad, que se vaciaría así de su sangre por el lugar

donde había pecado, aunque el infeliz tardó días en morir y muchos se sintieron aliviados cuando falleció por fin, en una extraña noche de tormenta.

A Constance, ante la población reunida, le cortaron la cabeza y, para que nadie olvidara, aquella cabeza fue clavada sobre la puerta del castillo, donde permaneció diez años.

Rojo lo recordó. Amaba a Constance, esperando convertirse en su esposo cuando tuviera más edad y aunque tuviese que matar a su propio padre para tener éxito en la empresa. Era para él la más brillante belleza del mundo y perdió, en parte, la razón al ver aquella soberbia cabeza así clavada, entregada a las moscas y a las aves, convirtiéndose en carroña y, luego, en un cráneo de órbitas vacías.

A partir de entonces, todo asustaba a Rojo, y su padre, colérico al ver tales disposiciones en su único hijo, no escatimaba esfuerzos para endurecerlo. Cierta día, mientras lo obligaba a contemplar cómo sangraba un cordero que estaban despellejando, y puesto que el niño lloraba, su padre, en el colmo del enojo, le arrojó la piel sanguinolenta a la espalda diciendo:

—Si no soportas la visión de un cordero desollado, es que eres uno de los suyos. Mientras seas cordero, quédate con los tuyos y lleva esta piel a la espalda.

Así fue. Creció con el paso de los años llevando aquella hedionda piel en los hombros y luego, cierta noche, su padre rindió el alma al diablo.

Le quitaron entonces la piel curtida por los años, le dijeron que era libre y marqués, dueño del castillo, de las tierras y los bosques.

El nuevo marqués hizo que enterraran, de inmediato, el cráneo de Constance con el resto del cuerpo y que pusieran en aquella tumba los ojos del joven al que ella había amado. Pero aquella venganza, cruel sin embargo, no le bastó, pues ordenó que dejaran de alimentar a los perros y cuando, después de cuatro días, éstos estaban ya hambrientos, ordenó que les entregaran el cadáver de su padre diciendo:

—¡Eres uno de los suyos, pues que los tuyos te devoren!

Luego, tras haber donado sus bienes a los sacerdotes para que acogieran siempre a los viajeros de paso, se había marchado sin llevarse nada y para nunca regresar...

Rojo sintió posadas en él la mirada de Azul y las de las niñas, que observaban fascinadas a aquel hombre de hermosa cabeza de lobo.

Vaciló.

Luego, Azul se acercó a él, hasta que sus fauces se unieron, intentando leer en su mirada.

No se sabe qué terrible cosa descubrió en ella, qué sufrimientos y dolores adivinó, pero inclinó con gravedad varias veces su cabeza de lobo y dijo con extraña dulzura y amabilidad:

—¡Mmm, mmm...!

Y, tomando afectuosamente a Rojo del hombro, lo arrastró fuera renunciando, también, a las niñas.

Minutos más tarde, el ambrosiano, que nada sospechaba, cabalgaba hacia el

castillo de las Quimeras flanqueado por su guardia de alobados.

El almirante de Nissac parecía preocupado.

Así, durante dos días, mientras ordenaba extrañas obras en la proa, lo vieron observar los vientos, releer una y otra vez sus cartas marinas efectuando minuciosos cálculos, manejar el compás, seguir con interés el vuelo de las gaviotas, inclinar la cabeza o sacudirla, hablar a veces y responderse a solas...

Todos aguardaban en respetuoso silencio.

Dos interminables días durante los que *El dragón verde* dio vueltas en redondo a veinte leguas ante las costas de Burdeos.

Luego, cuando nada parecía haberse modificado en la dirección del viento que justificase tan brutal cambio, el almirante dio órdenes, insistiendo en que se apresuraran al maniobrar.

El dragón verde entró en el estuario del Gironda con las primeras luces del día y, aunque tuviese muy poca experiencia del lugar, el conde de Nissac gobernó con gran seguridad.

Pasaron así muy deprisa ante Lespare, Pauillac y Saint-Julien, luego, tras algunos islotes, acercándose mucho a la ribera, *El dragón verde* consiguió dar media vuelta en una hermosa maniobra que, por su velocidad y precisión, pasmó a oficiales y marinos.

Pero aquel pasmo se convirtió en fascinación cuando advirtieron que *El dragón verde* parecía empujado por la mano de un gigante te iba a la velocidad de un caballo al trote corto.

En sus eruditos cálculos y con su diabólica complicidad con el viento, el almirante había llevado el navío hasta donde deseaba, y en el instante preciso, para aprovechar la conjunción de un viento trasero extremadamente favorable y la marea que, a aquellas horas del día, le beneficiaba totalmente, de modo que su bajel alcanzó una velocidad sobrecogedora.

Pasada la sorpresa, la tripulación se hizo preguntas en voz baja. ¿Pero cómo, tan larga preparación, aquella espera interminable, el mascarón de proa disfrazado y todo para dirigirse, en el estuario, hacia el mar, a una velocidad sin igual...? El almirante, tras el incidente del golpe de mano cuyos gastos había pagado el castillo de Cadillac, ¿sólo pensaba pues en satisfacer su vanidad y ser, aquí, el primero que alcanzara aquella velocidad? ¿Se habría vuelto loco?

¡Loco...!

Nadie hubo que no pensara, por un instante al menos, que estaba loco cuando, solo en la toldilla donde nadie se atrevía a aparecer, el almirante de Nissac ordenó:

—¡Izad bandera negra...!

Dirigiéndose extrañadas miradas, arriaron el pabellón del rey de Francia para izar la horrenda bandera negra adornada con una calavera.

—¡Dentro de un momento, señores...! —dijo el conde de Nissac y su voz alegre,

la de un hombre que sabe siempre qué está haciendo y adónde va, devolvió la confianza en el almirante.

Landas, ciénagas, extensiones de arena negra y un muy hermoso castillo de reciente factura: nada se veía por allí que pudiera justificar el zafarrancho de combate, pero, para el almirante de Nissac, estaban a punto de cañonear al propio infierno y enfrentarse con el diablo sable en mano.



El barón de Lestanque, despertado por un guardia, se sorprendió al ver aquel extraño y muy hermoso galeón que no arriaba pabellón ni vela al pasar ante el castillo de Beychevelle.

¿Acaso Beychevelle no significa «vela baja^[13]»? Y así el muy poderoso, muy respetado y muy temido dueño del lugar quería que cada navío que pasara ante su hermosa morada tuviera que arriar las velas.

El rico castillo de Beychevelle tenía unas decenas de años, poco para un castillo, y el viejo barón de Lestanque, veterano de la Liga, como lo fue el dueño del lugar, mandaba allí una pequeña guarnición desde hacía menos de cinco años, pero durante esos años le habían dicho que, en anteriores tiempos, ningún navío se había atrevido aún a pasar ante el castillo de Beychevelle sin arriar sus velas.

Éste era el primero, pues.

El barón de Lestanque no era un hombre inteligente y, en caso contrario, se habría sabido; pero no podía negarse, al menos, que poseía un espíritu metódico.

Por consiguiente, pensó ante todo en observar la bandera del extraño bajel, pues no dudaba de que se tratase de extranjeros ignorantes —¡y aquello iba a escaldarlos!— de la tradición del lugar.

—Se inclinó... ¡y retrocedió de un brinco...!

¡Bandera negra...! Allí, en aquel apacible estuario que separaba Saintonge de Médoc, un bajel había izado la bandera negra...

El barón de Lestanque se dijo que era preciso dar órdenes a su media docena de soldados y al teniente que los mandaba.

Órdenes, ciertamente. ¿Pero cuáles? Fue entonces cuando el barón perdió la cabeza, arrancada por una bala de cañón que el bajel pirata había disparado.

El teniente, agazapado detrás del balcón con columnas, se dijo que aquello era un lamentable acontecimiento para el barón, sin duda, pero también para él, que debía tomar el mando de aquella pequeña tropa que no sabía cómo utilizar.

Sin embargo, el oficial no carecía de ingenio y pensó en el hombre a quien debía dar cuentas, el castellano del lugar, gran almirante de Francia y gobernador: el omnipotente duque D'Épernon.

La primera andanada había hecho un buen trabajo, pero la segunda, más acertada aún, produjo grandes daños, pues las balas no sólo arrasaron la fachada sino que, algunas, hicieron añicos las ventanas y descoyuntaron luego el interior de las estancias.

Habría que informar de todo ello al duque D'Épernon y, aunque el lugar estuviese expuesto, destrozadas varias toesas de columnas del gran balcón, el oficial se obligó a observar bien el transcurso de las cosas.

Militar, advirtió primero que los artilleros del navío con la bandera negra eran excelentes en su trabajo y, para probarlo, el tejado acababa de ser arrancado por una nueva salva.

Advirtió también que el navío no reducía su velocidad, lo que hacía pensar que sólo daría una pasada, por lo que el cañoneo pronto cesaría.

Finalmente, concentró su atención en la proa de la nave, sabiendo que allí encontraría sin duda algún signo distintivo.

¡Y su sorpresa fue grande!

Así, en el castillo de Beychevelle que pertenecía al duque D'Épernon, el emblema era un navío con proa de grifo y, salvo si dudaba de todo, el teniente no ignoraba que el grifo es un animal fabuloso con cabeza y alas de águila y cuerpo de león.

Sin embargo, en el navío pirata, el mascarón de proa era casi idéntico pero invertido, creando una bestia singular que no existía en la mitología, puesto que en la proa del galeón se veía una cabeza de león en un ridículo cuerpo de águila.

Resonó otra salva, que provocó de nuevo grandes daños, y el oficial advirtió el poder sin igual de la artillería de a bordo. Pero vio también que abandonaba los puestos de combate, de modo que se incorporó no sin prudencia.

El navío se alejaba ya.

Dejando aparte al difunto barón de Lestanque, decapitado, su pequeño grupo no tenía muertos ni heridos, pero, habiéndose dado vuelta, advirtió que se necesitaría mucho tiempo, y mucho oro, para poner de nuevo en buen estado el castillo.

Pensó de nuevo en la extraña inversión del grifo en la proa del bajel pirata, luego, pensativo, murmuró:

—Cabeza de águila para el señor duque, cabeza de león para los piratas. En la naturaleza, el león devoraría al águila y, en la realidad, lo que ha pasado es que los piratas han humillado al señor duque.

Sonrió una vez más mientras, en su espíritu, arraigaba la certeza de que aquellos singulares piratas habían intentado divertirse a expensas del duque.

El teniente se frotó las manos, con gran satisfacción, al imaginar qué descontento se encontraría aquel duque de hirientes maneras.

Luego, su mirada se posó largo rato en el hermoso bajel que se empequeñecía en el horizonte mientras intentaba llegar a alta mar, y el oficial murmuró:

—¡Dios me condene si esa gente, más militar en su estilo que los militares, son piratas...! ¡Pero nada diré de ello...!

El dragón verde llegó exactamente a la hora fijada para el encuentro secreto: medianoche, ante las costas de Saint-Vaast-La-Hougue y Barfleur, en una fría noche del tiempo de Cuaresma.

Dos navíos mercantes abordaron por babor y estribor y, a la luz de la luna llena, en una mar en calma, iniciaron el transbordo de armas ligeras: sables, arcabuces, pistolas y gran cantidad de toneles de pólvora. Se cargaron también balas y las partes de los cañones hechas de receptáculos de madera y ruedas.

Se requirió más de tres horas pero, a pesar de las dificultades debidas al cabeceo y al hecho de que la cubierta de *El dragón verde* fuese más alta que la de los navíos mercantes, sólo tuvieron que lamentar un herido leve y la pérdida, en el mar, de un tonel de pólvora que estaba mal estibado.

Según un oficial de *El dragón verde*, el teniente D'Orville, hombre muy piadoso y muy entregado a la religión, uno de los navíos estaba bajo la vigilancia de, nada menos, un general de los jesuitas cuando, en la cubierta del otro, reconoció a un hermano de la orden fundada por san Francisco de Asís aunque, en esas órdenes distintas, todos fingieran no conocerse y se ignoraban con soberbia.

No podía negarse: una vez más, el padre Joseph y el padre Cotton habían trabajado muy bien, reuniendo cualidades de eficacia y discreción.

El navío de los jesuitas fue el primero en separarse del flanco de *El dragón verde* y su vela se alejó con rapidez.

Como habían convenido, Nissac confió entonces *El dragón verde* a su segundo, Charles Paray des Ormeaux, pese a su mala vista, con la consigna de dirigirse a Ruán y aprovechar aquel corto período para dejar el galeón en la dársena de carena y que limpiaran, así, el casco lleno de conchas. El almirante sabía que la dársena le estaba reservada con prioridad absoluta y que se trabajaría, día y noche, en *El dragón verde*.

Nissac no habló de ello, pero estaba impresionado por los medios que el señor de Sully ponía al servicio del éxito de la operación. De modo que no se habían llevado sables, arcabuces, pistolas y demás materiales a cambio de los que llegaban, nuevos y flamantes, sino que habían recibido del general de los jesuitas la consigna de arrojar aquellas armas, recientes aún, al mar, por la borda, sin más miramientos.

Sí, decididamente del lado de las arcas reales, y como el rey deseaba, el oro brotaba a chorros para este asunto.

Los hermanos de la orden franciscana embarcaron, como estaba previsto, al almirante de Nissac, a la baronesa de Guinzan y también a los barones Fey des Étangs y Sousseyrac.

Sin olvidar al señor Yasatsuna.



Por tradición, los Nissac confiaban los cuidados del castillo y los trabajos de cocina a una pareja de edad avanzada y pobre de la aldea vecina, ofreciéndoles a cambio lecho, cubierto y más oro del que habían conocido en la época de su mayor fuerza.

Llegados con la marea alta y bajo una hermosa luna llena, se dirigieron de la playa a aquel castillo cuya soberbia y maciza silueta medieval —fue construido en 1111— formaba un gran contraste con los recientes castillos de Cadillac y Beychevelle, pertenecientes al duque D'Épernon y a los que acababan de dejar muy mal parados, pues, al revés que la estirpe de los Nissac, no se reían en absoluto de las balas de cañón.

En la gran sala, en una larga mesa de roble iluminada por tres antiguos candelabros de dieciséis brazos, el conde de Nissac ofreció una cena de caza: perdices, faisanes y liebres, así como, para terminar, peras confitadas y mermelada de rosas. Había una razonable cantidad de alimentos salvo, tal vez, desde el punto de vista del señor de Sousseyrac, que gozaba de un gran apetito para sostener su enorme esqueleto, pero la calidad de las Viandas y del vino cosechado en Anjou era indiscutible. Finalmente, para gran pasmo de la pareja de viejos servidores que trabajaban en el castillo, el señor Yasatsuna se arrojó sobre el pescado crudo que el conde de Nissac había hecho disponer para él: lenguados, caballas y lubinas, así como algunas gambas, que le gustaron enseguida.

La baronesa advirtió cómo *Centella*, un perrazo negro de raza indeterminada, no se separaba de su dueño, y se pegaba a su muslo como un gato, tanta emoción le producía el reencuentro. Era algo compartido, pues a menudo la mano del conde acariciaba la gran cabeza del perro donde el pelo negro se encanecía ya, en el hocico y debajo de los ojos.

Fueron a acostarse poco después y el conde, turbado, llevó a la baronesa hasta la habitación que le había hecho preparar, tras haber ordenado unas obras, aunque la paloma mensajera que había partido de *El dragón verde* se había entretenido por el camino y había faltado muy poco para que no todo estuviese listo.

Por lo demás, flotaba aún en el lugar un leve olor a pintura.

La baronesa quedó maravillada, tanto por el gusto del conde como por la intuición que había tenido. Advirtió en el techo pinturas azurinas y, en los muros, tapices de brocatel de fondo verde y gris con rameados encarnados y crema. Veíase el candelabro incrustado de esmeraldas, con las armas del condestable Du Guesclin, que éste había ofrecido, antaño, a un Nissac que fue compañero de guerra contra los ingleses, y el contraste con el hermoso objeto de plata puesto en una mesa de ébano ofrecía un hermoso espectáculo.

En jarros de cristal, unas flores de invernadero exhalaban un discreto perfume.

Finalmente, y fue un largo y costoso trabajo, el almirante había ordenado que se colocaran cristales y ventanas en todas las aberturas del castillo, pero el gasto no influyó demasiado en el conde, pues echó mano al inmenso tesoro de los Nissac, cuyos antepasados se vieron mezclados en el drama cátar, en las cruzadas y en el asunto de los Templarios que, por sí solos, merecerían también ser contados, y tal vez lo sean aunque en esta ocasión no es posible.

El conde contempló con recelo a la baronesa.

—Espero, señora, que el lugar no sea en exceso austero y que no os encontréis mal aquí.

—Muy injusta sería, señor, si no os diese mil veces las gracias.

Lanzó él una ojeada a la chimenea, donde ardían unos troncos procedentes de un oloroso manzano:

—¿Tendréis bastante calor?

—Más que en la cubierta de *El dragón verde*, aunque haya conocido lugares menos agradables aún.

—¿Os parece adecuado el lecho?

Ella lo miró: colchón, almohada, cojín, cobertores en paño de lino. Se le ocurrió un pensamiento: «¿Por qué debo dormir sola aquí?». Se avergonzó enseguida, y se ruborizó; viéndolo, el conde tuvo una ensoñación semejante, y enrojeció levemente bajo su rostro curtido.

Turbada, ella puso un rápido beso en los labios del conde.

—Dormid bien, señor.

«¡Ahora...! ¡La tomaré en mis brazos ahora!...». Pero, luego, vaciló unos instantes y la magia del momento se esfumó.

Durante mucho tiempo, por los pasillos de su viejo castillo, avanzó rozándose ligeramente los labios con un dedo y pensando que le había faltado, singularmente, audacia.

Durante mucho tiempo, permaneció ella tendida en el lecho convencida de que se había mostrado demasiado audaz. Pero, repitiéndose que no lo lamentaba y que, la próxima vez, se mostraría más decidida aún.



En los jardines de las Tullerías, Enrique IV despidió con bastante frialdad al embajador de Inglaterra, pues había advertido cómo Jacobo I de Inglaterra y Escocia no estaba muy entusiasmado ante la perspectiva de romper con España mediante guerra, y aunque su país detestara a los católicos en general y a los españoles católicos en particular.

Al ver entonces a D'Épernon, que se desesperaba por hablarle, dirigió una seña a Bassompierre con el fin de no quedarse solo con el duque y gran almirante de Francia.

El duque D'Épernon, por completo vestido de verde, saludó al rey pero ignoró a François de Bassompierre, pues envidiaba al coronel general de los Cien Suizos que de tanto favor gozaba ante el rey.

Enrique IV, que sentía por el duque D'Épernon un tranquilo odio, observó:

—¡Caramba, D'Épernon...! ¡Qué horrible y macilento rostro de condenado es, hoy, el vuestro!

D'Épernon, antiguo «archifavorito», concedía a su aspecto físico gran importancia; vaciló, pues, pero tras aquella frialdad, el rey pareció más cálido:

—¡Lleváis sin embargo un hermoso vestido!

D'Épernon, halagado como una damisela, dio graciosamente una vuelta sobre sí mismo, recuperando los incitantes gestos del tiempo en que gozaba del ardor y los rudos abrazos del difunto Enrique III:

—¿Os parece, sire?

El rey fingió una súbita contrariedad.

—¡Ah, sin embargo...! ¡Sin embargo...!

Inquieto de pronto, el duque preguntó:

—¿En qué piensa vuestra majestad?

—Vais por completo vestido de verde y bien sabido es que el verde es el color de los locos.

Vejado, D'Épernon se encabritó.

—¡Qué me importa a mí...! El verde y todos los colores del mundo me sientan bien. Pero especialmente el verde.

—Ajá, eso es lo que yo decía, D'Épernon: el color de los locos os sienta bien.

Con un breve gesto de enojo, D'Épernon pareció apartarse del tema:

—¡Sire, están quemando mis castillos!

—¿Acaso son también hombres vestidos de verde los que cometen tales villanías, pues hay que estar loco para atacar tan hermosas obras?

—Sire, el uno fue atacado por tierra y me han hablado de mil hombres.

—A mí me aseguraron que los asaltantes eran sólo diez.

—Me han atacado por mar, ¡subiendo por el río con grandes navíos de guerra, sire!

Enrique IV no tuvo que esforzarse demasiado para adoptar un tono de hastío:

—¡Pero vos sois, D'Épernon, gran almirante de Francia...! Salvo yo, no hay nadie con más poder que vos en todo el reino para los asuntos marítimos. ¿Por qué no os concedéis una entrevista a vos mismo para preparar una respuesta?

—Sire, no sé por dónde comenzar.

El rey suspiró de nuevo.

—¡Consultad con alguien de buen consejo...! ¿Sabíais, señor gran almirante de

Francia, que el almirante de los mares del Levante vendrá al Louvre uno de estos días, para que hablemos de la próxima guerra contra España?

—Lo ignoraba, sire.

—¿Y qué puedo hacer yo si un gran almirante extravía a los suyos, y no sabe dónde están?

El duque D'Épernon permaneció pensativo unos instantes.

—Es una idea... Sin embargo, dicen que ese almirante es poco parlanchín...

—Pero de una gran eficacia...

—Y es al parecer de muy buena nobleza...

—Mucho más antigua que la vuestra.

Ofendido, el duque D'Épernon se despidió con rapidez.

Enrique IV se volvió entonces hacia Bassompierre.

—Está inquieto y eso es muy buena señal...

—Tiene razón para estarlo, sire, sus castillos incendiados...

—¡Nissac no pierde el tiempo!

—¿Te lo imaginas, Bassompierre...? Ordeno a Nissac una misión, zarpa hacia Toulon, hunde tres galeras y un galeón, ataca por tierra el castillo de Cadillac y lo incendia, cañonea procedente del mar el castillo de Beychevelle... ¡Y no lo han descubierto...! ¡Y me han dicho que en estos momentos, o poco falta, trafica con armas con los buenos sacerdotes de la Iglesia!

—De todos modos, sire, por audaces y brillantes que sean, esos ataques contra D'Épernon eran muy arriesgados y vuestra majestad no le había dado semejante orden.

—Bassompierre, cuando alguien me sorprende agradablemente al actuar a pesar de las órdenes para obtener un éxito mayor, demuestra ser el mejor de mis súbditos.

—Mejor tendrá que ser, pensando en lo que lo aguarda...

El rey dejó de sonreír.

Por la mañana, el conde de Nissac se sintió feliz al encontrar en el establo a *Flamante*, que había sido llevado hasta allí por carretera.

Había sido posible, y con gran facilidad, gracias a la mediación del señor de Sousseyrac. Éste, que tenía como amante a una actriz metida en carnes, sabía que el hermano de la dama iba a Normandía, y que aceptaría dar un rodeo teniendo en cuenta que se sentía halagado de que su hermana tuviera por amante a un barón que, además, era capitán de la Marina Real, comandante de la infantería de asalto del legendario *El dragón verde*.

El conde de Nissac ensillaba a *Flamante* cuando oyó a su espalda:

—¿Puedo acompañaros?

Volviéndose, descubrió sin verdadera sorpresa, aunque no sin placer, a Isabelle de Guinzan tan fresca tras una larga noche aunque, en realidad, hubiera sido muy corta. Además, su sentimiento amoroso se vio fortalecido por el hecho de que, como a él, le gustara levantarse pronto y sintiera afición por los paseos a caballo, pues en el ingenuo y puro corazón del almirante, el amor es comunión en una multitud de pequeñas cosas. Deseaba que todo les fuera bien y odiaba lo que pudiera separarlos. Quería que se fundiesen ambos en una sola alma, un único corazón, un espíritu que velara por los dos, y detestaba la idea de que no pudieran conmovearse, apenarse o maravillarse juntos.

Y como la baronesa, aunque el señor de Nissac no lo supiese aún, tenía sobre todas esas cosas el mismo punto de vista, hubieran vivido magníficos días si la una, o el otro, se hubiera decidido a abrir su corazón pero, debido a su pudor, tal cosa no parecía a punto de suceder.

El señor de Nissac, sobre todo, sufría al no poder hablar de todos sus pensamientos, como la noche pasada en la que, al ver a la pareja de ancianos servidores en la verdadera satisfacción de que todo iba del mejor modo para los invitados, se le había ocurrido una reflexión: ¿por qué, en toda la pobre gente, y cualquier criatura entra en esa categoría, por qué semejante aspiración a la felicidad, tan simple y conmovedora, cuando el abyecto término de la vida es la muerte?; y sentía por ello ganas de llorar.

O en aquel mismo instante cuando, contemplando a la baronesa, se decía que sería necesario tener alas para rozar a los seres a quienes se ama y, al no tocarlos ya, tener la certeza de que nunca se les hará daño.

Ensilló para Isabelle un caballo de siete años, prefiriéndolo a una yegua o un caballo de apenas tres, muy nervioso, y la baronesa advirtió que al igual que *Flamante*, el hermoso andaluz ciego, todos eran de un negro carbón.

Adivinando su pensamiento, el conde comentó:

—Se dice desde siempre, en mi familia, que el primer Nissac, hace siglos y siglos, llegó del este montando un caballo negro y llevando, por todo equipaje, su

larga espada en la mano. Supongo que no siguió adelante porque se vio detenido por el mar. En cualquier caso, leyenda o historia real, desde hace siglos todos nuestros caballos son negros.

—¿Encontró pues esposa ese bárbaro antepasado...? —preguntó la baronesa con un pequeño acento de provocación.

—Mi presencia aquí parece demostrarlo, señora.

—¿Es posible, pues, ser un Nissac y sentir amor...? —observó ella en un tono desagradable que lamentó enseguida.

El conde no respondió de inmediato. Montó a caballo y, luego:

—Es posible amar y no saber hablar de amor, señora, pero no me parece que la timidez arrebatase nada de nada a la verdad y a la fuerza de semejante sentimiento.

Sin aguardar respuesta, lanzó su caballo al galope y la baronesa no pudo, como deseaba, retirar sus desafortunadas palabras.

Los bosques de los Nissac se extendían leguas y leguas, salpicados de estanques y, a medida que se acercaban al mar, aparecían landas desoladas barridas por los fuertes vientos gélidos procedentes de mar abierto.

Durante el largo paseo, intercambiaron muy escasas palabras y, poco antes de llegar al castillo, el conde desmontó.

Con orgullo casi infantil, mostró un vedado, algunas colmenas, un huerto, palomares, un jardín medicinal y de flores, pasaron luego los fosos y cruzaron la gran puerta con las armas de los Nissac que ella conocía ya, pues se había fijado, durante la cena, en el blasón grabado en la vajilla de plata.

Finalmente, la llevó al oratorio.

—Es ésta una muy modesta capilla, pero hace ya algún tiempo que no hacemos decir misas en el castillo, salvo en muy raras excepciones debidas a nuestros aldeanos.

—¡No es necesaria la misa para creer! —se atrevió a decir ella.

—¿Pero hay que esperar para creer...? —respondió él con agudeza.

Se contemplaron, dispuestos a arrojarse uno en brazos del otro, pero, una vez más, perdieron la ocasión y el conde se apartó.

El día transcurrió con rapidez. Los barones de Sousseyrac y Fey des Étangs dormían aún al comenzar la tarde. En cambio, el señor Yasatsuna no se anduvo por las ramas. Se puso la armadura y se ejercitó con su «yari», arma corta con la que alanceaba siempre de arriba a abajo, pues la punta, recta, estaba provista de dos filos.

Luego, como si fueran objetos sagrados, colocó sobre una piel de gamuza sus tres sables: el largo, llamado *katana*, el corto *wakasashi*, ambos pertenecientes al tipo *diashô*, y por fin el cortísimo *tantô*, utilizado para la defensa personal y el combate cuerpo a cuerpo.

Realizó luego unas figuras a caballo, tras haber decorado la silla con borlas rojas semejantes a las de su país.

En la cena, que había querido preparar en secreto Isabelle de Guinzan, fue grande

la sorpresa al ver llegar los manjares, caza, pescado, viandas y aves en la forma como fueron depositados en la mesa, pues parecía que, muy reducidos en su tamaño, llegaran jirafas, monos, lobos, elefantes y cocodrilos. Y todos se sumieron en el pasmo ante semejante prodigio.



El duque D'Épernon sudaba bajo su capirote de penitente, y el hecho no se debía sólo al calor que reinaba en aquella mansión particular de la calle Saint-Julien, sino también al miedo que se pegaba a su piel ante la idea de que unas fuerzas, de las que lo ignoraba todo, lo hubieran identificado como jefe de una conspiración que pretendía matar al rey de Francia y que, atacando sus castillos, comenzaban a castigarlo.

No pudo evitar así un ligero temblor en su voz y cometió la tontería de mencionar sus dominios, algo que le hubiera hecho identificable si todos allí no supieran ya quién era. Pero la falta, de todos modos, se había cometido.

—¡Mi castillo de Cadillac...! ¡Mi castillo de Beychevelle...! ¡Los dos incendiados...! ¡Mi gente muerta...! Han golpeado con la rapidez del relámpago y pueden ser centenares, miles tal vez...

Se escuchó una risa agria y, luego, la desagradable vocecilla del monje, el límite de cuyopoder no conocían y al que tanto temía el duque D'Épernon:

—¡Os extraviáis para perdernos mejor!

El duque pensó que, aunque la frase fuese seca, y en presencia de los demás conspiradores, el monje evitaba al menos tutearlo e insultarlo. Protestó por pura fórmula:

—Poderosos y numerosos. Los míos, los que han sobrevivido al menos, me lo aseguraron.

Y en el total silencio se oyó suspirar al monje; luego dijo:

—D'Épernon, ¿iba a confesaros vuestra gente que fue derrotada, aplastada y humillada por unas fuerzas mucho menos numerosas...? Pues así ocurrió en Cadillac, donde los asaltantes no superaban la docena.

—¿Cómo lo sabéis...? —aulló D'Épernon, enojado.

—¡Despacio, D'Épernon, despacio...! No hay cien modos de hacer hablar a lacayos o campesinos: la daga en la garganta y los ojos en los ojos. A mí, todos me confesaron el escaso número de los asaltantes de Cadillac. Excepcionales espadachines, y tan raro es en este grado de perfección que será muy fácil saber quiénes son. Del mismo modo, ese barco, un galeón, debe ser identificado siempre que conservemos la calma y sepamos hacer las preguntas a quien es debido. ¿No sois acaso, según me han dicho, gran almirante de Francia?

El duque agachó la cabeza.

Todo lo que el monje decía le parecía, de pronto, muy evidente y se preguntó por qué razón no lo había pensado él mismo.

Tras un día de viaje, el conde de Nissac y los suyos llegaron al Louvre por la mañana. Habían dormido en una posada cercana a París porque temieron, la víspera, hallar cerradas las puertas de la capital. Raro privilegio, el rey salió al encuentro del conde y de la baronesa, a la que ya conocía, mientras un paso más atrás estaban los barones Fey des Étangs y Sousseyrac, muy impresionados ya ambos, al igual que el señor Yasatsuna, que parecía como extraviado en semejante lugar.

El rey, sonriente, avanzó mientras cortesanos y hermosas damas miraban a los recién llegados con gran interés, pues aunque todos habían oído hablar del legendario almirante de Nissac pocos conocían sus rasgos.

Los hombres sintieron por instinto la extraña fuerza que se desprendía del almirante, con el rostro atezado bajo su hermoso sombrero de plumas.

Las mujeres, por su parte, lo observaron con detenimiento, pensando que les gustaría tener a aquel hombre por amante, pues resulta halagador ser amada por tan valeroso señor, pero, algunas, más sutiles, se sentían conmovidas porque el almirante parecía un ensamblaje de agua y fuego, una mezcla de audacia y de timidez.

Los cortesanos no tardaron en observar, poco después, a la baronesa de vestido azul, muy sencillo pero con daga al cinto, y los latidos de sus corazones se aceleraron. La muchacha rubia parecía, a la vez, de buena nobleza, aunque tenía una faceta de amazona en una pandilla de bandoleros, de modo que la imaginaban tanto recibiendo invitados en la sala de armas de un castillo como asaltando a los viajeros en lo más profundo de un bosque. Todos adivinaban que no eran, en absoluto, el tipo de hombre que pudiera seducir a semejante mujer. Pero, aunque lo sospecharan, todos fantaseaban y se veían forzando en un lecho a la hermosa muchacha de tan salvaje aspecto, a menos que se imaginaran como un ciervo cubriendo a la frágil cierva.

Las damas de la Corte lanzaron una mirada altiva, distante, despectiva incluso, a la baronesa, pero todas la envidiaron, pues no sólo el conde la miraba de un modo que su amor se adivinaba sino que, además, el propio rey, a pesar de los visibles esfuerzos, no conseguía disimular los pensamientos lúbricos que, era evidente, la muchacha rubia le inspiraba.

Sin embargo, su pesadumbre, su despecho y su envidia duraron muy poco, pues, cuando una decena de ellas estaban reunidas, la voz seductora, viril y cálida les hizo dar un respingo con estremecimientos más abajo de los riñones:

—Ningún ramillete de flores en todo el mundo contuvo jamás tanta belleza como el de vuestro grupito, hermosas damas.

Se volvieron... y encontraron irresistible a aquel joven que se presentó, inclinándose con mil gracias felinas:

—Barón Martin Fey des Étangs, oficial en *El dragón verde* del almirante conde de Nissac. Para serviros, encantadoras damas.

Se vio arrastrado enseguida por aquellas piantes y maullantes damas, ignorando,

el muy imprudente, que lo llevaban hacia las Tullerías, sus jardines y sus discretos bosquecillos...

Todas actuaron así. Todas, menos una.

Ésta, de edad bastante avanzada, una cabeza más alta que las demás y de un peso equivalente a dos de aquellas parlanchinas, pero que no dejaba de exhalar un extraño y provocador encanto, ésta, pues, se mantenía con las piernas separadas y los puños en las caderas.

Rica princesa flamenca, contemplaba sin miramientos al señor de Sousseyrac, de una toesa de alto y fuerte como un armario.

En verdad, el barón se hallaba bajo la indiscutible fascinación de aquella princesa de peso, y pensó: «¡Pardiez, qué buena pieza!».

La princesa, por su parte, daba vueltas a pensamientos bastante semejantes, pues, sin muchos miramientos, se dirigió al capitán de la infantería de asalto:

—Ah, caramba, señor, vos y yo en una cama: ¡la cosa sería ardiente!

—¡Qué combate...! —respondió Sousseyrac con un fulgor interesado en la mirada.

Él, que no retrocedía ante los berberiscos ni ante los españoles, sentía que era objeto del más difícil desafío, pero, aunque el honor le obligaba a no evitarlo, su razón, en cambio, vacilaba a pesar de las circunstancias:

—Sin embargo, señora, es evidente que ningún lecho lo resistirá.

La princesa flamenca le dirigió una enigmática mirada:

—¡Al diablo la cama...! ¿Lo resistiréis vos?

—No hay para ello respuesta si no se intenta, señora.

Mientras la princesa se llevaba al barón de Sousseyrac hacia nuevas aventuras, mientras el seductor Fey des Étangs se veía raptado por las seductoras damas de la Corte y el rey caminaba en compañía de Nissac y de la señora de Guinzan, el señor Yasatsuna contemplaba con gran perplejidad un estanque en el que nadaban carpas al parecer centenarias.

Luego, de pronto, ante el gran estupor del rey y de todos los presentes, el señor Yasatsuna saltó al estanque, quebró la película de hielo formada por el frío, tomó una carpa con mano ágil y mordió el pescado con gran convicción.

En cuanto salió de su sorpresa, y viendo que Nissac se sentía molesto, el rey observó en un tono juguetón:

—¡Debierais alimentarlo mejor, Nissac...! El infeliz se muere de hambre.

—Sólo es glotonería por su parte, sire.

—Nanay, almirante, pues no pierde tiempo haciendo cocinar el pescado; no puede esperar más para satisfacer su voraz hambre.

—Sire, el señor Yasatsuna está hecho de tal modo que prefiere el pescado crudo y come también, sin cocerlas y con delicia, algas y hierbas de mar.

El rey lanzó una breve mirada desolada al hijo del Sol Naciente y luego, en un tono más bajo, en el tono de la confianza:

—Ah, caramba, Nissac, qué placer me disteis al arrasar el castillo de D'Épernon, que creía ser, por todas partes, el dueño del reino de los lises. No imaginaba que tal cosa fuese posible y, en verdad, tampoco yo. El gran capitán se manifiesta, sin duda, en el ataque, pero también en el modo como ha pensado ese ataque.

Nissac sintió cierta turbación, como siempre cuando lo cumplimentaban:

—Sire, las plazas no esperaban en absoluto semejante asalto y la sorpresa fue nuestra aliada.

Pero Enrique IV, rey-soldado que había combatido mucho, tenía una opinión autorizada:

—¡En Cadillac, toda la población es suya! Corristeis un gran riesgo, pero vuestro modo de retiraros fue una maravilla en el género. Sin embargo, en Beychevelle, un hombre a caballo, galopando por la ribera, podía dejaros atrás y bloquear el estuario. ¿Qué habríais hecho entonces?

Nissac sonrió.

—Majestad, la carretera flanquea el río. Mis artilleros no habrían dado la menor posibilidad al jinete.

—¿Cómo, un jinete a cañonazos?

—A cañonazos, sire.

—¡Es como matar un mosquito con el arcabuz!

—Los mosquitos son bastante desagradables, sire.

El rey inclinó la cabeza y, luego, mirando a la baronesa sin haberse desprendido aún por completo de su deseo, preguntó:

—¿Y vos, señora, mandabais a quienes incendiaron el castillo de Cadillac?

—El almirante me hizo ese gran honor, sire.

El rey sonrió, los miró alternativamente y, luego, a Nissac:

—Envidio a quien comparta la vida de la señora de Guinzan. ¿Vos no, Nissac?

El almirante se ruborizó, algo que conmovió mucho al rey y a la baronesa; luego balbuceó:

—Sin duda, sire, sin duda.

Poco después llegó, con gran estruendo, el duque D'Épernon rodeado de cortesanos.

De inmediato, el rey murmuró a Nissac:

—Querrá hablar con vos, me retiro. Pero no estaré lejos.

D'Épernon hizo que le presentaran a Nissac y el almirante se vio en la necesidad de mostrar cierta forma de respeto al gran almirante de Francia... cuyos castillos había tenido la desconsideración de incendiar.

Muy acompañado, D'Épernon soltaba tonterías y estupideces en un inmenso chorro de palabras, escuchándose a sí mismo, y los cortesanos parecían tan ávidos de mostrarse atentos que el conde y la baronesa se vieron relegados a un segundo plano y, luego, al tercero del círculo formado en torno al gran almirante de Francia.

Isabelle murmuró:

—¡Menudo idiota!

—*Saeculi Felicitas*^[14] —respondió Nissac con mal humor, susurrando algunos «Miserere», algo que hizo reír al rey que estaba a sus espaldas.

Nissac, sobreponiéndose a su sorpresa, preguntó a Enrique IV:

—Sire, ¿ha puesto alguna vez los pies en un navío el gran almirante de Francia?

Nissac dio órdenes para que procuraran proporcionarle pescado fresco al señor Yasatsuna y se alimentara a los barones Fey des Étangs y Sousseyrac si conseguían encontrarlos, y, cuando propusieron para ellos potaje con espárragos, perdices y carne estofada, el almirante respondió que poco importaba siempre que fuera abundante, añadiendo:

—Me parece que tendrán mucha hambre.

Entretanto, Enrique IV acechaba de cerca a la hermosa baronesa, pues, en su casa, el estado natural prevalecía siempre, en cuanto se trataba de mujeres, sobre sus más firmes decisiones.

En aquel instante, el rey parecía un viejo fauno de barba gris que desprendía un fuerte olor y no tenía en absoluto conciencia de su aliento a ajo. Recordando la firmeza de las nalgas de la señora de Guinzan, aunque hubiera tenido sólo unos segundos para palparlas, y al no haber olvidado «el delicioso» bofetón que le valió su gesto, le susurró, vibrante de deseo, ala baronesa:

—Señora, si algún día cercano estuvieseis libre, sabed que, por vos, sabré estarlo a mi vez.

—Majestad, amo a otro; y tanto que no puedo amar a ninguno más, ni que sea como vos muy grande y muy buen rey de Francia, ni siquiera al rey de reyes.

Enrique IV no se engañó. El cumplido era muy halagador, pero estaba bastante acostumbrado a las mujeres para comprender que ésta nunca le daría lo que él esperaba con ardor.

El rey aguardó a Nissac, luego le susurró:

—Nissac, no me mostréis en exceso a la baronesa, pues una belleza que no esté destinada a mi lecho me produce siempre un gran dolor.

Nissac no supo qué responder pero no importó, pues, reuniéndose con la baronesa que los aguardaba, Enrique IV cambiaba ya de tema:

—Almirante, me han dicho que vuestro segundo, el señor Paray des Ormeaux, no es precisamente católico.

—Cuando están a bordo de mi barco, sire, no hay católicos ni hugonotes sino marinos, los míos, que tienen mi confianza y mi estima y a quienes no se les hará una mala jugada mientras yo siga vivo.

Al rey, que se había visto obligado a cambiar varias veces de religión, le gustó aquella respuesta. Luego, abrió la puerta de una pequeña habitación caldeada por un gran fuego en la chimenea y que contrastaba con el frío del exterior.

Habían puesto allí una mesa, pero sólo tenía dos cubiertos. Con una expresión dolorida en el rostro, Enrique IV explicó:

—Me hubiera gustado comer en vuestra compañía, pero mis obligaciones me reclaman en otra parte. Estaréis mejor aquí que codeándoos con la gente de la Corte, a la que apreciáis poco, y he procurado elegir cada plato que os será servido.

Levantó la mano para que no le dieran las gracias y, cuando llegó a la puerta, se volvió. La baronesa y el conde nunca le habían visto un rostro tan grave.

—Las difíciles misiones que os he confiado, Nissac, sirven la causa del reino de Francia. Sé que, a vuestro regreso, se os destinará a desbaratar la conspiración que D'Épernon y el partido español fomentan contra mi persona.

Inclinó unos instantes la cabeza, pensativo; luego prosiguió con un gran abatimiento en la mirada:

—Nissac, sé que van a matarme. El ingenio de un loco, de gran inteligencia en su locura, monta cada uno de los detalles del asunto y, sabiendo lo que sé por quien me informa, la cosa está tan bien concebida que no me hago muchas ilusiones sobre mis posibilidades de escapar. Encontrarán a un asesino que, habiendo renunciado a su propia vida, lo conseguirá, pues es regla en esa clase de asuntos, como con Enrique III, que quien ni siquiera piensa en su huida consigue matar. Ni vos ni mi policía podrán hacer nada, de modo que os lo digo como alguien a quien amo: no os hagáis reproche alguno después de mi muerte, inevitable desde el momento en que decidí terminar con España. No intentéis impedir lo que suceda, no es tarea vuestra.

—¿Y cuál es, sire?

—Matad en gran número, si podéis, a esos perros, y sé que lo haréis; pues bien, esto es lo que consuela mi corazón. Adiós, Nissac. Adiós, señora.

Salió.

El conde y la baronesa permanecieron silenciosos largo rato, sin honrar en exceso los platos que el rey había hecho preparar.

Les sirvieron sin embargo un vino muy embriagador de Orleans, cordero cocinado con mantequilla, jabalí, patés en su costra, trufas con aceite y cerezas confitadas. Las hortalizas eran despreciadas en la Corte, salvo las raras excepciones que se sirvieron con las carnes: coles, con fama de prevenir la calvicie, y alcachofas, que gustaban mucho al rey pues tenían la reputación de excitar, en la mujer, el deseo de varón.

Pero de nada sirvió: ni la baronesa ni el almirante mostraron un gran apetito ni deseos de hablarse.

Por lo demás, tenían demasiado que decirse para arriesgar una sola palabra.



En las cocinas, adonde un gentilhombre lo había conducido por orden del rey, el señor Yasatsuna fue invitado a comer lo que le placiera y en la cantidad que le conviniese.

Curioso, el hijo del país del Sol Naciente probó pescados en abundancia, tanto de mar como de río. Con aire grave, comparó la carne cruda del salmón, el lenguado, el

rodaballo, la dorada, la raya, el arenque, la sardina y, luego, ahíto de pescados de mar, probó los que se encuentran en agua dulce, como truchas, percas, lucios, lampreas y timalos, unos curiosos peces que sólo se pescan en los lagos de los Alpes.

Fascinado, el gentilhombre que tenía la misión de acompañar a Yasatsuna le sugirió otros «platos», que fueron degustados de inmediato, y crudos también. Como carne de ballena, bastante correosa, y carne de sepia, francamente viscosa, pero también tripas de bacalao, ostras, langostas, cangrejos, mejillones y almejas. Finalmente, se dedicaron a otra cosa probando, crudos, caracoles, ranas, erizos y culebras.

Muy satisfecho y harto, el señor Yasatsuna soltó un resonante eructo, extendió su piel de gamuza en el embaldosado de la cocina y se durmió en un segundo, pensando que el reino de Francia mejoraba mucho cuando lo conocías.



Recuperaron al joven y muy apuesto barón Martin Fey des Étangs vagabundeando por un corredor del Louvre, ahíto también, aunque de algo muy distinto.

Declaró no saber ya cómo se llamaba y sólo se dignó mordisquear una ligera pepitoria de pollo tras algo de capón y ternera hervida, tuétano, picadillo de pavo con migajas de pan y jalea de manzanas cocidas, regándolo todo con un buen clarete.

Declaró luego su voluntad de dormir, pero solo.

Aunque en su competición de tan singular género el barón de Sousseyrac hubiese vencido, algo recomendable considerando el peso de la princesa flamenca, lo hizo sin embargo por muy poco, pues varias justas fueron necesarias para que la ruda princesa pidiera por fin gracia en un suspiro de éxtasis.

Se sentaron a la mesa a las dos de la tarde, pero, tras devorar una comida de incontables perdices, becasas, palomas, alondras, carnes, patés, venados, acompañado todo por un champán de Aix que tenía muy buena reputación, el barón fue el primero en pedir gracia, aunque con mucho estilo, pasando de lo heroico a lo sublime.

Dos horas más tarde, agotado, pesado y levemente titubeante, con algunas botellas de champán en las manos, otras bajo el brazo y precedido por tres violines, el barón de Sousseyrac abandonó la mansión particular de la princesa, en la calle de los Chartreux, dejando allí un imborrable recuerdo y una difusa promesa de matrimonio con uno de los más ricos partidos de todos los Países Bajos y Flandes.

Su llegada al Louvre fue muy poco discreta y la guardia le impedía, cada vez con mayor firmeza, la entrada, cuando cinco oficiales, debidamente instruidos, acudieron a toda velocidad gritando de tan lejos como podían:

—¡Alto la guardia...! ¡Alto la guardia...! ¡Oficiales de *El dragón verde* entran y salen del Louvre como les parece: orden del rey!

Sousseyrac, muy halagado, amplió su ventaja:

—Tal como es el espíritu del rey, la medida vale también para mis violinistas.

Los cinco oficiales, entre ellos nada menos que un coronel, se dirigieron ansiosas miradas. Se tomaban muy en serio las medidas de seguridad, pero sabían, también, que las órdenes del rey habían sido repetidas, algo bastante raro.

Acordaron registrar a los músicos y, luego, Sousseyrac entró e hizo que le tocaran la alborada en los jardines de las Tullerías.



Los rostros eran duros, estaban iluminados por los reflejos de las antorchas. Las órdenes, breves, parecían ladradas y como cortadas por los latigazos infligidos a los caballos.

Por la noche, un largo convoy de carretas abandonó en el mayor secreto el Arsenal, llevándose armas y flamantes cañones.

El señor de Sully miró al conde de Nissac como si fuera un hombre al que se dispusiera a no ver nunca más.

—Hacedles mucho daño, almirante, y no ahorréis gastos: yo lo cubro todo.

Pues su odio a la católica España era más fuerte que su legendaria avaricia cuando se trataba de los fondos del Estado.

El conde de Nissac respondió, más para sí que para Sully:

—¿Hacerles daño...? La guerra siempre hace daño.

El viaje de París a Ruán con los flamantes cañones se realizó bajo un cielo encapotado y duró muchos días.

Luego, una oleada de frío como no se ve muy a menudo cayó sobre el norte de Europa, sin respetar el reino de Francia. De modo que nevaba cuando *El dragón verde* izó velas para salir de Ruán.

El tiempo, tan inclemente, hacía agotadora cualquier maniobra, endureciendo la tela de las velas y transformando los cabos en pesados cables que parecían de hierro.

La tripulación temblaba en cuanto salía a cubierta, expuesta al viento polar, y degustaba como un raro gozo el hecho de hallarse en las cubiertas inferiores, donde reinaba una temperatura mucho mejor pues el navío había sido perfectamente calafateado.

Ocupación tuvieron, sin embargo, ante las costas de Brujas, donde el almirante Nissac sorprendió a un bergantín con bandera negra arrastrando una presa capturada que resultó ser un navío mercante turco.

Dada la vieja alianza existente entre las marinas francesa y turca, el almirante decidió intervenir.

Colocándose personalmente tras un cañón, consiguió, al primer disparo, cortar la amarra que unía el bergantín con su presa, pero, a pesar de aquel cañonazo de diabólica precisión, que hubiera debido de incitarlo a la prudencia, el berberisco se dispuso para el combate.

El conde de Nissac no pareció conmoverse por ello y, aunque hasta entonces hubiera parecido bastante desenvuelto, dio con sequedad sus órdenes.

Una primera salva acabó con los dos mástiles del bergantín, la segunda arrasó los puentes, la última diezmó la artillería berberisca.

Luego, tras haber robado el viento para su ventaja, *El dragón verde* se lanzó sobre el navío pirata.

Cuando se encontraron penol a penol, lanzaron abrojos metálicos al bergantín, pues, aunque la infantería de *El dragón verde* daba siempre el asalto con buenas botas, los berberiscos iban a menudo descalzos y, también esta vez, los infelices vieron sus pies atravesados por aquellos erizos de metal.

Luego, advirtiendo que en cubierta había poca gente y temiendo a los tiradores emboscados, arrojaron hediondas marmitas para expulsar al enemigo de sus escondrijos con el nauseabundo olor y obligarlo a salir.

No hubo combate, pues, contrariamente a la costumbre, los berberiscos, que hablaban todos inglés, se rindieron de inmediato.

Luego, el capitán, que llevaba en la mano la bandera inglesa —a falta de mástil donde izarla—, compareció por fin, ocultando a duras penas su confusión, pero el conde de Nissac lo había comprendido ya.

Soltó con un falso tono de profundo asombro:

—Caramba, nuestros amigos ingleses... Ah, caballero, ¿se debe a la tan cercana mitad de la Cuaresma que un capitán de la Marina Real de Jacobo I de Inglaterra juegue a los berberiscos?

Entretanto, en cubierta, los marinos «berberiscos» se veían algo maltratados a puntapiés en las posaderas, pues antigua es la hostilidad entre marinos ingleses y franceses.

El capitán inglés, molesto, explicó:

—Señor almirante, es que ese gran turco era muy tentador.

Nissac lo miró con severidad.

—¿De modo que izáis, de vez en cuando, la bandera negra para alimentar la bolsa...? Curioso estilo que os valdrá ser colgado de inmediato.

El inglés agachó la cabeza.

—Señor almirante —alegó el capitán vencido—, nuestros países no están en guerra...

Aunque su decisión estuviera tomada desde el primer instante, el conde de Nissac fingió reflexionar, martirizando al capitán inglés. Finalmente, soltó:

—Sea, os abandono a vuestro destino, señor. Pero tal vez lamentéis que no os haya ahorcado, pues derivar durante días con este frío es un cruel destino cuando, por otra parte, tendréis que justificar el estado de vuestro navío cuando veáis de nuevo los acantilados de Inglaterra. No os envidio en absoluto.

Muy pronto, *El dragón verde* se separó del anglo-berberisco, pero, puesto que la tripulación de éste gritaba hasta desgañitarse e insultaba a Francia y los franceses a medida que éstos se alejaban, el conde de Nissac se situó tras un cañón y destrozó con una sola bala el gobernalle de los tráfugas, que callaron de inmediato, consternados.

Al cruzarse la suya con la mirada de su segundo, el almirante dijo sencillamente:

—Rumbo al norte, señor Des Ormeaux.



—¡Nissac...! ¡Thomas de Pomonne, conde de Nissac, almirante de los mares del Levante...! Y habéis hablado con él, pobre idiota, aunque muy poco, ocupado como estabais con vuestra pequeña y ridícula corte.

D'Épernon no creía lo que estaba oyendo, mirando con incredulidad al ambrosiano:

—¿Pero cómo es posible cosa semejante...? El tal Nissac es un oficial excelente, de altísima nobleza y considerado con respeto por el hereje que nos sirve de rey...

El ambrosiano sacudió su cabeza mutilada.

—¿Y qué? ¿Acaso no apoyan mis palabras todas estas razones...? ¿De «altísima

nobleza», decís...? Precisamente, los condes de Nissac, pensaran lo que pensasen, siempre sirvieron con absoluta fidelidad a los reyes de Francia, como exige sin duda la idea que se hacen del honor. ¿«Considerado con respeto por el hereje», habéis añadido...? ¿Y cómo va a ser de otro modo, si siempre va más allá, y con gran habilidad, de las órdenes recibidas...? ¿«Excelente oficial», precisáis...? ¿Acaso no lo demostró con sus muy audaces ataques a vuestros castillos de Cadillac y Beychevelle...? Precisamente fue eso lo que despertó mi curiosidad, a falta de la vuestra que dormita: sólo el almirante de Nissac podría tener éxito en semejante intento.

D'Épernon no pudo evitar un pataleo de rabia:

—¡Pero hay que matarlo...! ¡Matadlo de inmediato...!

La desagradable vocecilla del monje impuso al duque D'Épernon una mayor contención:

—¡Calmaos...! No sois ya el archifavorito maquillado con un ataque de nervios ante Enrique III. ¿Matarlo...? Se ha hecho a la mar, nadie sabe dónde ni para qué misión secreta. ¿Matarlo...? Es fácil de decir, pero es el mejor espada de Francia y, ante él, vos sólo resistiríais unos segundos.

Reflexionó y añadió:

—Claro, habrá que matarlo, y lo mataremos, esto es seguro.

—¡Os lo agradezco...! —respondió imprudentemente D'Épernon.

El ambrosiano volvió rápidamente hacia él su mutilada faz y, con voz sibilante, preguntó:

—¿Me lo agradecéis...? ¿Pero qué estáis imaginando, a fin de cuentas...? Si sólo se tratara de vos, no movería ni un solo dedo pues el tal Nissac es mil veces mejor que vos.

El duque agachó la cabeza, pero el ambrosiano no lo advirtió porque la cólera lo llevaba a hablar consigo mismo:

—Organicé magníficamente esta conspiración, y cada uno de los detalles donde todo se ha previsto, donde hay por todas partes soluciones de repliegue, donde los espadachines tendrán órdenes tan precisas que el más estúpido de todos ellos podrá, sin embargo, cumplirlas. Esta conspiración es una maravilla que convierte en un juego de niños la de Bruto matando a César o la conjura de Catilina. Jamás, pero jamás de los jamases por los siglos venideros, se sabrá lo que debe saberse sobre la muerte del de Bearn, tan complicado es el asunto y sobrepasa hasta tal punto el entendimiento del común como el del erudito.

Movió la cabeza y advirtió que D'Épernon, muy impresionado, se mantenía más atrás, en una actitud de sumisión que asqueó al monje, aunque se forzó a la calma.

—D'Épernon, os elegí porque sois poderoso y célebre, no en razón de vuestra inteligencia y valor. Me habéis permitido reunir la élite del reino, e incluso la de la Europa católica. Habéis hecho todo eso, no lo niego. Pero si queréis aprovecharos de este asunto, aumentar vuestro poder y vuestra inmensa fortuna, no seáis nunca un

lastre para mí... ¡Nunca...! ¿Me habéis comprendido?

El duque D'Épernon inclinó la cabeza.

—¡Perfectamente, amo!

El segundo, Charles Paray des Ormeaux, despertó sudando, aunque en la cabina de los oficiales hacía frío.

No se atrevía a moverse, tanto lo aterrorizaba su sueño.

El segundo no creía en la inocencia de los sueños y pensaba, por el contrario, que éstos nada deben al azar. Así, en aquel horrendo sueño, se convertía de pronto en ciego.

Tendido en su litera, intentó reunir fragmentos de imágenes que, en su espíritu, componían aquella horrible historia.

El almirante debía llevar a cabo alguna misión, en tierra, entregándose a destrucciones por cuenta del rey y, como había ocurrido ya varias veces en los últimos tiempos, le habían confiado el mando de *El dragón verde*.

Aparecía entonces una pesada galera berberisca, pero aquel enemigo, temido por tantos capitanes, tenía poco peso ante *El dragón verde*, tan fino, tan rápido y con tanta potencia artillera.

Y entonces todas las cosas dejaban de ir bien. Así, por torpeza, él no conseguía tomar un viento caprichoso, pues, sin ver ya, no podía levantar los ojos a las nubes que indican de antemano, a menudo, los cambios de dirección del viento. Más grave aún, no podía situar la galera, viéndose así incapaz de dirigir *El dragón verde* que, entonces, corría el gran peligro de que lo abordaran...

Paray des Ormeaux ahogó un sollozo. Aquel sueño, en el fondo, no hacía más que preceder, y sin duda en muy poco tiempo, algo inevitable. Acentuaba su realidad pero no la inventaba por completo.

El segundo se preguntó por qué razón una suerte tan esquiva se encarnizaba con él, que nunca había sido un favorito del destino. Así, su padre, malgastando con algunas criaturas la fortuna de los Paray des Ormeaux, llegó hasta hipotecar sus tierras. Y, del mismo modo, aquella mujer a la que había amado y que se encontraba en parecidas disposiciones, pero cuya familia no quiso ni oír hablar de boda, tan arruinado partido era el pretendiente.

Con estos dos dramas, su joven vida había comenzado muy mal.

Las cosas no fueron mucho más risueñas en su carrera de oficial, pues la marina estaba muy bien dominada por los papistas y pertenecer a la religión reformada, como era su caso, le marginaba *ad aeternam* en papeles de segundo. Y todo ello a pesar de los excelentes informes que el almirante de Nissac —al que sabía un amigo— mandaba al Almirantazgo.

Silenciosamente, el segundo se levantó y se vistió, envolviéndose en una gruesa capa de paño azul marino, pues, en estos países del norte y en esta estación del año, el frío es a veces extremado.

Mientras llevaba a cabo esos gestos, teniendo buen cuidado de no despertar a los demás oficiales, Paray des Ormeaux pensaba en esa historia de religión. En el reino

de los lises, no había modo, ni siquiera con la gran tolerancia del rey Enrique IV, pues el pueblo seguía poseído por el mal fuego del fanatismo.

¿A qué habían llevado todas aquellas guerras de religión, todas aquellas matanzas?

El segundo suspiró.

Así, durante su última visita a París, había querido dirigirse a Charenton, único templo del que disponían los protestantes de la capital. Y lo que había visto apenó durante mucho tiempo su corazón. La noche había caído, una noche que es el único momento en que entierran los de la religión reformada, pues semejante cosa no puede hacerse de día. Con antorchas en la mano, algunos infelices que formaban un cortejo se apresuraban, llevando un ataúd a hombros bajo los insultos y las pedradas de una pequeña multitud animada por el odio.

¡Qué visión...! Salir de París, pasar por La Rapée, Vercy y las malas carreteras de tierra que seguían el Sena, empapadas en cuanto aparecía el otoño, para llegar a Charenton, donde ocurre, cada día, una cosa semejante...

Entristecido, el segundo había querido visitarlos dos únicos cementerios protestantes de París, uno en la Trinidad, en las proximidades de la calle Saint-Denis, el otro en Saint-Germain..., pero ambos muy cerca de los vertederos donde se arrojan los cadáveres que tienen prohibida la tierra bendecida, como los de los leprosos o apestados.

Había hablado con un pastor para quejarse de ello, pero éste explicó que la lucha sería muy larga hasta que los hombres fueran iguales en su modo de creer.

Paray des Ormeaux sonrió recordando al pastor, un hombre alto y macizo que llevaba vestidos negros y una barba en forma de herradura.

Desde los puertos del sur, el segundo le había escrito, indicando la calidad de su corresponsal: F. M. D. S. E., que significa «Fiel Ministro Del Santo Evangelio».

Llegado a la toldilla, el segundo se encontró allí con el almirante Nissac envuelto en su larga capa azul marino, con las hermosas plumas blancas, verdes y azules de su sombrero tendidas y estremeciéndose bajo un viento gélido que llegaba del polo.

El almirante que, como siempre miraba en la lejanía cosas que sólo él veía, sonrió.

—Bienvenido al reino de los hielos, señor Des Ormeaux.

—¿Pero no dormís nunca, señor almirante...? —preguntó el segundo con sincero asombro.

—Ya tendré tiempo de dormir cuando haya muerto... Pero decidme, parecéis preocupado. ¿Habéis tenido acaso una pesadilla?

«¿Cómo diablos puede saberlo, si ni siquiera se ha dado la vuelta?», pensó Des Ormeaux, a quien ese tipo de cosas sorprendía siempre, pues ésa era la gran especialidad del almirante.

Sin embargo, respondió:

—Los sueños son fenómenos extravagantes que no pueden dirigirse, señor

almirante.

El conde de Nissac observó los bloques de hielo que iban a la deriva.

—Los sueños son también libertad para aquél a quien se encierra, belleza para el feo, riquezas de España y América para quienes no tienen qué comer. Felicitaos, señor Des Ormeaux, de que los hombres, gobernadores o sacerdotes, por ejemplo, no tengan modo alguno de intervenir en el curso y la fantasía de los sueños.

El almirante hizo un gesto cansado y añadió:

—Señor Des Ormeaux, el rey nos ha confiado dos tareas que no carecen de muy grandes riesgos. Algunos de nosotros hallarán la muerte. Corro este riesgo como los demás. Así pues, sabed que dejo una carta para el rey. Recomiendo a cada uno de mis oficiales y marinos, hasta a los grumetes. Para vos, sólo para vos, solicito un mando, el de una galera a la espera de uno de esos galeones que el señor duque de Sully hará construir. Creo, señor Des Ormeaux, que el rey no me negará semejante favor, esté yo muerto o vivo, pues nunca le he pedido nada y siempre le he servido con fidelidad absoluta.

—Señor almirante, no sé si...

El almirante de Nissac lo interrumpió adoptando, sin ni siquiera darse cuenta, aquel tono y aquella voz que nadie se atrevía a discutir:

—Debiera haberse hecho diez años antes y sabed, señor Des Ormeaux, que ese retraso no puede imputárseme en absoluto.

—Sé, señor almirante, que me recomendáis siempre en vuestros informes al Almirantazgo.

El conde de Nissac dio un leve respingo y le lanzó una breve y sorprendida mirada antes de volver a la contemplación de los hielos a la deriva: la discreción estaba profundamente arraigada en su naturaleza, de modo que no preguntó al segundo cómo lo sabía.

Añadió sin embargo:

—Haced pues que cuiden vuestros ojos. Es preferible, para un buen capitán, y vos lo seréis excelente, no confundir una escuadra de galeras berberiscas con un banco de delfines.

El segundo sonrió.

Pensó: «Qué lástima que la cosa suceda tan tarde»...

Luego miró al conde de Nissac, insensible al viento gélido que tendía las hermosas plumas de su sombrero. Con el sable al costado, la mirada de sus ojos grises perdida en un mundo donde nadie entraba, los rasgos petrificados de su rostro huesudo y atormentado: aquel hombre tan duro en apariencia, tan reticente a cualquier manifestación de sus sentimientos reales, aquel hombre lo quería e intentaba proporcionarle nada menos que la felicidad.

Era incluso el único, en la tierra, que se preocupaba por hacerlo feliz.

En aquel instante, el segundo sólo tuvo un deseo: ser quien interpusiera su cuerpo entre una bala y el almirante, pues, a pesar de sus largos silencios, su soledad

definitiva y el sentimiento de una muerte forzosamente próxima, el conde lo quería y era su único amigo.

El almirante, en aquel instante, sonrió y se volvió hacia el segundo, que descubrió unos hoyuelos divertidos y un brillo alegre en los ojos grises. Pero lo que dijo dejó petrificado al señor Des Ormeaux, tanto por aquella especie de penetración en el alma de los demás, parecida a la adivinación, como por su amabilidad:

—Contened vuestra generosa naturaleza y no penséis, sobre todo, en morir por mí, señor Des Ormeaux: ¡prefiero que mis escasos amigos estén vivos!

«Amigo».

El segundo tuvo la repentina conciencia de que esperaba desde siempre aquella palabra. Y lo conmovía infinitamente más que si el rey le hubiese confiado el mando en jefe de la Marina Real en todos los mares del mundo...

El duque D'Épernon se sintió decepcionado por la apariencia de aquél a quien le habían presentado como un íntimo del demonio. Se trataba de un hombrecillo gordo, de pelo gris y rostro siniestro, vestido como un burgués: sombrero de lana de vicuña, jubón de lana de Usseau, manto en rudo lienzo de España provisto de ribetes de seda, medias de estameña y calzas de terciopelo. Como una mujer, su cabellera estaba salpicada de olorosa algalia.

Al entrar en aquella casa de la calle Saint-Leu que amenazaba ruina, el duque D'Épernon sólo pensaba ya en salir cuando advirtió la hermosa piedra, de un deslustrado azul, puesta sobre una mesa.

El hombre, llamado Lepeyron, siguió la mirada del duque.

—Ésta es una magnífica piedra filosofal cuyo secreto comparto con algunos más, entre ellos el astrólogo y nigromante de la reina.

—¡Conozco a este hombre, no vale nada...! —respondió con sequedad D'Épernon, que tomó en sus manos la piedra azul.

La contempló largo rato, luego preguntó:

—¿Has conocido a Paracelso...?

—¡Sus enseñanzas, señoría...! —respondió el otro con prudencia.

—¿En qué consisten?

—Las medicaciones metálicas son buenas para el cuerpo.

—¿Sabes quién es un médico del rey que no se parece a ningún otro de su gremio...? —preguntó D'Épernon, que proseguía implacablemente su interrogatorio.

—Es un médico espagírico, señoría.

—¿Qué sabes tú de magos y brujos?

—En todas partes se tiembla ante ellos.

—¿Por qué?

—La razón es, señoría, que no se trata de una vana imaginación sino que éstos a quienes habéis nombrado se encuentran en buen entendimiento con el espíritu maligno.

—Se dice que tu madre fue bruja, y quemada. ¿Qué sucedió entonces?

—En los últimos instantes de su vida, cuando iba a fallecer, algunos sapos abandonaron su cabeza, algo que enojó mucho al pueblo.

—¿Fuiste sacerdote?

—Lo he sido, pues fui educado por ellos cuando mi madre fue quemada.

—¿Quieres al rey?

—Puedo quererlo u odiarlo, como a vos os plazca, pues quien sirve sólo tiene los gustos y los ascos de su dueño.

—¿Qué puedes hacer para apresurar la muerte del timno al que llaman Enrique IV?

—Puedo recitaros los Evangelios poniéndome cabeza abajo, con ésta en el suelo y

los pies en el aire. Y decir la misa al revés.

—¿Una misa negra?

—Así puede llamársela, señoría. Me mantendré cabeza abajo, al celebrarla, y utilizaré una hostia falsa, como un rábano negro.

—¿Qué más puedes hacer?

—Para el buen cumplimiento de vuestro deseo, puedo haceros comer picadillo de niño inocente y, como segundo plato, cuerpo de brujo desenterrado.

D'Épernon reflexionó. Luego, como solía suceder en su carácter, tomó rápidamente la decisión.

—Está bien. Vendrán a buscarte. Con los ojos vendados, serás conducido en carroza hasta un lugar que no debes intentar conocer pues te va en ello la vida.

Finalmente, señalando un medallón que el cura apóstata llevaba al cuello:

—¿Qué es eso?

—Una serpiente que se muerde la cola, símbolo de eternidad, señoría.

—¡La eternidad es mi terreno de caza favorito...! —respondió el duque.

D'Épernon salió poco después, tan satisfecho y seguro de sí mismo que ni siquiera lanzó una miserable mirada al cura que se hallaba en aquella calle Saint-Leu. Éste, de acuerdo con su apariencia, no debía de decir misa con una hermosa casulla de tafetán verde y roja, sino con un alba y una casulla muy pobre en oro.

Llevaba una vieja sotana de sarga.

Actuaba también, era en realidad jesuita, por cuenta del rey, y anotó cuidadosamente la dirección de la que acababa de salir el poderoso duque D'Épernon.

Aunque fuera muy poca cosa en la orden de los jesuitas, y supiera desde mucho tiempo atrás que su pobre vida no tendría gran importancia salvo por el hecho de estar dedicada a la gloria de Dios, contempló con cierta imprudencia al duque del jubón color de aurora, diamantes en el sombrero, elegante cuello, guantes adornados con encaje, altas botas de cabritilla con borde de púrpura... Pero tuvo poco tiempo para semejante observación, pues el duque montó en una lujosa carroza tirada por magníficos caballos.

Al jesuita lo extrañó sentir sólo un profundo desprecio.



Fue a reunirse con él en la toldilla.

En cubierta sólo estaban los marinos y oficiales indispensables para el servicio, pues los demás permanecían en el cálido vientre del galeón, lejos del gélido viento que soplaba aullando como un diablo furioso.

El conde se sintió muy conmovido cuando la baronesa desafió así el frío para no abandonarlo a una soledad que, en realidad, no le molestaba en absoluto, pues era su

compañera desde el día en que, por primera vez, había puesto los pies en la cubierta del navío.

Al conde de Nissac le pareció encantador que la hermosa naricilla de Isabelle de Guinzan se enrojeciera por efectos del frío, y le gustó también aquel gesto de niña que sopla en las yemas de sus dedos con la vana esperanza de caldearlos.

Consideró del todo adorable aquel manto con capuchón de satén rosa, adornado con bordados, que llevaba; adorable, ciertamente, pero no adecuado para semejantes temperaturas del norte de Europa. Así, sin tener en cuenta las protestas de la muchacha, la cubrió con su larga capa azul marino de oficial superior, y se la puso sobre los hombros. Por un fugaz instante, la mantuvo así, con las manos en los menudos hombros, y sintió tan fuerte deseo de estrecharla contra sí que, tras haber renunciado a semejante gesto, sintió un dolor físico como el del sablazo que, un día, le había atravesado el flanco rompiéndole tres costillas, o el de aquella otra vez cuando una bala había entrado en su hombro para salir por la base del cuello, o...

Dejó de pensar en sus numerosas heridas, contemplando el mar sobre el que caían los copos de nieve.

«Nunca... Nunca jamás se atreverá a intentar nada. ¿Pero por qué razón...? ¿Acaso no siente nada en absoluto, cosa que no puedo creer cuando leo su mirada, o lleva tan lejos el respeto que siente por las mujeres que considera que un gesto tierno sería percibido como un desprecio de la libertad de ésta para elegir, ella misma, lo que le complace?».

La baronesa sufría. De vez en cuando, llegaba a desear que el conde no la amase en absoluto y se lo dijera, pues ella no viviría en gran esperanza tan a menudo y cruelmente decepcionada.

En cubierta, indiferente al frío y a la nieve, el señor Yasatsuna, con el torso desnudo, se batía admirablemente, a puñetazos y puntapiés, contra numerosos pero invisibles adversarios.

La señora de Guinzan contempló al hombre al que amaba, viéndolo de perfil. Aquella visión trastornaba su corazón y asolaba su alma. Las grandes plumas ondeantes del hermoso sombrero del almirante, empujadas por el viento, caían un instante sobre sus ojos.

Sintió deseos de estrecharlo contra sí, pero deseó también sacudirlo con violencia para que abandonara por fin sus buenos modos. Y en aquellas tormentosas disposiciones, le dijo en un tono seco:

—Tiempo gélido, viento polar, tormenta de nieve, mar que acarrea bloques de hielo y vos, siempre de pie en la toldilla, fuerte como un roble, inquebrantable, cumpliendo fiel, notable, lealmente vuestro deber. ¿No os hartáis nunca de ser siempre un ejemplo?

Ella esperaba una mirada colérica o, por lo menos, sorprendida; él pareció divertido.

—El deber oculta cierto sutil placer, pues toda obligación es la oportunidad de

medirse con algo, mientras que no hacer nada, no intentar nada es, me parece, caer en un hastío que asquea de la vida.

Aquella respuesta enojó a la muchacha.

—Y así es desde que existen Nissac en la tierra, a cual más virtuoso y fiel, pues encuentran todo eso en su cuna.

—Las cosas no son en absoluto como decís, señora. El valor de los Nissac de los antiguos tiempos es, por el contrario, algo muy pesado desde la infancia. Ved: como en cada comida hay que poner la mesa, cada nuevo conde de Nissac debe demostrar que es digno de quienes lo han precedido.

Ella se mostró abiertamente irónica.

—El divino círculo de quienes cumplen su deber hasta la muerte, recibéndola con la sonrisa en los labios, como verdaderos soldados.

—Algunos Nissac murieron sin sonreír, agonizando durante horas y horas entre horribles sufrimientos, con una pierna arrancada por una bala de cañón o un sable atravesándoles el cuerpo. Nuestra ambición es la que habéis dicho, ser leal y no ser una carga para los demás. Y luego, como los ingleses dicen: «*No explain, no complain*»... Soy como mis antepasados: por miedo a hacer daño reflexiono mucho, lo que me procura a veces una corta ventaja.

La miró, tiernamente burlón, y la frase que dijo entonces conmovió a la hermosa baronesa:

—Más que explicároslas, que sería largo y aburrido, espero algún día poder hacerlos vivir esas cosas, señora.

Luego, cambiando bruscamente de tono como si temiera el peligro de un tierno desahogo, añadió:

—Debierais prepararos. Dentro de dos horas habremos llegado a nuestro destino. Pasaremos de inmediato al ataque.

—¿Tenéis noticias...? —preguntó con ansiedad el padre Cotton, confesor del rey, al que representaba en ese encuentro secreto convocado, por su iniciativa, sin la presencia de intermediarios.

—Ninguna que sea reciente. *El dragón verde* se hallaba por aquel entonces muy lejos en los mares del Norte, pues había dado un largo rodeo en dirección a Escocia para engañar a los españoles. Tras haberlo logrado, pasadas las islas Orcadas, tenía que dirigirse directamente a Bergen, en el reino de Noruega, virar por completo sobre su flanco derecho y correr hacia las islas Frisias de Occidente. Ése es el rumbo que eligió el almirante, sin dar explicaciones.

Tras haber hablado así, el padre Joseph, que actuaba por cuenta del obispo de Luçon, futuro duque de Richelieu, miró a su alrededor, en aquel lugar aislado del Louvre, para asegurarse de que nadie los espicara.

El padre Cotton respondió:

—Tengo la muy desagradable impresión de que al almirante de Nissac, por una vez, y la primera quizá, le cuesta llevar a cabo la tarea.

—Las condiciones de navegación son espantosas. Ved cómo es el frío de París y considerad lo que puede ocurrir en Europa del Norte. El navío se ve cargado por el hielo, que debe romperse en las velas y los cabos varias veces al día. La tarea, como vos decís, es inhumana. Pedimos a Nissac lo imposible, pues todos los barcos permanecen en los puertos, huyendo de los vientos polares y de las tormentas de nieve que se suceden.

—Eso hará deslumbrador el ataque: ningún espíritu humano, y los españoles al igual que los demás, puede prever semejante asalto en esas condiciones infernales.

—Por eso es tan temible el plan de Nissac.

El padre Cotton no se demoró en ese aspecto.

—El rey quiere noticias.

—En su último mensaje, llegado a trancas y barrancas, el conde de Nissac explicaba que el frío es tan vivo que sus palomas se hielan en pleno cielo y las propias gaviotas caen al mar como piedras.

—Pero, en ese caso, ¿no corre el riesgo de zozobrar el almirante, si su navío es tan pesado...? —preguntó el padre Cotton muy inquieto de pronto.

El padre Joseph, hastiado, respondió:

—Es lo que parece más seguro. Pero tranquilizaos, aunque no zozobre, a uno contra mil es poco probable que regrese.

—Siempre que siembre el pánico entre los españoles y que éstos no se sientan seguros en parte alguna...

Adivinando que había ido demasiado lejos en su desprecio por la vida humana, el padre Cotton añadió:

—Roguemos por el almirante y su valiente tripulación.

—¡Eso es...! Roguemos por *El dragón verde*. Veros rogar por un dragón, criatura infernal si nunca las hubo, resultará para mí una visión inolvidable... —respondió el padre Joseph con una voz que rechinaba.



Los alobados regresaban victoriosos aunque fuertemente lastimados.

Ni uno solo de ellos, en esta nueva expedición, se había librado de un balazo o una estocada.

El monje desfigurado cabalgaba a la cabeza, en su caballo pálido, y a continuación seguía la carreta cargada de botín, conducida por Verde y flanqueada, a uno y otro lado, por Rojo y Azul que, sufriendo atrocemente, se inclinaba sobre el cuello de su caballo, como si a cada instante estuviera a punto de perder los estribos y caer pesadamente en el helado suelo.

Viendo pasar aquella cargada carreta, tirada por seis poderosos caballos y que avanzaba entre un gran estruendo, pues Verde, de pie, fustigaba sin descanso a las infelices bestias, viendo también aquel monje que, con el capuchón echado hacia atrás a causa del viento de la carrera, mostraba un rostro atrocemente mutilado que hacía pensar en la muerte galopando, de pueblo en pueblo, en época de peste, viendo aquellas cabezas de lobo en cuerpos de hombres poderosos aunque todos heridos y uno de los cuales tenía todo el costado enrojecido por la sangre, los campesinos se persignaban o caían de rodillas, pues, para ellos, no cabía duda de que, en la secular lucha que le opone a Dios, el diablo acababa por la fuerza, por astucia o malicia, de prevalecer y que su formidable ejército compuesto por cadáveres, condenados y alobados era vomitado por las entrañas de la tierra, donde Satán había constituido pacientemente fuerza tal que nadie podría detenerla y de la que allí podían ver una vanguardia.

Por lo demás, en las aldeas, ya sólo se hablaba de cadáveres amontonados, mujeres violadas y muertas, niños vaciados de su sangre por la garganta, sacerdotes crucificados en las puertas de las iglesias y quemados vivos.

Se decía que en muchos cementerios, y muy pronto en todos ellos, durante las noches sin luna ni estrellas, las losas sepulcrales se deslizaban con siniestro ruido para dar paso a muertos sedientos de venganza. Se decía también que en el reino de España habían llovido sapos durante siete días y que en el cielo, ciertas noches, las estrellas giraban enloquecidas sobre sí mismas en una carrera de condenados que sólo el diablo victorioso podía inspirar, de ese modo, a todos aquellos astros muertos.

El ambrosiano, a la cabeza de su espantoso grupito, estaba absorto en sus pensamientos. Se preguntaba, así, hasta dónde podía aventurarse en este oficio extraño, violento y sacrílego, el único que le daba buena y profunda satisfacción en la

vida.

¿El oro, los fabulosos tesoros que amontonaba empuñando la espada...? Los que costeaban la conspiración que tan cuidadosamente él organizaba, proporcionaban fondos en abundancia y, aunque existiera una parte desconocida por todos en aquel asunto, y de cuya financiación sólo él se encargaba, todo aquello era sólo un pobre pretexto.

¿Entrenar a su tropa de alobados...? La cosa, cierto es, le gustaba. La reputación de su jauría de alobados, conocida hasta en el Louvre, le halagaba. Los gobernadores movilizaban tropas y multiplicaban las patrullas, pero todo aquello hacía mayor aún el placer de seguir golpeando, cada vez con más fuerza, cada vez más a menudo.

¡El placer...!

Aquella palabra, por sí sola, bastaba para resumir el sentido de sus acciones. Pero pensándolo bien, tal como había hecho desde hacía largos años, el monje sin rostro había adquirido la convicción de que el placer es lo único que vale la pena en la existencia y su precio es el más alto cuando es raro, extremo y sacrílego.

Como el de aquel día.

Un pueblo, una iglesia y un castillo. ¡Pero qué pueblo acomodado, qué rica iglesia y qué temible castillo...!

Por todas partes, incluso entre los mugrientos campesinos, habían encontrado una vivísima resistencia, de modo que, al final, resbalaban en los charcos de sangre. ¡Ah, qué duro combate...! ¡Matar, seguir matando, matar siempre...! ¡Qué sentimiento de poder tenías entonces, qué goce más fuerte que todos los abrazos carnales imaginables...! ¡Y qué diversión viendo aquellos monjes cortados en varios pedazos y colgando de los garfios en las carnicerías...!

—¡Tendremos que repetirlo...! —murmuró el ambrosiano sólo para sí.

Dentro de una semana, el tiempo necesario para curar la herida de Azul, pues las de los demás alobados tenían menos importancia.

Un plazo de lo más razonable que habría que respetar, pues el cansancio y la melancolía amenazaban con apoderarse de sus alobados, por la excesiva frecuencia de su trato con las matanzas.

El propio Rojo, el más sanguinario de todos ellos, el que le había desfigurado, parecía perder la afición a la sangre fresca.

Algo de paciencia sería prudente. Tiempo para almacenar nuevos tesoros en los subterráneos del castillo de las Quimeras y de cuidar las heridas antes de volver a empezar.

¿Y hasta cuándo volver a empezar...? El monje desfigurado no intentó en absoluto responder esta pregunta.

En el ocaso, las ruinas del castillo de las Quimeras parecían más desoladoras aún.

En una noche clara, avanzaban doblados bajo el viento polar que les penetraba hasta los huesos.



El dragón verde había avanzado mucho, demasiado tal vez, y llegó hasta el límite extremo de los hielos, el lugar donde el mar de Texel se convertía en una superficie helada. De inmediato, tres barcas habían transportado a muy corta distancia, del navío al hielo, los cuarenta hombres de la tropa de asalto, la flor y nata de los oficiales, soldados y marinos del galeón real.

Pesadamente cargados de armas y pólvora, marchaban hacia la aventura.

Algunos iban a morir. Todos se preguntaban si iban a ser ellos, pero nadie había querido ceder, sin embargo, su lugar, pues esa misión secreta en el mar de Texel era una novedad en la historia de las operaciones de guerra. Todos pensaban que una gloria eterna bañaría semejante acción y, por lo tanto, a ellos mismos, y por los siglos de los siglos.

Ilusiones de soldado que sirven sin pensar en las traiciones...

Nissac, en cambio, sospechaba, sin saberlo formalmente, que una misión secreta un día puede seguir siéndolo siempre, al menos por lo que se refiere al nombre de quienes la emprenden.

Además, el almirante no combatía por la gloria sino por sentido del deber, pues así era su rigidez moral contra la que nada podía. Un deber, no obstante, sobre el que se interrogaba viendo penar tanto a sus hombres y a sus amigos Fey des Etangs, Sousseyrac, Valenty, La Tomlaye y Yasatsuna.

Sin mencionar a la encantadora baronesa que iba a su lado, con la rubia melena pegada por el hielo, la mirada hosca y tierna a la vez. En las pestañas de los hermosos ojos verdes, algunos cristales de nieve helada brillaban a la luz de la luna.

El grupo de los cuarenta avanzaba, resbalando a veces sobre el hielo, marchando de a tres hacia un asunto de inaudita audacia que iba a marcar el tiempo antes de que unos hombres, mezquinos éstos, no silenciaran semejante acción al no atreverse a repetirla, pues la envidia, a fin de cuentas, exige menos calidad que el heroísmo.

Porque en el arte de los pintores y los escultores, la música, el teatro, la literatura, ocurre como en la guerra: el silencio mata más certeramente que el adversario.

¿Pero el destino de los hombres de valor no es, acaso, ser perseguidos por enanos casados con la mediocridad...? Nissac lo sabía, los valientes que sobrevivieran a esa gran aventura iban a descubrirlo con amargura.



Mientras el almirante conde de Nissac y los suyos corrían hacia su destino, en unas espantosas condiciones de viento, nieve y frío, París, sumido en una noche

glacial, dormía.

Algunos ahorcados se balanceaban en la horca de Montfaucon. En la plaza de la Grève, las primeras carretas comenzaban a descargar las mercancías llegadas a los puertos del Sena y destinadas a los mercados de grano, forraje y leña; a los grandes cobertizos de la parroquia Saint-Eustache, al nuevo mercado de la isla de la Cité, al mercado del cementerio Saint-Jean detrás del ayuntamiento, al mercado llamado «del valle de la miseria», a los de Maubert-Saint-Médard o Saint-Germain.

París dormía, levemente inquietado en su sueño por el ruido de ruedas enarcadas de hierro de las primeras carretas que traqueteaban sobre los adoquines de gres.

Algunas carrozas tardías con lacayos sosteniendo antorchas, devolvían a ricos libertinos a sus hermosas moradas mientras los locos que hablan solos vagabundeaban por la ciudad sombría, apenas iluminada, de vez en cuando, por alguna linterna humeante.

Se dormía, se sufría o se gemía de placer en las dieciséis mil ochocientas diecinueve casas, mansiones particulares, conventos, academias y hospitales de la ciudad, como en sus noventa y dos posadas y en los innumerables cuchitriles contruidos con cuatro tablas.

En los locales de la milicia se mantenía una muy ligera conversación. Estaban listos, en caso de súbito disturbio, para tender cadenas en las calles con ayuda de tornos, utilizando grandes mojonos blancos destinados a ese uso.

Dispuestos, también, a gritar: «¡A las armas!».

Muy pronto, en una madrugada gélida, el Louvre iba a surgir de las brumas del Sena con sus torres, su puente fijo, su puente levadizo, sus fosos en los que se estancaba un agua helada.

El rey, por su parte, acababa de despertar sobresaltado. Y, tal vez porque era rey, tuvo el presentimiento de que Nissac, iba a pasar a la acción para asegurar el gran renombre de su reinado.

Entonces sonrió y volvió a dormirse convocando mil imágenes de combates magníficos y gloriosos, pero, tal vez porque era rey, no pensó en las lágrimas, la sangre, las tripas humeantes y los cadáveres que se pudrían...

La noche estaba ya avanzada, pero la luz lunar y la espesa nevada que se reflejaban en la superficie del mar de Texel cubierto por los hielos creaba una imagen hermosa y extraña.

La luz no convenía al almirante conde de Nissac, que habría preferido con mucho una noche negra y unas profundas tinieblas.

Dio órdenes a los treinta y nueve que lo acompañaban de que se pegaran al hielo para que pudiera observar lo que iba a buscar, tras una agotadora marcha de una legua por el mar helado en la que se habían guiado constantemente por las estrellas.

¡Cinco...! ¡Acababa de contar cinco...!

Era el número que le habían indicado unos marinos de los Países Bajos, llamados «pordioseros de los mares», irreductibles enemigos de la católica España que tanto los perseguía, a veces ferozmente como, hacía poco, el duque de Alba.

¡Cinco...! Cinco magníficos galeones de la flota de guerra española que, sorprendidos por la llegada del invierno, se encontraban prisioneros de los hielos como moscas en una telaraña. Pues los valerosos capitanes de Felipe III ignoraban, sin duda, o acaso no querían creer, que el mar pudiera helarse como un malhadado charco de lluvia en las roderas de un mal camino.

Si el instante no era muy apropiado dada la luminosidad, la fecha parecía juiciosa. En efecto, la primavera ya muy cercana pronto liberaría los navíos españoles y, tras tan largo cautiverio, la tripulación, ojo avizor, se dejaba ganar por el sopor de una muy próxima liberación, de modo que la vigilancia se relajaba.

Nissac sabía que no podía diferir el asunto, pues, muy pronto, espías a sueldo de España no dejarían de indicar a sus amos la tan temida presencia de *El dragón verde* navegando por los alrededores.

Afortunadamente, los navíos enemigos estaban muy cerca unos de otros, lo que evitaba un gran despliegue y dispersión de las escasas tropas francesas por el mar helado.

El almirante había entrenado a cada uno de ellos para que lo comprendieran cuando se expresaba por gestos y así se hizo, pues, en aquel intenso frío, los asaltantes no podían permanecer mucho tiempo tendidos en el hielo.

Los franceses formaron cinco grupos de seis hombres, y debían atacar cada uno de ellos, por sorpresa, un bajel; por lo que se refiere al último grupo de diez, a las órdenes del almirante de Nissac, se mantenía como reserva por si las cosas iban mal en alguno de los galeones españoles.

Con el rostro indescifrable, el conde de Nissac miró a los cinco grupos que se ponían en marcha, los treinta hombres se dispersaron muy pronto, cada grupo hacia su presa, y apareció un primer instante penoso cuando fue preciso lanzar los garfios, que, sin embargo, habían envuelto astutamente en trapos para atenuar el ruido del metal contra la madera.

Los jefes de grupo, Sousseyrac, Fey des Étangs, Valenty, La Tomlaye y Yasatsuna fueron los primeros en trepar por los flancos de los navíos, con los equipamientos a la espalda, el sable entre los dientes, las pistolas en el cinto, los cuchillos de lanzar en la caña de sus botas, como había ordenado el conde de Nissac.

Sin duda, de haber estado más cerca, los del grupo de reserva habrían podido oír los ahogados gritos de los centinelas apuñalados, pero, en realidad, el relativo silencio era garante de la buena marcha del ataque.

El tiempo le pareció muy largo al almirante, la baronesa y los hombres que los acompañaban.

Luego, el grupo de Sousseyrac volvió a bajar de uno de los galeones, seguido por los de Yasatsuna y Fey des Étangs, separados sólo por unos brevísimos instantes. Poco después, el grupo de Valenty bajó a su vez con mucha prisa.

Y eso fue todo.

Sin aguardar más, el conde de Nissac avanzó seguido por los suyos.

Con el sable entre los dientes, iniciaba la escalada de los flancos del galeón, cuando resonaron unas exclamaciones y unas blasfemias en lengua española.

En cuanto puso el pie en la cubierta del bajel, Nissac advirtió la magnitud del desastre: Louis de Sèze, conde de La Tomlaye, yacía en cubierta con un sable atravesándole el pecho, y tres de sus hombres estaban ya muertos cuando los dos últimos, acorralados junto a la borda, intentaban vender cara su piel.

Nissac cargó solo, y con tanta violencia, que los españoles, que eran una quincena, retrocedieron estupefactos. Aquello facilitó la llegada del grupo de Nissac, en el que la baronesa de Guinzan, con los cabellos rubios al viento, cruzó de inmediato su acero, matando a un oficial que cometió el error de vacilar ante una mujer.

La situación empeoraba, pues, aunque los diez del grupo de Nissac hubieran puesto manos a la obra, otros españoles llegaban del interior del navío y su número parecía ilimitado.

Pero entonces, obedeciendo la orden confidencial del almirante, que había previsto semejante caso, los jefes de los demás grupos lanzaron a los hombres en su ayuda, arrojaron los garfios por distintos lados y tomaron a los españoles por la espalda, como si fueran una multitud.

Atacados por todas partes, incrédulos ante la actitud del barón de Sousseyrac, que sujetando a un español por los pies barría el espacio ante sí con el cuerpo de su víctima, asustados más aún por el señor Yasatsuna, que cortaba veinte cabezas por minuto segándolas justo por debajo del casco, los españoles, que habían perdido a los más valerosos de los suyos, creyeron más prudente retroceder hacia el interior del navío, atrincherándose allí.

Nissac se arrojó sobre uno de los supervivientes del grupo de La Tomlaye:

—¿Está en su lugar la pólvora?

—Sí, señor almirante.

Hubiera sido necesario actuar rápidamente, fueron más deprisa aún.

Los cadáveres de los hombres de *El dragón verde* fueron arrojados de lo alto del galeón, luego descendieron, saltando a veces al hielo desde gran altura.

Resultaba necesario arrastrar los cuerpos de los camaradas y alejarse con la mayor rapidez posible. En otros galeones, algunos españoles —muy poco numerosos por fortuna— despiertos ya, comenzaban a disparar con sus mosquetes y mataron a otros dos hombres de *El dragón verde*.

Sin embargo, el plan audaz y muy preciso, hasta en sus mínimos detalles, del conde de Nissac funcionó con perfecta disciplina. En efecto, veinte hombres de *El dragón verde*, preparados para semejante acción, formaron una línea de arcabuceros e iniciaron un tiro que, más certero que el de los mosquetes de los españoles, los impresionó tanto que aliviaron la presión sobre los supervivientes del ataque.

Era necesario salvar aún una corta distancia para ponerse al abrigo y una segunda salva de los arcabuces de los franceses intimidó definitivamente a los españoles.

Los treinta y tres supervivientes de *El dragón verde* tenían varios heridos. Los hombres ilesos llevaban sobre sus hombros los cadáveres de siete de los suyos y estaban alejándose más cuando...

La explosión, primero, los petrificó a todos y les hizo, luego, volver las cabezas. Uno de los galeones acababa de estallar, literalmente, y de convertirse en leña. El segundo quedó con la proa arrancada, separada por completo del resto del navío y, cuando chocó contra los hielos, los quebró.

Las explosiones lanzaban hacia el este magníficos fulgores anaranjados que, resplandecientes, se reflejaban muy lejos en los hielos.

La tercera explosión destrozó un navío de través, partiéndolo en dos, y la señora de Guinzan, que se estremecía a cada sacudida, sintió dos fuertes manos posándose sobre sus hombros. Se volvió y vio al almirante frente a ella. Cerró por unos instantes los ojos, con los párpados acariciados por las estremecidas y dulces plumas blancas, azules y verdes del sombrero del hombre al que amaba.

El cuarto galeón estalló a su vez, por la mitad, y una decena de españoles saltaron de él, pero muchos de aquellos valerosos marinos fueron devorados por el mar, pues los hielos se habían quebrado por la violencia de las explosiones y volvían a formarse de inmediato sobre los infelices.

Finalmente, estalló el quinto galeón en una serie de detonaciones que arrasaron su cubierta y destrozaron sus mástiles.

Pero del millar de hombres valerosos que habían sido las tripulaciones de aquella orgullosa Flota del Norte, trescientos por lo menos habían sobrevivido y, por orden de sus oficiales, con aquella disciplina, dureza ante la adversidad y bravura que es la marca de un gran pueblo, se organizaban ya para iniciar la persecución...

Los españoles ganaban terreno.

Tenían a su favor aquellos meses con los barcos inmovilizados en los hielos, que les habían acostumbrado a caminar sobre éstos con cierta seguridad.

Unos treinta, habiéndose calzados con patines como hace la población de los Países Bajos, deslizándose sobre lagos y canales helados, se habían acercado incluso, peligrosamente, a los rezagados, pero el almirante de Nissac, variando in extremis la línea de arcabuceros, les había impedido aproximarse demasiado con una descarga que derribó a varios españoles.

Los franceses, que carecían por completo de experiencia en el hielo, perdían mucho tiempo intentando, a menudo en vano, no caer. Y además, debían cargar con los cadáveres de siete de los suyos, llevar dos heridos graves que no podían ya andar y aguardar a los heridos más leves que, sin embargo, se demoraban.

Al verlo, Nissac ordenó que abandonaran todo el material que no pudiera servir para la defensa. Hicieron pues con ello un montón, para que no cayera en manos de los españoles, agregaron los escasos toneletes de pólvora que no habían servido y, luego, provocaron la explosión.

No obstante, cuando llegaron al agujero que así se había formado en el hielo y por el que se divisaba el mar, los españoles no se entretuvieron, y comprendieron enseguida la acción de Nissac, pues en semejante situación habrían actuado como los franceses.

Las tropas de Felipe III, formadas en tres columnas de cien hombres cada una, eran conducidas, además de por sus oficiales, por el almirante comandante de la Flota del Norte, que no había resultado herido ni muerto.

Y éste, aprovechando su rango, montaba en un caballo blanco, pues había tenido tiempo, con sus palafreneros, de entrenar al animal durante el invierno, de modo que no le asustaba trotar así sobre el hielo, que le era ya familiar.

El hombre tenía un buen porte, con el largo penacho blanco de su casco al viento, la espada empuñada, montando un caballo que caracoleaba a la espera de que le dieran mayor rapidez. Habiendo considerado la escasa distancia que los separaba, ahora, de los franceses en plena retirada, que él pensaba transformar en desbandada, cambió sus disposiciones, haciendo que sus hombres se desplegaran en dos prietas líneas que avanzaban de frente. Dio el alto y las dos líneas de ciento cincuenta soldados cada una se detuvieron, mientras se desplegaban banderas y estandartes.

Cuando éstos chasquearon al viento, los soldados se pusieron en marcha, no sin majestad, al son de los tambores.

La nieve caía de nuevo.

El almirante de Nissac, que se volvía cada vez con mayor frecuencia, advirtió que no tendría tiempo de llegar a las barcas.

Sabía que en esa situación extrema pronto sólo podría dar una orden: formar el

cuadro.

Pero no se hacía ilusión alguna, pues ese cuadro, por muy erizado que estuviera de arcabuces, pistolas y flechas del señor Yasatsuna, se vería desbordado por las alas, atacado por todos lados y, finalmente, se derrumbaría antes del último cuerpo a cuerpo con arma blanca...



En la toldilla de *El dragón verde*, cuyo mando asumía durante la ausencia del almirante de Nissac, Charles Paray des Ormeaux se preocupaba mucho.

Había acogido con júbilo, como la tripulación, que lanzó un gran clamor, el ruido lejano y ensordecido de las explosiones. Había visto también los cinco resplandores de un amarillo anaranjado que habían iluminado, sucesivamente, aquel paisaje de hielo, pero luego, el tiempo transcurrido empezó a parecerle muy largo.

Además, su muy deficiente visión le dificultaba distinguir algo.

De modo que dio un respingo cuando el teniente D'Orville gritó con gran emoción:

—¡Ya vienen...!

Paray des Ormeaux entornó los párpados pero sólo vio hielo hasta el infinito y el lejano resplandor de los galeones ardiendo. Sin embargo, se vio en la obligación responder:

—En efecto, y están muy cerca.

El teniente D'Orville le lanzó una mirada de incompreensión.

—¿Cerca...? No, demasiado lejos aún. Y los españoles les pisan los talones. Creo que están perdidos.

Si el segundo de *El dragón verde* estaba, lamentablemente, medio ciego, su ingenio, en cambio, no se había alterado en absoluto, de modo que pensó: «Muy a menudo estamos perdidos cuando lo decidimos así. Veamos, si estuviera en mi lugar, ¿qué habría hecho el señor almirante?».



Llevando a hombros el cadáver de Louis de Sèze, último conde de La Tomlaye, el almirante de Nissac cerraba la marcha. Pues así es el destino de quienes dirigen a los demás con el honor y el valor de ser siempre los primeros en el ataque y los últimos en la retaguardia.

Los españoles, con numerosas antorchas, estaban ya muy cerca y Nissac contemplaba su muerte con una gran perplejidad. Nunca la había imaginado así.

La nieve había dejado de caer y el almirante miró aquel paisaje barrido por un viento polar. Añoraba los mares del Levante. Pensó en aquellos paisajes al este de Toulon, los pequeños puertos pesqueros adormilados bajo el sol, las calas rodeadas de pinos que llegaban hasta el mar, las encinas de los montes y los plátanos en las plazas de la aldea, las casas de tejas rojas y redondas, violentos aromas de tomillo, romero y eucalipto, alegres colores de los claveles y la mimosa, la lacerante estridencia de las cigarras, el mar que abrazaba el cielo hasta el infinito en una eterna unión azul...

Sonador y sonriente, aquel buen jugador ante la muerte dijo adiós a todo aquello, murmurando:

—Ese azul... Todo ese azul... ¡Con cuánta pasión me ha gustado el azul...!

Luego se puso rígido, al ver que la baronesa Isabelle de Guinzan lo aguardaba desobedeciendo sus órdenes, pues le había dicho que caminara a la cabeza de la pequeña columna que se retiraba.

Pero su cólera cedió enseguida, y por tres razones. La primera era que sin duda ambos iban a morir, ¿por qué entonces adoptar un vozarrón falsamente colérico...?

La segunda era que la encontraba muy hermosa y conmovedora, con los cabellos rubios al viento, el aire decidido, tres arcabuces en sus frágiles hombros, pistolas y un sable al cinto, llevando las armas de aquéllos, marinos y soldados de *El dragón verde*, que a su vez iban cargados con los cadáveres de sus camaradas.

La tercera, y muy evidente, era que la amaba. La amaba mucho más que a su propia vida.

La miró sonriendo y, luego, volviéndose por un breve instante, vio a los trescientos españoles que se disponían a cargar.

Así, puesto que el final estaba tan cerca, se decidió a confesarle que la amaba con locura:

—Señora...

Se detuvo al oír el clamor de los españoles que cargaban a la carrera, decididos a recorrer las cincuenta toesas que los separaban de la pequeña formación francesa.

Sin mostrarse turbada por tan cercana muerte, Isabelle respondió:

—¿Señor...?

Él quedó pasmado por semejante calma y tan inflexible determinación. Ella aguardaba sus palabras, lo sabía, y no quería en absoluto privarla de ese placer.

—Señora, puesto que no queda ya esperanza, me decido por fin a confesaros que os...

Se interrumpió.

Resonó una formidable salva de artillería procedente del costado de babor de *El dragón verde*. Todas las piezas escupieron juntas y los fogonazos revelaron e iluminaron, por un instante, la alta silueta sombría del poderoso bajel de guerra. Encendieron también la noche y las barcas, y las vieron más cerca de lo que imaginaban. Los marinos y soldados franceses, juntos, miraron hacia los españoles y, también esta vez, el almirante de Nissac pudo felicitarse de haber entrenado así a sus

valientes artilleros, de los que se decía que eran los mejores del mundo.

Pues algo hermoso y trágico sucedía cerca de los franceses, debido al preciso tiro de la artillería de *El dragón verde*. En efecto, la segunda y, luego, la tercera salva lo confirmaban, los artilleros no apuntaban a los españoles sino a la capa de hielo que estaba justo ante ellos. Y ésta se resquebrajaba lentamente...



Un viejo mosquetero español, adivinando lo que iba a suceder, preparó el tiro de su mosquete apuntando al hombre del hermoso sombrero de plumas que parecía el jefe de los franceses. Vaciló.

Tirador de élite que no había nunca fallado su blanco desde hacía más de diez años, sabía que su disparo sería de gran precisión y que iba a matar a su hombre.

Pero algo lo turbaba infinitamente en el jefe francés, algo que no se veía en absoluto pero que existió, decían, en el ya pasado mundo de la antigua caballería. Y aquel algo era que, solo en este caso, el francés no había abandonado al enemigo el cuerpo de sus soldados.

El mosquetero se sintió confuso, y se enfrentó a un muy cruel dilema: disparar y cumplir hasta el final con su deber, impidiendo que escapara a la muerte el oficial que mandaba a los franceses, o no disparar para rendir homenaje a un hombre que había actuado con tanta nobleza.

En el momento postrero de su existencia, el viejo soldado tomó finalmente la decisión de que, en la vida, no había en último término amigos ni enemigos, ni gente de vuestro partido ni adversarios, ni franceses ni españoles. La verdad era más simple y más seria: hay hombres, vengan de donde vengan, que comparten tu concepción del mundo, y éstos son tus hermanos.

Y luego están todos los demás...

Cambió la línea de tiro de su mosquete y, como última burla, apuntó a la Estrella Polar.



A la quinta y furiosa salva de las baterías de la artillería de *El dragón verde*, se alcanzó el objetivo buscado. La gruesa capa de hielo se hendió de pronto a la velocidad de un caballo al galope. La profunda grieta dibujó una línea caprichosa primero y, luego, siguiendo los impactos de las balas, circular. Muy pronto, la enorme placa de hielo se inclinó hacia delante, como un navío que se hundiera, de modo que en pocos instantes todo fue arrojado al agitado, oscuro y helado mar de Texel: los

soldados españoles en impecable formación, los oficiales de cascos adornados con penachos, el almirante y su soberbio caballo blanco, estandartes, banderas, pabellones, tambores... Todo cayó.

Luego, en el banco de hielo de pronto desierto y con un siniestro ruido, las dos placas de hielo chocaron antes de reunirse como se habían escindido, cerrándose sobre un ejército fantasma...

La superficie del hielo estaba vacía, con el gran vacío de la muerte.

Los cañones habían callado. Reinaba en el lugar un silencio de luto con la única excepción del viento, que aullaba como recordando a los supervivientes el salvajismo de la guerra.

El conde de Nissac, ante la tripulación reunida, felicitó al segundo por su iniciativa que calificó de «inspirada», «notable» y «de gran inteligencia».

El segundo, en el colmo de la felicidad, se preocupó sin embargo ante tan numerosos gozos en tan poco tiempo...

Luego, de acuerdo con el ceremonial que existía a bordo de *El dragón verde*, se sumergieron los cuerpos de los ocho muertos (un herido había sucumbido, dos más morirían en los siguientes días). Con diez muertos en total, Nissac había perdido la cuarta parte del efectivo que atacó la Flota del Norte, y el balance le pareció muy gravoso.

Sintió una gran tristeza al ver desaparecer en el agitado mar el cuerpo de Louis de Sèze, conde de La Tomlaye, pero, sin buscar un consuelo cobarde, pensó que semejante muerte, con un sable español atravesándole el cuerpo en la cubierta de un navío enemigo, era preferible a morir encadenado a un banco de galera bajo los latigazos del cómitre.

Habían lastrado los cadáveres, para que no fueran llevados hacia las Frisias Orientales o la bahía de Helgoland, luego el almirante había dado órdenes de poner rumbo al sur. Se sentía agotado, menos por la larga marcha de ida y vuelta sobre el hielo o por los furiosos combates a sable que por el miedo que sintió a perder a todos sus hombres y a la mujer que amaba.

Así, pensando que se sumiría con rapidez en un profundo sueño, vio llegar con una mezcolanza de sentimientos al señor Yasatsuna, que adoptaba aires de conspirador.

El almirante intentó sonreír al hijo del país del Sol Naciente, pero sus ojos grises eran muy elocuentes, para quien supiera descifrar aquella mirada, y decían que esperaba no oír hablar del encanto de los lotos húmedos de rocío bajo los primeros rayos del sol primaveral o de la «vía del arco», ni tampoco del succulento saborcillo del pescado crudo, levemente podrido para el gusto de los verdaderos expertos.

Pero el señor Yasatsuna, que a fin de cuentas tal vez fuera también sensible a la fatiga, fue derecho al grano:

—Sois muy afortunado, almirante: dama Isabelle, la hermosa flor del cerezo, desea veros.

Nissac se sorprendió.

—¿Cómo, aquí, ahora?

—Ahora, y en su cabina que antaño fue la vuestra y podría serlo de nuevo con mucha audacia. ¡Sois afortunado, almirante!

—Bueno... ¿Os ha indicado el motivo de tan súbita prisa?

El hijo del país del Sol Naciente miró al conde de Nissac con aire desolado, tan poco comprendía que pudiera uno demorarse al recibir tan turbadora orden. Prosiguió, con aquel tono entrecortado que le caracterizaba y que parecía indicar un

gran furor incluso cuando susurraba amablemente:

—El señor Chikamatsu Yasatsuna no es afortunado hasta el punto de ser íntimo de la florecilla del jazmín, almirante.

—Pues bien, sea, allá voy.

Pero no había dado tres pasos, cuando el señor Yasatsuna le recordó:

—¡Sois muy afortunado, almirante!

—¡Ya veremos, señor Yasatsuna, ya veremos...! —respondió el conde de Nissac, atenazado por una gran angustia.



Apenas había cerrado la puerta cuando ella lo abrazó y lo besó, con gran dulzura primero, con ardor luego. Él se quitó el sombrero de plumas y la estrechó contra sí con tanta fuerza que ella pudo evaluar la soledad y, tal vez, la desesperación de aquel hombre que, sin embargo, les parecía a todos una fuerza sin desfallecimiento.

Se besaron así largo rato, alternando los besos tiernos y los violentos, las caricias que rozaban y las de mayor pasión.

Hablaron poco. Y fue la señora de Guinzan quien tomó esa iniciativa:

—Hacía tanto tiempo que aguardaba... No creía ya mucho en el amor y, sin embargo, en cuanto te vi, supe que eras tú, que a ti te amaría durante toda mi vida, que a ti te esperaba desde que llegué al mundo.

El tuteo lo conmovió profundamente pero no osó emplearlo de momento.

—Por temor, difería yo revelaros mi amor y deciros qué inmenso es y de qué lejanías llega, de una infancia que añoro desde hace ya mucho tiempo y que vos me devolvéis a bocanadas olorosas y dulces.

Ella lo estrechó con más fuerza aún.

—¡Si pudieras amarme siempre como yo te amo!

—Y también vos, pues, si os perdiera, ningún mar en el mundo estaría lo bastante lejos como para ocultar mi pena.

Ella despojó del jubón y de la camisa al hombre que tenía enfrente. Y el conde se dejó desnudar con aquellos gestos suaves y tiernos, pues tuvo la sensación de que, dejándolo desnudo, ella tomaba dulcemente posesión de él.

Muy pronto, quiso hacer lo mismo con la baronesa, pero ésta le dirigió una sonrisa y lo empujó hacia la cama.

Así tendido, contempló él cómo se desnudaba con gran lentitud, sospechando, aunque sin soñar en quejarse, que actuaba así por malicia pues él se sentía en pleno suplicio.

Se quitó ella el hermoso vestido encarnado y aurora, sembrado de flores de plata bordadas, un vestido que se había puesto, sin embargo, poco antes; luego, otras

prendas fueron así retiradas, con la misma lentitud, y el conde de Nissac pensó que aquella manera de actuar merecía un nombre especial, pues hacía pensar en el modo en que se retira el mar, revelando uno a uno sus secretos abandonados en las playas.

Al ver el deseo en los ojos del conde, mantuvo ella sus medias de seda negra sostenidas por unos ligueros rojos con hebillas de plata y, bordado en las jarreteras, el conde pudo leer: Feliz quien las aparte.

Sintió entonces una gran necesidad de la baronesa, pero una parte de su espíritu se conmovió viendo que ella había preparado semejante trampa, sin duda en París, donde desapareció unos momentos la última vez que estuvieron allí.

La imaginó comprando aquellos ligueros cuya existencia —¡Dios sabe cómo, secreto de mujer!— ella conocía y fue grande su conmoción imaginando a su hermosa baronesa, sostenida por la esperanza de conquistarlo, especulando así con el porvenir, bosquejando planes e hipótesis, y viviendo ya su sueño, con el corazón palpitando al imaginar el efecto que, tal vez, produciría en él. Ella se le reunió, temblando levemente, y él no supo si era por el frío o por la emoción, a menos que fuera por ambas cosas.

La abrazó, acariciando los cabellos rubios de la joven tendida sobre él, y echó un vistazo con rapidez a la cabina.

El viento polar conseguía introducirse por las ligerísimas grietas de las bordas donde, por efectos del hielo, faltaba la estopa del cáñamo. Ciertamente, siendo la primera vez que ella se le entregaba, pensó que existían sin duda, en el mundo, lugares más confortables y más lujosos, pero, en su atormentada alma, algo se sentía tranquilizado de que fuera en su cabina de *El dragón verde*, donde tantas veces había estado solo.

Por la ventana con emplomados cristales de un azul pálido, vio la luna llena apenas velada por los copos de nieve que caían, espesos, y que no podían distinguirse de las estrellas que brillaban aquella noche. La llama de la vela danzaba como una pequeña alma caprichosa que hacía esperar el paraíso. El navío oscilaba dulcemente en las olas, marcando apenas los valles. El enloquecido viento hacía crujir la arboladura e intentaba introducirse, a toda costa, en las cubiertas, como si también él tuviera frío en aquella noche gélida y buscara refugio en el vientre del barco donde vivían doscientos hombres. Lejos, muy lejos, tal vez en el almacén del maestro velero, un marino cantaba una nostálgica melodía del país de Bretaña. Todo era hermoso, excepcional y, finalmente, daba la imagen de su amor.

Luego, una voz muy dulce pero algo apagada murmuró:

—¡Te amo...! ¡Te amo tanto...!



Dándose la mano, salieron a cubierta hacia la medianoche y el almirante de Nissac tuvo una gran sorpresa al ver a toda la tripulación impecablemente alineada en cuadros flanqueados por oficiales con uniforme de gala.

Luego, un inmenso clamor que brotaba de casi doscientos pechos saludó el final de la legendaria soledad del almirante conde de Nissac, que, por primera vez, aparecía acompañado por una mujer, precisamente aquélla que, empuñando la espada —¡pero con el tobillo muy fino!— había hecho zozobrar el corazón de todos aquellos hombres rudos...

Sombreros y casacas fueron lanzados al aire o izados en la punta de los sables.

Nissac, siempre reticente, en su naturaleza, a manifestaciones ostentosas y efusiones, besó la mano de la radiante baronesa y, luego, con voz grave y conmovida, anunció:

—Señores, la baronesa Isabelle de Guinzan y yo quisiéramos casarnos enseguida. Por una vez, os encargo que encontréis, solos, la solución para este problema.



El dragón verde llegó al puerto de Dieppe a mediodía.

Las autoridades locales se sintieron entonces turbadas, pues todos sabían cuál era ese legendario navío, y que el conde de Nissac, almirante de los mares del Levante, lo mandaba.

Pero se sentían muy asombradas al ver aquel magnífico bajel de los mares del Sur tan lejos, en un puerto del Norte, de modo que los oficiales inclinaron la cabeza con aire entendido cuando el barón de Valenty, que acompañaba al barón Fey des Étangs, observó:

—Tal vez os digan, señores, que *El dragón verde* ha atracado en este puerto... Quienes digan semejante cosa son unos mentirosos: este navío no es en absoluto *El dragón verde*, pues éste fue avistado saliendo del mar Tirreno para entrar en el de Liguria.

—¡Es muy cierto...! —observó un viejo capitán de Dieppe con el ingenio rápido, y añadió—: Creo que sufrió una leve avería haciendo maniobras con la flota de guerra del Gran Turco.

—Ah —observó otro—, por mi parte, confirmo lo que estáis diciendo: lo vieron en el mar de Mármara, en las aguas del Bósforo.

Muy satisfecho ante tanta mala fe al servicio de una buena causa, Fey des Étangs respondió:

—Señores, un rey que no es el Gran Turco no dejará de apreciar la inteligencia, la fidelidad y la diplomacia de los oficiales de Dieppe.



A cierta distancia, y sin diplomacia, en cambio, Yasatsuna descabalgaba para romper la pierna a un joven y arrogante señor acompañado por otros diez que se habían permitido algunas chanzas sobre la tez «yema de huevo» del hijo del país del Sol Naciente (que detestaba los huevos, salvo los de los peces).

Puesto que Yasatsuna estaba sólo acompañado por Sousseyrac, los jóvenes nobles, que eran más de una docena, se mostraron muy seguros al desenvainar la espada.

El barón de Sousseyrac hizo entonces un ademán apaciguador.

—Sea, señores, pero mirad primero.

Con rápido gesto, el señor Yasatsuna tensó su arco y acertó a una gaviota muy arriba en el cielo y, cuando estaba cayendo, la alcanzó de nuevo... y así seis veces seguidas, cortando de través, cada nueva flecha, la saeta precedente.

Luego, con un gesto tan rápido que apenas se vio, el señor Yasatsuna desenvainó su sable.

Se oyó el rumor del aire hendido por el metal y uno de los jóvenes vio cómo su vestido se reducía a unos tristes jirones, sin que se hubiera derramado la menor gota de sangre.

Sousseyrac propuso entonces, en tono irónico:

—¿De veras lo deseáis, señores?

Uno de ellos, de espíritu más rápido que los demás, respondió:

—No nos perdonaríamos haber provocado a un señor extranjero de tan singular estilo.

—¿Podéis decirme dónde encontrar a un sacerdote...? —preguntó entonces Sousseyrac.

—¿Es acaso para que nos administre los últimos sacramentos?

—En absoluto, señor, es para un asunto privado.

Un cuarto de hora más tarde, tras haber montado a la grupa de la montura de Sousseyrac, un cura casaba en la cubierta de *El dragón verde* a la baronesa Isabelle de Guinzan y a Thomas de Pomonne, conde de Nissac, almirante de los mares del Levante.

Luego, dejando extraños recuerdos en la bonita y graciosa ciudad de Dieppe, donde se preguntaron si no habrían soñado, *El dragón verde* se hizo a la mar.

La escala no había durado más de una hora.

Habían transcurrido varios días desde el ataque del conde de Nissac y parte de su tropa contra los galeones españoles de la Flota del Norte inmovilizados por los hielos en el mar de Texel.

Era posible, sin caer en el ridículo, atisbar la llegada de la primavera, pues el aire se entibiaba ya.

También era posible pensar que se encaminaban hacia la guerra, pues nadie en Europa ignoraba que el viejo antagonismo entre Francia y España pronto iba a encontrar una solución violenta, y sin duda definitiva, pues el vencido entraría, por la fuerza de las cosas, en un largo proceso de decadencia.

Ésas no eran, en apariencia al menos, las preocupaciones de la Corte de Francia, que, conducida por Enrique IV, iba a cazar a Blois en largas filas de carrozas, carros y jinetes.

Los campesinos, maravillados o, más raramente, escandalizados, según la conciencia que tuvieran de la justicia y la igualdad en este mundo, veían pasar a apuestos señores con vestidos de oro y pedrería, lacayos de todos los colores del arco iris, bufones y enanos a los que se añadían varios monstruos, traíllas de perros de caza, aves de presa, embajadores y sus sirvientes, mujeres enmascaradas a veces, togados con su escritorio, mujeres de nuevo aunque, esta vez, con el talle ceñido y muy estrecho, cubiertas de joyas como diosas antiguas, a caballo y cuidando de mostrar, con impudor, sus espléndidas piernas hasta los muslos, enfundados en seda.

En las ciudades y los pueblos, lacayos de grandes pretensiones y provocadoras maneras sembraban el desorden, pues no ignoraban que tocarlos significaba levantar la mano contra el blasón que su librea representaba.

Enrique IV iba a caballo, feliz de que el frío hubiera cesado de pronto aunque, muy a menudo, lo sustituyera la lluvia.

Por el rabillo del ojo observó que el embajador de España, don Íñigo de Cárdenas, espoleaba su caballo, intentando alcanzarlo, y lo divirtió porque hacía ya mucho tiempo que aguardaba aquel instante.

El embajador saludó al rey de Francia con un signo exterior de profundo respeto y buscaba la manera de abordar el tema que le interesaba, cuando Enrique IV se adelantó, aunque no, sin embargo, como esperaba el embajador de Felipe III:

—Ah, caramba, señor embajador, ¿vais a explicarme algo que intriga a toda Europa?

—¿En qué estáis pensando, sire?

—¿Por qué razón habéis transformado, súbitamente, vuestra magnífica Flota del Norte en madera para fabricar cerillas?

—¿Ignora vuestra majestad que mil valerosos marinos murieron en este trágico asunto?

—A manos de unos cuarenta hombres... y de una mujer..., según me han dicho,

que no temieron lanzarse a semejante aventura aunque pareciera desesperada.

El embajador se ruborizó, pues le era imposible desenvainar la espada. Replicó, sin embargo, con indudable sequedad:

—Cuarenta, tal vez, aunque apoyados por el más temible bajel que existe en el mundo.

—Ah, ésa es otra. ¿Pero acaso vosotros no teníais cinco bajeles?

—Atrapados por los hielos, sire.

—Fue una gran torpeza por parte de vuestros capitanes.

El embajador, pensativo, inclinó la cabeza y, luego:

—Sire, sólo un navío es capaz del devastador fuego del que han hablado la decena de supervivientes entre nuestros mil marinos. Y sólo un hombre en el mundo es capaz de imaginar, realizar y llevar a cabo tan audaz empresa.

—Sea quien sea, es muy meritorio..., considerando estos acontecimientos desde el punto de vista militar e intentando olvidar que fuisteis víctimas de ello.

—Sire, le creemos almirante.

Enrique IV enarcó las cejas.

—Ni lo imaginéis, pues, esta vez, seríais el hazmerreír de Europa. ¿Pero cómo, un almirante con un puñado de hombres habría destruido vuestra orgullosa Flota del Norte... atacándoos por tierra? Por tierra, señor embajador, ¡imaginadlo!

El embajador de España no se dejó desconcertar.

—Que vuestra majestad no me malinterprete, pero me satisfaría mucho hacerle una pregunta que, claro está, no es en absoluto oficial.

Enrique IV sonrió acariciándose la barba.

—¡Hacedla, amigo, hacedla...!

—Nos gustaría mucho saber dónde se encuentra exactamente uno de vuestros navíos, llamado *El dragón verde* y que está al mando de Thomas de Pomonne, conde de Nissac y vuestro almirante en los mares del Levante.

—¿No esta en su lugar, en los mares del Levante?

—Todos los informes indican que no está ya allí, sire.

—Si vuestros informes son tan fiables como vuestra marina de guerra...

—Creo que el almirante de Nissac es conocido por su audacia.

—Nissac... Me parece, en efecto, que conozco a ese almirante de Nissac.

Conteniendo su enojo, el embajador lanzó:

—Su majestad lo conoce por fuerza, pues es el mejor de sus marinos.

El rey fingió no haberlo ni siquiera oído; luego, repentinamente, su rostro se iluminó.

—¡Nissac...! Acaba de casarse, en Dieppe, por esta razón no está ya en los mares del Levante.

El embajador, evidentemente, no creyó ni una palabra, imaginando que el rey le mentía. Sin embargo, en aquella mentira le intrigaba la precisión sobre Dieppe:

—Dieppe está muy lejos, en efecto, de los mares del Levante, sire.

El rey lo miró con fingido desaliento.

—Ignoro lo que ocurre en España, curioso país que cuida tan poco sus hermosos navíos que sirven, ardiendo, para fundir los hielos, pero en el reino de los lises, para casarse es preciso ser dos. Supongo, pues, que la joven, una baronesa de encantadora sonrisa y hermoso culito, según me han dicho, tiene familia en Dieppe. Pero vos mismo podréis comprobarlo, puesto que mantenéis en mi reino un potente ejército de espías que van y vienen con los oídos y las bolsas abiertos de par en par.

Enrique IV, por su policía, no ignoraba que el conde de Nissac había dado a la gente de Dieppe consignas de discreción. Pero el oro español, corriendo en abundancia para conseguirlo, lograría desatar las lenguas y todo el asunto parecería tanto más cierto cuanto los susodichos espías advertirían la discreción exigida y observada por el almirante de Nissac, que iba contra la idea de un golpe preparado, pues, en tal caso, por el contrario, Nissac no hubiera dejado de dar a conocer ampliamente el acontecimiento.

El rey, para sí, se preguntó si Nissac habría llevado su arteria hasta organizar una boda de complacencia o si el azar lograba que, incluso cuando se entregaba al amor, el almirante sirviera la causa del reino.

Don Íñigo de Cárdenas, por lo que le concernía, se hallaba en la mayor turbación. Por mucho que considerara al de Bearn, a quien odiaba, como el rey más mentiroso de toda la cristiandad, el monarca mantenía en este asunto el aire tranquilo y un tono calmo que no parecían falsos, ni hipócritas, ni tampoco vacilaba en citar lugares y detalles sobre ese demonio de Nissac.

Ciertamente, haría que lo verificaran todo, y mejor mil veces que una, pero, entretanto, lo incomodaba tener que escribir el informe que El Escorial exigía.

Creyó pues más político concluir aquella conversación con una amenaza apenas velada:

—Un último punto, sire. Madrid me informa, y estoy desolado por ello, que el paso por Gibraltar es muy delicado en estos últimos tiempos. Pues nuestros oficiales y marinos han perdido hermanos o amigos en la destrucción de la Flota del Norte...

Enrique IV se encabritó de inmediato ante la amenaza, y respondió en un tono cortante:

—Cárdenas, aconsejad a vuestros capitanes que sumerjan su culo en agua fría, es buen remedio para hombres con el carácter de las damiselas.

Sonrió y añadió:

—Una vez tengan el culo en el lebrillo, que tengan cuidado del bajel fantasma.

Y con un movimiento de brida, dejó allí al embajador, hirviendo de rabia.

Enrique IV se sentía de excelente humor, contemplando a las damas con insolencia y preguntándose: «¿Cuál voy a elegir esta noche?».

El amor, la caza, la buena carne y la aguda política, ahí estaban, a su entender, los elementos que, reunidos, forjan la felicidad de un rey.

Fugazmente, lamentó su error en el asunto de Fontaine-Française, cuya gloria le

cedía, por completo, la naturaleza generosa de Nissac. En efecto, si no se hubiera extraviado en estúpidos prejuicios, hubiese podido utilizar a un hombre como Nissac mucho antes, porque, fuera cual fuese la misión, él la cumplía. Sí, decididamente el almirante hubiera sido un notable apoyo para la buena marcha de sus asuntos.

Enrique IV se convenció de que, sin embargo, no debía abusar de la buena estrella de Nissac, pues era sólo un hombre y no el dios de la guerra.

Si el almirante llevaba a cabo el delicadísimo asunto de los Pirineos, sería preciso dejarlo respirar, pues éste, añadido al de la Flota del Norte diezmada, arruinaría el prestigio de España.

Y daría qué pensar a quienes pretendían ser sus aliados en la guerra que no tardaría en estallar.

Todos sufrían, empapados por la lluvia y resbalando en el lodo de los estrechos senderos de montaña de los Pirineos.

El dragón verde, una vez más al mando del segundo, Charles Paray des Ormeaux, se había acercado cuanto le fue posible a la costa, cuando hubieron dejado atrás Biarritz y San Juan de Luz. Luego, por la noche, unas barcas habían llevado hacia secretos lugares de la costa al almirante Nissac y cuarenta de los suyos. Allí, de acuerdo con las instrucciones, los aguardaban con caballos, pero los jesuitas, y algunos monjes de la orden de san Francisco de Asís, asociados en este asunto aunque rivales en otros, se habían puesto de acuerdo para que viajaran en grupos pequeños, pues semejante tropa podía despertar sospechas en aquella región que hormigueaba de espías a sueldo del rey de España.

La reunión había requerido algún tiempo, pues el destacamento al mando del barón Fey des Étangs había perdido, por unos momentos, su camino. Luego, dejando los caballos al cuidado de los religiosos, el conde y la condesa de Nissac, Valenty, Sousseyrac, Fey des Étangs, el señor Yasatsuna y treinta y cuatro de los mejores infantes y marinos de *El dragón verde* se habían lanzado a la nueva misión.

Así, con toneletes de pólvora a la espalda, arcabuces y pistolas en una mano muy levantada, el sable o la espada entre los dientes, los de *El dragón verde* habían penetrado en las gélidas aguas del río Bidasoa, que servía de frontera entre Francia y España. En aquella época, cuando los ríos de montaña estaban a menudo crecidos, la corriente resultaba impetuosa y potente, de modo que el grupito llegó a la otra orilla habiéndose dispersado en una gran distancia.

Fue necesario pues cierto tiempo para reunir a los hombres y recuperar el cuerpo de un joven soldado que se había ahogado y cuyo equipo se perdió.

Luego comenzó el ascenso en unas condiciones que la torrencial lluvia y el rodeo impuesto hacían muy difíciles, pero la idea del conde de Nissac era atacar el Fuerte de Fuego —llamado así por los españoles dado el número de sus cañones— no por la fachada que miraba a Francia sino por detrás, del lado de la Navarra española. El almirante esperaba que aquel costado, desde el que no podía llegar peligro alguno, estaría menos custodiado y los centinelas se mostrarían más negligentes en su ronda.

Por desgracia, una desagradable sorpresa aguardaba a Nissac y a los suyos: el fuerte, construido en una altiplanicie cortada a pico que terminaba en un espolón rocoso, parecía inexpugnable.

Pero, como contrapunto, la aguda mirada del almirante advirtió una sorpresa más agradable: las obras no se encontraban, ni mucho menos, tan adelantadas como los españoles afirmaban. La idea de Nissac resultaba pues doblemente rentable porque, ante la inminencia de la guerra, Madrid había ordenado que se apresuraran los trabajos de la fachada, es decir de la parte que daba a Francia, por completo erizada de cañones y por donde llegaría, eso creían, el ejército del duque de La Force.

Mientras que en la parte trasera del edificio, donde se elevaban numerosos andamios y escalas, la aventura podía intentarse.

Quedaba cierta distancia por recorrer antes de llegar a la parte trasera del Fuerte de Fuego, y resultaba difícil dado que el vaivén de los obreros convertía el suelo lodoso, pisoteado por miles y miles de pasos, en una superficie muy resbaladiza que recordó a los veteranos el mar de Texel helado.

Nissac, a la cabeza de la columna, indicó por señas a los hombres que se alinearan al pie de los andamios en cuanto llegasen. El almirante sintió gran compasión por sus marinos y soldados, pues parecían derrengados, aunque muy pacientes con su sufrimiento. Avanzaban con pasos pesados, las barbas apuntando, los rostros enlodados, el pelo pegado a mechones y grandes bolsas malvas bajo sus ojos inyectados en sangre.

Cuando subieron agazapados todos al pie del fuerte, el almirante dio la señal bajando la espada que tenía levantada.

De inmediato, por las escaleras unos, otros escalando los andamios como harían los monos, marinos y soldados del reino de Francia invadieron el Fuerte de Fuego.

Rápidamente, llegaron a las inconclusas almenas y los cuatro centinelas fueron, al instante, remedos de erizos, pues unos veinte cuchillos de lanzar los atravesaron por todas partes antes de que lanzaran un solo grito.

El conde de Nissac tenía en este asunto la ventaja de que un monje español, a cambio de buenas monedas de oro, había esbozado un plano del fuerte, de modo que el almirante, que se lo había aprendido en sus menores detalles, podía orientarse con los ojos cerrados.

Uno de los dormitorios, donde se alojaban cincuenta hombres de una plaza que contaba con doscientos, fue alcanzado rápidamente y, por mucho que a Nissac le costara, sabía que no podía seguir avanzando en el fuerte dejando a sus espaldas una tropa tan considerable.

Así pues, habiéndose agrupado, los franceses abrieron la puerta a patadas antes de abalanzarse al interior. Se combatía con arma blanca, pistola e, incluso, a quemarropa, con arcabuces que arrancaban la cabeza o miembros enteros. Pero, como Nissac temía, los últimos españoles del dormitorio, muy despiertos ya, vendieron cara su piel y mataron a dos soldados franceses.

Se oyeron las campanas de alarma doblando enloquecidas mientras unas voces aullaban a las armas y el eco devolvía aquel grito hacia los muros del fuerte.

Habiendo aumentado su armamento con el de los españoles muertos en el dormitorio, Nissac cerró la galería con la ayuda de camas y colchones, formando una fuerte barricada tras la que, como había previsto en su proyecto, colocó veinte arcabuces. Relevándose en grupos de diez, disparando unos cuando los demás cargaban, esperaban aguantar cierto tiempo.

—Prosiguiendo su carrera, Nissac y los que le quedaban limpiaron tres habitaciones de oficiales y alcanzaron, luego, los aposentos del comandante de la

plaza, que apuntaba a Valenty con su pistola cuando fue clavado en su puerta por la corta lanza *yari*, de doble filo, del señor Yasatsuna.

Con un violento gesto que extrañó a Isabelle, Nissac arrojó una antorcha en la cama del comandante, que se incendió de inmediato.

Luego, siguiéndolo, todos corrieron hacia el polvorín, estancia sin ventanas donde se almacenaba una extraordinaria cantidad de pólvora, a la que añadieron la que habían traído del reino de Francia.

Ruido de mosquetes y disparos de arcabuces se amplificaban cuando un hombre enviado por Sousseyrac y Fey des Étangs, que mandaban la barricada, llegó jadeando:

—Señor almirante, la barricada va a ceder, no aguantaremos por más tiempo. Cuantos más españoles matamos, más aparecen. Sus cadáveres alcanzan la media toesa al pie de la barricada.

El almirante de Nissac no había pensado en tan empecinada resistencia, ni siquiera en sus más pesimistas hipótesis, porque creyó que el pánico desorganizaría las filas españolas.

Manteniendo sin embargo toda su calma, comprendió que debía cambiar de planes.

—Toma un tonelete de pólvora y ve a decirle a Sousseyrac que se repliegue haciendo saltar la barricada cuando los españoles la tomen por asalto. ¡Apresúrate!

El hombre obedeció de inmediato.

Entonces, el almirante, tras haber hablado al oído de Yasatsuna y luego al de Valenty, dirigió una triste mirada a la condesa de Nissac.

—Señora, no deseaba convertirnos tan rápidamente en una viuda...

Los dos brazos que parecían de acero del señor Yasatsuna sujetaron a Isabelle, impidiéndole cualquier movimiento, mientras Valenty, cortés pero firmemente, le ataba las manos en el instante en el que la joven aullaba:

—¡No!

Entonces, con delicadeza, el conde puso una mordaza de seda en la boca de la condesa.

—Señora, ved el grosor de esta puerta y esos pesados cerrojos que no pueden forzarse desde el exterior. Sólo encerrándonos en el interior de este polvorín podemos hacer saltar el Fuerte de Fuego y abrir el camino de España a los ejércitos franceses... No me gritéis ahora, quiero despedirme de vos unos instantes.

Hizo resbalar el fular de seda roja que cubría la boca de la condesa. Ella no gritó y, aunque su voz temblase, parecía tranquila.

—Déjame morir contigo. ¿Qué será de mi vida sin ti...? Sabes que nunca podría olvidarte, ni un solo instante, que pensaría en ti mil veces al día. ¡Te lo ruego...! ¡Te lo ruego...!

—¿Quién sabe, señora, si no lleváis con vos a nuestro hijo...? ¿Queréis matarlo también?

Y en eso el conde había acertado, pues, ya en aquella época, Isabelle llevaba al futuro Loup de Pomonne, conde de Nissac^[15].

El conde besó largo rato a su querido amor y colocó de nuevo, con mucha delicadeza, la mordaza de seda.

Luego, los muros temblaron un instante en un ensordecedor estruendo: la barricada acababa de saltar.

Gris de polvo, Sousseyrac apareció el primero, con el sable en la mano. Sus ojos desorbitados vieron las ataduras de la condesa, las lágrimas en las mejillas de Valenty, los rostros abrumados de quienes allí estaban.

Iba a protestar, Nissac no le dio tiempo.

—Si me amas, obedece.

Instantes más tarde, en el corredor, los de El dragón verde oyeron los pesados cerrojos que el conde hacía correr encerrándose en el interior del polvorín, sin más salida que aquella puerta fuertemente cerrada.

De inmediato, los supervivientes, llevando en sus hombros cuatro cadáveres de los suyos, se replegaron.



Todos se volvieron en el estrecho sendero de montaña por el que descendían: una formidable explosión acababa de pulverizar el poderoso Fuerte de Fuego.

No era ya posible esperar ver vivo a Thomas de Pomonne, conde de Nissac, almirante de los mares del Levante, el hombre que hacía soñar a miles de marinos, y también a sus mujeres.

Porque todos lo sabían: no había ventana alguna en el polvorín y Nissac nunca habría abierto la puerta.

Por lo demás, la explosión respondía todas las preguntas acabando con todas las esperanzas.

Oficiales, soldados y marinos avanzaban cabizbajos.

Los más decididos querían proseguir hasta el fin la misión del conde de Nissac, pero sabían que no era sustituible y aquella certeza les hacía agachar más la cabeza.

Sólo Isabelle de Nissac, a la que habían desatado, miraba hacia delante deseando que, ahora, la muerte llegara cuanto antes.

Un poco antes, aquel mismo día, el duque D'Épernon, en un lugar distinto al precedente e ignorando aún la muerte de su enemigo jurado, el almirante conde de Nissac, discurría de un modo pretencioso ante los demás conjurados que, como él, llevaban capirotos de seda negra:

—Tengo así la seguridad de que quien nos molesta con su fidelidad al usurpador y tal vez, digámoslo, su eficacia en este oficio..., pues bien, a ése cuyo nombre es Nissac no le queda mucho tiempo por vivir. Tened la mayor seguridad en este punto.

—¿Por qué va a ser así...? —preguntó la hermosa marquesa de Verneuil.

—En tierra lo aguardan a pie firme y tened la convicción de que no irá muy lejos, ni mucho tiempo. En el mar...

A su pesar, D'Epernon miró hacia el embajador de España, don Íñigo de Cárdenas, que se sintió enojado, luego prosiguió:

—En el mar, España, la Santísima España que, según esperamos, muy pronto quedará unida al reino de Francia para que quememos definitivamente la herejía, España, pues, ha decidido acabar con el almirante Nissac y el supuestamente invencible *El dragón verde*.

Satisfecho, su mirada se demoró en los silenciosos conjurados. Prosiguió entonces:

—Que se precisen cinco, diez, veinte o treinta navíos de guerra, poco importa, España tiene más y los pondrá en liza para hundir a *El dragón verde*. Éste se esconde en el mar de Poniente, pero, para regresar a los mares del Levante, antes o después tendrá que pasar por Gibraltar... ¡Muertos, ahogados como ratas, él, su navío, sus oficiales y sus marinos...! Y la promesa que os hago en este instante de que así será se apoya en la razón de que no es dudoso, aunque falte la prueba definitiva, que los de *El dragón verde* estén detrás de aquel ataque que España no perdonará nunca, aquel ataque especialmente cobarde contra la Flota del Norte que se vio... dañada en aquella ocasión. Mil marinos españoles, decenas de oficiales e incluso el almirante que los mandaba fueron muertos así, con bajeza, en pleno sueño.

—Si no hubieran dormido y hubieran puesto centinelas, no habrían muerto... —observó Dietrich von Hoflingen.

—¡Vos no estabais allí...! —respondió D'Épernon con voz cortante.

—¡Tampoco vos...! —soltó el marqués de Pinthièvre que, en esa conspiración, representaba los intereses de los poderosos Guisa.

Concino Concini, cuya estrella podría muy bien levantarse si Enrique IV llegaba a morir, dado que aquel intrigante se había casado con la mejor amiga de la reina y que ésta, según decían, era su amante, Concini, pues, levantó la mano.

—No se trata de que nos peleemos entre nosotros. Decidnos más bien cuáles son vuestras disposiciones en el más cercano porvenir para llevar a cabo el asunto que aquí nos reúne.

Al duque D'Épernon no le gustaba que lo apremiaran así en la conversación, pues se forjaba una muy alta idea de sí mismo, pero, en los instantes en que el orgullo no oscurecía su razón, se daba buena cuenta de que el asunto que estaba organizando comenzaba a retrasarse.

Pues si en apariencia podía creerse que lo organizaba, algo que lo halagaba ante los demás conspiradores, sabía muy bien que en realidad no era en absoluto su arquitecto y que su tarea consistía en llevar a cabo, públicamente, lo que el monje de la vocecilla maligna había concebido y organizado.

—Muy pronto os presentaré al hombre que he elegido, que alimenta un gran odio contra la hiena de Bearn y la matará, sin duda alguna, pues cree así servir a Dios.

—¡Hay, en efecto, muchos modos de servir a Dios...! —soltó untuosamente el cardenal Mathieu de Bellany.

—¿Sabe manejar la espada...? —preguntó Jehan de Bayerlin, oficial al que se consideraba la mejor hoja de Francia, aunque otros afirmasen que sólo el almirante de Nissac era digno de semejante cumplido.

D'Épernon ocultó su enojo.

—Matará con el puñal y para eso no se necesita fuerza. Ahora bien, nuestro hombre no carece de ella, muy al contrario, tiene la de un toro furioso.

—Aunque el puñal no requiera fuerza, exige habilidad para herir entre las costillas y atravesar el corazón buscándolo con la hoja... —lanzó José de Altamaros, antiguo jesuita y sayón del embajador de España.

Lo escucharon, pues a Altamaros se le atribuían más asesinatos de este modo que días hay en seis meses...



Precisamente cuando, poco antes de su dramático fin, el almirante de Nissac se lanzaba al ataque del Fuerte de Fuego, el rey Enrique IV se encontraba en su lecho acompañado por una muchacha de apenas quince años, marquesa vinculada al servicio de la reina.

Estaba tendida boca abajo, como le había ordenado el rey, y éste, pensativo, observaba aquellas nalgas de perfecta redondez.

Aquel mismo día, la duquesa española Inés de Medina Sidonia se había despedido de él, precisamente en aquel lecho, sin ocultar que, ante los persistentes rumores de guerra entre su país y Francia, consideraba que debía regresar a España.

Lo había dicho, sin embargo, con mucha habilidad, adoptando la forma de pregunta que esperaba la confirmación de quien mejor situado estaba para responder: el rey de Francia.

Pero Enrique IV, aunque se hallase en gran y constante apetencia de mujeres,

poseía experiencia bastante, desde hacía mucho tiempo ya, para no mezclar los asuntos de Estado con secretos de alcoba. Además, había aprendido a sus expensas a mantener en gran desconfianza a las mujeres inteligentes, un poco espías a menudo, como era sin duda el caso de la duquesa de Medina Sidonia.

Pasó la mano por las redondas nalgas y la muchacha se estremeció. Encontró entonces su mirada y pensó: «Muy bonita, pero con ojos de ternero».

Tranquilizado, pellizcó las nalgas y la jovencita gorjeó riéndose estúpidamente:

—¡Qué pillina es su majestad!

«¡Dios mío, qué estúpida es!», pensó el rey dando una sonora palmada en aquel par de nalgas.

La muchacha dio un respingo susurrando:

—Fatigado de maltratarlo así, ¿dará su majestad contentamiento a ese culo hambriento que le espera con gran impaciencia?

«Quince años —pensó el rey—, y habla ya como una verdadera puta».

Sin embargo, sabía que con aquella muchacha no tendría problema alguno, pues su esposa, María de Médicis, nada decía, e incluso alentaba sus aventuras, siempre que las amantes no fueran inteligentes, animándolo a pensar en lo que no debía, ni demasiado ambiciosas, intrigando para separarlo de ella.

En eso, sorprendentemente, la reina mostraba una gran sutileza, pues, teniendo sujeto por la fuerza a un marido al que no se desea dejar hacer ciertas cosas, éste corre el riesgo de huir por las buenas, mientras que una libertad controlada no atenta contra la seguridad de la pareja.

Renunciando a divertirse con aquel par de nalgas, tal vez ofrecidas con demasiada complacencia, el rey se tendió de espaldas con las manos en la nuca.

Desconcertada, la muchacha se puso de rodillas y observó al rey con aire deshecho. Se jugaba mucho, y no lo ignoraba, pues si se ganaba en la cama el agradecimiento real podía recibir rentas y castillos. Y mucho más si daba a luz a un bastardo real.

Ella lo ignoraba pero Enrique IV había seguido sus pensamientos. No le quedaba ya la menor ilusión de ser amado por sí mismo, sabiendo muy bien que, de no ser rey, estaría solo en su lecho. La jovencísima muchacha le dio pena, de modo que explicó:

—Esta noche estoy cansado.

Sin embargo, para ella no era cuestión de renunciar tan pronto y se atareó en el bajo vientre del rey.

Sintiendo curiosidad por su talento, el rey la dejó hacer. Pero no había talento alguno, de modo que pensó otra vez en los asuntos del reino y en aquella lacerante pregunta: ¿Lo lograría Nissac también esta vez?

La lluvia había cesado.

Un potente viento barría oscuras nubes y la noche se hacía muy clara por efectos de un magnífico claro de luna.

Una luna soberbia, redonda y fulgurante.

La condesa de Nissac fue la primera que pensó en ello y se deshizo en lágrimas sin que pudieran remediarlo, pues corrió enseguida la voz y los oficiales Sousseyrac, Fey des Étangs y Valenty, como los marinos y soldados, sin olvidar al señor Yasatsuna, todos sintieron una profunda tristeza y desesperación viendo de nuevo, con la fuerza del recuerdo, la imagen del conde de Nissac quitándose su hermoso sombrero de plumas para saludar con gracia a la que, como cuando era un niño, llamaba «dama Luna» y que esta noche había perdido a un amigo.

Jean-Sébastien de Sousseyrac hizo una mueca.

—No es de buena justicia que nuestro almirante haya muerto y que hayamos abandonado su cuerpo bajo las ruinas del Fuerte de Fuego, pues ni uno de nosotros podía comparársele.

Martin Fey des Étangs agitó la cabeza con resignación.

—El señor almirante nunca hubiera permitido que otro se encerrara solo en el polvorín para hacer saltar el Fuerte de Fuego, nos permitiera escapar y abriera el camino al ejército del duque de La Force. Toda su vida fue el primero en desenvainar la espada y el último en envainarla de nuevo. El primero que se levantaba y el último que se acostaba. Y cuando faltaban víveres a bordo, el único en decir que no tenía hambre para beneficio de sus marinos. Sousseyrac, así era él, vos lo sabéis y ésta es la razón por la que lo amábamos tanto y estamos tan desesperados.

Agarrándose para no resbalar en el estrecho sendero que llevaba al río Bidasoa, el barón de Valenty suspiró:

—No olvidaré, aunque viva mil años, la visión del almirante de Nissac, indiferente a las balas de cañón que le rozaban cuando todos agachaban la cabeza, de pie en la toldilla, con sus ojos grises puestos en el bajel enemigo como si quisiera hechizarlo con la fuerza de su mirada.

Se hizo el silencio, perdidos todos en la evocación del almirante desaparecido.

Se acercaban al río cuando un marino que actuaba como explorador dio rápidamente marcha atrás:

—¡Un hombre solo...! No me he atrevido a disparar porque está en la orilla francesa del Bidasoa.

Todos se acercaron y, en la orilla española del río, quedaron petrificados por el espectáculo que, por un instante, los hizo dudar de lo que veían.

Una cosa semejante, sin duda, sólo puede creerse cuando se la ve en persona, pues los asuntos del más allá son difíciles de desentrañar en las creencias de cada cual.

Pero lo que todos vieron en aquel instante, y que debía seguir siendo una de las más hermosas imágenes de su existencia, les arrebató incluso la fuerza de moverse o hablar, pues todos temían que una sola palabra, un soplo, disipara aquella aparición.

Y puesto que es preciso acabar diciéndolo todo, pues la espera es mala para el carácter al irritar los nervios de los impacientes, la imagen que los de *El dragón verde* tenían ante los ojos, por nueva que fuese en aquellas circunstancias, les era sin embargo familiar.

Así, en la orilla francesa del Bidasoa, recortando perfectamente su oscura silueta contra el fulgente fondo de la luna llena, un hombre que no prestaba atención alguna a los recién llegados y chorreaba agua del río que acababa de atravesar a nado, alisaba con elegante gesto las mojadadas plumas de su sombrero de fieltro marino. Tres largas, tupidas y ondeantes plumas verdes, azules y blancas como sólo las llevaba el más valeroso de los almirantes que han existido en el mundo.

Luego, el hombre volvió la cabeza. Su mirada buscó y encontró de inmediato la de la condesa de Nissac. Entonces, lanzando su sombrero al suelo, se zambulló en el río que acababa de atravesar, pero Isabelle de Nissac, que no temía en absoluto medirse con el almirante en el terreno de la pasión, se zambulló también en la orilla española, de modo que se encontraron en el centro del río Bidasoa, escapando así al tiempo que lo borra todo; pues cosas tan hermosas ni envejecen ni mueren nunca.

Intercambiaron un largo beso apasionado mientras la corriente los llevaba a Francia.

—¡Es el diablo en persona y es nuestro jefe...! —murmuró un joven marino a quien semejante creencia parecía sumir en un estado cercano al éxtasis.

Pasado el estupor, los de *El dragón verde* aclamaron a la pareja y el señor de Sousseyrac, sonriendo de oreja a oreja, le susurró a Fey des Étangs:

—El almirante es inmortal, ya os lo había dicho.

—¡No me habéis dicho nada semejante...! —protestó Fey des Étangs.

—Aunque lo asediaran doscientos en un fuerte inexpugnable, la guarnición no podría acabar con el almirante, como os había asegurado.

Fey des Étangs se rebeló de nuevo:

—¡Nunca me dijisteis semejantes palabras...!

En la orilla a la que habían subido, el conde y la condesa de Nissac, chorreantes, se besaron de nuevo y los de *El dragón verde*, abandonando el material pesado como los oficiales recomendaban, atravesaron a su vez, a nado, el Bidasoa.

Nissac, sonriente, los recibió diciendo:

—Ah, caramba, señores, ¿tan pronto me habíais enterrado...? Los Nissac tienen el mar como sudario y no unos escombros, no lo olvidéis.

Cuando hubieron penetrado más en territorio del reino de los lises, al abrigo de un contraataque español y poco antes de recuperar los caballos, Nissac explicó las razones de su sorprendente supervivencia a pesar de la explosión del Fuerte de Fuego:

—Estaba en el polvorín bien cerrado, decidido a morir, pero los españoles, sin duda ayudándose con una fuerte viga, intentaban hundir la puerta. Puesto que no tenía la absoluta seguridad de que la puerta resistiría tan furiosos embates, comencé a desplazar los toneles de pólvora para ponerlos detrás de la puerta y consolidarla. Y bajo uno de esos toneles descubrí una losa con una anilla. Tirando de ésta, hallé una escalera que llevaba a una larga galería (nadie me había informado de su existencia). Con la antorcha en la mano, comprendí de inmediato su sentido, pues pasé mi infancia explorando los vastos subterráneos del castillo de los Nissac, en Saint-Vaast-La-Hougue. El pasaje avanzaba en línea recta, más fácil de recorrer que los senderos de montaña. Desembocaba a orillas del Bidasoa, donde he llegado antes que vosotros.

Calló unos instantes, reflexionó y prosiguió:

—Tal vez algunos piensen, dado el número de muertos...

Vaciló un instante y prosiguió:

—No lamentéis la destrucción del Fuerte de Fuego, pues era una temible invención, los arquitectos españoles son de gran talento. En efecto, por la concepción de los subterráneos, la guarnición podía atacar por sorpresa al asaltante, tomándolo por detrás, infligirle pesadas pérdidas y regresar al abrigo de su fortaleza.

—¿Pero no os ha faltado tiempo...? —preguntó Valenty.

—Ciertamente, ha faltado muy poco para que desapareciese en el derrumbamiento general. Corría y la bóveda iba cayendo a mis espaldas, a menos de una toesa algunas veces.

Muy pronto se reunieron con quienes guardaban los caballos, que dieron un respingo al ver cómo los hombres de *El dragón verde* colocaban sus muertos atravesados en las sillas de sus monturas.

Luego, a paso rápido, el grupito regresó al lugar donde aguardaban las barcas.

Celebraron una fiesta a bordo de *El dragón verde*, pues, como siempre en estos casos, quienes no participan directamente en la acción, que tiene la ventaja de distraer del miedo, son los que más se entregan a la angustia.

Sin embargo, también esta vez la alegría se vio mancillada por el hecho de que los supervivientes traían consigo siete cadáveres: uno se había ahogado al atravesar el Bidasoa, dos murieron en el ataque al dormitorio, otros dos en la barricada y los dos últimos habían sucumbido a sus numerosas heridas.

Nissac tomó entonces una decisión que le costaba pero que, más allá de su persona, comprometía algo importante: no ceder al miedo, poner rumbo al sur.

En efecto, había realizado la doble misión que el rey le había encargado y que muchos consideraban, hacía poco aún, muy delicada si no imposible: en un tiempo muy corto, la doble destrucción de la Flota del Norte al sur de Dinamarca y la del Fuerte de Fuego en los Pirineos. Así, España parecía atacada por todas partes y en todas partes derrotada.

Pero el almirante conocía suficientemente a los hombres en general, a los españoles en particular y a Felipe III muy especialmente para no ignorar que

semejante afrenta jamás le sería perdonada.

A rienda suelta, algunos mensajeros debían de galopar, ya, hacia El Escorial, donde la primera medida adoptada sería edificar una infranqueable barrera en el estrecho de Gibraltar. Aunque tuviera que alinear decenas de navíos, España, humillación por humillación, cerraría el Mediterráneo a *El dragón verde*, que nunca podría regresar a él.

Y, en el fondo, nada obligaba al conde de Nissac a poner rumbo a Toulon. Nada, salvo el honor. El suyo, claro está, pero también el de la marina de guerra y el del reino de los lises. Consideraba seguro que, obligado a rodear España, daría tiempo a sus enemigos a organizarse; pero sabía, también, que cuanto más diligente se mostrara menos bajeles podrían alinear los españoles para cerrarle el estrecho y hundirlo.

Aunque fuera de noche aún, aprovechando la luna llena y los vientos favorables, hizo que se izara todo el trapo y ordenó que pusieran rumbo al sur.

Felipe III de España miró con incredulidad al joven general, gris de polvo aún, que estaba ante él.

Luego, agarrándolo violentamente del cuello y sacudiéndolo:

—¡Repetidlo...!

El general conocía al monarca. Habló pues en un tono uniforme, intentando darle, en ese terreno al menos, satisfacción sobre lo que podía exigir teniendo en cuenta la gravedad de la noticia:

—Algunos franceses cruzaron por la noche el Bidasoa, nadando, y atacaron por detrás el Fuerte de Fuego. Eran unos treinta al mando de un hombre alto y delgado que se cubría con un sombrero de plumas verdes, blancas y azules. Los doscientos hombres de la guarnición murieron en la explosión del fuerte. El único superviviente con el que hablé, gravemente abrasado, no está en condiciones de ser transportado.

Felipe III inclinó la cabeza, recuperando poco a poco su calma como gran monarca capaz siempre de ocultar sus sentimientos y disimular sus emociones.

Sabía muy bien quién era el hombre del sombrero con plumas y no necesitaba ese detalle para identificarlo: la audacia de la operación indicaba a su autor.

¡Nissac...!

¡Oh, cómo odiaba a aquel hombre...! Y cómo lo admiraba, odiándolo más aún por despertar en él semejante sentimiento. ¿Cómo era la vida de aquel almirante, tan afortunado en los combates en tierra como en el mar, hijo querido de la audacia y la victoria...? ¿Cuáles eran sus alegrías, sus miedos, sus estremecimientos y el aliento tierno y dulce de la libertad de ir, de emprender, de vencer...? Comparándola en todo a la del almirante francés, a Felipe III de España su vida le pareció muy limitada.

Suspiró.

Había que matar a Nissac, a toda costa. Por el honor de España, a la que había ofendido, pero también por una razón más secreta, porque aquel hombre, con su vida libre, daba un muy enojoso ejemplo. Haciendo soñar hoy a los monarcas, mañana lo haría al pueblo, y quienes sueñan en la libertad acaban siempre rebelándose.

—Que se convoque a los almirantes. El almirante francés deseará regresar al Mediterráneo. No debe pasar en modo alguno. El pecio de *El dragón verde* y los huesos de su tripulación deben encontrar su última morada junto a las costas de España. ¡Id...!

El joven general saludó y se alejó rápidamente para cumplir su misión. En secreto, se alegró de no haber servido a Dios, al rey y a su país en la marina, sino en el ejército.



No estando avisados aún, nadie había reaccionado en el puerto de La Coruña y, del mismo modo, ningún adversario se presentó procedente de las costas de Portugal. Sin embargo, aquella calma en absoluto tranquilizaba al conde de Nissac mientras *El dragón verde*, con todas las velas desplegadas, se acercaba al cabo de San Vicente. Tras haberlo doblado, tendría que virar noventa grados hacia levante y entrar en esa especie de gollete que iba estrechándose cada vez más hasta llegar al estrecho de Gibraltar.

Allí, naturalmente, lo aguardarían, en aquel lugar de gran estrechez donde las costas de España y África están tan cerca que casi se tocan.

El conde de Nissac tenía miedo. Como siempre antes de las batallas. Un miedo que le helaba la espalda, le oprimía el vientre y le secaba la boca. Como siempre, dudaba. Había intentado pensar en todo para limitar lo imprevisto, portador de derrota, ¿pero puede uno pensar en todo...? Y, como siempre —y tal vez fuera lo más difícil—, tenía que ocultar su pánico a todos, fingir lo que no era, adoptar ese aspecto lejano, inexpresivo, de una frialdad de hielo cuando su sangre hervía en las venas, cuando su corazón redoblaba como un tambor, cuando sus falanges blanqueaban a fuerza de apretar la empuñadura de su sable.

Sabía que se lo debía a su tripulación, pues si sus hombres dudaban de su jefe, perderían la batalla y la vida al mismo tiempo. ¿Confiaban en él...? ¡Ah, antes morir mil veces que traicionar tan conmovedor sentimiento...! Por lo demás, desde la primera bala de cañón, aquel miedo, afortunadamente, se esfumaría sin que él tuviera nada que ver en ello, ignorando a quién y a qué dirigir su agradecimiento.

Sabía que sus hombres habrían preferido ser perseguidos que esperados. En el primer caso, el enemigo está delante y lo vigila. En el otro, no lo tienes aún a la vista, y eso parece más temible.

Nissac había pasado mucho tiempo reuniendo a sus artilleros, tanto los de babor como los de estribor. Todos le admiraban profundamente como marino y también como artillero, pues demostraba ser el mejor de ellos. Pero, decididamente, lo que esta vez les pedía...

La condesa se reunió con él en la toldilla. La tomó del talle y ambos contemplaron silenciosamente el mar.

Con esa agudeza que las mujeres tienen tan a menudo, y que los hombres lamentablemente no advierten siempre, Isabelle evitaba hablar del futuro combate, sintiendo que Thomas no lo deseaba.

Consciente de ello, él se lo agradeció.

Sin embargo, la muchacha no se prohibía los demás temas, pues, además de ser su amor, el conde de Nissac era un hombre con el que se podía hablar de todo. Pues bien, en la vida de la condesa nunca había sido así, tanto si se trataba de sus cinco hermanos, como más tarde, de su efímero esposo.

Le gustaba hablar de lo que el azar o la fantasía le hacían pasar, unos instantes, por la cabeza, como apreciaba, infinitamente, que el conde, hombre inteligente y de

gran saber, se tomara algunos instantes, cada vez, para pensar en lo que acababa de decirle y aportase una respuesta que ampliaba el entendimiento que ella tenía de la vida y de las cosas humanas. Veía en ello una especie de respeto, de ese respeto y esa galantería que él seguía prodigándole a cada momento cuando tantos hombres, en cuanto se casaban, trataban a su esposa como ni siquiera lo hacían con su perro.

—¿Imaginas que no nos hubiéramos encontrado?

En su talle, sintió ella la leve presión de la mano del conde de Nissac.

—Teníamos que encontrarnos.

—¿Cómo lo sabes con tan fuerte certidumbre?

Su mirada encontró los extraños ojos grises, levemente divertidos, del almirante.

—Por una razón que no vas a creer, hermoso amor, y harás mal, pero durante todas esas largas noches de mi vida mirando a las estrellas y saludando a dama Luna, ésta me lo había dicho o, más bien, confirmado.

—¿Qué te había dicho?

—Que seríamos felices. Que tendríamos un hijo y que la muerte no nos separaría durante largo tiempo.

—¿La muerte?

Él le acarició el mentón con un gesto tierno y de sorprendente levedad, luego, sin dejar de sonreír:

—Hermoso amor, la muerte es algo ineluctable. Huir de semejante realidad es tan vano como loco. Y el valor de los instantes de la gran felicidad que nos une se debe, también, al hecho de que no sean eternos.

—¿Cómo...? ¿Cuándo...? —preguntó ella con gran inquietud.

Él sonrió.

—Moriré a traición con todos mis oficiales, mis hombres y *El dragón verde*, que se hundirá para siempre en las negras aguas de un mar muy lejano..., pero sólo sucederá dentro de diez años. Me lo dijo, cuando yo era un joven oficial, un anciano cretense a quien, en la isla, todos respetaban y que me prometió la gloria, la victoria, la ingratitud de los reyes, un amor excepcional y, tras diez años de semejante felicidad, la traición que produciría el estallido por pólvora de *El dragón verde* en un mar vacío, sin embargo, de enemigos.

Reflexionó unos instantes, soñador:

—¿Quién sabe, tal vez un espía de Felipe III?

Se agitó y prosiguió:

—Se lo conté todo a la dama luna y, ¿sabes...?, se ocultó de inmediato en un eclipse que nada permitía prever. Eso me turbó mucho pues comprendí que, de ese modo, confirmaba las predicciones del viejo cretense.

La condesa quedó aterrada:

—¡Diez años...! ¡Pero es muy poco...!

La estrechó contra sí, acariciando con mano dulce los rubios cabellos.

—¡Diez años son, por el contrario, toda una vida...! Algunos arrastran una larga

existencia en la que nunca conocerán un minuto de amor o de felicidad. Piensa en mis marinos y soldados caídos en el Fuerte de Fuego o en el Texel contra la Flota del Norte, recuerda qué jóvenes y ardientes eran algunos y piensa que, si abandonaran ahora la muerte y se les prometieran diez años de felicidad, serían los hombres más afortunados que hayan existido en el mundo. He visto..., he visto morir a tantos hombres, tantos sufrimientos y horrores, que ante la idea de vivir toda mi vida en los próximos diez años, una vida de felicidad y de amor para compartirla contigo en ese maravilloso decenio, pues bueno, casi me avergüenza ser tan feliz.

A la condesa le parecía corto, demasiado corto, ese plazo de diez años felices pero, instantes después, diez años le parecían un tiempo que podía aprovecharse alargando cada segundo. A fin de cuentas, no sabía ya qué pensar, asustada por la idea de la muerte del conde, embriagada por la idea de vivir diez años de felicidad cuando, antes de ese encuentro, ni siquiera pensaba poder vivir un solo instante.

—Repítelo, te lo suplico, ¿qué te dijeron el viejo cretense y dama Luna?

Él se apartó un poco para mirarla bien a los ojos y que pudiera medir su sinceridad.

—Que encontraría el amor, que tendríamos un hijo, que seríamos felices diez años y que me seguirías muy pronto en la muerte.

Se miraron intensamente y él comprendió su angustia:

—A veces sólo lo creía a medias, pues ni siquiera veía la sombra del amor. Luego apareciste... Entonces, turbado ya por todas mis victorias que me habían predicho, supe que había dicho la verdad. No veo en ello nada triste, pues no hay mujer ni hombre que no se sintiera loco de alegría al saber que le quedan diez maravillosos años por vivir.

Ella adivinó, por instinto, que no le mentía. Decidió tomar las cosas como él le decía. Pero pensaba organizar aquellos diez años con el mayor cuidado, segundo tras segundo...



Enrique IV, para no cambiar sus costumbres, estaba en la cama, esta vez con una muy hermosa mujer de treinta años, esposa de un miembro del Parlamento, cuando François de Bassompierre, el único que tenía acceso a esa secreta alcoba —y sólo en caso de circunstancias de gran importancia— apareció.

—¡Ah, sire, qué gran alegría vais a tener...!

Al oír esas palabras y viendo la resplandeciente sonrisa de Bassompierre, el rey dio una sonora palmada en las redondas nalgas de la esposa infiel que, desnuda, estaba ahora sentada sobre la virilidad del rey, por su parte tendido.

La hermosa se acostó a su lado, decidiendo que le compensaría escuchar las

noticias que traía aquel apuesto gentilhomme y cuidando de no hacer nada para ocultar sus encantos.

Bassompierre habló sin turbarse:

—¡Sire, lo ha conseguido...! La embajada de España en París está fuera de sí y se envían mensajeros a muchos lugares para que den una versión de gran falsía sobre la importancia del acontecimiento, pues, en verdad, el Fuerte de Fuego ya no existe.

Enrique IV se sentó en el lecho.

—¿Qué quiere decir eso?

—No queda piedra sobre piedra en el Fuerte de Fuego.

—Ah, caramba, Bassompierre, no quiero verme decepcionado, de modo que respóndeme: ¿es seria tu fuente de información?

—La más seria del mundo, majestad: se trata del mensajero español de la embajada, encargado de llevar la noticia a Flandes. Pero, a cambio de una hermosa bolsa de oro, ha dado como de costumbre un rodeo por la casa de vuestro teniente de policía.

El rey, sólo a medias convencido aún, se levantó para vestirse.

—Dime algo más: ¿qué sabemos a ciencia cierta?

—Un grupo de treinta a cuarenta franceses, entre ellos una mujer y un jefe militar con sombrero de plumas verdes, azules y blancas...

—Nissac y su hermosa esposa... —interrumpió el rey, comenzando a esperar que todo aquello fuera auténtico.

Bassompierre respondió:

—¿Quién si no, sire?

—Ah, Bassompierre: ¿cómo ha actuado el demonio de Nissac?

—Mezcló con inteligencia numerosas complicidades religiosas locales, pero la audacia estriba en atravesar el Bidasoa a nado, con la pólvora al hombro y el sable entre los dientes, en plena noche y bajo la lluvia.

—¡Cómo me gusta soñar en haberle acompañado! Bueno, Bassompierre, prosigue, me muero por oírte.

Tan excitado como su rey, Bassompierre prosiguió:

—Pues bien, sire, tras haber cruzado el Bidasoa a nado, atacaron el Fuerte de Fuego, pero por detrás, por donde los españoles, que no tenían ataque alguno, mostraban cierta negligencia.

—¡Por detrás...! Astucia digna de griego... contra los troyanos...

—Así lo hicieron, vuestra majestad. Al parecer hubo una violenta batalla en el interior del fuerte, donde los españoles opusieron vivísima resistencia. Se dice que, finalmente, Nissac se habría encerrado a solas en el polvorín y lo habría hecho saltar consigo, matando a los doscientos españoles de la guarnición.

El rey se acercó a Bassompierre hasta tocarlo y, lívido de pronto, preguntó:

—¿Cómo, Nissac ha muerto?

—¡Aguardad, sire...! Yo estaba ya en camino para daros tan consternante noticia

cuando llegó un mensaje con una paloma de *El dragón verde*, y decía lo contrario.

—¿Qué decía...? —preguntó Enrique IV con gran agitación.

—El mensaje, de la mano del almirante de Nissac, decía esto, sire: «Tortilla de champiñones españoles terminada, pero algunos comensales decepcionados por el festín me aguardan numerosos en Gibraltar. Rogad por nosotros, pues serán muy difíciles de convencer. Nissac, almirante».

—¿Por qué pasa de nuevo por Gibraltar?

—Ése es Nissac, sire, así está hecho y por eso le queremos.

—¿Cuáles son sus posibilidades, Bassompierre?

—Su situación es desesperada, sire.

—¿Qué sabemos de ello?

—Navíos de guerra españoles queman etapas, desde todas partes, dirigiéndose a Gibraltar. Navíos de refuerzo han izado velas en San Sebastián, Santander, La Coruña, Lisboa, Cádiz y demás puertos del Poniente para cortar la retirada a *El dragón verde* si cambiara de opinión... Una poderosa flota de apoyo está ya en camino desde Cartagena, para interceptar a Nissac si, milagrosamente, logra pasar Gibraltar.

—¿Qué podemos hacer por ellos?

—Lamentablemente, nada podemos intentar, vuestra majestad: nuestra marina es inexistente y el ejército no está listo aún. No debemos movernos.

—¿De qué sirve ser rey, entonces, si dejo que toda esa jauría acabe con aquéllos a los que amo...? —respondió Enrique IV con una profunda amargura.

Había que evaluar rápidamente la situación o no podría hacerlo nunca, pues estaría muerto.

Nissac estimó el dispositivo español. Le pareció inteligente, pero sin sorpresas.

Adquirió una pequeña ventaja en esa muy desigual batalla naval, al comprender que sería un violento duelo de artillería, y nada más; algo que no era exactamente lo que pretendía el almirante español. En efecto, éste acumulaba numerosas tropas en las cubiertas cuando Nissac mandaba tantos hombres como le era posible como refuerzo para los artilleros de *El dragón verde*.

Primera diferencia.

La segunda, que debe comprenderse como una ventaja que no era en absoluto desdeñable, se debía al hecho de que el almirante de Nissac había conseguido, una vez más, robar el viento a sus adversarios. Éstos, por una vez, no eran responsables de ello, al verse obligados a aguardar al conde de Nissac sin moverse, cuando el francés decidió doblar el estrecho en el mejor momento, cuando sus velas eran hinchadas por un potente viento que no amainaba.

Segunda diferencia, pues.

La tercera baza estaba en la artillería de *El dragón verde*, que superaba con mucho a todas las que existían en el planeta. Potencia, velocidad y modernidad la caracterizaban. A lo que se añadía un superior número de cañones, varios de ellos piezas pesadas que acababan de salir, nuevas, de los arsenales del señor de Sully.

Tercera diferencia, es evidente.

Finalmente, el cuarto as del almirante francés, que dejaría estupefactos a sus adversarios, había sido jugado algunos días antes, aunque sus efectos sólo se dejarían sentir en plena batalla. En efecto, para gran sorpresa de sus artilleros, el conde de Nissac había hecho colocar sus piezas muy cerca de la borda y modificar profundamente las cureñas. Así, en vez de que los cañones, fijos hasta cierto punto, formaran ángulo de noventa grados con el bajel, las piezas en cureñas rodantes barrían ciento ochenta, permitiendo disparar contra el navío adversario mucho antes de estar a su altura y, luego, perseguirlo a cañonazos. Un cambio tan brutal en la concepción de la artillería que nadie se atreverá a utilizarlo antes de que transcurra mucho tiempo. Coronando todo aquello, habían instalado dos cañones a popa que cubrían un ángulo de ciento treinta y cinco grados.

Cuarta diferencia, pues.

De pie en la toldilla, el almirante francés contó quince galeones españoles, lo que anunciaba un combate desesperado. Sólo una vez en la historia marítima reciente, es decir diecinueve años antes, se había presentado semejante caso durante la guerra anglo-española. En efecto, en 1591, ante las costas de Flores, en las Azores, el *Revenge* se había enfrentado, solo, con quince galeones españoles, pero fue capturado tras encarnizada lucha.

Los navíos de Felipe III de España, en cuanto divisaron las velas de *El dragón verde*, habían adoptado una formación de tres grupos de cinco galeones en fila, sin que cada uno se hallara a la altura de otro para evitar dispararse entre sí. Además, puestos en la entrada del estrecho, los navíos españoles, en esos tres ejes, no dejaban ninguna posibilidad de evasión a la nave francesa.

Nissac, en la toldilla, observaba los quince navíos con sus indescifrables ojos grises mientras su rostro permanecía, como siempre, inexpresivo. Sólo el segundo, Charles Paray des Ormeaux, había sido admitido a su lado. Entornando los párpados a causa de su mala vista, lanzó una mirada al pabellón flordelisado del reino de Francia. Pensando que había llegado su última hora, murmuró:

—Que Dios tenga piedad de nosotros y vele por este combate.

A lo que el almirante de Nissac, inmóvil aún aunque provisto de un muy fino oído, respondió:

—Esta batalla es, sin duda, una de las más complejas que yo haya conocido, señor Des Ormeaux. Por favor, no mezclemos en ella a Dios, que no suele simplificar las cosas.

El segundo enmudeció.



En el navío almirante de la flota española, el comandante contemplaba, con sentimientos contradictorios, a *El dragón verde*, que corría directamente hacia él. No dudaba ni un instante en mandarlo al fondo, sabía que obtendría de ello gloria y fortuna, pero, sin embargo, curiosamente, sentía cierto malestar en ser el hombre que pondría fin a la leyenda que tenía ante sus ojos.

En efecto, ahora, cuando veía el magnífico bajel francés, sus velas hinchadas, aquel dragón en la proa, de madera hermosamente esculpida y pintada de verde, pensó que la historia, a menudo más severa que los tiempos actuales, tal vez lo recordara como quien había hundido *El dragón verde*, aunque luchando quince contra uno.

Deseó que la ejecución del bajel de la Marina Real francesa se llevara a cabo en el más breve plazo.



Isabelle de Nissac se reunió con el almirante y el segundo en la toldilla. Se introdujo en ella sin decir palabra, pero con aquella decisión que tan a menudo emanaba de ella y que conmovía mucho al almirante, pues la condesa le hacía pensar

entonces en una niña.

Tal vez pensara que, a pesar de la predicción del cretense, iba a morir, ¿y cómo no pensarlo al ver tan desproporcionadas fuerzas...? Anclada en esa creencia, se había puesto un hermoso vestido de seda gris moteada de plata con una hermosa golilla y puños de encaje. Llevaba además medias de seda encarnada y una toca de terciopelo marino en la que se veía una pluma de avestruz negra sujeta por un broche de plata.

El almirante le habló con voz dura, que desmentía por completo su mirada tierna y amorosa:

—Encontraros en este lugar es muy peligroso, señora.

—Pero es mi lugar, a vuestro lado.

No intentó siquiera dar pruebas de autoridad. En eso, el conde de Nissac tenía una opinión muy distinta a la de su tiempo, cuando las mujeres no tenían palabra que decir, pensando, por el contrario, que Isabelle, cuya inteligencia admiraba, podía por consiguiente decidir si estaba en la toldilla mejor que en las cubiertas inferiores, donde tampoco estaría más protegida si la nave zozobraba bruscamente.

Y el hecho de que fuera una mujer no alteraba en un sentido u otro el juicio del almirante.

—Quince bajeles... ¿Cómo vas a hacerlo...? —preguntó ella más perpleja que ansiosa.

—Lo mejor posible.

—¿Tienes alguna idea para el combate?

—Tengo una idea bastante precisa.

—¿Y vas a decírmela?

—¡Claro que no!

Se volvió hacia ella, le sonrió y le puso al cuello una hermosa cadena de plata de la que colgaba un magnífico diamante tallado en tabla.

—Quería ofrecéroslo para celebrar el primer mes pasado juntos, pero la molesta presencia de estos galeones españoles apresura las cosas.

Ella lo besó con fuerza y a él le costó un poco separarse delicadamente de aquel contacto, murmurando:

—Te amo.

El señor Des Ormeaux, que por pudor acababa de retroceder dos pasos, se preguntó por qué la guerra buscaba, con tanta frecuencia en la historia de los hombres, querella al amor.



El almirante español suspiró satisfecho: *El dragón verde* había decidido pasar entre la fila de galeones de la izquierda y la del centro.

Buena suerte, pues en el ala izquierda, precisamente, había colocado sus nuevos navíos, apoyando así la creencia según la que, en cualquier dispositivo de batalla, es preciso tener un ala más fuerte que envuelva y aplaste al adversario al cerrarse. Ciertamente, en todo caso, el francés no tenía posibilidad alguna de escapar a la destrucción, pero, atrapado entre la hilera del centro y la de la derecha, las cosas hubieran sido menos claras: los navíos de la derecha, más antiguos, mucho más lentos, provistos de una artillería imprecisa y tripulaciones menos combativas, habrían tenido que unir todos sus esfuerzos para dañar suficientemente a su adversario y que la columna del centro, llegando justo después, concluyera con gran seguridad el trabajo.

El segundo se inclinó hacia el almirante.

—¡La suerte nos acompaña!

—Si Dios quiere...

El segundo, un alto español de anchos hombros que no dudaba ni un instante de la victoria, se acercó más aún para que los demás oficiales no oyeran sus palabras.

—¿No habrá lugar para la menor duda, señor almirante...?

La pregunta, extrañamente, tuvo un efecto liberador en el almirante, pues, ya dicha, existía, abandonando los inciertos y salvajes limbos del espíritu.

El almirante vio enseguida las cosas con mayor claridad:

—No, no hay duda y vamos a hundirlo. Pero miradlo...

El segundo observó *El dragón verde*, luego:

—Es..., era... realmente muy hermoso. Fino, de buena estampa, y es una lástima que no podamos capturarlo.

El almirante español hizo un gesto de enojo:

—Todo eso es cierto, pero no lo habéis mirado como es debido. Ved, parece correr sobre las olas, la roda no penetra profundamente en las aguas como en nuestros navíos... Sí, parece correr sobre el mar y semejante velocidad nos paraliza de impotencia. Habrá que tener cuidado con ese efecto. Ved, una de las grandes fuerzas de este navío es que, por su gran velocidad, parece dominar siempre, poder alejarse, regresar, golpear donde quiere, cuando quiere. Antes de librar batalla, *El dragón verde* ganaba ya la de los espíritus y el almirante francés que lo concibió debió de reflexionar mucho. Vamos, preparémonos pues...

El almirante, estupefacto, permaneció boquiabierto sin terminar su frase pues, ante las narices de su navío, *El dragón verde* acababa de virar y una formidable artillería, cuya existencia ni siquiera sospechaba, abría fuego.

Contra el navío almirante, es decir contra él mismo...

El almirante español, buen marino sin embargo, fue cogido por completo desprevenido al ver cómo *El dragón verde* cortaba horizontalmente su ruta abriendo contra él un fuego infernal.

Si hubiera dispuesto de tiempo, aunque no fue así, se habría tranquilizado convenciéndose de que, puesto que su navío se presentaba de frente, ofrecía poca superficie que pudiera atacarse, salvo la proa, el bauprés y, tal vez, el mástil de trinquete, el primero de los tres.

Pero las cosas no ocurrieron como hubiera podido pensar.

En efecto, habiendo instalado recientemente su terrorífica artillería que barría ciento ochenta grados y utilizando esta formidable ventaja, el almirante francés ordenó que abrieran fuego contra el navío, que, tras algunos cables, no estaba ya de frente sino que exponía peligrosamente una de sus bordas.

El almirante español quedó pasmado por la rápida cadencia de fuego del navío francés. En unos pocos suspiros, los tres mástiles de su navío estaban abatidos. Una nueva andanada arrasaba ya la cubierta, pulverizando en un confuso montón infantería y restos de mástiles y velas, que se teñían de rojo en contacto con los muertos y los heridos.

Pero el asombro del español no duró mucho más: una bala de cañón se llevó su cabeza y su hombro izquierdo, de modo que no vio cómo se hundía su barco.



El almirante conde de Nissac, al ordenar destrozar con su fuego el primer navío de la hilera del centro, no había actuado a la ligera, pues había reconocido el gallardete de un navío almirante.

El efecto deseado se produjo sin duda, pues en los demás navíos españoles, apenas comenzada la batalla, se desesperaban ya doblemente. Así, como en todos los ejércitos del mundo, se vivió una sensación de pánico al perder al comandante, a lo que se añadía el modo como se había producido el acontecimiento, pulverizando el navío almirante en un tiempo tan corto que nadie había visto nunca nada semejante, ni tampoco oído hablar de un final así en tan breve plazo.

Y entonces el navío francés, que en aquella breve batalla había navegado perpendicularmente a las tres hileras españolas, cambió bruscamente de rumbo para correr paralelamente, y a corta distancia, al encuentro de los galeones de la fila de la derecha que iba a remontar así, en toda su longitud, teniendo sólo el mar del otro lado.

Al actuar de ese modo, Nissac se veía protegido por sus presas del tiro de las otras

dos filas de galeones que, si hubieran abierto fuego, habrían alcanzado a los suyos.

Por añadidura, el almirante de Nissac, a la primera mirada, había advertido la debilidad de los navíos de la hilera de la derecha, demasiado antiguos, demasiado pesados, demasiado lentos y poco aptos para una maniobra de desenfilada.

Junto a Nissac, el segundo comenzaba a comprender las grandes decisiones de su almirante, y cómo entablaba ese combate, pero sentía cierta tristeza al comprenderlo sólo poco a poco, sin haber adivinado en absoluto la maniobra.

La condesa de Nissac, por su parte, sólo lanzaba breves miradas a los bajeles enemigos, cautivada completamente por el hombre al que amaba. La sorprendía que fuera tan tierno, delicado y apasionado en las cosas del amor y tan frío, inflexible y duro en la guerra. Se encontraba en grandes dificultades cuando intentaba superponer ambas imágenes. ¿Dónde estaba, en aquel instante, el conde de Nissac que aún la pasada noche se inclinaba sobre ella sonriendo, besando su pecho, demorándose en su bajo vientre, acariciándola, murmurando con su grave voz cosas hermosas y dulces?

Bajo su emplumado sombrero, los ojos grises y fríos eran de una extremada movilidad, advirtiendo detalles que nunca van a conocerse, previendo, especulando, adelantándose a las cosas a toda costa. El rostro parecía de pronto de gran dureza, con las mandíbulas prietas, la nariz aguzada y, siempre, aquella mirada fría en la que flotaba un ligero desprecio: ¿se obligaba a despreciar al adversario para poder mejor vencerlo de ese modo? ¿Llegaba hasta ese punto en el tratamiento que se infligía a sí mismo? Hablaba poco, órdenes breves, dichas con sequedad, que se repetían de inmediato.

Le pareció inmisericorde. Tras haber descubierto antes que todo el mundo aquella columna de cinco galeones bastante débiles en su aptitud para el combate, ordenó a sus artilleros que les destinaran de inmediato un tiro de enfilada.

El adversario se veía terriblemente desfavorecido por la posición fija de sus cañones, cuando el navío francés lo alcanzaba antes incluso de cruzarse con él.

Las órdenes del almirante se ejecutaron al pie de la letra y los cinco galeones españoles se encontraron sencillamente desmantelados; Nissac no se demoró en rematarlos. Los artilleros españoles, por su parte, entorpecidos en su tiro por el diluvio de fuego que brotaba de las baterías de *El dragón verde*, sólo consiguieron dañar parcialmente el velamen de éste.

Y cuando los capitanes de los cuatro bajeles del grupo del centro y los cinco de la fila de la izquierda iban a ordenar media vuelta para lanzarse en su persecución, *El dragón verde*, temerario hasta la locura, se les adelantó ante el estupor general.

En vez de huir, fue él quien dio una seca media vuelta. Una vez más, todo había sido diabólicamente calculado, pues, en vez de deslizarse entre las dos filas españolas, exponiéndose a un fuego cruzado, Nissac había decidido colocarse entre la columna que estaba en el centro y el mar, conservando así un flanco libre de cualquier peligro. Los navíos de la izquierda, por su parte, sólo pudieron cambiar de rumbo para intentar, sin gran esperanza, alcanzar al francés.

Entre los capitanes españoles, hombres de valor, dominaba la amargura. Todos tenían la sensación de que el francés les había burlado, fragmentando sus fuerzas y sin verse impresionado nunca por su gran número.

También esta vez, la misma causa produjo un efecto semejante, pues, disparando más allá de sí mismo, a *El dragón verde* le bastaba con remontar la fila, mientras que los infelices artilleros españoles, para disparar, debían esperar a que el francés apareciera ante sus cañones.

Las órdenes de Nissac, sin embargo, eran distintas y, detrás de sus piezas, los artilleros del navío de las flores de lis concentraban sus temibles disparos en los gobernalles, matando a los timoneles, arrancando los goznes, quebrando la barra y el grapón, que es una pieza de hierro que une la barra a la manual. Uno de los cuatro galeones, alcanzado sin duda en el polvorín, estalló cuando los otros tres, sin gobernalle, se dispersaban como ciegos en todas direcciones.

A pesar del desconcierto, algunos artilleros españoles hicieron fuego, sacudiendo a *El dragón verde*, que, tras haber dejado atrás a sus víctimas, huyó trazando un largo arco para virar. De ese modo, pasó muy lejos de la antigua columna de la izquierda, cuyos cinco navíos, intactos, no habían entrado aún en batalla.

Sin vacilar, los capitanes españoles dieron orden de iniciar la persecución, pues, cinco contra uno, consideraban que podrían aún acabar con *El dragón verde* y lanzar el grito de victoria que alcanzaría —¿quién sabe?— la costa y, luego, resonaría hasta El Escorial, donde Felipe III, ansioso, aguardaba noticias.



Habían alineado una decena de cadáveres en la cubierta de *El dragón verde*, donde el cirujano se afanaba, pues debía ocuparse de más heridos aún.

Entretanto, se reparaban toscamente telas y maderas en el galeón maltrecho por los disparos españoles. El almirante de Nissac, por su parte, observaba, lejano y silencioso, los galeones lanzados en su persecución.

Con inteligencia, los capitanes españoles de navíos agrupados se relevaban con frecuencia, unos a otros, a la cabeza de la formación, lo que aseguraba una gran velocidad al conjunto.

Paray des Ormeaux, Fey des Étangs, Sousseyrac, Valenty, Yasatsuna y la condesa estaban también muy apretados en la toldilla, intentando no ocupar demasiado lugar, y observaban todos, sucesivamente, al almirante y a los cinco poderosos bajeles españoles.

De los españoles nada había que pensar salvo que, con las velas intactas, ganaban ineluctablemente terreno. Del almirante no habrían sabido qué decir, su rostro no revelaba nada de lo que podía ocupar su espíritu.

Así, los hombres presentes sintieron un gran alivio cuando la condesa de Nissac, que no se andaba por las ramas, se atrevió a lo que nadie se había atrevido nunca a bordo de *El dragón verde*: a hablar al almirante mientras, encerrado en sí mismo, observaba al enemigo y buscaba el difícil sendero que conducía a la victoria.

Se expresó con una voz encantadora, casi alegre:

—¿Nos alcanzarán?

El conde de Nissac dio un respingo, muy sorprendido en efecto por lo que creía una costumbre establecida: que no se le molestaba cuando estaba pensando.

—La cosa es segura si no se intenta nada.

—¿Tendremos que combatir entonces...? —insistió la condesa.

—Si como vos pensáis nos alcanzan, será preciso en efecto librar batalla.

La condesa reconoció, a pesar de las dramáticas circunstancias, el brillo divertido en los ojos grises del conde. Y se sintió turbada y, muy enamorada, le hubiera gustado entonces besarlo y que la tomara en sus brazos.

Se contuvo sin embargo y, adivinando por intuición que, a diferencia de todos los reunidos en la toldilla, había encontrado una solución, preguntó:

—Sin duda no he hecho la pregunta adecuada...

Nissac sonrió.

—En efecto.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Bien. Otra cosa, entonces: ¿qué estáis haciendo durante casi una hora sin moveros en absoluto?

La voz del almirante se hizo más lejana:

—Observo el modo de navegar de cada uno de los cinco capitanes.

—¿Y qué habéis sabido?

—Basta con mirarlos: uno de ellos tiene el carácter más débil que los demás. Yo diría que siente miedo.



En ese estado vivía, en efecto, aquel capitán español que se habría sentido muy sorprendido al saber que su falta de mordiente, que nadie de su entorno advertía, no había escapado, por ínfimos detalles, al almirante de Nissac.

De antigua nobleza, aquel joven capitán no era, sin embargo, un cobarde, pero aquél era su primer combate y el francés con el terrible nombre de *El dragón verde* le parecía un navío sobrenatural con una tripulación de diablos. Nunca, aunque hubiera leído numerosas obras de marinería, había tenido conocimiento, en tan corto plazo, de dos navíos hundidos y ocho desmantelados e inmovilizados así.

El joven capitán, intranquilo, acababa de ponerse, a su vez, a la cabeza de la

jauría cuando se produjo algo increíble: *El dragón verde*, al que perseguían para acabar con él, llevó a cabo una rápida y soberbia media vuelta, muy corta, y luego, como un león herido, cargó fogosamente contra sus perseguidores.

Enloquecido, el joven capitán ordenó enseguida que viraran a babor y, siendo el pánico algo que se comunica con mucha rapidez, los otros cuatro galeones actuaron del mismo modo. Como si desfilara con soberbia insolencia, *El dragón verde*, aunque bastante dañado, dio entonces una lenta media vuelta puntuada por una salva de victoria y, luego, con las flores de lis al viento, puso rumbo hacia Toulon a toda velocidad.

Los cinco capitanes, superados, perdieron tiempo porque no deseaban colocarse en cabeza para reanudar la persecución, y demoraron tanto las cosas que el acoso se hizo imposible, pues el francés desaparecía ya en el horizonte.

Veinte minutos más tarde, la flota de socorro y la de persecución llegaron casi juntas, alineando diecisiete navíos procedentes de los puertos de Santander, La Coruña, Lisboa, Cádiz y Cartagena, pero, ante los desarbolados navíos, los que iban sin gobernalle y cinco más, que parecían haber abandonado la batalla, los capitanes, sospechando que Nissac costearía las riberas de África del Norte, infestadas de piratas, prefirieron renunciar a la persecución, cuando en realidad *El dragón verde*, mutilado, sin duda hubiera sucumbido ante su número.

Cuando se encontraba en el Arsenal, en compañía del señor de Sully, Enrique IV recibió la noticia que le llevaba François de Bassompierre con admiración.

En aquella ocasión, soltó una gran mentira:

—Siempre supe que conseguiría forzar el bloqueo y escapar a los españoles.

Bassompierre, que había sido testigo de la angustia de Enrique IV, no hizo comentario alguno y ni un solo músculo de su rostro se movió, aunque sintió clavada en él la escrutadora mirada de Sully.

Enrique IV, dirigiéndose a éste, lanzó:

—¡Ése es oro bien invertido!

—Contra España, el oro acaba siempre fructificando.

Pues, a pesar del éxito de aquellas violentas reyertas conducidas por el conde de Nissac, y que contribuía, al igual que la perniciosa acción del duque de La Force en la frontera, a preparar la guerra, el odio que Sully sentía contra la católica España no cedía.

El rey se volvió hacia Bassompierre.

—¿Qué se sabe?

—Un breve mensaje del conde de Nissac, que acaba de llegar, majestad: «¡Gracias por vuestras oraciones...! Hemos pasado por muy poco. Sufrido daños bastante importantes.

Regresamos a Toulon. Nissac, almirante».

—¿Y es todo?

—De Nissac, sí, sire. Pero, según nuestro espía en la embajada, los españoles han perdido dos navíos hundidos, ocho dañados, cinco que se zafaron y diecisiete que no quisieron iniciar la persecución.

El rey, que contaba rápidamente, inició una breve danza de alegría palmeando.

—Treinta y dos navíos contra uno, ¡y se les ha escapado...! Ah, que me den cien Nissac y el mundo entero será mío...

Feliz, añadió dirigiéndose a Bassompierre:

—Partimos de inmediato hacia Toulon y llegaremos antes que Nissac, pues quiero recibirlo personalmente.

Sully que, por su parte, no pensaba emprender semejante viaje, sonrió con malicia.

—Sire, D'Épernon se encuentra en una estancia contigua donde me espera para algo muy distinto. ¿Queréis verle...?

Divertido, el rey asintió y muy pronto D'Épernon hizo su entrada, siempre al modo de un comediante que sale al escenario de un teatro para representar su papel, poniéndose así en la piel de otro. Con la espada al costado, botas, espuelas en los talones, saludó con arrogancia y servilismo a partes iguales, pues, aunque fuera cortante, autoritario y francamente odioso fingiendo saber siempre lo que quería con

gran decisión, el duque no era sino víctima de perpetuos vaivenes y oscilaciones de carácter.

El rey adoptó un aire de gravedad.

—Me satisface mucho veros, D'Épernon, pues me hacéis mucha falta.

D'Épernon sonrió con bajeza, aunque pensara: «El cerdo hereje apesta a ajo y el sobaco le hiede ya por la mañana». Tomó sin embargo un aire amable para responder:

—Si puedo servirlos, sire, disponed de mí sin vacilar pues será para mí una enorme satisfacción.

Enrique IV inclinó la cabeza.

—Me dirijo al gran almirante de Francia.

Muy sorprendido, pues no lo esperaba, el duque repitió:

—¿Yo...?

—¿Pero cómo, no sois vos el gran almirante de Francia?

—Sin duda, majestad.

—Entonces tenéis que ayudarme a identificar un curioso navío.

—¿Curioso navío...? A mí me parecen todos curiosos, majestad.

—D'Épernon, cumplid con vuestro trabajo.

—Bien, sire. Hablad, obedeceré.

—Es un navío, en efecto, muy extraño... Sospecho, por lo demás, que se trata del mismo que incendió vuestros castillos de Beychevelle y Cadillac, del que hundió la Flota del Norte española, atrapada por los hielos, y que acaba, según me dicen, después de otras mil fechorías, de eludir toda una escuadra lanzada en su persecución por Felipe III, y no sin dañarla. Sabiendo que ese navío tal vez sea francés, averigüad qué ha sido de él.

Salió luego sin añadir nada, dejando al duque D'Épernon enfurecido al saber, por boca de un hombre al que odiaba, que el almirante de Nissac, a quien detestaba, había triunfado de nuevo.



Felipe III de España caminaba, pensativo, por su gran palacio de El Escorial. Gran claustro, jardines, albercas, la rotonda de la fuente, nada veía salvo a aquel mensajero que llegaba, con aire sombrío y grave, y en el que reconoció a uno de sus consejeros en asuntos navales.

Felipe III, que reinaba sobre el más poderoso imperio que nunca había existido en el mundo, tan vasto que el sol no se ponía en él, adivinó que la noticia era mala. Así pues, es posible gobernar un poderoso reino, someter pueblos, producir el terror levantando una ceja... y no poder acabar, sean cuales sean los medios empleados, con un galeón que enarbolaba los colores de Francia.

¡Los franceses...! A ellos se debería, antes o después, la caída o, más bien, el largo sopor que convertiría al primer país del mundo en una potencia que se encerraba sobre sí misma y periclitaba. Así eran las cosas, y Felipe III habría podido sonreír, pues todo el oro de las Nuevas Indias no era capaz de permitirle acabar con un simple navío de guerra.

—¿Ha sido un fracaso...? —preguntó el rey de España con voz apagada.

—Han fracasado, en efecto, majestad.

—¿Dónde está el francés?

—Ha doblado Gibraltar, rompió nuestra barrera y corre hacia Francia. Sin duda hacia Toulon, su puerto de amarre.

—¿Pérdidas?

—Dos bajeles hundidos y ocho que han sufrido grandes daños, majestad.

—¿Fue alcanzado el francés?

—Gravemente, majestad.

Felipe III sintió que no le decían toda la verdad y eso lo irritó.

—¿Pero cómo? ¿Qué os atrevéis a decirme...? ¿No eran quince los que se lanzaron al ataque?

El consejero de asuntos navales, bastante incómodo, agachó la cabeza.

—Cinco no reaccionaron, majestad.

—¿Qué queréis decir?

—Se vieron sorprendidos, majestad. Perseguían a *El dragón verde*, dañado, y ganaban terreno cuando...

Buscó las palabras sin imaginar cómo, al hacerlo, aumentaba la irritación del rey, que debió contenerse para no levantar la voz.

—¡Hablad...!

—Aunque alcanzado, *El dragón verde* dio media vuelta y cargó, de pronto, con tanta decisión, agresividad y desenfrenada violencia que sintieron miedo, se apartaron y, al haber perdido demasiado tiempo, no reanudaron ya la persecución.

—¿Qué os parece eso?

—Tan viejo como la guerra, sire. Todos pensaban que, si se entablaba el combate, el francés sería hundido pero arrastraría en su caída algunos navíos de vuestra majestad, y nadie quería ser uno de ellos.

El rey inclinó la cabeza; luego preguntó:

—¿Me lo habéis dicho todo esta vez?

El consejero para asuntos navales miró al rey. Lo había visto de niño y sabía que era desconfiado. Todo se comprobaría, pues, y no hubiera sido muy hábil mentirle ni siquiera por omisión. De modo que añadió:

—Un detalle humillante para nuestra flota, majestad. Tras haber hecho retroceder a nuestros bajeles, el francés, bastante descalabrado, no obstante, pasó ante ellos en un insolente y provocador desfile, disparando incluso una salva de victoria. Es..., es el detalle que más profundamente me hiere, sire.

El rey de España calló, con el espíritu ocupado por la actitud del comandante de *El dragón verde*. Atacar cuando se es débil, aparentar cuando no se es ya nada, atreverse a aquel desfile de victoria cuando se sabía derrotado de antemano en caso de enfrentamiento, el almirante de Nissac había ganado por la inteligencia y, contra eso, no hay nada que hacer.

Salvo admirar, tal vez, cuando, como Felipe III, en lo más hondo de su corazón, situaba la belleza de la actitud por delante de los intereses partidarios.

—Que se lleve de inmediato a los cinco capitanes ante los tribunales, acusados de cobardía frente al enemigo. Sabéis, espero, lo que para mí acarrea este tipo de falta.

El consejero para asuntos navales tomó mentalmente nota de que el rey deseaba una sentencia de muerte.

Pero Felipe III no había acabado aún, pues añadió:

—*El dragón verde* no existe. Puesto que no podemos hundirlo, lo evitaremos, eludiendo así el ridículo. No estamos, todavía, en guerra contra Francia y este navío acabará pagándolo.

Vaciló y, a media voz:

—Lo pagará. Dentro de cinco años..., dentro de diez años... No por venganza, además, sino porque, si España quiere sobrevivir, debe tener siempre la última palabra.

Inclinó la cabeza, satisfecho de sus decisiones, y prosiguió:

—La Flota del Norte no ha sido destruida por el almirante de Nissac, sino que los cascos de nuestros navíos se rompieron bajo la presión de los hielos. El Fuerte de Fuego no fue destruido por el almirante de Nissac, sino por la torpeza de uno de nuestros artilleros en el polvorín. Por lo que se refiere a los dos bajeles hundidos y a los dañados, la culpa no es del almirante de Nissac, sino de la flota berberisca, tres veces más numerosa. Que así se escriba en las crónicas. Cualquier otra versión que se rumoree en las tabernas, puertos, burdeles y cualquier otro lugar, por nuestros marinos, será castigada con la muerte. ¡He dicho!

En el puerto de Toulon, el rey Enrique IV, rodeado de gentileshombres, entre ellos el gobernador de Provenza, aguardaba ante una alegre multitud. Según los oficiales de rápidas y pequeñas embarcaciones costeras que habían salido de exploración, la llegada de *El dragón verde* era inminente.

Se presentó, en efecto, hacia mediodía, con su alta silueta aumentando a cada instante. En la multitud, en la que aguardaban mujeres y niños de los marinos, por nada del mundo se habrían perdido *El dragón verde* cuando regresaba, a veces, de larguísimas misiones de reconocimiento y destrucción. Con sus soberbias formas, su potencia y su gracia, era la joya de la marina de guerra francesa, el orgullo del puerto de Toulon y, cuando estaba amarrado, tanto el carbonero como el peluquero, el mozo de cuerda como el aguador, la dama de vida honesta o la puta de las «casas de niñas», como decían a veces por aquel entonces para referirse a los burdeles, a todos les gustaba admirar el gran navío que parecía una mascota —aunque siempre dispuesto al salto— tirando perezosamente de los cables que lo tenían cautivo.

A veces, se llevaba a los parientes que visitaban Toulon a ver *El dragón verde*, como la gran curiosidad del lugar. El almirante de Nissac autorizaba que se subiera a bordo y muchos visitantes no dejaban de hacer preguntas sobre los círculos blancos pintados en el bauprés, mástil inclinado por encima del estrave. Podían contarse ciento once y, al saber que cada uno de aquellos circulitos representaba una victoria, es decir un navío hundido, el vértigo se apoderaba entonces de ellos. Sin embargo, aquel día, todos los que estaban en el puerto sintieron que el regreso de *El dragón verde*, por muy victorioso que fuera, en nada se parecía a los demás.

Y los más viejos marinos, de corazón endurecido sin embargo, los soldados acostumbrados a la muerte, el propio rey, todos sintieron una gran pena al comprobar el estado del valiente navío.

Las velas estaban acribilladas por la metralla, y algunos agujeros no habían sido aún remendados. El mástil de contramesana, en la popa del navío, estaba roto a la altura de un hombre. Algunos estays habían sido seccionados, la cebadera estaba hecha jirones, obenques, rebenques y flechastes en muy mal estado, el propio casco había sido alcanzado por las balas de cañón... y cuanto más se lo miraba, descubriendo nuevas averías, más se adivinaba la violencia de la batalla.

Por fin, junto a los colores reales, en el palo mayor, ondeaba una larguísima bandera negra de luto con treinta y una cintas de seda negra que representaban a los oficiales, soldados y marinos muertos desde el comienzo de la misión en los hielos del Texel.

La multitud, ansiosa de pronto, buscó al hombre al que toda la ciudad adulaba y lo vio en la toldilla, con el rostro hosco y los ojos grises que parecían reflejar una gran indiferencia para mejor disimular sus sentimientos.

El almirante de Nissac, junto al que estaba la condesa Isabelle, miraba al rey.

Éste se sintió molesto. Y tanto más cuanto no había nadie en el mundo a quien el monarca hubiera podido explicar que esta larga misión, considerada imposible, había tenido antaño, como objetivo, la muerte de Nissac, y brotaba, en su origen, del malentendido de Fontaine-Française.

Pero el rey no hubiera podido ser rey si se hubiese encerrado en la melancolía, de modo que sólo quiso considerar el lado bueno de las cosas, pues, fueran cuales fuesen lutos y pesadumbres, Nissac, que representaba a su rey y su país, había triunfado en todo y contra todo de un modo deslumbrante.

España había sido gravemente humillada. Ciertamente, seguía siendo una muy gran potencia, pero frágil ante la audacia, y todas las cortes de Europa sabían, pues los agentes de Enrique IV se habían encargado de eso, que Francia no era ajena a las desgracias que afectaban a Felipe III.

Finalmente *El dragón verde* se inmovilizó junto al muelle.

Vestidos con gran cuidado, recién afeitados, los marinos y soldados abandonaron el navío. Descendieron primero los que llevaban a los heridos en parihuelas, lo hizo luego la tropa flanqueada por sus oficiales.

Desfilaban en impecable orden entre un pesado silencio, con los tacones de las botas golpeando los muelles. Luego, un marino distinguió a su prometida entre la multitud. Ambos eran muy jóvenes y se amaban mucho, de modo que, sin darse cuenta y en lo que dura un suspiro, dando un paso hacia ella, dirigiéndole una sonrisa y guiñándole el ojo, el joven logró cambiar por completo la atmósfera.

Repentinamente ansioso, el joven se volvió hacia la toldilla y miles de ojos siguieron expectantes su mirada, pero el almirante de Nissac, con una difusa sonrisa en los labios, inclinó la cabeza y a la gravedad le sucedió de inmediato un estallido de júbilo popular. Se arrojaban centenares de flores sobre los vencedores que desfilaban. El rey, viendo que sus rudos marinos y soldados adornaban con claveles los cañones de sus mosquetes y arcabuces, sintió una gran emoción en aquel ambiente, que era el suyo, mucho más que el de los cortesanos, y no pudo evitar que las lágrimas acudieran a sus ojos mientras se estremecía de la cabeza a los pies.

La vida y la belleza prevalecían, pues fueran cuales fuesen los rostros de los soldados y marinos, que regresaban victoriosos y sonrientes de las fronteras del reino de los muertos, todos parecían hermosos.

Al pasar ante la tribuna real, los tambores que iban en cabeza redoblaron mientras las banderas y los estandartes se inclinaban ante el monarca y los oficiales del galeón desenvainaban la espada.

Finalmente, seguido por los oficiales más cercanos, es decir Paray des Ormeaux, Sousseyrac, Fey des Étangs, Valenty y el señor Yasatsuna, pudo verse al conde de Nissac, almirante de los mares del Levante, que llevaba a la condesa de la mano, gesto casi infantil que dejó desarmados todos los corazones.

La muchacha resplandecía de belleza, con un vestido de terciopelo azul sembrado de estrellas de plata. El conde seguía fiel a sí mismo, elegante y felino, con los ojos

grises levemente irónicos, las hermosas plumas blancas, verdes y azules de su sombrero ondeando bajo la caricia del viento.

Enrique IV, que lo miraba con ternura, pensó cómo le hubiera gustado tener un hijo semejante. Sintió amistad y profunda admiración hacia aquel hombre que ocultaba bajo su actitud altiva sentimientos de gran humanidad, un hombre que hubiera tenido que morir veinte veces y regresaba victorioso, sonriente y modesto. Había sobrevivido a todo, triunfado una vez tras otra, y parecía aceptar como pago de tantas penas la simple alegría de regresar a su puerto de atraque llevando de la mano a la mujer que tanto amaba.

Empujando a la sorprendida guardia, derribando una barrera, el rey se adelantó y, ante los gritos de alegría de la multitud y los soldados, se dirigió hacia Nissac estrechándolo contra su corazón.



El rey sólo había aceptado en su mesa al conde de Nissac, la condesa y, a despecho de Guisa, gobernador de Provenza, Bassompierre.

Era, por parte del monarca, una idea excéntrica, pero cuando descubrió en el puerto una casa con una vista espléndida y una pequeña terraza sombreada por un emparrado de glicinas, solicitó al propietario del lugar, un abogado, que aceptara prestar su casa al rey de Francia para una cena con sus amigos.

El hombre creyó que se desvanecía de felicidad, pues, precisamente, desde la mañana, sólo deseaba que el rey se fijara en él.

Sudando bajo un sombrero de castor y un abrigo de paño de Berry, había cedido el lugar con mil carantoñas y el rey sintió así la satisfacción de sentarse a la mesa ante el almirante y su bella esposa contemplando el impresionante navío que le inspiraba mil sueños y cuyas poderosas baterías imaginaba escupiendo un implacable fuego contra el enemigo.

Hacía muy buen tiempo, soleado, agradable, con el cielo muy azul y vacío de nubes, y las glicinas rumoreaban por encima de los comensales bajo la caricia de una ligera brisa.

Haciéndose servir los platos de una excelente posada, el rey había querido que le prepararan los manjares del país. Se deleitaba con aquella cocina bastante sazónada en la que no faltaban las especias y el ajo, que le gustaba mucho, que allí ponían hasta en el corazón de las hortalizas. Quiso probar varias clases de aceite, de oliva, de nuez, de cañamón o de nabo, que se prefería algo rancio para que tuviera más sabor. Finalmente, bebieron el vino rosado de Provenza y su frescor encantó al rey.

El apetito satisfecho daba paso, en el monarca, a otros sentidos, pero procuró no mirar en exceso a la condesa, ni recordar sus nalgas, cuya firmeza, brevemente y a

qué precio, había comprobado. Por lo demás, para más tarde, había tomado ya sus disposiciones con la exuberante esposa de un armador, cuyo marido parecía muy encantado del homenaje real por venir.

Enrique IV se sentía a gusto en compañía de Nissac teniendo ante los ojos *El dragón verde*, que tiraba de sus amarras como un caballo de su roncal.

Sin embargo, el rey no estaba en absoluto seguro de que lo que debía decir al almirante le gustara, pero, puesto que la cosa era inevitable, no quiso demorarla más.

—Nissac, vuestra admirable aventura ha sido muy comentada en toda Europa, pero si nadie ignora que os encontráis detrás de tantas hazañas, hemos sido lo bastante hábiles para que no puedan identificaros aportando pruebas, salvo en el asunto de Gibraltar, donde rompisteis el bloqueo; pero de eso sin duda nunca se hablará, pues, además de que la escuadra española no queda en un lugar muy agradable, podríamos alegar el derecho a hacerlo puesto que, indebidamente, os impidieron el paso.

—Por lo tanto tuve que forzarlo un poco, sire.

El rey sonrió y prosiguió:

—Me gustaría pues que lo que voy a deciros sea recibido, por vuestra parte, como un consejo y no como una orden.

El rey esperó un instante, pero el almirante se guardó mucho de responder.

Enrique IV prosiguió:

—Me gustaría que os olvidaran un poco. La agitación con España continuará, hace ya algún tiempo que dura en la frontera de Navarra, mantenida a petición mía por el duque de La Force, y en caso de guerra, violará la frontera sin grandes dificultades, pues el ánimo de los españoles no es bueno porque están bastante abatidos tras la explosión del Fuerte de Fuego...

El conde de Nissac adivinó que el rey no había terminado, pero, aun así, creyó que era su deber precisar:

—Sire, comprendo que deba mostrarme discreto por algún tiempo, pero no demasiado, sin embargo, pues se prepara contra vos un funesto proyecto y se me ha dicho que podría ser de cierta utilidad en desbaratarlo.

—Lo sé, Nissac, y que la conspiración es mucho más peligrosa que las precedentes. Sé también quién dirige las fuerzas que quieren hacerla fracasar, donde la Iglesia, puesto que ella desea protegerme en esta ocasión, desempeña el papel principal. No ignoro que D'Épernon dirige esa pandilla de traidores y asesinos. En fin, no dudo de que seríais una excelente ayuda, pero me sería agradable, lo repito, que os olvidaran por algún tiempo y que descansarais.

—Se hará como deseáis, sire. ¿Y hasta cuándo desea vuestra majestad que me esconda como una rata?

Enrique IV rió con franqueza, pues en esta ocasión Nissac casi lo igualaba en mala fe:

—«Esconderte como una rata» es excesivo... Dos, tres, tal vez cuatro semanas...

Reflexionó y anadió:

—Que os vean el primero de mayo será ya aceptable. ¿No podríais aprovechar ese plazo para hacer, en un lugar secreto, reparaciones en *El dragón verde*?

—Ciertamente, sire.

Satisfecho, el rey inclinó la cabeza, pero, extrañado de que las cosas hubieran sido tan fáciles, fue de pronto presa de la duda:

—¿En qué lugar pensáis?

—Un lugar que me gusta, sire, discreto como deseáis: la isla de Aix.

—Está ante las costas de Rochefort, en el mar de Poniente.

—¡Caramba, es cierto!

Divertido, el rey prosiguió:

—¿De ese modo tendríais que volver a pasar por Gibraltar?

—Por sorpresa, sin ser visto por los españoles: la cosa sería, efectivamente, de gran efecto, sire, pues al saberlo se sentirían muy ofendidos.

Al rey, por su carácter, le gustaba mucho este tipo de provocación. Dio su conformidad y precisó:

—Sully os hará llegar mástiles, velas, oro y todo lo que necesitéis.

Luego, bajando un poco la voz:

—Pero no penséis sólo en vuestro navío... Nissac, os quiero en la mejor condición pues voy a necesitaros: la guerra es inminente y voy a deciros por qué...

FIN DE LA TERCERA ÉPOCA

Cuarta época

La muerte de un rey

Mayo de 1610...

El hombre de pelo rojo y aspecto de vagabundo, aquél que evocaba al diablo en los malos caminos, tenía treinta y dos años de edad. Nacido en Angulema, de elevada estatura, hinchado vientre e imponente corpulencia, tenía una gran nariz y unos ojos hundidos que le daban un rostro inquietante.

Su padre, ujier, era un borracho a quien el vino volvía violento y que había encontrado la muerte junto a los partidarios de la Liga, que por aquel entonces se llamaba Santa Unión.

Su muy hermosa ciudad natal, defendida por sólidas murallas, dominaba el valle. Podía verse, a lo lejos, el Lemosín y la Champaña de Charente. Sin embargo, por dos veces, los hugonotes habían invadido la ciudad. Habían arrasado el campanario de la catedral de San Pedro, cuidando de romper todas las vidrieras, muy antiguas, habían incendiado iglesias, capillas, conventos y abadías, destrozado las sepulturas, violado las tumbas y abrevado sus caballos en las pilas de agua bendita.

Para colmo, las dos hermanas del muchacho se habían ido a vivir lejos muy pronto, de modo que a los doce años se convirtió en lacayo para ayudar a su madre, a la que amaba con locura.

El niño no entendía ya el mundo. Demasiadas violencias e injusticias, demasiado pronto en su vida, demasiado horribles para que pudiera llegar a olvidarlas. Aunque fuera joven, reflexionó y decidió, con rabia, que sus desgracias tenían una única causa, tanto la muerte de su padre, como la ruina de la familia, el triste estado en el que se encontraba la ciudad medio destruida o la mirada triste de su tan querida madre, eran obra de los herejes, esos hugonotes que traían Sodoma y Gomorra a la tierra de Francia, la depravación y el vicio de una nueva Babilonia que insultaba a Dios y a sus fervientes servidores.

Así, cuando a la muerte de Enrique III le sucedió Enrique IV, uno de esos herejes causantes de todos sus males, fue presa de la rebeldía y el odio.

Decidió entonces matar al rey, a quien consideraba relapso y apóstata, y ya nada, nunca, lo apartó de aquel detestable pensamiento. Pero, de momento, el hombre miraba sorprendido a los conjurados. Llevaban ricas ropas y cubrían sus rostros con extraños capirotos de satén negro que caían, por un lado, sobre los hombros y, por el otro, coronando sus cabelleras, terminaban en un cono cuya forma le pareció inquietante.

Advirtió así, no sin contrariedad, que en la persona de dos de los conspiradores se ocultaban... conspiradoras, vestidas una con un rico traje de tela de Holanda adornada con piedras preciosas y realzada con encaje de Brabante y la otra con un vestido de satén negro de Milán, brocado en plata a modo de bordado.

Aunque había sido conducido hasta allí con los ojos vendados y fuertemente escoltado por cuatro malandrines, y fuese por otra parte consciente de la gravedad del

momento, tuvo que contener una sonrisa cuando quien parecía ser el jefe se dirigió a él con su voz sibilante. Pues aquel señor, aquel muy alto señor, había pensado en ocultarse, pero no en disimular su voz, de modo que reconoció al instante al duque D'Épernon. El hombre no solía mostrarse vanidoso, pero, si todos los que estaban reunidos en aquel lugar secreto eran de la misma importancia que el duque, se encontraba en presencia de la élite del reino de los lises.

Distraído por sus pensamientos, el hombre prestó oídos a las palabras del duque D'Épernon:

—Has sido elegido y es un gran honor para ti, que eres hombre del pueblo. Dios te ha elegido y, por sus propios caminos, nos ha hecho saber esta elección. Tú matarás al hereje que se convirtió a nuestra fe para mejor arruinarla. Siembra la duda y la turbación. ¿Cuántos buenos católicos extraviados toleran, ahora, la libertad de culto de los malditos hugonotes...? ¡Demasiados, demasiados con mucho...! ¡Y es obra suya...! El tiranicidio no es una obra de asesino... Recuerda a Jacques Clément, que mató a Enrique III, amigo de los herejes, y de cómo le ama el pueblo, que venera su memoria y no lo considera un asesino sino un santo...

El hombre escuchaba aquellas palabras. En todo se adecuaban a lo que pensaba ya el niño cuya vida había sido destruida por los del partido hugonote conducidos por el renegado de Bearn.

D'Épernon observó con gran satisfacción al hombre, a quien en el fondo despreciaba, pero que asentía simulando estar de acuerdo. Prosiguió:

—Lo sabemos todo de ti. Quién eres, de dónde vienes, lo que piensas, lo que quieres y, también, tu magnífico destino cuya medida no sabes muy bien evaluar... El pueblo te venerará como a un libertador.

El hombre asintió muy convencido.

Satisfecho, el duque D'Épernon prosiguió con voz atronadora:

—Nunca, nunca, ni que fueras martirizado por el verdugo, debes hablar ni decir nombre alguno... Nunca debes apartarte de esto: sólo tú has decidido castigar al hereje falsamente convertido. ¡Absolutamente solo...! No tienes ningún cómplice, ninguna amistad. Si hablaras, te encontraríamos en lo más profundo de las cárceles mejor guardadas para darte una muerte infamante que te arrebataría para siempre el amor del pueblo. Por lo que se refiere a tu alma..., a tu pobre alma...

D'Épernon agachó la cabeza, como súbitamente abrumado y, luego, de pronto, dirigió un dedo vengador hacia el hombre y, con voz cada vez más aguda:

—Entonces quedarías maldito y condenado por los siglos de los siglos y hasta el fin de los tiempos...

El hombre retrocedió presa de temblores y sin poder ocultar su terror:

—¡No... no...! ¡Nunca, jamás de los jamases, señores...! ¡No hablaré nunca...!

—¡Ve entonces!

El hombre salió.

Bajo su capirote, el embajador de España esbozó una mueca que no podía verse y

preguntó:

—¿Le concedéis así vuestra confianza?

D'Épernon hizo un gesto de desprecio al recordar al hombre de pelo y barba rojos que acababa de abandonar la estancia.

—Su mano no temblará. Este loco irá hasta el fin de su destino.

El embajador preguntó con voz fría:

—¿Tiene nombre?

—¡Ravaillac...!



Entretanto, a algunas leguas de allí, se acercaba a caballo el almirante de Nissac en compañía de la condesa Isabelle, su esposa, Valenty, Sousseyrac y el señor Yasatsuna.

Se dirigían a París, de regreso de la isla de Aix. A París, donde debía representarse el último acto, no sin grandes sorpresas, de esta aventura.

En etapas menos rápidas y tras haberse puesto los engañosos uniformes de un regimiento de Bretaña inexistente, avanzaba la tripulación de *El dragón verde*, salvo diez hombres encargados de custodiarlo en el puerto de Ruán, su astillero de origen.

Iban a las órdenes de Paray des Ormeaux, Fey des Étangs, el teniente D'Orville, amigo de la Iglesia, y una docena de oficiales más.

Nissac no sentía su espíritu en paz, no se sentía seguro, en estas conspiraciones y contraconspiraciones que se entremezclaban entre sí, de comprender bien todas las cosas.

Sólo una cosa, al margen de la amenaza de asesinato en la persona del rey, parecía segura: se dirigían a una guerra que, sin duda, sería la mayor del siglo.

El rey le había revelado así un acontecimiento que había pasado desapercibido para los pueblos, pero no para las cancillerías de Europa. En efecto, un año antes, el 25 de marzo de 1609, había muerto Juan-Guillermo de Clèves y, con el transcurso de los meses, iba envenenándose la cuestión de su sucesión en los ducados de Clèves, Berg y Juliers, que ocupaban una situación única, pues se hallaban en la encrucijada entre el obispado de Lieja, los Países Bajos españoles y las Provincias Unidas.

De inmediato, habían aparecido en Europa pretensiones y, para contrariar a los Habsburgo, Enrique IV había apoyado de inmediato a distintos pretendientes, mucho más legítimos por lo demás: el marqués Juan Segismundo, margrave de Brandeburgo, y Felipe-Luis, conde palatino de Neoburgo, ambos, con gran indignación de España, de religión reformada.

España no quería ceder, y no cedía. Francia se mostraba inquebrantable. Se armaba.

Así, los preparativos de guerra iniciados con gran actividad un año antes iban a desembocar en aquel mes de mayo de 1610. Del lado francés, todo parecía en perfecto orden, ya sea con el duque de La Force cerrando los Pirineos, el mariscal de Lesdiguières, en Lyon, que sólo aguardaba una orden para invadir el Piamonte y, en Châlons-sur-Marne, dispuesto a ponerse en marcha al primer redoble de tambor, un formidable ejército de cien mil hombres con los colores de los lises de Francia, que debía derribar, irresistiblemente, a los españoles.

En un breve aparte, Bassompierre había añadido que al rey no le gustaba demasiado que los españoles ofrecieran hospitalidad al príncipe de Condé, marido de la señorita de Montmorency, a la que Enrique IV amaba con locura aunque sólo tuviera quince años. Pues, en este asunto, el rey se sentía engañado; habiendo elegido él mismo el esposo de la señorita de Montmorency, ese príncipe de Condé que, para nadie era un secreto, prefería los hombres a las mujeres, en cuanto se hubo casado se mostró empecinadamente celoso del rey, hasta el punto de raptar a su jovencísima esposa y refugiarse entre los españoles, encantados, claro está, de hacerle aquella jugarreta al rey de Francia.

Nissac suspiró y espoleó a su caballo, contrariado por las nubes que se amontonaban en el cielo de Francia.

Luc de Fuelle, el abate de Corte, primo del barón Stéphan de Valenty y hombre muy fiel al futuro duque de Richelieu, obispo de Luçon, por lo demás, recibió a Nissac y a los suyos en la posada del Pez Dorado, cercana al río Sena. En aquel lugar, sentados a la mesa, podían ver las torres de Notre-Dame.

Cuando hubieron comido, el abate los llevó a una mansión particular que sería su base mientras permanecieran en París para intentar dar severos golpes a los conspiradores.

La mansión particular, situada en la calle Galande, necesitaba algunas obras, especialmente en el techo, pero por ello, y porque era algo vetusta, en el barrio no se concedía demasiada importancia a quienes allí se alojaban.

Además, Nissac estaba satisfecho, pues en aquel lugar podrían instalarse todos sus oficiales y grandes establos esperaban a los caballos.

El conde se alegró de recuperar a *Flamante*, su alto caballo negro y ciego que los jesuitas del padre Cotton, confesor del rey, habían llevado hasta allí desde la provincia.

El almirante de Nissac, que no se separaba de la condesa Isabelle, se dirigió así con el abate de Fuelle hasta los establos y preguntó por el lugar donde se alojaría la tripulación de *El dragón verde*.

Luc de Fuelle movió la cabeza.

—La cuestión fue muy difícil, pues había que alojar a casi doscientos hombres, pero gracias a una discreta petición del rey, se ha dispuesto de un viejo castillo en el Faubourg Saint-Jacques. Incluye un gran parque donde se instala un campamento para el falso regimiento bretón. Desde aquel lugar, a caballo y al galope, es posible llegar al patio del Louvre en menos de diez minutos.

El conde de Nissac, preocupado, preguntó:

—¿Pero a quién pertenece ese castillo?

Mirando a la lejanía, el abate respondió con una voz en la que no habitaba pasión alguna:

—La Iglesia de Francia sabe mostrarse acomodaticia cuando se trata de servir a la Corona...

Isabelle de Nissac tomó entonces la palabra:

—Muy bien, hablemos pues de ello: ¿cómo queréis que la sirvamos...? ¿Qué esperáis de nosotros?

El abate no ocultó del todo su irritación ante el hecho de que una mujer estuviera tan estrechamente ligada a esos asuntos. Pero evitó herir el orgullo con una respuesta demasiado tajante, eligiendo sin embargo hablar sólo con el conde de Nissac, para no tener que hacerlo con su esposa.

—La idea de un final victorioso no preside en absoluto, lamentablemente, todo el asunto. El rey tiene la certeza de que lo matarán, hagamos lo que hagamos u

organicemos para impedirlo.

El almirante de Nissac, debido a su carácter, no apreciaba ni mucho ni poco el anuncio de una derrota antes incluso de que se librara el combate. Y con cierta dureza, aunque también con una pizca de humor, preguntó:

—¿Por qué me habéis hecho venir, pues, cuando los berberiscos del Levante deben de añorarme mucho?

El abate, que miraba un ratón en la paja del establo, pareció salir bruscamente de un sueño.

—Señor almirante, digámoslo de una vez: ¡no se os encarga impedir el asesinato del rey!

—Muy bien, ¿pero quién se ocupa de eso?

—La policía secreta y... diferentes fuerzas a las que no conozco por completo, aunque estoy muy cerca del meollo del asunto.

—Cometéis un gran error dispersando vuestras fuerzas.

—¿Un error?

—No, una falta. Es absurdo.

—¿Absurdo...? ¡Esa palabra es muy fuerte!

—Absurdo y ridículo.

Nissac advirtió el ratoncillo gris y añadió:

—Tan ridículo como un cocodrilo rojo, una ardilla verde o un mirlo azul.

—¡Oh, un mirlo azul, qué cosas...! ¡Un mirlo azul: ése sería un pequeño horror...! Y, por añadidura, un ave depravada de costumbres inciertas, no cabe duda de ello...

—Dejemos al mirlo azul, no me gustan las historias avícolas.

Nissac tosió y volvió a lo esencial:

—Una vez más: ¿por qué me habéis hecho venir?

Al abate de Fuelle no le gustaba que lo acuciaran, pero el almirante lo impresionaba en exceso para pensar en irse por las ramas.

—Deseamos que les propinéis duros golpes, es nuestra única esperanza de desbaratar la conspiración. Ved, si derrotáis a parte de los conjurados, o a sus tropas en todo caso, se encontrarán entonces en un estado de gran incertidumbre que no será propicio a su empresa. Y tal vez pudiéramos entonces lograr que renunciaran... Sí, tal vez... Vos y vuestros hombres, solos en este caso, podéis intervenir con gran rapidez y discreción, y eso necesitamos precisamente.

—¿Y dependeré de vos para saber a quién, cuándo y dónde debo golpear?

El tono no era de franca camaradería, y el abate no se equivocó al responder en un tono empalagoso:

—Pero, señor almirante, el papel no carece de grandeza...

La condesa, que no podía aguantar más, fue la primera en responder:

—Mayor sería aún, este papel, si supiéramos algo más, pues el conocimiento de las cosas en nada perjudica a la inteligencia que de ellas puede tenerse, de modo que

las posibilidades de éxito parecen entonces mayores.

El almirante lanzó a la mujer a la que amaba una mirada en la que se mezclaban la admiración y la ternura, y aquella mirada contrastaba con la del abate, muy negra, cuando respondió con frialdad:

—¿Qué queréis saber, señora?

—El modo como piensan manejar el asunto.

Luc de Fuelle dedicó de nuevo su atención al encantador ratón que, en la paja, se había levantado y se lamía las patas delanteras. El abate detestaba a los ratones, aunque menos, sin embargo, que a los horribles mirlos azules que acababa de descubrir.

Explicó:

—Dispondrán tres círculos de acero y muerte alrededor del rey. En el primer círculo está el asesino, que se llama Ravillac y a quien no sabemos dónde buscar. En el segundo círculo de metal y muerte podrá verse a un grupo de seis o más que, fingiéndose coléricos, matarán al tal Ravillac después de su crimen, para que no hable. Finalmente, en el tercer círculo maldito, se encontrará un grupo de cincuenta hombres, por los alrededores, vestidos de aprendices, mozos de cuerda, bateleros, pañeros y cualquier otro oficio que puedan imaginar. Esos cincuenta, si las cosas no fueran como han previsto los conspiradores, se arrojarían sobre el rey, matando a los hombres, mujeres y niños que encontraran a su paso.

—¡Empezaremos por éstos! —respondió con sequedad el conde de Nissac, que nada detestaba tanto como anunciar sus planes, aunque no veía cómo actuar de otro modo.

—Eso si sabemos dónde encontrarlos, y la cosa puede depender de vos, señor abate —prosiguió Isabelle, más gélida que frío se había mostrado Fuelle.

—¡Lo sabréis! —afirmó Luc de Fuelle.

Nissac lo dudaba, contando mucho más con sus propios medios. Añadió no obstante:

—Deseo también que se me mantenga informado.

—Lo sabéis todo, D'Épernon, el embajador de España y todos los demás.

—Quiero más.

—¿Qué? —preguntó el abate con un brillo irónico en la mirada, debido a la superioridad que le daba su conocimiento de cosas que el conde ignoraba.

Pero éste, e Isabelle más aún, eran demasiado agudos para no advertir tal cosa, y Nissac, actuando no sin lógica, preguntó:

—Por ejemplo, ¿a quién ha visto últimamente el duque D'Épernon?

—A un tal Lepeyron, de quien dicen que ha vivido en Bohemia, pero no importa, es un tipo medio loco que perteneció al clero y lo abandonó, devorado por una ambición atemperada sólo por su cobardía. En cualquier caso, al parecer celebra misas negras y se entrega a otros sortilegios que parecen la nueva pasión del duque D'Épernon.

—Iremos a ver al tal Lepeyron, pero antes quiero hablar con el señor de Richelieu.

Unas arrugas de contrariedad aparecieron de inmediato en la frente del abate:

—Eso no es cosa fácil...

—Pues será necesario, sin embargo, o mis hombres y yo volvemos a embarcar de inmediato en *El dragón verde*.

Luc de Fuelle sintió que el almirante no cedería en este punto.

—De acuerdo, lo arreglaré.

—¿Algo más? —preguntó Nissac.

—Una última cosa. Según el hombre que hemos infiltrado entre los conjurados, vuestro nombre ha sido mencionado. Saben quién sois, lo que habéis hecho por el rey y, tal vez, adivinan lo que haréis. Sería prudente pues que no salierais solo como habéis hecho hasta hoy.

Nissac sonrió a Isabelle.

—No estoy en absoluto solo y la espada de la señora condesa vale por cualquier otra, y de las mejores... Pero sigamos hablando de quienes dirigen la conspiración.



En la posada del Asno Muerto, espadachines y hermosas putas se mantenían algo apartados de una mesa donde, hablando a media voz, estaban Dieulefit, que mandaba la banda, Levrault, que lo secundaba en este oficio, y Juan de Sotomayor, coronel de caballería enviado por el rey de España para matar al conde de Nissac.

Con la mirada fija en una jarra de clarete, Juan de Sotomayor dijo en tono siniestro:

—El conde de Nissac ha vuelto a la ciudad de París con algunos de sus oficiales. Los poderosos señores que han jurado su muerte han actuado deprisa, pues sabemos ya dónde se aloja el almirante y su señora con un puñado de oficiales.

—¿De qué lugar se trata? —preguntó Dieulefit sin demostrar impaciencia.

—Una mansión particular de la calle Galande. Un edificio bastante destartado.

Dieulefit y Levrault intercambiaron una mirada y, luego, dijo el jefe de la banda del Asno Muerto:

—El lugar es favorable para una emboscada, pues está cerca del Sena por donde a veces vaga una niebla tenaz. Además, se puede llegar por el Pont-Neuf, la calle Saint-Jacques y la plaza Maubert, sin mencionar las callejas perpendiculares a la calle Galande. Pero es arriesgado, pues, con Jehan de Bayerlin, el tal Nissac es el mejor espada del reino.

—No hay que darle pues la menor oportunidad y acabar rápidamente —respondió el español, cuyo carácter lo hubiera llevado a preferir, y con mucho, un

enfrentamiento leal.

Dieulefit, hombre muy versado en los combates y en los hombres, esbozó una vaga sonrisa y, luego, no sin ironía, preguntó:

—¿Rápidamente, para que vuestra noble alma no se atormente más por emplear a gente tan vil como nosotros para una empresa tan abominable?

El coronel español clavó una feroz mirada en el antiguo marqués hugonote:

—No he dicho eso, ni lo diré nunca. No os encuentro en absoluto vil, sea cual sea el estado en el que habéis decidido vivir.

Dieulefit inclinó la cabeza para ocultar su turbación, su emoción incluso: estimaba a ese español, y no solía sentir algo parecido por quienes lo empleaban.

Así se hacía la historia en el reino de Enrique IV, donde el canalla mostraba a veces cierta nobleza cuando la nobleza se revolcaba en el lodo. Pero en ambos campos, a la sombra de las flores de lis, crecía la deletérea hiedra de la traición.

Vittorio Aldomontano, monje sin rostro muchas veces maldito, había acercado a París su temible guardia personal, con vistas a un acto final en el que pensaba engañar a unos y otros.

El oro corría por sus manos, de modo que no le fue difícil alquilar una antigua posada, entre Ivry y París, donde hizo disponer los sótanos como celdas con barrotes. A los albañiles y herreros empleados para ello, tal cosa les pareció extraña, pero, además de sentir un gran terror ante aquel rostro que parecía el de un cadáver recién salido de la tumba, las bolsas que se les ofrecieron los incitaron a no desear saber más.

Sería peligroso negar que el ambrosiano de rostro y alma igualmente repugnantes tenía cualidades de primerísimo orden. Así sucedía con su aguda inteligencia, nunca cogida en falta, con su gran dominio de sí mismo, que siempre le había impedido entregarse al pánico, aunque no conseguía evitar sus terribles cóleras, y finalmente con su extraordinario instinto.

¡El instinto, ante todo el instinto!

Todo, en su ser, gritaba ya victoria, y sabía sin dudar que, esta vez, Enrique IV perecería por el hierro. Pero sabía también que iban a chocar dos pequeñas tropas que sólo tendrían un objetivo, matar a los de enfrente. Un combate sordo, al abrigo de las miradas de la mayoría, de aquellas vanas multitudes... Nada de llamadas, nada de gritos de alegría o dolor, sólo el gemido de los moribundos y los sordos rugidos de quienes propinaran los golpes. A uno y otro lado, obstinados dadores de muerte, competentes y silenciosos.

Lanzó una mirada a sus tres alobados, que devoraban a dentelladas una cierva apenas cocida: no estarían de más para protegerlo, pues los hombres del rey serían tenaces. No temía en absoluto la policía secreta, a la que hábilmente había hecho infiltrar por D'Épernon, sino a aquel conde de Nissac, a quien consideraba un adversario excepcional, tanto más peligroso cuanto no buscaba oro, ni honores, ni prebendas, lo que impedía hacer presa en él.

—Sí, es más de temer por ello... —masculló el ambrosiano.

Muerto el rey, Nissac no renunciaría a perseguir a sus asesinos, menos por venganza que para servir a la justicia y la moral. Nadie, entonces, estaría al abrigo del almirante y los poderosos del «círculo de los doce apóstoles» menos que los demás.

El monje sin rostro fue distraído unos instantes por Rojo, que comía sin gran apetito. Esto le produjo una pasajera contrariedad, pues deseaba a sus alobados en el mejor estado posible para que le protegieran bien.

Luego advirtió la inanidad de todo aquello. ¿Protegerlo...? Realmente no pretendía vivir o, en todo caso, sobrevivir a su obra. ¿Matar a Enrique IV...? Ciertamente, habría podido valer como defensa de la religión, pero ya no tenía religión alguna, pues todo se había visto barrido en los últimos meses. No creía en

Dios, ni en el diablo, aunque sentía un pequeño prejuicio a favor del último. Pero, para él, después de la muerte no había nada, salvo la podredumbre, el estado de momia, el polvo y el vacío.

Sólo permanecía en él el interés de haber imaginado una conspiración semejante, cuya segunda parte nadie conocía, de haber cuidado los detalles y unido, para la circunstancia, a poderosos que se odiaban. Aquel interés halagaba su inteligencia y bastaba para su satisfacción. A lo que se añadía el placer extraño, pero muy vivo, de que la historia no conocería el nombre de aquél sin el que Enrique IV habría vivido, es decir él mismo, sino sólo el de un pobre de espíritu llamado Ravillac, como había otros miles en el reino de los lises, y cuyo único mérito consistiría en el hecho de dejar caer un brazo armado.

La impostura que creaba lo complacía, no se cansaba de ella mientras todo lo demás, en su vida, se gastaba con tanta rapidez dejándolo infeliz, incierto y deshecho, sudando de un miedo cuya causa ignoraba.

Ni siquiera el saqueo de las aldeas, con su cortejo de crímenes, violaciones y robos, lo divertía. Ni tampoco aquellos estúpidos curas crucificados en las puertas de las iglesias y quemados vivos. Carecían de agudeza, eran parecidos a bestias de carga, y arrebatarles la vida en nada aumentaba la suya.

Le hubiera gustado convencerse de que su horrendo rostro era la causa de su hastío de vivir. Cansado, asqueado por la bajeza de los hombres, lo estaba ya mucho antes de que Rojo se arrojara sobre él para morderle el rostro.

¡A qué profundo tedio le había expuesto el vivir! Si le hubieran consultado antes, habría rechazado desdeñosamente la oferta.



Hacía fresco aquel día de mayo, y el pueblo, huraño, se dirigía a sus ocupaciones.

La víspera, una muy gran bandada de cuervos, por encima del Sena, los había inquietado. Hoy, se decía que en Notre-Dame un murciélago había dado varias veces la vuelta al oficiante, hasta tropezar. Y más señales aún, en los días precedentes, ensombrecieron los corazones, tan portadores de desgracia parecían.

Pero otros, entregados a un oscuro combate, no tenían tiempo para detenerse en esos malos presagios.

Así, mientras Isabelle aguardaba en una elegante carroza que el rey había puesto a disposición de Nissac, éste entraba en la iglesia de Saint-Médard donde lo aguardaba Luc de Fuelle, que le indicó un confesionario.

Tras una breve vacilación, Nissac entró en él. Veía muy mal el rostro detrás de la reja, apenas sus contornos de gran nobleza. La voz era enérgica y Nissac sospechó que se trataba de la del obispo de Richelieu, a quien Luc de Fuelle servía.

Richelieu hablaba con rapidez:

—Ya conocéis la conspiración que se trama y no ignoráis que sólo vos podéis, si no impedirla, puesto que la traición es general, no nos queda tiempo y carecemos de todo, sí al menos intimidar a quienes la organizan. Sé quien sois, Thomas de Nissac.

—Y es una gran ventaja, pues yo conozco muy pocas cosas de vos.

—Es preferible. Tenemos poco tiempo, conde, de modo que me apresuraré a hacer mi relato. Por lo demás, Luc de Fuelle os ha hablado ya de ello y sé que esta conversación no tiene más objetivo que verificar mi buena fe.

Vaciló un instante y prosiguió:

—De todas las conspiraciones urdidas contra el rey, ésta es la más grave porque en ella se mezclan intereses muy distintos que por primera vez coinciden en un objetivo común: matar a Enrique IV.

—¿Por qué no habláis de ello con su majestad, aunque lo sepa ya?

—No ignoráis que su majestad nada quiere oír en cuanto sabe que quieren matarle o, si desea hablar de ello, no quiere hacerlo conmigo. Además, el rey no me aprecia en absoluto.

—Y os guía sólo vuestro amor al prójimo, ¿no es eso?

El obispo de Richelieu titubeó ante la agudeza del conde y, luego, con una voz que dejaba adivinar su cólera:

—Ciertamente. Aunque no sea todo. Atacando al rey, atacan el Estado y debilitan el país. ¡Es inaceptable!

Richelieu aguardó una respuesta que no llegó. Se sintió por ello muy irritado, y más aún al tener que disimularlo, pero el almirante de Nissac despertaba en él cierta turbación, pues desprendía una impresión de fuerza que nada parecía poder alterar.

—¿Bueno...? —preguntó Richelieu.

—¡Salgamos de este lugar, que no me gusta! —respondió Nissac levantándose.

El obispo de Luçon tuvo que aceptarlo, sabiendo ya que algún día se vengaría de aquella pequeña humillación.

Fuera, se acercó una mujer a la que Nissac presentó como su esposa. Richelieu la encontró bonita, de modo que evitó mirarla de frente por más tiempo. Además, no era hora de hacerlo. En efecto, si quería que Nissac le sirviera en su ambición por aparecer como un buen defensor del rey, debía convencerlo primero.

—Almirante, no sospechéis en mí malicia o disimulo. Soy, ciertamente, prudente, pues el enemigo está por todas partes; pero os hablo a vos con gran franqueza porque tenéis mi confianza.

—¿Por qué? —preguntó el conde clavando en él la dura mirada de sus ojos grises. Richelieu se había preparado para la pregunta.

—Vuestra lealtad a la Corona no admite la menor duda. Y no os estremecéis ante la calidad de los conspiradores, pese a que algunos nombres produzcan vértigo.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios del almirante.

—La señora de Nissac y yo tenemos cierta experiencia del vértigo.

Isabelle se ruborizó, Richelieu también pero, sin embargo, prosiguió:

—Pongamos las cosas en el peor de los casos que, dada la apatía del rey, es por desgracia el más probable, e imaginemos que sea asesinado. Dejemos entonces de lado la profunda tristeza que suscitaría, tanto en vos como en mí, semejante acontecimiento y veamos que, después de semejante acto, la imagen del Estado se ve alterada. Enrique III asesinado, Enrique IV asesinado, ¿os dais cuenta...? ¿Acaso tendremos temerosos monarcas, agazapados en su torreón y que no se atrevan a tomar la menor decisión por temor a disgustar y a armar, así, el brazo de algún asesino?

—Ser rey es aceptar lo peor.

Richelieu escrutó los indescifrables ojos grises del almirante, pero fue el primero en bajar la mirada.

—¿Qué queréis decir?

—Es aceptar no ser comprendido, ni amado, y vivir en la mayor soledad, pues un rey no tiene amigos, por deber. Es aceptar, también, disgustar y ser asesinado, pues un rey debe tener una sola preocupación, el bien público.

Richelieu miró atentamente a Nissac. Le gustaban aquellas palabras y pensó, de pronto, que lo que se estaba diciendo de un rey podría, algún día, valer para un primer ministro.

Se felicitó también de que Nissac no tuviera ambiciones políticas, pues con su inteligencia, su alta cuna y su valor con la espada, podría llegar a la cumbre. Sin embargo, Richelieu pensó que, si conseguía dar cuerpo a su ambición, tendría que alejar a Nissac tanto como le fuera posible. Mantenerlo lejos, en los mares, y acallar la leyenda viviente en la que se estaba convirtiendo.

Richelieu creía ser un agudo zorro de Corte y temía a aquel lobo solitario.

Sin embargo, sonrió con falsía.

—Apruebo lo que acabáis de decir y voy a vuestra misión. No estáis en absoluto encargado de impedir el asesinato del rey, otros se ocupan de ello y supondría distraer peligrosamente vuestras fuerzas. Vos debéis demostrar que nadie pretende impunemente asesinar al rey, que semejante empresa es peligrosa, que en ella se pierde la vida antes e, incluso, después de que se haya cometido el abominable acto. De ese modo, podéis desbaratar la conspiración, pero, si tiene éxito, castigando a los responsables impediréis, en el tiempo futuro, que se repita nunca.

—¡Os he oído! —respondió Nissac, empleando a propósito un tono que no era el de la mayor convicción.

Richelieu lo había decepcionado, de modo que prefirió pensar en su propia visión de las cosas. La coronación de la reina, que tanto había tardado, tendría lugar el 13 de aquel mes de mayo, asegurando así, le sucediera al rey lo que le sucediese, la continuidad del poder.

Así pues, al día siguiente, Enrique IV se convertiría en la presa que debía cobrarse.

Mientras andaba por un apartado corredor de una hermosa mansión del faubourg Saint-Germain para dirigirse a una de las últimas reuniones de los «doce apóstoles», el ambrosiano fue detenido por el cardenal Mathieu de Bellany, que parecía aguardarlo, aunque fingió lo contrario.

Diríase que el cardenal estaba decidido a utilizar la autoridad que le confería su rango eclesiástico.

—Somos sólo dos representantes de la Iglesia en esta asamblea, de modo que quitaos, por fin, el capirote como yo prescindo del mío.

Eso hizo el cardenal, que sin embargo ignoraba que el ambrosiano sabía perfectamente quién era, pues había aprobado su reclutamiento por el duque D'Épernon, que se lo consultó.

—¡Os toca a vos! —ordenó el cardenal con gran impaciencia.

—¿Lo deseáis realmente? —respondió el monje con su molesta vocecilla.

—¡Os lo ordeno! —soltó el cardenal con tanta mayor vehemencia cuanto no se sentía cómodo.

El ambrosiano reflexionó.

¿Qué razón empujaba al cardenal a querer conocerlo, infringiendo, en nombre de un derecho jerárquico discutible en semejantes lugar y situación, la regla de oro de los conjurados? Varios de ellos se habían quejado ya de advertir a su alrededor la presencia de gente de la policía y, tras ellos, espías de variado aspecto cuya insistencia en seguirlos no dejaba duda alguna sobre la tarea que los ocupaba.

El monje desfigurado hubiera podido permitirse un fácil efecto quitándose con vivacidad el capirote de penitente y provocando, con la exhibición de su horrendo rostro, el espanto del prelado. Actuando así, habría satisfecho su afición a sumir a los demás en una situación de malestar. Sin embargo, en aquella ocasión, supo contener su deseo, pues el envite le parecía de la mayor importancia: tal vez hubiera un espía del rey en la conjura y, de ser así, era de la mayor urgencia desenmascararlo.

Sin decir palabra, se quitó lentamente el capirote. Sin sorpresa, advirtió el gesto de espanto del cardenal. Sin pasión, la reacción no le complació en absoluto.

Sobreponiéndose, el cardenal de Bellany preguntó:

—¿Pero qué os pasó?

—Un alobado medio loco, una noche de luna llena, se arrojó sobre mí mientras intentaba devolverlo a Dios, y devoró mi nariz, mis labios, mi mejilla, se tragó uno de mis ojos y provocó los daños que podéis ver.

El ambrosiano se guardó mucho de revelar que había sido la curiosidad, y no la fe, lo que lo había empujado hacia la criatura. A lo que se añadía, mal formulada aún en aquella época, la idea de que semejante monstruo podía ser útil a su ambición. Así, no sin hipocresía y sintiendo cierta complacencia en la mentira, añadió:

—Sufrí, sufro aún, pero cumplí al menos con mi deber.

El cardenal quedó pasmado ante semejante abnegación, o lo que interpretó como tal, pues siguió al ambrosiano hacia la sala alta donde se celebraba la reunión.

El secreto encuentro de los conjurados no aportó ninguna novedad, y algunos sospecharon que el duque D'Épernon la había convocado por el mero placer de escucharse discurriendo, a menos que fuera para darse valor, pues estaban, ahora, muy cerca del instante en el que habría que emprender la acción definitiva que decidiría la suerte de cada cual, y la del reino.

Los conjurados salieron con una discreción algo fingida, pues, en su mayoría, se habían acostumbrado a que no los molestaran tras sus encuentros, pero simulaban ante los demás que se tomaban muy en serio las medidas de prudencia.

Uno, sin embargo, tomó la precaución de vigilar muy bien los alrededores, y éste era el cardenal de Bellany.

Apenas se hubo metido en su carroza cuando el ambrosiano, con un movimiento de cabeza, se lo indicó a un oficial de la milicia que, entonces, se puso a seguirlo.

Contrariamente a los espías de la policía que actuaban por cuenta del rey, los reclutados por el monje desfigurado eran gente de gran talento, laboriosamente elegidos entre otros mil.

Esta vez, el espía advirtió que, al salir de la reunión secreta, el cardenal de Bellany se entrevistó en lugares distintos con el jefe de la policía y con Luc de Fuelle, acompañado por el padre Joseph.

El ambrosiano, cuando se lo comunicaron, encontró en ello tres razones para aplicar el único castigo que conocía: la muerte.

Había que determinar de qué modo y con qué refinamiento, pero semejantes cuestiones encantaban al monje desfigurado, al que, en esta materia, le gustaba dar libre curso a su fértil imaginación.



El almirante de Nissac y la condesa salieron de la mansión particular de la calle Galande acompañados, tras la insistencia de Luc de Fuelle, por Sousseyrac, Valenty, el señor Yasatsuna y Fey des Étangs, que había llegado a rienda suelta llevando un despacho de Paray des Ormeaux, quien traía a marchas forzadas, desde Ruán, la tripulación.

Se presentaron a las dos de la tarde en casa del tal Lepeyron, de quien se decía que estaba muy versado en magia y que iniciaba en ella al duque D'Épernon.

El hombre se sintió encantado al ver entrar en su casa a aquellos señores ricamente vestidos, y también a la dama que los escoltaba.

Sólo Nissac habló. Con certera inspiración, explicó que sus amigos y él habían formado una pequeña sociedad secreta, pues se sentían atraídos por las cosas

infernales cuyo mérito es romper la monotonía de la existencia.

Hablando así, fortalecía en Lepeyron la creencia de que estaba tratando con señores ricos y ociosos, ligeros y bastante estúpidos. Concluyó de ello que le sería bastante fácil manejarlos a su conveniencia y enriquecerse a sus expensas. Un último punto, sin embargo, impedía aún el buen desarrollo de aquel plan, de modo que Lepeyron se mostró conciso:

—Todo eso está muy bien, señores y hermosa dama, y puedo satisfaceros en todo; pero no carece de riesgos hablar de algunos temas, de modo que debo, antes de acceder a vuestra petición, haceros una sola pregunta: ¿quién os envía?

El conde de Nissac fingió una brusca turbación.

—En verdad, no nos envía nadie. Pero alguien que me es cercano me habló de vos.

Lepeyron reflexionó unos instantes.

—Resulta halagador, pero insisto en mi pregunta porque si tengo confianza en ese «alguien», tendré confianza en sus amigos.

—Es que no estoy seguro de que deseara que pronuncie su nombre...

—Sin embargo, será necesario, señor, pues debo mostrarme prudente. Pero sabed que quedará entre nosotros y que vuestro amigo, a quien me honra servir como vos decís, no sabrá nada de ello.

—Sea. Se trata del señor duque D'Épernon, gran almirante de Francia.

Y, tras esas palabras, mientras Lepeyron, nervioso, ponía el mentón en su mano, el conde de Nissac derramó el contenido de una buena bolsa sobre la mesa.

El hombre observó con gran satisfacción las monedas de oro, luego posó en Nissac una mirada servil.

—Voy a contároslo todo.

Mientras hablaba, metía de nuevo ya las monedas en la bolsa y la depositó, muy deprisa, en una jarra de estaño.



Juan de Sotomayor, coronel de caballería en el ejército del rey de España, Levrault, mano derecha de Dieulefit, que mandaba la temible banda del Asno Muerto, y una quincena de espadachines aguardaban, en la calle Saint-Leu, donde vivía Lepeyron, que se pretendía hechicero y recibía, en aquel preciso instante, a Nissac y sus amigos.

Esta vez, el español, rodeado de diecisiete buenas espadas, no dudaba de que el asunto terminaría victoriosa y rápidamente, pues el almirante francés, además de por su mujer, iba acompañado sólo por cuatro de sus oficiales.

Sotomayor situó a sus espadachines. Doce se hallaban en la tienda de un sastre al

que amenazaron, y sólo aparecerían tras una señal. Los demás discutían en la calle en pequeños grupos, pero todos rodearían a Nissac y a los suyos en cuanto salieran de la casa del supuesto mago.

Lo único que molestaba a Sotomayor era la estrechez de la calle Saint-Leu, en la que no podían permanecer mucho tiempo discutiendo sin acabar llamando la atención.

Sotomayor suspiró. Matar a un hombre valeroso, y además con un número de atacantes que no le daba posibilidad alguna al almirante, lo asqueaba. Para sí mismo, se trataría de un asunto de vida o muerte, y no hubiera actuado del modo como había decidido hacerlo, pero, al servicio de su rey, no podía andarse por las ramas, aunque lo hiciese a regañadientes.

Deseó acabar rápidamente. Abandonar aquel París demasiado frío y poblado, recuperar el sol de España. En cuanto los adoquines de la calle Saint-Leu enrojecieran con la sangre del almirante de Nissac y sus compañeros, montaría a caballo.

Pero no dudó de que nunca más recuperaría, ya, la paz de su alma.



Al cardenal de Bellany le pareció que dos jinetes, uno a la derecha y el otro a la izquierda, acababan de desmontar para situarse junto al hombre que conducía su carroza.

Y aquella impresión se convirtió en certeza cuando, asomándose, distinguió dos caballos sin jinete mientras un tercer jinete, sin abandonar su cabalgadura, alcanzaba diestramente a los dos enloquecidos animales.

El cardenal se vio sumido, enseguida, en una gran perplejidad, aunque no duró demasiado. En efecto, arrojado desde el exterior por la ventanilla abierta, algo rodó a sus pies.

Inclinándose, el cardenal descubrió la ensangrentada cabeza de su cochero.

Lanzó un aullido que se ahogó casi de inmediato, pues un hombre, con una agilidad propia de una criatura sobrenatural, se introdujo en el interior de la carroza desde la parte delantera.

Llevaba en la mano una daga ensangrentada.

Bellany quiso tirarse de la carroza para huir del asesino y de su cómplice que, ahora, debía de conducir el tiro.

Sin embargo, y sin que comprendiese la razón, el cardenal de Bellany nunca tuvo fuerzas para llevar a cabo aquel acto.

Permanecía inmóvil y fascinado.

Ante él, Rojo no dejaba de mirarlo...

El almirante de Nissac estaba anonadado, no por lo que le enseñaba Lepeyron, que se decía mago, sino porque el duque D'Épemon fuera lo bastante loco, o lo bastante bobo, para escuchar semejantes idioteces.

Ciertamente, siempre hay que conocer bien al adversario para vencerlo mejor, pero el almirante consideraba que había oído ya suficiente y, por otra parte, pensaba que el tal Lepeyron no representaba en absoluto un peligro para la Corona.

Sin embargo, el almirante se inclinaba, en todo, a buscar la perfección, de modo que se obligó a escuchar y a preguntar, con gran paciencia, a su interlocutor:

—Os he escuchado, señor, pero decidme, ¿cuántos son esos diablos?

Con los ojos iluminados y aspecto goloso, Lepeyron respondió a media voz:

—¿Su número exacto, monseñor?

—Si faltan uno o dos, no os lo tendré en cuenta.

—Bien. En las cifras que se manejan...

—¿Qué significa ese «se»? —interrumpió Nissac.

Lepeyron pareció asombrado. En verdad no lo sabía y nunca se había hecho la pregunta.

Mintió pues con gran desvergüenza:

—Eso, lamentablemente, no puedo revelároslo.

—Sea, proseguid.

—Así pues, según estas cifras que muestran que el Maligno no está solo, existirían setenta y dos príncipes de las tinieblas y siete millones cuatrocientos cinco mil novecientos veintiséis diablos divididos en ciento once legiones, cada una de ellas con seis mil seiscientos sesenta y seis secuaces.

Nissac, que contaba muy de prisa debido a su amor por las matemáticas, movió la cabeza.

—La cuenta no sale, señor. Los secuaces multiplicados por el número de legiones, aun añadiendo los setenta y dos príncipes de las tinieblas, forman un total de setecientos treinta y nueve mil novecientos noventa y seis. Nos faltan seis millones seiscientos sesenta y seis mil novecientos veintiocho secuaces. Sin embargo, semejante rebaño de diablos y secuaces, vagando a orillas del Loira o en la ciudad de París, no debieran escapar a una mirada atenta.

Lepeyron nunca había verificado sus cifras, de modo que respondió:

—Sin duda, monseñor, pero hay algunos diablos que recorren a su manera su camino, pues no les gusta vivir en grupo porque tienen mal carácter.

—¡Ya veo...! —replicó Nissac, y añadió—: Pero el diablo en jefe, el que manda a tan numerosa compañía, ¿cómo reconocerlo?

Lepeyron inclinó la cabeza más de veinte veces, lo que hizo temer a Nissac y a sus amigos que estuviera bruscamente hechizado, pero no era así, porque el mago prosiguió:

—Es muy hábil, monseñor, y cambia muchas veces de aspecto, como un camaleón. Puede vérselo pues como serpiente, lobo, sapo, cuervo, gato negro...

—¿Y nunca como un pavo relleno? —preguntó Fey des Etangs.

Lepeyron lo ignoró, prosiguiendo:

—En ocasiones importantes, se le ve como un jinete negro que toca el cuerno.

Nissac pareció pasmado.

—Qué extraño es eso... Pero si toca el cuerno para llamar a los siete millones cuatrocientos cinco mil novecientos veintiséis diablos distribuidos en ciento once legiones de seis mil seiscientos sesenta y seis secuaces, a lo que deben añadirse millones de diablos revoloteadores, corre el riesgo de tocar el cuerno hasta escupir el último jirón de sus pulmones, ¿no os parece?

—No corre ese riesgo, monseñor, pues el diablo tiene dos erizos en lugar de pulmones.

—¡Así nada bajo el agua, pues! —comentó Nissac con aire entendido.

—¡Eso es...! —respondió el otro desprevenido.

El almirante preguntó entonces:

—Y a ese jinete negro que toca el cuerno, ¿se lo reconoce de otro modo?

—¡Ciertamente...! Su cuerpo es hediondo y mugriento. Sus manos y sus pies engarfiados. Además, está lleno de pelos y tiene patas de asno.

—¡En efecto, lo reconoceré de lejos! —comentó Nissac.

Isabelle, silenciosa hasta entonces y divirtiéndose con semejantes tonterías, preguntó a su vez:

—¿Pero adónde va así el diablo de patas de asno?

Lepeyron adoptó un aire entendido, como si el diablo y él tuvieran una gran intimidad, viejos amigos que no tienen secretos el uno para el otro:

—¡Al aquelarre, caramba...! Al aquelarre, que es una gran fiesta que da por la noche el demonio.

Fey des Étangs que, como los demás, se guardaba mucho de mostrar su burla, preguntó:

—¿Se trata del célebre aquelarre que tanto miedo da al pueblo sin que se sepa, en verdad, lo que ocurre exactamente? Pero vos, señor, vos que sois por raro privilegio amigo del diablo, nos lo diréis por fin...

Lepeyron, hombre vanidoso, se sintió halagado. Viendo, sin embargo, todos aquellos rostros recorridos por la diversión que se apoderaba de la asistencia minuto a minuto, se equivocó al creer ver en ello la manifestación de una especie de revelación.

—El aquelarre es anunciado, siempre, por el propio diablo, que toca una corneta que sólo pueden oír los brujos y las brujas. Así, las noches de tempestad o de luna llena son, muchas veces, una llamada de Satán. Tras ese anuncio, se reúnen en alguna encrucijada batida por el viento del norte o en un campo en el que haya caído un rayo. Los brujos, felices cuando vuelven a ver a sus compañeros, se frotan el cuerpo

con unguento; luego, Satán aparece bajo el aspecto de un cerdo negro. Lleva un cirio en la frente.

—¿Con el fuerte viento del norte? ¡Eso sí tiene mérito! —advirtió Sousseyrac.

Lepeyron decidió ignorar aquellas palabras y prosiguió bajando la voz:

—Satán lleva pues el cirio en la frente. Brujos y brujas se acercan para encender los suyos, que lanzan de inmediato ardientes llamas azules. Con los cirios encendidos, las brujas se arrodillan detrás del cerdo negro para besarle los cojones y el culo.

—¡Es una guarrada! —observó Fey des Étangs mientras la señora de Nissac soltaba, no sin vehemencia:

—¿Por qué son las mujeres..., las brujas, las que besan las partes que habéis mencionado de ese cerdo...? ¿Por qué los brujos están dispensados de tan repugnante tarea?

—¡Lo ignoro, señora! —respondió con prudencia Lepeyron reanudando el hilo de su historia—: vienen después danzas frenéticas en las que los tullidos recuperan sus piernas mientras las mujeres abortan. Finalmente, todo termina en una gran orgía de la compañía y, a menudo, fascinados por el mal, algunos sacerdotes se unen a las ceremonias infernales, pues los contrarios se atraen a veces.

El conde de Nissac permaneció largo rato en silencio, luego preguntó:

—¿Conocéis algún brujo, señor?

Lepeyron se sintió de pronto incómodo ante la mirada de aquellos dos ojos grises que parecían registrar lo más profundo de su ser, de modo que decidió responder con franqueza:

—Uno, al menos eso afirma, pero acabará colgado y por algo muy distinto. Recorre por las noches las calles de París y voy a deciros con qué designio. Se afirma que se trata de un sifilítico que se venga de las mujeres. De una toesa de alto, se oculta en las sombras y, cuando brota de ellas como un gigante de piedra, produce tan fuerte impresión de terror que las mujeres quedan paralizadas y no se atreven a gritar ni intentan huir. Cuando la locura se apodera de él, lo olvida todo, e incluso la brujería en la que es excelente, pues lo he visto hacer aparecer una paloma en su mano, vacía un segundo antes... Así pues, toma a las mujeres entre sus poderosos brazos. Lleva un sombrero de plumas negras que le oculta el rostro, de modo que las infelices sólo recuerdan su aliento, que huele a cebolla, pues besa a las mujeres en la boca aunque comete, también, fechoría más grave... Sí, hurga en su delantera^[16] con la mano cubierta con un guantelete de hierro erizado de púas, produciendo así espantosas heridas y grandes sufrimientos. En la ciudad de París lo llaman «el palpador».

—¿Interesa a mi amigo el duque D'Épernon?

—Y en grado sumo. Pues le dije al señor duque, que me escuchaba como estáis haciendo vos mismo, que el Palpador, conocido como brujo, hacía correr también el rumor de que se había convertido en alobado.

—¿Alobado? —preguntó la señora de Nissac, sorprendida.

Lepeyron explicó enseguida:

—Es casi imposible encontrar uno vivo, pues, apenas capturados, se los quema vivos con gran rapidez. Pero tal vez el Palpador diga la verdad, pues los alobados son a veces brujos. La cosa se llama licantrópía y se refiere a alguien que cree transformarse en lobo. He visto el cadáver de uno de ellos, en Meaux. Habría podido pasar por un hombre ordinario de no ser por sus dientes, muy largos, hermosos y blancos. Aquél, muerto de un arcabuzazo en el corazón, disparado a quemarropa, tenía ojos de loco y las uñas negras, muy largas, sin duda para hundirse en la garganta de sus víctimas. Quienes lo mataron dijeron que, antes de morir, brincaba y saltaba con la destreza de un mono.

Nissac sintió que estaba muy cerca de algo interesante, relacionado con D'Épernon, claro, de modo que insistió:

—¿Qué haría el duque D'Épernon con un alobado si resulta tan peligroso domesticarlo?

Lepeyron inclinó la cabeza.

—Ésta es, monseñor, una pregunta que también yo me he hecho. El señor duque quería saber siempre más sobre el tema, que le apasionaba mucho. Pero, en todo lo que le dije, sólo algo lo afectó.

—¿Qué?

Lepeyron sonrió de modo irritante, manteniendo un burlón silencio.

—¡Quiere oro! —susurró Fey des Étangs.

—¡Demasiado ha recibido ya! —respondió Sousseyrac.

A Nissac el oro no le faltaba. El duque de Sully mantenía, para él, las arcas abiertas de par en par, pero al conde, por principio, no le gustaba pagar las cosas por encima de su valor real. De modo que, tras haber susurrado unas palabras al oído del señor Yasatsuna, dijo:

—Señor, con vuestro silencio irritáis mucho a este amigo, que quiere demostrároslo.

Yasatsuna se acercó, saludó a Lepeyron con una amable reverencia y, luego, soltando el grito de los samuráis, dejó caer el filo de su mano sobre la mesa.

Ésta pareció vacilar unos instantes, luego se derrumbó partida en dos, con un siniestro crujido, ante los ojos desorbitados por el estupor del señor Lepeyron.

Sousseyrac dio una fuerte palmada en la espalda del mago, precisando:

—Ése es el estilo de nuestro travieso amigo, y el truco nada tiene de magia. ¿Deseáis que os suelte un papirotazo en la nuca para pulverizarla?

Lepeyron protestó levantando ante él ambas manos:

—¡Tranquilos, monseñores...! No pretendía callar y, sencillamente, recuperaba el aliento antes de contaros el resto.

—¡Hablad! —respondió Nissac con voz fría.

—Pues bien... Me vi obligado a decir al señor duque D'Épernon que el hombre al

que yo conocía, y que era alobado, tal vez se ofreciera sólo a un alto precio... Comprenderéis que la cosa me interesaba, conociendo por lo demás la gran fortuna del señor duque. Le confié así que el Palpador, al que yo no llamaba así, tendría muchas dificultades en quedar libre pues otro pagaba sus servicios y...

Vaciló. Nissac preguntó con voz dura:

—¿Qué otro?

—En verdad, ese otro en nada se interesó por el Palpador, pero, sin embargo, intentaba reclutar alobados. Ignoro su nombre y mi amigo, que no había convencido al duque como alobado, le dijo lo que a mí mismo me había dicho, que se trataba de un monje que ocultaba su rostro y tenía una vocecilla desagradable. Entonces el duque dio un respingo:

—¿Qué dijo?

Lepeyron vaciló de nuevo.

El señor Yasatsuna, sin que se lo pidieran, se acercó a un gran armario y lo miró. Su poderosa nuca apenas se movió, pero su frente rompió la puerta.

Lepeyron prosiguió rápidamente:

—El señor duque dijo simplemente, con aire soñador:

«¡Alobados...! Recluta alobados para poder mandarnos cuando todos lo obedecemos ya».

Nissac reflexionó. Prodigiosamente interesado, consideraba saber al tiempo demasiado yano bastante. Miró con frialdad a Lepeyron.

—Quiero hablar con el falso alobado.

Lepeyron movió negativamente la cabeza.

Sin decir palabra, el señor Yasatsuna se acercó a él. El mago retrocedió de inmediato soltando:

—Estará esta noche en el puente de Notre-Dame, acechando mujeres.

El conde de Nissac comprendió de inmediato, mucho antes que sus amigos. Y aun así, nada en la calle Saint-Leu daba materia para alimentar la suspicacia. Aquí, discutían amablemente dos hombres; allí, otros tres parecían divertirse, y ninguno de ellos miraba hacia Nissac...

Sin embargo...

Sin embargo, el conde desenvainó la espada y el ruido de ésta al salir tuvo un inmediato efecto sobre los que lo acompañaban, que le imitaron de inmediato.

Hicieron bien. Así, a los hombres de la calle que habían fingido mantener una conversación, se añadieron otros, más de una docena, que salieron de la tienda de un sastre con la espada en la mano.

El conde y la condesa, rodeados por Sousseyrac, Fey des Étangs, Valenty y el señor Yasatsuna se pusieron de espaldas al muro de la casa de Lepeyron.

Y se inició el combate.

Algo apartado, el coronel Sotomayor observaba aquel duelo desigual con un sentimiento de gran vergüenza, sin ningún deseo de participar en lo que le parecía una infamia.

No obstante, y mientras Nissac hacía rodar por el polvo, uno tras otro, a dos adversarios, cuando Sousseyrac, utilizando sus macizos hombros, se lanzaba sobre el grupo y derribaba a dos, a quienes Valenty golpeaba entonces en la frente, la atención del coronel, distraída unos instantes por Isabelle, que mantenía un igualado juego con el temible Levrault, se vio atraída por algo tan extraño que no se parecía a nada de lo que había conocido, hasta entonces, en los campos de batalla.

Vio así, no sin sorpresa, una cabeza redonda que volaba a una toesa por encima de los combatientes, otra instantes más tarde y, luego, la tercera, la cuarta...

A través de las hileras, que se iban aclarando, de los espadachines, divisó fascinado a un hombrecillo de Asia que sujetaba con las dos manos un largo y extraño sable, utilizándolo a tan gran velocidad que ni siquiera se veía el movimiento; ¡aunque sí el efecto...!

Ante tamaña hecatombe y fuerza tan indestructible, mientras volaban dos nuevas cabezas, los espadachines, excelentes combatientes sin embargo, cedieron y muy pronto el coronel Sotomayor los vio huir, con los ojos desorbitados por el terror, tirando algunos su espada en el adoquinado. E incluso el temible Levrault puso también pies en polvorosa para escapar del dios de la guerra asiático que actuaba como un segador en el trigal maduro.

Entretanto, y mientras allí sólo quedaba ya el español, el conde de Nissac contuvo al señor Yasatsuna y se acercó a él.

El coronel Sotomayor, valerosamente, desenvainó la espada, ignorando que había impresionado favorablemente al conde de Nissac porque no había huido ante él ni, unos momentos antes, frente al señor Yasatsuna.

Sin embargo, Nissac le habló con dureza:

—¿Sois vos el jefe de esta pandilla de asesinos?

—Tengo, en efecto, ese gran deshonor.

Nissac y quienes lo acompañaban quedaron sorprendidos ante las palabras del español y la nobleza que de su persona emanaba.

Prosiguió:

—Juan de Sotomayor, coronel de caballería.

No decía pues que era español, lo que hubiera supuesto revelar su partido, y Nissac prefirió considerarlo como algo que caía por su propio peso, sin que fuera preciso insistir.

—¿Sabéis quién soy yo? —preguntó Nissac.

—Perfectamente, señor almirante.

—¿Y teníais que matarme?

—Ésas eran mis órdenes, en efecto.

Nissac prefirió no prolongar la situación, pues su determinación vacilaba.

—Pues bien, intentadlo; pero lealmente.

Cruzaron de inmediato los aceros y, de buenas a primeras, el conde de Nissac tuvo ventaja por la facilidad y el dominio que ejercía sobre su adversario. Paraba los golpes del coronel acechándolo cada vez de más cerca; sin concluir, sin embargo.

Aquello sorprendía a los de *El dragón verde*, que conocían la gran habilidad de Nissac y lo acostumbrado que estaba al estilo español en los combates a espada.

Dirigió una breve mirada a sus amigos y divisó el rostro angustiado de Isabelle, así que, esta vez, no difirió ya el fin del combate.

Pero, en lugar de herir con enérgico golpe la garganta de su adversario, como se sabía que solía hacerlo, lo desarmó con un hábil movimiento, apoyando levemente la punta de su espada en la carótida del coronel.

Ambos hombres se observaron, los ojos grises del conde de Nissac buscaron los negros ojos del coronel Sotomayor.

Por fin, con un ademán vivo y preciso, el almirante envainó la espada diciendo:

—Estaríais mejor en España, coronel. Aquí, y en este papel, no estáis en vuestro lugar, donde os rebajan pretendiendo elevaros, donde la fidelidad a un rey es sin duda una gran infidelidad a vos mismo, donde el deshonor en los medios altera el honor de servir la causa de vuestro país.

Sotomayor bajó los ojos. Por unos instantes hubiera preferido que el conde de Nissac no le respetara la vida y, de ese modo, todo hubiera sido conforme a lo que esperaba, a aquello para lo que se había preparado desde la infancia.

Le fue difícil contener la emoción que se apoderaba de él.

La vida. La apreciaba al margen de las batallas y los ruidosos acantonamientos. Le gustaban mil cosas, desde las callejas de las ciudades de España, divididas en dos entre la luz y la sombra, hasta la mirada perdida de una mujer que se extasía en el amor. Sí, le gustaba esa vida en la que conocía a un hombre como el almirante de

Nissac, pues, para el coronel, un acto tan generoso no podía ser un gesto aislado. Sorprendido de llevar tan adelante su reflexión en semejante momento, le pareció súbitamente que los actos de bondad se hallaban reunidos todos, desde la noche de los tiempos, a un lado de las nubes, mientras que en el otro se hallaban las fuerzas del mal: crueldad, mentira, celos, bajeza, salvajismo, violencia, desprecio por el débil...

La Iglesia mentía o sólo decía una parte de las cosas, pues su nueva teoría, que aparecía precisamente cuando le perdonaban la vida, como en un segundo nacimiento, esa teoría de las fuerzas del bien y del mal ocultas en el éter, explicaba maravillosamente el comportamiento del hombre en general, atraído por la barbarie y por la grandeza de alma en unas dosis que diferían según cada cual y según el cuidado que tenía de su conciencia.

El coronel español levantó una luminosa mirada hacia Nissac.

—¡Gracias!

Nissac se sintió conmovido, y también sus amigos, pues la sencillez del coronel español expresando su gratitud les había afectado a todos profundamente.

Para mejor disimular su turbación y sobreponerse, el joven Martin Fey des Étangs recogió del adoquinado la hermosa espada de hoja toledana del coronel, y se la tendió.

—¡Gracias! —repitió el coronel.

Nissac se aproximó, con una indescifrable sonrisa en los labios. Una leve y fresca brisa le echaba a veces a la cara las hermosas plumas de su sombrero:

—Haced buen uso de esta vida, coronel.

Su mirada se perdió más allá de los tejados de la miserable calle Saint-Leu, donde se alineaban viejas y horrendas casas de fachadas que parecían leprosas. Habló a media voz:

—He matado a tantos hombres de los que algunos rostros pueblan mis noches. ¡He segado tantas vidas...! He visto tantos horrores y sufrimientos, tantos berberiscos a los que se llamaba salvajes y que, ante la llegada de la muerte, imploraban «mamá» mirando con ojos de niño... Matar por la justicia, matar por su rey, incluso, no es una hermosa victoria, pues matar es siempre una derrota.

Se quitó los finos guantes gris perla y tendió la mano al coronel Sotomayor, que la tomó de inmediato.

—Buena suerte, coronel.

—Buena suerte para vos, almirante. ¡Id con Dios!

Luego se alejó con paso incierto.



Isabelle de Nissac miraba al hombre al que amaba dirigir con mano segura su alto

caballo ciego. Avanzaban al paso, seguidos por los oficiales de *El dragón verde* y por el señor Yasatsuna. Isabelle fue presa, por unos instantes, de la desesperación, pues el amor que sentía por Thomas de Nissac no podía aliviar la pesadumbre de éste.

Se sentía incapaz de ayudarlo, y lo amaba por ello más aún. Pese a su atenta presencia, lo sabía atormentado y terriblemente solo.

Una extremada soledad. Una soledad definitiva.

Ella tenía que encontrar las palabras, y las encontraría. Lo amaba con demasiada fuerza como para no socorrerlo. Ciertamente, él era tan extraño, tan distinto a los demás hombres que, sin cesar, se sentía sorprendida y casi trastornada, pero no lo lamentaba.

Hasta su encuentro con el conde, Isabelle pensó siempre que sólo tendría derecho al trato con mediocres, y consideraba, además, que ella apenas si era mejor. Sí, lo había creído hasta aquel encuentro, hasta el descubrimiento de aquellos contrastes cohabitando en el conde, aquella fuerza aplastante y aquella fragilidad oculta, su previsoramente amabilidad y su frialdad en el combate, su dulzura y su violencia, esa conmovedora idea de que el precio de su deber era una forma de condena personal...

A pesar de todo, para Isabelle, pensara él lo que pensase, era su propia vida, y sus preguntas eran más elocuentes, sobre él y su existencia, que los hermosos discursos de los marquesitos que se apretujaban en la Corte.

Sus caballos iban, uno junto a otro, por las calles de París. Alargó la mano y tomó la del conde.

Él le dirigió una mirada de sus ojos grises. Una mirada algo perdida. Luego, le sonrió. Ella sintió entonces deseos de apretarse contra su pecho y estrecharlo con fuerza, con fuerza, con tanta fuerza...

En una reunión convocada con suma urgencia, y aunque no habían podido llegar todos, los conspiradores del capirote supieron, por boca del monje de horrendo rostro, la ya patente traición del cardenal de Bellany.

Grande fue la consternación, a la que sucedió una violenta cólera. Que un informador del rey se hubiese introducido tan alto en la jerarquía de la conspiración no aseguraba en exceso el porvenir, pues ahora todos se preocupaban por su propia seguridad.

Corrían así el riesgo de pasar de la rabia al pánico, algo que el ambrosiano no deseaba en modo alguno.

Levantó la mano para exigir silencio y poner fin a aquella atmósfera de alboroto.

—¡Silencio...! El hombre que nos ha traicionado está en nuestras manos.

Un murmullo de satisfacción recorrió la asamblea, tranquilizada ante la idea de que, silenciosa y eficaz, la seguridad estaba garantizada por hombres en las sombras.

El ambrosiano prosiguió con su irritante vocecilla, más aguda aún que de ordinario.

—¡Su castigo será ejemplar...! ¡Ejemplar...! Lo mismo sucederá, sin consideración por el rango o los servicios prestados, con todos quienes intencionadamente o por negligencia pongan en peligro nuestra sagrada causa.

Todos aprobaron, pero el ambrosiano pareció rechazarlos con un gesto de la mano que indicaba un profundo desprecio.

—Pertener a esta conjura que desembocará en la liberación del reino de los lises es un privilegio que se merece con la vigilancia y el ardor en el servicio, aun a costa de desafiar los mayores peligros.

Bajó levemente la voz:

—Es ahora cosa de días, ¿me oís? ¡De días...! ¡Paciencia y prudencia...! Enrique IV, ese hediondo macho cabrío, morirá, tengo la profunda convicción de ello y, al igual que el viento barre las nubes, arrojaremos en la fosa del olvido a quienes lo han servido con excesivo celo.

Las cabezas encapuchadas se volvieron unas hacia otras en un impresionante espectáculo y, por unos instantes, sólo se oyó el viento que aullaba en las desiertas calles de París. Todos los conjurados, o casi, se extrañaban de hallarse así tan cerca del objetivo sin que fuera preciso retroceder, condenados a avanzar pisoteando la sangre de un rey de Francia.

El aire, en la gran sala, se heló de pronto.

El ambrosiano, hábil y rápido en la utilización de semejante fenómeno, actuó de modo que, por sus palabras, sus oyentes se convencieran, en efecto, de que toda retirada estaba cortada:

—Para nosotros será la gloria. ¡O la infamia...! Todo el poder. O el más vergonzoso de los castigos: ¡la muerte en la plaza de la Grève!



Aquella misma noche, sombría y ventosa, mientras la claridad de la luna se veía muchas veces velada por el paso de gruesas nubes de un gris oscuro, casi violeta, las calles de París estaban vacías.

Parecía así imposible no advertir a la mujer que avanzaba sola por el puente de Notre-Dame, lleno de pequeños puestos.

Caminaba con pasos menudos, aunque rápidos, asustada sin duda por estar fuera a aquella hora tardía. Sin embargo, más astuto hubiera sido andar por el centro de la calle, pero ella avanzaba rozando las tiendas construidas en el puente.

De pronto, asomando por el marco de una puerta, una maciza silueta, de una toesa de alto, se irguió ante la mujer de pequeña talla. El hombre, que llevaba un sombrero de plumas negras, le lanzó al rostro un aliento que apestaba a cebolla.

Y aquel hombre de ojos desorbitados por el deseo miraba ávidamente a la mujer, a la que sacaba más de dos cabezas. Oprimió con violencia la boca contra la suya, para hacer penetrar su lengua, pero la pequeña víctima, aunque pareciera dominada por la fuerza del abrazo, consiguió sin embargo no separar los dientes.

Exasperado, el Palpador, porque de él se trataba, levantó el vestido y metió la mano en la entrepierna de la mujer, buscando el orificio que quería desgarrar con su mano enguantada de hierro. De pronto, sus duros rasgos cambiaron por completo, expresando una total incredulidad, mientras la mujer, con una repentina sonrisa en su rostro enigmático, le decía con voz viril y entrecortada:

—Ha sido para vos una muy desagradable sorpresa, honorable Palpador, encontrar lo que acabáis de encontrar; es algo a la vez de considerable tamaño y buena circunferencia, que da, por lo general, excelente satisfacción a las damas.

—Eres..., ¿eres un hombre, perra maldita? —murmuró el Palpador sin ocultar un profundo asco.

—Y tú eres un agudísimo observador, señor «palpador».

—¡Un pederasta! —murmuró el Palpador, aterrado.

—Y es que las calles no son ya seguras, vos debéis de saberlo mejor que nadie.

Bajo el doble efecto del estupor y el horror, los ácidos, en el estómago del Palpador, se intensificaron en una abundante secreción, de modo que al perfume de cebolla del aliento se añadía ahora la fragancia de una fosa común, y nadie habría podido resistir semejante arma secreta.

Nadie, salvo precisamente el señor Yasatsuna, puesto que el gran consumo que hacía de pescado podrido había, en cierto modo, insensibilizado, si no pervertido, su olfato.

—¡Voy a machacar tu maldito rabo! —gruñó con violencia el Palpador.

—¡Sois un muy presuntuoso palpador! —respondió el señor Yasatsuna con una

sonrisa.

Luego, sin perder su aspecto amable, tomó en las suyas las manos, una de ellas enguantada en hierro, del Palpador y las prensó lentamente hasta que se oyó, con claridad, el crujido de los huesos en la oscura noche. El Palpador lanzó un aullido de dolor y luego, como en una pesadilla, vio a unos jinetes que, desde los dos extremos del puente, llegaban a todo galope empuñando la espada.

Sousseyrac y sus compañeros izaron al Palpador hasta la silla, y el grupo de jinetes se lo llevó enseguida.



Estaba solo en su calabozo.

Un miedo como el que nunca había conocido le oprimía el estómago y el bajo vientre.

Encerrado en los sótanos de la antigua posada, no le habían interrogado, ni maltratado, dejándole solo en la oscuridad. Luego oyó un largo aullido, al que respondieron otros que nada tenían de humano y evocaban, irresistiblemente, a los lobos.

Finalmente, suscitando una angustia mayor aún, se hizo el silencio. Un silencio total, absoluto. Se oyeron entonces unos leves roces que se acercaban...

Cada cosa parecía así graduada para aumentar el terror: aullidos de lobos, silencio, roces leves y cercanos en esa oscuridad total en la que nada veía.

Oyó el ruido de la cerradura, la de su celda, y, aunque se mantuvieran en total silencio, el cardenal de Bellany supo que estaban allí.

¡Varios!

«Ellos» llenaban la celda de algo que no podía nombrarse, que tal vez se remontara a la noche de los tiempos, la de la barbarie absoluta.

Sintió un horrible dolor en el rostro y lanzó un grito. Los roces se alejaron, como si desearan darle tiempo para apreciar su herida.

El cardenal se llevó la temblorosa mano al rostro y advirtió horrorizado que no tenía ya nariz. En su enloquecida mente, comprendió. Aquel cálido aliento en su rostro por unos instantes, el fugaz contacto del pelo: un lobo acababa de devorar su nariz.

Pero en aquellos instantes estaba de pie y el lobo no había saltado, pues hubiera oído el salto. Así pues, ¿se encontraba el animal de pie sobre sus patas traseras...? ¡Imposible...! Y aunque lo hubiera estado, su tamaño no hubiera bastado.

La verdad se le apareció de pronto y aumentó su miedo. Aquella... «cosa» tenía nombre. Era conocida por no tener alma y ser cruel por su estado natural. Y la palabra que la designaba no le dejaba esperanza alguna de supervivencia: ¡alobado!

Además, no estaba solo, lo acompañaban sus congéneres. En su calculador espíritu, el cardenal de Bellany pensó en todas las intrigas, toda la astucia y la inteligencia desplegadas para obtener ese birrete cardenalicio y que todo aquello lo había conducido a un asqueroso sótano donde iba a ser devorado por los alobados.

¡Lamentable!

Fue entonces presa del remordimiento. Temiendo por su vida si daba excesivas informaciones, no había indicado que Ravailac, cuyo nombre había dado, era un hombre pelirrojo que llevaba barba, con lo que le hubieran descubierto fácilmente. De pronto, fue atacado por ambos lados y le devoraron ambas orejas pero, curiosamente, el dolor —muy fuerte sin embargo— fue menos desagradable que el ruido de sus cartílagos masticados por poderosas mandíbulas.

Y se hizo la luz. El cardenal reconoció al monje de la conjura de los doce, aunque un capirote ocultara su rostro, por su vocecita desagradable:

—Bueno, cerdo, ¿te gustan los compañeros que te he dado?

El cardenal vio a los tres alobados que, con las orejas erguidas, lo observaban en silencio bajo su máscara animal y, luego, por efectos del terror y del dolor, se desvaneció.

Y ciertamente puede lamentarse, en su caso, que aquel desvanecimiento no fuera la muerte, pues lo que vino a continuación superó en horror lo que había precedido. Así, sin nariz ni orejas, el cardenal de Bellany, vivo aún, fue lentamente despojado de la piel como se hace con un conejo. Y una vez hubo concluido aquello, la piel, llena de paja, formó un grotesco espantajo que el ambrosiano colocó en su habitación.

Satisfecho, el monje desfigurado conversó luego con el muñeco sin temor ninguno a que el cardenal de paja y de piel se atreviera a contradecirle.

A la incierta luz del alba, el rey, triste y pensativo, contemplaba el Louvre y, más allá, París.

¿Había ambicionado esta ciudad que se le había negado durante tanto tiempo...? La había deseado más que a todas las mujeres (que a todas las, muy numerosas, que se le habían entregado pero también las que se le habían negado, mucho más escasas y las únicas a las que respetaba).

Recordó la toma de París, el 21 de marzo de 1594, es decir dieciséis años antes. La ciudad se encontraba entonces en manos de la Liga, apoyada por las tropas españolas. Pero el pueblo estaba cansado, irritado por la presencia de los españoles apoyados por contingentes valones y alemanes. Además, la Liga se había desprestigiado por sus excesos: ¡se había llegado a exhumar a los «herejes» para quemar sus huesos!

El gobernador de París, el conde de Brissac, se había unido en secreto al futuro rey y, a pesar de las sospechas del duque de Feria, que mandaba a los españoles acantonados en París, había trazado un plan.

Aquel día, los oficiales españoles, no muy tranquilos, daban muestras de desconfianza, e inspeccionaron los puestos hasta las tres de la madrugada. Pero pronto cambia todo, ¡y con qué rapidez!

A las cuatro, en la más negra noche, el señor D'Épinay Saint-Luc, con una antorcha en la mano y rodeado por cien arcabuceros del partido real, se presenta en vanguardia ante la puerta Neuve, que los hombres de Brissac le abren. Poco después, se acaba en silencio con el destacamento valón de guardia en la puerta Saint-Honoré. Bajan el puente levadizo. El rey, espoleando su caballo, holla por fin los adoquines de la calle Saint-Honoré.

Todo el ejército real se lanza tras él y cae sobre la ciudad dormida con armas y bagajes, en un interminable desfile.

La claridad no es total aún cuando quienes destacaron por sus excesos en el seno de la Liga o su celo en servir al invasor español huyen a campo través. Algunas horas más tarde, humillado, el poderoso duque de Feria se ve obligado a negociar la partida de las tropas de ocupación, amenazadas con una matanza por la población liberada.

¡Dieciséis años!

Al rey le hubiera gustado revivir aquellos años que tan pronto habían huido. Se sentía viejo. Pensaba, como muchos hombres, que pasados los cincuenta años se está siempre cansado y que, a todas horas, hay algo que no funciona en el cuerpo.

Se volvió a medias y vio en su lecho la forma de una mujer desnuda, dormida. Ni siquiera recordaba ya su nombre. Hoy, con sus sentidos satisfechos, no sentía ya deseos de bromear con sus amantes, como en el pasado. En cuanto la cosa había terminado, sentía asco, no por las mujeres sino por sí mismo, y regresaban los pensamientos de muerte relegados al olvido, unos instantes, por el acto de amor.

Suspiró.

Todo aquello seguía una lógica implacable. Así, no podía emprender aquella guerra que sería la mayor de su reinado dejando en desorden los asuntos del reino, pues, si una bala de cañón le arrebatara la vida, todos querrían el poder en detrimento de su hijo Luis. Era preciso proceder a la coronación, aplazada tanto tiempo, de la reina, para que pudiera asumir así la regencia después de su muerte. Pero si existía esa posibilidad, a partir de entonces nada retendría ya el brazo de los asesinos.

Enrique IV miró largo rato París. En alguna parte de aquella ciudad dormía, sin duda, el hombre que iba a matarlo.



El Palpador, intranquilo, contemplaba a quienes tenía frente a él: Nissac, Sousseyrac, Fey des Étangs, Yasatsuna, Valenty y la condesa de Nissac, que no ocultaba su asco. Le hubiera gustado, a pesar de las circunstancias, hurgar en el bajo vientre de la señora de Nissac con su guantelete de hierro erizado de puntas, pues era así en toda circunstancia, su vicio prevalecía sobre todo lo demás.

Temiendo sin embargo que le diesen muerte, había respondido hasta entonces, sin mentir demasiado, las preguntas que le hacían, lamentándose sin cesar de que una de sus manos había sido rota por el señor Yasatsuna.

Había reconocido que no era un mago sino que vivía haciendo en ferias y mercados trucos de habilidad, como aquél de hacer aparecer una paloma en su mano vacía momentos antes, y que le había revelado un viejo maestro siciliano.

Reconoció de inmediato que un poderoso señor había querido verlo, creyendo que era un alobado, pero afirmaba no conocer su nombre. Fue preciso pues presionar un poco al Palpador, que, sin embargo, mantuvo que no conocía a aquel interlocutor, pero que éste se había turbado al saber que un monje que ocultaba el rostro y tenía una vocecilla desagradable había ido a su encuentro.

Preguntado esta vez sobre el monje, el Palpador precisó que el encuentro fue muy breve, pues el monje, de gran agudeza, había descubierto rápidamente su calidad de impostor, de modo que nada podía añadir a lo que ya había dicho.

Nissac se sentía algo turbado porque tenía la convicción de que el Palpador no mentía y que sí se habían desarrollado sus encuentros con D'Épernon y con el extraño monje, aparentemente temido por el poderoso duque.

Lo había contado todo, sin duda, sobre sus conversaciones. Pero ¿lo había dicho todo de sus acciones...? El hombre, al margen de su vicio de martirizar con gran ferocidad a las mujeres, no tenía aspecto de imbécil y parecía apreciar mucho sus propios intereses.

El almirante pensó que no estaba ya muy lejos de una verdad oculta, pero que se

encontraba en un bachedel que sólo podía salir forzando un poco las cosas.

—Sin embargo, eso no es todo. Lo sabéis, lo sé y sabéis que lo sé.

Nissac percibió una levísima sonrisa del Palpador. Insistió.

—Podemos mataros de inmediato. ¿A quién le importará eso...? Vamos a hacerlo, sin duda, además. Podemos también compraros.

Hizo una seña a Fey des Étangs, que vació, lentamente, en el suelo, el contenido de una bolsa. Las monedas de oro se diseminaron, excitando al Palpador, que veía en ello un insoportable espectáculo. Aprovechando aquel estado de las cosas, Nissac soltó:

—Los seguisteis a ambos, los distintos días en que hablaron con el mago. Decídnoslo y ese oro será vuestro.

Ávidamente, el Palpador se puso de rodillas, de cuatro patas, buscando, recogiendo con su mano buena, acumulando las monedas sin ser consciente, siquiera, del asco que inspiraba.

Luego, habiéndole Sousseyrac soltado una patada en las costillas, clavó en los leales una mirada, perdida por unos instantes, antes de decir con mucha rapidez:

—Seguí al señor duque d'Épernon hasta la calle del Petit Lyon, donde habló con un hombre que, según supe, es el vizconde de Château-Meslay y que hizo preparar su mansión particular y despidió a la servidumbre, pues, sin duda, se celebrará una reunión secreta mañana a medianoche.

Nissac no dudó de que estaba escuchando, y por primera vez, una confidencia que podía llevarle directamente a quienes querían atentar contra la vida del rey.

Observó al Palpador arrastrándose bajo un aparador para buscar algunas monedas. Aquel hombre era muy valioso y su avidez iba a la par que su inteligencia, actuando mejor que la policía secreta o los espías de las órdenes católicas; de gran habilidad, sin embargo. Había descubierto el lugar donde se celebraría la próxima reunión de los conjurados.

El almirante ordenó a Fey des Étangs:

—Otra bolsa.

El joven barón vaciló un instante pero se vio casi crucificado por los ojos grises de Nissac. Obedeció y lanzó la bolsa hacia el hombre sentado en el suelo, que comprobó de inmediato su contenido y dijo:

—¡Ah gracias, sois muy amable! ¡Muchas gracias!

Nissac se acuclilló, tendió la mano, para recuperar la bolsa, fingió vacilar.

—¡El monje! ¡Ahora el monje!

El Palpador inclinó la cabeza.

—El monje era hábil. No fue fácil seguirlo. Habló con un espadachín, Leonetti, que manda a Meunier, hábil con el cuchillo y a quien conozco. Lo encontré en la taberna de la calle del Temple y, tras haberle hecho beber, supe que buscaban hombres que supieran manejar la espada. Sospeché que iban a trabajar para el monje que oculta su rostro. Meunier me propuso ser uno de ellos. Supe así el lugar donde

están.

Nissac miró al Palpador estupefacto; luego, sobreponiéndose:

—¡La tercera bolsa! —exclamó.

Fey des Étangs obedeció al instante. El Palpador vaciló un momento, pero murmuró unas palabras al oído del conde de Nissac.

Éste se incorporó enseguida.

—¡Partamos!

Algunos abandonaban ya la estancia cuando Isabelle de Nissac, tomando un candelabro, propinó un golpe violento en el bajo vientre del Palpador, cuyas partes viriles se vieron tan maltratadas que se desvaneció por efectos del sufrimiento.

Encontrando la indescifrable mirada de Nissac, le dijo en un tono cuya vehemencia no pudo evitar:

—Noble es proteger al rey, pero habríais podido pensar, señores, en las mujeres que este cerdo ha mutilado.

Nissac contempló a Isabelle con una seriedad desarmante, luego un fulgor divertido se encendió en sus ojos grises.

—Es cierto, señora... No cambiéis nunca, pues es así como os amo...

Veinticuatro horas eran muy poco tiempo para llevar a cabo tan espectacular proyecto.

Pero el conde de Nissac no era hombre que retrocediera ante las dificultades, ni siquiera ante lo que parecía imposible.

Hizo pues buscar a cinco de sus más robustos marinos que, como toda la tripulación, estaban acantonados en el viejo castillo del Faubourg Saint-Jacques.

Al amanecer, ofreció una pequeña fortuna en monedas españolas de oro a un notario, quien, sin comprender muy bien, aceptó dejar hasta el día siguiente su casa a aquel alto señor rodeado de apuestos oficiales y de una arrobadora dama: si estaban locos o enamorados todos de aquella dama que pensaban repartirse, no era cosa suya; lo suyo —¡y qué cosa!— era ese oro que le caía del cielo.

Nissac, tras haber dejado a los cinco marinos así como a Sousseyrac, Fey des Étangs, Valenty y Yasatsuna en la casa del notario, acudió sin perder un instante al Arsenal, acompañado por su esposa la condesa Isabelle.

Sacado de su cama donde dormía aún, el duque de Sully no demostró malhumor. Sin embargo, inquieto, el almirante lo encontró abatido, como si el asesinato del rey fuera algo que hubiera ya acontecido.

Sin hacer caso de ello, Nissac comunicó la lista de materiales que necesitaba y, a medida que iba leyendo, el rostro de Sully se iluminó, pues el almirante le reveló muy pronto lo que pretendía.

Habiendo comprendido lo esencial, Sully sólo escuchaba de vez en cuando al conde de Nissac. En efecto, se sentía muy fascinado ante éste, diciéndose: «A ti nada te desalienta, nada puede abatirte, ni la fatiga, ni la fatalidad que planea sobre nosotros, ni esa certeza que tenemos todos de la muerte del rey, y tampoco el desgaste que se vincula a todas las empresas humanas. Sigues combatiendo, quieres creer posible la victoria de nuestra causa y te proporcionas los medios para lograrlo... Te admiro, Nissac, pero más te envidio aún, pues yo no creo ya».

Se sacudió y dio algunas órdenes.

Y aunque el duque de Sully, muy bien informado también, no creyera ya que fuese posible evitar la muerte del rey, había mantenido en su servicio la notable rapidez en la eficacia que los hacían temibles en toda Europa.

Algunos soldados del ejército real se vistieron de albañiles y se cargó un carro con vela.

Una hora después de su partida, el conde de Nissac estaba ya de vuelta, los soldados del rey habían regresado al Arsenal y un nuevo episodio de la lucha entre leales y felones se iniciaba...



El embajador de España, don Íñigo de Cárdenas miraba al coronel de caballería Juan de Sotomayor.

Le hubiera gustado comprenderlo con el fin, si llegaba el caso, de manipularlo bien.

Sotomayor parecía encerrado en una sorda hostilidad hacia lo que le pedían y Cárdenas no lograba percibir la razón de semejante actitud.

¿El miedo...? Ni siquiera debía pensar en ello. El coronel era un valiente, un oficial de muy gran valor, y su carrera militar no dejaba, en esta ocasión, lugar alguno a la duda.

¿La ofensa de ver cómo le asignaban tan baja tarea...? ¡Una estupidez...! Juan de Sotomayor sabía que no existía tarea subalterna sino, sólo, el imperioso deber de servir a Dios, al rey y a España. Y, pensaba el embajador, nada puede asquear a quienes tienen semejante fe en el corazón, pues la superior nobleza de la causa barre siempre la indignidad de los medios.

¿La incompreensión de la necesidad de acabar con el almirante Nissac...? ¡Imposible...! Sotomayor era un hombre inteligente que medía perfectamente qué daño hacía Nissac al prestigio de Felipe III, pues había humillado varias veces la Santísima España.

Irritado, el embajador fingió no haber advertido la turbación del coronel. De modo que habló con una autoridad que esperaba no ver cuestionada:

—Coronel, sois el mejor, el más hábil con el arcabuz y con el mosquete, pero utilizaréis la primera de estas armas, más ligera que las otras y que no necesita horca de metal para sostenerla. Para tener un buen apoyo, pondréis el cañón del arma en el borde de la ventana de esta casa de la calle Galande, frente a la mansión donde está Nissac. Velaréis hasta que el almirante asome. Dispararéis una sola vez. Estaré a vuestro lado, ¿me oís?

El coronel levantó hacia el embajador una mirada asombrada.

—¿Qué casa es ésta?

—Es nuestra por algún tiempo.

—¿Estaremos... vos y yo sin nadie más...?

—No, varios y de toda confianza.

—Supongo que no tengo elección.

—¡En efecto! —respondió con sequedad don Íñigo de Cárdenas, añadiendo—: No tenéis elección ni podéis fallar el tiro.

Sotomayor percibió perfectamente la amenaza.



Cavaban.

Cavaban desde hacía horas y horas en el sótano del notario. Avanzaban lentamente, pues sólo podían trabajar de dos en dos, en un intenso esfuerzo de unos diez minutos, transcurridos los cuales dos hombres descansados los sustituían con ardor.

Todos ponían manos a la obra, de los simples marinos y soldados a los oficiales, de los antiguos niños abandonados a los grandes nombres aristocráticos. Los hombres trabajaban con el torso desnudo, la señora de Nissac con una leve blusa, llevando también los capazos de tierra a otro lugar del vasto sótano.

Rostros, torsos, cuerpos chorreando sudor mientras la tierra los cubría, pero nadie se fijaba en semejante detalle, pues sólo contaba el resultado que debían obtener, a cualquier precio, antes de la llegada de los conjurados y el inicio de la sesión fijada para la medianoche.

Las condiciones en las que se efectuaba el trabajo eran bastante malas debido a las piedras y a que debían procurar que palas y picos, provocando un ruido excesivo, no despertaran las sospechas del vizconde de Château-Meslay que recibía a los conjurados en su mansión de la calle del Petit Lyon. Sabían que el hombre estaba solo, pues había despedido a la servidumbre y se guardaba de recibir para no turbar a los conjurados con una visita inoportuna.

El vizconde de Château-Meslay era un hombre joven, de apenas veinticuatro años, hijo de un miembro de la Liga muerto en las filas del duque de Mayenne, que combatía entonces a Enrique IV. Sin embargo, en el vizconde, las ideas políticas ocupaban tan poco lugar como la religión, y en este asunto avanzaba sólo empujado por la ambición, deseando complacer en todo al poderoso duque D'Épernon.

Una hora antes de medianoche y cuando algunos, en secreto, perdían la esperanza de conseguirlo en el plazo indicado, Sousseyrac sintió el vacío bajo su pico.

Rabiosamente, ampliaron el agujero que daba a otro sótano, bastante parecido al del notario.

Fue necesario, sin embargo, más de un cuarto de hora para instalar en aquel sótano lo que el almirante deseaba dejar. Finalmente, por orden de Nissac, todos salvo él mismo se retiraron. Uno a uno, regresaron al refugio de una taberna situada casi enfrente y que el propietario les había alquilado sin poner dificultad alguna en cuanto había visto el color de los escudos del señor de Sully.

Muy pronto, la condesa, Sousseyrac, Valenty, Fey des Étangs, Yasatsuna y los cinco marinos y soldados de *El dragón verde* estaban limpios de la tierra que les cubría y vestidos con ropa limpia.

Todos se apretujaban detrás de los cristales de la taberna acechando, en la

profunda noche y en la calle desierta, la silueta del conde, que seguía sin aparecer. La calle del Petit Lyon estaba desesperadamente vacía, a excepción de un marino de *El dragón verde* disimulado en un porche que tenía una misión especial, confiada por Nissac, sin relación con la que se estaba desarrollando en aquel instante.

En la taberna, una profunda angustia aumentaba segundo a segundo, pues todos contagiaban a los demás la propia.

Sólo faltaban unos minutos para la medianoche cuando resonó una violentísima explosión, que arrasó todos los cristales del barrio.

Y, en el cegador brillo de la explosión, se divisó, en negro, una silueta que corría hacia la posada en una desenfrenada carrera. La silueta negra contra el fondo anaranjado pareció, por unos instantes, levantada por la deflagración, pero el hombre, porque de eso se trataba, cayó diestramente de pie, calzado con unas altas botas que le llegaban a las rodillas. Todos respiraron de satisfacción, pues nadie podía equivocarse sobre la personalidad de quien llevaba tan hermoso sombrero de plumas verdes, azules y blancas, y corría hasta perder el aliento por la devastada calle del Petit Lyon.

Silencioso, el rey, flanqueado por Bassompierre y el teniente de policía, recorría las ruinas. Sin embargo, no podía decirse que la tristeza marcará sus rasgos y quienes lo conocían bien habrían descubierto en el rostro de Enrique IV un discreto airecillo de satisfacción.

Bassompierre se contaba precisamente entre quienes lo conocían bien, de modo que preguntó con un brillo divertido en los ojos:

—¿Qué pensáis, majestad?

—Vive Dios, diríase que Satán y sus legiones infernales han celebrado una fiesta en esta mansión de la apacible calle del Petit Lyon.

Luego, volviéndose hacia el teniente de policía:

—¿Y qué decís vos?

—Sire, eran varios y han excavado un túnel desde los sótanos de la casa vecina. Una vez en la bodega del difunto vizconde de Château-Meslay, amontonaron toneles de pólvora en los que se habían colocado numerosas barras de hierro para que el resultado fuera más mortífero aún. Luego, debieron de replegarse con rapidez. Es un método nuevo, majestad.

El rey dio las gracias y, con un ademán, despidió al teniente de policía. Un atisbo de felicidad cruzó por su mirada, tan a menudo triste.

—¡El tal Nissac es el diablo! Casi podría creer de nuevo en ciertas cosas, pues fortalece la idea de que existe un hombre de gran saber militar, fiel y rico en imaginaciones. Sí, esa ciencia de la guerra unida a una fuerte determinación, esa certidumbre de que va a golpear a mis enemigos y sorprenderme agradablemente endulzan mucho estos días de amargura.

—Es de un ingenio pasmoso, en efecto, sire. Es lástima, sin embargo, que sólo Château-Meslay haya muerto.

El rey sacudió negativamente la cabeza.

—Muy al contrario, Bassompierre... Ya ves, en eso admiro la agudeza de Nissac. Se trataba, es evidente, de una de esas reuniones de jefes que me mencionaron. Matándolos a todos, Nissac aislaba a los pequeños asesinos de quienes dan las órdenes, y los pequeños asesinos me habrían esperado en acciones aisladas, aunque numerosas. Actuando como lo ha hecho, Nissac siembra el miedo en la cabeza de la conspiración y puede confiar en que retrocederán, pues ahora se ataca a los atacantes. Por su parte es un cálculo muy inteligente, pero esta vez Nissac se equivoca por completo: nada hará retroceder a los más duros de los jefes de la conjura. Esperan desde hace ya demasiado tiempo.



Era, en su género, indiscutiblemente el mejor. Buen marino, sin más, era invencible en la carrera, tanto por la velocidad como por la resistencia en trayecto muy largo.

Todo nuevo recluta de *El dragón verde* había perdido algunos escudos, pues el hombre aceptaba siempre el desafío —lanzado por un cómplice— de efectuar corriendo, sin detenerse, el trayecto de Toulon a Aix.

Y ganaba siempre, llegando a veces más fresco que los caballos.

Lo llamaban el Finlandés, pues procedía de aquel país, había embarrancado en Toulon a causa de un amor desgraciado y estaba a punto de sumirse en la desesperación cuando el almirante de Nissac, que debía completar su tripulación tras duros combates, lo había reclutado.

Pero por muy eficaz que fuese, aquella misión seguiría siendo la más peligrosa que nunca llevó a cabo, pues de ser sorprendido le habrían matado de inmediato.

Ocultarse en un porche para aguardar al monje sin rostro en cuanto dio media vuelta al descubrir la catástrofe de la calle del Petit Lyon no presentó muchas dificultades, sobre todo en las primeras leguas. Luego, fue más difícil. En efecto, el monje y los tres hombres de cuello levantado que lo acompañaban se volvieron más de cien veces.

Y más de cien veces tuvo el Finlandés que arrojarse al suelo, hiriéndose en algunas ocasiones.

Tranquilizado por fin, el monje acabó vigilando cada vez menos a menudo su retaguardia y llevó al Finlandés hasta el Orleanesado.

Se metieron en un bosque, primero denso y sombrío, luego el paisaje se hizo muy extraño. Y la fatiga oprimió de pronto los músculos del Finlandés, menos a causa de la carrera de más de treinta leguas que de la influencia del miedo que hacía vacilar su determinación.

Vio primero una aldea en ruinas, abandonada por toda alma viviente y cubierta por un espeso polvo gris solidificado, a la que sucedió un bosque petrificado y, luego, un río del que escapaba un vapor azufroso, y llegaron, por fin, a la vista de un castillo muy viejo, medio en ruinas pero cuyos cimientos, en pie aún, eran muy impresionantes.

El monje y los tres hombres que le acompañaban descabalgaron y se dirigieron hacia unos espesos matorrales de acebo en los que penetraron y desaparecieron.

Para el Finlandés, tendido en el suelo, hubiera sido normal incorporarse para llegar corriendo a la primera posta de caballos, encontrar una montura y regresar a rienda suelta hacia la mansión particular de la calle Galande para informar al almirante conde de Nissac.

Nada hubiera podido decirse de tal comportamiento y, sin embargo, actuando de ese modo al Finlandés lo hubieran matado infaliblemente.

Pero el hombre sabía mantener todos sus sentidos alerta, costumbre que procedía de aquellos largos años en los que, en su país, cazaba cerca de los grandes lagos del

sur, próximos al golfo de Finlandia. Algo que procedía, pues, más del instinto que de la inteligencia, lo obligó a no incorporarse, ¡e hizo muy bien! Saliendo rápidamente del bosquecillo de acebo donde se había practicado un paso, el monje inspeccionó minuciosamente los alrededores y, para ver mejor, se quitó la capucha.

El espectáculo del rostro mutilado, parecido al de un cadáver descompuesto, le pareció al Finlandés tan abominable que estuvo a punto de ponerse en pie para huir corriendo y ser así rápidamente alcanzado por los compañeros del monje, que disponían, sin duda, de caballos frescos. Pero resistió, permaneció tendido en el suelo y sin intentar ver el atroz rostro, muy al contrario, tomando buen cuidado en no mirarlo.

Con el corazón palpitante, el Finlandés oyó pasos que se acercaban y, según el ruido, no podía dudarse de que se dirigían directamente a él.

El Finlandés hubiera deseado que la tierra se lo tragase. Se le ocurrió la insoportable idea de la descarnada mano del monje con aspecto de cadáver agarrándole del pelo, levantándole la cabeza con brutal movimiento y obligándolo a mirar aquel rostro destrozado mordisqueado por la muerte.

Observó una hormiga que desaparecía entre dos piedras y pensó que hubiera dado cualquier cosa para estar en su lugar. Y el deseo revistió, en aquellas circunstancias, un ardor tal que perdió su dimensión ridícula, pues, de pronto, el insecto simbolizó la vida misma.

Pero el monje desfigurado no siguió adelante y, tras una última mirada, regresó al bosquecillo de acebo.



El ambrosiano, por su parte, no se sentía cómodo. Algo indefinible, en aquel lugar sin embargo protegido, lo inquietaba. La sensación de que los habían seguido lo invadió de nuevo, pero la rechazó: ningún jinete habría podido escapar a su vigilancia, tantas veces se había vuelto a intervalos irregulares.

En los oscuros subterráneos, lanzó una distraída mirada a las numerosas osamentas que cubrían el suelo, pero no encontró en eso la excitación que lo dominaba, de vez en cuando, al contemplar semejante espectáculo. Con el espíritu menos ocupado, le gustaba, muy a menudo, observar aquellos esqueletos y pensar que se trataba de los restos de adolescentes que le habían procurado mucho placer mientras los violaba. Le gustaba esa turbia relación entre Eros y Tánatos, el amor y la muerte, y hallaba un sutil placer pensando que esos pobres huesos y esos cráneos habían estado vestidos por carnes deseables. Y poseídos, pues para el ambrosiano, que había degustado todas las demás formas de placer, los sentidos sólo podían florecer plenamente si los sostenía el espíritu, como el arbotante de una bóveda de

catedral.

Apartó aquellos pensamientos. El momento le pareció grave, pues todo podía aún zozobrar cuando tan cerca estaban del objetivo.

—¡Qué me importa a mí Enrique IV! —murmuró el hombre desfigurado encogiéndose de hombros.

Había avanzado tan deprisa, desde hacía algunos meses, en su locura, que no odiaba ya al rey por ser hereje y, además, un macho cabrío hediondo y lúbrico. Muy al contrario, eso le hacía simpático y atenuaba sus deseos de matarlo. Sólo excitaba al ambrosiano la idea de haber organizado semejante conspiración, de tener éxito y permanecer, para siempre, desconocido en la historia. Eso halagaba en él algo cuya esencia no conseguía captar, ni siquiera fijar los contornos.

—¡Lo pensaré en cuanto todo termine! —dijo a media voz.

Entretanto, se preguntaba con cierta ansiedad cómo Nissac —¿quién si no?— se había enterado del lugar y la fecha en la que debía celebrarse la reunión de los conjurados.

Llegado a su habitación, el monje desfigurado miró largo rato el muñeco de heno fabricado con la piel del cardenal de Bellany.

Se apoderó de él, entonces, un gran acceso, de rabia y vació con violencia la paja del muñeco; luego, cuando estuvo ante la piel vacía, la clavó sobre su lecho.

Apaciguado, reflexionó de nuevo: ¿quién lo había traicionado?

¡Tan cerca del objetivo!

Nervioso, contempló la piel vacía pegada al muro y lanzó con aire sombrío:

—¡Ahora hay que actuar muy deprisa...! ¡Más deprisa que Nissac!

Aquel 12 de mayo, víspera de la coronación de la reina, el almirante de Nissac compartía una cosa, al menos, con el ambrosiano: la opinión de que había que actuar rápidamente.

Alentado en ello por el señor duque de Sully y el padre Cotton, que se mostraban insistentes, Nicolas de l'Hospital, marqués de Vitry y capitán de los guardias del rey, que tenía como la mayoría un mal presentimiento, aceptó revelar al almirante los itinerarios de la carroza del rey en los días venideros.

Cuando conoció el secreto, el almirante organizó las cosas según pensaba que se desarrollarían, pues sabía que disponía de un corto respiro: nada intentarían antes de la coronación. Así, por el Palpador, sabía dónde se agazapaba el fuerte grupo que constituía el «tercer círculo», el más amplio, aquél cuya misión era, en caso de que fracasara el intento de Ravailac, matar al rey, a su gente y a todos los que allí estuvieran.

La banda, según el Palpador, se refugiaba en un viejo castillo a medio camino entre París y Conflans.

Montando un rápido caballo, Stéphan de Valenty acudió allí y advirtió, en efecto, aunque fueran discretos, numerosos signos de actividad en aquel castillo supuestamente abandonado donde se apretujaba la flor y nata del crimen del reino de los lises. Valenty, que conocía la afición de Nissac a cuidar mucho las empresas que dirigía, levantó un minucioso plano del lugar.

Nissac, que acababa de recibir a los treinta marinos y soldados procedentes de Toulon para sustituir a los muertos en las misiones precedentes, solicitó poco después entrevistarse con Bassompierre.

Le informó de inmediato, detalladamente, y el futuro mariscal, preocupado, respondió entonces:

—El rey no desea que nada, en este asunto, parezca proceder de su autoridad, de modo que seréis vos, señor almirante, quien vais a resolver el problema.

Nissac veía muy bien, en la mirada de Bassompierre, señales de estima y de admiración, incluso, pero no por ello dejó de juzgarlo de modo abrupto. Preguntó pues:

—¿Y cómo debo proceder para satisfacer al rey?

Bassompierre, y eso habla en su favor, miró a Nissac directamente a los ojos.

—Como el propio rey os diría si se hallara aquí con vos, en mi lugar.

—¿Y qué significa eso?

—¡Sin supervivientes!

Esta vez, sin embargo, Bassompierre apartó la cabeza para escapar a la mirada de los ojos grises, gélida de pronto, del almirante, que se retiró sin decir palabra, ignorando que su interlocutor se sentía muy confuso al exigir tan penosa tarea a un hombre a quien estimaba.

Pero Nissac, preocupado sólo por salvar al rey, no se demoró en esos desabridos pensamientos y tomó, por el contrario, sus disposiciones.

Así, reguló los horarios de modo que los doscientos hombres de *El dragón verde*, infantería de asalto y marinos, convergieran en tres columnas distintas y por caminos diferentes hacia el castillo donde se preparaban los espadachines del «tercer círculo».

La primera columna, al mando del capitán de Sousseyrac, abandonaba ya el acantonamiento del faubourg Saint-Jacques, pues era la que debía recorrer un camino más largo.

Nissac se esforzaba por mantener la calma, tanto más cuanto divisaba, a pesar de los trágicos oráculos, alguna posibilidad de salvar al rey.

Si la suerte de las armas le era favorable, el «tercer círculo» quedaría aniquilado. Entonces debería hacerse lo mismo con los del «segundo círculo», a quienes Luc de Fuelle llamaba «los falsos indignados» que, simulando una gran cólera, debían matar a Ravailac para que no hablara nunca, en cuanto hubiera llevado a cabo el regicidio. Y si la providencia lo quería así, sólo quedaría ya el «primer círculo», es decir el propio Ravailac, cuyo brazo tal vez no fuera imposible detener.

«¡Cuántas hipótesis!», pensó Nissac.

Acompañado por su esposa la condesa, el señor Yasatsuna y los barones Valenty y Fey des Étangs, el conde salió de la mansión de la calle Galande.

Hablaba con Fey des Étangs cuando la pequeña pluma roja del sombrero de éste fue seccionada, limpiamente, por un disparo.

Al levantar los ojos, Nissac y los suyos vieron la boca humeante aún del cañón de un arma que salía por una ventana del primer piso del edificio de enfrente.

Corrieron hacia aquella casa. Sin embargo, al llegar a la habitación del primer piso, la encontraron vacía, aunque el arcabuz, humeante aún, descansaba en el borde de la ventana.

—¡Un torpe! —soltó Valenty.

Nissac sonrió:

—O alguien que no quería matarme... —respondió Nissac, que sabía que sólo un tirador excepcional podía conseguir semejante disparo y tenía una idea precisa sobre la identidad de éste.

Ahora estaban en paz.



Don Ínigo de Cárdenas, embajador de España, observaba con una mirada no exenta de tristeza al coronel de caballería Juan de Sotomayor. Luego, indicándole a dos hombres de la policía secreta de Felipe III que estaban en la entrada de la sala:

—Estos dos oficiales os llevarán hasta Madrid. Lamentablemente, os será

imposible despediros de nadie, pues partís de inmediato.

El coronel se mantenía, como siempre, algo rígido y parecía dispuesto, a cada instante, a aceptar un desafío o castigar una afrenta. Respondió con voz fría:

—No debo despedirme de nadie y puedo dirigirme a Madrid sin la compañía de estos dos espantajos.

—No los subestiméis, coronel Sotomayor, pues no por ser gente de la policía dejan de ser asesinos. Iréis pues a Madrid sin intentar nada y os explicaréis ante el rey.

—No me recibirá.

El embajador hizo un gesto evasivo pues sabía que Felipe III no querría saber nada. Pero ese pensamiento lo molestaba, de modo que pasó a otra cosa:

—¿Cómo un tirador como vos ha podido fallar el disparo?

El coronel esbozó una sonrisa.

—De todos modos, he cortado la pluma del sombrero del hombre que se hallaba más cerca del almirante de Nissac... Es un buen tiro, y el honor de España está a salvo.

El embajador sonrió a su vez, menos por la respuesta en sí que por aquel rasgo de ingenio irónico que no sospechaba, en absoluto, en un hombre como Sotomayor.

Don Íñigo de Cárdenas lanzó una rápida mirada a los dos hombres de la policía secreta. Luego, tomando al coronel del brazo, lo llevó al otro extremo de la sala para que no pudieran oírlos. Habló a media voz:

—Al margen de que sea un gran soldado y un marino excepcional; al margen de todos esos cumplidos que tanto nos molestan, ¿qué hay en Nissac que fascine a un hombre como vos, hasta el punto de correr los mayores riesgos personales para salvarlo?

El coronel lanzó al embajador una mirada cansada.

—¿Lo comprenderíais?

—Puedo intentarlo, coronel, pues siento por vos una gran estima, una estima que... los recientes acontecimientos no han alterado.

El coronel, que se sabía perdido, no consideró preciso bajar la voz porque pensaba que aquella pequeña humillación en nada hubiera modificado su suerte.

—Tal vez os extrañe, pero no me deslumbran sus cualidades militares. Existen y son como se dicen: ¿entonces...? Nissac es ante todo un hombre inteligente. Contrariamente a los demás, pensó, ¿me oís bien?, pensó el oficio de las armas, sin duda muchas horas al día y durante años... Hay otras cosas en él mucho menos visibles y más interesantes. Os diré sólo una: me respetó la vida cuando tantos otros en su lugar, y yo el primero, no lo hubieran hecho.

El embajador reflexionó un breve instante estas palabras. No estaba muy lejos de pensar que el comportamiento de Nissac salvando a su adversario era fruto, ante todo, de una debilidad.

—Ciertamente, además va a ser bueno. ¿Y sería ésta razón suficiente para

arriesgar vuestra propia vida?

—¿Qué es una vida, señor embajador, si no decides darle sentido?

—La vida es combatir por tu rey, tu país y por Dios. He aquí el sentido de la vida: neto, directo, alegre a fuerza de claridad.

—¿Alegre...? Creo que el almirante Nissac tiene una concepción trágica de la existencia. Y eso es sin duda lo que me acercó a él mientras lo observaba para conocerlo mejor y poder matarlo. Sabía que no podríais comprenderme, señor embajador.

—¿Pero qué es eso, a fin de cuentas? Sí, la vida también es trágica puesto que su término es la muerte... ¡Qué cosas...! Roba el viento a los demás capitanes, es excelente con la espada, manifiesta gran bondad y se muestra filosófico: ¿qué clase de hombre es éste?

—Precisamente, señor embajador, desde un punto de vista corriente, el almirante de Nissac plantea un grave problema cuyas primicias observáis con exactitud.

Olvidando a los hombres de la policía secreta, el embajador no pudo ocultar su vivo interés.

—¿Qué queréis decir, coronel?

—Creo que el conde de Nissac, al margen de sus cualidades de soldado que, en relación con nuestro objetivo, no tienen importancia alguna, es hoy lo mejor que producirán los días futuros. Ahora bien, no soy en absoluto un hombre que injurie el porvenir. ¿Comprendería esto la policía secreta?

—Lo dudo... —respondió don Íñigo de Cárdenas con aire sombrío.

—Y también yo. De modo que no diré palabra.

El tiempo había cambiado de pronto.

Las tres columnas avanzaban penosamente, cada una de ellas por una ruta distinta, bajo el viento y la lluvia que caía a finas ráfagas.

Nissac mandaba la primera, Paray des Ormeaux la segunda y Sousseyrac la tercera, llamada «compañía pesada» porque transportaba armas pesadas, como falconetes^[17] flamantes, recién salidos de los arsenales de Sully. Todos se atrincheraban en sus pensamientos, pues, debido al mal tiempo, no era posible hablar con el compañero que marchaba al lado.

Los hombres habían sido informados de que se procedería, primero, a un agrupamiento en el bosque cercano al castillo donde se acantonaban los asesinos, para atacar sólo cuando cayera la noche y por sorpresa. A pesar de todo ello, nadie ignoraba que la partida sería muy dura aunque todos se sentían confiados, y ésa es la inmensa ventaja de ser dirigidos por un jefe que nunca haya conocido la derrota.

Otros, que amaban en secreto a la hermosa condesa de Nissac, esperaban combatir a su lado y, ¿quién sabe?, tal vez salvarla, aunque ella hubiera demostrado ya que, tanto con la espada como con la pistola, valía lo que cualquier hombre.

Pero eso no impedía soñar y a veces incluso creer en ello, pues, sin esperanza, ¿qué iba a ser de los hombres?



El obispo de Luçon, Armand Jean du Plessis de Richelieu, aguardaba con gran ansiedad, pues creía saber quién lo había citado y pensaba que su destino, que ambicionaba excepcional, iba a decidirse en los minutos siguientes.

Hubiera preferido que el encuentro tuviera lugar en Saint-Germain l'Auxerrois, parroquia del Louvre, pero se encontraba en el convento del Petit Saint-Antoine, que conocía poco aunque una vez había asistido al oficio de Tinieblas en aquel lugar.

El obispo de Richelieu tembló de frío, pues había sido víctima de la lluvia al salir de su carroza. Además, sufría un acceso de forúnculos en todo el cuerpo, pero especialmente uno de ellos, en las posaderas, lo obligaba a mantenerse con las nalgas apartadas de acuerdo con una técnica que dominaba muy bien, pues sufría muchas veces de forúnculos en aquel lugar, y seguiría sufriendolos toda la vida.

Aguardaba desde hacía más de una hora, temblando. Habían pasado ya las vísperas y comenzaba a desesperar cuando apareció una mujer.

Llevaba una máscara que representaba la muerte, pero el artificio era inútil pues Richelieu sabía quien era. Tuvo dificultades en hablar primero, balbuceando:

—Majestad...

La mujer aguardó largo rato antes de responder, poniendo así fin a la tortura de Richelieu.

—Mañana es la coronación de la reina.

El obispo pensó: «Lo sé y vos lo sabéis mejor que nadie, señora, pues seréis vos la coronada». Se limitó a inclinar la cabeza.

La mujer con la máscara de muerte prosiguió:

—Si pasado mañana Dios llama al rey, la regencia recaerá en la reina. Necesitará ministros, hombres nuevos, ambiciosos, jóvenes y buenos católicos. El rey no os hará nunca, ¿me oís bien?, nunca ministro. La reina lo hará. Y hará que seáis elevado al cardenalato.

Richelieu cayó de rodillas ante la reina.

—Hablad, majestad, estoy a vuestras órdenes.

La mujer con la máscara de muerte, personaje que servía a la «conjura de los doce» y se encontraba en lo más alto de ésta, demoró voluntariamente su respuesta; luego, con sequedad:

—¡Abandonad a ese almirante de Nissac, al que odio...! ¿No veis acaso que su fidelidad al rey es el último obstáculo entre vos y vuestras ambiciones?

De rodillas aún, con la cabeza gacha y una actitud de exagerada sumisión, el obispo respondió:

—No conozco ya al almirante de Nissac y no volveré a verlo. Más aún, lo destrozaré.

Oyó un ruido de pasos y levantó la cabeza: la mujer de la máscara de muerte se alejaba. Cierta es que, para ella, la jornada del día siguiente se anunciaba muy cargada.

Saliendo con gran discreción, el obispo de Richelieu observó a la mujer subiendo a su carroza, las libreas de los cocheros, lacayos y pajes que llevaban todos casacas y jubones de satén azul y blanco. Eran los colores de la reina.



Las tres columnas se agruparon en las proximidades del castillo donde estaban los cincuenta asesinos que debían prepararse para actuar al día siguiente de la coronación de la reina.

La lluvia había cesado pero la luna se veía muchas veces enmascarada por el paso de grandes nubes oscuras.

A cubierto en el bosque, los más fervientes leales al reino, todos de *El dragón verde*, verificaban sus armas y se ponían en el brazo izquierdo unos brazaletes azul marino con flores de lis de un amarillo dorado para reconocerse de inmediato en el furioso combate que se anunciaba.

Nissac, al acercarse por el único flanco que no estaba descubierto, había podido aproximarse mucho al castillo, cuyo puente levadizo no había sido levantado, aunque la pesada puerta tras él, en cambio, estaba cerrada.

Mientras algunos comprobaban la mecha de sus arcabuces, otros desenvainaban sin ruido la espada o el sable y cuatro artilleros de élite de *El dragón verde* ponían en batería los dos falconetes, con sus bocas amenazadoras apuntando a la puerta.

La guardia era ligera: dos hombres en el puente levadizo, otro en las almenas y sólo éste planteaba un problema.

Nissac se acercó con el señor Yasatsuna y un marino bretón llamado «el Maltés», apodo que le venía del hecho de que en Malta había aprendido el arte del cuchillo, antes de encontrar mujer en Mesina y casarse con ella en Neoport.

En el mismo instante, dos puñales lanzados por Nissac y el Maltés alcanzaron la garganta de los hombres de guardia en el puente levadizo, mientras el de las almenas recibía una flecha en el ojo izquierdo, acompañada de inmediato por otra en el derecho; el hijo del Sol Naciente bajó entonces su arco, sin ni siquiera mirar el resultado.

Uno de los hombres del puente levadizo cayó en la pútrida agua, pero el ruido fue leve pues no se produjo del lado del castillo reacción alguna.

El almirante de Nissac, observado por doscientos pares de ojos, desenvainó la espada, la levantó y la dejó caer con gesto rápido. De inmediato, los artilleros abrieron fuego y, bajo las salvas de los falconetes, la pesada puerta, arrancada de sus goznes, cayó sobre el puente levadizo, que tembló.

Los asaltantes se pusieron en camino de inmediato, avanzando a la carrera.

En el primer piso, algunos hombres que se despertaron enseguida corrieron hacia las troneras. Mudos de estupor, vieron la numerosa tropa que avanzaba hacia ellos, muy compacta, parecida a las «tortugas» de la antigua Roma, y el espanto de los regicidas respondía al silencio de los asaltantes. Al revés que las tropas de asalto, que se lanzan siempre aullando, las bocas permanecían cerradas y sólo se oía el horrendo chasquido de las armas y los pesados pasos de doscientos hombres sobre las tablas del puente levadizo.

En el castillo, se levantaban por todas partes para tomar las armas y correr hacia la entrada.

El primer choque se produjo en la vasta sala de armas de la planta baja y se inclinó de inmediato en favor de los leales; tuvieron que retroceder los regicidas, combatiendo, hacia una escalera monumental por la que subieron reculando. Los felones recibían incesantes refuerzos procedentes del piso.

Tras una orden de Nissac, Paray des Ormeaux por un lado, Fey des Étangs y Valenty por el otro, se llevaron la mitad de los efectivos de *El dragón verde* para limpiar por completo la planta baja del castillo, donde los regicidas, en un reducido número, fueron de inmediato pasados por el filo de la espada.

Pero la parte esencial del combate se desarrollaba en la escalera de mármol, de

casi dos toesas de ancho, donde los espadachines se encontraban en una posición más elevada y, por lo tanto, más ventajosa.

Como solía hacerse en su arte de la guerra, el señor Yasatsuna cosechaba cabezas, es cierto, pero su situación desfavorable no le permitía brillar como de costumbre. Lo mismo ocurría con Sousseyrac, cuya fuerza se expresaba con mayor dificultad.

Los regicidas, por su parte, se defendían ferozmente y con talento sacaban un excelente partido de su emplazamiento, aunque, en aquel salvaje revoltijo, perdían pie y retrocedían inexorablemente hacia el piso. En su contra estaba el hecho de que nunca hubieran combatido con hombres armados de sables y hachas de abordaje, que seccionaban miembros enteros.

Entre los regicidas, un hombrecillo que vio a Sousseyrac derribando, uno tras otro, a dos adversarios, le apuntó a la cabeza con una pistola y el gigantesco capitán encomendaba ya su alma a Dios cuando su futuro asesino se derrumbó, con una bala en plena frente.

Volviéndose, Sousseyrac descubrió a Isabelle de Nissac. Casi se atragantó.

—Ah, señora condesa, me habéis salvado. Sousseyrac salvado por una mujer, la vida es deliciosa y un gran beneficio... Moriría de buena gana por vos, y con gran dicha, señora...

—Vivid más bien, señor, y pensad en todos los violinistas que, sin vos, se sentirían muy pesarosos, y yo misma me entristecería si no os oyera decir bobada tras bobada.

Entretanto, el combate proseguía, áspero y salvaje. Los regicidas retrocedían, codo con codo, vendiendo muy cara su piel, mientras los de *El dragón verde* dejaban, por lo menos, un muerto o un herido grave en cada peldaño conquistado. Chapoteaban en la sangre. Llegaron, por fin, al piso y, aunque la victoria no era ya dudosa, fueron necesarios aún varios muertos antes de que los últimos regicidas tiraran la espada.

Se hicieron seis prisioneros, dos de ellos heridos. El rey, por boca de Bassompierre, había dicho: «Ningún superviviente». Nissac habló con ellos, en voz baja, durante varios minutos sin que nadie pudiera oírlo, pero, al ver cómo se alinearon espontáneamente contra un muro, pudo comprenderse que habían elegido su muerte: ni cuerda ni degüelle a cuchillo.

Disparo de mosquetería, a menos de una toesa, y todo estuvo listo.

Mientras en la planta baja la señora de Nissac ayudaba al cirujano de *El dragón verde*, que cuidaba a los heridos, el almirante fue llamado a una habitación del primer piso. Vio allí a una mujer desnuda que estaba sentada en una cama y mantenía los ojos bajos. A su lado, arrastrado de debajo de la cama donde se ocultaba, un hombre gordo, desnudo también. Sin decir una palabra, y ante todo, Nissac cubrió a la mujer con su capa azul marino manchada de sangre, arrebatando su desnudez a las miradas ávidas de una decena de marinos.

Luego escuchó al oficial que había interrogado a la pareja.

—La mujer es una burguesa de la vecindad. Enloquecida, no cabe la menor duda de ello, lo abandonó todo para vivir entre espadachines y aquí fue elegida por este cobarde que, abandonando a los suyos, esperaba escapar a nosotros ocultándose.

Nissac lanzó una mirada de hastío al oficial.

—Ya conocéis la consigna.

Arrastraron al hombre y, casi de inmediato, se oyó un sordo disparo.

Un joven marino regresó con la cabeza del espadachín y la arrojó, riendo, a los pies de la mujer. Ésta, incrédula por unos instantes, aulló de terror.

Nissac, que parecía agotado de pronto, se volvió hacia el oficial:

—Este hombre no pertenece ya a la tripulación de *El dragón verde*, que le den lo necesario para llegar a Toulon y que abandone de inmediato el lugar; si no será considerado un espía y colgado al instante.

Al almirante lo invadió una gran tristeza. En dos años a su lado, eso era todo lo que el joven había aprendido: a aterrorizar a una mujer ya humillada por haber permanecido desnuda ante tantos hombres.

Al ver que la cabeza permanecía a los pies de la mujer, el almirante se dirigió a un soldado de la infantería de asalto:

—Bueno, ¿a qué esperáis...? ¡Libradnos de esa cabeza!

—¡A vuestras órdenes, señor almirante! —respondió el hombre, muy resuelto, tomó la cabeza por el pelo, un espectáculo bastante penoso para todos.

Tras haber actuado así, vaciló un buen rato, sin saber cómo proseguir.

Nissac, y también la docena de marinos presentes, el oficial y la propia mujer, posaron los ojos en el soldado que, sonriendo con un aspecto de muy bobo, seguía sujetando la cabeza por el pelo, como si de un cubo de agua se tratara.

Finalmente, resuelto de nuevo, exclamó:

—¡Os libraré de esa cabeza, señor almirante!

Pero nada hizo, sin saber aún cómo actuar y mirando, con aire desconcertado, las cuatro esquinas de la estancia. Puesto que la disciplina militar impedía que le dijeran cómo debía hacerlo, con la boca torcida, algunos le susurraban algo y el propio Nissac, aunque su boca permaneciera silenciosa, articulaba una palabra; pero el hombre, con la cabeza inclinada cuarenta y cinco grados con la esperanza de mejor leer todos aquellos labios, el hombre, pues, no actuaba, hallándose en total incompreensión de lo que le susurraban por los cuatro costados.

Sin aguantar más, un sargento salió al corredor mientras los demás miraban al soldado con esa especie de fascinación que ejerce, siempre, la extrema tontería.

El sargento que había salido, y que estaba en el pasillo, es decir fuera de la zona de control del lugar donde se había dado la orden, aulló a pleno pulmón:

—¡Tírala por la ventana, cretino!

Ante la fascinada mirada de quienes estaban en la estancia, el rostro del soldado se iluminó. Con convicción, arrojó la cabeza por la ventana, aunque creyó oportuno, lamentablemente, añadir con una sonrisa bonachona:

—¡Olvidada la cabeza, señor almirante!

A lo que pareció responder, en el silencio, el sonoro «plof» de la cabeza al caer en las pútridas aguas de los fosos del castillo, como si aquella parte separada del espadachín quisiera, en aquella querella, decir la última palabra.

El almirante conde de Nissac, y también todos los demás que no querían reírse en tan dramáticas circunstancias, comenzaron enrojeciendo. Luego, en todos, el color fue afirmándose y volviéndose escarlata. Brotaron a continuación, como una tempestad, los salvajes aullidos de una risa en exceso contenida y que alimentaba sin cesar el aire de desolación del infeliz soldado.

Nissac, con los ojos húmedos aún de lágrimas, levantó su mano enguantada en gris perla para imponer un silencio que obtuvo de inmediato:

—Señores, el combate fue duro y eso lo explica.

Finalmente, al ver a la mujer desnuda bajo la capa:

—Vamos a salir, señora, vestíos y regresad a casa.



La vuelta a París, adonde llegaron al alba, fue muy triste. La tripulación del navío real contaba ocho muertos y varios heridos graves.

Nissac, que iba detrás con la compañía pesada de Sousseyrac, contempló el cielo pálido que blanqueaba al este.

Había conseguido, al menos, matando a los cincuenta regicidas, destruir por completo el «tercer círculo» de la conspiración.

Miró a la condesa, que iba a su lado. Sintió bruscamente deseos de huir de París. Pero sabía que lo más difícil estaba aún por llegar...

El día de la coronación fue fastuoso. Los príncipes se codeaban con la gente de mayor importancia del reino, con vestidos de gala. Se vio incluso, tras haber recuperado la gracia, a la reina Margot, que había engordado mucho. Llevaba un manto en el que se veían flores de lis de oro y tan largo que unos barones le llevaban la cola.

El conde de Nissac hubiera podido exigir, para asistir a la coronación, el lugar que le correspondía de pleno derecho, pues su nobleza era una de las más antiguas de Francia, pero en realidad, aunque la coronación de la reina le interesara porque corría el riesgo de sumir rápidamente al reino en el luto, la ceremonia no despertaba en absoluto su curiosidad.

Acudió sin embargo, y solicitó que fueran a buscar a Luc de Fuelle, quien adujo que estaba «demasiado ocupado» para entrevistarse con el almirante de Nissac.

Éste, perplejo por unos instantes, mandó a otro emisario con un mensaje más firme, pero la respuesta fue más desagradable aún, pretextando Fuelle que «no tenía tiempo para el señor de Nissac».

El almirante no insistió.

Poco después de la ceremonia, mientras la carroza donde estaba Luc de Fuelle recorría una calle tranquila, Sousseyrac se acercó al galope, saltó del caballo y se sentó junto al cochero. Le sonrió, pero la mirada permaneció fría y, mostrando sus anchas manos, le amenazó:

—Si me disgustas desobedeciendo mis órdenes, te retorceré el cuello como a un pollo.

—¡No será necesario, monseñor! —respondió el cochero con una gran docilidad.

Entretanto, saltando desde su alto caballo negro, Nissac se invitó al interior de la carroza, mientras Valenty y Fey des Étangs tomaban su montura por la brida al igual que habían hecho con la del barón de Sousseyrac.

El conde de Nissac observó a los dos pasajeros de la carroza, que habían palidecido súbitamente; Richelieu más aún que Luc de Fuelle.

Éste, en el colmo de la turbación, se destrozaba las manos. Nissac, muy consciente del malestar de Fuelle, se guardó muy mucho de apresurar las cosas, pues aquel silencio formaba parte del castigo.

Por fin, se decidió a hablar:

—Bueno, abate, ¿qué se siente cuando, como vos, se traiciona al rey, a sus amigos y al propio primo, el señor de Valenty?

Confiado en el verbo, terreno en el que era excelente, el abate se sintió de inmediato más cómodo:

—¡Pero, señor almirante, no traiciono a nadie! Sirvo a mi rey a mi modo, que ciertamente no es el vuestro, y observo por lo demás que...

Calló, como si tuviese las mandíbulas presas en una tenaza, pues la mano

enguantada de gris del almirante se había cerrado sobre ella mientras que, con la otra mano, Nissac abría la puerta de la carroza. Luego, tirando del rostro del abate, cuyo maxilar estaba aún en su poderosa mano, el almirante lo obligó a levantarse y lo tiró fuera diciendo:

—¡Adiós, barquillero!

Luc de Fuelle se fracturó el hombro al caer de la carroza, rodó sobre sí mismo y, luego, quedó de rodillas junto a dos hombres de verde que defecaban en el adoquinado, dando por sentado que se acusaría a los perros.

Impotente, el abate vio cómo se alejaba la carroza, rodeada por los oficiales de *El dragón verde*, a caballo, y entre ellos Stéphan de Valenty, que se volvió y, quitándose el sombrero de plumas con un amplio gesto, exclamó:

—¡Oh, buenos días, primo!

Entretanto, en el interior de la carroza, el obispo de Richelieu, en el colmo de la incomodidad y sufriendo de un modo horrible por el gran forúnculo que tenía en las posaderas, intentaba evitar los ojos grises del almirante.

Por orden de Sousseyrac, el coche se detuvo en la calle Saint-Sauveur, y Nissac corrió de inmediato las cortinas, algo que no contribuyó en absoluto a tranquilizar a Richelieu.

Sentado frente al obispo, con los codos en las rodillas y el rostro en las manos, Nissac, con la curiosidad en sus grises ojos, ahora, soltó:

—Explicaos.

Richelieu intentaba evitarlo, sin ser consciente de ello, sin duda. Admiró mentalmente las hermosas plumas del sombrero del almirante; luego, encontrando que la posición del conde era muy curiosa, y conmovedora incluso, pensó: «Teniendo así el rostro en sus manos, ese Nissac parece un niño esperando que le cuenten una hermosa historia... —Luego, la emoción que por lo general sólo transitaba por el alma de Richelieu dio paso al cálculo—: Si quiere escuchar una buena historia, puedo satisfacerlo»...

Richelieu se puso la mano en la boca, contuvo una tosecita muy mundana y, luego, adoptando un acento de indignación:

—Almirante, estáis sobrepasando con creces lo que se aguardaba de vos.

—¿Y qué más?

—Estáis en todas partes a la vez, hacéis que estallen mansiones, matáis, interrogáis... ¡Es demasiado, demasiado de veras!

Nissac inclinó la cabeza, interesado.

—Muy bien. Recordadme entonces los términos de mi misión.

Richelieu se turbó.

—Bueno... Debíais dar duros golpes a los conspiradores.

—¿Y qué he hecho si no...? Acabo de destruir por completo el «tercer círculo» que tanto os asustaba, a vos y a todos los que nada emprendéis nunca con la espada en la mano.

Richelieu conocía desde hacía poco tiempo esa noticia, que había conocido durante la coronación y que corría de boca en boca.

—Sin duda, y os felicito por ello...

Nissac lo interrumpió:

—Vuestras felicitaciones me importan un bledo. Vayamos al meollo del asunto, ¿qué queréis?

—Debéis detenerlo todo. Lo mejor sería que reanudarais vuestro servicio en la mar, donde sois insustituible.

—¿Y el «segundo círculo»...? ¿Y el tal Ravailac?

—Ahí reside el problema. Sois inteligente y lo que voy a deciros debiera pareceros la verdad. Ved, no podéis intentar desbaratar la conspiración contra el rey. Nunca se os pidió una cosa así y otros se encargan con celo de eso. Yendo a los mismos lugares y siguiendo las mismas pistas que las distintas policías requeridas para esa tarea, molestáis, entorpecéis, de modo que vuestras acciones tendrán un efecto contrario al que buscáis, y que no es otro que salvar al rey. Vuestra tarea consistía sólo en dar duros golpes a los conspiradores y lo habéis logrado mucho más allá de lo esperado. Ese «tercer círculo» constituía la gran, la única amenaza, que gracias a vos hoy se ha disipado. Veamos, ¿qué queda...? Un asesino aislado, ese Ravailac, que sin duda ahora está vacilando... ¿La media docena de payasos del «segundo círculo»? Pero la escolta acabará fácilmente con tan pocos individuos.

El almirante de Nissac no respondió, imbuyéndose de las palabras de Richelieu.

—Sé, y eso es muy prudente, que acabáis de mandar a Ruán la mayor parte de vuestros hombres...

«¿Cómo lo sabe?», pensó Nissac que, en efecto, para la fase final sólo conservaba a ochenta marinos y soldados porque se habían marchado ya los demás hacia Ruán, con la orden, sin embargo, de detenerse a veinte leguas, por si...; pero ese detalle lo ignoraba el obispo.

Nissac, saliendo de sus pensamientos, habló en voz baja, como para sí mismo:

—¡Qué dulce sería escucharos...! Abandonar todo eso, en efecto, que no es de mi mundo, regresar a las cosas que conozco, mi navío, el mar... Dejarme acunar por vuestras palabras y, cobardemente, afirmarme en el sentimiento de haber hecho lo que de mí se esperaba, de haber cumplido efectivamente con mi deber. Si supierais cuánto me tentáis, cuán cobarde me siento de pronto porque, lo sé, si me voy de inmediato lo puedo ganar todo, y perderlo todo si me quedo. Y, sin embargo, no partiré.

—¿Pero por qué? —preguntó Richelieu, conmovido a fin de cuentas por la sinceridad del almirante y por la dureza de su conflicto de conciencia.

—Veréis, planean por el éter las almas de mis marinos y soldados, caídos en gran número y, a veces, muy lejos, en tierra extranjera, para salvar al rey. Si todas esas aventuras, todas esas muertes y todos esos combates fueran a carecer de sentido, si no lo intentase todo hasta el final, entonces jamás curaría de semejante bajeza.

Calló unos instantes y prosiguió con tristeza:

—¿Intentaréis vos algo contra mí?

Richelieu hizo un gesto fatigado.

—Lo intentarán todo contra vos. Pero no yo.

—¿Y si fuera a hablar con el rey?

—Le gustáis, Nissac, pero no os recibiría. También él está resignado a morir. No combatimos...

Dudó y, luego añadió:

—Me niego a renunciar a todo por un hombre que no quiere defenderse. Está viejo, fatigado. No desea ya esperanza. Su decisión está tomada. Ved, Nissac, incluso vuestros adversarios os estiman, mucha gente os ama..., pero molestáis a todo el mundo.

Nissac sintió una náusea de asco y desesperación. Por última vez en su vida, miró al futuro cardenal:

—Puesto que algún día lo seréis todo, haced buen uso de ese poder.

Abrió la portezuela y salió sin decir una sola palabra.

Al quedarse solo en su carroza, Richelieu pensó que era sin duda el primero que veía a Nissac con la cabeza gacha, como un vencido. Luego se dijo: «¡Qué lástima...! ¡Lo que hubiera podido yo hacer con semejante hombre a mi lado!».

Unas oscuras nubes se acumulaban en el cielo. Había ahora bochorno, pero la tormenta no parecía decidirse a estallar.



El anciano, muy orgulloso, mostró su trabajo al ambrosiano. Se consagraba a él desde hacía cuarenta y cinco años, primero en su Austria natal y, luego, una decena de años en Francia.

Tendió uno de sus dos arcabuces, de dimensiones tres veces más reducidas que las de un modelo corriente.

—Fácil de ocultar bajo una capa. Tres veces menos molesto, cuatro veces y media más ligero, cinco veces más preciso. Es la obra de toda una vida.

—¿Ambos funcionan? —preguntó el monje desfigurado.

—Están dispuestos para servir.

—¿Y las balas?

El anciano mostró una decena de balas.

—Son de «piedra pesada»^[18], un mineral sueco menos duro que el acero pero que no se deforma con los golpes. Volverán a salir del cuerpo y escaparán a toda búsqueda, así que no podrá imputárseles la muerte de aquél a quien queréis matar.

—Pero... su tamaño es...

El anciano sonrió e, interrumpiendo al monje:

—No más grandes que las cagarrutas de conejo —dijo—. En el cerebro, eso basta para causar daños irreparables.

—Habéis trabajado bien.

—Deseo abandonar lo antes posible el reino de Francia.

El ambrosiano hizo una mueca, haciendo que su rostro fuera más horrendo aún si eso hubiera sido posible. Miró al anciano. Le había entregado el oro procedente de los tesoros desvalijados en las iglesias y los castillos, a lo que se añadía, robada, parte del oro de los conspiradores y de España: el viejo era fabulosamente rico y, era evidente, ya sólo deseaba reunirse con tamaña fortuna, dejada a buen recaudo en su Austria natal.

—Lamentablemente —respondió el ambrosiano—, tu bellísima aventura termina aquí, en tu viejo taller...

Sacó un puñal.

Una hora más tarde, el cuerpo del viejo austríaco había desaparecido por completo, corroído por los ácidos y abrasado por el fuego.

Los dos arcabuces, aquellas joyas de concepción absolutamente nueva, y las balas de «piedra pesada» seguían en posesión del monje.

Para acabar con una presa muy especial.

El rey se había hecho contar detalladamente el asunto del «tercer círculo» o, al menos, lo que de él se sabía por la gente de la policía que había llegado con rapidez al lugar. Se habían descubierto, así, unos cincuenta cuerpos, algunos decapitados o con los miembros seccionados a hachazos.

Se decía ya que la flor y nata de los espadachines había sido exterminada y, aunque algunos se preguntaran por quién, en la Corte la cuestión carecía de misterio.

El rey, fatigado, se volvió hacia Bassompierre:

—Salvo tú mismo, Sully y algunos más, sólo me queda Nissac y su tripulación, a la que supo vincular a mi causa hasta el fanatismo.

Sonrió.

—¡Más monárquicos de lo que yo mismo soy ahora!

Vio una bandada de cuervos que le causó muy mala impresión y prosiguió:

—Bassompierre, después de mi muerte...

El futuro mariscal lo interrumpió con violencia:

—¡No, sire!

Aunque impresionado por un acento de sinceridad que no le engañaba en absoluto, Enrique IV ignoró la interrupción:

—Después de mi muerte, haz saber a Nissac que lo he querido. Como a un hermano menor, fogoso, que me asustaba pero me hacía soñar. Siempre he temido por él, aunque no sin egoísmo, siempre he querido más. Se habla continuamente del diablo, de hechiceros... El único hechicero que he conocido nunca es ese almirante de mil diablos, con su franca sonrisa y sus extraños ojos grises.

—Sire, vos mismo se lo diréis durante esa guerra que se acerca. Conozco a Nissac, su *Dragón verde* asolará las costas de España, impedirá la entrada a los puertos, hundirá flotas enteras. Por mar, las tropas de Felipe III no recibirán ni un solo hombre, ni una pizca de víveres.

El rey sonó unos instantes, con una vaga sonrisa en los labios. Luego:

—Me matarán mañana —dijo—. Ya ves, nada se puede contra un hombre dispuesto a sacrificar su vida para arrebatar la de un rey. Esta guerra no tendrá lugar. Antes de librarlas, imagino siempre las batallas. Esta vez, no brota imagen alguna. No iré pues a ella porque me habrán matado antes. Demasiados me odian, de los locutorios de los conventos a las salas del Parlamento, de las tabernas a los locales de la Milicia, por todas partes se oyen sólo feas palabras. Estoy en manos de Dios, que hará de mí lo que quiera, ¡pero que lo haga deprisa!



El joven montaba un buen jaleo y había golpeado ya al encargado del lugar, así como a un apacible tapicero que bebía tranquilamente su vino, solo en una mesa, y al que le buscó las cosquillas.

La gente de la policía no se habría desplazado, sin duda, si el muchacho medio borracho no clamase, además, que iba a salvar al rey, ayudado en la misión por los demás marinos de *El dragón verde*, a bordo del que servía.

Ahora bien, acababa de llegar una orden referente a los oficiales y marinos del navío real de alta mar llamado *El dragón verde*, sospechosos de conspiración colectiva que ponía en peligro la vida de Enrique IV.

La captura de un marino aislado de *El dragón verde* fue una noticia que llegó muy pronto y muy arriba, hasta ciertas cumbres del Estado, donde se interesaban de cerca por el almirante de Nissac.

La doblez de la policía era lamentable, pues la mayoría de sus miembros sabían que Nissac y los suyos eran inocentes, y los únicos que combatían por un rey cada vez más abandonado y cuya muerte inminente aguardaban.

Golpeado con violencia, el joven marino confesó que no pertenecía ya a la tripulación de *El dragón verde* porque había sido expulsado debido a una historia de cabeza cortada que no interesó al teniente de la policía, pasado desde hacía unas horas a la subversión.

No fue difícil convencer al joven marino de que, estando borracho, había golpeado con tanta fuerza a un hombre que lo había matado y que sería colgado por este crimen.

A menos que...

Un señor pomposo llegó entonces al lugar, precedido por un murmullo que lo anunciaba como al omnipotente duque D'Épernon, a quien se consideraba el hombre del futuro.

El duque observó al joven marino que tenía las manos atadas a la espalda. Lo abofeteó cuatro veces, no sin complacencia, luego dejó ante él una bolsa medio abierta donde se veían gran cantidad de monedas de oro.

D'Épernon habló poco:

—Mueres, ahorcado y silencioso, o vives, rico y charlatán: ¡elige!

El hombre eligió ser rico y no verse ahorcado en el cadalso de Montfaucon, donde sus ojos serían devorados por las aves.



Thomas de Pomonne, conde de Nissac y almirante de los mares del Levante, había alquilado la posada del Unicornio de Oro para su uso exclusivo y el de la condesa. Y pagaba el lugar con sus propios escudos, pues su escrupulosa naturaleza

sólo le permitía utilizar el oro del señor de Sully para la causa del rey.

Hallándose solos en aquel lugar, donde el propietario que se ocupaba de los fogones servía, además, en persona, el conde y la condesa vivían en amorosa intimidad que hubiera sido más hermosa aún si la fatiga de los combates de la noche anterior no se hiciera sentir y si los asuntos del reino no proyectaran la sombra de la traición, de la felonía y del crimen.

Poco antes del anochecer, habían paseado de la mano mientras a la luz del poniente las calles se doraban como ilustraciones de un libro sacro.

La posada estaba situada en los muelles, no lejos del barrio Maubert. Cenando en el primer piso, la pareja veía las torres de Notre-Dame perdidas entre la luna y las estrellas, cuyo fulgor espejeaba en las aguas sombrías del Sena.

El posadero había cubierto la mesa con un muy hermoso mantel blanco, bordado con encaje. En éste había dos candelabros de cristal, procedentes sin duda de su propia morada y en los que se consumían con lentitud dos velas de una hermosa cera muy pura.

Muy consciente de que en los malos caminos, en los improvisados acantonamientos, en los campos de batalla y a bordo de *El dragón verde* no había tenido ocasión de ofrecer una comida de fiesta a la mujer que amaba, Nissac quería compensarla aquella noche. Sirvieron pues huevos estrellados al jugo de acedera, torta de capón, lenguados, oca con puntas de espárragos y guisantes, queso de la Gran Cartuja y otro de Fleury, buñuelos y cerezas confitadas...; es decir, mucho más de lo que podían tragar..., pero al menos probaban cada plato con la mirada fija, a veces, en Notre-Dame, mientras una bandada de murciélagos se recortaba contra el claro de luna o el fulgor de los astros muertos en el Sena.

Fuera hacía mucho viento y se oía el crujido de las ramas de los árboles que separaban la posada del borde del río.

Al conde le hubiera gustado hablar con Isabelle del dolor que le producía comprobar que su amor coincidía con acontecimientos históricos que no permitían a sus corazones abrirse por completo, que lo lamentaba mucho y se prometía recuperar muy pronto el tiempo perdido. Pues, consiguiese salvar al rey o se lo impidiera una suerte adversa, ya sólo deseaba dividir su vida entre aquélla a la que amaba y su misión, que consistía, en *El dragón verde*, en actuar de modo que en alta mar no se impusiera la ley del más fuerte en detrimento de la justicia.

¿Sería ella algo bruja...? En cualquier caso, advirtiendo su turbación, le sonrió diciendo:

—Ya sé cómo me amas, tú sabes cómo te correspondo yo. No te condeno por lo que vivimos, tu causa es la mía, amémonos con fuerza, como podamos en estas circunstancias, y salvemos al rey para abandonar muy pronto este París que tanto me asusta.

Él le tomó la mano, se la llevó a los labios y respondió en un tono más sombrío de lo que hubiera deseado:

—¡Salvar al rey...! ¡Nadie cree ya en ello...! Mira, en esta ciudad, a todos esos extranjeros que aparecen bruscamente, a esos desconocidos, a esos hombres llegados de nadie sabe dónde... ¿Quiénes son? ¿Qué vienen a buscar aquí?

A su vez, ella se llevó la mano del almirante a los labios.

—Tal vez hayan venido para la coronación... Era un acontecimiento esperado en toda Europa.

—Creo que es otra cosa. Ya ves, todo acontece como si cada cual supiera, mañana, inevitable la muerte del rey, comenzando por él mismo. Y nadie se rebela, fingen todos proseguir con su vida ordinaria... Sin embargo, la ciudad está nerviosa.

—Mañana...

—Sí, mañana. Después, el rey estará con los ejércitos, más expuesto a las balas pero mejor protegido contra puñales asesinos ocultos bajo las capas.

Ella pareció pensativa unos instantes.

—Mañana, 14 de mayo del año de gracia 1610...

La frase hizo reaccionar de inmediato al conde de Nissac:

—Fey des Étangs, que no tiene ni un pelo de tonto, me hizo una extraña observación referente a esta fecha... Y, más concretamente, al número catorce.

Observó de nuevo la bandada de murciélagos al claro de luna, de un blanco amarillento ahora. ¿Quién podía pues, a estas horas, molestarlos en las torres de Notre-Dame...? Nissac pensó en un arcabucero, un tirador en los tejados que tomaba, pronto, posiciones con la idea de acabar mañana con el rey; luego apartó ese pensamiento y prosiguió:

—Fey des Étangs considera que esta jornada del 14 de mayo de 1610 tendría que resultarle fatal al rey, pues hay catorce letras sumando las de «Enrique» y las de «Navarra», como hay catorce letras en «Enrique» y «Borbón», expresiones ambas que se refieren a nuestro monarca. Nació un 14 de diciembre de 1553, la suma de las cifras de este año da también catorce, y si muere mañana, 14 de mayo de 1610, habrá vivido cuatro veces catorce años, catorce semanas y cuatro veces catorce días. Su primera mujer, la reina Margot, nació el 14 de mayo de 1552 y el 14 de mayo de 1588 se rebelaron los parisinos. Aunque obtuviera la victoria de Ivry un 14 de marzo de 1590, fue batido en los arrabales de París un 14 de mayo del mismo año. También aquel año, el papa Gregorio XIV publicó una bula el 14 de noviembre, excluyéndolo del trono, bula que el Parlamento registró el 14 de noviembre de 1592. El 14 de noviembre de 1599 obtuvo la sumisión del duque de Saboya y el 14 de septiembre de 1606 bautizaron al delfín. Para Fey des Étangs no cabe duda alguna: morirá mañana, el 14 de mayo.

Nissac calló.

Se dirigieron una larga mirada.

Fuera, se oyó el grito de una lechuza mientras una inexplicable corriente de aire apagaba de pronto las dos velas.

—¡Tengo frío! —dijo ella.

—¡Entremos!



El ambrosiano, seguido por dos extranjeros que bajaron sus ligeros arcabuces, se acercó a los maniquíes que habían sido alcanzados en plena cabeza, a pesar de la distancia.

Se acercó al hombre llegado de Siracusa y al llegado de Moldavia, sin duda dos de los mejores tiradores que existían en todo el mundo.

—¡Estoy muy satisfecho! Terminado el trabajo, os marcharéis de inmediato, pero muy ricos, hacia vuestros lejanos países.

Los dos tiradores de élite se dirigieron una sonrisa, ignorando que, «terminado el trabajo», morirían enseguida con una bala en la nuca y sus cuerpos serían arrojados a una profunda fosa y cubiertos de cal viva...

El 14 de mayo de 1610, los presentimientos que desde hacía días abrumaban al rey se concentraron en su pobre y atormentada alma con tanta fuerza que no dudó ya ni un solo instante de que vivía el último día de su vida, y llegó a desear que lo mataran rápidamente.

Aun así, valeroso y consciente, como pocos lo estuvieron, de la dignidad de su función, decidió mostrar buen humor durante toda la jornada.

Sin embargo, le asustaba la idea de salir a las calles de París aunque tuviera que acudir, desde el Louvre, al Arsenal para encontrarse allí con el duque de Sully, enfermo, que lo aguardaba sin embargo para hablarle de la guerra inmediata.

Enrique IV vaciló largo rato, pidió consejo, incluso se entretuvo en menudencias, pero todo aquello no tardó en parecerle teñido de gran cobardía y, con la boca seca, pidió que le prepararan el coche, procurando no pensar en el matemático Guy de La Brosse, que preveía, para aquel mes de mayo, hostilidad de los astros contra el rey. Del mismo modo, no quiso asustarse ante el grito de una lechuza durante toda la noche o por el «Árbol de mayo», plantado en el patio del Louvre y que, ante sus ojos, misteriosamente, acababa de caer, desarraigado, ante el general estupor.

En las extrañas disposiciones en que su espíritu se encontraba con relación a la muerte, rechazó la escolta que preparaba el señor de Vitry, capitán de los guardias. Obligándose a sonreír, declaró:

—Hace cincuenta y tantos años que me guardo sin capitán de los guardias, ¡seguiré guardándome perfectamente solo!

En el patio del Louvre, apartó a Praslin, otro capitán de los guardias que insistía en acompañarlo.

Luego, al llegar ante la carroza, se detuvo, vacilante, antes de quitarse el manto y mostrar que llevaba un vestido de satén negro.

Finalmente, subió al gran coche y decidió sentarse a la izquierda, en la banqueta del fondo. De inmediato, apartando con los codos a los demás señores, el duque D'Épernon, que sudaba de un modo extraño, fue a sentarse a su lado.

Los señores de La Force, de Montbazon, de Lavardin y de Roquelaure se acomodaron también. Finalmente, Liancourt, primer escudero, se sentó en compañía de Mirabeau en la pequeña banqueta frente a Enrique IV.



El tirador de Moldavia estaba en la calle de la Ferronnerie, en un pequeño cerro. Protegido por una empalizada, aguardaba.

También aguardaba el tirador procedente de Siracusa, en el piso de un edificio

que servía como almacén de libros en una biblioteca que estaba construyéndose. El siciliano procuraba respirar tranquilamente, consciente de la importancia del hombre al que debía matar. El tirador de Moldavia, por su parte, acariciaba con gestos muy dulces el cañón de su arcabuz de moderno diseño.



La carroza, tomando por la calle del Autruche, llegó a la encrucijada de las calles del Arbre Sec y de Saint-Honoré.

En el mismo instante, por una densa red de relevos, Nissac hacía que sus tropas subieran para preceder sin cesar al rey y poder intervenir, pero muy pronto ocurrió algo extraño, pues el almirante observó que, entre quienes se apretujaban para ver al rey o hallarse por donde pasara, algunos eran detenidos por los arqueros de la policía real y éstos, sin excepciones, pertenecían a la tripulación de *El dragón verde*.

Al comprender el carácter del envite, los oficiales de *El dragón verde* no dudaron ni un solo instante cuando Nissac ordenó, a su vez, que detuvieran a gente de la policía y, en una extremada confusión, arqueros, muchos de ellos leales a la Corona, y soldados monárquicos se detenían unos a otros mientras se anunciaba la llegada de la carroza de Enrique IV.

Sin embargo, por propia iniciativa, Fey des Étangs salvó provisionalmente la situación. En efecto, cuando advirtió, junto a oficiales de policía, la presencia del antiguo marino de *El dragón verde* que señalaba discretamente a sus ex camaradas, el joven barón se inclinó hacia el Maltés y ordenó:

—¡Mátalo!

Un puñal silbó a gran velocidad tras el gesto del lanzador y, alcanzado en plena garganta, el delator se derrumbó fulminado.

En aquel instante, la carroza había entrado ya en la calle de la Ferronnerie, continuación de la calle Saint-Honoré. Pero la calle de la Ferronnerie se estrecha, como un gollete de botella, dada la construcción de tiendas ante las casas y la multitud que allí se congrega, pues el mercado está muy cerca. El cochero real, hombre elegido para el puesto por su legendaria habilidad, conservó no obstante toda su tranquilidad y la pesada carroza pasó por la calle rozando sus límites. Muy pronto, un incidente entre una carreta que transportaba toneles y otra de heno obligó al cochero a detener el tiro.

Aprovechando ese incidente, los lacayos de a pie abandonaron las portezuelas para atajar por los osarios del cementerio de los Saints-Innocents y aguardar a la carroza en un lugar donde el paso se ampliaba.

Inquieto, Enrique IV se volvió en su asiento y echó una mirada por el tragaluz que tenía detrás.

En aquel instante, mientras parte de la pequeña escolta real se había adelantado, Nissac, subiendo por la calle de la Ferronerie, llegaba en compañía de la condesa y seguido por Sousseyrac y Yasatsuna.

Acostumbrado a evaluar las situaciones en unos pocos segundos, por su larga práctica del mando en las batallas, el almirante Nissac comprendió que todo iba a decidirse allí, y que todo estaba ya perdido.

El sector, de una maestría extremadamente delicada, dependía sin embargo de Charles Paray des Ormeaux y éste, que veía muy mal, no dio orden alguna referente a un hombre alto y rojizo de pelo y de barba que se dirigía directamente a la carroza.

El hombre, vestido a la flamenca, dio un brinco, posando un pie en el eje de una de las ruedas traseras y el otro en un mojón.

Pero Nissac, cuya penetrante mirada percibió el cuchillo en manos de Ravailac, puesto que de él se trataba, Nissac, pues, no dejó de advertir que la cabeza del rey se vio proyectada con fuerza hacia delante y, de inmediato, hacia atrás.

Ravailac dio la primera puñalada que debía propinar al rey, y ésta no fue de extremada gravedad, pues atravesó la manga del jubón, el propio jubón y la camisa pero sin alcanzar nada que fuera mortal, aunque la hoja acabase su carrera entre la segunda y la tercera costilla.

Extrañamente, el rey sangraba entonces, aunque de la garganta y de la cabeza...

Más curiosamente aún, él, que tanto había guerreado, no esbozó el menor gesto de defensa para detener otros golpes o refugiarse en el fondo de la carroza... Finalmente, a pesar de su posición muy favorable, el duque D'Épernon no se movió en absoluto, como si fuera un espectador en un teatro...

Muy pronto, otra puñalada alcanzó al rey más abajo y más profundamente, entre la quinta y la sexta costilla.

La tercera puñalada sólo atravesó la manga del duque de Montbazon y llegó a Enrique IV sin fuerza. El entorno del rey se arrojó sobre Ravailac para dominarlo, pero éste no interesaba ya al almirante de Nissac. En ese aspecto sabía que no podía intervenir, y nada tenía que oponer al hecho de que el señor de Montigny se llevara a Ravailac a la mansión del duque de Retz, en la calle Saint-Honoré, y menos aún a que el duque de La Force, haciendo que se corrieran las cortinillas de las portezuelas de la carroza, ordenase al cochero que hendiera la multitud para dirigirse, tan rápido como fuera posible, hacia el Louvre.

Nissac se había lanzado a una acción muy distinta que concernía a los del «segundo círculo», pues, como se observó, y como debía aparecer en las crónicas, apenas dominado el asesino, un grupo de hombres «exaltados e indignados» apareció empuñando la espada y exigiendo al asesino. De muy mal humor, pues la multitud, retardándolos, les había impedido ejecutar a Ravailac, intentaron amotinarse lanzando todos un mismo grito que parecían haber preparado de antemano:

—¡Mata, mata...! ¡Tiene que morir...!

Y sin duda, si hubieran llegado antes, en pleno desorden, habrían podido

acercarse a Ravailac, con quien deseaban acabar, pero les faltaron uno o dos minutos, pues la escolta real se había reorganizado.

Sin poder hacerlo, se dispersaron entre la multitud, separándose los unos de los otros para seguir caminos distintos, como habían previsto.

Si, con respecto al lamentable Ravailac, el almirante había juzgado con una sola mirada a aquel hombre alucinado y hosco, sin duda un pobre instrumento en manos de personas inteligentes, consideraba en cambio que no había terminado aún con el «segundo círculo».

¡Y éstos iban a pagarlo...! Quienes se creían en aquel instante muy hábiles, los mismos que en todos los países y en todos los tiempos se utilizan para matar a los hombres que intentan modificar la Historia del mejor modo, como Enrique IV con el Edicto de Nantes, murieron todos, y como perros rabiosos.

Algunos fueron atraídos bajo los porches, otros en callejas sin salida y un sablazo bastó para partirles el cráneo, hasta los hombros en algunos casos. A ellos, que habrían matado sin estremecerse al loco de Ravailac, a quien no conocían, les pareció en sus últimos instantes una gran injusticia que les arrebataran la vida unos desconocidos.

Y el último en recibir la muerte, ahogado a taconazos en un albañal donde había buscado refugio, ni siquiera sobrevivió media hora al rey.

El «segundo círculo» estaba por entero eliminado.

Observando el cuerpo que flotaba de espaldas, Valenty, sin poder contener su cólera, vació sobre el cadáver sus dos pistolas.

En París corría ya la noticia de la muerte de Enrique IV, herido por el acero. Algunos poetas, muy mediocres a menudo, componían enfebrecidos epitafios con evocadores títulos: «Deploración», «Poemario de lúgubres versos», «Discursos lamentables»...

Algunos tenderos se atrincheraban detrás de sus contraventanas. Los de la religión reformada se armaban. Los parisinos, coléricos, le cambiaron el nombre a la calle de la Ferronnerie, que se convirtió en «calle de la Felonía».

El conde de Nissac, informado de que no quedaban ya supervivientes en el «segundo círculo», cabalgó sin decir palabra en su gran caballo negro y ciego, y la condesa adivinó que debía dejarlo partir solo, porque aquel abandono era, en realidad, una verdadera prueba de amor.

Nissac recorrió un buen rato las riberas del Sena.

Observaba sin comprenderlos bien a los parisinos que se agitaban, se peleaban o caían derramando lágrimas unos en brazos de otros.

Los ojos grises y fríos observaban cosas grandes o pequeñas, como los arcos de triunfo contruidos para que entrara la reina coronada la víspera y que, ahora, parecían irrisorios.

El almirante tenía prisa por hacerse a la mar, por abandonar aquella ciudad, pues en el fondo preferiría a los berberiscos que a la gente de la Corte: los primeros no se

toman el trabajo de ocultar que son unos asesinos.

Sabía, además, que el nuevo poder no intentaría en absoluto retenerlo.

Pero consideraba que no había terminado aún con los conspiradores: ¡la cumbre seguía intacta!

El almirante de Nissac e Isabelle iban a la cabeza, seguidos por los oficiales y unos cuarenta hombres de *El dragón verde*.

En efecto, veinte de ellos permanecían en la mansión de la calle Galande, protegiendo el lugar, vigilando las municiones y quemando ciertos papeles. Veinte más seguían aún en la cárcel, detenidos por el teniente de policía tras haber sido denunciados por el joven marino. Pero el duque de Sully, cuyo poder no había disminuido aún, procuraba lograr que los liberaran. Finalmente, uno de los marinos había muerto durante la eliminación de los regicidas del «segundo círculo» y otro había partido al galope, para hacer regresar a los ciento veinte hombres de *El dragón verde* acantonados bastante lejos, en la carretera de Ruán, como grupo de reserva.

El Finlandés, rastreador de la región de los grandes lagos nórdicos, encontraba sin mucho trabajo el camino recorrido cuando siguió al ambrosiano y a los suyos tras el atentado con explosivos de la calle del Petit Lyon que había costado la vida al vizconde de Château-Meslay.

Después de una agotadora marcha bajo el sol, llegaron a un lugar tan extraño que creó indiscutible malestar entre los marinos y soldados de *El dragón verde*. Vieron así un bosque petrificado, vapor de azufre que brotaba de un río y una muy antigua aldea en ruinas cubierta de un extraño polvo gris solidificado en una gruesa costra. Interrogado por el conde de Nissac, el Finlandés, que había cruzado la región, respondió que por allí se decía que, siglos antes, una estrella había caído en aquel lugar, condenando el río, asolando la vegetación, la aldea y el castillo llamado, desde entonces, «castillo de las Quimeras», sin que se supiera por qué razón había recibido tal nombre.



Entretanto, médicos y cirujanos practicaban la autopsia al rey. El que la dirigía declaró, antes incluso de ver el cuerpo, que la muerte había sobrevenido en la segunda cuchillada. Luego, durante la autopsia, afirmó que no era preciso mencionar las leves heridas de la garganta y la cabeza, pues podían crear confusión entre el pueblo y alimentar numerosos rumores, que estaban corriendo ya sobre la muerte del rey. Por lo demás, tenía la seguridad de que aquellas llagas, que una vez limpiadas revelaron dos pequeños orificios, sólo podían proceder, en efecto, de la caída del cuerpo del rey durante su transporte, algo de lo que no habrían presumido los responsables de ello.

Todos parecieron convencidos por aquella versión, al advertir perfectamente que deseaban que fuese definitiva la regente y los altos señores, los nuevos dueños, que la

rodeaban.

Uno solo, sin embargo, no creyó ni una palabra. Habilísimo médico y, sin duda, el más brillante de aquel areópago, aunque hugonote, algo que destruyó su carrera, comprendió que no sería oportuno atacar aquella versión que estaba convirtiéndose en la oficial. Observó, por ejemplo, que el orificio en la garganta correspondía exactamente a otro, en la nuca: ¡una bala no lo habría hecho mejor!

Con una precipitación muy poco habitual, quitaron las entrañas al rey y las pusieron en un recipiente para llevarlas a Saint-Denis. El corazón, por su parte, fue colocado en una urna de plomo encerrada en un relicario con forma de corazón y llevado, de inmediato, al colegio de La Flèche, dirigido por los jesuitas. Finalmente, embalsamaron y maquillaron el cadáver, y lo pusieron luego en el ataúd.

Sin poder ver ya el cuerpo, se hacía difícil, imposible incluso, discutir las razones de la muerte del rey, tanto más cuanto el fasto de las ceremonias fúnebres que siguieron tuvo por efecto distraer a la multitud de las preguntas que se planteaban aquí y allá.

Escamoteando las razones de la muerte, se mataba al rey por segunda vez.

De modo que hubiera sido posible preguntarse cuántas veces, exactamente, se había matado a Enrique IV... Pero la pregunta no se planteó.

Al menos, oficialmente.



Limpiaron a sable el bosquecillo de acebo que reveló, a plena luz esta vez, la entrada de un subterráneo.

Nissac hizo que se encendiera una antorcha para cada tres hombres y esa docena de fuentes de luz iluminó las bóvedas y los recodos de los subterráneos como nunca lo habían estado.

Sin embargo, algunos, aunque no lo dijeran, lamentaron tal vez que se viera tan bien, pues las galerías estaban literalmente cubiertas de esqueletos.

Sousseyrac se inclinó sobre varios, tomó incluso en sus manos enguantadas los cráneos y los observó atentamente, verificando la dentición. Finalmente, turbado, se volvió hacia Nissac:

—Señor almirante, son todo restos de niños. ¡Se hizo aquí una gran carnicería de niños...! ¡Niños...!

Las palabras de Sousseyrac resonaron, largo rato, por el eco de las galerías, y la palabra «niño» lo hizo durante más tiempo que las demás.

—¡Qué barbarie! —lanzó Fey des Étangs que lamentó aquellas palabras, pues se oyeron ampliamente repetidas:

«¡Barbarie!»... «¡Barbarie!»... «¡Barbarie!»...

El brillo de las llamas de las antorchas danzaba una loca zarabanda en el techo abovedado y chorreante de la humedad de las galerías, de modo que los hombres comenzaron a sentir un miedo que estuvo a punto de volverse pánico, pues...

De pronto, en el pesado silencio, se oyó el horrendo y siniestro aullido de un lobo al que otro, situado en otra parte, respondió, y también un tercero desde un lugar distinto. Los aullidos se cruzaban.

Esta vez, marinos y soldados se miraron, buscando cada cual en el otro valor para abandonar aquel lugar maldito olvidando toda disciplina.

—¡Lobos! —balbuceó lívido un hombre.

—¡Preparad las armas! —lanzó la tranquila voz de Nissac.

El tintineo de las hojas en las vainas los tranquilizó por unos instantes mientras el almirante, recordando el interés del monje por las criaturas fabulosas, prefirió prevenir para canalizar cualquier pánico si se veía una de ellas. Agitó su antorcha, cuyo fulgor danzó enloquecido en las paredes.

—¡Levantad las antorchas, apretad las filas! Y no lo olvidéis: los lobos se combaten como los hombres, aunque éstos sean, sin duda, medio hombres, medio lobos.

—¡Alobados! —repetieron varias voces angustiadas.

Y sin duda se habrían quedado así, petrificados algunos por el horror e incapaces de avanzar, mientras otros, ardiendo en deseos de enfrentarse a ellos, querían por el contrario arrojarse hacia delante enloquecidos, cuando, desgarrando el silencio, el señor Yasatsuna preguntó con voz golosa:

—¿Alobado es animal de Europa que puede ser comido por hombre que está hambriento como yo ahora?

—¡En todo caso, no tiene espinas! —respondió el almirante de Nissac sonriendo.

Azuzada por el miedo y el nerviosismo, aquella conversación provocó una formidable tormenta de risas cuyos ecos resonaron, interminables, en los subterráneos excavados bajo el castillo de las Quimeras.



Como los aullidos de lobos poco antes, las risas resonaban en los subterráneos de la fortaleza en ruinas.

El ambrosiano quedó de pronto helado de estupor y el miedo cambió, por fin, de bando: ¿de qué estaban hechos aquellos hombres de *El dragón verde* que se reían cuando otros habrían lanzado terribles gritos de espanto?

El monje desfigurado evaluó también su vanidad, su modo de subestimar gravemente fuerzas que podían atacarlo cuando él se había hecho ilusiones sobre su capacidad para responder con vigor a cualquier intrusión por la fuerza. Sus alobados

eran ciertamente invencibles contra aldeanos o algunos viejos soldados que custodiaban los castillos de provincias, ¿pero qué podrían hacer contra aquella formación militar disciplinada, considerada la élite de la marina y el ejército reales?

No debía pues, sobre todo, atacar de frente, sino utilizar sus magras fuerzas con acosos que dieran la impresión de que los alobados estaban en todas partes a la vez, retirándose en cuanto hubiesen entablado combate, golpeando y desapareciendo.

Así podría utilizar un arma que siempre le había servido: ¡el terror!



Los últimos de la columna real, a la que había regresado la calma, percibieron una especie de roce y vieron, luego, una antorcha que caía al suelo.

Acercándose, descubrieron con sobresalto a dos marinos de *El dragón verde* en los estertores de la muerte, con la garganta abierta y la sangre brotando en abundancia de las heridas.

El cirujano de a bordo, que participaba en la expedición de los cuarenta, se inclinó sobre los dos cuerpos y observó las heridas. Se levantó por fin, muy pálido, y susurró a Nissac:

—Es obra de una dentellada, pero no la de un verdadero lobo.

Curiosamente, la primera sangre expulsó el terror y unió a la tripulación.

Satisfecho, Nissac hizo que se tomaran de inmediato nuevas disposiciones de combate. Así, se redujo considerablemente el avance, pero colocaron a tres soldados al final de la columna, cada uno de ellos empuñando pistolas, y el trío caminó reculando, iluminado por las antorchas de otros dos.

El almirante sabía que tenía el tiempo a su favor. Así veían mejor, el efecto de las osamentas se atenuaba y apenas si las miraban ya. Finalmente, los alobados se convertían en enemigos como los demás, a los que debía matarse si no querías que te mataran.

Sin embargo, a pesar de las recomendaciones que Nissac lanzaba regularmente para que mantuvieran la vigilancia, haciendo que la consigna pasara hasta el final de la columna, un soldado y un marino, que habían creído oír un lamento en una galería lateral, se acercaron a ella. Iban armados, pero se vieron agarrados de inmediato por unas poderosas manos mientras unas mandíbulas ávidas se cerraban sobre sus carótidas arrancándolas de la garganta.

Pero esta vez, el señor Yasatsuna que se hallaba, por azar, en las proximidades, lanzó su puñal. Se oyó un grito ahogado.

Todo, entonces, sucedió con gran rapidez. Tanta, incluso, que cuando el almirante llegó corriendo la misa había terminado. Capturado, el alobado herido en el omoplato había sido inmediatamente pegado al muro y seis arcabuceros habían disparado a

quemarropa, arrancándole los pulmones.

Nissac arrastró al alobado por los pies hasta llevarlo al corredor y luego, inclinándose, arrancó con rápido ademán la cabeza de lobo.

Descubrió entonces, no sin curiosidad, el rostro de Verde, al que no conocía por ese nombre. El antiguo salteador nada tenía en su rostro que no fuera muy común, salvo unas fuertes mandíbulas enrojecidas todavía por la sangre de sus últimas víctimas.

Nissac se incorporó y, levantando la voz, ordenó:

—Vais a desfilar todos ante esa carroña, uno a uno, y a observarla bien. Es sólo un hombre, un hombre disfrazado de lobo y que os haría reír si se hubiera disfrazado, por ejemplo, de tomate.

Así se hizo y resultó muy ingenioso, pues marinos y soldados comprendieron, sobre todo, que un alobado es eminentemente mortal.

Prosiguieron la marcha.

Se oyeron nuevos aullidos de lobo pero, por una feliz iniciativa de Sousseyrac, respondieron a ellos con gruñidos de cerdo, lo que provocó la hilaridad sin reducir sin embargo la vigilancia.

Los alobados, aprovechando un recodo, intentaron apoderarse de un soldado, pero éste, tras haberse desprendido, tuvo tiempo de disparar al azar.

Se oyó un lamento y, descubriendo un rastro de sangre fresca, el almirante ordenó que veinte hombres lo siguieran, bajo sus órdenes, dando por sentado que Isabelle lo acompañaría.

Para la captura del monje, de la que no dudaba, confió la otra parte de su tropa a Sousseyrac, Valenty, Fey des Étangs y el señor Yasatsuna.

—¡La victoria parece haber elegido su bando! —susurró Isabelle.

El almirante le sonrió.

—Desde el día que me mirasteis, señora, amor mío, la felicidad había elegido también el suyo.

Ella lo tomó de la mano.



Se apresuraba a reunir los más hermosos diamantes y piedras preciosas en una pequeña bolsa de cuero que se puso al cuello.

Había que huir con gran urgencia, aunque debiera abandonar cosas de valor en su precipitación.

El ambrosiano estaba pasmado por la rapidez de la derrota: en menos de una hora, el castillo de las Quimeras, que le parecía inexpugnable, había caído y su guardia de alobados, a la que creía invencible en aquellos lugares, era mantenida a distancia,

estaba muerta o había huido.

Se reprochó no haber concentrado más sus esfuerzos en Nissac, a quien sabía peligroso desde el primer momento.

El miedo hizo caer de sus manos un collar de diamantes y esmeraldas que se rompió en el suelo, desparramándose las piedras por las cuatro esquinas de la estancia.

El sudor inundaba su rostro mutilado. ¡Iba a convertirse en una presa, a su vez! Había asesinado al rey de Francia, él, él más que cualquier otro, contaba con la persona de la regente, una mujer que le sería siempre fiel, muy pronto tendría amigos ministros y, sin embargo, se veía obligado a huir de Nissac y de sus soldados que, sin decir una palabra, pegaban a sus adversarios al muro...

—¡No me agarrarán! —aulló el monje.

—Yo juraría lo contrario... —respondió Sousseyrac entrando en la habitación, con el sable en la mano y la mirada atraída, unos instantes, por la piel del cardenal de Bellany clavada en la pared...

El almirante de Nissac hizo que sus hombres se desplegaran hasta formar un amplio abanico.

A su lado marchaban la condesa y el Finlandés, pues nadie como él, en la tripulación, sabía seguir la pista, tanto más cuanto los rastros de sangre, de vez en cuando, simplificaban su tarea.

A Nissac no le gustaba aquel papel, razón por la que, en sus tierras, no salía de cacería salvo en el caso de que un jabalí destrozara los cultivos de los pobres campesinos. Y, en estas circunstancias, entregaba el animal abatido a los más desfavorecidos de su gente, que lo convertían en un excepcional festín. Una vez, sin embargo, no había disparado. Tras haber perseguido mucho rato al jabalí que intentaba, en vano, cansarlo describiendo amplios círculos, había terminado alcanzando al extenuado animal en un hermoso calvero. Había levantado incluso su lanza cuando unos jabatos, acercándose torpemente, se habían apretujado alrededor de su madre. El intercambio de miradas entre el animal y el conde le pareció a éste interminable.

Por fin, bajó el arma y se alejó cabizbajo, preocupándose por sí mismo. ¿Pero cómo, mataba a hombres pero su decisión se derrumbaba ante un animal...? Ciertamente es que aquellos hombres violaban y mataban, a la vez por placer y por oficio, mientras el animal alimentaba todavía a sus pequeñuelos.

Y los primeros, por la existencia de una conciencia otorgada a cada hombre, sabían que estaban haciendo el mal, mientras que un jabalí que, al claro de luna, en una noche de estío perfumada y encantadora, se revuelca en los campos sólo sigue el estado en el que le ha puesto, por su propia condición, la naturaleza. «¿Pero por qué —se había preguntado Nissac— me son las cosas siempre tan difíciles, complicadas y dolorosas cuando los demás, todos los demás, progresan en la vida sin hacerse semejantes preguntas y con la firme decisión de ignorar lo que podría turbarlos?».

El Finlandés, al acecho, se incorporó rápidamente:

—Están muy cerca, señor almirante.



Rojo, acosado, no podía ya seguir sosteniendo a Azul, que, con un muslo herido en el túnel, avanzaba con grandes dificultades.

Y el aristócrata convertido en alobado se preguntaba por qué razón ayudaba de aquel modo al antiguo capitán de un regimiento de Auvernia.

Las siluetas de ambos hombres con cabeza de lobo, cuya piel gris caía sobre sus hombros, se recortaban extrañamente contra el sol poniente.

Fatigado, Rojo se apartó de Azul.

—¡Déjame...! ¡Ya basta ahora...!

Se alejó con paso resuelto intentando, sin lograrlo, no seguir oyendo la voz de Azul y su tono, que revelaba el gran miedo y la angustia ante la idea de la jauría que pronto iba a alcanzarlo:

—¡Mmm! ¡Mmm! ¡Mmm...!

Rojo se volvió a medias y sintió oprimido su corazón al ver a Azul, con la pierna ensangrentada y rígida de dolor, que intentaba seguirlo cuando él pretendía abandonarlo.

Habló con voz dura, pero no por ello dejó de volver sobre sus pasos.

—¡Cuando todo se derrumba, que cada cual...! Yo no estoy herido, conozco los bosques de Orleans y puedo salvar fácilmente mi vida, ¿comprendes?

—¡Mmm! ¡Mmm! —respondió el otro sentándose a los pies de Rojo, como un perro que recupera a su dueño, y al alobado sano le dio un vuelco el corazón.

Porque Rojo sabía.

Sin duda, iba a permanecer junto a esa lamentable criatura llamada Azul, sin duda llegaría entonces el momento de la captura y, luego, el de la expiación con una muerte en los sufrimientos de la pila donde te queman vivo. Tal vez hubiera podido recomenzar una vida en otra parte, pero, sucediera lo que sucediese, sabía que no moriría como alobado.

Resignado, Rojo se sentó en la hierba al lado de Azul y le dijo:

—¡Qué destino el nuestro, amigo!

—¡Mmm! ¡Mmm!

Rojo arrancó una hierba y la levantó en la luz púrpura del sol poniente. Pareció tomar los colores del prisma.

Prosiguió, con profunda tristeza en la voz:

—Haber sido así maldito entre todos los malditos, cazadores y cazados, soldados de una causa que no lo fue... No encontrar siquiera una explicación para lo que fueron nuestras tan espantosas acciones y terminar sin saberlo: ahí está la verdadera tortura y, en esto, el castigo final...

—¡Mmm! ¡Mmm!

Levantó a medias el brazo.

—He aquí nuestro último ocaso... Ah, ya ves, hubo un tiempo en el que me gustaba provocar el odio y el terror. ¡Sobre todo el odio! Sólo así quería existir y he aquí que voy a perderlo todo, pues no puedo decidirme a abandonarte a tu terror.

Rojo descubrió a los hombres desplegados en un amplio semicírculo. Bajaban desde la cresta de una colina y se dirigían directamente hacia ellos.

Instintivamente, marinos y soldados apretaron filas, pronto caminarían codo con codo.

Rojo, que se había levantado, cruzó orgulloso los brazos en actitud desafiante.

—¡Mmm! ¡Mmm!

El grito de angustia de Azul, que seguía sentado en la hierba y cuya pierna herida había formado un gran charco de sangre, recordó a Rojo el de un niño temeroso. Así pues, sin ni siquiera pensar en ello, posó sus manos en los hombros de Azul.



Ninguno de los soldados de Nissac, ni el propio almirante, ni la condesa, fueron insensibles a la extrañeza del espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Uno de los alobados, herido, se había sentado en la hierba, con una pierna rígida de dolor y bañada en sangre. El otro, de pie, sujetaba a su camarada por los hombros. Ni el uno ni el otro esbozó un solo gesto para desenvainar la espada.

Las cabezas de lobo se ajustaban sorprendentemente, dado que, vaciadas, con la mandíbula inferior arrancada, podían ponerse como capuchas, de modo que aquellos dos hombres parecían realmente alobados salidos de una de aquellas horrendas leyendas que corren por las tierras de Francia.

Los ojos grises de Nissac sostuvieron, sin desfallecer, la mirada azul del alobado que se hallaba a menos de dos toesas.

El conde de Nissac comprendió que, una vez más, las cosas no serían del todo fáciles. Por añadidura, pensara lo que pensase de los alobados, y en cualquier caso nada que hasta hoy lo inclinara a la menor indulgencia, no podía impedir sorprenderse de que uno de ellos hubiera permanecido junto a su compañero herido cuando no debía hacerse muchas ilusiones sobre la suerte que les aguardaba.

Para el almirante, además de que semejante comportamiento indicaba que el alma de aquella criatura no había sido abandonada por todo sentimiento de humanidad, semejante actitud correspondía a su propia moral: no se abandona a los heridos, ni siquiera a los muertos, al enemigo. Y, en ese caso, suponía llevar la nobleza muy lejos, y que tal ejemplo procediera de aquellos pobres sedientos de sangre no engrandecía a los hombres que se pretenden exentos de reproches sin que en toda su vida se advierta nunca tan alta actitud en los principios.

Rojo permanecía arqueado, orgulloso, aún con las manos en los hombros de su compañero herido. Indiferente a los diez arcabuces que le apuntaban, sólo miraba a Nissac y habló con voz segura:

—En lejanos tiempos fui marqués de Saint-Alban de Luinen y mi infortunado compañero valerosísimo capitán en un regimiento de Auvernia.

Nissac replicó fríamente:

—No es esa parte de vuestra vida lo que me interesa. ¿Quién os llevó a los extravíos en los que os halláis ahora?

Rojo volvió su hermosa cabeza de lobo hacia el sol en declive y, luego, con cansancio:

—Locura, fatiga, espantosa infancia, asco de mí mismo, miedo, postración, vanidad de las cosas humanas...

—¿Qué esperáis? —preguntó Nissac con aquella voz que sabía hacer gélida.

—Para mí, nada. No busco en absoluto vuestra comprensión, pues hace ya mucho tiempo que renuncié a comprenderme yo mismo. Pero si hay en alguna parte de mi infeliz alma mancillada una parcela de inocencia, más la hay aún en éste, que no puede caminar y se encuentra por entero librado a ese viejo y horrible terror que, desde la noche de los tiempos, tiene en su helada mano el pobre corazón de los hombres, aunque se hayan degradado hasta el punto de convertirse en medio hombres, medio lobos.

—¿Qué esperáis? —repitió fríamente el almirante, sin apartar sus ojos grises del alobado.

—Morir ambos, aquí, por vuestra mano. Escapar a las manos de los campesinos, burgueses y pordioseros que nos harían sufrir los peores suplicios antes de quemarnos vivos.

Nissac sintió posada en él la grave mirada de Isabelle.

Adivinó más que ver la línea de los arcabuces que iba cediendo. Pensó entonces que la tortura y el fuego no vengarían a las víctimas, nada enseñarían a quienes iban a morir y, una vez más, satisfaría lo que de más vil hay en los hombres: la afición a la crueldad.

Su voz, cuando se dirigió a Rojo, fue menos dura:

—Haced que vuestro compañero se levante.

Luego, mientras Rojo ayudaba a Azul a incorporarse, el almirante se volvió hacia sus hombres:

—¡Formad dos líneas...! Primera línea, rodilla en tierra...

Rojo sostenía a Azul, habiéndole pasado el brazo por los hombros. Pero el antiguo capitán hizo un esfuerzo para no caer. Recuperando las costumbres militares que antaño conoció, quería ahora morir con dignidad.

—¡Mmm! ¡Mmm!

Rojo, con una velada ironía, añadió:

—¡Ésas serán nuestras últimas palabras!

Nissac esbozó una sonrisa, ignorando que, bajo la cabeza de lobo, el marqués de Saint-Alban de Luinen estaba haciendo lo mismo.

Bajó el brazo que empuñaba la espada.

Dispararon, y todos apuntaron a aquellos pechos.

Fulminados, con el corazón reventado, los dos alobados se derrumbaron y, durante unos instantes, nadie se movió ante la fascinación de lo irremediable.

Nissac enfundó de nuevo su espada con la que había ordenado hacer fuego; luego, en un tono cansado, ordenó:

—Que los entierren aquí mismo, donde han caído, y sin perder un instante. Que nadie les quite sus cabezas de lobo y que se lleven al más allá su terrible misterio.

Sintió entonces en la suya la mano de Isabelle.

Ya en los primeros tiempos que siguieron a la muerte de Enrique IV, el duque de Sully sintió que había terminado el poder, por lo demás exorbitante, del que había dispuesto.

La reina seguía tratándolo con miramientos, y ciertamente no podía despedirlo como a un lacayo, pero muchos detalles indicaban que no deseaba ya que dirigiese los asuntos del Estado.

Sully sabía pues que iba a vivir días difíciles cuando viera destrozada su obra. Iban a dilapidar las finanzas públicas y a malgastar el oro acumulado, con grandes dificultades, en las arcas reales. Triunfarían dos cosas que odiaba: el partido católico y España, pues ésta recuperaría la gracia en la Corte de Francia. Finalmente, procurarían no castigar a quienes habían participado en la conspiración que había desembocado en la muerte del rey.

Pero, en este último punto, Sully podía actuar aún y podría hacerlo mientras le quedara una pizca de poder... y el almirante de Nissac siguiera vivo.

De modo que, sin perder tiempo, puso a disposición de Nissac un castillo en los alrededores de París, pues los ciento veinte hombres de la reserva acababan de reunirse con los ochenta que el almirante había mantenido a su lado.



Nissac había hecho encerrar a Vittorio Aldomontano en los sótanos del castillo ofrecido por Sully.

Al almirante le gustaba el lugar, pues el castillo estaba junto a un gran bosque, por un lado, mientras tenía el río Sena al otro, ofreciendo protección natural, lo que limitaba mucho la superficie que debía vigilarse.

En un vasto césped, transformado en campo de maniobras, marinos y soldados de *El dragón verde* pasaban el día entregados a duros entrenamientos y a la utilización incesante de un material, nuevo aún, que salía de los arsenales de Sully y del que hacían un gran consumo, teniendo prioridad absoluta sobre todas las demás fuerzas armadas.

Nissac había hablado unos instantes con el ambrosiano, sin parecer muy impresionado por su demacrado rostro, que inspiraba temor a algunos hombres de *El dragón verde*. Además, cuando el monje desfigurado intentó entablar conversación, el almirante le había hecho callar levantando su enguantada mano:

—No quiero hablaros ni escucharos.

El otro, pasado el estupor, insistió con su desagradable vocecilla:

—¡Pero debierais desear saberlo todo...! Los detalles... y cómo se llevó a cabo el

asunto...

Nissac comprendió que el ambrosiano, sabiéndose condenado a muerte, sólo podía existir aún presumiendo de lo que consideraba, sin duda, una obra maestra de inteligencia. Sin embargo, el almirante no aceptó darle ese placer.

—Lo que debe saberse, lo sabré sin vos. He dado orden de que nadie os escuche y si le hablarais a uno de mis hombres se retiraría de inmediato, llevándose la comida que os destinaba.

—Pero... Eso es imposible... No podéis arrebatarme la vida y despreciar el terrible secreto que yo no quería revelar cuando, ahora, ardo en deseos de revelaros... ¡No podéis hacerlo!

—¡Pues sí!

—¡No...! ¡Actuando así, me lo arrebataís todo!

Nissac posó en él la gélida mirada de sus ojos grises y, sin duda, no habría actuado de otro modo al rechazar un reptil.

—*Vogliamo tutto!*^[19]...

Luego, retirándose, dejó al monje maldiciéndolo en su celda.



Sin embargo, la soledad de Vittorio Aldomontano fue breve, aunque su primer compañero, sin duda, no acudió de buena gana a degustar la fresca sombra de aquella celda.

En efecto, el marqués de Pinthièvre, que en la conspiración representaba a los Guisa, salía de la casa de su amante cuando Valenty, Yasatsuna y tres hombres de *El dragón verde* le cerraron el paso.

El hijo del país del Sol Naciente le sonrió.

—Tras los placeres del amor, vos conocer, suaves como flor de loto, los del sueño.

El bofetón, magistral, es cierto, que le propinó Yasatsuna bastó para que el marqués perdiese el conocimiento.



El barón Dietrich von Hoflingen vivía ahora más confiado.

Consideraba el asesinato de Enrique IV, en el que había actuado, como un gran éxito personal y no dejaba de enviar numerosos informes en este sentido a sus dueños, los Habsburgo de Austria. Por lo demás, pensaba obtener beneficio del asunto, tanto en fortuna personal como en cargos y honores. Por añadidura, habiendo

actuado, contrariamente a otros, con gran sinceridad, su conciencia no llevaba carga alguna, pues, siendo ferviente católico, consideraba realmente a Enrique IV una hiena hedionda que había entrado con astucia en la religión para mejor destruirla desde el interior.

Charles Paray des Ormeaux, al mando de una decena de hombres de *El dragón verde*, cerró el paso al barón.

—Señor, vais a seguirnos sin poner más trabas o lo haréis por la fuerza.

El barón alemán, sorprendido, llevó la mano a la empuñadura de su espada:

—¿Quién sois?

—Servicio del rey.

—¿El rey...? ¡Pero el rey ha muerto!

—Nosotros no.

Von Hoflingen, que estaba desenvainando la espada, no tuvo tiempo de concluir su gesto y casi desapareció en un montón, bajo el asalto de una decena de hombres que se arrojaron sobre él con violencia.



José de Altamaros, antiguo jesuita actualmente asesino y sayón del embajador de España, salió de una casa de juegos de la calle Trace Nonnain precisamente cuando el alba blanqueaba ya al este de París, bañándolo en una luminosidad lechosa.

Había perdido mucho, aquella larga noche, pero no le preocupaba en absoluto, pues su dueño se mostraba generoso en el agradecimiento por la participación de su hombre de confianza en lo más alto de la conspiración contra el difunto rey de Francia.

Altamaros no ignoraba el júbilo que había provocado en la Corte de España el anuncio de la muerte de Enrique IV. Sabía, del mismo modo, que en las cuestiones humanas el agradecimiento es siempre de corta duración. Antes o después, tendría que regresar a España, un país que, aun siendo el suyo, no dejaba de parecerle austero y aburrido.

Aquí, entre el juego y las mujeres, todo lo maravillaba. El pueblo de Francia no se tomaba nada en serio y siempre gozaría de la vida, salvo si algún día, en la Historia, cambiaba ese estilo...



José de Altamaros tenía incluso la impresión de que sólo hoy comenzaba a vivir. Y se equivocaba.

—¡Síguenos, carroña! —lanzó Sousseyrac.

—Señores, es un error: ¡sirvo al embajador de España!

—¡Cáspita, entonces eres tú, vil podredumbre! —respondió Fey des Étangs.

En la imaginación de Altamaros, por lo demás enneblinada por el vino de Borgoña, del que había abusado durante la noche, todo se enmarañaba hasta el punto de preguntarse si no se estaba volviendo loco ante aquellos dos oficiales y aquellos diez hombres hoscos que los escoltaban y, discretamente, lo habían encerrado en un círculo que sabía infranqueable.

Rechazó el pánico que comenzaba a apoderarse de él.

—¿Quiénes sois?

—¡Servicio del rey!

Sólo entonces José de Altamaros comprendió la gravedad de la cosa. Esta gente, notablemente informada de la conspiración, era fiel al difunto rey.

—¡Puedo explicarlo! —respondió con la certeza de que su verbo podría con la inteligencia de aquellos hombres.

Y en eso se equivocaba de nuevo.



Jehan de Bayerlin, coronel de la caballería ligera y con fama de ser la mejor espada del reino de los lises —aunque otros, menos numerosos, pretendían que lo era Nissac—, condujo su duelo como un virtuoso.

En efecto, le bastó con un minuto, y ni siquiera completo, para matar al marido engañado de una de sus numerosas amantes, un pobre boticario que conocía mejor los ungüentos que el arte de la espada.

Los numerosos amigos de Bayerlin se apretujaban ya a su alrededor mientras él afirmaba estar impaciente por follarse a la viuda del hombre al que acababa de matar, cuando el almirante de Nissac, acompañado por Isabelle y cinco rudos soldados de la infantería de asalto de *El dragón verde*, se presentaron en el mercado de los caballos donde acababa de celebrarse el duelo.

Los amigos del coronel se apartaron.

Nissac, quitándose la capa azul marino y los guantes con calculada lentitud, hizo frente luego, fríamente, a Bayerlin:

—Thomas de Pomonne, conde de Nissac, almirante de los mares del Levante. Puesto que ese duelo no os ha fatigado en exceso, ¿aceptaríais otro?

Sin apartar la mirada de Isabelle, Bayerlin respondió con maligna sonrisa:

—¡Nissac...! Se habla mucho de ti y no lo bastante de la que va a ser, ahora, tu viuda y de la que pienso encargarme.

—Y yo te pasaré, más bien, esta hoja a través del vientre, ¡sucio cerdo! —

respondió Isabelle desenvainando la espada de uno de los soldados de *El dragón verde*, a quien sus cuatro compañeros ayudaron a contener a la condesa.

Jehan de Bayerlin iba a responder cuando su mirada se vio atraída por el modo en que Nissac desenvainaba: Como un verdadero espadachín, tuvo que reconocerlo, de una pureza absoluta.

Y, por primera vez en su vida, tras tantos y tantos duelos, tras tantas muertes, Bayerlin conoció fugazmente el miedo. Y lo apartó. Y éste regresó cuando Bayerlin vio posada en él la mirada de Nissac, aquellos ojos grises de una frialdad mineral.

El combate se inició enseguida. Bayerlin, con su ciencia de la lucha, comprendió algo de lo que muchos hombres habían sido víctimas sin captarlo nunca: ¡las plumas...! Las magníficas plumas del sombrero de Nissac, los tan hermosos colores, el balanceante movimiento de derecha a izquierda, esa ondeante faceta de ballet, fascinaban y distraían. ¿Adrede?

Nissac paraba como burlándose la hoja de Bayerlin, ante la estupefacción de sus partidarios, que nunca lo habían visto en dificultades. Y les robaron el duelo, pues, en menos de un minuto, la hoja de Nissac atravesó el brazo diestro de Bayerlin. Que soltó la espada..., para recogerla con la mano izquierda, pues la naturaleza lo había hecho ambidiestro.

Sin embargo, lo corroía la duda. Él sabía que Nissac lo habría podido matar. ¿Por qué no lo había hecho...? ¿Por qué lo dejaba vivir, con qué designio?

La herida..., la duda..., la decepción en los ojos de sus partidarios..., la sonrisa burlona de los soldados del almirante..., la mirada despectiva de la hermosa condesa de Nissac..., fue demasiado; Bayerlin perdió su notable empaque y el brazo que empuñaba la espada fue, a su vez, atravesado de parte a parte.

Vencido, Bayerlin se encontró con ambos brazos ensangrentados y colgando a lo largo del cuerpo, en la imposibilidad de combatir. Finalmente, humillación suplementaria, Nissac recogió la espada abandonada y quebró la hoja sobre su muslo.

De inmediato, Bayerlin fue rodeado por los cinco hombres del almirante y uno de ellos, un joven sargento, le dijo:

—¡Sígueme!

Él se engalló:

—¡Eh, cuida tus modales, soy coronel en la caballería ligera!

El sargento lo miró, le rompió la nariz de un cabezazo y precisó:

—Para nosotros, podredumbre regicida, eres sólo mierda.

Arrojado a una carroza con las cortinas corridas, Bayerlin no opuso resistencia alguna.

Los parisinos desconfiaban tanto de los altos señores que rodeaban a la regente como de los magistrados encargados de instruir el proceso de Ravailac.

Algunos rumores corrían por toda la ciudad. Fue preciso colocar guardias ante la embajada de España, mientras que en la calle algunos jesuitas eran salvajemente golpeados por la multitud. Los tiempos cambiaban tan deprisa que el vértigo campaba a sus anchas. En el Louvre, el duque de Fera, enviado del rey de España, negociaba ya con la reina la boda de su hijo Luis XIII con la mayor de las infantas...



Eran cinco, todos veteranos del grupo llamado de los «doce apóstoles» que representaba la suprema dirección de la conspiración que había acabado con el rey. Estaban encerrados en un gran sótano del castillo donde se hallaban acantonados el almirante de Nissac y sus doscientos hombres.

Por orden del almirante, le habían quitado al monje Vittorio Aldomontano su hábito con capucha, dejándolo en camisa. Y, como Nissac había dado por descontado, el horrendo rostro del ambrosiano, revelado, le hizo perder su misterio y le arrebató la autoridad que ejerció, por algún tiempo, sobre los demás.

Éstos tenían todos heridas en el rostro, tumefacto por todas partes, con la nariz y los dientes rotos. La razón debía buscarse en las condiciones de su rapto, muy movidas a menudo, pero también en las visitas nocturnas de grupos de soldados y marinos leales llenos de cólera. Visitas que Nissac había prohibido de inmediato, cuando vio el estado de los prisioneros.

Se habían sentado en el suelo. Allí estaba el barón Dietrich von Hoflingen, el marqués de Pinthièvre, el coronel Bayerlin y José de Altamaros. Y todos se preguntaban por el ruido de sierras y martillos que se oía de la mañana a la noche, en el bosque cercano.

Una noche, Martin Fey des Étangs entró en el sótano y arrojó algo extraño a los pies del ambrosiano. Acercándose, los otros cuatro comprobaron que se trataba de una piel humana y una cabeza vaciada del cráneo.

Se preguntaban quién había sido aquella pobre cosa cuando Fey des Étangs, mirando de arriba a abajo al ambrosiano, soltó con voz sibilante:

—Lo hemos identificado gracias a su lacayo, que reconoció sus cicatrices y otros detalles en la piel antes, pobre muchacho, de desvanecerse...

El ambrosiano apartó la cabeza, los otros cuatro aguardaban.

Fey des Étangs se aproximó al ambrosiano, sentado en el suelo, y le soltó un puntapié en las costillas.

—No es un buen comienzo dejar a uno de vuestros compañeros, el cardenal Mathieu de Bellany, clavado así en el muro de vuestra habitación del castillo de las Quimeras, pues si para conservar a los amigos es necesario, ahora, clavarlos en una pared, ¿adónde iremos a parar...? El señor conde de Nissac, en su gran indulgencia, ha pensado que os sería agradable que os lo trajeran para compartir vuestro cautiverio.

Desde aquel momento, los demás detenidos no dirigieron nunca ya la palabra al ambrosiano.

Así, eran ahora seis, es decir la mitad del grupo llamado de los «doce apóstoles», encerrados en un vasto sótano del castillo.



El conde de Nissac había insistido en que Isabelle lo acompañase y el duque de Sully, sabiendo cómo había combatido, empuñando la espada, por el rey, había transgredido uno de sus principios: no mezclar a las mujeres en los asuntos de Estado.

Estaban los cinco en una habitación con las cortinas echadas. Los dos desconocidos, hombres de cierta edad, fueron presentados al almirante y a la condesa de Nissac.

El primero, un cirujano hugonote, había participado en la autopsia del cuerpo de Enrique IV y no compartía las opiniones que se habían emitido. El segundo, procurador hugonote amigo del presidente Seguier y del primer presidente Achille de Harley, estaba aterrado por lo que iba sabiendo, y no podía decirlo públicamente.

Ambos sabían muchas cosas, pero ignoraban otras. Su encuentro había permitido aclarar algunas zonas de sombra.

Sully invitó al procurador a tomar la palabra, y éste, sin vacilar, sacó de su bolsillo una pequeña bola metálica:

—Dos fueron disparadas con arcabuces de un modelo que ignoramos por completo, como tampoco conocemos la naturaleza del metal que compone esta bala..., pues se trata de una bala.

—¡Vayamos al grano! —le acució Sully.

El procurador vaciló un instante y prosiguió:

—El rey fue asesinado de un modo muy sutil y complicado. Ravailac apuñaló a un muerto, o a un moribundo. En cualquier caso, a un hombre que no podía rechazarlo tras el primer disparo recibido, inofensivo sin embargo. La trampa era implacable: si el rey no moría por el balazo, se encontraría en tal estado que quedaría expuesto, ofrecido casi, al cuchillo de Ravailac. ¡No tenía la menor oportunidad!

Sully se volvió hacia el cirujano:

—Habládnos de esas heridas en el cuello y la cabeza.

—Una bala entró por la parte de atrás de la cabeza del rey, atravesando el tragaluz trasero de la carroza y alojándose en la parte derecha del cerebro, donde permaneció.

La segunda entró en la garganta del rey, penetrando junto a la carótida y saliendo por la nuca. Es la que acabáis de ver, encontrada en la carroza, por mi diligencia. Así, puesto que el señor duque D'Épernon, sentado junto al rey, nada hizo para retener el brazo de Ravailac, Enrique IV, muy robusto sin embargo, tampoco pudo hacerlo dadas las heridas de extrema gravedad.

Nissac, pensativo, respondió:

—Vi en efecto la cabeza del rey empujada con violencia hacia delante, luego, casi enseguida, hacia atrás, y así sería si hubiera recibido una bala en la cabeza por detrás y otra en la garganta por delante...; pero entonces...

Sully le alentó con un ademán.

—No había uno sino dos tiradores. El primero detrás del cortejo, el segundo delante.

El procurador inclinó la cabeza.

—Pasé más de veinte horas en el lugar, sin escatimar mis pasos ni mi tiempo. El primer tirador, de excepcional habilidad, disparó a través del tragaluz trasero, desprovisto de cristal... El segundo tirador, colocado ante la carroza, disparó desde un pequeño cerro al abrigo de una empalizada. Ese tirador se hallaba sin duda a la derecha de la carroza, pues algunos testigos observaron que el rey cayó levemente a la izquierda. Una vez más, es del todo seguro que sin estas dos balas, el rey, advertido por la primera puñalada de Ravailac, hubiera bloqueado fácilmente ese brazo asesino o se habría echado hacia atrás para que entonces Ravailac no pudiera ya alcanzarlo.

Un profundo silencio recibió estas palabras. La lluvia comenzaba a caer, tamborileando sobre los cristales emplomados y en forma de rombo. Hubiérase dicho una velada fúnebre.

Isabelle de Nissac fue la primera en sobreponerse y, mirando a Sully directamente a los ojos, intervino por primera vez:

—Sabiendo todo esto, ¿qué vais a hacer, señor duque?

Con las manos en la espalda, Sully inició una serie de cortos vaivenes antes de inmovilizarse delante de Isabelle.

—No haré nada, señora condesa, pues nada puede intentarse. Al más alto nivel, se chapotea en la sangre del rey: nada hay que esperar por ese lado donde va a bloquearse todo lo que podría poner en peligro a los nuevos dueños del reino de los lises.

Se desplazó un poco, hasta encontrarse ante Nissac:

—Señor almirante, merecáis conocer esta verdad y sin duda así lo habría querido el rey de haber sabido de antemano su trágico destino.

Reflexionó unos instantes y prosiguió:

—Vuestra tarea nunca fue la de impedir ese asesinato y, sin embargo, estuvisteis muy cerca de conseguirlo. En ningún momento habéis desmerecido, querido Nissac:

debíais propinar duros golpes a los conspiradores, diezmasteis los dos primeros círculos de la conspiración. Y luego..., y luego, ya lo sabéis, hicisteis reír y estremecerse a nuestro pobre rey, y por ello Bassompierre y yo mismo, que fuimos testigos, os mantendremos siempre por amigo.

Posó la mano en el hombro de Nissac y añadió:

—Conde, os aprecio mucho. Tened cuidado con los golpes bajos. Aquí, algunos os odian y desean vuestra muerte. Debéis regresar a bordo de *El dragón verde*, donde nadie osará tocaros. Conocen vuestro gran prestigio y saben que sería imprudente intentar arrojar a un héroe a la Bastilla.

Bajó los ojos.

—Pronto no podré hacer nada por aquéllos a quienes amo. Partid con vuestra encantadora esposa. Por lo que se refiere a los conjurados, Dios los juzgará.

—Preferiría que fueseis vos. Eran doce...

—Lo sé.

—Tengo a seis.

Sully miró a Nissac estupefacto, pero el almirante prosiguió:

—Son seis, pero de uno sólo queda la piel. Los otros cinco, a excepción de uno, condenado al silencio, han sido interrogados por mis oficiales. Todos son culpables. Os los ofrezco para una verdadera justicia puesto que la de la reina no lo es ya.

Sully reflexionó:

—Acudid mañana a la plaza de la Grève para la ejecución de Ravillac, por si hablara a la multitud. Después, iremos a hacer justicia en nombre de nuestro difunto rey.

¡Había que matar a Ravailac, y pronto!

Demasiadas cosas, y cada día más, probaban que sólo había sido un instrumento en manos de personas inteligentes. Demasiadas preguntas podían provocar riesgos abrumadores para los nuevos dueños.

Así, ¿cómo aquel pobre diablo que iba casi mendigando por los caminos, aquel infeliz como existían millones en el reino, había podido alojarse en el castillo de la marquesa de Verneuil en Malesherbes, y haber sido acogido también por el duque D'Épernon y, por fin, alojado por la señorita Du Tillet, amante del duque...?

¿Por qué la dama de compañía de la señora de Verneuil, habiendo escuchado de labios de éste los proyectos asesinos de Ravailac, fue violentamente rechazada por la reina a la que iba a avisar...? Y no sólo rechazada sino, desde aquel momento, puesta a buen recaudo, hasta que murió misteriosamente en su celda mientras los archivos de su proceso ardían en extrañas circunstancias...

¿Por qué, ya en 1608, el gendarme La Garde entregaba oro a Ravailac de parte del duque D'Épernon...?

¿Por qué, una vez cometido su crimen, Ravailac fue arrancado de la mansión de Retz donde lo habían colocado, para quedar encerrado en la mansión del duque D'Épernon, que le habló, a solas, largo rato...?

¡Y muchas otras preguntas...! ¡Y muchas respuestas que Ravailac no debía formular de ningún modo...!

Llegado a la plaza de la Grève, a Ravailac le extrañó ver allí tan colérica multitud cuando le habían asegurado que el pueblo lo trataría como a un héroe.

Previendo cómo iban a desarrollarse las cosas, el conde de Nissac intentó alejar a la condesa para evitarle el horrendo espectáculo, pero ella no lo deseó así, pues quería compartirlo todo con el hombre al que amaba.

Stéphan de Valenty, que estaba en compañía del almirante y de Isabelle, se sintió también muy molesto al ver y oír cómo la multitud se abandonaba a sus sangrientos deseos.

Ravailac apareció deshecho ya, pues había sufrido el tormento de las tenazas, la pez, el azufre, el plomo fundido, el aceite y la resina hirvientes. Se le tendió luego en una rejilla. Pidió la absolución, se la negaron aduciendo que se hallaba en pecado mortal y debía denunciar primero a sus cómplices, a lo que se negó, pues su pobre espíritu temía el infierno. Ataron su cuerpo a unas estacas mientras la multitud aullaba. Cuatro caballos tiraron al mismo tiempo, pero el cuerpo del hombre, excepcionalmente sólido, resistió. Tiraron así durante una hora sin poder despedazar a aquella sombra martirizada, de modo que fue el verdugo quien lo despedazó.

La multitud, provista de cuchillos, se precipitó entonces muy excitada. Cada cual se sirvió un pedazo de carne o de entrañas.

Isabelle se había vuelto, Stéphan de Valenty, hombre fuerte sin embargo, vomitó

de asco. Sólo Nissac miró hasta el final, sin que se moviera ni un solo músculo de su rostro. Luego tomó a Isabelle en sus brazos y, mientras ella sollozaba en su hombro, le murmuró:

—No lloréis. Vamos a partir, a abandonar todo esto, este odio, esta barbarie. Debemos vivir el uno para el otro y para el hijo que vais a darme. Y, tal vez, pensar en el modo de cambiar las cosas...



Sully, Bassompierre y el procurador hugonote, tras haber escuchado brevemente a cada uno de los acusados —a excepción del ambrosiano, que tenía prohibida la palabra—, se habían reunido quince minutos y deliberado para juzgar a José de Altamaros, Jehan de Bayerlin, Vittorio Aldomontano, Louis de Pinthièvre, Dietrich von Hoflingen y Mathieu de Bellany, cuyo caso, aunque estuviese muerto, les pareció indisociable.

A las preguntas referentes a la pertenencia de los seis hombres a una conspiración que constituía crimen de lesa majestad y pretendía matar al rey, traicionar al país, servir los intereses extranjeros de los enemigos de Francia, así como diecisiete delitos más, secundarios ya, la respuesta de los tres jueces fue «sí».

El tribunal consideró la sentencia ejecutoria de inmediato, pues las condiciones delicadas y precarias en las que se impartía la justicia permitían a fuerzas exteriores llegar con las armas en la mano para liberar a los culpables.

Éstos fueron llevados de inmediato al vasto calvero del bosque, y también la piel del cardenal Bellany, pues todos, aquí, ignoraban que informaba a la Corona de la conspiración, y Sully, aunque Nissac se mostrara reticente, decidió que sus restos sufrieran la común suerte de los demás culpables.

Los cinco hombres, con las manos atadas a la espalda, fueron llevados ante un estrado de madera nueva y colocados tras unos nudos corredizos. Aquel cadalso con trampillas de un género nuevo se debía a los carpinteros de marina que, confrontados al problema de ahorcamientos masivos, habían imaginado aquel sistema.

Las tropas estaban impecablemente alineadas. Los doscientos marinos y soldados se mantenían rígidos como estatuas.

Nissac, con las plumas de su sombrero acariciadas por el viento primaveral, leyó con voz dura la sentencia que el tribunal, informándole de su decisión, le había encargado redactar apresuradamente:

—Tenéis la sangre de vuestro soberano en las manos y, además, habéis atentado contra los intereses del país. Pero está demostrado que tenéis la costumbre de traicionar. El cáñamo de la Marina Real, en cambio, no os traicionará... Vuestra acción no fue valerosa ni bella, aunque bien veo que algunos de vosotros tal vez

fuisteis sinceros; pero por los medios de combatir ideas que no eran las vuestras, prestasteis a vuestra causa los peores servicios. Tomando en consideración todas estas cosas, tal como es su deber con respecto a la memoria de nuestro difunto rey, el tribunal os ha condenado a ser colgados hasta la muerte. Adiós, señores.

Los tambores redoblaron y, luego, tras una señal del duque de Sully, unas trampillas se abrieron bajo los pies de los condenados, incluidos los restos del cardenal de Bellany, lastrados con un saco terrero.

Sully miró aquellos cuerpos con las últimas convulsiones de la muerte y, golpeando el suelo con el tacón de su bota, dijo convencido:

—¡Se ha hecho justicia!

Los ahorcados fueron encontrados meses más tarde, en estado de esqueletos que se balanceaban.

A excepción de uno solo, de cadáver horrendo pero momificado. A éste, que en vida fue ambrosiano, ni siquiera los cuervos lo habían querido.



Al día, siguiente, cuando Nissac, Isabelle, los oficiales y los doscientos hombres de *El dragón verde* se disponían a partir hacia Ruán en una larga columna que incluía carros para el material, soldados reales de varios regimientos los rodearon. Nissac ordenó de inmediato las disposiciones de combate y la rapidez de aquella reacción fue tal que los soldados enviados por la regente y D'Épernon vacilaron, al igual que —¡nada menos!— el mariscal y los tres generales que mandaban aquella tropa.

Enfrentarse con el almirante de Nissac y su tripulación no seducía a nadie, en verdad, de modo que negociaron.

El almirante de Nissac que, dando muestras de un soberano desdén, ni siquiera quiso desplazarse, mandó en su nombre al hábil Charles Paray des Ormeaux.

Consiguió que los de *El dragón verde* conservaran sus armas y banderas, así como el mando de los oficiales sobre sus hombres. En cambio, no pudo convencer a las nuevas autoridades sobre el hecho de que, para regresar a Ruán, soldados y marinos de *El dragón verde*, al igual que sus mandos, formados en columna, fueran «acompañados» en ambos flancos por los soldados de la regencia.

Se pusieron en camino a mediodía.



Medio ocultos tras el cenador de una pobre taberna situada en una polvorienta carretera de campaña, el duque de Sully, el futuro mariscal de Bassompierre y el

señor de Roquelaure, con la muerte en el alma, aguardaban el paso del cortejo.

Flanqueados a cada lado por prietos cordones de mosqueteros y arcabuceros de la regencia, los de *El dragón verde*, «vencidos» pero magníficos, aparecieron por fin, último cuadro de los fieles entre los fieles a Enrique IV, el hombre que fue el primero en la Historia de la humanidad en otorgar a otros hombres la libertad de conciencia, un primer paso hacia otros derechos que algún día llegarían...

Bajo el soberbio cielo azul de Île-de-France llegaba, en cabeza, el almirante conde de Nissac montado en su alto caballo negro, con las plumas al viento y sus ojos grises expresando un profundo desprecio por quienes marchaban en sus flancos. A su lado, con los ojos llameantes de cólera, avanzaba la arrobadora condesa.

Contrastando con la mala cara de quienes los custodiaban, los hombres de *El dragón verde* avanzaban con soberbio paso y las banderas al viento. Bajo las flores de lis, oficiales y soldados mostraban uniformes irreprochables y rutilantes armas.

El señor Chikamatsu Yasatsuna iba rodeado por sus amigos oficiales Fey des Étangs, Sousseyrac, Valenty y Paray des Ormeaux.

Preciso es decir que, poco antes, cuando un soldado lo empujó con brutalidad, el glorioso hijo del país del Sol Naciente se había abandonado a una muy insólita y breve cólera, haciendo volar media docena de cabezas de mosqueteros, que debieron recogerse advirtiendo, de paso, el gran asombro que se leía en sus ojos.

Los de *El dragón verde* mantuvieron, hasta el final, alto porte, elegancia y lustre. Al borde de las carreteras, los campesinos, descubriendo con asombro a militares custodiados por otros militares, ovacionaron a los fieles de Enrique IV y abuchearon a las tropas de la regencia cuando supieron quién custodiaba a quién.

En los alrededores de Ruán, y sin dirigirse a los soldados de la reina y a sus generales, que tuvieron que aceptarlo, el almirante de Nissac ordenó un alto.

Bajo la apagada mirada de las tropas de la regencia, cepillaron meticulosamente sus uniformes, limpiaron sus botas, alisaron las plumas de sus sombreros e incluso quitaron el polvo a las banderas.

Por fin, exactamente a mediodía, habiendo ordenado que los abanderados se pusieran en cabeza seguidos por los pífanos y los tambores, se vio entrar en la ciudad de Ruán al almirante de Nissac, la condesa y sus oficiales, que iban a caballo precediendo a la tropa e ignorando, soberbios, a sus celadores.

La noticia del regreso del almirante y de los suyos corrió muy pronto por la ciudad. La población salía de todas partes. En el puerto, los miembros de la tripulación de guardia en *El dragón verde* hicieron sonar los cañones de éste. Las campanas doblaron de iglesia en iglesia. La gente se arrojaba al cuello de los marinos y soldados de la infantería de asalto del glorioso navío. Algunos jóvenes la tomaban con los mosqueteros de la escolta, arrojándoles piedras y botellas —¡vacías!— al rostro.

«La escolta» de la reina fue así disuelta, devorada por el pueblo, sumergida por todas partes. Los propios militares reales abandonaron sus fuertes y sus almenas para

recibir al almirante y a los suyos. Muy pronto, violentas riñas opusieron a los soldados de la guarnición de Ruán y los de la regencia.

Mariscal y generales dieron media vuelta mientras los soldados de la reina decidían no insistir y retomar a grupitos dispersos el camino de París.



Festearon, bebiendo y danzando, hasta el atardecer en las tabernas, las plazas, las calles y los jardines.

El dragón verde abandonó Ruán en la magnífica luz del sol poniente que doraba sus velas y sus mástiles. Del almirante al más joven de los grumetes, todos saboreaban el gozo de recuperar el mar, lejos de las ambiciones y las conspiraciones fomentadas por quienes son una especie de tullidos y sólo viven para el poder.

En la toldilla, el almirante tenía a la condesa entre sus brazos, estrechándole el talle.

Murmuró:

—Qué extraño sueño hemos tenido...

—¡No era un sueño, señor amor mío!

Y, como para mejor demostrárselo, le dio un largo, larguísimo beso...

Epílogo

LOS DOCE DE LA CONJURA...

Seis de los doce de la conjura perecieron de muerte violenta, colgados —uno de ellos ya cadáver— por orden de Sully al finalizar las aventuras del almirante de Nissac sucintamente aquí narradas.

Los demás nada perdieron esperando, pues quienes escaparon al fuego o al hierro, conocieron la amargura de la decadencia.

Además, el séptimo, Ravailac, había muerto, como ya sabemos. No es necesario volver a su atroz final, pero sí, tal vez, pensar que, habiendo sido el más engañado, no fue forzosamente el más culpable. Crédula víctima de los poderosos cuyo reconocimiento, como todos los débiles, buscaba; creyendo que el Infierno, aquí abajo, le abriría las puertas de un problemático Paraíso en el más allá, nunca despertó la compasión, ni en su tiempo ni en los futuros, pues los hombres que escriben la historia no tienen tiempo que perder con naderías humanas.

Sólo el conde de Nissac, tan introvertido, tan frágil, tan vulnerable al abrigo de su espada y de la aparente frialdad de sus ojos grises, pensó, contemplando aquellos pedazos de carne que una multitud bárbara se repartía, que Ravailac había sido también un niño y, luego, un adolescente que amaba con locura a su madre, que a su vez le correspondía y a la que se le ahorró el espectáculo de lo que le ocurrió al pequeño que había llevado en su vientre. Y Nissac pensó también que, aun en una total locura, los dos alobados demostraban más dignidad y nobleza en cada uno de sus crímenes que aquellos burgueses que se batían para hundir sus manos en las entrañas de un hombre. Finalmente, el almirante, en la definitiva soledad de su alma, se convenció sin trabajo alguno de que un hombre deja de ser un hombre en cuanto pertenece a una multitud.



El embajador de España, de avanzada edad ya, se encaprichó de una mujer más dura aún de lo que él había sido y, viéndose paralizado, clavado en su lecho, un día contempló cómo ella utilizaba una vela para incendiar su cama. Acabó así abrasado vivo, como un alobado cualquiera...



Concino Concini, de quien se dice que fue el amante de la reina, accedió por fin al poder que siempre le había fascinado. Convertido en mariscal D'Ancre y dueño del reino de los lises, reveló su cruel naturaleza, su ambición de enriquecerse y su cinismo. Asesinado por orden del joven Luis XIII, que quería ejercer, por fin, el poder que le correspondía, su cadáver fue desenterrado el mismo día. Arrastraron el cuerpo por las calles y lo asaron en el Pont-Neuf antes de devorar las partes más carnosas.

Descuartizado como un vulgar Ravailiac, el mariscal hubiera detestado eso si se lo hubieran comunicado en vida.



Su esposa, la décima de la conjura, lo siguió en el óbito casi enseguida. En efecto, Leonora Galigai fue juzgada, condenada, decapitada, quemada y sus cenizas dispersadas al viento...



La señora D'Entragues, marquesa de Verneuil, que fue amante de Enrique IV y deseó ser reina de Francia, vio cómo su estrella palidecía tras el éxito de la conspiración, dejada al margen por indicación de la reina, quien no le había perdonado que le hubiese robado aquel esposo al que contribuyó a matar. Murió sola y amargada, pensando que a fin de cuentas había perdido más con la muerte del rey de lo que habría ganado dejando vivir a un hombre que siempre se mostró con ella generoso e indulgente.



El duodécimo miembro de la conjura, Jean-Louis de Nogaret de la Valette, duque D'Épernon, antiguo archifavorito de Enrique III, se aprovechó poco del crimen del que fue uno de los más activos artífices. En efecto, Richelieu lo apartó sin miramientos y definitivamente del poder. Su altivez y su desprecio por los demás le

valían muchos enemigos, que, todos ellos sin excepción, se divertieron mucho con la aventura que le sucedió, exactamente un año después de la muerte del rey. Hallándose en los jardines de las Tullerías, vio que se le acercaban seis hombres y una mujer con la parte baja del rostro cubierta por fulares rojos. Más tarde, un cortesano afirmaría haber visto a un grupo que se quitaba los fulares rojos y haber reconocido al conde y a la condesa de Nissac, con cinco de sus oficiales: Paray des Ormeaux, Fey des Étangs, Sousseyrac, Valenty y el señor Yasatsuna. ¿Qué importa, puesto que del lado de la reina y de los suyos, en cuanto se pronunciaba el nombre de Nissac, todos miraban a otra parte: acaso no se decía que, por misteriosas razones, aunque Richelieu no quisiera conceder privilegio alguno al almirante, había prohibido que se emprendiera acción alguna contra él?

Sea como sea, D'Épernon fue magistralmente abofeteado por un hombrecillo de aspecto asiático que llevaba un fular rojo y, luego, arrastrado hacia los matorrales, donde recibió un severísimo correctivo, en el que perdió la hilera de dientes que eran su orgullo. Sin poseer ya todo su buen sentido, fue abandonado poco después en una avenida y, ante la sorpresa y la hilaridad generales, el muy presuntuoso duque D'Épernon apareció vestido de bufón, tocado con un gorro de cascabeles, con el cetro de la locura en la mano y montado en un asno bizco.

El señor de Bassompierre creyó morirse de risa...



Finalmente, por encima de los «doce apóstoles», la que había contribuido a la muerte de Enrique IV, su esposa, vio cómo le arrebatava el poder y la exiliaba el rey Luis, su hijo que, sin saberlo, ¡al castigar a su madre vengaba a su padre...!



LOS QUE SÓLO DE PASO APARECIERON POR ESTE RELATO...

La duquesa Inés de Medina Sidonia se casó con un riquísimo príncipe italiano, de avanzada edad. Lo agotó en menos de dos años de severo régimen amorio. Viuda, coleccionó desde entonces castillos y amantes. Su afición a los hombres sentó muy bien a su salud, pues murió centenaria sin ni siquiera tomarse el trabajo de parecer

devota y dándole la mano a su fidelísimo escudero, un apuesto joven al que convirtió en su heredero...



Dieulefit, el elegante bandido y marqués hugonote que reinaba sobre la banda del Asno Muerto, no conservó la impunidad que le concedía el difunto rey. Fue ahorcado en el cadalso de Montfaucon junto a once hombres y mujeres de su banda...



Armand Jean du Plessis, duque y cardenal de Richelieu, alcanzó como deseaba la cumbre del Estado, donde prosiguió la deslumbrante carrera que ya conocemos. Aunque satisfecho, envidió en su vida a dos hombres. El primero fue Luis XIII, porque era rey y él no podía esperar serlo en su lugar. El segundo fue Thomas de Pomonne, conde de Nissac y almirante de los mares del Levante, porque hacía cosas extraordinarias como si de actos sin importancia se tratara. Y porque el cardenal, más coqueto de lo que se dice, le envidiaba su sonrisa, su natural elegancia y sus magníficos ojos grises...



Élisabeth de Sèze de La Tomlaye tomó las órdenes y entregó sus bienes a la Iglesia. Consagró sus ardientes plegarias a la memoria de su hermano Louis y a todas las pobres criaturas que sufren. De gran rigor en la práctica de la religión, murió unos años más tarde, sin pensar que su vida hubiera sido muy distinta si...



Por un curioso azar, François de Bassompierre, el amigo del difunto rey, fue embajador en España antes de serlo en Suiza y en Inglaterra tras una hermosa carrera militar donde su inteligencia y su bravura lo hicieron ascender a la dignidad de mariscal de Francia. Gran amante de la vida, de las mujeres y de la insolencia, sólo podía disgustar a Richelieu, quien, con un falaz pretexto, lo hizo encerrar doce largos

años en la Bastilla. Al poder, es bien sabido, no le gusta el ingenio ni la afición a la independencia.



Maximilien de Béthune, duque de Sully, fue, como presentía, apartado de los asuntos públicos. Hasta el final, practicó la religión reformada.



El niño de dos años, rubio y gordezuelo, que hizo reaccionar a Amarillo y, tras él, a Rojo devolviéndolos al género humano, no recuperó nunca a su acongojada familia, conoció una niñez y una juventud difíciles. Sin embargo, habiendo observado a los animales en las granjas y manteniendo en el secreto de su corazón el recuerdo de aquel alobado que se sacrificó por él, acabó observando a los hombres y las mujeres. Tanto que, a fuerza de mucho trabajo y de no menos estudio, se convirtió a los treinta y ocho años en uno de los mayores cirujanos militares de su tiempo, salvó más vidas de las que habían arrebatado todos los alobados reunidos. Ya retirado en el norte del país, tras una hermosa carrera, curó entonces a los pobres y murió a avanzada edad rodeado por su numerosa familia y por el respeto general.

Pero su última mirada se dirigió al bosque donde subsistían algunos lobos...



Juan de Sotomayor fue, como sabemos, conducido a la frontera española bien custodiado. Encerrado en una oscura mazmorra, permaneció allí dos años antes de ser estrangulado por orden de Felipe III.



LOS DE EL DRAGON VERDE...

El señor Chikamatsu Yasatsuna fue devuelto, dieciocho meses más tarde, a su lejano país a bordo de *El dragón verde*. Lo recibieron como a un héroe que regresara de entre los muertos.

Mantuvo en tierra toda una semana a los del galeón real francés y el séptimo día, viendo cómo se alejaban en el sol naciente las velas de *El dragón verde*, lloró por primera y última vez en su vida. Luego, tomando su pincel, escribió una larga súplica a su emperador que enterneció el corazón de éste. De modo que, abandonando el servicio en tierra, se dedicó a la vigilancia de las costas. Los piratas chinos, que lo temían y admiraban, lo apodaron «El ladrón del viento».

Uno se pregunta de dónde sacarían una cosa así...



Martin Fey des Étangs, tras cinco años de servicio a bordo de *El dragón verde*, recibió su propio mando. Mientras llevaba a cabo una maniobra marítima de distracción durante la expedición de la Valteline, conducida por Annibal D'Estrées, cayó por azar sobre el grueso de la flota de guerra española, atacándola sin vacilar. Sólo fue hundido por la noche, tras seis horas de desesperado combate en el que desplegó un valor y un talento que despertaron la admiración de sus adversarios. No hubo ni un solo superviviente entre los franceses.



Charles Paray des Ormeaux, cuya visión disminuía año tras año, tuvo que renunciar al servicio en el mar y se retiró a La Rochelle. Durante el asedio de la ciudad, y aunque fuera muy anciano y estuviese casi ciego, se distinguió por su excepcional valor. Encontró la muerte en una salida de los hugonotes sitiados que intentaron acosar a las tropas reales.



Stéphan de Valenty no permaneció en los Guardias Franceses y sirvió al rey en un regimiento de caballería. Se distinguió tanto por su valor como por sus cualidades militares, pues era capaz de interpretar de un vistazo los detalles de un mapa. Ascendido a mariscal, muy apreciado por Richelieu, murió en combate el año 1630, en Saluces, sirviendo junto al mariscal de La Force.



Jean-Sébastien de Sousseyrac, muy curiosamente, fue el único que murió en la cama. Gravemente herido por una bala de cañón en un ataque contra unos anglo-holandeses irregulares, tuvieron que amputarle una pierna y sólo sobrevivió gracias a su notable constitución. La joven y muy bonita religiosa que lo cuidaba no pudo resistirse al barón, dejó los velos y aceptó el anillo que Sousseyrac le puso en el dedo. Tuvieron cinco hijos y tres hijas y, por una casualidad que tal vez no lo sea, un Sousseyrac sirvió a las órdenes de un Nissac ciento sesenta años más tarde, en una sorprendente aventura que tal vez habrá que contaros algún día...



Thomas de Pomonne, conde de Nissac, y la condesa Isabelle, vivieron diez maravillosos años de felicidad antes de que el almirante encontrara la muerte en un muy misterioso naufragio en el mar de China. Se dijo, por aquel entonces, que un espía del rey de España había hecho saltar el polvorín del galeón real, pero eso no importa, ¿y por qué va a ser más cierto que los relatos de numerosos capitanes que, durante los siguientes siglos, afirmaron que ciertos días de tempestad, en los mares, aparece un galeón fantasma cuyo capitán se divierte con el viento...?

La condesa Isabelle lo sobrevivió poco tiempo, a pesar del amor que sentía por su hijo Loup.

Durante los últimos días, contemplaba cómo el niño corría, libre y desnudo, por la playa cercana al castillo de Saint-Vaast-La-Hougue, antigua tierra de los condes de Nissac. Se preguntó qué clase de hombre llegaría a ser, ignorando que se convertiría en general de artillería y, luego, mariscal de Francia, jefe de los temibles Fulares Rojos bajo la Fronda, y que viviría las más apasionantes aventuras al lado de Mathilde, su gran amor.

Pero ésa es una historia distinta que, según creo, ha sido contada ya en otra parte...

París, Saint-Vaast-La-Hougue, Orleans,
Amsterdam, Colonia, Le Lavandou, París,
10 de junio de 2002.

Notas

[1] Antigua medida francesa de longitud, equivalente a 1,946 metros<<

[2] El Magreb<<

[3] Cañón ligero.<<

[4] Carlos de Lorena, duque de Guisa, gobernador de Provenza de 1594 a 1631.<<

[5] Margarita de Valois, primera esposa de Enrique IV.<<

[6] Cítara de trece cuerdas.<<

[7] Flauta de bambú, en bisel, de cinco agujeros.<<

[8] Príncipe alemán llamado «el Taciturno», que se oponía a la ocupación española, jefe militar y fundador, con las armas empuñadas, de las Provincias Unidas.<<

[9] Broma común en el siglo xvii francés. «El caballo español», inventado por los inquisidores, era un potro de madera en el que se ataba al «hereje» de modo que sus pies no llegaran al suelo. Se colgaban entonces de sus tobillos pesos cada vez mayores hasta que las articulaciones se dislocaban entre horribles sufrimientos.<<

[10] Navío de guerra.<<

[11] Cf. Los Fulares rojos, Edhasa, Barcelona, 2003.<<

[12] Unos cien metros. <<

[13] En el dialecto del lugar y de aquel tiempo.<<

[14] La felicidad del siglo.<<

[15] Cf. Los Fulares rojos.<<

[16] Sexo.<<

[17] Cañones ligeros.<<

[18] Tungsteno.<<

[19] ¡Lo queremos todo! <<